John Irving

LA REINA ESTHER

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. Los habitantes de Pennacook

2. La cuarta hija

3. De dónde venían los huérfanos

4. Una carta del doctor Larch

5. La historia del aborto en Estados Unidos

6. La judía

7. El miedo es amor

8. Un sujetador para Esther

9. Una idea preconcebida

10. La idea de las dos madres

11. Una chica del Antiguo Testamento

12. Los niños te escuchan

13. Arriesgarse en el amor... o no

14. Igual que tú

15. Por teléfono

16. Cuadros malos sobre agujeros de bala

17. Una perra pastor alemán llamada Hard Rain

18. Compartir cama

19. Der Vorschlag

20. No como Donna Reed

21. No es egipcia

22. En el futuro

23. La última reunión del claustro

24. El paso del tiempo

25. El hijo de Honor

agradecimientos

Notas

Créditos

La reina Esther

John Irving

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS EDITORES

Para Marty Schwartz

Porque hemos sido vendidos, yo y mi pueblo, para que nos destruyan, nos maten y nos exterminen.

Esther 7, 4

1

Los habitantes de Pennacook

Josiah Winslow nació en Plymouth, Massachusetts, en 1629. Su padre, Edward Winslow, era un puritano separatista que había llegado al país en 1620 a bordo del *Mayflower*. El hermano menor de Edward, John, navegó en el *Fortune* y llegó a Plymouth en 1621. Y a partir de la época puritana fueron llegando más miembros de la familia Winslow.

Al actual James Winslow, al que de niño llamaban Jimmy, no le impresionaba su ascendencia: había aprendido a no prestarles particular atención a sus ancestros.

—Con respecto a los antepasados, uno no merece mérito alguno ni debe tampoco asumir ninguna culpa: uno no elige a sus padres, ¿no es cierto? —le dijo a Jimmy en una ocasión su abuelo, que era profesor de inglés.

James Winslow estudiaría en el extranjero durante un año, pero lo que le sucedió en ese país confirmó lo que creía respecto a su intrínseca condición de extranjero. No dejaba de resultar contradictorio que Jimmy Winslow dijera siempre que no era más que un chico de New Hampshire. Porque para los habitantes de Pennacook, Jimmy no era lo bastante de New Hampshire; los habitantes del pueblo se habían propuesto averiguar de dónde procedían los Winslow.

Para aquellos que crecieron en Pennacook, en el sudeste de New Hampshire, en las décadas de 1940 y 1950, la *procedencia* era de suma importancia. Tenían muy claro que en Estados Unidos existía un sistema de clases, eran conscientes de que había una clase dominante y captaban a la perfección qué lugar ocupaba cada uno en la escala social. El pueblo está situado cerca de las cataratas donde el río Pennacook, de agua dulce, se encuentra con el Squamscott, de agua salada y sometido al influjo de las mareas, unas tierras que antaño pertenecieron a los nativos americanos Squamscott, una subtribu de la nación Pennacook. El nombre Pennacook proviene de la palabra abenaki *penakuk,* que significa «al pie de la colina». El fundador del pueblo había abandonado Inglaterra para escapar de la persecución religiosa; también lo habían exiliado de la Colonia de la Bahía de Massachusetts por compartir la visión religiosa disidente de su cuñada. Los puritanos ingleses compraron aquellas tierras a un *sagamore squamscott*. Había pequeños pueblos parecidos a ese por toda Nueva Inglaterra: pueblos industriales o pueblos molineros, donde la posición social que uno ocupaba siempre quedaba clara. La conciencia de clase no era algo exclusivo de Pennacook, donde había una fábrica textil desde 1830 y una fábrica de zapatos desde 1884. Lo que diferenciaba a Pennacook y hacía que en el pueblo imperase una aguda conciencia de clase era una escuela privada para niños.

Fundada en 1781, la Academia Pennacook era una escuela independiente que aceptaba alumnos internos y externos, de noveno a duodécimo grado. Era una de las escuelas secundarias más antiguas de Estados Unidos. Cuando James Winslow estudió en ella, en las décadas de 1950 y 1960, fue consciente de que sus compañeros de estudios evaluaban su posición social de manera distinta a como lo hacían en el pueblo.

Y es que durante las décadas de 1950 y 1960, a diferencia de lo que ocurría en el pueblo, en la Academia Pennacook imperaba la meritocracia; en la escuela lo que importaba era que fueses bueno en clase. Para la academia, tus notas eran importantes; para los chicos, no tanto. Lo que les importaba a los chicos era el ingenio; les importaba que pudieses entretenerlos. Solo se perdonaba no resultar entretenido si uno era deportista. Para Jimmy Winslow, la forma en que se le evaluaba en la escuela tenía mucho más sentido que el escrutinio al que se veía sometido en el pueblo.

¿Qué importancia tenía el *Mayflower* para los chicos de la Academia Pennacook? Pensar en los primeros colonos de Estados Unidos no incentivaba su conciencia de clase, y mucho menos el barco en el que habían llegado al país. Los alumnos externos desconfiaban de los internos y viceversa. En una escuela internacional nada responde a una verdad universal, pero los alumnos internos solían ser más cosmopolitas. Por comparación, los del pueblo parecían poco sofisticados.

James Winslow no gozaba de la confianza ni de los alumnos externos ni de los internos, porque pertenecía a una subclase dentro del propio pueblo. Los hijos del profesorado se encontraban en una posición difícil, aunque Jimmy Winslow era un hijo de profesor más bien poco común. Era nieto del miembro más venerado del Departamento de Inglés de Pennacook. Thomas Winslow era el profesor más popular de la academia, sus alumnos lo adoraban. Cabría suponer, entonces, que James Winslow podría haber gozado de la confianza de sus compañeros y que habría sido bien recibido por el resto del profesorado, por encima de todos los demás chicos, pero él no era un auténtico Winslow. Jimmy no era el hijo de nadie. Y todo el mundo lo sabía: su madre lo había adoptado y nadie sabía quién era su padre. En cuanto a la madre biológica del muchacho,

no inspiraba ningún tipo de confianza. En primer lugar, porque era huérfana.

Para los habitantes de Pennacook, James Winslow era, y siempre sería, el hijo de la huérfana. En la academia eran más amables. Los alumnos y el profesorado comprendían que tal vez Jimmy no era un auténtico Winslow, pero había muchos otros Winslow y todos querían y se preocupaban por ese chico. Bueno, no es de extrañar, señalaban los habitantes de Pennacook: Jimmy era el único varón Winslow.

Años más tarde, siempre que James Winslow se comportaba con modestia o se quedaba sin palabras —y lo cierto era que siempre hablaba con una insoportable lentitud—, repetía que no era más que un chico de New Hampshire. Los habitantes de Pennacook, como no podía ser de otro modo, estaban convencidos de conocer más detalles: los Winslow eran diferentes al resto de los lugareños, incluido el hijo de la huérfana. A pesar de ser muy entrometidos, lo que los habitantes de Pennacook habían llegado a averiguar, en realidad, se reducía a eso. Las circunstancias del nacimiento de James Winslow estaban plagadas de irregularidades. Cuando un bebé nace y es transferido de tal manera que ni siquiera se sabe quién es la madre, ¿acaso no es inevitable que las cosas se descarrilen en el seno de una familia? Los habitantes de Pennacook estaban preparados para que todo lo relativo a los Winslow saliese mal, especialmente lo que tuviese que ver con el niño adoptado. Por ese motivo, creían, los Winslow no deberían sentirse tan orgullosos. Los habitantes de Pennacook estaban hartos del respeto que se le mostraba a los Winslow en cuanto familia modelo, incluso en lo que respectaba a haber adoptado al hijo de una huérfana.

2

La cuarta hija

Constance era la inquebrantable matriarca de los Winslow de Pennacook. Su apellido de soltera había sido Bradford. William Bradford estuvo a bordo del *Mayflower*. Los habitantes de Pennacook suponían que Constance no se había mostrado menos inquebrantable cuando era una Bradford y que convertirse en una Winslow solo había servido para reforzar su rectitud moral. Era una mujer inflexible. Constance fue la responsable de los virtuosos nombres que les pusieron a sus tres primeras hijas: Faith, Hope y Prudence (Fe, Esperanza y Prudencia); en ese orden.

A Thomas Winslow, el hombrecillo de la familia, los nombres virtuosos parecían importarle algo menos. El señor Winslow era el arquetipo del profesor de inglés; para los habitantes de Pennacook, aquel hombrecillo era el epítome de la docencia. Sus antepasados no le importaban.

«No es posible mejorar a vuestros antepasados, solo podéis mejoraros a vosotros mismos e inspirar a vuestros hijos», les decía siempre Thomas Winslow a sus alumnos de la Academia Pennacook el primer día de cada curso de inglés que impartía. Lo que quería dar a entender era que podía enseñarles a leer bien, empezando por lo que iban a leer en ese momento. «Y si aprendéis a escribir bien, también hablaréis bien», les decía a esos chicos. En relación con lo que leerían —tanto poemas como obras de teatro, relatos y novelas

—, «¡Cuanto más fantástico, mejor!», les decía el profesor de inglés a sus alumnos. Lo que el señor Winslow añadía para finalizar era la esencia de su fe en la ficción: «Si podéis imaginaros en la piel de otra persona, podréis llegar a ser mejores personas», les decía Thomas Winslow a esos chicos.

Lo que molestaba a los habitantes de Pennacook era la forma en que Thomas Winslow intentaba enseñarles. Los adultos del pueblo no querían que un profesor de inglés les dijera cómo mejorar. No le correspondía a Thomas Winslow decirles a los habitantes del pueblo cómo inspirar a sus hijos.

Los adultos acomodados del pueblo estaban muy molestos con el pequeño profesor de inglés. ¿Por qué tenían que meterse en la piel de otra persona? ¿Cómo se atrevía Thomas Winslow a pretender que fueran mejores personas? Y Constance, por su parte, podía ser una entrometida: también había logrado sacar de quicio a los habitantes de Pennacook. Los dos andaban siempre imponiendo a los demás sus lecturas. Lo que leían no era lo único que los Winslow pretendían imponer, pero la gente del pueblo empezó a ser consciente de su tendencia a imponer cosas a partir de los libros.

A Thomas Winslow no le acomplejaba su escasa estatura. Pero a los hombres del pueblo sí les molestaba que a Thomas no le importase en absoluto su diminuto tamaño.

Las mujeres opinaban justo lo contrario. Para ellas, Thomas Winslow era todo un galán en miniatura.

—Es como un muñeco —comentaban en tono de burla las mujeres del pueblo entre ellas. No creáis que Constance no sabía lo que pensaban esas mujeres.

Sin embargo, la impresión predominante que se tenía de Thomas Winslow era la de un docente. Para los habitantes de Pennacook, aquel pequeño y apuesto hombre no evocaba precisamente

espontaneidad. Si bien Constance había sido la responsable de los nombres que les habían correspondido a Faith, Hope y Prudence, la precisión del intervalo entre el nacimiento de cada una de las hijas, exactamente dos años, parecía coincidir con la especificidad de los detalles de las bien tramadas novelas del siglo XIX que tanto le gustaban al diminuto profesor de inglés. A simple vista, la diferencia deliberada en las edades de esas virtuosas niñas era algo propio de Thomas Winslow, ¿no?

Tras el nacimiento de Prudence, la tercera de las virtuosas hijas, los habitantes de Pennacook empezaron a contar los años. Dada la estima que sentían por Thomas, al que veían como un *muñequito,* fueron las mujeres del pueblo las que llevaron la cuenta con mayor atención. Dos años después del nacimiento de Prudence, por lo que parecía, los Winslow habían dejado de tener hijos. Prudence tenía cinco años cuando los Winslow despidieron a la última de sus niñeras. Cuando sus virtuosas hijas eran pequeñas, contrataron a una serie de niñeras, tres seguidas concretamente. Constance insistía en llamarlas «chicas *au pair».* La designación *au pair* causó un gran revuelo en el pueblo. Por un lado, era inexacta: no eran chicas extranjeras, hablaban inglés y, sobre todo, eran *huérfanas*. Para los habitantes de Pennacook, la *procedencia* de las niñeras de los Winslow era importante.

Como cabe suponer, no podían criticar a Constance por su uso del lenguaje.

«Yo llamo a nuestras chicas *au pair,* que viene del francés y, literalmente, significa "en igualdad de condiciones". Nuestras chicas ayudan con las tareas domésticas y con el cuidado de las niñas a cambio de alojamiento y manutención. Forman parte de nuestra familia», decía Constance; ella no utilizaba la palabra «adoptadas», ni decía nunca que los Winslow fueran una familia de «acogida»

para esas chicas. «No les damos un sueldo a nuestras chicas, les damos una paga, igual que se le daría a una hija mayor», decía Constance a cualquiera que quisiera escucharla. «Estas chicas son como nuestras hijas», decía Constance de aquellas huérfanas, para consternación de los habitantes de Pennacook. «Les compramos la ropa, las ayudamos con los deberes... Todas nuestras hijas saben que estudiar es importante», no pudo evitar decir Constance. Los Winslow se encargaban de que sus chicas *au pair* entraran en la universidad; por su parte, esas niñeras sabían que también se esperaba de ellas que les fuera bien en la universidad.

Tenía que haber algo malo en alguna de las huérfanas de los Winslow, o como mínimo eso esperaban los habitantes de Pennacook. No sabían lo suficiente sobre *la procedencia* de esas huérfanas. Con los huérfanos abundan las incógnitas, siempre hay algo que no se sabe. Los habitantes de Pennacook entendían, si bien vagamente, lo que les sucedía a los huérfanos no adoptados: cuando tenían catorce o quince años, se convertían en jóvenes a los que se los denominaba «tutelados por el estado». No sonaba nada bien. Había mujeres en el pueblo que afirmaban que el cuidado de los niños era un trabajo demasiado importante para dejarlo en manos de menores de edad. Y acababan preguntando, si es que uno no llegaba a esa misma duda por su cuenta: ¿dejarías que unas chicas tuteladas por el estado cuidaran de tus hijos?

No pudieron encontrarles una sola pega a las tres primeras niñeras de los Winslow. Fueron tres alumnas modélicas en las escuelas públicas de Pennacook y, por la forma en que superaron la universidad, pues también lograron entrar en buenas escuelas de posgrado, podría pensarse que pertenecían a la familia Winslow. Las tres huérfanas no adoptadas volvían a «casa», que era como ellas la llamaban, por Navidad o por vacaciones, lo cual también molestaba

mucho a los habitantes de Pennacook. Que las tres virtuosas hijas disfrutasen de lo lindo al reunirse de nuevo con sus antiguas *au pairs,* llevaba a pensar que las niñas Winslow eran como hermanas para esas jóvenes tuteladas por el estado.

Por su parte, esas tres niñeras jamás dijeron nada malo del trato recibido en la casa de los Winslow.

—Me sentí aceptada desde el principio, como si siempre hubiera formado parte de la familia. Ahora sé que siempre formaré parte de ella —declaró la mayor de esas huérfanas. Había sido la niñera de Faith, la primogénita.

—No se le puede otorgar un hogar a alguien sin más, no a alguien como yo, que nunca había tenido un hogar, pero eso fue lo que me ofrecieron: me hicieron sentir como en casa —les dijo Lucie, la niñera de Hope, a las madres de sus amigas del colegio; las mujeres del pueblo, en definitiva, por una vez en su vida se quedaron sin palabras.

Finalmente, estaba Denise, la *au pair* de Prudence, la menor de las hijas virtuosas. Denise era taciturna. Su reticencia a hablar hizo que los habitantes de Pennacook imaginaran que tal vez tenía algo que ocultar. Sin embargo, la más callada de esas huérfanas era tan solo una chica tímida, reservada a la hora de hablar; si se mostraba reacia a unirse a una conversación, era porque desconfiaba de las damas del pueblo... y de su afición por los chismes.

—Me trataban como a una más de sus hijas, a todas nos trataban igual —dijo la más joven de las tres niñeras de los Winslow—. Se suponía que yo era una de las más responsables porque era un poco mayor.

Aferrándose a un clavo ardiendo, como suelen hacer las damas en los pequeños pueblos, una de las mujeres acabó preguntándole:

—Pero ¿cómo llamas al señor y a la señora Winslow? ¿Cómo se supone que debes dirigirte a ellos?

—Oh, son solo niños más grandes, ¡los llamo Tommy y Connie, como lo hacen entre ellos! —dijo la niñera, repentinamente emocionada; ya no parecía tan taciturna.

A las mujeres del pueblo jamás se les habría ocurrido llamar *Connie* a Constance Winslow, del mismo modo que los hombres nunca habrían llamado *Tommy* a Thomas Winslow, el pequeño jefe de la lengua inglesa. Y las jóvenes de los Winslow tuteladas por el estado incluso adoptaron el apellido de soltera de Constance, Bradford, y también su linaje, que se remontaba al *Mayflower*. Al oír hablar a esas huérfanas, uno habría podido pensar que sus antepasados —aquellas familias que habían renunciado a ellas o las habían abandonado— llegaron al país en el *Mayflower*.

—¡Pobre Dorothy! —exclamaban las chicas *au pair,* lamentando el destino de la primera esposa de William Bradford. Solo tenía dieciséis años cuando se casó con el señor Bradford. Habían dejado a un niño de tres años en Holanda con los padres de Dorothy. Dorothy se ahogó: cayó, o saltó, por la borda cuando el *Mayflower* estaba anclado en el puerto de Provincetown. Los habitantes de Pennacook no tenían ninguna duda: ¡Dorothy saltó por la borda! Desde el barco podía ver el desierto que le esperaba, sabía que nunca volvería a ver a su querido hijo de tres años. «Nosotras habríamos saltado», pensaban las mujeres del pueblo, asintiendo unas a otras.

Esas niñeras, no. Habrían bajado a tierra y se habrían enfrentado a la naturaleza salvaje.

—¡William Bradford volvió a casarse! —declaró la *au pair* de Faith, como si el hecho de que un hombre volviera a casarse fuera un acto de heroísmo.

—William Bradford se convirtió en gobernador de Plymouth y escribió una historia de la colonia de Plymouth: *Of Plymouth Plantation*—le contó Lucie a todo el pueblo.

—¡La historia de Bradford todavía se enseña en los cursos universitarios de Historia Americana! —añadía Denise, que seguía siendo una chica tímida, aunque cada vez menos reservada con el paso de los años.

Incluso el nombre de Constance tenía un trasfondo familiar.

—Constance proviene del francés, y originariamente del latín. —La primera en decirlo fue la niñera de Faith, repitiendo al pie de la letra lo que le habían contado.

—Es una forma medieval de *Constantia,* que es una palabra en latín —informó Lucie, la *au pair* de Hope.

—Era el nombre de la hija de Guillermo el Conquistador —dijo sin tanta timidez Denise, la tutelada por el estado que le correspondía a Prudence.

Sin embargo, para sorpresa de todos, cuando Prudence tenía diez años, se hizo evidente que Constance estaba, una vez más, embarazada. A los cuatro meses ya se le empezaba a notar. Cuando dio a luz a su cuarta hija, Prudence tenía once años, Faith y Hope eran adolescentes. Las virtuosas hijas tenían edad suficiente como para rebelarse contra la mera idea de que se les pidiese que cuidaran a la nueva bebé, pero, fieles a sus nombres, estaban virtuosamente ansiosas por hacerlo. En cuanto a las tres niñeras que ya no estaban, una de ellas tenía hijos propios, pero todas se ofrecieron voluntarias para volver a «casa»; como seguían denominándola. Las antiguas *au pairs* competían entre sí, se pelearon por convertirse en la encargada de cuidar a la recién nacida.

—Oh, queridas chicas, no seáis tontas —les dijo Constance.

—Tenéis que haceros cargo de vuestras propias vidas, queridas —les dijo Thomas.

Para los habitantes de Pennacook, la cuarta hija no parecía haber sido fruto de la planificación. Las mujeres del pueblo pusieron en tela de juicio la valoración, tal vez prematura, de Thomas Winslow como epítome del docente; después de todo, cabía la posibilidad de que hubiese algo espontáneo en el muñequito. Apareció entonces la mujer de la limpieza. Fue ella la que empezó a contar historias sobre los acuerdos a la hora de dormir de los Winslow, pero ni siquiera un pequeño pueblo de New Hampshire podía presumir de saber todo lo que había que saber al respecto. Ni siquiera una mujer de la limpieza lo sabe todo.

Las mujeres del pueblo llevaban mucho tiempo preguntándose por los acuerdos a la hora de dormir de los Winslow. Cuando las tres primeras hijas eran pequeñas, Thomas Winslow se vio obligado a dormir con su esposa; la familia al completo vivía en un apartamento para profesores en una de las residencias estudiantiles de la Academia Pennacook. Basta con imaginar a una de esas huérfanas menores de edad viviendo en una residencia de chicos. Sin embargo, no hubo ninguna clase de tonterías entre los chicos de la academia y las chicas *au pair*. Seguramente, Thomas y Constance debían de haber aleccionado a conciencia a los chicos de la residencia. Los chicos de la academia, especialmente los mayores, sabían que las niñeras estaban fuera de su alcance. Ese alojamiento, sin embargo, era pequeño para una familia de cinco miembros... más uno; las viviendas del profesorado no estaban diseñadas para tres niñas pequeñas, más una *au pair*. Y los habitantes de Pennacook se quedaron con la duda: ¿la academia descontaba dinero del sueldo de Thomas Winslow debido a que la niñera comía con la familia en la mesa del profesorado en el comedor de la escuela? A los habitantes

de Pennacook les irritaba que los asuntos de la academia no fueran de dominio público en el pueblo.

La sufrida mujer de la limpieza de los Winslow le contaba a todo el mundo que lamentaba haber dejado Boston. Había seguido a su marido al norte, a New Hampshire, pero él no había logrado ganar dinero suficiente, cosa que ella también le contaba a todo el mundo. Si disponía de algo más de tiempo, contaba por qué toda su familia debería haberse quedado en Kildare. Gertie Eustis era una mujer irlandesa y le habían abreviado el nombre, que en realidad era Gertrude. Tal vez también estuviera enfadada por eso. Había ejercido como empleada doméstica de los Winslow desde el principio, desde sus primeros días en el apartamento para profesores, y también después de que se mudaran del campus a una casa propia en el pueblo.

—Esas niñas no tienen normas para dormir, los Winslow son una familia liberal en lo que respecta a dormir —le dijo Gertie a la gente del pueblo—. Las almohadas de esas niñas van de un lado para otro —fue como lo expresó Gertie.

Para los habitantes de Pennacook, la palabra «liberal» ya entrañaba una condena suficiente, antes incluso de que Gertie hablase de las almohadas que iban de un lado para otro. Cambiar la ropa de cama era tarea de la mujer de la limpieza y Gertie llegó a encontrar todas las almohadas en la cama de una de ellas o en la cama de la niñera. En la época en que los Winslow vivían en la academia, nunca había dormitorios suficientes y apenas había camas suficientes. La niñera nunca tuvo su propia habitación, solo su propia cama.

—La llamada *au pair* siempre tiene a una niña, o a todas, subida a su cama, una situación propia de un dormitorio de *orfanato*—según valoró Gertie Eustis.

En las calles más céntricas de Pennacook había casas blancas de estilo colonial, como la de cinco dormitorios a la que se mudaron los Winslow cuando Thomas liquidó sus deudas como profesor joven, cuando puso fin a sus obligaciones en la residencia estudiantil de la academia. Cada una de las virtuosas hijas dispuso entonces de su habitación, aunque las tres compartían el mismo cuarto de baño. La niñera no solo tenía una habitación propia, sino también su propio cuarto de baño. Las «dependencias» de la *au pair,* como Constance denominaba a la habitación y el cuarto de baño de la niñera, se encontraban en un extremo de la segunda planta, encima de la cocina. El dormitorio principal y el baño estaban en el extremo opuesto de la planta superior. Al igual que ocurría en el caso de los puritanos, una costumbre que encajaba con Thomas y Constance Winslow, la casa colonial del siglo XVII mostraba una escasa ornamentación exterior. Tenía un tejado empinado con dos chimeneas y una entrada principal con un porche sostenido por columnas. Las ventanas estaban cuarteadas con finos listones blancos y tenían contraventanas negras.

Sin embargo, la mujer de la limpieza de los Winslow le dijo a la gente de Pennacook que ni la antigua decencia de Nueva Inglaterra ni el número adecuado de dormitorios podría haber persuadido a las virtuosas hijas o a las adolescentes tuteladas por el estado para que se quedaran en sus respectivas camas.

—Esas niñas y la huérfana duermen por todas partes —dijo Gertie a la gente del pueblo.

La empleada doméstica se consideraba la ama de llaves personal de los Winslow; Gertie tenía mentalidad de gerente. Las sábanas y las fundas de almohada estaban a su cargo, eran su responsabilidad. A Gertie le importaba dónde acababan las almohadas de las niñas, por no hablar de la almohada de la niñera. La mayoría de las

mañanas, todas esas almohadas estaban en una sola cama, casi siempre, la cama de la niñera. Incluso después de que se fuera a la universidad la que, en principio, iba a ser la última de esas huérfanas, las virtuosas hijas se amontonaban juntas en la misma cama.

—Los emigrantes que comparten dormitorio tienen unos límites mejor definidos a la hora de dormir..., me parece a mí —le decía Gertie Eustis a cualquiera que quisiese escucharla.

Que las hijas pequeñas de los Winslow se amontonasen en una misma cama, por otra parte, a los habitantes de Pennacook no les importaba lo más mínimo. Lo que llamaba la atención de la gente del pueblo eran los *acuerdos* a la hora de dormir de Thomas y Constance. Thomas se había mudado a las dependencias vacías de las huérfanas. En Pennacook, seguramente había otras parejas casadas que dormían en habitaciones separadas. Sin embargo, en el pueblo estaban obsesionados con la distancia que separaba las dos habitaciones en las que dormían Thomas y Constance. Para llegar al dormitorio principal desde las dependencias de las antiguas *au pairs,* Thomas tenía que pasar de puntillas por delante de las habitaciones de las niñas, o bien tenía que bajar las escaleras y volver a subir, después de atravesar la casa al completo.

El motivo por el que ese trayecto entre dormitorios importaba tanto a los habitantes de Pennacook tenía que ver con lo diferente que resultó ser la cuarta hija. En primer lugar, la hija, que quizás no había respondido a la planificación (o era fruto de la espontaneidad si se prefiere), no tenía un nombre virtuoso, o no exactamente. Es posible que a las damas del pueblo les pareciera virtuoso, pero Constance dejó dos cosas muy claras: era Tommy quien le había puesto el nombre y que Honor era un nombre que indicaba «expectativa».

—Honor es un nombre como Chastity, Castidad: responde a una expectativa, no necesariamente es una virtud. —Así fue como lo expresó Constance. Para los habitantes de Pennacook, sobre todo para las damas del pueblo, Honor sonaba, sin embargo, como un nombre que entrañaba un peso moral.

Demasiado para la pobre Dorothy, la Bradford que se cayó por la borda, la joven esposa que se ahogó cuando el *Mayflower* estaba anclado en el puerto de Provincetown. La cuarta hija de los Winslow no iba a llamarse Dorothy, sino Honor, un peso que no sería fácil de sobrellevar. Es posible que los habitantes de Pennacook se preguntasen: ¿qué harán Tommy y Connie? Durmiendo los dos en extremos opuestos de la casa, ¿a quién encontrarían los Winslow para cuidar de Honor?

«No conoceremos a otra huérfana», pensaban las mujeres del pueblo, asintiendo unas a otras. En opinión de la gente del pueblo, los Winslow estarían tentando a la suerte en caso de acudir a una cuarta joven tutelada por el estado. En realidad, los habitantes de Pennacook no sabían gran cosa sobre orfanatos. Como mucha gente de los pequeños pueblos de Nueva Inglaterra, los ciudadanos de Pennacook solo sabían lo que habían oído decir, y con lo que habían oído decir les bastaba.

3

De dónde venían los huérfanos

Muchos habitantes de Nueva Inglaterra habían oído hablar del Hogar para Niños Desamparados de Nueva Inglaterra. En Pennacook, la opinión más extendida era que había sido fundado por empresarios de Boston en 1865 con la intención de ayudar a los huérfanos de la Guerra de Secesión. En realidad, se fundó en 1799. Muy pocos en Pennacook sabían que fue el primer orfanato de Boston para niñas, conocido por aquel entonces como la Casa de Acogida para Niñas de Boston. Los orfanatos más pequeños del norte de Nueva Inglaterra no eran tan conocidos como el Niños Desamparados.

El primer tren de huérfanos salió de Boston en 1850, llevando a niños sin hogar hacia el norte, a New Hampshire y a Vermont. Thomas y Constance habían visto fotografías de los niños en los trenes de huérfanos. No parecían lo bastante mayores como para pasar a ser tutelados por el estado. Tal vez algunos de esos niños encontraron hogares con buenos padres, pero los Winslow habían oído historias sobre niños contratados como sirvientes, tratados como esclavos o maltratados de otras muchas maneras.

En un principio, cuando los Winslow buscaban huérfanas no adoptadas que pronto pasarían a estar bajo la tutela del estado, Thomas Winslow no miró en ningún momento más allá de New Hampshire. Encontraron a sus tres primeras *au pairs* en orfanatos de ese estado. Constance fue consciente antes que Thomas de que

para encontrar una cuarta *au pair* iban a tener que ampliar su área de búsqueda. Le recordó a Tommy que también había orfanatos en Maine.

Durante la primera mitad del siglo XIX, el orfanato de St. Cloud's había sido un campamento maderero; eran los tiempos en que los leñadores causaban estragos, antes de que desaparecieran los bosques. St. Cloud's fue uno de esos pueblos ribereños que siguieron adelante después de que los leñadores se marcharan. El aserradero se mantuvo en pie, aunque solo durante un tiempo, junto con el almacén de madera, que duró un poco más; lo que dejaron tras de sí los leñadores era un pueblo industrial moribundo. Los huérfanos dormían en los barracones y la cocina se convirtió en un comedor para niños. Durante sus visitas a los orfanatos que conocían en New Hampshire, los Winslow oyeron comentarios contradictorios sobre el médico que dirigía el orfanato de St. Cloud's, en Maine.

En primer lugar, a los Winslow les impresionó que fuese un médico el que estuviera al frente; les habían dicho, además, que el médico era lector. Les leía en voz alta a los niños y los animaba a leer. Pero a los Winslow también les dijeron que el médico del orfanato era «propenso a las diatribas».

—¿Sobre qué? —preguntó Thomas Winslow. Para un profesor de inglés, una diatriba no era necesariamente algo malo, en particular si estaba justificada.

El médico despotricaba sobre «la violación del bosque». Decía que la industria maderera y las empresas papeleras no habían sustituido los árboles que habían talado.

—Cuando talaron el valle del río que rodea St. Cloud's y brotó vegetación por todas partes, como maleza pantanosa, ¿qué quedó atrás? —se preguntó el médico a cargo del orfanato. A lo que

respondió—: Serrín. La orilla del río quedó marcada por cicatrices, pues los troncos arrastrados por la corriente habían excavado una nueva línea ribereña. El molino con sus ventanas rotas y sin mosquiteras. El hotel de las prostitutas. La iglesia, que era católica, para canadienses franceses, y que parecía demasiado limpia y sin usar para pertenecer a St. Cloud's, donde nunca fue ni la mitad de popular que las prostitutas, que tuvieron la buena ocurrencia de marcharse con los leñadores. —Y aquí el médico del orfanato hizo una pausa, para recuperar el aliento o para contenerse—. ¿Por qué la Iglesia católica abandonó el pueblo cuando se marcharon las prostitutas y los leñadores? —preguntó el médico, con un tono casi de inocencia. El médico, propenso a las diatribas, respondió de nuevo él mismo a la pregunta—: Porque no había nadie que tuviera nada que confesar. La conciencia de un huérfano está limpia.

—El médico parece un poco loco, Tommy —dijo Constance.

La Iglesia católica se había mostrado interesada en participar en la gestión del orfanato de St. Cloud's, pero el médico del orfanato vetó esa propuesta.

—No somos un orfanato de afiliación religiosa —fue lo único que dijo el médico.

Los Winslow no eran practicantes, tampoco tenían afiliación religiosa. No sabían nada sobre los supuestos males que causaban la industria maderera o las empresas papeleras. Cabía la posibilidad de que el médico del orfanato estuviese un poco trastornado debido a la tala indiscriminada de los bosques, o por los culpables de no replantar el bosque con nuevos árboles. Los Winslow no sabían prácticamente nada sobre bosques o árboles.

—Me gusta lo de la lectura. Animar a los niños a que lean no me parece una locura, Connie —le dijo Thomas a su esposa. Constance era bibliotecaria en la Biblioteca Pública de Pennacook, un edificio de

ladrillo amarillo de finales del siglo XIX situado junto al campus de la academia en la calle Front. Para los habitantes de Pennacook, Constance Winslow resultaba tan molesta como su marido, porque los dos andaban siempre diciéndoles a los demás lo que tenían que leer.

—A mí también me gusta lo de la lectura, Tommy. Pero estoy convencida de que incluso te gusta más la idea de que se trate de un orfanato sin afiliación religiosa —dijo Constance. Además de haber escuchado decir a su marido, más veces de las que podía recordar, que la religión suponía la ruina de la civilización, sabía muy bien que le guardaba rencor al estado de Maine.

—No es fácil llegar hasta St. Cloud's. Maine está demasiado lejos, Connie —había dicho Thomas Winslow en infinidad de ocasiones. St. Cloud's está lejos de todas partes, decía todo el mundo en Nueva Inglaterra. Durante los meses de invierno, el interior del estado de Maine quedaba aislado por la nieve. En esa zona no se podía disfrutar de la primavera, pues era un periodo que se caracterizaba por el deshielo y el barro. No había modo de transitar por los viejos caminos forestales, quedaban impracticables debido al fango. Si pretendías ir allí en invierno o en primavera, te aconsejaban que tomaras el tren.

A los Winslow les dijeron, por otra parte, que los compañeros de viaje los mirarían con desprecio si subían o bajaban del tren en la estación de St. Cloud's. El orfanato era lo único que había allí. Quedarían estigmatizados por su relación con los huérfanos. Esa advertencia sobre el desprecio de los pasajeros del tren no hizo sino reafirmar el rencor que Thomas Winslow sentía hacia Maine.

Entre las Leyes Públicas de Maine de 1840 y 1841 estaba incluida la primera legislación antiabortiva del país. Intentar llevar a cabo un aborto a cualquier mujer «embarazada de una criatura», «tanto si el

feto está vivo como si no», estaba tipificado como delito, independientemente de los métodos que se utilizasen para ello. La realización de un aborto se castigaba con un año de cárcel o una multa de mil dólares, o incluso ambas cosas. Si eras médico, podías perder la licencia que permitía ejercer como tal. Otros estados siguieron el ejemplo de Maine. En 1910, el aborto era ilegal en todo Estados Unidos, y siguió siéndolo hasta 1973, cuando la decisión del Tribunal Supremo en el caso «Roe contra Wade» dictaminó que la Constitución amparaba el derecho de las mujeres a abortar.

Los Winslow eran defensores del derecho al aborto antes de que los habitantes de Pennacook pensaran siquiera sobre esa cuestión. Si uno se detenía a escuchar a la gente del pueblo, podría llegar a pensar que el aborto siempre había sido ilegal. Porque la historia del aborto en Estados Unidos no era muy conocida por la mayoría de los estadounidenses, incluidos los habitantes de Pennacook.

Pero el aborto no inspiró las Charlas Municipales, la particular contribución de Constance a la educación para adultos en el pueblo de Pennacook. Los Winslow defendían, hasta el punto de resultar irritantes, la mejora de las relaciones entre el pueblo y el estamento docente. Las relaciones entre la ciudad de Pennacook y la Academia Pennacook eran siempre tensas y necesitaban mejorar.

Las Charlas Municipales fueron idea de la bibliotecaria, pero la Biblioteca Pública de Pennacook, donde reinaba el silencio, no era el lugar ideal para que se llevasen a cabo las conferencias. Encontrar el foro adecuado para las Charlas Municipales fue fácil: las aulas de la academia no se utilizaban las noches de los días laborables, durante las horas de estudio de los alumnos. Sí fue difícil seleccionar los temas para las Charlas Municipales, pues tenían que resultar tanto del agrado de los habitantes de Pennacook como del profesorado de la academia.

—Tommy es el profesor, los temas son asunto suyo —fue todo lo que Constance le dijo a la gente del pueblo.

Las mujeres estaban interesadas en la ficción. A las Charlas Municipales de Thomas Winslow sobre novelas o novelistas, las damas del pueblo acudían en masa.

—Las mujeres somos lectoras de ficción, vivimos más en nuestra imaginación que los hombres —afirmó Constance Winslow. Ella quería dar a entender que hablaba estrictamente como bibliotecaria, ajena al hecho de que las damas del pueblo consideraban a su marido un *muñequito*.

Thomas dio dos charlas sobre Charles Dickens. Hizo que las mujeres del pueblo leyeran *La pequeña Dorrit* y *Grandes esperanzas,* en ese orden, argumentando que *Grandes esperanzas* era una novela mejor. Thomas Winslow no iba a tardar en descubrir que las mujeres del pueblo, incluso las que estaban enamoradas de él, no se dejaban persuadir tan fácilmente por un profesor como los chicos de la academia. A las damas les encantaba la historia de ascenso social, así como la bondad de *La pequeña Dorrit*. A las charlas sobre Dickens solo acudieron tres o cuatro hombres.

—Vas a hablarle a un grupo de mujeres, Tommy, y a las mujeres les gusta más un melodrama matrimonial que una novela de formación protagonizada por un chico —dijo Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —le respondió Thomas.

Dio dos charlas sobre *Middlemarch,* de George Eliot. Para su sorpresa, hubo un considerable número de hombres entre los asistentes a la primera charla sobre la novela de Eliot.

—Vi a siete u ocho hombres, Connie —dijo Thomas. Pero ningún hombre asistió a la segunda charla sobre *Middlemarch*. Thomas Winslow estaba desconsolado.

—Es posible que los hombres que fueron la primera vez no supieran que George Eliot era una mujer, Tommy —le dijo Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —concedió Thomas.

Dio cuatro charlas sobre las novelas más conocidas de las hermanas Brontë: las dos primeras fueron sobre *Cumbres borrascosas,* de Emily, y las dos últimas sobre *Jane Eyre,* de Charlotte. Constance le preguntó por qué había empezado con Emily. ¿Acaso no sabía que Charlotte era la mayor de las dos, por no mencionar que *Jane Eyre* se publicó un poco antes que *Cumbres borrascosas,* aunque solo fuera un mes o dos?

—Estás en lo cierto, Connie —fue todo lo que dijo su marido.

Constance lo conocía muy bien, sabía que debía de tener una razón de peso para empezar con Emily, pero no entendía por qué no le decía cuál era. Thomas se tomó con buen humor la ausencia total de hombres cuando habló de las hermanas Brontë en las Charlas Municipales; no se presentó ni uno.

—Al final sabemos con exactitud lo inteligentes que son los habitantes de Pennacook, Connie: son lo bastante inteligentes como para saber que las hermanas Brontë eran mujeres —le dijo Thomas.

Constance sonreía mientras le susurraba, moviendo el dedo índice.

—No es algo que debas decir en público —le reprendió con suavidad.

Le sorprendió el modo en que Tommy inició la primera de sus charlas sobre las hermanas Brontë. La sala de conferencias estaba abarrotada. A Constance le resultó admirable cómo su marido se colocó de pie, sin una sola nota, delante del atril. Era tan bajito que, de haberse colocado detrás, las mujeres de la primera fila no habrían podido verlo.

—Me pregunto si serían capaces de decirme si esto lo escribió Emily o Charlotte —empezó diciendo. No apartó la mirada de las mujeres del público mientras recitaba de memoria. Thomas Winslow repetía lo que Emily o Charlotte Brontë habían escrito, pero Constance se percató de lo que estaba haciendo su marido: interpretaba las expresiones de los rostros de aquellas mujeres. Desde donde estaba sentada, en una solitaria silla en la tarima de los oradores, a un lado del atril, Constance también podía observar aquellos rostros. Las damas del pueblo se vieron sorprendidas por lo que estaban escuchando; por una vez, sus artificiosos rostros no podían ocultar lo que sentían. No todos los pensamientos de las damas del pueblo salieron a la luz, solamente los de aquellas que se sintieron ofendidas por lo que escucharon, solo los de las mujeres que opusieron resistencia o se mostraron hostiles ante lo que les estaba diciendo el profesor de inglés.

—«La convencionalidad no es moral» —recitó, fijándose en las damas que parecían haber recibido una bofetada—. «La superioridad moral no es religión» —prosiguió Thomas—. «Atacar lo primero no es atacar lo segundo» —concluyó Thomas su recitación con un deje de reprimenda en su voz.

Fue entonces cuando Constance reconoció a las mujeres de la iglesia entre el público, las que habían fruncido los labios y entrecerrado los ojos; era a esas mujeres a las que la recitación de su marido había dejado al descubierto. Constance Winslow había estudiado a las mujeres del pueblo con mayor atención que su marido. La intención de Thomas era obligarlas a salir de su escondite, según entendió Constance, para identificar quiénes eran las mujeres de la iglesia. Pero ¿por qué le importaba ese detalle?, se preguntó Constance. Había ido allí a comentar las obras de las hermanas Brontë. Por ese motivo, el pasaje que él había recitado

desconcertó a Constance, aunque solo en un primer momento, y no por mucho tiempo.

A las damas del pueblo les había dicho que empezaran leyendo a Emily Brontë. En la primera charla, algunas de esas mujeres no habrían acabado todavía de leer *Cumbresborrascosas,* y prácticamente ninguna de ellas se habría sumergido todavía en *Jane Eyre,* excepto aquellas que hubiesen leído la novela cuando cursaban secundaria o estaban en la universidad. ¿Qué recordarían, por lo demás, de *Jane Eyre?,* se preguntó Constance. Tal vez la maravillosa primera frase de la novela, pensó, moviendo ligeramente los labios mientras la repetía en silencio para sí misma: «No había posibilidad de dar un paseo ese día».

¿Por qué Tommy citó el prefacio de Charlotte Brontë a la segunda edición de *Jane Eyre* ante un grupo de damas que apenas había empezado a leer *Cumbres borrascosas?* Fue entonces cuando Constance entendió por qué había comenzado con Emily. Thomas Winslow quería que los temas didácticos de Charlotte sobre las convenciones y el sentido de la moral, la hipocresía y la religión, sorprendieran a todas las mujeres de su audiencia. Constance conocía la opinión de su marido sobre el final religioso de *Jane Eyre*. Constance entendía que Thomas estaba preparando el terreno para lo que acabaría diciendo sobre los conflictivos sentimientos de Jane con relación al cristianismo. Jane elige casarse felizmente con Rochester, según las condiciones que ella había puesto, y no casarse con St. John, a quien admira mucho, a su cristiana manera. Jane elige no acompañarlo a la India, donde St. John se está muriendo, esperando a que lo acoja su querido Señor Jesucristo. A Constance le encantaba lo buen profesor que era su marido, pero, por otra parte, lo conocía demasiado bien. No solo estaba preparando su charla sobre el final de *Jane Eyre,* a pesar de que aún no había

dicho una sola palabra sobre el comienzo de *Cumbres borrascosas*. Constance sabía que a Thomas le obsesionaba la planificación. De hecho, estaba mirando más allá de su charla sobre el final de *Jane Eyre*. Constance se percató de que estaba preparando su charla sobre la historia del aborto en Estados Unidos. Sabía que eso le preocupaba; a ella también le preocupaba.

Constance pudo apreciar asimismo que ninguna de las mujeres presentes en la sala de conferencias se atrevía a suponer qué hermana Brontë había escrito lo que Thomas acababa de recitarles. Esas mujeres soñaban con Heathcliff y Catherine, o bien habían leído lo suficiente de *Cumbres borrascosas* como para tener pesadillas con ese hombre monstruoso. Esas mujeres no pensaban en *Jane Eyre* y mucho menos en el prefacio de Charlotte Brontë a la segunda edición.

—Supongo que Connie sabe de qué Brontë se trata —dijo Thomas, sin volverse para mirarla. Su Tommy estaba memorizando los rostros indignados de aquellas mujeres de la iglesia, Constance podía apreciarlo.

—A mí me parece que es Charlotte, Tommy —dijo Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —dijo él con un suspiro. Las mujeres reunidas, las que pensaban que era un *muñequito,* soltaron unas risitas, pero Thomas Winslow siguió adelante—. Sin embargo, Charlotte tendrá que esperar su turno —les dijo Thomas a las damas del pueblo—. Emily es nuestra Brontë de hoy, ¡y menuda historia gótica ha escrito! —exclamó de repente, levantando los brazos por encima de su cabeza—. Pero no se obsesionen con lo monstruoso que es Heathcliff —les exhortó—. Es Catherine quien debería importarles, la pobre Catherine —dijo en voz baja.

Constance vio cómo las damas del pueblo mascullaban. Interiormente, de manera involuntaria, sin emitir sonido alguno,

aquellas mujeres repetían lo que él les había dicho: la pobre Catherine. En su corazón, Constance podía oír las palabras de la propia Catherine, cuando estando enferma recuerda el pasado, cuando todavía podía disfrutar de Heathcliff: «Ojalá volviera a ser niña, salvaje y fuerte, y libre», pensó Catherine.

A pesar de su empatía por Catherine, Constance se forzó a ir en contra de las instrucciones didácticas de su marido. Sentada inmóvil en la tarima, mientras Thomas hablaba sin parar, Constance se permitió pensar en Heathcliff. Constance sabía cuál era el aspecto más inquietante de Heathcliff en el que pensar. Heathcliff es huérfano y, por lo que llegamos a saber, no uno de los buenos.

El asunto más urgente en la vida de los Winslow era Honor, su cuarta hija. Con las antiguas *au pairs* invadiendo la casa y ofreciendo ayuda no solicitada, el dormitorio trasero tenía a dos mujeres adultas durmiendo en una cama de matrimonio. Y lo que era aún peor, los Winslow habían oído decir a Faith y a Hope, e incluso a Prudence, que ellas, sus propias hijas, eran perfectamente capaces de cuidar a su hermana recién nacida. Thomas había vuelto al dormitorio principal. Por la noche, si Honor lloraba, corría el riesgo de que lo pisotearan al correr en ayuda de la querida niña.

Si los habitantes de Pennacook suponían que los Winslow iban a tentar a la suerte acudiendo a una cuarta joven tutelada por el estado, a Constance no era precisamente la suerte lo que le preocupaba. Constance sabía que su familia al completo se había beneficiado de tres *au pairs* estupendas, ahora ya tres jóvenes maravillosas. Sin embargo, Constance entendía por qué esas huérfanas no habían sido adoptadas. Las personas que eran lo bastante valientes como para adoptar a un huérfano solían querer a uno recién nacido. Deseaban un niño con un historial limpio, no uno que hubiera sido abandonado en el orfanato, ni uno que tuviera la

edad suficiente para recordar su vida anterior... y a las personas que formaban parte de ella.

¿Acaso no cabía la posibilidad de que los huérfanos que recordaban haber sido abandonados estuviesen dominados por la rabia? Nadie podría culpar a uno de esos huérfanos por estar enfadado, pensaba Constance una y otra vez. A decir verdad, no quería meter en casa a una huérfana mala, sabiendo que sería la última huérfana que ella y Thomas intentarían salvar.

«Oh, Tommy», pensó Constance, porque no creía en la oración: «¡por favor, deja de lado el rencor que sientes hacia Maine!» No movía los labios. Frente a las damas del pueblo, permaneció inmóvil como una piedra. Constance quería probar suerte con el médico del orfanato de St. Cloud's, el lector, como ella llamaba al doctor que dirigía aquel lugar. A Constance no le importaba lo difícil que podía ser llegar allí, ni que hubiera que tomar el tren. Compartía el rencor de su marido hacia las instituciones religiosas. Los Winslow no eran creyentes y desconfiaban de aquellas personas que no dudaban en imponer su religión a los demás. En cuanto al médico que estaba a cargo del orfanato de St. Cloud's, el aspecto no religioso sin duda les resultaba atractivo a los Winslow. Tan solo el hecho de que estuviese en Maine se interponía en su camino.

4

Una carta del doctor Larch

Había otros orfanatos en Maine. El de Augusta, el Hogar para Niños de Maine, estaba más al norte que el de St. Cloud's, pero era más fácil llegar a él, ya que se podía ir en coche. Constance había oído que tenían un buen historial a la hora de colocar a los niños en hogares de acogida fiables.

—Sigue estando en Maine, Connie —fue todo lo que dijo Thomas sobre ir a Augusta.

Había otro en Lewiston, que Constance sabía que no tenía que mencionar, y no solo porque era un orfanato para niños. Lo dirigían monjas, Hermanas de la Caridad concretamente, que habían llegado a Maine desde Saint-Hyacinthe, Quebec, a finales del siglo XIX. Constance imaginaba a su marido imitando el acento de un desafortunado niño al que unas monjas francófonas hubiesen enseñado a hablar inglés.

Constance sabía que los orfanatos regentados por monjas no estaban en la lista de Tommy, ni siquiera los de New Hampshire. El de Manchester, el orfanato de St. Peter's, también estaba regentado por las Hermanas de la Caridad.

—¡Esas monjas de Quebec están por todas partes! —exclamó Thomas.

Las Hermanas de la Misericordia llevaban desde 1887 dirigiendo el orfanato de St. Mary's en Dover.

—Nada de monjas, Connie —fue todo lo que se limitó a decir su Tommy.

No le preocupaba que Honor fuera estrangulada de manera involuntaria por el rosario de una *au pair,* pero había oído rumores de que las Hermanas de la Caridad golpeaban a los niños que mojaban la cama. Lo que le preocupaba a Thomas Winslow era que se tratase de proselitistas: que esas huérfanas no adoptadas, y que pronto pasarían a ser tuteladas por el estado, hubiesen sido adoctrinadas por las monjas.

Había un segundo orfanato en Dover, otro motivo de preocupación para los Winslow. El Hogar para Niños de Dover había sido fundado por la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza.

—No dicen nada de que solo acojan a hijos de alcohólicos, Tommy —le advirtió Constance.

—Tampoco dicen que nos someterán a un montón de pruebas sin sentido para demostrar que estamos sobrios, Connie —le respondió Thomas. Bromeaban, porque en realidad no les preocupaba la parte de la templanza. Lo que preocupaba a los Winslow era la parte cristiana.

Los Winslow ya no eran bienvenidos en Coit House, en Concord, uno de los muchos orfanatos fundados para los niños huérfanos de la Guerra de Secesión. Los Winslow encontraron allí a la niñera de Faith, pero habían hecho demasiadas preguntas sobre la afiliación del orfanato a la escuela St. Paul's y a la Iglesia episcopal. Con el paso del tiempo, los Winslow no toleraban ni el más mínimo indicio de afiliación religiosa. Nunca llegaron a concertar una cita en el Hogar Daniel Webster de Franklin cuando supieron que había sido fundado por el capellán August Mack; la palabra «capellán» había alejado de allí a los Winslow.

—¿No te parece que estamos quemando nuestros puentes, Tommy? —le había preguntado Constance. En realidad, la niñera de Faith era una chica estupenda, a pesar de venir de Coit House, no había intentado lavarle el cerebro a Faith para que se convirtiera en episcopaliana. Los Winslow se plantearon en un principio buscar a la *au pair* de Faith en un orfanato no religioso de Berlin, en el norte de New Hampshire, a menos de cien kilómetros de Quebec.

La energía hidráulica de Berlin procedía del río Androscoggin, que alimentaba las fábricas de pasta de papel. A Berlin se la conocía como la «Ciudad del papel» y estaba tan al norte, tan cerca de Quebec, que muchos de sus habitantes eran de ascendencia francocanadiense. Sin embargo, el orfanato de la ciudad siempre había estado dirigido por un médico y regentado por enfermeras, no por monjas.

Un orfanato no religioso dirigido por un médico era justo lo que los Winslow andaban buscando, pero el nombre del lugar echaba para atrás a Thomas: Misión para Niños de Androscoggin le sonaba a católico. Tal vez la interpretación que el profesor de inglés hacía de la palabra «misión» era demasiado literal.

—Para mí, *misión* significa «enviar al Espíritu Santo al mundo», Connie —le dijo Thomas.

—Tal vez el médico no se refería a *misión* en el sentido latino, Tommy —le advirtió Constance, pero el significado latino de *misión* era la razón por la que los Winslow habían acogido a la *au pair* de Faith, su primera huérfana no adoptada, de Coit House. Mientras tanto, el nombre del orfanato no religioso de Berlin seguía cambiando. La palabra «misión» fue la primera en desaparecer. El nuevo nombre era engañoso en otro sentido.

El Hogar para Niños Rebeldes de Androscoggin hizo que Thomas Winslow pensara que el médico del orfanato era un novelista

fracasado, incapaz de poner buenos títulos. La palabra «rebeldes» daba a entender que los niños eran los responsables de haber quedado huérfanos. A los Winslow les dijeron que habían encontrado un tercer nombre, gracias a una de las enfermeras.

—A ese médico no se le debería permitir poner nombre a nada, Connie, ¡ni siquiera a un nuevo medicamento! —le dijo Thomas.

—Y para ser más concretos, Tommy, sin duda no debería ponérselo a un nuevo *huérfano*—le corrigió Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —dijo Thomas. Cuando le superaban, siempre se mostraba cortés. Y como una de las enfermeras, no el médico del orfanato, acertó con el nombre, los Winslow acabarían recogiendo a su segunda y tercera joven tutelada por el estado en el Refugio para Niños de Androscoggin de Berlin. ¿Qué otro motivo podía haber, se preguntó Constance, si no era porque no estaba en Maine?

A los Winslow les gustaban mucho el doctor Roland Remillard y sus enfermeras.

—Sin duda son francocanadienses, Connie, pero no hay ningún crucifijo a la vista —observó Thomas, satisfecho.

La enfermera Bergeron era su favorita, pero la enfermera Pinette era también muy agradable. Las dos chicas *au pair* que los Winslow acogieron del Refugio para Niños de Androscoggin, Lucie y Denise, eran francocanadienses no adoptadas. Esas dos jóvenes tuteladas por el estado eran maravillosas. Según observaron los Winslow, Lucie iba de vez en cuando a misa, Denise no.

Los habitantes de Pennacook, en el sudeste de New Hampshire, no estaban tan acostumbrados a los francocanadienses como sus vecinos del norte, pero incluso las mujeres del pueblo adoraban a Lucie y a Denise. No había nada que no gustara de esas huérfanas de Androscoggin. Constance constató los buenos resultados como

un hecho consumado. Ella sabía que su Tommy se oponía rotundamente a ir a cualquier otro lugar que no fuera Berlin para ir en busca de una niñera para Honor.

Lo que preocupaba a Constance era la escasez de niñas de catorce o quince años en el Refugio para Niños de Androscoggin. No tenía por qué preocuparse de que Berlin se quedase sin huérfanas no adoptadas. Pues, como Lucie les contaría un día a los Winslow sobre cómo la abandonaron en Androscoggin:

—Fuimos *transitoire* durante todo el tiempo que estuvimos allí, esperando a que alguien nos acogiera.

—Si nadie te quiere cuando ya has cumplido catorce o quince años, siempre serás *transitoire*. Así es la vida de una huérfana a la que nadie adopta —les dijo Denise a los Winslow. Esas dos *au pairs* hablaban un inglés excelente. Constance siempre decía que a Lucie y a Denise les debía de resultar menos doloroso decir «transitorio» en francés.

—Estás en lo cierto, Connie —dijo su marido. Sus hijas Hope y Prudence destacarían en francés en el colegio gracias a la ayuda que recibían de aquellas maravillosas francocanadienses.

En cuanto a las niñas francocanadienses que conocieron en el colegio público de Pennacook, Lucie y Denise se hicieron amigas de ellas. A Lucie y a Denise les sorprendió que la mayoría de los francocanadienses de Pennacook no hablaran francés. En Berlin no era así. Los niños francocanadienses de Pennacook ni siquiera estudiaban francés en la escuela. Lucie y Denise también habían conocido a algunos padres de sus compañeros de clase y ellos tampoco hablaban francés en casa. De vez en cuando, topaban con un abuelo que hablaba francés, pero no por voluntad propia, según les contaron Lucie y Denise a los Winslow. Hablar francés los había aislado, les dijeron los abuelos a Lucie y Denise.

—No quiero que mis nietos hablen francés. Si empiezan a hablar francés, mis nietos se sentirán tan aislados como yo —le dijo uno de los abuelos a Lucie.

Resultó que la mitad de los niños francocanadienses que Lucie y Denise habían conocido en la escuela procedían de alguna familia de Pennacook. A los Winslow no les sorprendió. El clan Beaudette era famoso por cómo se procreaban. Por otra parte, los habitantes de Pennacook eran tan crueles con los Beaudette como lo eran con los Winslow. Nadie en el pueblo acusaría a los Winslow de procrear en exceso, pero incluso las mujeres del pueblo decían que las Beaudette «se reproducían como conejos».

Las niñeras francocanadienses de los Winslow se compadecían de las Beaudette, al igual que Thomas y Constance Winslow. Las Beaudette eran amables con todo el mundo, a pesar de su nivel de procreación. La madre y el padre, Josephine y Antoine, solo tuvieron niñas, una tras otra, hasta que Josephine fue demasiado mayor. Las niñas Beaudette se tomaban con buen humor el hecho de tener tantas hermanas que resultaba imposible contarlas.

Los habitantes de Pennacook estaban convencidos de que el viejo Antoine quería tener un niño y que por eso no paraba de intentarlo. Las mujeres del pueblo opinaban más bien que Josephine no podía decir que no. Basta con ver en qué se convirtieron las chicas Beaudette. Algunas de ellas se quedaron embarazadas cuando todavía estaban en el instituto. Casi todas las chicas Beaudette tuvieron hijos en lugar de ir a la universidad; la única que fue a la universidad, Chantal, era también la única que hablaba francés. Y la mayoría de las chicas Beaudette tuvieron hijas, solo había cuatro chicos Beaudette en toda la familia. Esos chicos se portaban bien. Continuaron sus estudios y los cuatro llegaron a la universidad. Excepto Arnaud, se casaron tarde y tuvieron familias pequeñas.

Arnaud Beaudette llegaría a ser amigo de Jimmy Winslow, el único Beaudette que asistió a la Academia Pennacook.

Chantal era la más menuda y joven de las hijas de Antoine y Josephine. Era extraño que Chantal fuera solo unos años mayor que Arnaud, que era su sobrino, uno de los hijos de sus hermanas. «Pobre Chantal», se compadecían las mujeres del pueblo; se referían a su ropa, ropa heredada. Chantal llevaba las blusas y los jerséis de tallas grandes de sus hermanas mayores.

—Mejor así, Tommy, porque las chicas Beaudette están demasiado bien dotadas para su propio bien —dijo Constance Winslow.

—Estás en lo cierto, Connie. Chantal se merece la oportunidad de terminar la escuela sin llamar la atención —le dijo Thomas—. Para mí, tú estás muy bien dotada, Connie —no pudo resistirse a decirle.

—Basta, Tommy —solía decirle ella. Constance y sus hijas estaban modestamente dotadas.

Y Chantal Beaudette no era ni de lejos tan corpulenta o alta como sus hermanas mayores; nunca podría ponerse sus faldas o vestidos. Nadie en Pennacook había visto a Chantal con una falda o un vestido, a decir verdad. Chantal llevaba vaqueros o pantalones, y no debían de ser heredados, porque le quedaban bien. Jimmy Winslow la quería.

Los habitantes de Pennacook eran lo bastante inteligentes como para suponer que Chantal tenía que haber heredado los pechos de las Beaudette. Incluso con esas blusas holgadas y esos jerséis descuidados, las mujeres del pueblo eran lo bastante observadoras como para apreciar algo grande bajo esas prendas. Chantal Beaudette debía de tener los pechos grandes, ¿no? Mucho tiempo después, mucho después de que los Winslow encontraran a su cuarta huérfana no adoptada, la especulación más cruel, relacionada con la falta de definición de los pechos de Chantal bajo su ropa

holgada, cobraría fuerza en el pueblo. ¿Y si hubiera nacido con un solo pecho, uno grande? ¿Y si Chantal fuera *monopecho?*

Antes de que los habitantes de Pennacook quedaran hipnotizados por las pechugonas Beaudette, mucho antes de que naciera Jimmy Winslow, los Winslow, siempre dispuestos, no cejaron en su voluntad de encontrar una cuarta huérfana sin adoptar. Las maravillosas francocanadienses, sus dos últimas huérfanas sin adoptar, les habían servido bien. Era comprensible que los Winslow quisieran otra niña del orfanato de Berlin.

Lo que ocurrió en el Refugio para Niños de Androscoggin nunca se explicaría adecuadamente, no en aquellos días, en lo que pasaban por ser las noticias en New Hampshire. Entre el final de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la Segunda, los huérfanos no eran los únicos que tenían sensación de impermanencia, pero los Winslow entendían que a los huérfanos había que permitirles que experimentasen la transitoriedad como algo personal. Un huérfano siempre es más niño que otros niños, en el sentido de que todos los niños quieren que las cosas que aman sucedan a diario, según lo programado. Un huérfano anhela en todo momento aquello que, siendo bueno, promete durar, permanecer igual.

Cuando los Winslow intentaron concertar una cita, les informaron de que el Refugio para Niños de Androscoggin había cerrado. Los huérfanos estaban siendo trasladados a otras instalaciones que atendían a niños no deseados. A los Winslow no les consolaba saber que «grupos religiosos» estaban ofreciendo su ayuda para reubicar a esos niños.

Cuando los Winslow intentaron ponerse en contacto directamente con el doctor Remillard, les informaron de que ya no se le permitía ejercer la medicina en New Hampshire. Cuando los Winslow

preguntaron por la enfermera Bergeron y la enfermera Pinette, les respondieron de forma bastante grosera.

—Es posible que esas enfermeras hayan vuelto a Canadá, y es posible que el doctor Remillard se haya ido con ellas, aunque nadie en Quebec los querría allí.

En lo que pasaban por ser las noticias en New Hampshire, la única información que los Winslow pudieron leer al respecto hablaba de un médico de Berlin, el doctor Patrice Grenier, que estaba «de guardia» en el antiguo orfanato, por si alguno de los niños enfermaba o necesitaba ver a un médico. Dijeron que los grupos religiosos estaban cuidando a los niños huérfanos que todavía no habían sido reubicados.

Los Winslow supusieron que sus dos huérfanas de Androscoggin sabrían lo que estaba pasando en Berlin. Lucie y Denise siempre habían sido chicas inteligentes, incluso a los catorce o quince años de edad. Sus dos canadienses francesas confirmaron lo que los Winslow habían supuesto.

—Nuestro querido doctor Remillard. ¡Deben de haberlo atrapado o una de las mujeres a las que ayudó se lo habrá contado a alguien! —exclamó Lucie.

—La enfermera Bergeron o la enfermera Pinette jamás se lo contarían a nadie... Debió de ser una de esas mujeres embarazadas que necesitaba culpar a alguien —dijo Denise.

—El doctor Remillard les ofrecía a esas mujeres la posibilidad de elegir: o un bebé que dejarían atrás o un aborto —explicó Lucie, pero los Winslow habían llegado a esa conclusión por sí mismos. En aquella época, cuando el aborto era ilegal en Estados Unidos, una mujer con un embarazo no deseado podía encontrar un médico dispuesto a practicarle un aborto en un orfanato. El médico de un orfanato estaría al corriente de lo que les había pasado, o lo que no

les había pasado, a esos niños que habían sido abandonados, los que ya no eran bebés, los que no habían sido adoptados; como Lucie y Denise.

En cuanto al doctor Remillard, que les ofrecía a esas mujeres lo que querían, los Winslow le deseaban lo mejor, al igual que a la enfermera Bergeron y a la enfermera Pinette, adondequiera que fuesen, por mucho que les costara empezar una nueva vida.

Incluso los habitantes de Pennacook sabían, al menos hasta cierto punto, lo que ocurría en algunos de esos orfanatos. Cuando una chica que estudiaba secundaria, o ya estaba en el instituto, faltaba seis meses o más a clase, las mujeres del pueblo cuchicheaban. Se podía oír a alguna de ellas decir que la estudiante en cuestión se había ido al orfanato. De vez en cuando, los habitantes de Pennacook eran capaces de demostrar algo de sentido común. Si una chica se quedaba embarazada, dejaba de ir al colegio antes de que se le notara, se mantenía fuera de la vista de los demás hasta que iba al orfanato y daba a luz, dejando allí al bebé. Las mujeres del pueblo observaban de cerca. Si una chica dejaba de ir al colegio durante dos o tres meses, era posible que hubiese acudido al orfanato, pero no para dar a luz, sino para abortar.

Desde que se estableció la ilegalidad del aborto, los Winslow habían sido testigos de la arraigada crueldad de los habitantes de Pennacook, sobre todo entre las mujeres del pueblo. Las mujeres de la iglesia eran las más crueles. De una mujer soltera o de una chica que se quedaba embarazada, esas mujeres decían: «Está pagando las consecuencias». Con ello daban a entender que merecía dar a luz a un hijo no deseado, que merecía pagar por haberse quedado embarazada.

Los Winslow opinaban que a los que abogaban por la cruzada contra el aborto, ya fueran mujeres u hombres, no les importaba lo

que le sucediera al niño después de haber nacido. Lo que les importaba a esos cruzados era castigar a la madre.

En cuanto al largo viaje en coche hacia el norte, a Berlin, los Winslow decidieron no ir.

—Tal vez sea lo mejor, Tommy, ya somos más que suficientes para cuidar de Honor —le dijo Constance a su marido.

Pero Thomas Winslow no estaba preocupado por el nuevo bebé. Con tres hijas deseando cuidar de su hermanita, y sus antiguas *au pairs* negándose a seguir adelante con sus propias vidas, Honor no quedaría desatendida. Un ejército de cuidadoras estaba listo para atender a la cuarta hija de los Winslow.

—Ya he comprado los billetes de tren, Connie. Se me ocurrió que podríamos probar con ese lector de St. Cloud's —le dijo Thomas. Por una vez, no dijo nada de Maine.

—Deberías comprar un tercer billete de tren de vuelta a Pennacook, Tommy, por si hay alguna chica que quiera probar con nosotros —comentó Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —dijo Thomas. Le mostró el tercer billete de tren desde St. Cloud's.

Constance entendía a la perfección que él se sintiera obligado a ayudar a las huérfanas no adoptadas, a las que nadie había acogido, las tuteladas por el estado que pronto serían expulsadas del orfanato.

Cuando Thomas Winslow escribió por primera vez a St. Cloud's, Maine, describiendo la situación de su familia y lo felices que eran con las tres chicas *au pair* que habían sido tuteladas por el estado, el médico del orfanato de St. Cloud's no tardó en responder. Thomas Winslow diría que el retraso se debió únicamente al servicio postal de Maine. Por la fecha de la carta del médico, que Thomas le mostró, Constance dedujo que su Tommy debía de haber escrito a

St. Cloud's antes de que los Winslow fueran informados del cierre del orfanato de Berlin. Por supuesto, a Constance le complació saber que su marido había tenido un plan B desde el principio.

El médico no se anduvo con rodeos. Se llamaba Wilbur Larch. «Aquí, en St. Cloud's, necesitamos saber más datos sobre sus recursos económicos», empezaba diciendo la carta del doctor Larch. «Usted es profesor de escuela, señor Winslow, su esposa es bibliotecaria. Con cuatro hijas, da la impresión de que son una familia de recursos modestos. Es encomiable que usted y su familia hayan proporcionado una educación universitaria a tres antiguas pupilas del estado, pero ¿cómo pueden permitírselo? Aclárenos cuál es la situación dentro de sus posibilidades, señor Winslow.» Y eso no era todo lo que el médico les pediría a los Winslow.

—Dios mío, el doctor. Larch es muy directo, ¿verdad, Tommy? —le preguntó Constance a su marido.

—Es una pregunta justa, Connie —respondió Thomas.

Como bien sabían los Winslow, era una pregunta que llevaba mucho tiempo atormentando a los habitantes de Pennacook, sobre todo a las mujeres del pueblo, que se morían por saber de dónde procedía el dinero de los Winslow. Como es lógico, nadie en el pueblo se atrevía a preguntar a los Winslow por el dinero de su familia, al menos no de un modo tan directo como lo había hecho el doctor Larch. En la lucha de clases que marcaba de arriba abajo los pequeños pueblos de Nueva Inglaterra, el dinero procedente de la familia era asunto de todos, por no hablar de una ventaja que sin duda uno no merecía. Para los habitantes de Pennacook, el dinero de la familia Winslow importaba más que el hecho de haber llegado a Estados Unidos en el *Mayflower*.

5

La historia del aborto en Estados Unidos

Mientras Thomas Winslow le escribía al doctor Wilbur Larch, las acaudaladas familias Winslow y Bradford seguían viviendo en el área metropolitana de Boston, de donde él y Constance eran originarios y donde habían crecido. Ambos estudiaron secundaria en escuelas privadas, fueron alumnos internos en la Academia Pennacook y en la Academia Abbot respectivamente; Abbot era una escuela para chicas jóvenes en Andover, Massachusetts.

Thomas y Constance cursaban secundaria cuando se conocieron un verano en Marblehead, Massachusetts, donde tanto la familia Bradford como la familia Winslow tenían casas de veraneo. En el famoso cuadro de Emanuel Leutze titulado *Washington cruzando el Delaware,* que tal vez conozcan, los habitantes de Marblehead son los que reman para llevar al general a la otra orilla. La milicia de Marblehead se convirtió en un regimiento del ejército de George Washington. Al final de la Guerra de Independencia, en la ciudad de Marblehead vivían cuatrocientas cincuenta y nueve viudas y ochocientos sesenta y cinco niños y niñas huérfanos.

En los meses de verano, Marblehead, que en un principio fue un pueblo de pescadores y más tarde un barrio dormitorio de Boston, era principalmente un pueblo al que ir a navegar y hacer turismo. Tanto Constance Bradford como Thomas Winslow recordarían tiempo después los veleros en el puerto de Marblehead, aunque ellos no

navegaban. Los dos se pasaban el día leyendo. Cuando los niños de Marblehead salían a navegar en verano, aquellos dos lectores se quedaban en la orilla. Así fue como Constance y Thomas se conocieron. Es muy posible que tanto en Marblehead como en los alrededores del puerto de Marblehead, ellos dos fueran los únicos lectores de su edad. Durante los juicios a las brujas de Salem, en el pueblo de Marblehead solo encontraron una bruja. Fue declarada culpable de brujería y ahorcada en 1692. Se llamaba Wilmot Redd y su marido era pescador. No habría sabido decir por qué, pero la joven Constance Bradford se tomó muy en serio que Wilmot fuera conocida por su irritabilidad.

—La pobre Wilmot debía de ser *lectora,* Tommy. Su marido, el pescador, seguramente la odiaba porque él nunca leía nada —le dijo Constance al joven con el que un día acabaría casándose.

—Estás en lo cierto, Connie. ¡La pobre Wilmot fue declarada culpable por *leer* y la ahorcaron por ello! —repuso Thomas a su novia adolescente.

«En otras partes del mundo», escribiría un día el doctor Wilbur Larch a Thomas Winslow, «lo que su esposa y usted pensaban y sentían cuando eran adolescentes podría ser asunto exclusivamente suyo. Pero aquí, en St. Cloud's, necesitamos saber cómo eran ustedes a esa edad antes de confiarles el cuidado de una de nuestras jóvenes adolescentes.»

Por eso, los Winslow le escribieron al doctor Wilbur Larch y se lo contaron todo. Empezaron aclarándole que en realidad no eran de Marblehead. Como los Winslow contarían más adelante, no eran más que dos jóvenes que habían iniciado un romance de verano; algo que sucedió única y exclusivamente porque estaban leyendo en lugar de navegar. No le escatimaron ningún detalle al doctor. La historia sobre la bruja ahorcada en Marblehead provocó que el

doctor Larch imaginara que Wilmot Redd debía de ser pariente de los Bradford o los Winslow, y que la pobre Wilmot había sido *ahorcada* por leer.

Constance se dejó llevar por el lirismo al relatar sus días de colegiala en la Academia Abbot. Contó que se inspiró en el lema latino de Abbot: *Facem Praetendit Ardentem,* «Ella sostiene en alto una antorcha encendida». «No, no me inspiró para convertirme en pirómana», le escribió Constance al médico del orfanato, «¡pero aspiré a una educación superior y a leer más!» Constance no pudo evitar hablar de su vida más allá de la adolescencia. «Tengo un posgrado en Biblioteconomía y Documentación», le escribió al doctor Larch, «y Tommy tiene un posgrado en Literatura Inglesa.»

Para no quedarse atrás, Thomas Winslow deleitó al doctor Larch con sus reflexiones sobre el lema latino de la Academia Pennacook: *Finis Origine Pendet,* «El final depende del principio». «Mis compañeros de colegio, todos chicos, no solían compartir conmigo sus sentimientos más íntimos, y ninguno de nosotros tenía experiencias reales que valiera la pena compartir», escribió Thomas Winslow al médico del orfanato de St. Cloud's. «Fueron los valientes personajes jóvenes de las novelas que me gustaban los que compartieron conmigo sus sentimientos más íntimos, así como sus desgarradoras experiencias; esos personajes de la literatura me enseñaron quién era yo.» El profesor de inglés nombró a alguno de esos personajes, empezando por el Pip de *Grandes esperanzas* e incluyendo a la Catherine Earnshaw de *Cumbres borrascosas*. Pero ese no fue más que el principio. El doctor Larch tuvo que atender a todo lo que le contó sobre el Ishmael de *Moby Dick,* luego sobre el James Steerforth de *David Copperfield,* y Thomas también se dejó llevar por la indomable Jane Eyre.

Resulta sorprendente que Thomas se acordase de hablarle al médico sobre la vertiente filantrópica de las familias Bradford y Winslow, los miembros más ricos de sus respectivas familias, los que ganaban mucho más dinero que un profesor de escuela y una bibliotecaria.

Así fue como Wilbur Larch tuvo conocimiento de los Winslow que iban a viajar hasta St. Cloud's. Cuando les respondió, confirmando su cita en el orfanato, el doctor Larch fue breve y conciso.

«Aquí, en St. Cloud's, creo que tenemos a una joven que podría satisfacer sus necesidades. Ella, sin duda, se beneficiaría de la orientación y del apoyo educativo de su familia», escribió el doctor. «No presten atención a nuestro jefe de estación si se encuentran con él al bajar o subir al tren. Es un fanático religioso, cree en el día del Juicio Final», añadió el doctor Larch.

—Dios mío, Tommy —fue todo lo que Constance pudo decir.

A pesar de la advertencia sobre el jefe de estación de St. Cloud's que creía en el día del Juicio Final, Constance estaba deseando salir de Pennacook, principalmente para alejarse de las Charlas Municipales. Thomas no era el único miembro del Departamento de Inglés de la academia que había contribuido con una o dos intervenciones. La que trataba sobre Wordsworth, Coleridge y los románticos posteriores tuvo una gran asistencia. Casi nadie acudió a la que versaba sobre literatura traducida; Dante, Cervantes, Balzac y Zola se quedaron solos. Las dos charlas de los miembros del Departamento de Historia tuvieron una acogida similar. La dedicada a la época colonial de Estados Unidos fue más popular que la dedicada a la Guerra de Secesión, aunque Thomas Winslow se quejó a sus dos colegas profesores de Pennacook: criticó a ambos historiadores. Les dijo que deberían haber mencionado, como

mínimo, que el aborto había sido una práctica muy extendida y legal entre 1620 y mediados del siglo XIX.

—Bueno, Thomas, no creo que el aborto fuese una cuestión relevante en la época colonial de Estados Unidos —respondió uno de los historiadores.

—Bueno, George, si fueras una mujer embarazada que no quisieras tener a tu bebé, el aborto sería relevante para ti en cualquier época —dijo Constance, interviniendo en la conversación.

—Estás en lo cierto, Connie —le dijo Thomas.

—Bueno, Constance, y tú también, Thomas, puedo aseguraros que el hecho de poder abortar no tuvo relevancia alguna durante la Guerra de Secesión —repuso el historiador de la Guerra de Secesión.

—Bueno, Frank, si fueras una viuda embarazada cuyo marido hubiera muerto en la primera batalla de Bull Run, poder abortar sin duda sería un tema importante para ti —le dijo Thomas. En el entorno de los Winslow, era imposible convertir el aborto en un tema marginal.

El problema de las Charlas Municipales, como descubrirían los Winslow, era que no asistían jóvenes. Thomas debería haber hablado con adolescentes y mujeres de veintipocos años, las que más tenían que perder debido a un embarazo no deseado.

Ninguna Charla Municipal tuvo tan poca asistencia como la que Thomas Winslow impartió sobre la historia del aborto en Estados Unidos; fue la más impopular de todas las Charlas Municipales jamás celebradas. No asistió ningún miembro del Departamento de Historia, tan solo unos pocos del Departamento de Inglés. Entre las mujeres del pueblo, solo estaban representadas las mujeres de la iglesia y habían acudido para causar problemas.

—En la época de los puritanos, los profundamente religiosos padres fundadores de Estados Unidos, el aborto estaba permitido

más allá del primer trimestre, hasta los cuatro o cinco —comenzó diciendo Thomas. Las mujeres de la iglesia fruncieron los labios y entrecerraron los ojos—. Durante más de dos siglos, desde que los peregrinos desembarcaron en Plymouth, Massachusetts, el aborto estuvo ampliamente permitido —prosiguió Thomas Winslow—. Con la ayuda de las comadronas, la decisión de abortar o de tener un hijo recaía en la mujer embarazada —explicó Thomas a su escaso público, compuesto en su mayoría por mujeres. Los únicos hombres, sin contar a los pocos del Departamento de Inglés, eran médicos, solo tres médicos. Constance se sentó y, como de costumbre, permaneció inmóvil como una piedra; sabía que se acercaba la parte sobre los médicos.

Una de las mujeres de la iglesia se puso de pie temblando, como una colegiala reacia a la que hubiesen obligado a participar en clase. Constance susurró el nombre de la mujer, tan bajo que solo Thomas pudo oírla.

—Señor Winslow, ¿no le parece que está pasando por alto al niño en el útero? —preguntó la mujer de la iglesia—. El niño en el útero también es un ser humano. —De repente, alzó la voz—: ¡El niño en el útero tiene alma, y usted lo sabe! —«La palabra "alma" debería ser suficiente», pensó Constance.

—Con todo respeto, señora Sweeney, si cree que un feto no nacido tiene alma, no debería abortar, nadie va a obligarla a hacerlo —le dijo Thomas. Sin duda, a la señora Sweeney ya se le había pasado la edad de tener hijos; nadie podía imaginarla teniendo un bebé o abortando.

—¡Incluso *usted* tiene alma, señor Winslow! ¡Todo el mundo tiene alma desde el momento de la concepción! —exclamó la señora Sweeney.

—Pero, señora Sweeney, yo no creo tener alma y tampoco creo que un feto la tenga —le dijo Thomas.

Constance echó hacia atrás su silla y se puso de pie, se dirigió directamente hacia su Tommy, frente al podio, y le quitó el micrófono. Tratándose de un público tan reducido, los Winslow no necesitaban micrófono.

—Las mujeres siempre han sido menospreciadas por los hombres que detentaban el poder. En aquel entonces, en el caso del aborto, los hombres que las menospreciaban eran los médicos —dijo Constance. Se esforzó por no mirar a los tres médicos, solo a la señora Sweeney, que se había quedado sin palabras. La señora Sweeney permaneció de pie.

—Estás en lo cierto, Connie. Creo que el micrófono es innecesario —añadió Thomas. Constance dejó el micrófono en el estrado y volvió a su silla. La señora Sweeney siguió allí de pie.

—A partir de la década de 1840, los médicos trataron de hacerse con el control del negocio de la reproducción —prosiguió Thomas Winslow, esta vez dirigiéndose a los tres médicos e ignorando a la señora Sweeney—. Los médicos estaban estableciendo su nueva profesión y las comadronas eran su competencia. Los médicos querían el dinero que ganaban las comadronas —dijo Thomas.

Constance se esforzó por dejar de desear que la señora Sweeney se desmayara y cayese al suelo, distrayendo así a los tres médicos.

—Es posible que los médicos subestimaran la gran necesidad que había de practicar abortos. Sabemos lo que querían los médicos y lo consiguieron: expulsaron a las comadronas del negocio del aborto. Pero no conocemos las razones de los médicos para ilegalizarlo —añadió Thomas Winslow. Fue entonces cuando el primero de los tres médicos se levantó y se dispuso a marcharse.

Constance sabía que los otros dos seguirían al primero.

—Es posible que los médicos cambiasen de opinión respecto a llevar a cabo el trabajo cuando entendieron cuántos abortos habían estado realizando las comadronas. Dar a luz es mucho más peligroso que realizar un aborto durante el primer trimestre, pero los médicos mintieron sobre los peligros para encargarse ellos de los abortos, para quitarles el trabajo a las comadronas. ¡Las comadronas siguen asistiendo partos! —gritó Thomas a los médicos que se marchaban. Las mujeres de la iglesia no tardaron en seguir a los médicos ofendidos, todas menos la señora Sweeney, que parecía haberse quedado clavada en el suelo de la sala de conferencias.

Constance volvió a empujar su silla hacia atrás y se puso de pie, dirigiéndose a los que se iban.

—¡La historia de cómo las comadronas perdieron el negocio del aborto hace que los médicos, y los hombres en general, salgan muy mal parados! —gritó Constance.

En ese momento, los únicos miembros que quedaban en la audiencia eran un pequeño grupo de hombres, varios colegas de Thomas del Departamento de Inglés.

—Connie no se refiere a ustedes, hombres. Gracias por venir —les dijo Thomas. Los Winslow recordarían lo emocionados que estaban aquellos hombres del Departamento de Inglés por estar allí; nunca antes habían visto a Thomas fracasar a la hora de mantener la atención del público—. La historia del aborto en Estados Unidos no es una de esas novelas del siglo XIX que tanto me gustan —les dijo Thomas a sus colegas, mientras la señora Sweeney se limitaba a permanecer de pie—. No sigue una trama discernible, no hay personajes definidos, no tenemos ningún indicio de su final... En cuanto narración, es un desastre —les dijo Thomas a sus colegas, que parecían encantados de oír cada una de sus palabras. A sus

compañeros, Thomas les resultaba entretenido, incluso cuando no conseguía captar la atención del público.

No era el caso de la señora Sweeney, que permanecía tiesa como un palo. Constance sabía que la señora Sweeney estaba esperando su turno, una última oportunidad.

—Gracias por venir, señora Sweeney —dijo Thomas con sinceridad.

—Es posible que usted *no* tenga alma, señor Winslow... Es posible que no sea más que un *blasfemo*—declaró la señora Sweeney.

—Buenas noches, señora Sweeney, nadie tiene alma —le dijo Constance. Ahí acabó el esfuerzo por mejorar las relaciones entre los habitantes del pueblo y el profesorado de la academia. Nadie se marchó de otras Charlas Municipales, ni siquiera de las más aburridas. Acudió mucha gente, y se quedó todo el rato, a la charla del geólogo sobre las rocas de Nueva Inglaterra. La charla del biólogo sobre genética se empantanó debido a la cantidad de anécdotas sobre los experimentos fallidos de sus alumnos con las moscas de la fruta. Pero a pesar de las moscas de la fruta, nadie se marchó.

La Academia Pennacook no era una escuela con afiliación religiosa. Había una reunión matutina, pero en ninguna capilla. Los fines de semana, los alumnos debían asistir al servicio religioso de su elección. Muchos de los chicos que no eran religiosos elegían la iglesia católica porque la primera misa de la mañana era la más breve. A los alumnos judíos los llevaban en autobús al Templo de Israel, una sinagoga de Portsmouth. El capellán de la escuela era presbiteriano y se encargaba de las clases de Historia de la Religión de la academia. Con su estilo aconfesional, el capellán de la escuela impartió una de las Charlas Municipales sobre religión comparada. La asistencia fue moderada, tanto de hombres como de mujeres.

A los Winslow les impresionó que el pastor de la escuela pidiera a un miembro del Departamento de Inglés que se situara a su lado en la tribuna. Daniel Rosenthal y su esposa, Naomi, eran una de las parejas jóvenes favoritas de los Winslow entre los miembros de la academia. Los Winslow veían mucho a los Rosenthal en actos sociales.

—Daniel es judío, está aquí conmigo para responder a cualquier pregunta que puedan tener sobre el judaísmo —dijo el pastor de la escuela a los habitantes de Pennacook.

Nadie le hizo ninguna pregunta a Daniel Rosenthal. Los Winslow se sintieron mal por su joven amigo. Ya se habían dado cuenta de que Naomi no había acudido a la Charla Municipal, seguro que sabía que le resultaría incómodo. El silencio de los habitantes del pueblo llevó a los Winslow a suponer que muchos habitantes de Nueva Inglaterra eran secretamente antisemitas.

Constance intuyó que su marido estaba a punto de hacerle una pregunta a Daniel; sabía que le costaba mucho decidir qué preguntarle. A pesar de todos los libros que habían leído y de lo cultos que eran los Winslow, no sabían nada sobre judaísmo.

—No preguntes, Tommy, el pobre Daniel entenderá que sientes lástima por él —susurró Constance.

Thomas Winslow supo al instante que si había existido una situación adecuada en la que decir «Estás en lo cierto, Connie», era esta, pero no le dijo ni una palabra a su esposa. Sabía que el pueblo judío tenía su origen en los israelitas y en los hebreos, pero apenas recordaba que procedían de la Israel y la Judá históricas, y eso porque Daniel Rosenthal se lo había recordado recientemente. Thomas Winslow sabía que había existido un Reino de Israel y un Reino de Judá, pero no conseguía distinguirlos. Daniel y Naomi siempre le recordaban que ambos habían sido destruidos.

Los Winslow, gracias a los judíos que conocían de la Academia Pennacook, tanto profesores como alumnos, todos ellos apreciados por el matrimonio, pensaban que el judaísmo era una religión refrescantemente secular. Daniel y Naomi se rieron cuando Thomas se lo comentó.

—¡Los judíos de Pennacook son tan seculares como nosotros! —exclamó Naomi.

—Hay judíos ortodoxos muy religiosos. Naomi y yo no tenemos mucho en común con ellos —les contó Daniel Rosenthal a los Winslow. Habían comentado la aparente falta de proselitismo por parte de los judíos; algo que los Winslow aprobaban.

—¡Ningún judío ha intentado convertirme nunca! —les dijo Thomas a los Rosenthal, que se echaron a reír.

A los Rosenthal no les interesaba convertir al judaísmo a alguien que no fuera judío. En cuanto a los niños judíos de la academia, todos ellos internos, los Rosenthal querían que esos chicos se sintieran parte de una familia. Los Winslow tenían la impresión de que el pueblo judío era, ante todo, una comunidad con una historia. Daba la casualidad de que procedían de una parte del Levante conocida como la Tierra de Israel.

—Incluso en el exilio, o simplemente siendo un niño en la escuela, lejos de casa, un judío siempre siente cierta solidaridad con el pueblo judío —les dijo Daniel Rosenthal a los Winslow. Por muy poco religiosos que fueran, los Winslow sintieron una inusual solidaridad con el pueblo judío, al menos con los Rosenthal.

Todos estos pensamientos distrajeron a los Winslow de la charla del pastor de la escuela sobre religión comparada. Los Winslow no iban a recordar ni una palabra de ella. No dejaban de pensar en lo poco que conocían del judaísmo y del pueblo judío. Pero lo poco que los Winslow sabían les gustaba. Además, la charla sobre religión

comparada era la última charla a la que asistirían los Winslow antes de subir al tren en dirección a St. Cloud's. Los Winslow ya estaban pensando en el orfanato y en la huérfana que conocerían allí. Como es lógico, esperaban que su última huérfana fuera la mejor.

6

La judía

El tren a St. Cloud's salía igual de temprano que un tren lechero y hacía las mismas paradas. El tren se detenía en estaciones donde nadie bajaba ni subía, pero los Winslow apenas atendieron a la presencia del resto de los pasajeros. Bajó y subió más gente al tren en Portland, y también en Lewiston, donde los Winslow se fijaron muy de pasada en el río Androscoggin. En línea recta, se podía seguir el curso del río hacia el noroeste hasta Berlin, New Hampshire, pero el tren a St. Cloud's seguía su propio camino, hacia el norte. No discurriría junto al Androscoggin durante mucho tiempo. Al norte de Lewiston, donde los Winslow se separaron del gran río, el paisaje les resultó extraño, aunque había otros ríos en esa zona. Tal vez los Winslow se preguntaban por su proximidad a Quebec, o tal vez Thomas tenía sus propias razones para decir:

—No me importaría otra francocanadiense, Connie.

—Solo quiero que sea buena, Tommy —dijo Constance.

Un nuevo revisor pasó por su vagón, donde los Winslow eran casi los únicos pasajeros. Había una pareja más joven al otro lado del pasillo, y dos ancianos pendencieros estaban sentados en el mismo lado que los Winslow, un poco más adelante. Cuando el revisor comprobó sus billetes, no les dijo una sola palabra a los viejos cascarrabias. La joven pareja y el revisor también se abstuvieron de conversar. En Maine, pensaba Thomas Winslow, debe de guardarse

un estricto y respetuoso silencio en presencia de hombres uniformados. Constance tenía los billetes en su bolso y se los entregó al revisor, un hombre bajito con bigote gris, cuyos ojos quedaban ocultos bajo la visera de su gorra de revisor.

—¡Vamos a St. Cloud's! —anunció Thomas Winslow a todo el vagón de pasajeros, lo que provocó que los dos viejos gruñeran consternados. La joven al otro lado del pasillo contuvo el aliento y la gorra del revisor se ladeó cuando este se quedó repentinamente rígido. Fue entonces cuando los Winslow se fijaron tanto en el ojo de cristal del revisor como en su ojo sano.

—Tienen los billetes correctos, St. Cloud's es su destino —le dijo a Thomas el revisor del ojo de cristal, devolviéndole los billetes a Constance.

Los dos viejos habían estado hablando entre susurros, como un par de serpientes siseantes, cuando uno de ellos se dio la vuelta y exclamó por encima del respaldo de su asiento:

—¡No hay razón para armar un escándalo sobre adónde van!

Constance tomó la mano de Tommy. Sabía que él se habría sentido decepcionado de no haber incitado a sus compañeros de viaje con el tema de St. Cloud's. Por esa misma razón, los Winslow se sintieron decepcionados al no encontrarse en el andén con el jefe de estación del día del Juicio Final cuando se bajaron del tren. No había nadie en la desolada estación ni en sus alrededores; ningún otro pasajero había bajado ni subido al tren en St. Cloud's, donde el camino de tierra que llevaba al orfanato no estaba tan embarrado como esperaban los Winslow. Llevaban botas para el barro, pero solo tenían que evitar los surcos que habían trazado las ruedas. La primavera había llegado a Pennacook, aunque todavía no a esa parte de Maine. Había montículos de nieve sin derretir en el bosque con los que los Winslow se cruzaron mientras avanzaban con dificultad.

Estaba anocheciendo. En la fase más oscura del crepúsculo, los edificios del orfanato no se veían con claridad. Los Winslow distinguían vagamente lo que parecían tres estructuras: dos barracones separados por un edificio ubicado entre ellos, con toda probabilidad un comedor con cocina.

¿Dónde estaba el hospital? Tenía que haber algún lugar en el que naciesen los bebés y también para los niños más pequeños, pensaba Thomas Winslow. No se oían voces de niños. Era la hora de la cena, pensó Constance. En el primer edificio al que llegaron, vieron unos escalones que conducían a un porche y, tal vez, a una entrada.

La enfermera Edna oyó llamar a los Winslow y los dejó entrar; de hecho, dijo que los estaba esperando. Mientras los conducía por un pasillo, pudieron ver cunas para bebés y a una enfermera sosteniendo a un recién nacido a través de los paneles de cristal de unas puertas dobles.

—La enfermera Angela se unirá a nosotros, al igual que el doctor Larch cuando termine de cenar. Está en el comedor con los niños —les dijo la enfermera Edna.

Les explicó cómo estaba distribuido el orfanato con tanta paciencia como si estuviera hablando con un huérfano abandonado. El edificio en el que se encontraban era la sección de los niños, dormían arriba, donde estaban los baños. La planta baja, donde se encontraban los bebés, tenía dos salas de partos equipadas para operaciones quirúrgicas. El doctor Larch dormía en la sección de los niños, donde también tenía su despacho. El edificio al otro lado del comedor era la sección de las niñas. Los niños y las niñas lo hacían todo juntos, pero dormían, se lavaban y se vestían en edificios separados.

La enfermera Edna dejó a los Winslow en el despacho del doctor Larch mientras iba a buscar al médico. Constance apartó

rápidamente la mirada cuando atisbó los estribos de la camilla ginecológica. Los Winslow cuchichearon sobre el olor que podía notarse en el despacho del médico. Era un olor a antiséptico, o a algún tipo de medicamento. A Constance le pareció reconocer el olor, pero no sabía cómo llamarlo. Le provocaba náuseas.

El consultorio era un galimatías de libros e instrumentos, pero el escritorio del médico llamó la atención del profesor. La máquina de escribir era la pieza central, las pilas de páginas que la rodeaban guardaban una simetría literaria, un orden que le recordó a Thomas Winslow el estilo de las cartas del doctor Larch. En ese momento, la enfermera que habían visto con los bebés entró a toda prisa en el consultorio y abrió con un gesto automático una ventana.

—Un poco de aire fresco vendrá bien. Ustedes deben de ser los Winslow —dijo la enfermera Angela. Thomas se presentó y Constance preguntó por el olor—. Oh, no es más que éter —respondió Angela, con la misma naturalidad con la que había entrado.

La enfermera Angela no encontró motivo alguno para comentarles a los Winslow que el doctor Larch era adicto al éter. Además, los Winslow miraban con aprobación los diplomas enmarcados del médico, los de la Universidad de Bowdoin y de la Facultad de Medicina de Harvard. Angela no conocía la sórdida historia de lo que le había sucedido al doctor Larch entre esos dos títulos. Ni siquiera sus enfermeras sabían por qué Larch estaba desencantado con el Portland de su juventud, aunque no había duda alguna de que lo estaba.

Durante su primer año en la Facultad de Medicina, Wilbur Larch había sufrido una infección bacteriana que le causó dolor y vergüenza. Era gonorrea, un regalo, indirecto, de su padre alcohólico. Su viejo estaba tan orgulloso de Wilbur que lo envió a la

Facultad de Medicina con ese regalo. En una de las pensiones de los muelles de Portland, pagó a una prostituta para que le proporcionase a su hijo una experiencia sexual. Era un regalo que al chico le habría avergonzado en exceso rechazar. Al joven Larch le conmovió que su padre le diera algo. La prostituta se llamaba señora Bidos.

—¡Rima con gemidos! —le había dicho su padre a Wilbur.

Que su padre hubiese logrado ser un borracho en el Portland del alcalde Neal Dow no era una hazaña menor. Dow fue el responsable de que se aprobase la Ley Seca en el estado de Maine. En aquellos días, lo único que el padre de Larch podía encontrar para beber era cerveza escocesa o cerveza amarga, y tenía que beber estas flojas cervezas a cubos para emborracharse lo bastante como para pensar que pagarle una prostituta a su hijo era buena idea.

Era la época previa a la penicilina. La gonorrea sobrevivió durante meses en el cuerpo del joven Larch, lo que le provocó un gran interés por la bacteriología antes de desaparecer. Le dejó cicatrices en la uretra. También hizo que se aficionara al éter, porque el éter que Larch se administraba a sí mismo aliviaba el ardor.

Ese singular encuentro con el placer sexual, sumado al recuerdo que Wilbur tenía del matrimonio sin amor de sus padres, convenció al estudiante de Medicina de que una vida de abstinencia sexual podía resultar tanto médica como filosóficamente sensata. El camino que llevó al joven Larch a la obstetricia estaba sembrado de bacterias: las suyas. Cada mañana, extraía una gota de pus de su pene y la depositaba en un portaobjetos teñido. Aumentados más de mil veces, los gonococos que veía bajo el microscopio seguían siendo más pequeños que las hormigas rojas comunes. Para cuando los gonococos desaparecieron, Larch era adicto al éter.

Mientras esperaban al doctor Larch en su despacho, los Winslow se fijaron en una fotografía enmarcada que había en una esquina del escritorio del médico. Entre los soldados en camillas y los médicos que atendían a los heridos, los Winslow no habrían sabido distinguir al doctor Larch, ya que aún no lo conocían. Además, el doctor Larch no aparecía en la foto con los médicos, ya que, como sabía la enfermera Angela, era el propio Larch quien había tomado la fotografía.

—¿Ese es un hospital de campaña? ¿El doctor Larch estuvo en la guerra? —le preguntó Thomas Winslow a Angela.

En la foto granulada en blanco y negro, las vendas de los soldados eran de un blanco más brillante. Angela sabía a qué tuvo que enfrentarse el doctor Larch allí: fragmentos de proyectiles y granadas, metralla, trozos sucios del uniforme que habían sido arrastrados por una bala hasta el interior de una herida. Las infecciones bacterianas eran recurrentes..., pero ¿por qué tenían que saberlo los Winslow?

—Era un puesto médico avanzado en Francia. Echamos de menos al doctor Larch cuando estuvo allí —fue todo lo que dijo la enfermera Angela.

En ese momento, el doctor Larch y la enfermera Edna entraron en la consulta. No hubo ningún malentendido con la distribución de los asientos. Desde las dos sillas situadas frente al escritorio del médico, la vista de los Winslow del doctor Larch quedaba parcialmente bloqueada por la gran máquina de escribir. Las dos enfermeras se sentaron juntas en la camilla; los estribos no les incomodaban.

—Aquí, en St. Cloud's, nada es ideal, pero hacemos todo lo que está en nuestras manos —empezó diciendo el doctor Larch—. La persona en la que pensamos nosotros, la que podría funcionar para

ustedes, es una chica especial, querida y admirada por todas sus compañeras.

—Los chicos también la admiran —añadió la enfermera Edna.

—Tiene catorce años, casi quince, pero parece mucho mayor, es muy madura para su edad —prosiguió el doctor Larch.

—También es muy alta, y sigue creciendo —dijo la enfermera Angela.

—Seguro que ya no crecerá más. ¡No puede seguir creciendo! —exclamó la enfermera Edna.

—Conociéndola, seguirá creciendo: le gusta ser alta y es muy decidida —les dijo el doctor Larch a los Winslow.

—¡Parece maravillosa! —fue todo lo que Constance pudo decir.

—Bueno, solo sabemos lo que podemos ver por nosotros mismos. Nos contaron muy poco sobre ella —dijo el doctor Larch. Su voz expresó un matiz de duda.

—*Es* maravillosa, Wilbur —intervino la enfermera Angela, como si supiera lo que el doctor iba a decir y deseara que no lo dijera.

—Las circunstancias de su llegada aquí nos resultaron familiares en un primer momento: la dejaron cuando era una niña, al anochecer, sin explicación alguna y con muy poca información —dijo el doctor Larch, pero se detuvo. Miró a sus enfermeras sentadas en la camilla de exploración—. Os toca —les indicó el doctor.

Dejaron a la niña en el porche delantero en una fría noche de 1908 en la que nevaba. La enfermera Edna estaba con los bebés cuando oyó unos fuertes golpes en la puerta. Tuvo que calmar a uno de los bebés antes de ir a ver de quién se trataba. El doctor Larch ya se había ido a la cama, aunque todavía estaba despierto; los golpes fueron lo bastante fuertes como para que él los oyera.

—Cuando dejan a un niño tan pequeño en el porche después del anochecer, suele llorar, pero esta niña no lloraba —les dijo Edna a los

Winslow.

La niña abandonada estaba enfadada, daba patadas al poste de la escalera del porche, pero no intentaba ir tras la mujer que la había dejado allí. A la tenue luz del porche, la enfermera Edna pudo ver a la mujer que se marchaba, camino de la estación de tren. «Por favor, no se vaya, ¡dígame algo sobre ella!», le gritó Edna a la mujer. Fue entonces cuando la enfermera Edna se dio cuenta de que había dos mujeres. Una de ellas estaba fuera del alcance de la luz del porche, en la oscuridad. La voz de la mujer invisible resonó en la oscuridad.

—¡Es judía! —gritó la mujer invisible.

—Ella lo sabe —dijo la mujer que Edna podía ver.

—También sabe su nombre y su edad, eso es todo lo que sabe —añadió la mujer que se alejaba de la luz del porche hacia la oscuridad.

—¿Alguna de ustedes es su madre? —preguntó la enfermera Edna a la mujer que aún podía ver.

—¡No tiene madre! —gritó la mujer invisible; para entonces, las dos mujeres habían desaparecido en la oscuridad.

—¿Cómo te llamas, querida niña? —preguntó Edna a la niña enfadada, que seguía dando patadas al poste de la escalera.

—Esther, como la reina... La reina Esther —respondió la niña. Articulaba con una claridad inusual; no hablaba como una niña.

—¡La reina Esther! Yo solo soy Edna —le dijo la enfermera Edna a la niña.

—Yo solo soy Esther —dijo Esther, dando una patada más suave al poste.

—¿Cuántos años tienes, Esther? —preguntó Edna. Supuso que la niña tenía cinco años, una niña alta de cinco años con una pronunciación extrañamente adulta.

—Tengo casi cuatro —respondió Esther.

Una niña de tres años muy alta, pensó Edna, justo cuando oyó llorar a uno de los bebés, tal vez el bebé al que había intentado calmar antes de salir al porche. Esther también oyó llorar al bebé.

—¿Es un bebé? Nunca he visto un bebé —dijo Esther.

Se indignó cuando Edna le preguntó si tenía tos o estaba resfriada.

—¡No estoy enferma, solo cansada! —le dijo la niña a Edna, y añadió—: ¿Hay otros niños aquí? No conozco a ningún niño.

Los Winslow se estaban haciendo una idea de la situación.

La enfermera Angela había oído gritar a la mujer invisible, y había oído lo que había gritado, desde la sección de las niñas; algunas de las niñas que no estaban dormidas también habían oído lo que gritaba la mujer invisible. Era difícil no haber oído el «¡Es judía!» y el «¡No tiene madre!» si estabas despierta.

Angela le dijo a Edna que el doctor Larch no estaba en la cama, estaba esperando para conocer a la nueva huérfana en su oficina, en pijama. Había oído el «¡Es judía!» y el «¡No tiene madre!», al igual que algunos de los niños. Los niños repiten lo que oyen. Correría la voz de lo que había gritado la mujer que parecía enfadada.

En un orfanato, muchos niños no tienen madre. La parte significativa de la historia de Esther era su condición de judía: ser judía era importante para Esther. En la consulta del doctor Larch, resultó un tanto extraño que Esther empezara a hablar de sí misma en tercera persona.

—Esther no tiene madre ni padre —empezó a decir la niña, sus primeras palabras al médico.

—Lo siento, Esther —le dijo el doctor Larch a la niña.

—El rey ama a Esther más que a las demás mujeres —dijo Esther.

—¡Bien por el rey! —exclamó el doctor Larch. Se levantó de su escritorio y buscó en su estantería la Biblia, de la que rara vez

echaba mano.

—Hamán es el malo, quiere matar a todos los judíos —prosiguió Esther con la historia.

—Hamán parece un tipo muy malo —dijo Larch. Había encontrado su Biblia y la estaba abriendo por el índice.

—Esther y Mardoqueo salvan a los judíos, ellos son judíos —le explicó Esther al doctor Larch.

—Mardoqueo parece un buen tipo —dijo Larch. Esther se limitó a asentir; no iba a dejar que nadie interrumpiera su historia—. ¿No debería Esther contarle al rey lo que Hamán está tramando contra los judíos? —le preguntó el doctor Larch a Esther. Sabía que la historia era bíblica, sin duda del Antiguo Testamento, pensó Larch.

Esther suspiró y volvió a asentir; si no le gustaba que la interrumpieran, tampoco iba a dejar que nadie le metiera prisa con su historia.

—El rey ahorca a Hamán —dijo Esther; ella parecía estar de acuerdo con el ahorcamiento.

—¡Bien por el rey! —exclamó Larch de nuevo.

—A los hijos de Hamán también los ahorcan, a los diez —añadió Esther.

—¡Se lo merecían! —exclamó el doctor Larch.

Era evidente que Esther también lo pensaba, por la forma enérgica en que asintió con la cabeza. ¿Quién era capaz de leerle o de contarle a un niña una historia del Antiguo Testamento en la que se mataba o se moría?, se preguntó Larch.

Había encontrado El Libro de Esther en el Antiguo Testamento.

—¿Te pusieron el nombre por la Esther de la Biblia? —le preguntó el doctor Larch. En esta ocasión, cuando asintió, Esther sonrió, aunque fue una pequeña sonrisa—. ¿Quién te dijo que eres judía? —le preguntó el doctor Larch a Esther.

—Mi madre quería que lo supiera —respondió la niña con firmeza.

—Pero ¿quién te lo dijo, querida? ¿Fue una de esas dos mujeres que te trajeron aquí? —le preguntó Edna a la niña.

—Ellas no. Él dijo que era rabino —respondió Esther—. Había otro hombre con nosotros, que lo anotaba todo.

—¿El rabino de tu sinagoga? ¿Te criaron como judía? —le preguntó el médico a Esther, quien negó enérgicamente con la cabeza.

—No conozco a ningún judío, ¡pero me gustaría mucho! —exclamó Esther—. No conozco a ningún otro rabino —añadió.

—¿Tu madre está muerta, querida? ¿Sabes si está viva? —le preguntó la enfermera Edna a Esther.

—El rabino me dijo que estaba muerta, solo sé que soy judía —dijo Esther—. Mi madre quería que lo supiera —repitió en voz baja.

—Aquí hay otros niños, Esther, vas a hacer amigos —le dijo la enfermera Angela a la niña abandonada—. Te buscaremos una familia judía. ¿Verdad, Wilbur? —le preguntó Angela al médico.

7

El miedo es amor

Desde su viaje en tren, los Winslow sabían que St. Cloud's estaba más cerca de Lewiston que de Portland. El doctor Larch les contó que las primeras familias judías se habían establecido en Lewiston en la década de 1890. En aquella época, la mayoría de ellas vivían en la zona que delimitaban las calles Lincoln y Chestnut, donde se fundó la primera sinagoga. A principios de siglo, algunas familias judías se trasladaron al otro lado del río, a Auburn, cerca del Molino Barker y la calle Second.

Tras la llegada de Esther, el doctor Larch se reunió con un rabino y dos hombres de la comunidad judía de Auburn. Los hombres se mostraron comprensivos con la difícil situación de Esther, pero fueron sinceros con el doctor. El rabino pensaba explicarle las circunstancias de la niña abandonada a las familias judías de su congregación, pero los otros dos hombres dieron a entender que algunas familias cuestionaran la falta de documentación que justificase el judaísmo de Esther. El rabino que le habló a Esther de su madre no tenía nombre. ¿Era judía la madre de Esther?, preguntó el rabino de Auburn.

La palabra «documentación» bastó para sacar de sus casillas a Larch.

—Aquí, en St. Cloud's, muchos de nuestros niños carecen de documentación, ¡y sin embargo esperaban que conociésemos la

historia de la madre de Esther! —exclamó el doctor Larch.

—No te enfades, Wilbur —le previno la enfermera Angela.

Ninguna familia judía se presentó tras la visita del doctor Larch a la zona de Lewiston-Auburn. Los Winslow se preguntaron por qué Larch no había empezado por buscar familias judías en Portland. Se trataba del segundo puerto marítimo más grande de Nueva Inglaterra, era un enclave más antiguo y más grande que los pueblos gemelos de Lewiston y Auburn. ¿No tendría Portland una población judía más antigua y más numerosa?, pensaron los Winslow.

En el verano de 1917, cuando el doctor Larch estaba en Francia, la comunidad judía de Auburn se trasladó a una nueva sinagoga en la calle Second. La enfermera Angela se reunió allí con el nuevo rabino. A Angela le cayó bien y él se compadeció de la situación de Esther, pero la huérfana no adoptada era ahora casi una adolescente, lo que sin duda dificultaba incluso un poco más su adopción. No había forma de verificar el judaísmo de la madre de Esther, a pesar de que el judaísmo de Esther era para ella algo esencial: ser judía era el pilar de su identidad.

A medida que crecía, Esther fue interesándose cada vez más por la historia de los judíos, al tiempo que se acrecentaba su pasión por las novelas. Al leerle sobre judaísmo, Larch y sus enfermeras aprendieron más sobre el pueblo judío de lo que podían haber imaginado. Sin embargo, el nuevo rabino de la nueva sinagoga de Auburn temía que algunas familias judías de su congregación pensaran que Esther tenía edad suficiente para haber recibido una formación y una educación religiosa adecuadas.

Ese detalle provocó otra diatriba de Larch.

—Aquí, en St. Cloud's, ¿qué nos ha aportado una formación y una educación religiosas adecuadas? —exclamó el médico.

—Wilbur, tú no estabas aquí, estabas en Francia —dijo la enfermera Angela. Lo dijo como si el médico hubiera estado de vacaciones.

Seis meses después, a principios de 1918, como explicó la enfermera Edna a los Winslow, un incendio destruyó la nueva sinagoga de la calle Second. Angela y el rabino siguieron en contacto, pero ninguna familia de la zona de Lewiston-Auburn se mostró interesada en adoptar a Esther.

Es posible que los Winslow no supieran gran cosa sobre los judíos, pero tenían razón en lo que respecta a Portland. Desde la década de 1860 hasta principios del siglo xx, los judíos que emigraron a Portland procedían en su mayoría de Europa del Este. Hablaban yidis. Sin embargo, desde principios del siglo xx, la población judía de Portland había cambiado. En Portland había sinagogas conservadoras y reformistas, no solo ortodoxas.

Cuando Larch regresó de Francia, Esther ya tenía edad suficiente para comportarse de manera adecuada en una sinagoga. La niña también tenía edad suficiente para criticar las normas de una sinagoga ortodoxa, donde los hombres y las mujeres se sentaban separados. Para cuando Larch se puso en contacto y se reunió con un rabino en Portland, perteneciente a una sinagoga reformista, donde los hombres y las mujeres se sentaban juntos, Esther ya había leído la Torá hasta el Deuteronomio. Ya había decidido que no creía en Dios.

—¡Estás en lo cierto, Esther! —exclamó Thomas Winslow.

—Tommy —dijo Constance. Luego le preguntó al doctor Larch por qué Esther no creía en Dios.

—¿Qué ha hecho Dios por Esther? —preguntó Larch. Esther había contado todas las referencias a la mano dura o al brazo extendido de Dios que aparecían en el Éxodo, sin embargo, dudaba de que Dios

hubiera hecho lo *suficiente* para ayudar a los israelitas—. Dios no hizo lo *suficiente* para ayudar a Esther ni a su madre —les dijo el doctor Larch a los Winslow.

—Esther *te* escucha, Wilbur. Ella piensa lo mismo que *tú* sobre Dios —dijo la enfermera Angela.

—De tal palo, tal astilla —fue como lo expresó la enfermera Edna.

—Aquí, en St. Cloud's, ¿qué ha hecho Dios por nosotros? —le preguntó el doctor Larch a sus enfermeras.

—Eso es lo que queremos decir, Wilbur —contestó Angela.

—El Libro de Esther proviene de la Biblia hebrea, es uno de los llamados Cinco Rollos —les dijo Larch a los Winslow—. El Libro de Esther y el Cantar de los Cantares son los únicos libros de la Biblia hebrea que no mencionan a Dios —añadió Larch—. El rey Asuero, un nombre hebreo, proviene del antiguo nombre persa de Jerjes I. Esther debe de ser un personaje ficticio —continuó el doctor Larch —. Los reyes persas no se casaban con nadie que no perteneciese a las familias nobles persas, por lo que con toda probabilidad no hubo una reina judía. Y Esther es una huérfana judía, pero no revela su herencia judía cuando es coronada reina. Esther le dice al rey Asuero que es judía solo cuando revela que Hamán está conspirando para matar a su pueblo, ¡incluida ella misma! —exclamó el doctor Larch.

—¡Qué buena historia! —exclamó Thomas Winslow.

—Sí, pero solo es una historia. Esther es la favorita del harén de Asuero, por lo que se sale con la suya —dijo Larch.

—Wilbur —fue todo lo que la enfermera Ángela pudo decir. Lo único que Constance podía pensar era que el doctor Larch se parecía a su Tommy, por la forma en que hablaba sin parar.

El doctor Larch describió un cuadro de Rembrandt, *Asuero y Hamán en la fiesta de Esther*. Por la forma en que las enfermeras pusieron los ojos en blanco, estaba claro que ya habían oído hablar

del cuadro de Rembrandt. Los Winslow se quedaron boquiabiertos cuando Larch les habló de Purim, la fiesta judía que celebra cómo el pueblo judío se salvó de Hamán, un día alegre, un día de liberación para los judíos.

—Hay galletas que tienen la forma de las orejas de Hamán —les dijo Larch a los Winslow.

—Se llaman *hamantaschen,* que significa los «bolsillos de Hamán» en yidis. En hebreo, se traduce como «orejas de Hamán», debido a la forma de las galletas —explicó la enfermera Edna. Se dio cuenta de que los Winslow estaban perdidos, abrumados por su desconocimiento del judaísmo.

—La gente lleva máscaras y disfraces parecidos a los de Halloween, se bebe mucho y también hay desfiles —prosiguió Larch.

—Se hacen donaciones a los pobres, Wilbur, no es solo una fiesta —dijo la enfermera Angela.

—Encontré pasajes sobre Purim en *La Enciclopedia Judía*. Se los leí en voz alta a los niños una noche, cuando Esther tenía doce o trece años —les contó el doctor Larch a los Winslow—. Os toca —instó el doctor a sus enfermeras.

Tal y como explicaron la enfermera Edna y la enfermera Ángela, las descripciones de Purim hicieron que todos los niños se alegraran por Esther: los desfiles, los disfraces y las máscaras, los jóvenes divirtiéndose. Pero a Esther las historias de Purim le hicieron llorar. «Nunca lograré ser judía, ¡tengo mucho que aprender!», lloró Esther. Nadie la había visto llorar antes.

—Ayudaremos a Esther a ponerse al día, la pondremos en contacto con otros judíos. Encontrará a su gente —le dijo Thomas al doctor Larch.

—Es necesario que sepan que Esther querrá ir allí algún día —les dijo Larch a los Winslow.

—¿Ir adónde? —preguntó Constance al médico.

—A los reinos históricos de los israelitas y los hebreos, a la Israel y la Judá históricas... ¡Como si fuera posible viajar allí! —exclamó el doctor Larch.

—Wilbur —fue todo lo que dijo Angela.

—La Tierra Prometida, la Tierra Santa —les explicó Edna a los Winslow.

—Wilbur, Esther solo quiere ir a Jerusalén —dijo Angela.

—¡Oh, qué alivio, solo Jerusalén! —exclamó Larch.

—Lo que Esther quiere decir es que le gustaría ir a Jerusalén cuando sea mayor, cuando sea adulta y pueda tomar decisiones adultas —les explicó Edna a los Winslow.

—¡Decisiones adultas! —exclamó el doctor Larch, llevándose las manos a la cabeza.

—Deberías hablarles a los Winslow del tatuaje de Esther, Wilbur, ya que hablamos de decisiones adultas —dijo Angela.

—¿Esther tiene un tatuaje? —le preguntó Constance al doctor.

—Eso es poner el carro delante del caballo —dijo la enfermera Edna.

Edna quería decir que Portland era el caballo y que deberían hablar de eso antes que del tatuaje. Portland era una parte esencial sobre el origen de Esther. Como el doctor Larch no quería volver a la ciudad que había abandonado cuando era joven, había pospuesto hacer averiguaciones sobre la comunidad judía de Portland. El resultado de la primera reunión de Larch con el rabino reformista de Portland iba a cambiarlo todo. Larch había insistido en que Esther solo tenía tres años, casi cuatro, cuando la dejaron en St. Cloud's, sin embargo, su pronunciación y su manera de articular eran propias de un adulto. No hablaba como una niña. Esther había informado al médico y a sus enfermeras de que no conocía a ningún niño.

«Quienquiera que fuera su madre, hizo mucho más que leerle a Esther. La niña prácticamente había memorizado la historia bíblica de Esther», le contó Larch al rabino. «Seguramente, fue su madre quien le enseñó a hablar.»

«A veces ocurre aquí, en Portland, que vemos a inmigrantes judíos que han aprendido inglés como segunda lengua antes de llegar aquí», le dijo el rabino al doctor Larch. «Cuando esos nuevos inmigrantes enseñan inglés a sus hijos, los niños hablan como adultos», dijo el rabino. Se llamaba Leopold Herzfeld y especuló con la posibilidad de que Esther hubiese nacido en Europa. Su madre habría confiado en un rabino si hubiera llegado a Portland estando embarazada o cuando Esther era solo un bebé. El rabino Herzfeld dijo que, en caso de haber confiado en un rabino alrededor de 1905 o poco más tarde, la madre de Esther probablemente habría acudido a la Congregación Shaarey Tphiloh.

En 1904, la Congregación Shaarey Tphiloh construyó una sinagoga en la calle Newbury, en el distrito de Old Port. La mayoría de sus miembros provenían de Europa Central y Oriental, algunos eran recién llegados, otros hijos de inmigrantes anteriores. Dos grupos de judíos ortodoxos se habían unido para crear la sinagoga. Shaarey Tphiloh significa «Puertas de la oración», les explicó Larch a los Winslow.

—Se pronuncia Sha-a-RAY T-FI-la, Wilbur —le corrigió la enfermera Angela.

—¡No me importa cómo se pronuncie, en la sinagoga estaba la maldita documentación! —exclamó el doctor Larch.

—En la sinagoga conocían la historia de la madre de Esther —les dijo la enfermera Edna a los Winslow—. Todavía les queda mucho camino por recorrer antes de llegar al tatuaje —añadió Edna.

El rabino Herzfeld hizo bien en preguntar por Esther en Shaarey Tphiloh. Uno de los líderes de la sinagoga encontró la historia de Esther en los registros de la congregación. Esther Nacht nació en Viena en 1905. El apellido de soltera de su madre era Meyer, del hebreo *meir,* que significa «iluminada». Hanna Meyer, que también había nacido en Viena, en 1880, se casó con Simon Nacht. Él había nacido en Bremen, Alemania. Simon murió durante el viaje a Portland, al igual que otros pasajeros a bordo del barco alemán procedente de Bremerhaven. Fue por culpa de una neumonía bacteriana, similar a la neumonía estreptocócica, pero Hanna Nacht no sabía lo que era, solo rezaba para que su hija pequeña no muriera. El nombre de su marido, Simon, significaba «oír», o «ser oído», en hebreo. Lo único que Hanna había oído durante la travesía a Portland era la tos de su marido.

La antigua Hanna Meyer estuvo a la altura de las expectativas generadas por su apellido de soltera. Al explicar las circunstancias que había tenido que afrontar y describir los temores respecto a su hija, con cada palabra que le decía al rabino de la Congregación Shaarey Tphiloh, Hanna se mostró iluminadora. Como solía ocurrir con los inmigrantes judíos recién llegados a Portland, su historia era tan complicada que el rabino pidió a uno de los líderes de la sinagoga que transcribiera la conversación entre el rabino y la nueva inmigrante. El rabino de Shaarey Tphiloh compartió esos registros con Larch. El extenso registro de la conversación de Hanna Nacht con el rabino de Shaarey Tphiloh era algo inusual, debido a la gravedad de las circunstancias de Hanna. Temía por sí misma y por su hija de dos años. Ni el rabino ni el líder de la sinagoga habían visto antes a Hanna Nacht. A pesar de sus oraciones durante el largo viaje desde Bremerhaven, Hanna no era una judía practicante; no trabó amistad con los miembros de la Congregación Shaarey

Tphiloh. El doctor Larch supuso que Esther era demasiado pequeña para asistir a la escuela hebrea.

—No sabes nada sobre la escuela hebrea, Wilbur —le interrumpió la enfermera Angela.

—A este paso, moriremos todos antes de llegar al tatuaje —intervino Edna.

En Viena, tanto Simon como Hanna Nacht habían recibido formación para enseñar inglés como segunda lengua. Hanna le dijo a Simon que quería emigrar a Estados Unidos o Canadá cuando naciera su hija. Como siempre, era una mujer iluminada, adelantada a su tiempo. Sabía que el antisemitismo avanzaba de forma gradual y sutil, incluso más en Austria que en Alemania, en opinión de Hanna. En Portland, dos judíos de habla alemana formados para enseñar inglés como segunda lengua podrían ganarse la vida y criar bien a su nueva hija. Había una creciente población de nuevos inmigrantes; Hanna y Simon se habrían turnado para enseñar y cuidar de Esther. Pero ahora Hanna era viuda y madre soltera, el poco dinero que ganaba como profesora lo gastaba en el cuidado de la niña, y Hanna solo había podido encontrar a dos adolescentes para cuidar de Esther. Wilbur Larch era consciente de la presencia de indeseables en el barrio de Old Port, las calles paralelas al paseo marítimo. Vivían en pensiones como la de Hanna.

Una prostituta mayor que tenía una habitación allí le dijo a Hanna que podía ganar más dinero como prostituta que enseñando inglés a inmigrantes. «Hay jóvenes inquietos por todas partes», le dijo Hanna al rabino. Por supuesto, esto lo anotó el líder de la sinagoga que transcribió la conversación. Hanna debía de estar pensando en los jóvenes marineros que deambulaban por Old Port. Había algunos jóvenes marineros en la clase de la guapa profesora, aprendiendo inglés como segunda lengua. Uno de esos marineros le dijo a Hanna

que había abandonado el barco en Portland. Tenía la intención de ver mundo de ese modo, le dijo, pretendía enrolarse como tripulante en un puerto y abandonar el barco en otro. Este marinero rebelde no era un joven adecuado para que una viuda guapa y madre soltera hablara con él. Hanna expresó de esta manera sus temores al rabino y al líder de la sinagoga en Shaarey Tphiloh. Sin embargo, Hanna dijo que le daban más miedo «las mujeres cristianas» que los jóvenes marineros. Hanna no se refería solo a las mujeres de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza, dijo que había «otras mujeres como ellas». Hanna tenía más miedo de esas mujeres que de convertirse en prostituta. «Si me pasa algo, por favor, no dejen que esas mujeres se lleven a Esther», dijo Hanna.

Hanna había percibido que el antisemitismo era traicionero en Viena. Y en Portland, los defensores de la templanza se oponían a algo más que al alcohol, también se oponían a los inmigrantes. Esas mujeres cristianas vigilaban a Hanna porque era una judía guapa. Las mujeres podían ver cómo miraban los hombres a Hanna, también podían ver lo mucho que Hanna se preocupaba por Esther. «Tu hija estaría más segura si no fuera judía», le dijo a Hanna una mujer que afirmaba pertenecer a la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza.

«¿Tu hija tiene edad suficiente para saber que es judía?», le preguntó una de esas mujeres a Hanna. «Esther estaría mejor si nunca supiera que es judía.»

—Al parecer, el antisemitismo también es traicionero en Portland —les dijo el doctor Larch a los Winslow, pero ellos ya lo sospechaban. Ese día en St. Cloud's, cuando Larch, sus enfermeras y los Winslow estaban juntos, todos se sintieron avergonzados. Por supuesto, se les pasó por la cabeza que Esther estaría mejor si nunca hubiese sabido que era judía.

En Shaarey Tphiloh, Hanna les dijo que quería que Esther supiera que era judía. Entonces Hanna le entregó al rabino sus documentos de viaje, su pasaporte y el de Esther, que incluían sus partidas de nacimiento. «Si me pasa algo», comentó Hanna de nuevo, «Esther deberá tener nuestros pasaportes. Tiene que saber quién es y de dónde viene.»

Lo que le sucedió a Hanna seguiría siendo un misterio. Su cuerpo fue encontrado en el lavadero de la pensión, donde había sido golpeada hasta la muerte. Nadie dijo que hubiera sucumbido a la prostitución. Si un supuesto cliente la hubiera matado, con toda probabilidad lo habría hecho en una de las habitaciones. La policía interrogó a los alumnos de Hanna, incluido el marinero rebelde que había abandonado el barco en Portland. Sus alumnos eran obviamente inocentes; el joven marinero les pareció el más inocente de todos. Era probable que el asesinato lo hubieran llevado a cabo dos personas. Quienquiera que lo hubiese hecho, sujetó a Hanna sobre un fregadero, donde le golpeó repetidamente la cabeza con una llave inglesa, una herramienta que cualquiera podría haber sacado del armario de la lavandería. No había indicios de que hubieran abusado sexualmente de Hanna.

Hanna tuvo la previsión de decirles a las niñeras de Esther adónde ir si le ocurría algo. Como le comentó años después el rabino Herzfeld al doctor Larch, hicieron todo lo que estaba en su mano, realmente todo lo que pudieron, en Shaarey Tphiloh. El recuerdo que Esther conservaba de su encuentro con el rabino estaba notablemente intacto; tenía tres años, casi cuatro, cuando el rabino le dijo que su madre había muerto. Lo que Esther había olvidado era lo que había dicho cuando el rabino le contó que su madre quería que supiera que era judía. «¡Lo sé!», dijo Esther. El líder de la sinagoga también anotó eso.

La niñera que había llevado a Esther a la sinagoga informó al rabino del asesinato de Hanna. Como es lógico, el rabino no le contó a Esther cómo había muerto su madre. En ausencia de Esther, uno de los líderes de la sinagoga trató de preparar a la niñera para todo lo que sucedería a continuación. Una «delegación», en el sentido de «representación», de mujeres de la Congregación Shaarey Tphiloh iría a buscar a Esther a la pensión. Ni el rabino ni los líderes de la sinagoga de Shaarey Tphiloh desconfiaban en absoluto de esa niñera, que no era más que una adolescente ansiosa y comprensiblemente angustiada por la difícil situación de Esther.

La joven niñera no era judía, pero se mostraba muy protectora con Esther. El problema era el tiempo que llevaría encontrar e informar a las mujeres de la comunidad judía. Aunque Esther era una judía vienesa que hablaba y entendía inglés, y su madre había sido judía, ninguna mujer de la congregación la conocía. Además, quienquiera que adoptase a Esther tendría que decirle a la niña que su madre había sido asesinada.

Hubo que esperar hasta la mañana del día siguiente, cuando tres mujeres de la comunidad judía aceptaron hacerse responsables de Esther. Las tres mujeres se repartirían el cuidado de la niña hasta que se encontrara una familia judía que la adoptase. Cuando las mujeres judías fueron a la pensión, encontraron la habitación de Hanna en completo desorden: las niñeras de Esther, dos adolescentes, estaban ordenando la ropa esparcida, la de Hanna y la de Esther. Las niñeras estaban llorando. Dos mujeres se habían llevado a Esther hacía un día. Las niñeras no se habían dado cuenta de que las mujeres que se llevaron a Esther no eran de la sinagoga, no eran judías.

«Pensábamos que eran ustedes», les dijo una de las adolescentes a las mujeres de Shaarey Tphiloh.

«Esther no llora, solo se enfada», dijo la otra chica.

Todos opinaban que aquellas dos mujeres que se llevaron a Esther tal vez no fueran de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza. Tal vez ni siquiera fuesen partidarias de la templanza; es posible que ni tan siquiera fueran cristianas. Pero, fueran quienes fuesen aquellas dos mujeres, eran antisemitas. Fueran quienes fuesen, hicieron todo lo posible por impedir que una niña judía fuera criada como judía en una familia judía. Sin embargo, esas dos mujeres tuvieron que hablar con Esther, tuvieron que darse cuenta de que era demasiado tarde para disuadir a Esther de su judaísmo. Así que la llevaron a St. Cloud's, donde la dejaron. Cabe suponer que esas dos mujeres supusieron que una familia judía no se aventuraría hasta allí.

El rabino Herzfeld organizó el encuentro del médico con el rabino y el líder de la sinagoga en Shaarey Tphiloh, en el segundo viaje de Larch a Portland. Larch agradeció a la sinagoga que le mostrara la transcripción de la historia de Hanna. Lo que más le llamó la atención fue lo que Hanna le contó al rabino sobre su hija cuando Esther solo tenía dos años, casi tres. «Va a ser alta, ya tiene las piernas largas de su padre y también sus dedos largos. Esther ya tiene sus fuertes manos.»

En su despacho de St. Cloud's, Larch les contó a los Winslow lo que había dicho en la sinagoga el año anterior. A los trece años, casi catorce, Esther era más alta que todos los niños, y todos los adultos, del orfanato; también tenía las manos más fuertes. Al cocinero de St. Cloud's le gustaba enlatar frutas y verduras. Era un devoto de los tarros Mason con tapas de rosca. Cuando no podía desenroscar uno de ellos, mandaba llamar a Esther. «¡Las manos de esa chica son tan fuertes que puede desenroscar cualquier cosa!», le había dicho el doctor Larch al rabino y líder de la sinagoga.

«Quiero conocerla, quiero darle los pasaportes que le pertenecen», le dijo el rabino de Shaarey Tphiloh a Larch.

El líder de la sinagoga, un hombre mayor, lloraba.

«Durante todo este tiempo, esperábamos que alguien como usted la encontrara, doctor Larch. Hemos rezado para que acabara en buenas manos», dijo.

Aunque los Winslow y el doctor Larch no eran creyentes, respetaban a los hombres de fe, que no habían abandonado la esperanza de encontrar a Esther. Por supuesto, Larch accedió a llevar a Esther a la sinagoga, a pesar de que ella no creía en Dios... y de que Larch sabía que Shaarey Tphiloh era una sinagoga ortodoxa. Larch le había confiado al rabino Herzfeld que Esther no era creyente, pero no se lo había dicho a los de Shaarey Tphiloh. Tal vez la falta de fe de Esther era más aceptable para un rabino de una sinagoga reformista que para uno de una sinagoga ortodoxa o conservadora, o al menos eso se atrevió a preguntarle Larch al rabino Herzfeld.

«Dada la experiencia de Esther, no me corresponde a mí juzgar lo que ella cree», le dijo el rabino Herzfeld al doctor Larch. «Esther merece saber quién es y de dónde viene, y cuánto temía su madre por ella. El miedo es amor», comentó el rabino.

8

Un sujetador para Esther

La ventana que Angela había abierto en el despacho del doctor Larch seguía entreabierta. Los Winslow podían oír el alboroto que se había formado en la sección de las chicas, donde estas lloraban y se lamentaban.

—Esther hizo las maletas hace horas y está lista para marcharse, no ha querido esperar a conoceros —les explicó Edna a los Winslow.

—Esther leyó sus cartas y decidió que sentía aprecio por ustedes —les dijo Larch—. Si deciden que no la quieren, ella intentará irse con ustedes de todos modos —advirtió el médico a los Winslow.

—Está tardando una eternidad en despedirse de las chicas. ¡Es su larga despedida lo que las hace llorar! —exclamó Edna.

—Esther será breve con los chicos, pero ellos llorarán más —predijo la enfermera Angela.

—Todos deberían estar felices por Esther. ¡Esther ha encontrado una familia! —exclamó Larch.

—Están felices por Esther, Wilbur, pero están tristes por ellos mismos. La van a echar de menos —dijo Angela.

—Todos la vamos a echar de menos —les dijo el doctor Larch a los Winslow.

—Deberías hablarles del tatuaje antes de que Esther llegue —le recordó Edna al médico.

Los Winslow vieron a la enfermera Angela cerrar la ventana. O las niñas dejaron de llorar o sus lamentos ya no llegaban al despacho del doctor Larch. La historia del tatuaje resultó estar entrelazada con el tercer viaje de Larch a Portland, el que hizo con Esther. Había tenido tiempo de prepararla para el encuentro con el rabino en Shaarey Tphiloh. Esther dio por hecho que uno de los líderes de la sinagoga estaría allí. Sabía por qué querían encontrarse con ella, no era únicamente para entregarle los pasaportes.

Antes de subir al tren en dirección a Portland, el doctor Larch le contó a la joven de catorce años no solo que había nacido en Viena, sino también lo que había ocurrido con su madre. Esther reaccionó con serenidad ante la explicación del asesinato de su madre, les dijo Larch a los Winslow. «Tendrían que encontrar a esas dos mujeres y asesinarlas, pero eso no sucederá», fue todo lo que Esther dijo al respecto.

Al doctor Larch le resultó más sorprendente la reacción de Esther al llegar a Portland: recordaba más de Old Port de lo que él esperaba. Llegaron a la ciudad la noche antes de su cita en la sinagoga y se alojaron en un hotel cerca del paseo marítimo. Cenaron en un restaurante de pescado, donde escucharon una conversación de pasada. Una tienda de tatuajes estaba al borde de la quiebra, o bien había sido un fracaso desde el principio. No habían podido salir adelante. «Los marineros se tatúan, ¿verdad? ¿Por qué un local de tatuajes tendría que quebrar en Portland?», le preguntó Esther al doctor Larch.

«No tengo la menor idea. Los tatuajes son indelebles, ya lo sabes», le dijo Larch. «El pigmento que se inserta en punciones en la piel es permanente, Esther.»

«Lo sé. Quiero uno. Quiero hablar con un tatuador sobre este tema», dijo Esther. En ese momento, la historia del local de tatuajes

en quiebra se vio interrumpida por los niños: sus afligidos lamentos provenían de la planta que estaba encima del despacho de Larch; cabía suponer que estaban en sus camas. Pero ningún niño podría permanecer dormido al captar el dolor que transmitían esos implacables lamentos. Los dolientes aullidos de los niños eran una muestra de su infinita tristeza.

—¡Por Dios! —exclamó Larch, levantándose de su escritorio.

Se dirigió con paso firme hacia la escalera del vestíbulo y les gritó a los niños de la planta de arriba. Estaban desconsolados por la marcha de Esther.

—Ha encontrado una *familia, ¡alegraos* por Esther, llorones! —les gritó—. ¡Y no te lleves toda la ropa de los chicos, Esther! —le dijo Larch.

Cuando el doctor Larch regresó a su despacho, la enfermera Angela parecía muy alterada.

—Los chicos no son *llorones,* Wilbur, pero la quieren, como todos nosotros —le dijo Angela.

—Esther ya se ha quedado con algunas prendas de los chicos. Es más alta que ellos y la mayor parte de su ropa le queda pequeña —les explicó Edna a los Winslow.

—Esther no necesita otra camisa de franela. Los chicos andan escasos de camisas de franela y no tienen nada más que les quede bien —dijo la enfermera Angela a los Winslow.

—¿A Esther no le gusta llevar ropa de mujer? —preguntó Constance a las enfermeras.

—Le gusta más la ropa de hombre —respondió Edna.

—Esther no quiere llevar sujetador, se niega en redondo —les dijo Angela a los Winslow.

—Esther tiene poco pecho y solo tiene catorce años, creo que puede permitirse no llevar sujetador —les dijo el doctor Larch a

todos. En cuanto a las tres mujeres que estaban en la consulta del médico, incluida Constance, sus expresiones unánimes dieron la impresión de contradecir la opinión de Larch.

Todo lo que dijo Constance fue:

—Haremos todo lo posible por encontrarle un sujetador que le guste.

—Les deseo suerte con eso —le dijo Larch a Thomas, que se limitó a sonreír. Dada la cantidad de mujeres que había en la extensa familia de los Winslow, Thomas había aprendido a no meterse en la cuestión de los sujetadores.

Los sonidos de angustia de los chicos en la planta de arriba se atenuaron un poco cuando Edna instó al doctor Larch a que se diera prisa y pusiera el punto final a la historia del tatuaje.

Era de noche, pero no muy tarde, cuando Larch llevó a Esther a Anchor Al, en la calle Commercial. Al era un tatuador marítimo, procedente de Nueva York, otra ciudad portuaria. Cuando llegaron, estaba guardando sus plantillas de tatuajes: anclas y sirenas, veleros en el mar, muestras de amor verdadero, corazones sangrantes atravesados por dagas. Por el bien de Esther, Larch esperaba que no eligiera una sirena, aún no sabía exactamente qué quería Esther. Al sabía que era Esther quien quería un tatuaje, a pesar de que no tenía la edad suficiente para hacerse uno.

—Déjame adivinar, jovencita —le dijo el tatuador—, no estás interesada en un corazón sangrante ni en un tatuaje de temática marinera.

—No tiene edad suficiente para hacerse un tatuaje, pero ha imaginado uno para su futuro —le dijo Larch al tatuador.

—Son solo palabras, nada de dibujos, ni tiburones ni serpientes marinas —añadió Esther. Sonaba como si estuviese pidiendo disculpas.

—Las palabras significan tanto como los dibujos, jovencita —le aseguró el viejo marinero—. Voy a volver al Bowery, pero dime qué palabras tienes en mente y dónde has imaginado tenerlas.

El doctor Larch conocía lo suficiente a Esther como para saber que debería haberla vigilado, pero no lo hizo. Tal vez se distrajo con los pechos desnudos de las sirenas; como Larch les dijo más tarde a los Winslow, los pechos de las sirenas eran un «presagio» del tatuaje de Esther. Cuando Larch centró de nuevo su atención en Esther, demasiado tarde, ella ya se había desabrochado la parka y la camisa de franela y se estaba desabrochando la camiseta. Antes de que Larch pudiera detenerla, Esther se había subido la camiseta, dejando al descubierto su largo torso, desde las clavículas hasta debajo del ombligo. Anchor Al mantuvo una respetuosa dignidad.

—Sin sujetador, Connie —le recordó Thomas.

—Lo sé, Tommy —dijo Constance enfadada.

—Quiero las palabras aquí, si caben, y que las letras no sean demasiado pequeñas para que puedan leerse —le explicó Esther al viejo neoyorquino.

—Espero que no vayas a enseñarle este tatuaje a todo el mundo —le advirtió el doctor Larch.

—Ya sabes las palabras que quiero, sabes todo lo que he leído y lo que me gusta —le dijo a Larch—. No me importa si nadie más que yo las lee, y tendré que hacerlo al revés en un espejo, donde las letras aparecerán invertidas.

Larch supo entonces cuál sería el tatuaje de la chica alta, siempre que el torso de Esther pudiera acoger el largo pasaje. Larch la había oído leer *Jane Eyre* a las chicas y, más tarde, a los chicos. Cuando les leía en voz alta, Esther siempre repetía cierto pasaje. Larch sabía que Esther creía que el pasaje merecía repetirse, especialmente cuando les leía a los chicos.

—«Sé cuidar de mí misma» —empezó a recitar Esther. Si no eran sus palabras, sus bonitos pechos sin duda llamaban la atención del hombre de Bowery. Los pechos de Esther eran notablemente más pequeños que los de las sirenas que los rodeaban.

—«Sé cuidar de mí misma» —repitió Thomas Winslow con reverencia. Como si se tratara de una orden, se puso firme en el despacho del doctor Larch. Constance sabía cuántas veces había enseñado *Jane Eyre* a los indiferentes alumnos de la Academia Pennacook. Había inculcado cierta sensibilidad en esos chicos insensibles. Thomas les había hecho memorizar el pasaje cerca del final del capítulo veintisiete. Incluso el más torpe de esos chicos recordaría que esas palabras pertenecían a Charlotte Brontë; el pasaje era el epítome del espíritu indomable de Jane.

—«Cuanto más sola, sin amigos y más desamparada me sienta» —prosiguió recitando Esther al viejo tatuador—, «más me respetaré a mí misma.»

Larch observó los diferentes tatuajes. Los tiburones y las serpientes marinas se peleaban por mirar a Esther, que seguía mostrándose al marinero.

—¿Qué está buscando? —le preguntó Anchor Al al doctor Larch.

—Si tiene un trozo de papel, podría escribirle el pasaje para que lo lea al completo —le dijo Larch.

—Claro que tengo papel. Siempre estoy dibujando cuando no estoy tatuando —dijo el viejo neoyorquino. Cuando Larch empezó a escribir, Esther se bajó la camiseta. Leyó con atención lo que estaba escribiendo para asegurarse de que todas las palabras fueran correctas.

—Conozco este pasaje casi tan bien como tú —le dijo Larch.

—Son veintiuna palabras y cuatro signos de puntuación: dos comas y dos puntos —informó Esther al viejo tatuador. Aún no se

había abrochado la camisa de franela. Larch pensó que quería estar lista para mostrarse de nuevo.

—En los tatuajes también se cuentan los espacios: cuando se escriben letras, se cuentan los espacios y las letras, jovencita —le dijo Anchor Al. Mientras Larch escribía el pasaje, Esther contaba los espacios y las letras; aprendería que había aproximadamente el mismo número de espacios que de palabras.

El viejo marinero estaba revisando su catálogo de tatuajes y sacó algunas fuentes tipográficas para mostrárselas a Esther. A ella no le gustó la Luminari, una fuente en negrita, mezcla de estilos medievales.

—Tal vez sea demasiado oscura y seria para ti —le dijo Al.

—Me parece demasiado religiosa. Parece una escritura sagrada o algo así —dijo Esther. Tampoco le gustó la fuente Harrington, de Londres, de finales del siglo XIX—. Es demasiado femenina para mí —fue todo lo que Esther dijo sobre la Harrington. Larch pensaba que la Harrington era demasiado recargada para ella, pero se lo guardó para sí.

A Esther le gustó la Goudy Old Style.

—Simplemente Goudy —la llamó el marinero. Era una fuente estadounidense nueva—. No te parece demasiado sencilla, ¿verdad? —le preguntó Anchor Al.

—Creo que lo sencillo me va bien, yo soy muy sencilla y siempre lo seré —respondió Esther. También le gustaba la fuente Didot, un tipo de letra francés del siglo XVIII—. Es demasiado fina, pero yo también lo soy, así que me va bien —le dijo Esther al viejo tatuador. Él le mostró dónde debían estar los saltos de línea. Su tatuaje tenía forma vertical y recorría todo el torso. Los saltos de línea tenían sus propias simetrías extrañas—. ¿Me tatuaría los pechos o los rodearía? —le preguntó Esther al hombre de Bowery.

«¡No le tatúe los pechos, rodéelos!», pensó Larch, pero no lo dijo.

—Eso dependerá de ti, llegado el momento, jovencita. Yo preferiría trabajar alrededor de tus pechos, no tatuarlos —dijo el marinero, y sonó como si se dirigiera al reino de Davy Jones, la tumba de los marineros ahogados.

La primera frase tenía veintiún caracteres, contando los espacios. La primera línea era la más cercana a las clavículas de Esther: «Sé cuidar de mí misma». La segunda línea, todavía por encima de sus pechos, tenía dieciséis caracteres: «Cuanto más sola», terminando con una coma. Las línea siguiente —«sin amigos y más desamparada»— rodeaba su caja torácica. Esta era la línea más larga, tenían veintiocho caracteres. La línea más corta —«me sienta», de nueve caracteres— estaba justo encima del ombligo de Esther. Las dos últimas líneas estaban debajo de su ombligo: «más me respetaré» y «a mí misma». Ambas líneas tenían veintiséis caracteres. Era mucho para un torso, incluso uno largo, pero a Esther le aseguraron que el tatuaje encajaría, y le gustaba dejar sus pechos sin tatuar, al igual que al doctor Larch.

—Una palabra de ocho letras tendría cinco centímetros de largo —le dijo el tatuador a Esther. En el tamaño de letra que recomendó, cada letra medía entre un centímetro y medio y dos centímetros y medio de alto—. No es demasiado grande, jovencita, pero es lo bastante como para leerlo, incluso del revés, en un espejo —le dijo Anchor Al.

Larch quería que los Winslow supieran que Esther estaba decidida a hacerse el tatuaje de *Jane Eyre*. Esther también estaba decidida a ir a Jerusalén. Y después de conocer al rabino en Shaarey Tphiloh, después de ver su pasaporte y el de su madre, Esther estaba decidida a ir a Viena. Al fin y al cabo, era de allí de donde venía, allí había nacido.

—Y quiere aprender alemán, el idioma que hablaban su madre y su padre, su lengua materna —añadió el doctor Larch dirigiéndose a los Winslow.

—Por supuesto que sí, ¡qué buena chica es! —exclamó Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —dijo Thomas.

Entonces les distrajeron los conjuros que se oían encima del despacho del doctor Larch. Los chicos repetían de memoria lo que sabían que tenían que decir, pero no lo hacían de corazón.

—Alegrémonos por Esther Nacht. Esther ha encontrado una familia —entonaron los chicos, con un tono más parecido a un canto fúnebre que a una celebración.

—¡Buenas noches, Esther! —se lamentó uno de los chicos.

—¡Buenas noches, Esther! —gritaron los chicos al unísono.

—¡Dios mío! —exclamó Edna.

—No les pidas que estén contentos, Wilbur —le dijo Angela al doctor Larch.

Se oyó un ruido sordo, como si algo pesado estuviera siendo arrastrado escalón a escalón por las escaleras.

—Parece la mochila de Esther, pesa una tonelada —les explicó Edna a los Winslow.

—Parece que ha metido a uno de los chicos en su mochila. ¡Me pregunto cuál será! —exclamó Larch.

—Ya sabes lo que ha metido en su mochila, Wilbur. La pobre chica lleva demasiados libros y no le queda espacio para la ropa —dijo Angela.

—A ella no le importa la ropa —dijo Larch con cansancio. Por la vestimenta descuidada del médico, los Winslow pudieron entender que él era del mismo parecer.

—Vivimos en una ciudad estudiantil con una buena librería. Podemos proporcionarle a Esther cualquier libro que quiera, y Connie

es bibliotecaria —le recordó Thomas Winslow al doctor Larch.

—Esther quiere disponer de sus propios ejemplares de los libros en los que ha marcado los pasajes que relee para sí misma. Me sorprende que solo quiera un tatuaje —susurró Larch. Podían oír lo cerca que estaba Esther; su pesada respiración les llegaba desde el pasillo.

—Qué buena chica es —repitió Constance en voz muy baja.

—Estás en lo cierto, Connie —susurró Thomas.

Ahora oían a Esther resoplar mientras levantaba los libros y se esforzaba por colocarse las correas de la mochila sobre los hombros. Sin embargo, los Winslow no estaban preparados para la chica alta y de hombros anchos que vieron en la puerta del despacho del doctor Larch. A pesar de la franqueza del médico y de sus enfermeras, así como de su admirable atención al detalle, los Winslow habían subestimado a Esther Nacht. El pasaporte amarillento de la niña, y también el de su madre, había sido expedido por el Imperio austrohúngaro, pero el antiguo escudo de armas se había desvanecido; incluso el nombre de Francisco José parecía viejo y desgastado. En la consulta de Larch, había cinco personas esperando a Esther. Todos parecían viejos, cansados y pequeños en comparación con la joven decidida que se alzaba en la puerta.

Esther Nacht tenía catorce años, pero parecía tener veinticuatro. Por el modo en que se dirigió a los Winslow, mirándolos a los ojos, no cabía duda de su sinceridad.

—Siento haberles hecho esperar, pero todavía estoy aprendiendo a decir adiós. Quizás no haya una buena manera de hacerlo —les dijo Esther.

Los Winslow tendrían motivos para recordar esas palabras, pero Esther ya había entrado. Miró directamente al doctor Larch cuando le habló, con la misma franqueza.

—Sabes que daría mi brazo derecho por ti, lo sabes, ¿verdad? —le preguntó Esther al doctor Larch.

—¡Y tú sabes que debes intentar *conservar* tus brazos, *ambos* brazos, Esther! —le dijo Larch.

—Wilbur —fue todo lo que la enfermera Angela pudo articular. Acto seguido, empezó a llorar.

—Voy a ver a nuestro niño que moja la cama, tenemos un pobre niño que moja la cama cuando Esther lo emociona demasiado —les dijo la enfermera Edna a los Winslow.

Edna se alejó de Esther antes de hablar con ella.

—Si te doy un abrazo, Esther, nunca te soltaré. Lo sabes, ¿verdad? —dijo Edna.

—Lo sé —respondió Esther, mientras Edna salía de la oficina.

Esther volvió a mirar directamente a los Winslow y les dijo:

—El próximo tren suele llegar puntual. Deberíamos irnos.

Angela yacía boca abajo en la camilla, sollozando. El doctor Larch se había dado la vuelta para que no pudieran verle llorar.

—Los Winslow se llevan a la mejor —dijo Larch.

—Le damos las gracias por ella —repuso Thomas.

—Ya sabes dónde estoy, Esther, si tienes algún problema —dijo Larch.

—Ya me conoces. Me meto en problemas, pero yo misma salgo de ellos —le dijo Esther. Durante todo ese tiempo, sus ojos permanecieron fijos en los Winslow.

—Estamos listos cuando tú lo estés, Esther —le dijo Constance.

Thomas se abstuvo de decir «Estás en lo cierto». Los Winslow nunca se habían sentido menos preparados para nada.

El doctor Larch seguía sin mirar a nadie.

—Esther, si te encuentras con el jefe de estación, da gracias por ser la última vez que lo ves, pero intenta no matarlo —le dijo Larch.

—Ya me conoces, lo seguiré intentando —le respondió Esther. Ya se marchaba con los Winslow. Como Larch y sus enfermeras bien sabían, Esther no se daría la vuelta para mirarlos.

Fuera, en la oscuridad, la escarcha hacía resbaladizo el camino lleno de baches. Los Winslow no corrían peligro de caerse, no con Esther entre ellos, no con la forma en que la alta muchacha los sujetaba por los brazos. La fuerza con que los agarraba les dejaría moratones, pero los Winslow se sentían seguros en manos de Esther. Lo que preocupaba a los Winslow era mantener a Esther a salvo. Eran cultos, privilegiados y tenían buenas intenciones, pero los Winslow eran plenamente conscientes de lo que no sabían. Los Winslow no eran judíos. ¿Cómo iban a ayudar a una joven judía a encontrarse a sí misma?

Esther debía de saber que los Winslow estaban preocupados, tal vez incluso podía notar cómo temblaban entre sus fuertes manos.

—No tengan miedo —les dijo Esther a los Winslow, apretándoles los brazos con fuerza—. Sé cuál es mi trabajo. Voy a darle a Honor todo lo que tengo, esa chica va a recibir todo lo que yo pueda darle —les aseguró Esther.

—No dudamos de ti, querida, lo que tememos es no poder darte lo suficiente —le dijo Constance.

—¡Estás en lo cierto, Connie! —declaró Thomas—. Lo que nos da miedo, Esther, es no saber lo suficiente para ayudarte con el judaísmo —le dijo Thomas.

—Ese no es su cometido —les dijo Esther a los Winslow. Les apretó los brazos con cariño, pero con más fuerza—. Me darán una educación, me harán más inteligente. Aprender a ser judía es cosa mía —les aseguró Esther.

Entonces vio al jefe de estación de pie en el andén. La miraba con severidad a ella y a los Winslow. No miraba hacia la vía por donde

vendría el tren.

—Oh, genial, es ese tipo —dijo Esther en voz baja—. Me odia —les dijo a los Winslow.

—Es el hombre del día del Juicio Final, Connie —susurró Thomas.

—*Lo sé,* Tommy —dijo Constance, más alto de lo que pretendía.

—Le gustan los catálogos de venta por correo, los catálogos de ropa interior, los que anuncian sujetadores y fajas. Le gustan especialmente las mujeres que llevan sujetadores de lactancia —susurró Esther a los Winslow.

—¡Sujetadores de lactancia! —repitió Thomas en voz baja, pero ahora ya habían llegado al andén. El jefe de estación lo había oído.

—¿Se la llevan? ¿Se llevan a la *judía?*—preguntó el jefe de estación a los Winslow con desaprobación. Todos podían oír llegar el tren, pero nadie miró hacia la vía.

—Nos llevamos a la *mejor,* ella es la *mejor*—le dijo Constance al jefe de estación.

—La judía es la mejor —le dijo Thomas.

—«Sé cuidar de mí misma» —recitó Esther para sí, como si las palabras de Jane Eyre ya estuvieran tatuadas en su torso.

Entonces Esther y los Winslow subieron al tren, sin mirar atrás al jefe de estación, que permanecía inmóvil, de pie como un centinela en el andén. Tal vez el jefe de estación estuviera imaginando a esas mujeres con sujetadores de lactancia. Sin embargo, con su uniforme y sus brillantes insignias, parecía estar eternamente en desacuerdo.

Una vez a bordo, Esther encontró cuatro asientos juntos, uno para su mochila. Eran los únicos pasajeros que habían subido en St. Cloud's. Se sentaron en el lado opuesto al andén de la estación. No podían ver al jefe de estación, pero todos los pasajeros de su vagón podían oírlo.

—¡Es judía, se han llevado a la judía! —gritó desaprobador el jefe de estación mientras el tren se alejaba del andén.

Solo los Winslow miraron a Esther. El resto de los pasajeros centraron su atención en los Winslow. Cualquiera podía ver que la huérfana era una mujer joven, apenas una niña. Como todo el mundo sabe, los huérfanos no pueden elegir quiénes son ni de dónde vienen. Pero ¿quién elegiría adoptar a una chica judía? Así era como los demás pasajeros miraban a los Winslow.

Los gritos del jefe de estación se oían cada vez más lejos, pero no habían desaparecido del todo. Esther y los Winslow los oían claramente.

—¡Es judía, se han llevado a la judía!

—No tengan miedo, así son las cosas —les dijo Esther en voz baja a los Winslow, como si fueran niños—. El odio no suele mostrarse de manera tan evidente, pero el odio encubierto sigue siendo odio, ¿no? —les preguntó Esther.

Los Winslow asintieron. Se dieron cuenta de que Esther era adulta. Los Winslow sabían que iban a aprender mucho de ella.

La chica alta debía de estar cansada, con todos los libros que había metido en la mochila y todas las despedidas. Esther dormía tan profundamente que no se despertó en las paradas del camino. Se las arregló para dormir en dos asientos con sus largos brazos alrededor de su mochila. Mientras dormía, los Winslow oyeron a Esther recitar, como si se tratase de una oración, el pasaje que le gustaba de *Jane Eyre*. «Cuanto más sola, sin amigos y más desamparada me sienta», murmuró Esther, «más me respetaré a mí misma.»

—El tatuaje que quiere no quedará bien con un sujetador, Tommy —fue todo lo que dijo Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —le respondió Thomas.

Así fue como, antes de llevar a su huérfana más alta a casa, los Winslow supieron que no habría sujetador para Esther.

9

Una idea preconcebida

Quince años después, los Winslow seguían aprendiendo de Esther Nacht. Los Winslow seguían sintiéndose seguros, aunque tal vez un poco magullados, en manos de Esther. Honor tenía catorce años, casi quince, la misma edad que tenía Esther cuando la judía se unió a la familia Winslow.

Prudence, que solo tenía once años cuando conoció a Esther, ahora tenía veintiséis. Estaba terminando su posgrado en Química Orgánica y había solicitado plaza en la Facultad de Medicina. Un joven le había pedido matrimonio. Prudence le respondió que estaba demasiado ocupada para casarse, después de haberle preguntado a Esther cómo debía rechazarlo.

—Para empezar, dile tan solo que estás demasiado ocupada, pero si sigue proponiéndotelo, tendrás que herir sus sentimientos de un modo más profundo —le aconsejó Esther a Prudence.

Hope tenía trece años cuando Esther se mudó con los Winslow; era un año y medio más joven que Esther. Faith era solo unos meses mayor que Esther y durante la secundaria cursaron juntas en el mismo grado. Ahora Hope tenía veintiocho años y Faith treinta, estaban casadas y habían formado sus propias familias. Faith tenía un hijo de tres años y otro de uno, y Hope estaba embarazada.

—Si tuviera a Esther cerca, tendría muchos más hijos —les dijo Faith a todos.

—¡Yo también! —exclamó Hope. Esther había encontrado tiempo para cuidar a los pequeños de Faith, para que Faith y su marido pudieran disfrutar de alguna que otra noche libre. Esther se ofreció voluntaria para estar presente cuando Hope tuviera a su recién nacido.

Si Esther se hubiera quedado para cuidar de Honor, bromeaba Prudence, podría haberse casado con el chico que le pidió matrimonio y también haber ido a la Facultad de Medicina. Era la forma que tenía Prudence de decir que compartía la estima que sus hermanas mayores sentían por Esther. Incluso los habitantes de Pennacook sabían que Prudence nunca se habría casado con ese chico. Él estaba por debajo del nivel de los Winslow en cuanto a educación superior.

En 1934, James Winslow no había nacido. No se iría a estudiar al extranjero hasta casi treinta años después. Mucho antes de eso, Thomas y Constance Winslow se dieron cuenta de que su nieto Jimmy era ya una idea preconcebida. Pero en 1934, cuando Esther les dijo por primera vez a los Winslow que se iba a Viena, Honor Winslow y Esther parecían inusualmente dedicadas la una a la otra. Después de todo, Esther ya se había ido, y vuelto, con anterioridad.

—Esther y yo hemos hecho un pacto: ella volverá cuando sea el momento adecuado —le dijo Honor a su madre, con la determinación propia de Esther.

—Dios mío, un pacto —fue todo lo que Constance pudo decir. A los quince años, su cuarta hija era tan elocuente y segura de sí misma como lo era Esther a esa edad. Constance no podía evitar preguntarse qué estarían tramando esas almas gemelas. El vínculo entre Honor y Esther parecía inquebrantable.

Siempre que a los Winslow les preocupaba el obsesivo interés de Esther por el exilio de los judíos de la Tierra de Israel —Esther

estaba obsesionada con la diáspora judía—, buscaban consuelo en Daniel y Naomi Rosenthal. Los Rosenthal ya no eran tan jóvenes y, aunque habían decidido no tener hijos, durante los últimos quince años habían sido una familia judía sustituta para Esther. Para los chicos judíos que estudiaban en la academia, Daniel y Naomi Rosenthal habían sido siempre un hogar lejos de casa. La mayoría de los estudiantes judíos de Pennacook procedían de Nueva York, y algunos de Boston.

La sinagoga más cercana a Pennacook estaba en Portsmouth, habían instalado el Templo de Israel en la antigua iglesia metodista de la calle State. El Templo de Israel, una congregación judía conservadora, no era lo bastante tolerante para aquellos chicos judíos no practicantes procedentes de Boston y de Nueva York. Es posible que no hubiese sinagoga alguna lo bastante poco practicante para Esther Nacht, o para los Rosenthal.

En la zona de Puddle Dock, cerca de la costa, había un par de carnicerías *kosher,* una panadería y algunas tiendas de comestibles judías. A Esther le interesaba más la comida que la sinagoga. También a los judíos de la Academia Pennacook, incluidos los Rosenthal, les interesaba más la comida.

Esther quería aprender hebreo, aprenderlo de verdad, llegar a hablarlo con fluidez. Los Rosenthal sabían que la escuela hebrea del Templo de Israel no era la adecuada para Esther.

—Para Esther, ir a la escuela hebrea es una broma, es como una escuela dominical judía —les explicó Naomi Rosenthal a los Winslow.

—Esther aprenderá a hablar hebreo en Jerusalén —les dijo Daniel Rosenthal a Thomas y Constance. Fue entonces cuando los Winslow supieron que Esther acabaría yendo a la Tierra de Israel; primero a Viena y luego a Jerusalén. Fiel a su palabra, Esther reservó sus asuntos judíos dentro de los límites de su intimidad.

En cuanto a aprender alemán, Esther no tuvo que esperar hasta llegar a Viena. El francés no era el único idioma extranjero que se enseñaba en la escuela secundaria pública de Pennacook. Los chicos de la Academia Pennacook podían elegir entre estudiar francés, español o alemán. Isaac Drucker, el miembro más antiguo del Departamento de Alemán de Pennacook, era un judío vienés. Al igual que los padres de Esther, Isaac había emigrado de Austria con su esposa, Bluma, antes de la Primera Guerra Mundial. Tanto Bluma como Isaac habían sido profesores en Viena, pero no había mujeres en el cuerpo docente de Pennacook.

En el seno del campus de la academia, a los Drucker se los tenía por una pareja entrañable, querida tanto por los estudiantes como por el profesorado. A los chicos judíos les encantaba escuchar a Bluma lamentarse de su suerte:

—¡Una profesora abandonada en una isla de chicos adolescentes! —decía Bluma en inglés, alemán y yidis. Isaac se reía tanto como los chicos.

En cuanto pareja, los Rosenthal coincidían en que Naomi era la más dramática. Naomi le contó a Bluma la historia de Esther, una judía nacida en Viena que había crecido en un orfanato de Maine y ¡cuya madre fue asesinada por antisemitas en Portland! Eso mismo era lo que Esther contaba a todo el mundo sobre sí misma, su historia no necesitaba el dramatismo de Naomi. Los Rosenthal sabían que la historia de Esther resonaría en los Drucker. Para Bluma era un tema delicado que su único hijo no les hubiera dado nietos. Ella sería la encargada de enseñar alemán a Esther.

—¡Por fin tengo una alumna que no tiene pene! —se regocijó Bluma, solo en inglés; únicamente Isaac y Naomi estaban allí para oírla. Isaac consideró oportuno explicarle a Naomi que la palabra para pene era la misma en alemán. Naomi ya lo sabía, pero fingió

sorprenderse. Bluma se abstuvo de recitar un montón de vulgarismos yidis para referirse al pene; con toda probabilidad, Naomi los conocía todos.

Un cálido día en el que los Rosenthal fueron con Esther y los chicos judíos de la academia al Templo de Israel en Portsmouth, los Rosenthal permitieron a los adolescentes dar un paseo, siempre y cuando se mantuvieran juntos y regresaran a la sinagoga a la hora acordada.

Fueron a dar una vuelta por la calle Marcy, cerca del río. Los chicos judíos le estaban enseñando a Esther la etimología de las palabras para referirse a «pene», pero solo de las palabras con raíces yidis. Por supuesto, Esther conocía la palabra *schlong,* derivada de la palabra yidis *shlang,* que significa «manguera», «serpiente» o «pene».

—¡Qué asco! —dijo Esther. A lo lejos, vio a un marinero que se dirigía hacia ellos. El astillero naval de Portsmouth, llamado Astillero de la Marina de Portsmouth, estaba en la isla Seavey, en medio del río Piscataqua, entre Portsmouth y Kittery, en el límite sur de Maine. Tanto Kittery como la isla Seavey pertenecían a Maine, por lo que el Astillero de la Marina de Portsmouth se consideraba parte de Kittery. Esa extraña disposición geográfica no tenía sentido para los chicos judíos de Nueva York y de Boston.

—Debería llamarse Astillero de la Marina de Kittery —razonó uno de los chicos judíos.

—O bien la isla Seavey tendría que formar parte de New Hampshire —afirmó otro chico de Nueva York o de Boston.

—Habladme de otras palabras en yidis para referirse al pene —les instó Esther. No le importaba lo más mínimo aquella aburrida disputa sobre los límites.

—Están *shvantz* y *schmeckel*—dijo uno de los chicos, mientras el marinero se acercaba.

—*Shtickl* es uno pequeño —le explicó un chico a Esther.

—*Petzl* es uno sucio —le dijo otro chico.

—¡Qué asco! —exclamó Esther—. No me digáis que no hay ninguna palabra en yidis para referirse a los genitales femeninos, no me mintáis —les dijo Esther, cuando el marinero estaba lo bastante cerca como para que pudieran ver su camisa de manga corta y sus brazos tatuados.

—*¡Shmoonda* o *shmoochky!*—gritó uno de los chicos judíos.

—Nadie se meterá en mi *shmoonda* o mi *shmoochky* hasta que yo lo diga —les dijo Esther a los chicos judíos.

Con todos los chicos riéndose a su alrededor, se sintió segura y fue capaz de hablar con el marinero.

—Disculpa, ¿te has hecho esos tatuajes por aquí? —le preguntó Esther.

—Me los hice en Nueva York, no conozco ningún local de tatuajes en Kittery o Portsmouth —respondió el marinero. En un antebrazo tenía el águila de la Marina de Estados Unidos, agarrando un ancla con sus garras. En el otro antebrazo, un corazón sangrante atravesado por una daga; el nombre Alice goteaba sangre.

—¿Sigues viendo a Alice? —le preguntó Esther.

—De vez en cuando —respondió el marinero encogiéndose de hombros. En ese momento, los chicos judíos pudieron ver que el marinero solo tenía ojos para Esther.

—Nadie se meterá en mi *shmoonda* o mi *shmoochky* hasta que yo lo diga —le dijo Esther al marinero, solo para ver si podía decirlo correctamente.

El astillero más antiguo de la Marina de Estados Unidos, el de Portsmouth, existía desde 1800. Comenzaron a construir submarinos

en 1917 y seguirían construyéndolos durante años.

—¿Estás en un submarino? —le preguntó uno de los chicos judíos al marinero, solo para cambiar de tema y dejar de hablar de la *shmoonda,* o la *shmoochky,* de Esther.

—En la actualidad, no —le respondió el marinero, sin detenerse.

—No tengo prisa por hacerme el tatuaje, puedo esperar —les dijo Esther a los chicos judíos de regreso ya a la sinagoga. Lo que quería decir era que su judaísmo era lo primero: aprender alemán y hebreo, ir a Viena y a Jerusalén. La identidad judía de Esther tenía prioridad sobre su tatuaje de *Jane Eyre*.

A los Winslow les alivió saber que Esther estaba dispuesta a esperar para hacerse el tatuaje, a pesar de la veneración que sentía por *Jane Eyre*.

—Estás en lo cierto, Esther, ¡Jane sería la primera en entenderlo! —le dijo Thomas Winslow.

Las mujeres del pueblo habían estado malmetiendo a Constance Winslow sobre la idea de los judíos y los tatuajes. Era típico de esas mujeres ocultar sus pensamientos tras lo que parecía una pregunta inocente.

—¿Es cierto que los judíos no pueden ser enterrados en un cementerio judío si tienen tatuajes? —le preguntó una de las mujeres del pueblo a Constance. Por supuesto, Constance no tenía la menor idea y le daba miedo preguntárselo a Esther. «Al haberle sido negada una infancia judía, Esther deseará tener un entierro judío», pensaba Constance. «Esther no pudo comenzar su vida junto a otros judíos, sin duda querrá terminar su vida con su pueblo», pensó Thomas.

Como bien sabían los Rosenthal, los Winslow siempre estaban preocupados por Esther, por eso ellos siempre los tranquilizaban.

—No hay ninguna prohibición al respecto: Esther podrá ser enterrada en un cementerio judío aunque tenga tatuado todo el texto de *Jane Eyre*—les dijo Daniel Rosenthal a los Winslow.

—Hay un tabú sobre los tatuajes en las comunidades ortodoxas, pero ni siquiera ellos tienen problema alguno en enterrar a alguien que tenga tatuajes. Lo del entierro es un mito —les dijo Naomi a los Winslow. Como los Winslow acabarían descubriendo, había muchos mitos sobre los judíos. Los habitantes de Pennacook habían oído hablar de esos mitos; recordaban los que les sonaban más extraños.

Para cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la comunidad judía de Portsmouth había crecido. El nombre de la congregación se acortaría a Templo de Israel. Mucho antes de eso, Esther había dejado de ir a cualquier sinagoga, al igual que los Rosenthal, que eran tan poco practicantes como Esther. Una pareja de profesores más jóvenes acompañaba ahora a los estudiantes judíos de la academia a la sinagoga de Portsmouth.

La Biblioteca Pública de Pennacook, gracias a Constance Winslow, y la biblioteca de la Academia Pennacook, gracias a los Rosenthal y los Drucker, tenían libros sobre la diáspora judía y el nacimiento del sionismo moderno en Europa Central y Oriental a finales del siglo XIX. Gracias a los Drucker y los Rosenthal, Esther había oído hablar de una patria para el pueblo judío en Palestina, formada como reacción al creciente antisemitismo en Europa y a los pogromos contra los judíos durante el Imperio ruso. Gracias a Bluma e Isaac Drucker, Esther citaba *Der Judenstaat (El Estado judío),* de Theodor Herzl, en alemán y en inglés, a una edad extraordinariamente temprana.

En una época en la que muchos judíos estaban abandonando Europa, a los Winslow les asustaba la posibilidad de que Esther fuera allí.

—Esther siempre ha ido a contracorriente, Thomas —le recordó Daniel Rosenthal.

—Acuérdate de Wellesley, Tommy —dijo Constance.

—Estás en lo cierto, Connie —le respondió Thomas. Wellesley College era la *alma mater* de Constance. Faith, Hope y Prudence fueron chicas de Wellesley, como su madre.

Thomas Winslow era un chico de la Universidad de Boston: la Universidad de Boston fue su plan B al no poder entrar en Harvard, pero le había encantado. Las primeras *au pairs* de los Winslow, sus tres primeras huérfanas, como las llamaban los habitantes de Pennacook, fueron alumnas de la Universidad de Boston, tanto de grado como de posgrado. Pero Esther era una estudiante tan excepcional que Constance la animó a probar en Wellesley. No se le podía reprochar a Constance que dramatizara cuando escribió a su *alma mater* para recomendar a Esther Nacht. Constance citó a Naomi, que simplemente había repetido, de forma exclamativa, lo que Esther contaba con indiferencia a todo el mundo sobre sí misma. La parte en la que decía que era «una judía nacida en Viena que creció en un orfanato de Maine, ¡cuya madre fue asesinada por antisemitas en Portland!».

Esther no solo entró en Wellesley, sino que también llamó la atención de la Sociedad de Ayuda a los Estudiantes de Wellesley.

—Te lo mereces, Connie. ¡Bien hecho, Esther! —las felicitó Thomas.

Además, en Wellesley había chicas judías, y no solo de Boston y de Nueva York. Durante los ocasionales fines de semana largos o las vacaciones más cortas de la universidad, Esther llevaba a algunas de sus nuevas amigas judías a Pennacook para que conocieran a los Winslow. Thomas y Constance adoraban a esas chicas inteligentes, sobre todo por la atención que le prestaban a Honor. Durante años,

después del tiempo que Esther pasó en Wellesley, los Winslow recordarían los nombres de esas chicas judías. Esther parecía feliz en Wellesley.

Faith Winslow era estudiante de primer año en el Wellesley College cuando Esther inició sus estudios allí.

—Nadie se lo pasó tan bien en su primer año —diría Faith más tarde sobre Esther.

Esther ya había decidido qué carrera estudiaría: Zoología y Fisiología. Esther también se dedicó a mejorar su alemán. Y le atrajo un curso llamado Historia, Literatura e Interpretación de la Biblia.

—No sé si me gusta cómo suena eso, Connie —dijo Thomas Winslow.

—No lo sabes todo, Tommy —le respondió Constance.

Para el que tenía que ser su segundo año de universidad, Esther se cambió a la Universidad de Boston. Citó el lema del Wellesley College como fuente de inspiración: *Non Ministrari sed Ministrare,* «No para ser servida, sino para servir».

—Me lo estoy pasando demasiado bien. No quiero ir a la universidad a divertirme —dijo Esther. Había decidido que iba a ser enfermera.

Tras esa noticia, que sonaba pragmática, y decepcionante, los Winslow se vieron desbordados al intentar seguir el complicado camino de la extensa formación de Esther para convertirse en enfermera. Finalmente, obtuvo una licenciatura en Ciencias por la Universidad de Boston y recibió formación adicional en la escuela de enfermería del Hospital para Mujeres y Niños de Nueva Inglaterra.

Lo que los Winslow entendieron de todo ese proceso fue que Esther tenía una licenciatura en Enfermería, «un grado en Enfermería o su equivalente», como decía Esther. Lo que a los Winslow les costaba comprender era para qué había hecho Esther

todo eso. Al parecer, Esther necesitaba una licenciatura en Enfermería de un programa acreditado, o su equivalente, para poder ingresar en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército de Estados Unidos.

—¡Se va a alistar en el *ejército,* Tommy! —exclamó Constance.

—¡Así se hace, Esther! —gritó Thomas Winslow.

Hay que compadecerse de los Drucker, que tuvieron que explicarles a los Winslow la diáspora judía, es decir, la dispersión de los israelitas o judíos fuera de su patria ancestral, la Tierra de Israel, y su reasentamiento en otras partes del mundo. Pobres Winslow, el exilio de los judíos no era lo más importante en la conciencia de Thomas y Constance Winslow. Isaac Drucker se saltó varios siglos y decidió comenzar con la creciente migración y reasentamiento en la Edad Media, que dividió a los judíos en dos grupos geográficos: los askenazíes del norte y el este de Europa, y los sefardíes de España, Portugal, el norte de África y Oriente Medio.

—Tanto los askenazíes como los sefardíes sufrieron muchas de las mismas expulsiones, persecuciones y masacres —quiso Bluma Drucker que supieran los Winslow—. Isaac ha omitido la diáspora prerromana. A los judíos siempre nos derrotaban o derrocaban, y luego nos vendían como esclavos —prosiguió Bluma.

Isaac, por su parte, se saltó la primera guerra judeo-romana, que terminó con el asedio de Jerusalén y la quema del Templo. Ignoró también todo lo relacionado con Bizancio, el islam y las cruzadas. A pesar de las atrocidades que Isaac omitió, los Winslow se estaban haciendo una idea bastante clara de la situación. Bluma entendía por qué su marido se apresuraba a contar la historia. Los Winslow estaban preocupados por Esther. Isaac Drucker era un profesor con un propósito. Isaac estaba llevando a los Winslow a la «negación de la diáspora» sionista, porque Isaac sabía y entendía por qué Esther tenía la firme intención de ir allí.

Esther tenía la edad y la disposición para recuperar el tiempo perdido. Quería ser la mejor judía que estuviera en su mano ser. Para Esther eso significaba estar más comprometida con el judaísmo. Las diferentes oleadas del sionismo daban a entender que el sionismo estaba en constante cambio, o al menos eso es lo que los Drucker querían que los Winslow supieran.

—Bluma y yo somos viejos, Tommy —le dijo Isaac a Thomas Winslow—. Esther es joven y, por naturaleza, rebelde. Por supuesto que Esther acabará dedicándose a una de las premisas fundamentales del sionismo, la que Bluma podría definir como la presunción más radical y didáctica del sionismo —añadió Isaac. De hecho, eso fue lo que dijo Bluma.

A los Winslow les alarmó que Esther quisiera formar parte de la inmigración judía a Palestina. Esther creía que los judíos nunca se librarían de la discriminación y la persecución en el exilio, ni en Europa ni en Estados Unidos.

—¡Mirad lo que le pasó a Esther en Maine! ¿Encontró la madre de Esther tolerancia y asimilación en Portland? —preguntó Isaac a los Winslow.

—Esther no quiere ser perseguida ni asimilada, Connie —le dijo Bluma a Constance.

A los Winslow les alarmó todavía más que Daniel y Naomi Rosenthal fueran mucho más cautelosos con el sionismo que los Drucker. La ascendencia de la mayoría de los judíos estadounidenses se remontaba a los judíos askenazíes, los que comenzaron a emigrar a Estados Unidos en el siglo XIX. Como Daniel y Naomi les dijeron a los Winslow, los judíos estadounidenses eran los más asimilados; había muchos matrimonios mixtos entre judíos y no judíos.

—Muchos judíos estadounidenses no se consideran *exiliados,* Tommy. Naomi y yo ya no nos consideramos parte de la diáspora

judía —le dijo Daniel Rosenthal a Thomas Winslow.

—Esther se ve a sí misma haciendo *aliyá,* cree que emigrar a la Tierra de Israel es la única solución para ella —les dijo Naomi a los Winslow, quienes, por supuesto, no tenían ni idea de lo que era «hacer *aliyá*».

En cuanto principio básico del sionismo, hacer *aliyá* es «el acto de subir», del hebreo *aliyah,* que significa «ascenso». Como los Rosenthal se esforzaban por explicar a los Winslow, *aliyá* es lo contrario de la palabra hebrea *yerida,* que significa «descenso», es decir, la emigración de los judíos de la Tierra de Israel.

Por muy conscientes que los Winslow creyeran ser en materia política, no sabían con qué dureza Estados Unidos había restringido la inmigración en 1921, a pesar de la persecución de los judíos en Europa. Los Winslow apenas sabían que Palestina estaba bajo administración británica. Los Winslow desconocían por completo la Quinta Aliyá, la quinta ola de inmigración judía a Palestina que dio comienzo en 1929. El ascenso al poder de Hitler en la Alemania nazi provocaría una migración masiva entre 1933 y 1939, en esos años, hasta cincuenta y cinco mil judíos de Europa Central emigraron al Mandato Británico de Palestina. Sin Esther, es decir, sin los Drucker ni los Rosenthal, ¿qué habrían sabido los Winslow sobre los disturbios árabes allí o sobre el Libro Blanco británico, que redujo drásticamente la inmigración judía?

Los Winslow estaban desbordados tratando de comprender los términos del compromiso de Esther con el Ejército de Estados Unidos. Ni los Drucker ni los Rosenthal podían ayudar a los Winslow a comprender cómo Esther «aplazó» su servicio activo en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército de Estados Unidos, «a la espera de otros planes de compromiso», como Esther lo expresó vagamente.

Después de todo, ¿qué sabían o qué les importaba a los Drucker o a los Rosenthal el ejército o el servicio de una enfermera militar?

Lo que los Winslow fueron comprendiendo poco a poco era que los Drucker sentían más empatía por la inclinación de Esther hacia el sionismo que los Rosenthal. Isaac y Bluma eran judíos nacidos en Viena. Los Rosenthal habían nacido en Nueva York, sus padres habían emigrado de Europa, pero los Rosenthal estaban más asimilados que los Drucker. Isaac y Bluma sabían que vivían en el privilegiado aislamiento de un colegio privado solo para chicos, una torre de marfil académica, donde eran aceptados y se sentían seguros por el hecho de ser judíos. Sin embargo, eran conscientes de que los judíos de Viena no estaban seguros.

Lo que los Winslow no sabían, y lo que ni siquiera los Rosenthal sabían, era que Isaac y Bluma Drucker ya habían puesto a Esther en contacto con algunos antiguos socialdemócratas, ahora miembros de la Resistencia austriaca en Viena. Cuando Esther se lo contó a los Rosenthal, los Winslow se alarmaron aún más al ver que los Rosenthal estaban alarmados.

—No se puede culpar a Esther por hacer que las cosas sucedan —les dijo Isaac a los Winslow.

—Isaac desearía que hiciéramos que sucedieran más cosas —fue todo lo que Bluma les dijo a los Winslow y a los Rosenthal.

Tanto los Winslow como los Rosenthal pensaban que la Resistencia austriaca parecía peligrosa. Y, a esas alturas, todos sabían que el peligro no disuadía a Esther Nacht.

Pero ¿no habían estado los Drucker, ya entrados en años, demasiado tiempo lejos de Viena? ¿Qué edad tenían sus viejos amigos de allí, los socialdemócratas, que ahora se rumoreaba que formaban parte de la Resistencia austriaca? En 1934, cuando Esther se dirigió a Viena, los fascistas se habían hecho con el control de la

ciudad y habían declarado ilegal el Partido Socialdemócrata. Muchos líderes socialistas habían abandonado Austria para irse a Checoslovaquia. Según Isaac y Bluma Drucker, muchos de sus amigos judíos de Viena también se habían exiliado en Checoslovaquia.

—Es posible conseguir un nuevo pasaporte en Brno —dijo Isaac.

—Bernard y Joanna Morgenstern cuidarán de Esther, ellos no han abandonado Viena —les dijo Bluma a los Winslow y a los Rosenthal.

—Todavía no —añadió Isaac, cosa que a los Winslow les sonó siniestro.

Los Rosenthal sabían lo que pensaban los Winslow. Para Thomas y Constance, con sus elevados estándares literarios, toda esa intriga sonaba como una novela de espionaje, un *thriller* de mal gusto. Trenes que iban y venían entre Brno y Viena, judíos austriacos y socialistas exiliados en Checoslovaquia, pasaportes falsos y clandestinos cruces de fronteras.

Los Winslow podían entender por qué Esther quería aprender alemán y estar en Viena, su lugar de nacimiento, en el país del que habían emigrado sus padres, pero ¿por qué necesitaba involucrarse con viejos socialistas de la Resistencia austriaca? Aquí era donde importaba de verdad el compromiso de Esther con «hacer *aliyá*». La adhesión de Esther al sionismo fue recibida con mucha más empatía por parte de los Drucker que de los Rosenthal.

Viena era un lugar de partida necesario para Esther, cuya meta era la Tierra de Israel, que ella entendía como el hogar legítimo de los judíos. Más judíos, de hecho, abandonarían, tendrían que abandonar, Europa, no solo Austria. El fascismo estaba en auge en el continente, no solo en Austria, o al menos eso les dijeron los Drucker a los Winslow y a los Rosenthal.

Honor parecía saber más sobre los asuntos judíos de Esther que el resto de los Winslow. Fue Honor quien les contó a sus padres que Esther había aplazado su servicio activo en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército de Estados Unidos. En realidad, Esther había rechazado alistarse en el ejército. Como Honor les dijo a Thomas y Constance, en lugar de alistarse en el Cuerpo de Enfermeras del Ejército de Estados Unidos, Esther había decidido emigrar a su patria judía en Palestina.

—Parece que Esther se va a mudar a Palestina de forma *permanente*—le dijo Thomas Winslow a su hija.

—Creía que Esther y tú teníais un pacto. Dijiste que ella volvería cuando fuera el momento adecuado —le dijo Constance a Honor.

—Volverá solo una vez. Esther va a tener un hijo para mí —les dijo Honor a sus padres—. Esther volverá cuando esté embarazada, pero el bebé será mío, solo mío. Ese es nuestro pacto —dijo Honor.

Fue entonces cuando Thomas y Constance Winslow entendieron que su nieto Jimmy, que todavía no había sido concebido, y mucho menos había nacido, ya era una idea preconcebida.

10

La idea de las dos madres

Los habitantes de Pennacook contaban con que Honor fuera la oveja negra de la familia Winslow. Al fin y al cabo, se decía que era una hija no deseada, fruto de un arrebato pasional, y además era mucho más joven que sus tres hermanas. Las mujeres del pueblo esperaban que Honor provocara una ruptura entre las chicas Winslow. ¿Le faltaba algo a Honor, sentía un vacío en su interior?

¿Cuándo se ha oído hablar de cuatro hijas que se amen y se apoyen incondicionalmente?, se preguntaban las mujeres del pueblo.

A Thomas y Constance Winslow no les sorprendió que Faith, Hope y Prudence estuvieran al corriente del pacto entre Honor y Esther. Las tres hermanas mayores estaban a favor del plan que habían urdido juntas. Como era la mayor, Faith habló primero, se lo explicó a sus padres de la forma más clara posible.

—Honor quiere tener un bebé, sabe que quiere criar a un hijo, pero no quiere que un pene entre en su vagina.

Para no quedarse atrás, Hope se centró en el tema del parto.

—Honor quiere ser madre, pero no quiere que algo del tamaño de la cabeza de un bebé salga a presión por su vagina —explicó Hope.

Prudence esperó su turno. Sin duda había tenido tiempo de ordenar pensamientos sobre los inusuales términos de la aventura de su hermana menor con la maternidad.

—Todas sabemos que Honor será una madre maravillosa y, por supuesto, la ayudaremos. Habida cuenta de lo que Esther se ha ofrecido a hacer, no hay razón alguna para que la vagina de Honor se vea involucrada. Nadie entra, nadie sale —así lo expresó Prudence.

—¡Vaya! —exclamó Constance.

Thomas Winslow no dijo ni una palabra. A pesar de ser padre de cuatro hijas, no tenía ni idea de cómo funcionaba la vagina. En las novelas del siglo XIX, los asuntos vaginales no salían a la luz. «El hijo de Honor tendrá dos madres», eso fue todo lo que pensó Thomas.

Los Winslow mayores tampoco estaban preparados para lo que ese plan implicaría con respecto a la educación secundaria de Honor. Con Esther en Viena, Constance había considerado enviar a Honor a la Academia Abbot, la *alma mater* de Constance. La escuela preparatoria para chicas resultaría todo un desafío para una buena estudiante como Honor, en un momento en el que podría echar de menos a Esther. Abbot ofrecía un riguroso programa de preparación para la universidad: inglés, idiomas extranjeros, matemáticas, ciencias, historia y estudio de la Biblia.

—Honor no debería perder el tiempo con el estudio de la Biblia, Connie —se quejó Thomas.

Constance se abstuvo de hacer comentarios, aunque el recuerdo de los principios rectores de Abbot seguía presente en su memoria. Escritas en 1829, más de un siglo antes, estas palabras atormentaban a Constance: «Regular los temperamentos, mejorar el gusto, disciplinar y ampliar las mentes y formar la moral de la juventud». «¡Ay, Dios mío!», pensaba Constance Winslow. «¿Qué pensarían los que redactaron los principios Abbot sobre la idea de las dos madres?»

La Gran Depresión de la década de 1930 fue una época difícil para una escuela privada exclusivamente para chicas. En el curso académico 1933-1934, solo había setenta y una internas en Abbot, frente a las ciento treinta y cinco de 1929-1930. Constance había pensado en echar una mano a su *alma mater,* que atravesaba dificultades, y enviar a Honor allí. Pero que Honor fuera a Abbot no iba a funcionar. Al final, la idea de las dos madres prevaleció sobre las ambiciones de los padres Winslow para la educación de Honor, así que se matriculó en la escuela secundaria pública de Pennacook. Sin embargo, como Honor era una estudiante tan sobresaliente tomó todos los cursos avanzados y aumentó su carga lectiva en un tercio. Se graduó un año y medio antes de lo previsto, con matrícula de honor, las mejores notas y el máximo respeto de sus compañeros.

—¡Y sin estudiar la Biblia, Connie! —exclamó Thomas con júbilo.

Sus preocupaciones se centraban en lo que pasaría con la educación superior de Honor. Tenía grandes sueños para su cuarta hija. Honor era la mejor lectora de ficción de entre sus hijas. Cuando tenía trece y catorce años, Honor ya leía, y le encantaban, las novelas del siglo XIX que le gustaban a su papá. Thomas había imaginado que se especializaría en literatura en un programa de humanidades en alguna universidad. Era una pena para la Academia Abbot, pero a Thomas le parecía bien que Honor decidiera acelerar sus estudios secundarios; no se había parado a pensar por qué tenía tanta prisa.

Esther tenía su propio calendario, sabía cuándo quería quedarse embarazada y tener el bebé. Los planes de Esther le ofrecían mucho tiempo para quedarse embarazada, pero Honor dispondría de poco tiempo para completar su educación superior.

—Esther está pensando en la edad que tendrá cuando nazca el bebé —les dijo Faith a sus padres.

—Si Esther espera hasta 1942, tendrá treinta y siete años. Yo no querría tener un bebé a esa edad —dijo Hope.

—¡Treinta y siete son casi *cuarenta!*—declaró Prudence.

—Treinta y seis suena mejor, como si acabaras de pasar de los treinta y cinco. Esther dice que su bebé nacerá en 1941 —les explicó Faith a sus padres.

—A principios de 1941, cuanto antes, mejor —añadió Hope.

—Por eso Honor tiene tanta prisa: quiere terminar la escuela de enfermería antes de tener un hijo —les dijo Prudence a los padres Winslow, que no se habían enterado de lo de la escuela de enfermería.

Dada la adoración que Honor sentía por Esther, a Thomas y a Constance les preocupaba que Honor intentara imitarla; era natural que Honor quisiera seguir los pasos de Esther. Por supuesto, Honor deseaba ser judía, pero Esther no dudó en cortar de raíz ese sueño.

—Mi trabajo es cuidar de Honor, protegerla —les dijo Esther a Thomas y a Constance Winslow—. No se puede proteger a nadie que sea judío, bien que lo sé. —Ni siquiera los Drucker o los Rosenthal conocían los argumentos que Esther había usado con Honor, pero ya no pidió más ser judía.

Fue idea de Esther que Honor acudiera a la escuela de enfermería del Hospital para Mujeres y Niños de Nueva Inglaterra, un hospital universitario donde las mujeres podían estudiar y hacer prácticas, y donde solo había doctoras a tiempo completo en la plantilla; los pacientes eran exclusivamente mujeres y niños. Lo que Esther llamaba un «hospital solo para mujeres» fue el primer hospital del país en tener una escuela de enfermería.

Que Esther hiciese hincapié en el hecho de que fuera «solo para mujeres» hizo que Constance se preguntase si a Honor «le gustaban» las mujeres.

—No en el sentido que tú piensas, mamá. A Honor no le gustan ni los hombres ni las mujeres. Es asexual —dijo Faith.

Con la intención de centrar el debate en lo que Honor estudiaría, Hope mencionó obstetricia, pediatría y ginecología, en ese orden. En resumidas cuentas, Hope vino a decirles a sus padres que Honor estaba interesada en la enfermería obstétrica y que esperaba poder trabajar con obstetras y parteras.

—En cuanto a la parte de pediatría —prosiguió Hope apresuradamente—, Honor estudiará el desarrollo prenatal y supongo que habrá otras cosas, como la atención primaria pediátrica.

Thomas Winslow se sintió aliviado de que Hope no entrase en detalles sobre la parte ginecológica del programa de enfermería. Estaba decidido a cambiar de tema, pero debería haber sabido que Prudence también querría opinar. Es probable que el hecho de que su madre hubiera preguntado si a Honor le gustaban las mujeres molestase a Prudence.

—Honor está estudiando ginecología, mamá. ¡A Honor no le atrae la vagina ni el pene de nadie! —fue como lo expresó Prudence.

—Lo entiendo, ¡no era más que una *pregunta!*—exclamó Constance.

—Quiero saber qué piensan las dos madres sobre el padre —intervino Thomas Winslow—. ¿Qué cualidades van a tener en cuenta para el padre del bebé de Esther, el futuro padre del hijo de Honor? —preguntó Thomas.

Las tres hijas mayores de los Winslow no se miraron entre sí; agacharon la cabeza. Constance también había bajado la cabeza. Faith habló primero.

—Debería ser bajito, papá —fue todo lo que dijo.

—Desde luego, no debería ser tan alto como Esther, ¡ella es demasiado alta para ser una Winslow! —exclamó Hope.

—Lo ideal, para compensar la altura de Esther, sería que fuera un hombre bajito —añadió Prudence. Ella era la única hija de los Winslow que iba a estudiar Medicina. Prudence sabía muy bien que era posible dar por supuesto que la altura pudiese controlarse genéticamente.

—Los Winslow somos más bien bajitos, Tommy, no queremos que el hijo de Honor se sienta como un gigante en nuestra familia —le dijo Constance. Alzó la cabeza y miró con ternura a su marido, el muñequito.

—¡Estaba pensando en otros atributos, en cualidades más paternales que su estatura! —exclamó Thomas Winslow. Su familia sabía que a él no le preocupaba su baja estatura. Lo que realmente le importaba a Thomas era si el hijo de Honor se parecería a un Winslow.

—A Esther le gustan los hombres, pero tienen que respetarla, no tolerará a un tipo que la maltrate —dijo Faith.

—El futuro padre tendrá que ser tan aplicado como Esther, tendrá que ser muy trabajador —señaló Hope.

Con el ánimo de compensar una de las características de Esther, Prudence sugirió que el padre del hijo de Honor no fuera impaciente.

—Todos sabemos que Esther está intentando recuperar el tiempo perdido, pero tal vez sea mejor que el padre de su bebé sea un tipo cauteloso, de los que no tienen prisa, que sepa tomarse su tiempo —dijo Prudence tímidamente.

A Thomas Winslow le vino a la mente sin previo aviso la imagen de un estudiante perseverante pero poco inspirado, un trabajador tenaz pero con dificultades. Había tenido muchos estudiantes de ese

tipo, diligentes pero rezagados. Thomas los admiraba, pero también sentía lástima por ellos.

—Ya lo entiendo: ¡las dos madres buscan a un chico bajito que sea un trabajador incansable! —declaró Thomas.

—¡Por Dios, Tommy! —exclamó Constance.

Todos pudieron oír a Honor riéndose en la habitación de al lado; no sabían que estaba allí, escuchándolos. Cuando Honor se unió a ellos, se sintieron aliviados al ver lo tranquila y segura que estaba, y lo bien que hablaba para ser una adolescente.

—Esther pretende compensar su impulsividad, por eso busca a un hombre bajito que sea reflexivo —les dijo Honor. Incluso la hija menor de los Winslow sabía que un hombre bajito y reflexivo tocaría la fibra sensible de su madre y de su padre. Si a Honor le faltaba algo, no era corazón, precisamente.

—También tendría que ser justo, Honor —le dijo Thomas.

—Justo por encima de cualquier otra cosa, papá —le respondió Honor.

Seguramente, lo que más odiaban de los Winslow los habitantes de Pennacook era su unanimidad, que estuviesen de acuerdo a la hora de elegir nombre para el hijo de Honor. Si Esther tenía una niña, el bebé se llamaría Esther. Los Winslow eran lo bastante inteligentes como para saber que no podrían ocultar la idea de las dos madres a los habitantes de Pennacook; las mujeres del pueblo serían las primeras en enterarse, o al menos eso creerían.

Eso provocó que Thomas Winslow lanzase una diatriba digna del doctor Larch. Aunque Honor se fuera un año a Palestina y volviera a Pennacook con su hijo en brazos, las terribles mujeres del pueblo llegarían a saber, de una manera u otra, de quién era el bebé. Cuando Esther estuviera embarazada, cuando se le notara realmente, lo más adecuado sería que se mostrara ante todo el

pueblo, lo más adecuado sería que diera a luz a su bebé en el hospital de Pennacook.

—Vamos a decir la verdad, no tenemos nada que ocultar. Le diremos a la gente de Pennacook de quién es el bebé y de quién va a ser hijo —le dijo Thomas Winslow a su familia.

Los Winslow incluso se ponían de acuerdo con respecto a la gente del pueblo. Sabían que lo que comentaban de uno jamás te lo dirían a la cara; sabían que su antisemitismo no siempre era del tipo silencioso, a pesar de que nunca hablarían del judaísmo de Esther con Esther ni con los Winslow.

¿Y si Esther daba a luz un niño? A Thomas Winslow le gustaba el nombre James. A todas las mujeres Winslow les encantaba el apelativo *Jimmy*. Los Winslow volvieron a ponerse de acuerdo. Si se trataba de un niño sería tanto Jimmy como James. Entonces, ¿qué era lo que preocupaba a los Winslow? Incluso los habitantes de Pennacook eran conscientes de que a los Winslow les preocupaba algo. Y, por otra parte, ¿adónde había ido la judía?, se preguntaban los habitantes del pueblo. La judía no se había quedado tanto tiempo como las huérfanas anteriores, pensaban las mujeres del pueblo. Ni siquiera los Winslow sabían que Esther se dedicaría a cuidar de Honor toda su vida, o que, en la mente de Esther, cuidar de Honor incluía cuidar del hijo de Honor.

Fue Honor quien expresó la inquietante pregunta que preocupaba a los Winslow.

—¿A qué edad creéis que deberíamos contarle toda la historia a mi hijo? —preguntó Honor.

Todos asintieron, reconociendo la pertinencia de la pregunta. Todos los Winslow conocían la respuesta, y Honor también. Deberíamos contárselo a tu hijo antes de que algún niño del colegio le cuente toda la historia, quiso decir Faith, aunque no dijo nada.

«¡La historia de la madre biológica debería escucharla de nosotros, junto con todo lo que sabemos sobre el padre!», pensó Hope, pero se esforzó por no decirlo. «¡Se lo contaremos a tu hijo antes de que alguna de las mujeres del pueblo diga algo al respecto!», se contuvo Prudence para no gritar.

—Tu hijo lo sabrá todo primero de nosotros, de todos nosotros, Honor —le aseguró Constance a su hija.

—¡Estás en lo cierto, Connie, de todos nosotros! —exclamó Thomas.

Dada la situación de Esther y hacia dónde se dirigía, no cabía duda de que el padre del bebé sería judío. Todos los Winslow sabían que llegaría el día en que el hijo de Honor se preguntaría si debía ser judío. Esther ya le había dicho a Honor qué tenía que decirle a su hijo. «Por tu bien y por el mío, no deberías ser judío, pero más te vale defender a los judíos», le diría Honor Winslow a su hijo. De eso estaban seguros los Winslow: el bebé de Esther defendería a los judíos.

Los Drucker querían que los Winslow supieran que habría más cosas de las que preocuparse. Tal y como estaban transcurriendo los acontecimientos en Europa y en la Palestina bajo el mandato británico, el plan de Esther podría estar en peligro. Ni los Drucker ni los Rosenthal tenían presente el plan de Esther de quedarse embarazada. Lo que les preocupaba era el plan de viaje de Esther.

No dudaban de que Esther conseguiría salir de Austria y llegar al puerto de Haifa o Jaffa. En esa época, muchos judíos se marchaban de Europa y se dirigían a Palestina. Pero ¿cómo imaginaba Esther que iba a llegar desde uno de esos lejanos puertos mediterráneos a Estados Unidos? ¿Acaso no tendría que hacer escala en uno o dos puertos de Europa antes de cruzar el Atlántico? Incluso si Esther llegaba hasta Londres y, desde allí, encontraba la manera de llegar a

Estados Unidos, ¿de cuánto estaría embarazada al llegar a Pennacook? No le convenía que el embarazo estuviese demasiado avanzado, no si iba a realizar un viaje tan largo.

Si Esther se quedaba embarazada a finales de junio o principios de julio de 1940, si zarpaba de Haifa o Jaffa a finales de ese verano, o en el otoño de 1940, sin duda se le notaría mucho al llegar a Pennacook por Navidad. Según ese calendario, el bebé de Esther nacería en marzo de 1941. Aun suponiendo que todo saliese según lo previsto, ¿cómo volvería Esther al Mandato Británico de Palestina en la primavera de 1941?

—Esther tendrá que hacerse indispensable para el Yishuv, aunque eso signifique ponerse al servicio de los británicos —les dijo Isaac Drucker a los Winslow.

Yishuv significa «asentamiento» en hebreo, les explicó Bluma, pero Isaac lo decía en el sentido sionista. El Yishuv era la población judía en la Palestina bajo el mandato británico, la comunidad de judíos que habían emigrado a la Tierra de Israel.

A esas alturas, nadie les explicó a los Winslow cómo Esther podría hacerse indispensable para la población judía en Palestina. En cuanto a la parte en la que Esther se hacía útil para los británicos, Constance sabía lo que su Tommy pensaba de ellos. En cuanto yanqui acérrimo, Thomas Winslow desconfiaba más de los británicos que de la gente de Maine.

Al pensar en Maine, Thomas recordó la correspondencia que había mantenido de manera ininterrumpida, aunque sí intermitente, con el doctor Larch, y en cómo este le había dicho que a Esther le motivaba especialmente el hecho de «ser útil». En realidad, en Viena estaba siendo útil para Bernard y Joanna Morgenstern.

Esos dos socialdemócratas proscritos se dedicaban a ayudar a otros judíos y socialistas austriacos exiliados en Checoslovaquia.

Escribieron a los Drucker para expresarles lo mucho que estimaban a Esther, que era una mensajera dispuesta y astuta, tanto de mensajes verbales como de documentos. Con su pasaporte estadounidense, Esther podía llevar a cabo sus servicios fingiendo ser una turista. La pregunta era por cuánto tiempo podría hacerlo. En el pasaporte de Esther constaba que había nacido en Viena. En el paso fronterizo entre Brno y Viena, los guardias se darían cuenta algún día de que la habían visto pasar por allí una y otra vez. Tenían que saber que Nacht era un apellido judío askenazí.

A su regreso de Brno, Esther se aseguró de que no la siguieran desde la estación de tren. Sabía que no debía conducir a nadie hasta los Morgenstern.

—Sabrás cuándo te siguen —le aseguró Joanna Morgenstern a Esther.

—Ese será el día en que te irás a Haifa o Jaffa —le dijo Bernard Morgenstern. Pero incluso por delante de la posibilidad de que la siguieran desde la estación de tren de Viena, Esther tenía una razón más apremiante para salir de Austria.

—Esther ha conocido a alguien que está en problemas. Se llama Moshe Kleinberg —les dijo Honor a sus hermanas y a sus padres.

Moshe es el nombre hebreo de Moisés, explicó Honor, y *Kleinberg,* en alemán significa «pequeña montaña».

—Cuando Esther me escribe, lo llama Moisés Pequeña Montaña, solo por diversión —explicó Honor.

—Pero no tiene ninguna gracia que el señor Pequeña Montaña tenga problemas, ¿no es cierto? —le preguntó Thomas Winslow a su cuarta y más joven hija.

—¿Quieres decir que Esther ha conocido a alguien de forma romántica? —fue Faith la primera en preguntarle a Honor.

—¿Pequeña Montaña tiene potencial para ser padre? —fue la forma en que Hope formuló la misma pregunta.

—¡Con ese nombre, Pequeña Montaña, seguro que es lo bastante pequeño! —exclamó Prudence.

—Chicas, chicas, ¡dejad que Honor cuente la historia a su manera! —exclamó Constance. Al igual que Esther, Honor podía mantener sus asuntos de ser madre en secreto.

—Lo único que me importa son los problemas —les dijo Thomas.

Nacido en Viena en 1906, Moshe Kleinberg era un año menor que Esther. Cuando tenía dieciséis años, su madre murió y su padre conoció a una mujer en Múnich. Moshe quería mudarse con su tía Reva, la hermana de su madre, pero su padre le obligó a mudarse a Múnich. «Ese chico debería haberse mudado conmigo, ¡él quería y yo le quería!», les dijo a los Morgenstern Reva, que nunca se casaría. Esther conoció a Reva en casa de los Morgenstern. Antes de conocer a Moisés Pequeña Montaña, Esther ya había oído hablar mucho de él.

A los diecisiete años, Moshe se unió a un club deportivo de Múnich que formaba parte de una asociación deportiva alemana. Desde pequeño, el hecho de que la lucha libre tuviera diferentes categorías según el peso le había resultado atrayente. Esther no tenía claro si le importaba o no el hecho de que Moshe hubiese elegido la lucha grecorromana en lugar de la lucha libre. No le importaba saber cuál era la categoría de Moshe según su peso real. Esther hablaba con fluidez alemán, pero nunca daría el salto de las libras a los kilogramos. Ni sabía ni le importaba si Moshe pesaba sesenta o sesenta y dos kilogramos. No se preocupaba por los kilogramos.

«Moshe pesa unos cincuenta y un kilos. Yo peso más que Moshe, pero él puede levantarme y yo puedo levantarlo a él», le escribió Esther a Honor. Además, a Esther no le importaba medir a Moshe

para saber su altura. En lugar de eso, le envió a Honor una foto horrible. Era evidente que ni la tía Reva ni los Morgenstern eran buenos fotógrafos.

—¡No se ve nada bien a Moisés Pequeña Montaña! —se lamentó Faith.

Tenía la cara pegada al pecho de Esther, el puente de la nariz de Moshe estaba alineado con el esternón de ella, perfectamente entre los pechos imperceptibles de Esther.

—Si Esther tuviera los pechos más grandes, Pequeña Montaña no podría respirar —observó Hope. Esther sonreía a la cámara, con su gran mano sujetando la nuca de Moshe.

—Moisés no tiene cuello, pero tiene los hombros bastante grandes para ser un chico pequeño —dijo Prudence. Y los brazos de Moshe parecían fuertes. Tenía los brazos alrededor de Esther, pero no se veía dónde tenía las manos, quizás en la cintura de Esther o en sus caderas. La cintura de Esther estaba por debajo de la parte inferior de la foto.

—Si Moshe está levantando a Esther, es posible que esté doblando las rodillas, y quizás no sea tan bajito como parece —advirtió Constance a su familia.

—Estás en lo cierto, Connie —le dijo Thomas, pero todos notaron que estaba ansioso por saber cuál era el problema.

—Tanto si Pequeña Montaña está doblando las rodillas como si no, compensa con creces la altura de Esther. No hay duda de que es lo bastante bajito —quiso hacer saber Honor a su familia.

Lo que le daba aún más relevancia al problema en el que se había metido Pequeña Montaña era que se había hecho famoso en la lucha grecorromana, compitiendo contra otros clubes deportivos y luchando en la categoría de peso ligero.

«Moshe es un *Leichtgewicht,* eso es todo lo que necesitas saber sobre su categoría de peso», le escribió Esther a Honor.

Antes de conocer a Esther, Moshe Kleinberg había ganado algunas medallas y trofeos. En aquella época, los trofeos de lucha grecorromana parecían estatuas griegas, tal vez con la intención de evocar a los antiguos luchadores olímpicos. Moshe le había enviado fotos de sus trofeos a la tía Reva, quien se las había mostrado a Esther. Reva tomó una foto de Esther y se la envió a Moshe. «¡Mira esta belleza escultural! ¡Deberías volver a Viena y conocerla!», le escribió Reva a su querido sobrino.

—¿Le has dicho a Moshe cuánto mido? —le preguntó Esther a la tía Reva.

—Es posible que haya exagerado un poco, querida, Moshe siempre mira dos veces a las chicas altas —le dijo Reva a Esther. *Liebe* Esther era como Reva solía llamarla, «querida Esther».

—¡Así que Pequeña Montaña ya había visto a Esther, estaba enamorado de ella antes de conocerla! —intervino Faith.

—¡Pequeña Montaña está listo para ser padre! —gritó Hope.

—Esther deberá andarse con cuidado o tendrá un hijo de Pequeña Montaña demasiado pronto —añadió Prudence.

Thomas y Constance se retorcían las manos, suplicando a Honor que les contara en qué consistía el problema.

En un torneo de lucha libre totalmente alemán en 1931, Moshe Kleinberg había causado una gran impresión. Esther dijo que había recibido «algún tipo de certificado de reconocimiento». El certificado había sido firmado por Hindenburg, entonces presidente del Reich alemán. Moshe había enviado a la tía Reva una foto del certificado con la firma de Hindenburg. Esther le envió a Honor una foto de la foto. Las fotografías eran en blanco y negro, aparecían el águila

alemana y lo que parecía un sello en relieve. Las letras eran mayúsculas, más grandes y legibles que la firma de Hindenburg.

RINGEN: LEICHTGEWICHT

KLEINBERG

Ringen significaba «lucha libre» en alemán, según le había explicado Esther. Hindenburg ya tenía más de ochenta años cuando firmó ese certificado. Hindenburg, el antiguo mariscal de campo y héroe de la Primera Guerra Mundial, fue presidente de la República de Weimar alemana desde 1925 hasta su muerte en agosto de 1934. Tras la muerte de Hindenburg, Hitler se convirtió en presidente de Alemania y rápidamente abolió el cargo de presidente y se autoproclamó «Führer del Reich y del pueblo alemán». Pero incluso antes de eso, con el auge de los nazis en 1933, muchos judíos en Alemania fueron perseguidos. Con la orientación de los Morgenstern, Esther vio cómo el éxito de Moshe como luchador lo llevó a ser perseguido. En lo que sería su último torneo de lucha libre en Alemania, Moshe perdió un reñido combate contra el campeón alemán de lucha grecorromana.

«Cuanto más éxito tienen los judíos, más se los persigue; cuanto mejor lo hacemos, más nos odian», le escribió Esther a Honor. Esther dijo que a Moshe Kleinberg lo habían incluido en «una especie de lista negra». La advertencia no estaba clara, pero le habían dicho que tenía que andarse con cuidado. Con los nazis en el poder, la actividad de los atletas judíos en Alemania se vería restringida.

Los Morgenstern tuvieron tiempo de organizar el viaje de Moshe a Israel en 1934, cuando Moshe tenía veintiocho años. Su devota tía

Reva iría con él, pero los Morgenstern estaban preocupados por ellos.

—Los dos son como niños, apenas se enteran de lo que sucede a su alrededor —le dijo Joanna Morgenstern a Esther.

—Por diferentes razones, Reva y Moshe van a ser los últimos en darse cuenta de la situación política —dijo Bernard Morgenstern.

Esther coincidió con él. Reva era una tía cariñosa, adoraba a su sobrino y lo aislaba del mundo exterior. Moshe era un tipo diferente, con anteojeras. Se dedicaba a la lucha libre y a entrenar, pero andaba muy perdido en todo lo relacionado con las situaciones de la vida real.

«Moshe es un chico encantador, te encantaría», le escribió Esther a Honor. Esther reiteró que Pequeña Montaña era un *Pferd mit Scheuklappen,* que en alemán significa «caballo con anteojeras».

Constance entrevió lo que se avecinaba.

—Esther debería ir con Pequeña Montaña y la tía Reva, ¡esos dos necesitan ayuda y Esther es buena cuidadora! —exclamó Constance.

—Por supuesto que Esther irá con ellos, mamá. Ya está de camino —les explicó Honor a todos.

Fueron muchos los inmigrantes judíos que llegaron al puerto de Haifa en la Cuarta y la Quinta Aliyá. Los británicos habían convertido el puerto en un centro neurálgico para el comercio petrolífero. Esther no tenía previsto quedarse en Haifa, sino que se dirigía a Jerusalén. Moshe y Reva tenían otras intenciones. Cuando su barco atracó en Haifa, decidieron que ya habían viajado lo suficiente y que no seguirían adelante. Como cabía suponer, Esther se quedaría con ellos en Haifa, al menos hasta que esos dos niños se establecieran.

Esther fue quien encontró a los otros luchadores que vivían en Haifa. Los luchadores europeos que hicieron de Haifa su hogar provenían de Alemania, Austria, Checoslovaquia y Hungría. «Quizás

a los luchadores no les gusta seguir adelante», escribió Esther a Honor.

En la Palestina bajo el mandato británico había casi tres veces más árabes que judíos. Los luchadores judíos de Haifa encontraron un trabajo para Moshe y un lugar donde él y su tía pudieran vivir. Los luchadores incluso le encontraron trabajo a Reva en un jardín de infancia hebreo. Esther escribió que Reva estaba aprendiendo «hebreo de jardín de infancia».

En 1935, los luchadores judíos consiguieron acceso a un pabellón deportivo en una escuela de Haifa, donde formaron un equipo de lucha competitivo. El club de lucha de Haifa era el único del país equipado y gestionado a un nivel equivalente al de los clubes europeos.

El club de lucha libre de Haifa contaba con el apoyo de una asociación deportiva judía israelí llamada Hapoel, que en hebreo significa «el trabajador». El escudo del Hapoel era una variante proletaria de la hoz y el martillo comunistas rodeando a un luchador. Esther tuvo que asegurarle a Moshe que no le importaban los vínculos del Hapoel con los trabajadores socialistas.

En 1938, habría cuarenta y ocho mil judíos y cincuenta y un mil musulmanes y cristianos viviendo en Haifa. Se creó un nuevo club de lucha libre en Tel Aviv. Las mejores competiciones eran entre el club de lucha libre de Haifa y el de Tel Aviv, y Moshe Kleinberg ganaba la mayoría de sus combates en la categoría de peso ligero. También había competiciones de lucha libre entre el club de lucha libre de Haifa y el Octavo Ejército británico, estacionado en Haifa.

En el verano de 1939, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, algunos de los luchadores del club de Haifa fueron reclutados por el ejército británico, entre ellos Moshe.

—Está bien, trabaja con los británicos, por ahora son nuestros amigos —le dijo Esther a Moshe.

En Haifa, Esther había hecho amigos entre los militares británicos, que también habían intentado reclutarla. Era posible que el Octavo Ejército británico hubiese reclutado a Esther como enfermera, pero ella no lo tenía claro.

«Mantengo abiertos mis contactos con el ejército británico, pero, por ahora, saben que estoy ocupada con mis propios asuntos en Jerusalén», fue todo lo que Esther le escribió a Honor sobre los británicos.

Thomas y Constance Winslow se sentían frustrados porque Esther daba más detalles sobre los asuntos de Moshe que sobre sus propios asuntos. Esther estaba decidida a no aclarar demasiado qué estaba haciendo, pero ya se había mostrado inconcreta en ocasiones anteriores. En 1939, Esther tenía treinta y cuatro años.

A Thomas le preocupaba el plan a largo plazo de Esther. La vida real no era una novela del siglo XIX. Esas novelas mostraban un evidente control sobre el paso del tiempo; los grandes saltos temporales eran una de las cosas que mejor se les daba. Tal vez Moshe se enamoró de Esther cuando se conocieron en 1934. Pero Esther confiaba en exceso en un noviazgo largo.

—Pequeña Montaña podría conocer a otra mujer antes de que Esther esté lista para quedarse embarazada, ¡es posible que haya muchas mujeres aficionadas a la lucha libre! —le dijo Thomas a su familia—. ¡Pequeña Montaña podría casarse! Esther es buena tomando las riendas, pero solo una novela puede controlar lo que el tiempo puede hacer —comentó Thomas.

—Deberías escribir a Esther, papá. Esther es buena cumpliendo promesas y es buena haciendo que los hombres cumplan las

promesas que le hacen —le dijo Honor a su padre. Obviamente, había algo que no estaba diciendo.

—Esther debería decírtelo ella misma, papá. No nos creerás si te lo decimos nosotras —intervino Faith.

—Pequeña Montaña hizo un trato con Esther: aunque tenga esposa e hijos, se acostará con Esther cuando ella quiera —les dijo Hope a Thomas y Constance.

—¡Vaya, menuda barbaridad! —exclamó Constance.

—Cualquier chico habría hecho ese trato, mamá —dijo Prudence.

—Estás en lo cierto, Prudence —dijo Thomas, y rápidamente añadió—: No es que yo fuese a hacer un trato así, Connie, ¡no estando contigo!

—Estás conmigo, Tommy —le recordó Constance.

En realidad, todos los Winslow, incluida Constance, sabían que Pequeña Montaña no era el único hombre que haría un trato de ese cariz con Esther.

11

Una chica del Antiguo Testamento

Thomas Winslow se sentía muy frustrado porque las direcciones a las que escribir a Esther siempre estaban a cargo de otra persona. Durante su breve estancia en Viena, había estado al cuidado de los Morgenstern. En Haifa, al cuidado de Moshe Kleinberg. Y ahora, fuera cual fuera el asunto que tenía entre manos en Jerusalén, Esther vivía con un desconocido tras otro; obviamente, no eran desconocidos para Esther, pero sí para los Winslow. Y no todas las direcciones de Esther estaban en Jerusalén. Thomas Winslow le escribía a Esther a una dirección. Cuando ella le respondía, no mucho tiempo después, lo hacía desde una dirección diferente.

—Esther viviendo como una nómada... ¿Qué estará haciendo? —preguntó Thomas a su familia.

—Para ser más concretos, papá, ¿te convenció Esther de que Pequeña Montaña iba a hacer su trabajo? —le preguntó Honor a su padre.

Esther podía convencer a cualquiera para que la dejase embarazada, según sus condiciones, pensaba Thomas Winslow. No dudaba de que el luchador estuviera comprometido con su causa. Moisés Pequeña Montaña cumpliría su promesa de dejar embarazada a Esther cuando ella quisiera.

En cuanto a lo que Esther podría estar haciendo en la Palestina bajo el mandato británico, los Drucker parecían decididos a ser tan

inconcretos como ella. Isaac, recién jubilado de la Academia Pennacook, y Bluma estaban en estrecho contacto con Esther.

—Es posible que el protocolo le impida a Esther hacer declaraciones públicas sobre sus actividades en la Haganá, especialmente por escrito —les dijo a los Winslow mayores. Era la primera vez que oían hablar de la participación de Esther en la principal organización paramilitar sionista de allí. Honor debía de saberlo y se había callado, pensaron sus hermanas.

Haganá es una palabra hebrea que quiere decir «La defensa»: su objetivo era proteger los asentamientos judíos de los ataques árabes. Los Winslow se sorprendieron al saber cuántos ataques de ese tipo habían tenido lugar, como los disturbios de 1920, 1921 y 1929; por no mencionar la revuelta árabe de 1936-1939. Los Winslow estaban confundidos por la palabra *Havlagá* (que significa «La moderación»), la política oficial de la Haganá, una política de moderación, al menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Para los partidarios de izquierda del sionismo, como los Drucker, la Havlagá era una política moralmente superior: abstenerse de vengarse de los árabes, no atacando a civiles árabes inocentes, era una forma de mantener la amistad con los británicos y no perjudicaba la imagen positiva de la ideología sionista ante el resto del mundo.

Sin embargo, los Winslow estaban aún más confundidos por las dos palabras en sí mismas: Haganá y Havlagá sonaban demasiado parecidas.

—Defensa y moderación me parecen potencialmente contradictorias —les dijo Thomas Winslow a los Drucker, ante lo que no respondieron.

Isaac y Bluma sabían lo contradictorias que podían ser Haganá y Havlagá. Ya en 1931 se produjo una escisión en Haganá: los

combatientes más militantes de Haganá se opusieron a la política de Havlagá. A muchos combatientes de Haganá, les parecía derrotista no emprender contraataques contra las bandas árabes o contra sus comunidades.

Ni los Winslow ni los Drucker podían imaginar que Esther se hubiese convertido en soldado. Dada su formación como enfermera y, con el paso del tiempo, su edad, lo más probable era que las actividades de Esther tuviesen que ver con la medicina. Muchas mujeres reclutadas por la Haganá ofrecían servicio en ese sentido. Lo que los Winslow y los Drucker no decían era lo que más preocupaba a Honor y a sus hermanas. Todo el mundo sabía que la moderación no era una tendencia natural en Esther.

Pero Esther Nacht sabía esperar el momento oportuno: estaba planificando el futuro. Mostrando moderación, Esther se haría indispensable ante los británicos. Los británicos no reconocían oficialmente a la Haganá, pero las fuerzas de seguridad británicas cooperaban con dicho grupo. Durante la Segunda Guerra Mundial, unas cuatro mil mujeres de la Haganá se ofrecieron voluntarias para servir en las fuerzas auxiliares británicas. En 1941, para evitar una posible invasión de Palestina por parte del Eje a través del norte de África, la Haganá cooperó, por supuesto, con los británicos.

El Palmaj, la fuerza de combate de élite de la Haganá, se creó en mayo de 1941. Con la independencia de Israel en 1948, la Haganá se convertiría en el núcleo de las Fuerzas de Defensa de Israel, y los miembros del Palmaj constituirían el alto mando de las FDI.

—La Haganá, el Palmaj, las Fuerzas de Defensa de Israel... Son demasiados nombres que recordar, Connie —solía decir Thomas.

—Supongo que todos necesitan enfermeras, Tommy —le respondía Constance.

Sus palabras se hacían eco de lo que Isaac Drucker, con su habitual inconcreción, había dicho de pasada:

—Poco importa cómo los llames, Tommy, el ejército siempre necesitará enfermeras.

Honor Winslow tenía su propia forma de decirlo.

—No puedes ser soldado para siempre, papá, pero puedes ser enfermera todo el tiempo que quieras. Esther siempre cuidará de *alguien*.

Fuera lo que fuese lo que Esther estuviera haciendo en la Tierra de Israel, no perdía de vista a Moshe Kleinberg. Moisés Pequeña Montaña se había casado y su nueva esposa estaba embarazada cuando llegó el momento de que él dejara embarazada a Esther. Los Rosenthal se habían mantenido más bien al margen de las conversaciones sobre sionismo y la Haganá. Sin embargo, con respecto al embarazo de Esther en relación con Pequeña Montaña, los Rosenthal, los Drucker, por no hablar de todos los Winslow, estaban de acuerdo. Esther se mostró inusualmente reservada; no aclaró cuántas veces Pequeña Montaña y ella habían mantenido relaciones sexuales.

Años más tarde, mucho después de que Jimmy Winslow se convirtiera en el hijo de Honor, las hijas de los Winslow seguirían hablando de Esther y de Pequeña Montaña según su propio léxico familiar.

—La esposa embarazada fue una señal prometedora —diría Faith primero.

—Sabíamos que el arma de Moisés estaba cargada —solía añadir Hope.

—Sabíamos que Pequeña Montaña no disparaba balas de fogueo —le gustaba decir a Prudence.

—¡Chicas, chicas, nada de armas ni balas de fogueo cerca de Jimmy! —concluía Constance.

Los nietos de los Winslow que tenían edad suficiente para ir al colegio, incluidos los más pequeños, los que acudían al jardín de infancia, estaban disfrutando de las vacaciones de Navidad cuando Esther volvió «a casa», como ella denominaba a Pennacook. Era finales de diciembre de 1940; a Esther aún le faltaban dos meses para dar a luz. No quería arriesgarse a sufrir un aborto espontáneo en alta mar. Esther estaba tan alta y delgada como siempre, pero no dudaba en mostrar a todo el mundo su pequeña pero creciente barriguita. Esther quería que todos supieran que estaba embarazada.

En cuanto a los Rosenthal, los Drucker y los Winslow, Esther quería que supieran que sus sentimientos hacia los británicos habían cambiado. En 1939, el Libro Blanco británico había restringido duramente la inmigración judía a Palestina, lo que enfureció a los sionistas. En opinión de Esther, los líderes sionistas no estaban lo bastante enfadados. Ben-Gurión había dicho: «Lucharemos en la guerra contra Hitler como si no existiera el Libro Blanco, pero lucharemos contra el Libro Blanco como si no existiera la guerra».

Eso no le pareció enfado suficiente a Esther, que un día llegaría a mostrarse favorable a las actividades de sabotaje de la Haganá contra los británicos. Esther apoyaría la iniciativa de la Haganá para llevar judíos a Palestina desafiando a los británicos. Y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Haganá ponía bombas en puentes, vías férreas y barcos británicos, aquellos que utilizaban para deportar a inmigrantes judíos ilegales, Esther también estaría a favor de esas bombas.

—Es como cuando los árabes nos atacan: vamos a defendernos —le dijo Esther a los Rosenthal, los Drucker y los Winslow—. Si los

judíos quieren venir a Palestina, se les debe permitir que lo hagan. Si los británicos no dejan entrar a los judíos, expulsaremos a los británicos —dijo Esther.

Para un habitante de Nueva Inglaterra como Thomas Winslow, expulsar a los británicos no era una mala idea.

—¿Por qué Estados Unidos no ha entrado en guerra? ¿Estamos esperando a que alguien nos ataque primero? —preguntó Esther.

Los Winslow recordarían sus palabras el siguiente mes de diciembre, cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor y, siguiendo a Japón, Alemania e Italia declararon la guerra a Estados Unidos.

Pero cuando estaba embarazada, en la Navidad de 1940, Esther solo les contó a los Winslow lo que pensaba sobre el incendio de la sinagoga Fasanenstrasse en Berlín. La sinagoga judía liberal había sido cerrada por los nazis en 1936. La sinagoga fue incendiada durante la *Kristallnacht* en 1938. Esa palabra significaba «Noche de Cristal», como les explicó Esther, en referencia a los fragmentos de vidrio roto que cubrían las calles después de que las tiendas y sinagogas judías fueran destrozadas. La Noche de los Cristales Rotos iba a quedar unida para siempre al apellido Nacht o Nachtman: cualquier nombre judío que contuviera Nacht era un recordatorio de la *Kristallnacht*.

—Voy a conservar mi apellido: soy una Nacht y jamás dejaré de serlo —les dijo Esther a los Rosenthal, los Drucker y los Winslow.

—Se acabaron las inconcreciones, Tommy: nuestra Esther ha vuelto —dijo Constance.

—Estás en lo cierto, Connie. Me preocupaba la inconcreción —le respondió Thomas. Lo que aún les preocupaba a los dos era la inconcreción de Honor.

A Honor y a sus hermanas les interesaba más la noticia que traía Esther sobre la esposa de Pequeña Montaña: había tenido un niño.

—Quizás Pequeña Montaña hace niños —dijo Faith en primer lugar.

—Sería algo diferente para esta familia tener un niño —aventuró Constance con su cautela habitual.

—*James* Winslow suena bien, Connie —dijo Thomas.

—Si se llama James, será *Jimmy*—insistió Hope.

—¡Apuesto a que Pequeña Montaña ha hecho un Jimmy! —exclamó Prudence.

La conversación sobre la guerra de Hitler había preocupado a Honor. Si Estados Unidos entraba en guerra, los jóvenes tendrían que ir a combatir, pensó. Es posible que el marido de Faith fuera demasiado mayor, además tenía problemas en una rodilla, pero el marido de Hope era lo bastante joven y estaba sano. «A lo mejor prefiero que no sea un niño», pensó Honor. ¿Qué pasaría si cuando su hijo fuera un muchacho joven Estados Unidos estuviese en guerra? Ese tema le preocupaba, pero, por el momento, guardó silencio.

A la hora de hablar, Honor era igual de cautelosa que su madre.

—Solo quiero tener un hijo. Seré una buena madre para una Esther o un Jimmy —le dijo Honor a su familia, con evidente incertidumbre.

Era la certeza pública de los Winslow, por no hablar de la de Esther, lo que desconcertaba a los habitantes de Pennacook. La certeza con la que se manifestaban en público era lo que más desconcertaba a las mujeres del pueblo. Durante dos meses, Esther lució su barriga por todo el pueblo.

—Es mi bebé, pero será el hijo de Honor —solía decir Esther en primer lugar—. Si es niño, se llamará James o Jimmy, pero si es niña, se llamará Esther, ¡como yo! —añadía siempre. No llevaba anillo alguno en sus largos dedos. Esther no solo hacía gala de no

estar casada, sino que expresaba sus dudas sobre el hecho de que llegase a estarlo alguna vez—. El matrimonio y la maternidad no entran en mis planes, no quiero ser esposa ni madre —decía Esther con franqueza—. Solo quiero saber qué se siente al estar embarazada y dar a luz, solo quiero probarlo —remataba.

Para los habitantes de Pennacook, especialmente para las mujeres del pueblo, Esther era una descarada, pero ella no se avergonzaba de serlo. Como todos los Winslow sabían, su radicalidad era algo natural en ella. Los Rosenthal recordaban cuando Esther había ido a la sinagoga solo para probar, no porque fuera a convertirse en judía practicante o para volver a la sinagoga. Y nadie conocía a Esther tan bien como los Drucker. Según ellos entendían, el matrimonio y la maternidad no eran ninguna de las razones por las que Esther se sentía impulsada a instalarse en Jerusalén, a hacer de la Tierra de Israel su hogar permanente. Lo que diferenciaba a Isaac y Bluma de los habitantes de Pennacook iba más allá del judaísmo de los Drucker. Isaac y Bluma eran lo bastante inteligentes para tener claro que lo que Esther hiciese con su vagina era estrictamente asunto suyo. O, como Esther le habría dicho a cualquiera: «No voy a convertir la lactancia materna en una carrera, ¡solo lo estoy probando!».

A finales de diciembre de 1940 y durante los dos primeros meses de 1941, cuando Esther no estaba con los Winslow, iba a visitar a los Beaudette. Durante los años de Esther en Pennacook, Josephine y Antoine habían sido como una segunda madre y un segundo padre para ella; por otra parte, las chicas Beaudette eran muy divertidas. Para una huérfana como Esther, era maravilloso poder disfrutar de incontables hermanas.

Las chicas Beaudette estaban «demasiado bien dotadas para su propio bien», había dicho Constance Winslow, como si los pechos de

esas chicas hubieran precipitado su famosa capacidad de procreación. Thomas y Constance no podían evitar defender su amor por la educación superior. Por eso, a los padres Winslow les habría gustado que las chicas Beaudette hubiesen ido a la universidad antes de ponerse a tener hijos.

Cuando los habitantes de Pennacook condenaron a las Beaudette por procrear en exceso, Thomas y Constance se pusieron del lado de las Beaudette. Todas las hijas de los Winslow querían a las Beaudette, y estas eran amables siempre con todo el mundo. Thomas Winslow no pasaba por alto el motivo por el que las Beaudette y la judía embarazada eran tan buenas amigas. Para las mujeres del pueblo, las Beaudette eran las típicas católicas francocanadienses con demasiados hijos. Esther era una judía soltera que iba a tener un hijo para otra mujer.

—A los habitantes de Pennacook no les gusta nadie que sea diferente, Tommy —le dijo Constance a su marido.

—Estás en lo cierto, Connie. ¡Así se hace, Esther! ¡Bien hecho, chicas Beaudette! —exclamó Thomas.

Honor Winslow sabía que siempre era bienvenida en casa de las Beaudette. Hacía tiempo que no cogía a un bebé en brazos, salvo cuando tenía que hacerlo como enfermera. Honor sabía que las madres cogían a sus bebés de otra manera. Aquel invierno de 1941, los dos hijos de Faith tenían diez y ocho años. Hope solo tenía un hijo, que ya contaba seis años. Honor sabía que las chicas Beaudette siempre tenían bebés a su alrededor.

—Te cogí en brazos poco después de que nacieras —le dijo Josephine Beaudette a Honor—. Había horneado una tarta de arándanos para tu familia, sin saber que Esther era una experta en hornear tartas de arándanos, ¡y solo tenía catorce años! —dijo Josephine riendo. Esther no se rio.

—Aprendí a hornear tartas de arándanos en la cocina del comedor de St. Cloud's, donde también aprendí a leer y a sostener a un bebé —dijo Esther, pero su voz se apagó.

Honor fue la primera en abrazar a Esther. Honor conocía esa historia, al igual que todas las Beaudette, que también abrazaron a Esther. Por mucho que Esther quisiera al doctor Larch, no quería tener a su bebé en el orfanato, donde los bebés lloraban de forma diferente cuando necesitaban que los cogieran en brazos. Las madres de esos bebés los habían abandonado, privándolos de su leche materna. En el pasado, no todos esos bebés que lloraban lograban sobrevivir. Desde la aparición de la leche de fórmula, elaborada a partir de leche evaporada, los recién nacidos que no eran amamantados también podían crecer sanos. Sin embargo, el embarazo de Esther le provocaba pesadillas al rememorar el llanto de aquellos bebés abandonados.

James Winslow nacería en el Hospital para Mujeres y Niños de Nueva Inglaterra el 2 de marzo de 1941. Era una época en la que muchos bebés varones estadounidenses eran circuncidados, para prevenir o facilitar el tratamiento de algunas enfermedades de transmisión sexual e infecciones del tracto urinario. Como Constance Winslow descubriría a su pesar, la letanía de razones era más bien dudosa. Honor Winslow había suplicado a su madre que abasteciera la Biblioteca Pública de Pennacook con revistas médicas. Esther fue inusualmente específica.

—En el área de la historia de la medicina, Connie, estamos buscando una cronología de la circuncisión, con sus pros y sus contras —le dijo Esther.

Pusieron a prueba la destreza de Constance Winslow en el ámbito de la biblioteconomía y las ciencias de la información. Así fue como la Biblioteca Pública de Pennacook se convirtió en un tesoro para la

historia de la circuncisión. Para consternación de Constance, su sagrada biblioteca era el lugar donde Honor y Esther discutían sobre los beneficios y las crueldades de la circuncisión; rara vez se ponían de acuerdo.

En 1855, el médico inglés Jonathan Hutchinson publicó un artículo en el que afirmaba que la circuncisión prevenía la sífilis, basándose en sus estudios de casos de enfermedades venéreas entre hombres judíos y no judíos.

—Tonterías —dijo Esther.

Honor había argumentado que las enfermedades venéreas podían proliferar bajo el prepucio.

—No en la biblioteca, aquí no se habla de prepucios —les dijo Constance.

Las dos discrepaban también sobre la relevancia de la clitoridectomía en relación con la circuncisión masculina. A finales de la década de 1850, la clitoridectomía se introdujo como tratamiento para la histeria, la epilepsia, la masturbación y otras enfermedades nerviosas en las mujeres. Honor defendía que la circuncisión masculina era algo diferente.

Al menos en un punto estaban de acuerdo. En la década de 1850, James Copland popularizó la idea de la circuncisión como una forma de disuadir a los niños de masturbarse.

—¡No hay nada de malo en masturbarse! —exclamó Honor, mientras Esther asentía con la cabeza como una loca.

En un artículo de 1860 publicado en *Lancet,* Athol Johnson afirmó que la circuncisión era una cura para la masturbación en los niños. Honor y Esther lo llamaban «el imbécil de Johnson».

—No en la biblioteca —repitió Constance.

Sin que nadie supiese bien por qué, curar la masturbación infantil mediante la circuncisión se convertiría en un dogma médico en Gran

Bretaña durante un siglo, y en Estados Unidos durante ciento cincuenta años.

En 1865, William Acton se refirió al prepucio como «una fuente de graves problemas».

—Creo que el prepucio es la parte más sensible —dijo Esther.

Honor no sabía qué pensar al respecto. Constance sabía que no era un tema del que hablar en la biblioteca. En 1870, Lewis Sayre, un cirujano ortopédico de Nueva York, introdujo la circuncisión como cura para la parálisis, la epilepsia *y* la masturbación.

—No tengo palabras —dijo Esther.

En cuanto a la circuncisión universal como medida preventiva sanitaria, la histeria se desató en la década de 1890, cuando los médicos relacionaron el prepucio con el insomnio, la indigestión crónica, el asma, la enuresis, la disfunción eréctil, el cáncer de piel y la locura. Honor Winslow tenía muy claro que todo eso no era más que una completa locura.

Esther defendió a Eugen Levit, un médico judío de Viena que, en 1874, publicó un folleto en el que instaba a los judíos a abolir la circuncisión y sustituirla por un rito inofensivo. Esther citó a un médico londinense, Herbert Snow, quien, en 1890, deploró la propagación de la circuncisión, calificándola de «barbaridad». Sin embargo, la historia de la circuncisión no estaba del lado de Esther. En 1900, Honor Winslow estaba ganando el debate. E. Harding Freeland publicó un artículo en *Lancet* en el que afirmaba que la circuncisión masculina reduciría la incidencia de la sífilis en un cuarenta y nueve por ciento.

En 1914, en la revista *Journal of the American Medical Association,* Abraham Wolbarst, un médico judío de Nueva York, enfureció a Esther al instar a la circuncisión masculina universal como medida preventiva contra la sífilis, el cáncer y la masturbación.

—El «y la masturbación» echa por tierra todo lo demás —como dijo Esther.

En 1932, el mismo doctor Wolbarst afirmó que el esmegma debajo del prepucio causaba cáncer de pene, pero Esther había dejado de leer lo que escribía ese médico.

Anteriormente, en 1928, un médico estadounidense, Thomas Bolling Gay, recomendó la circuncisión rutinaria de los bebés para prevenir la fimosis. A Honor le horrorizaba que los niños pudieran sufrir por tener un prepucio demasiado estrecho como para retraerlo. La principal creencia de Honor en la circuncisión masculina, para que las enfermedades de transmisión sexual fueran más tratables, tampoco se vio aliviada por la etiqueta que le puso Esther.

—Tu fijación por la higiene del pene —la llamó Esther.

—¿Qué opinaba tu doctor Larch al respecto? —le preguntó Honor a Esther.

Esther recordaba que en St. Cloud's las enfermeras revisaban a los bebés varones para ver cómo se estaban curando sus pequeños penes tras la circuncisión obligatoria. En aquellos días, todos los niños nacidos en St. Cloud's eran circuncidados, porque el doctor Larch había tenido algunas dificultades para tratar a soldados no circuncidados «por esto y por aquello» en la Primera Guerra Mundial. Esther dejó de discutir.

—¡Sé a qué se refería con «por esto y por aquello»: enfermedades de transmisión sexual! —gritó Honor Winslow. Todos en la biblioteca la oyeron.

Esther dijo que se sentía más cómoda con una circuncisión médica que con una ceremonia de *bris*.

—Si alguien va a cortarle el prepucio a mi bebé, quiero que lo haga un médico, no un *mohel,* ni un circuncidador ritual —dijo

Esther. Le repugnaba especialmente que se enterrara el prepucio—. Si creen que el prepucio es tan importante como para enterrarlo, ¡creo que, para empezar, no deberían cortarlo! —mantuvo Esther.

Constance no podía dejar de leer todo lo relacionado con la historia de la circuncisión en las malditas revistas médicas, hasta que leyó una que la obligó a dejar de hacerlo. En 1935, en el *British Medical Journal,* el doctor R.W. Cockshutt afirmó que todos los niños debían ser circuncidados como incentivo para la castidad. A Constance le irritó tanto que habló con Naomi Rosenthal al respecto.

—¡El apellido Cockshutt[1] le va como anillo al dedo! —dijo.

—La circuncisión comenzó con Abraham, échale la culpa a él, no a Cockshutt —dijo Naomi Rosenthal sin rodeos—. En lo que respecta al pacto de la circuncisión entre Dios y Abraham, Esther es tan poco practicante como puede serlo un judío. ¡Me encanta esta chica! —exclamó Naomi.

Cuando Jimmy Winslow volvió a casa del hospital, Esther todavía le daba el pecho. Honor era la que le cambiaba los pañales y cuidaba de su pequeño pene.

—Esa es la tarea de una madre, no me interesan los penes pequeños y heridos —dijo Esther.

Estaba postergando el fin de la lactancia. Los Winslow pensaban que Esther seguiría adelante y que nunca volverían a verla en cuanto Jimmy empezase a tomar biberón.

Los Drucker también estaban postergando las cosas, o al menos Isaac, que ocultaba las noticias sobre los Morgenstern. Habían salvado a muchos judíos, pero Bernard y Joanna Morgenstern se habían quedado demasiado tiempo en Austria y no habían podido salvarse a sí mismos. Después de que Esther regresara a Palestina, Isaac les contó a los Winslow lo de los Morgenstern, a los que se

habían «llevado»; o bien Isaac no sabía adónde los habían llevado, o bien no lo dijo.

—Los nazis están persiguiendo a los judíos, nos están reuniendo —fue todo lo que Isaac pudo decir.

—No les estás contando todo lo que me dijiste, Isaac. Deberías decirles a los Winslow lo que me dijiste a mí —le dijo Bluma a su marido.

—Algún día, Esther perseguirá a los nazis. Si alguien persigue a los nazis, esa será Esther —les dijo Isaac a los Winslow.

En aquel momento, con lo que se sabía sobre la guerra de Hitler, Thomas y Constance no podían imaginar a Esther como cazadora de nazis. Thomas pensaba que el viejo Isaac estaba empezando a dar muestras de senilidad; los profesores jubilados envejecían con mayor rapidez. Pronto Isaac y Bluma se irían a la residencia de ancianos preferida por los profesores jubilados que necesitaban cuidados. Se llamaba El Prado, pero no todo el mundo la llamaba así.

Los habitantes de Pennacook la llamaban El Pantano. La residencia estaba ubicada en la parte salina de la ciudad, así pues, era más un pantano que un prado. Las mujeres del pueblo lo habían bautizado como «Los Humedales». El Squamscott era un río de agua salada; con la marea alta, el valle del río se inundaba.

Los residentes de El Prado tenían su propio nombre para el lugar: «La última reunión del claustro». Ese era el nombre que corría entre los profesores que aún enseñaban en la Academia Pennacook, y también entre sus esposas. La última reunión del claustro era, de hecho, adonde se dirigían.

A las cuatro hijas de los Winslow, El Prado les parecía muy lejano. A diferencia de sus padres, ellas sí podían imaginar fácilmente a Esther cazando nazis.

—Nuestra Esther no es una chica del Nuevo Testamento, no cree en el Sermón de la Montaña, no es una chica del Evangelio de Mateo —anunció Faith.

—Nuestra Esther no se anda con esas tonterías de «poner la otra mejilla», ¡es una chica del tipo «ojo por ojo»! —declaró Hope.

—Nuestra Esther se parece a la Esther del Antiguo Testamento. Cuando Hamán conspira para destruir a los judíos, la Esther original no duda en vengarse de Hamán —dijo Honor, recordándoles a sus hermanas que era buena lectora. La Esther que Honor conocía y amaba era una chica del Antiguo Testamento.

Honor pasó rápidamente a otra cosa, ocupándose de los asuntos más urgentes. Estaba en su naturaleza comportarse como una madre meticulosa. Al día siguiente de la circuncisión, una fina película amarilla cubría la herida. Una enfermera le enseñó a Honor cómo poner vaselina y cubrir con una gasa el pene dolorido de Jimmy.

—Si la gasa se pega, remójela con agua tibia antes de quitarla —le dijo la enfermera, lo que provocó el llanto de Honor.

En tres o cuatro días, el pene de Jimmy mejoró y ya no lloraba al orinar. Thomas Winslow pensaba que ser una buena madre y ser un buen lector tenían que ver con la atención al detalle. Honor sería una madre meticulosa, de la misma manera que se aplicaba a cuidar el pene de Jimmy. En una semana o diez días, el pene de Jimmy ya no estaba rojo e hinchado, pero, durante algo más de tiempo, Honor veía el pene rojo e hinchado de su hijo en sueños, tal y como le contó a su madre.

—Hay que tener cuidado con prestar demasiada atención a los detalles, Tommy —fue todo lo que dijo Constance sobre la fijación de Honor con el pene de Jimmy.

—Estás en lo cierto, Connie —dijo Thomas, sabiendo lo suficiente como para decirlo.

Siendo niño, a James Winslow no le faltaba atención. Con las niñas Beaudette alrededor, incluso se turnaban para cambiarle los pañales a Jimmy. Como diría la propia Josephine Beaudette:

—Ya sabes, Honor, no vemos muchos penes pequeños.

Josephine y Antoine solo tuvieron hijas, que en su mayoría tuvieron más hijas. De los cuatro nietos de Josephine, Arnaud Beaudette nació casi exactamente un año después de Jimmy Winslow. Una vez que sus circuncisiones se curaron, sus pequeños penes fueron un gran alivio y un pequeño milagro tanto para Josephine Beaudette como para Honor Winslow.

Si Honor alguna vez se sintió culpable por haber circuncidado a Jimmy, debió de ser un consuelo para ella que Josephine Beaudette, que no era judía y había tenido tantos hijos, también creyera en la circuncisión masculina. ¿Estaba circuncidado el viejo Antoine Beaudette? Thomas Winslow sin duda lo estaba, pero él y Constance no hablaban de ello. Constance se preguntaba si sus hijas sabían siquiera que su padre estaba circuncidado. A pesar de todo lo que habían leído sobre la historia de la circuncisión masculina, Honor Winslow nunca le preguntó a su madre si Thomas estaba circuncidado, ni qué opinaba Constance sobre el prepucio.

—Es solo un pene, no le des demasiadas vueltas —fue todo lo que le dijo Esther.

12

Los niños te escuchan

En diciembre de 1942, una orden ejecutiva presidencial cerró el alistamiento voluntario para todos los hombres de entre dieciocho y treinta y siete años. A partir de ese momento, esos hombres serían reclutados. Honor pudo comprobar el alivio de Hope: su marido tenía treinta y nueve años, casi cuarenta, y se había dislocado el mismo hombro dos veces. El joven que le había pedido matrimonio a Prudence tuvo que ir a la guerra. A efectos de descalificación, Honor recordaría siempre que las luxaciones de hombro eran buenas. Prudence, ahora doctora, le dijo a Honor que una lesión grave de rodilla era mejor. Honor también recordaría ese detalle.

En su infancia, cada vez que James Winslow no podía dormir, o algo aterrador lo despertaba, su madre lo tranquilizaba con una canción. No era realmente una canción, pero Honor la cantaba como si lo fuera. «No a la guerra, no a la guerra, no a la guerra», le susurraba al oído a su pequeño como si fuera una nana, pero era un hechizo cautivador.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar antes de que Jimmy empiece a recordar lo que ha oído o visto? —les preguntó Honor a sus hermanas.

—Antes de que Jimmy cumpla tres años, repetirá las palabras que haya oído —dijo Faith primero, pero no parecía tenerlo claro.

Hope solo tenía un hijo, lo tenía incluso menos claro que Faith.

—Alrededor de los cuatro o cinco años, Jimmy desarrollará algo parecido a una memoria lineal: entenderá la trama y empezará a atar cabos —dijo Hope.

Prudence no tenía hijos, pero era doctora, hablaba un lenguaje incomprensible.

—El reconocimiento verbal y el visual son procesos cognitivos diferentes —empezó diciendo Prudence, pero se detuvo, sabía que nadie en su familia la estaba escuchando.

Thomas Winslow estaba fuera de sí por la angustia que le causaba esa lamentable falta de concreción. En cuanto profesor de inglés y lector de novelas del siglo XIX con un argumento claro, Thomas era muy partidario de la concreción.

En septiembre de 1947, Jimmy Winslow cumpliría seis años y medio, lo que, en opinión de Constance Winslow, era un año más de lo necesario para ir al jardín de infancia. En cuanto bibliotecaria, Constance estaba tan aferrada a la concreción como su marido. Jimmy sería un niño mayor que lo requerido para el jardín de infancia, en opinión de su abuela, pero su inscripción se pospuso hasta que Arnaud Beaudette, el compañero de juegos habitual de Jimmy, empezara la escuela.

Guiados por la buena voluntad, los Winslow fueron muy precisos en cuanto al momento en que Jimmy tenía que conocer la historia de su madre biológica: sin duda, antes de entrar en el jardín de infancia, donde otros niños podrían hablarle de ello o él podría escuchar a otros niños comentarlo.

—Que digan «el hijo de la huérfana» o algo peor —sugirió Faith.

—Puede que «el hijo de la huérfana judía» sea peor —dijo Hope.

—Que algún niño dijera «el judío» ya sería bastante malo para Jimmy, porque sabemos que lo diría con odio —intervino Prudence.

—Tienes razón, Prudence, le diremos a James quién es antes de que llegue a oídos de nuestro querido niño algo odioso —dijo Thomas.

—¡O digámoselo la primera vez que nuestro querido niño oiga algo! —exclamó Constance.

Pero el modo en que la guerra se estaba prolongando iba a poner a prueba las mejores intenciones de los Winslow. Los habitantes de Pennacook nunca habían recibido tantas noticias sobre lo que les estaba sucediendo, o había sucedido, a los judíos. Antes incluso del final de la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas aliadas estaban entendiendo la magnitud del Holocausto. El avance aliado en Alemania arrojó más luz sobre la naturaleza de las instalaciones de trabajos forzados y los campos de concentración nazis. Encontraron a sesenta mil prisioneros en Bergen-Belsen cuando fue liberado en abril de 1945. Las tropas estadounidenses llegaron a Dachau, donde obligaron a los guardias de las SS que quedaban allí a enterrar a los cadáveres en fosas comunes. En la primavera de 1945, se descubrió el tren de la muerte de Dachau, un tren de cuarenta o cincuenta vagones de mercancías que transportaba a cuatro mil prisioneros de Buchenwald a Dachau. Más de la mitad de los reclusos murieron de hambre durante el trayecto. El tren estuvo activo durante tres semanas. Ese mismo mes de abril, los estadounidenses liberaron Ohrdruf, un subcampo de Buchenwald, así como Dora-Mittelbau y el campo de concentración de Flossenbürg. Ni siquiera los habitantes de Pennacook pudieron evitar ver los noticiarios y las fotografías en los medios de comunicación occidentales, aunque lo que vieron no cambió la opinión de algunos vecinos que insistían en negar que el Holocausto hubiera tenido lugar. La divulgación de las atrocidades cometidas en los campos de la muerte nazis hizo que casi todo el mundo fuera consciente del exterminio sistemático de los judíos.

Para tratarse de un pequeño pueblo de New Hampshire, se hablaba mucho de los judíos.

En el otoño de 1945, una de las mujeres del pueblo a quien hasta entonces había considerado una de las antisemitas silenciosas de Pennacook, habló con Constance. La mujer parecía sincera cuando le preguntó a Constance, con voz temblorosa, si Esther estaba «bien». Obviamente, como los judíos aparecían en las noticias, se hablaba más de ellos. Eso provocó que Constance se preocupara más por lo que Jimmy pudiese oír.

—Los niños oyen lo que los adultos hablan con otros adultos. Es posible que los niños no te escuchen cuando les dices lo que tienen que hacer, pero te oyen —le dijo Constance.

—Tienes razón, Connie, y los niños repiten lo que han oído. Hoy en día, lo que otro niño podría decirle a nuestro querido James tal vez no sería odioso, podría ser inocente o comprensivo —dijo Thomas.

Los Winslow supusieron que los horrores del Holocausto podrían hacer que algunos de los habitantes del pueblo sintieran simpatía por los judíos, por no hablar de las noticias sobre los criminales de guerra nazis y fascistas que ya estaban huyendo de Europa. Ni siquiera los habitantes de Pennacook querían que los criminales de guerra se escaparan.

—*Rattenlinien*—diría el viejo Isaac Drucker en alemán, en referencia a las rutas de escape utilizadas por los nazis y otros fascistas que buscaban refugio en América Latina. Había dos rutas principales. Una iba de Alemania a España y luego a Argentina. La otra iba a Roma y Génova, y de ahí a varios países de América del Sur. Había rutas vinculadas al Vaticano, apoyadas por algunos clérigos católicos. Isaac y Bluma Drucker odiaban al obispo Alois Hudal, católico austriaco y simpatizante nazi, rector de un seminario

romano para sacerdotes austriacos y alemanes. El obispo Hudal ayudó a escapar a criminales de guerra nazis en busca y captura, entre ellos Franz Stangl, el oficial al mando en Treblinka, y Adolf Eichmann, que huyó a Argentina. Joseph Mengele también huyó a Argentina, luego a otros países, y murió en Brasil.

En marzo de 1946, un equipo de combatientes del Palmaj de la Haganá asesinó a Gotthilf Wagner, líder de las colonias templarias alemanas en Palestina. En su carta, Esther fue un poco inconcreta al referirse a Wagner como «un antiguo (tal vez activo) miembro del partido nazi».

—Es posible que los paréntesis sean deliberadamente contradictorios, Connie, o tal vez Esther siga siendo un poco inconcreta —dijo Thomas.

—Los asuntos judíos de Esther son asunto suyo, no nuestro, Tommy —le recordó Constance.

En 1948 se produjeron más asesinatos con el objetivo de expulsar a los alemanes de Palestina. Mucho antes de eso, las autoridades británicas habían calificado a los templarios de «ciudadanos enemigos» y habían arrestado y deportado a muchos de ellos a Australia. Había colonias templarias en Haifa, Jaffa, Jerusalén y Sarona, a esas alturas un barrio de Tel Aviv. Las colonias templarias serían repobladas por judíos. Cuando Israel consiguió la independencia, en 1948, el Estado fue muy específico con respecto a los templarios. Las colonias templarias habían acogido a simpatizantes pronazis. Israel no permitiría que los alemanes étnicos que habían simpatizado con los nazis regresaran a Israel o se quedaran allí. A los templarios que habían sido deportados no se les permitió regresar; los que se habían quedado en Israel tuvieron que irse. Sin hacer comentarios al respecto, Esther les envió una vieja foto del club de lucha libre de Haifa con los luchadores del Octavo

Ejército británico. A Honor le repugnaban aquellos hombres musculosos con sus ridículas camisetas sin mangas, y parecía reacia a señalar a Moisés Pequeña Montaña entre los luchadores. El resto de la familia Winslow mostró un mayor interés por aquella foto. Algunos de los luchadores tenían tatuajes, entre ellos Moshe Kleinberg.

—¿A los luchadores les gustan los tatuajes? —le preguntó Thomas a Honor.

—No lo sé, papá, Esther no me lo dijo —respondió Honor a su padre.

—Haifa es un puerto marítimo, supongo que en un puerto marítimo te puedes tatuar —se atrevió a decir Thomas.

—No lo sé, papá —repitió Honor.

Cuando Esther les mostró a todos su barriga de embarazada, los Winslow mayores se dieron cuenta de que aún no se había tatuado. Se preguntaron si Esther habría cambiado de opinión sobre la cita de *Jane Eyre*.

—¿Se va a hacer el tatuaje de *Jane Eyre?*—le preguntó Constance a Honor.

—Esther dijo que se lo hará cuando se le hayan borrado las estrías —le respondió Honor a su madre.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la colonia templaria de Sarona se convirtió en un campo de detención. Después de la guerra, el campo fortificado se convirtió en una base militar para los británicos. Un día, tras el fin del mandato británico, las antiguas casas templarias y los cuarteles del ejército se convertirían en oficinas del Gobierno israelí, incluidas las oficinas del ejército y los servicios de inteligencia.

Pero a partir de ese punto fue donde los Winslow se perderían, incluso Honor, que era la persona más cercana a Esther.

¿Es cierto que Esther escribió diciendo que Ben-Gurión cambió el nombre de Sarona por el de Kirya? Honor creía que sí, pero no encontraba la carta en la que Esther lo había escrito.

¿Y qué hay de los servicios de inteligencia israelíes?

Siendo primer ministro de Israel, Ben-Gurión creó el Mossad. Sin embargo, en ninguna de las cartas de Esther a Honor, ni en una sola ocasión, Esther mencionó el Mossad. No es que los Winslow lo supieran o lo recordaran, pero Ben-Gurión puso al frente del Mossad a un antiguo asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores, Reuven Shiloah.

El 2 de marzo de 1951, Ben-Gurión ordenó a Shiloah que se hiciera cargo de todas las operaciones en el extranjero. No es que los Winslow lo supieran o lo recordaran, al fin y al cabo, era el décimo cumpleaños de Jimmy.

A lo largo de los años, entre las operaciones del Mossad, más allá de las fronteras de Israel, estaban incluidas sin duda la recopilación secreta de información y la persecución de criminales de guerra nazis. No es que los Winslow lo supieran, ni que Esther se lo contara a Honor. En hebreo, *Mossad* no significaba más que «Instituto».

Dos meses después del décimo cumpleaños de Jimmy Winslow en 1951, el Estado de Israel solo hacía tres años que existía. Sin embargo, en lo que respecta al Mossad, no tardó en surgir el descontento. Entre los comentarios negativos se llegaría a decir del Mossad que era una suerte de Estado secreto con poderes no autorizados que operaba independientemente de los legisladores del país. Estas críticas estaban motivadas por la creencia de que el Mossad funcionaba como una especie de gobierno en la sombra. La intención de Ben-Gurión era que el Mossad solo rindiera cuentas al primer ministro, y no al Knéset, el órgano legislativo de Israel.

Algunos judíos estadounidenses, entre ellos los Rosenthal, se quejaban de tanto en tanto de las tácticas del Mossad.

Cuando el Mossad empezó a operar fuera de las fronteras de Israel, Isaac y Bluma Drucker se habían mudado a El Prado. Se debió a un accidente en la cocina: una manopla empezó a arder en el horno y le prendió fuego al cabello de Bluma. Isaac tenía un vaso de zumo de naranja en la mano y se lo echó a Bluma sobre la cabeza. El episodio significó el fin de la confianza que tenían en sí mismos. Los Drucker fueron muy bienvenidos en La última reunión del claustro, aunque podían mostrarse irascibles, especialmente el viejo Isaac. A su particular modo sionista, era un apasionado defensor de Israel. Isaac no toleraba ninguna crítica al Mossad.

—¡No me importan las tácticas del Mossad! ¡No importa dónde atrapen a los nazis, ni cómo los maten! —solía decir Isaac a sus despistados colegas de El Prado, adonde los Winslow iban con frecuencia de visita, junto con los Rosenthal.

Esther nunca aclaró si sus direcciones postales, siempre cambiantes, contaban una historia. Durante un tiempo, en 1951, la dirección de Esther fue la calle HaYarkon de Tel Aviv, donde originalmente se encontraba la oficina del Mossad.

—Podría tratarse de una coincidencia —fue todo lo que dijo Isaac Drucker.

Más tarde, la sede del Mossad se trasladó a las oficinas del Ministerio de Asuntos Exteriores en Sarona, que Esther llamaba Kirya; podría haber sido una coincidencia que aquella fuese también una de las direcciones de Esther.

Kirya en hebreo es un nombre femenino que significa «ciudad» o «asentamiento», pero, en sus cartas, Esther se refería a Kirya indistintamente como «el campamento» o «el recinto», como si el nombre o el propósito del lugar no le importaran.

—Es como si la enfermería ya no le importara a Esther, nunca la menciona —señaló Honor.

Sobre la Haganá, el Palmaj y las Fuerzas de Defensa de Israel, Constance recordaba haber dicho: «Supongo que todos necesitan enfermeras, Tommy».

«Probablemente el ejército necesite enfermeras», recordaban los Winslow que había dicho Isaac Drucker, con su inconcreción habitual. Ahora no, ya no. En una ocasión, cuando los Winslow fueron a visitar a los Drucker en El Prado, Isaac incluso llegó a decir:

—El Mossad no necesita muchas enfermeras, Tommy.

—Si nuestra Esther trabaja para el Mossad, no lo hace como enfermera, Connie —añadió Bluma. Para tratarse de los Drucker, estaban siendo mucho más específicos de lo habitual.

A Constance le molestaba la obstinada falta de concreción de Esther. Cuando los Winslow mayores estaban solos, afirmaba:

—Esther es algo más que inconcreta. Ha abrazado la inconcreción, Tommy.

—Los asuntos judíos de Esther son asunto suyo, no nuestro, Connie —le recordó Thomas.

Pero con el paso de los años, fue Honor quien les recordó a sus padres:

—Cuando se trata de cuidarme, Esther no deja espacio para la inconcreción.

Tal vez Honor había aceptado la ambigüedad, pensó Constance.

A pesar de las buenas intenciones de los Winslow, cuando Jimmy acababa de cumplir seis años, la historia de la «otra madre» del niño se filtró durante un encuentro para jugar. Antes de eso, por supuesto, James Winslow había preguntado por su padre. ¿Quién era? ¿Por qué no estaba con ellos?

Como es lógico, Honor había pensado en lo que le diría, porque sabía que Jimmy le haría preguntas.

—Tu padre vive lejos, en otra parte del mundo. Nunca lo veremos, Jimmy —le dijo Honor.

—¿Piensa en mí? —le preguntó James Winslow a su madre.

—No lo sé, ahora tiene otra vida, tiene otros hijos —le respondió Honor. Había ensayado lo que iba a decirle con sus hermanas.

—No importa lo que digas, Honor. Jimmy seguirá preguntándote —dijo Constance.

—Querrá saber cómo es su padre —le dijo Thomas.

—Eres tú, papá, el que quiere saber *cómo es*. No dejas de mirar esas fotos antiguas —le recordó Honor.

Era cierto. Thomas Winslow buscaría rasgos de Moshe Kleinberg en su querido James. En las fotos que envió Esther, la mayoría de los luchadores tenían el torso demasiado desarrollado en comparación con las piernas. En el caso de Pequeña Montaña, su musculoso torso era más largo que sus piernas rechonchas. Thomas solo podía esperar que el maillot exagerara el torso de Moshe y la corta longitud de sus piernas.

—¿Me parezco a él? —le preguntaba James Winslow a su madre.

—Es demasiado pronto para saberlo con certeza, Jimmy, pero vas a ser guapo, eso es todo lo que puedo decirte —le respondía Honor a su hijo.

Le prometió que le contaría más cosas sobre su padre.

—Cuando seas mayor, Jimmy —le repetía Honor.

Para Jimmy, encontrarse con Arnaud Beaudette para jugar era la cita más importante. Chantal Beaudette era la hija menor de Josephine, su última hija. Chantal era una precoz niña de ocho años, pero a menudo jugaba con Jimmy y Arnaud. No dejaba de ser curioso que Arnaud fuera tan solo unos años más joven que Chantal,

que era su tía, por no mencionar que Chantal era más bajita que Arnaud. A Josephine y Honor no se les escapó que Chantal Beaudette era tan pequeña como Jimmy Winslow.

Como Honor y Josephine estaban hablando en la cocina de los Beaudette, no pudieron oír lo que Arnaud le preguntó a Jimmy. Pero Chantal sí oyó claramente a su sobrino preguntarle si lo que les había pasado a los judíos entristecía a Jimmy. Sin duda, Chantal se percató de que Jimmy no entendía la pregunta.

—Arnaud quiere decir si te entristece, por tu otra madre, que maten a los judíos —le explicó Chantal a Jimmy.

James Winslow no era el único niño de seis años que no sabía lo que les había pasado a los judíos, pero tal vez formase parte de una minoría en Pennacook, porque no sabía que tenía dos madres.

—¿Qué otra madre? —le preguntó Jimmy a Chantal, la tía de Arnaud.

—¡Tu *otra* madre, la *judía!* —gritó Chantal.

Esto fue lo que Honor y Josephine oyeron. Ambas sabían que Chantal y Arnaud querían a Jimmy, y que Jimmy los quería a ellos. Honor y Josephine también sabían que siempre había adultos hablando en la cocina de los Beaudette. En la casa de los Beaudette, siempre había también niños escuchando.

En ese momento, lo único que Honor y Josephine pudieron hacer fue abrazarse, pero sin duda entendieron lo que iba a pasar a continuación. A partir de ese momento, no habría vuelta atrás: todo tendría que salir a la luz. Era el momento de que James Winslow escuchara la historia al completo. Acababa de cumplir seis años, ciertas partes de su historia le resultarían difíciles de entender.

—Para un niño de seis años, la historia de Esther puede resultar confusa —le advirtió Constance a Honor.

—A los tres años de edad, la historia de Esther ya era confusa, Connie. ¡Pregúntale al doctor Larch! —exclamó Thomas.

Las chicas Winslow eran un coro bien ensayado, cuando le contaron a Jimmy la historia de su madre biológica, no escatimaron detalles.

—Esther fue la madre que se quedó embarazada, Jimmy, tu madre no se encargó de la parte del embarazo —dijo Faith en primer lugar. La parte del embarazo requeriría alguna explicación.

—Esther fue la madre que te llevó dentro de ella, Jimmy —le dijo Hope al niño, sosteniendo su estómago de una manera que sugería la parte interior.

—Esther te dio a luz, Jimmy —dijo Prudence. Thomas no pudo ver cómo Prudence representaba la parte del parto, pero James Winslow no le quitó los ojos de encima.

—Esther te entregó a mí, Jimmy. Fuiste su regalo para mí, porque Esther sabía lo mucho que te quería —le dijo Honor a su hijo. Si James Winslow se planteó la cuestión de ser un regalo para la única madre que conocía, no lo dijo.

Todas las explicaciones podían resultar confusas. Todos los caminos llevaban a Jimmy de vuelta a su padre. El niño parecía aceptar la historia de Esther, incluso la parte en la que ella no quería ser su madre. Pero James Winslow seguía preguntando por qué su padre no quería verlo, ni siquiera en fotos.

—¡Ni siquiera sabe cómo soy, abuelo! —le dijo indignado el niño a Thomas. Jimmy le dijo a su madre que deseaba que el abuelo Tommy fuera su padre.

—Deberíamos enseñarle a nuestro querido James las fotos de su padre. Pequeña Montaña podría inspirar al niño a ser luchador —le dijo Thomas a su familia. Esas fotos de Moshe Kleinberg y sus

compañeros luchadores con sus camisetas hicieron que Thomas imaginara a su nieto como un futuro luchador.

Las mujeres Winslow se horrorizaron ante la idea de que su querido Jimmy fuera luchador.

—Tommy, lo que yo creo es que deberíamos enseñarle al querido niño fotos de su madre biológica. Jimmy va a tener las manos de Esther —fue todo lo que Constance pudo decir.

James Winslow, de seis años, vio las fotos de su padre y su madre biológicos, al tiempo que Honor y sus hermanas hicieron todo lo posible por guiar al niño a través de los aspectos biológicos de la paternidad y la maternidad. Como no podía ser de otro modo, los Winslow hicieron todo lo posible por aliviar la carga que suponía para el niño el exceso de información, ahorrándole a Jimmy las partes del proceso reproductivo relacionadas con el embarazo, que podrían resultar confusas más adelante. Constance, decidida a no hablar de la reproducción sexual, se apresuró a decir lo que quería decir sobre las manos de Esther. En las fotos que Esther envió, se podían ver los dedos largos de sus grandes manos.

—Tienes las manos de Esther, Jimmy —dijo Constance, señalando una de las fotos de Esther. Constance no debería haberse apresurado, debería haber dicho que Jimmy iba a tener unas manos *como las de Esther*.

El niño de seis años se quedó horrorizado.

—¿Esther ya no tiene manos, abuela? —preguntó Jimmy, mirando fijamente sus manos.

Cuando se aclaró esa confusión, surgieron otros obstáculos para el joven James Winslow, empezando por la creciente conciencia de sus orígenes. Como él mismo sabía, sus manos eran comparativamente más grandes que el resto de su cuerpo. Si las manos

desproporcionadas del niño provenían de la mujer alta que le había dado a luz, Jimmy se preguntaba qué iba a heredar de su padre.

Al igual que su abuelo, James Winslow estaba fascinado con las fotos de Moisés Pequeña Montaña; el niño parecía decidido a ser luchador. Jimmy deseaba poder llevar un maillot, como los luchadores.

—No sé si también hacen maillots para niños, cariño —le dijo Honor.

En el otoño de 1947, cuando James Winslow y Arnaud Beaudette empezaron juntos el jardín de infancia, la tía de Arnaud, Chantal, solo era dos años mayor que Jimmy, pero era mucho más sensata. De más está decir que las Beaudette habían visto las fotos de Moshe Kleinberg, y Chantal también. Con sus pequeñas y bonitas manos, Chantal apretó las manos notablemente más grandes de Jimmy.

—Tendrás las manos de Esther, Jimmy, pero te parecerás más a Pequeña Montaña que a Esther. Serás pequeño, Jimmy, es posible que siempre tengamos el mismo tamaño —le dijo Chantal al niño.

En una de las fotos que Esther envió, el joven James había notado las orejas de coliflor de Moshe Kleinberg.

—¿Voy a tener sus orejas? —le preguntó Jimmy a la tía de Arnaud. El niño se lo susurró al oído a Chantal, porque no quería que su amigo Arnaud lo oyera.

—Mira tus orejas, Jimmy, no tienes orejas como las de Pequeña Montaña. Creo que la lucha libre le dañó las orejas —le susurró la sabia niña. Chantal Beaudette también era mucho más sabia que la mayoría de los niños de su edad.

Sin que su familia lo supiera, Thomas Winslow acudiría al entrenador de lucha libre de la Academia Pennacook. Desde que Thomas tenía memoria, la academia había tenido equipo de lucha libre, pero el entrenador Ted, como lo llamaban todos, era nuevo.

Thomas no tardaría en descubrir que, en el mundo de la lucha libre, el entrenador Ted ya era muy conocido.

Había sido dos veces campeón de los Diez Grandes en Illinois cuando James Winslow aún era un recién nacido. El entrenador Ted también fue dos veces al Campeonato Nacional, quedando tercero y segundo en 1941 y 1942. En 1945, el entrenador Ted se mudó a New Hampshire, donde se convirtió en entrenador de la Academia Pennacook. Aunque nadie pensaba que el entrenador Ted se sintiera insatisfecho, todos creían que estaba excesivamente cualificado para el puesto. Sus equipos dominarían la lucha libre en las escuelas preparatorias de Nueva Inglaterra durante más de treinta años.

Lo que más le importaba a Thomas Winslow, cuando los dos hombres se conocieron, era si podría confiar en la discreción del entrenador Ted. Dado que Thomas empezó contándole la historia del padre biológico de su querido nieto, era un detalle esencial. El entrenador Ted, por supuesto, confirmó la causa y la autenticidad de las orejas de coliflor de Moshe Kleinberg a partir de las fotos. Las orejas deformadas de Pequeña Montaña eran el resultado de frotamientos repetidos, no solo por el roce con la lona, sino porque las cabezas de los luchadores siempre se rozaban entre sí, explicó el entrenador.

Thomas Winslow le preguntó al entrenador Ted si creía que la predisposición a la lucha libre era hereditaria.

—Los hijos de los luchadores son más propensos a practicar la lucha libre, y los hermanos menores de los luchadores también son más propensos a practicarla —empezó a decir el entrenador Ted, con su tono mesurado—. Pero dicha inclinación se debe a que se crece rodeado de lucha libre, no se trata de algo puramente hereditario, como tú dices —le aclaró el entrenador a Thomas.

Como profesor de inglés que era, Thomas admiraba tanto la precisión del entrenador Ted como su discreción. Y Thomas estaba emocionado por la perspectiva de que su nieto creciera rodeado de lucha libre. Para introducir a Jimmy en ese deporte, Thomas propuso llevar al niño al siguiente encuentro de lucha libre en Pennacook.

—No tan rápido. Tómatelo con calma —dijo el entrenador—. En un par de años más, tendré un equipo mejor, Tommy, por no mencionar que tu Jimmy tendrá edad suficiente para estarse quieto durante un encuentro de lucha libre —le dijo el entrenador Ted.

En opinión de Thomas Winslow, el entrenador Ted resultaría ser previsor y específico a la vez.

En el invierno de 1950, los luchadores de Ted ganaron la mayoría de sus combates. Para entonces, Thomas y James Winslow miraban absortos. Thomas nunca había visto a Jimmy tan quieto como cuando veía la lucha libre. Arnaud Beaudette acudía a los encuentros de lucha libre con ellos; la lucha libre también cautivaba por completo a Arnaud. A veces, la tía de Arnaud veía la lucha libre; Chantal, por su parte, era una espectadora entusiasta. Cerraba los ojos, hacía muecas, juzgaba a los árbitros. Chantal sabía qué árbitros le gustaban y cuáles no. En una ocasión, cuando el árbitro advirtió a un luchador de Pennacook por demorarse, Chantal le gritó al árbitro:

—¡El *otro* es el que se está demorando!

Thomas y James preferían ver a los luchadores de peso ligero antes que a los de peso pesado, y no solo porque era evidente que Jimmy lucharía en una de las categorías de peso más ligeras. Los pesos ligeros eran más rápidos y hacían más movimientos.

—Es más divertido ver a los pequeños —observó Chantal.

Era evidente que Arnaud Beaudette estaba destinado a ser uno de los luchadores más grandes. El entrenador Ted y Thomas Winslow

ya estaban buscando una beca para Arnaud en la academia.

—Sé que sois muy buenos amigos, pero no es probable que seáis compañeros de entrenamiento, ya que estaréis en categorías de peso diferentes —les dijo Thomas.

—Si Jimmy y Arnaud son tan buenos amigos, lo más adecuado es que no sean compañeros de entrenamiento —le dijo el entrenador Ted a Thomas.

En 1950, James Winslow tenía nueve años. La tía de Arnaud tenía once.

—Seguimos en la misma categoría de peso, ¿sabes? —oyó Thomas que Chantal le decía a Jimmy.

Ese mismo año, Moshe Kleinberg tenía cuarenta y cuatro años y ganó una medalla en el campeonato nacional Hapoel. Pequeña Montaña sería uno de los luchadores elegidos para representar a Israel en los terceros Juegos Macabeos —«son como las Olimpiadas judías», escribió Esther—, donde Moisés ganó otra medalla.

«No eran medallas de oro, tal vez solo de plata o bronce», fue todo lo que Esther le escribió a Honor sobre Moisés. Esther no envió fotos.

En 1954, Moshe Kleinberg había dejado de competir como luchador, en tanto que Arnaud Beaudette y Jimmy Winslow estaban deseando empezar a hacerlo. A los cuarenta y ocho años, Pequeña Montaña era árbitro y entrenador de lucha libre. Una vez más, Esther no envió fotos.

Chantal Beaudette tenía quince años en 1954 y dejó de asistir a los encuentros de lucha libre.

—Cuando vosotros dos luchéis, iré a veros —les dijo Chantal a Jimmy y Arnaud.

Jimmy Winslow se percató de que Chantal llevaba ahora las blusas holgadas y los jerséis deslustrados de sus hermanas mayores.

—Chantal no quiere que nadie sepa que tiene pechos —le confió Arnaud a Jimmy, que ya estaba enamorado de Chantal.

A los trece años, James Winslow no podía imaginar confiarle a Arnaud sus sentimientos por Chantal. Sin embargo, no contarle a Arnaud lo que sentía por Chantal hacía que Jimmy se sintiera desleal con su mejor amigo.

13

Arriesgarse en el amor... o no

En marzo de 1956, con motivo del decimoquinto cumpleaños de Jimmy Winslow, su abuelo le regaló un ejemplar de *Grandes esperanzas,* la penúltima novela que escribió Charles Dickens.

—Vamos a leernos esta novela en voz alta, James. Yo leeré los capítulos impares y tú los pares —le dijo Thomas a su nieto.

Tanto Thomas como Constance admiraban la determinación de Jimmy de leer las novelas emblemáticas del siglo XIX, las mismas que su abuelo enseñaba en la academia. Pero James Winslow era un lector lento, movía los labios cuando leía un libro.

—Es como si el chico estuviera escribiendo cada palabra, Connie —le dijo Thomas a su esposa.

Constance sabía que su marido tenía otra razón para leer *Grandes esperanzas* en voz alta con su querido James. El profesorado de la Academia Pennacook no podía darles clase a sus propios hijos, o nietos. El Departamento de Inglés había rechazado la solicitud de Thomas Winslow de hacer una excepción en el caso de Jimmy. Thomas era considerado el experto en Dickens del departamento; Constance entendía que su Tommy creía tener el derecho docente sobre *Grandes esperanzas*.

—Si nuestro querido James puede escuchar la novela en voz alta, Connie, le ayudará como lector —le dijo Thomas.

—Pero no le des a Jimmy un sermón interminable, Tommy —fue todo lo que Constance pudo decir al respecto. Había escuchado sus sermones sobre *Grandes esperanzas,* todos buenos. Él creía que *Grandes esperanzas* era la novela más empática y con la trama más perfecta de la lengua inglesa.

—E ilustra de forma sublime lo que más disgusta a la gente de Dickens —había oído decir a su marido—. Dickens quiere conmoverte, más que persuadirte a nivel intelectual —solía decir Thomas—. En *Grandes esperanzas,* mi querido James, amarás a los personajes que se supone que debes amar y odiarás a los que se supone que debes odiar —oyó Constance decirle a su nieto—. No puedes encontrarte con un abogado de la aterradora ambigüedad del señor Jaggers y volver a ponerte voluntariamente en manos de un abogado. Aunque Jaggers es solo un personaje secundario en *Grandes esperanzas,* es posiblemente la principal crítica de la novela a vivir según reglas abstractas —solía decir Thomas Winslow.

Como profesor, no pasaba por alto los problemas económicos del padre de Dickens, ni el hecho de que Dickens, a los once años, hubiese tenido que trabajar. Dickens conocía de primera mano los males de la sociedad. A los quince años abandonó la escuela. Constance no pasaba por alto el hecho de que Jimmy tendría quince años y medio cuando empezara en la Academia Pennacook en el otoño de 1956.

Constance estaba exasperada con las lecciones de su marido, no paraba de hablar.

—Te darás cuenta de cómo el lenguaje exuberante de Dickens se va diluyendo a medida que avanza la trama —oyó Constance que le decía a Jimmy—. Tanto en la exuberancia de su lenguaje, cuando Dickens quiere ser exuberante, como en lo conciso que puede ser cuando simplemente quiere que sigas la historia, siempre es

consciente de sus lectores —prosiguió Thomas—. ¡Y Dickens abusa de la puntuación! Hace que las frases largas y potencialmente difíciles sean más lentas, pero más fáciles de leer. Su manera de puntuar es una forma de dirección escénica —dijo Thomas Winslow; no sabía que Honor lo estaba escuchando, junto a su madre.

—¡Que le den morcilla a la puntuación de Dickens, papá! —le gritó Honor a su padre.

—Por el amor de Dios, Tommy, ¡leeos en voz alta el uno al otro! —le dijo Constance.

Como Thomas leía todos los capítulos impares, fue él quien empezó. A Constance y Honor les dio la impresión de que enfatizaba la segunda frase del segundo párrafo de ese primer capítulo. «Como nunca vi a mi padre ni a mi madre, y nunca vi ningún retrato de ninguno de ellos, pues vivieron mucho antes de la era de la fotografía, mis primeras fantasías sobre cómo eran derivaban irracionalmente de sus lápidas.»

Tanto Constance como Honor se preguntaron si Thomas estaría tratando de hacer que Jimmy se sintiera mejor con respecto a sus propias circunstancias. Al menos el niño había visto fotos de Esther y Moisés Pequeña Montaña, no lápidas.

Por razones similares, supusieron Constance y Honor, Thomas hizo una pausa deliberada antes de leer en voz alta ese siniestro pasaje del capítulo siete, cuando el joven Pip contempla cómo un hombre podría congelarse tumbado en las marismas. «Miré las estrellas y pensé en lo horrible que sería para un hombre alzar la cara hacia ellas mientras se congelaba hasta morir, y no ver ayuda ni compasión en toda esa multitud resplandeciente.» ¿Era esta la forma que tenía Thomas Winslow de asegurarle a su nieto que a él nunca le faltaría ayuda o compasión, porque el niño provenía de una familia que lo adoraba? A esas alturas, cada vez que Thomas y James se

leían en voz alta el uno al otro, tenían a toda la familia como público, no solo a un par de fisgones en una habitación contigua.

Y qué larga pausa hubo después de que el joven James leyera la primera frase, tan declarativa, del capítulo catorce. «Es muy triste sentir vergüenza de tu hogar.» James Winslow se sintió abrumado por la emoción, el querido niño necesitó un minuto para recomponerse antes de poder seguir leyendo. Para todos los Winslow era muy importante que Jimmy no sintiera vergüenza de su hogar; la mera idea les resultaba repugnante.

Solo cuando Thomas leyó en voz alta ese pasaje cerca del final del capítulo diecinueve, justo antes de lo que Dickens llama «EL FINAL DE LA PRIMERA ETAPA DE LAS EXPECTATIVAS DE PIP», Constance se dio cuenta de por qué su Tommy había elegido leer los capítulos impares. Fue una elección tan deliberada como el resto del proceso de enseñanza de su marido: quería dar voz a aquellos pasajes que iluminaban la intención de Dickens de conmover a los lectores. «Dios sabe que nunca debemos avergonzarnos de nuestras lágrimas, pues son lluvia sobre el polvo cegador de la tierra que cubre nuestros corazones endurecidos.»

Constance y sus hijas no se sorprendieron cuando Thomas representó histriónicamente el «susurro apasionado» de la señorita Havisham en el capítulo veintinueve, al decirle al pobre Pip «qué es el amor verdadero». En ese sentido, Constance entendía que su marido y Dickens eran almas gemelas, porque su odio hacia la señorita Havisham no tenía límites. En cuanto al tema del «amor verdadero», ni Thomas Winslow ni la señorita Havisham se contuvieron. «Es devoción ciega, humillación incondicional, sumisión total, confianza y fe contra uno mismo y contra el mundo entero, entregar tu corazón y tu alma al que te golpea, ¡como hice yo!», exclamó Thomas Winslow en el papel de la señorita Havisham.

Honor Winslow estaba proyectando sus propios miedos sobre el «amor verdadero» en su querido Jimmy. La interpretación de su padre de la condena del amor por parte de la señorita Havisham podría hacer que James Winslow nunca le diera una oportunidad al amor, como no lo había hecho Honor. Por supuesto, Honor no podía evitar proyectar sus propios miedos sobre el amor en Jimmy. ¿Qué clase de madre no querría que su hijo le diese una oportunidad al amor, aunque ella misma no lo hubiera hecho?

Constance conocía bien a su marido, especialmente en lo relativo a sus métodos de enseñanza. Constance esperaba la lección que le quedaba por impartir, la que tenía que ver con los dos finales de *Grandes esperanzas*. Antes de leer el último capítulo, el cincuenta y nueve, Thomas pidió al joven James que leyera el final original de Dickens: el último encuentro de Pip con Estella, su antigua amante. De alguna manera, se supone que debemos creer que Pip puede apreciar en Estella que «el sufrimiento había sido más fuerte que las enseñanzas de la señorita Havisham», ¡y aún era más difícil imaginar que Estella tuviese corazón! Pip cree que Estella, de algún modo, «entenderá lo que era mi corazón». (Si conoces a Estella, ¡que tengas suerte con esa idea!)

Thomas Winslow y su nieto estaban de acuerdo con el final original. El tono es autocompasivo, por lo que resulta bastante más moderno que la revisión romántica de Dickens.

—Hay un distanciamiento contemporáneo en el final original..., incluso cierta complacencia, y no es propio de Dickens ser complaciente —le dijo Thomas al joven James—. Y lo que es peor, Pip está deprimido, ¡y Dickens no se deprimía! —exclamó Thomas. Luego leyó en voz alta el último capítulo, el final revisado, llorando cuando llegó a la parte en la que Pip y Estella terminan juntos.

«No veía indicios de otra separación de ella.» Estas son las últimas palabras de Pip, su declaración de amor eterno por Estella, su eterna torturadora. Constance se maravilló de lo que su marido había logrado: había elogiado el nuevo final como el adecuado para la novela, en tanto que había sembrado en Jimmy dudas justificadas sobre Estella.

—No me da buena espina que Pip y Estella sean pareja —le dijo Jimmy a su abuelo después de que terminaran de leerse *Grandes esperanzas* el uno al otro.

Constance sabía adónde iba a ir a parar eso, ya había oído antes la charla de su marido, una de las mejores. Cómo las expectativas de Pip se habían visto frustradas; cómo habíamos llegado a creer, desde el principio, que sus expectativas no eran tan grandes. Sabemos que Pip ha oído que Estella «lleva una vida muy infeliz»; el marido del que se había separado «la había tratado con gran crueldad». Honor Winslow se sentiría infeliz consigo misma por pensar que Estella era una mercancía usada o dañada. Sobre el enamoramiento, Pip observa: «¿Cómo podía yo, un pobre muchacho aturdido de pueblo, evitar esa maravillosa incoherencia en la que caen cada día los mejores y más sabios hombres?». Tal como afirma Pip sin rodeos, cuando se encuentra con Estella más tarde, cuando ambos son mayores: «La frescura de su belleza había desaparecido».

—Es el final adecuado para la novela, mi querido James, pero me parece que Pip está buscando problemas cuando no ve «ningún indicio de otra separación de Estella» —le dijo Thomas al joven James.

—¡Yo huiría de ella tan lejos como pudiera! —exclamó Jimmy Winslow.

—¡Tommy, como profesor eres un viejo zorro astuto! —le dijo Constance a su marido. Thomas Winslow tenía razón: escuchar *Grandes esperanzas* en voz alta ayudó de verdad al joven James como lector.

Lo que Thomas Winslow no esperaba era que leer *Grandes esperanzas* en voz alta hiciera que Jimmy Winslow quisiera ser escritor, pero solo si podía ser un novelista como Charles Dickens, tal y como el joven James le diría a su abuelo.

Thomas nunca tuvo la intención de cargar al niño con un deseo tan pasado de moda. Ser novelista como Charles Dickens le parecía a Thomas una ambición obsoleta, y eso que Thomas amaba a Dickens. Sin embargo, era consciente de que muchos de sus colegas opinaban que dar clase sobre Dickens era anticuado. Sabía que la mayoría de sus alumnos detestaban a Dickens. Como aspirante a escritor, ¿no estaba James Winslow condenado a quedar pasado de moda antes de empezar, condenado al olvido antes de dar sus primeros pasos? «¿Qué clase de confusión he causado (o provocado)?» Thomas Winslow, siempre profesor de inglés, estaba preocupado. Thomas lamentaba haber animado a su querido nieto a convertirse en un novelista del siglo XIX; su única intención había sido ayudar al muchacho con sus problemas de lectura.

Tal y como su abuelo había temido, James Winslow iba a tener dificultades como estudiante en la Academia Pennacook. El chico se defendía en las clases de Historia y de Inglés, era un lector lento, pero concienzudo. Thomas se dio cuenta de que los trabajos del joven James estaban meticulosamente reescritos, por no hablar de que tenían un exceso de puntuación. Thomas se culpaba por la obsesión que su nieto había desarrollado por reescribir. En una escuela exigente a nivel académico, nunca había tiempo suficiente para reescribirlo todo. Jimmy Winslow se quedaría atrás en

Matemáticas y en todas las materias de ciencias. Tampoco lograría dominar un idioma extranjero, y no por falta de esfuerzo. Su abuelo le había recomendado el español. Los colegas de Thomas en la academia le dijeron que el español era el idioma extranjero más fácil. Sin embargo, el joven James se tomaba muy en serio el origen de sus padres biológicos. Apenas había comenzado en la escuela preparatoria y Jimmy Winslow ya soñaba con ir a Viena; se imaginaba pasando un año en el extranjero durante su etapa universitaria. El único idioma extranjero que James Winslow quería aprender era el alemán.

Obviamente, Thomas admiraba la perseverancia de su nieto. Charles Dickens era el héroe de su querido muchacho y el joven James había comprobado cómo su héroe había reescrito el final de *Grandes esperanzas*. Para su desgracia, tenía que cursar tres años del mismo idioma extranjero si pretendía graduarse en la Academia Pennacook. También se exigían tres años de Matemáticas. James Winslow iba a necesitar cinco años para aprobar tres años de Alemán, y le llevó cinco años aprobar los tres de Matemáticas.

Para Jimmy fue una pequeña humillación no graduarse con la promoción de 1960, como lo haría su mejor amigo, Arnaud Beaudette. Todos las Beaudette estaban allí, incluida la tía Chantal. Como estaba enamorado de ella, el joven James intentó no mirarla fijamente, pero era consciente de cómo ella lo observaba. Chantal tenía motivos para estar preocupada por él.

El entrenador Ted también era prudente. Después de la ceremonia de graduación, la gente se arremolinaba, pero el entrenador Ted se llevó a Jimmy a un lado.

—No importa cuándo te gradúes, Jimmy. Lo único que importa es llegar a donde quieres llegar —le dijo el entrenador Ted al chico—.

Además, un quinto año no será tan malo. Significa que tienes otro año de lucha libre por delante —dijo el entrenador.

Ser un luchador de quinto año en la escuela preparatoria era un consuelo para James Winslow, que nunca ganaría un campeonato de Nueva Inglaterra. Al igual que Pequeña Montaña, Jimmy estuvo a punto de ganar el título varias veces; quedó cuarto una vez y tercero dos veces. También era un luchador que reescribía, era lo que el entrenador Ted denominaba «metódico». Ted le había enseñado a ser técnico, a estar a la defensiva desde el principio, a ser de los que contraatacan. Los primeros movimientos de Jimmy no eran lo bastante rápidos ni explosivos. James Winslow ganaba los combates de lucha libre contrarrestando los primeros movimientos de sus rivales más atléticos. Quedar cuarto en Nueva Inglaterra no estaba mal; quedar tercero dos veces estaba bastante bien. Pero Jimmy no era un gran atleta, que la fuerza de sus manos fuera superior era la única ventaja natural de la que disponía. De hecho, tenía las manos de Esther, podía controlar las muñecas de sus oponentes y montarse en sus tobillos. Derrotaba a algunos atletas mejores que él gracias al control de su manos y a su técnica metódica, pero el entrenador Ted no le engañaba. Más allá del nivel escolar, el entrenador fue franco sobre las perspectivas futuras de Jimmy como luchador. «No es malo» o «bastante bueno» no sería suficiente en el siguiente nivel, le dijo Ted al chico. Fue en la graduación de Arnaud cuando el entrenador Ted animó a James Winslow a empezar a pensar en convertirse en el escritor que quería ser.

—Cuando te vayas de aquí, Jimmy, y lo harás, sigue escribiendo, sigue siendo escritor, del mismo modo que un luchador seguiría luchando —dijo Ted—. Aquí viene alguien con quien deberías hablar, Jimmy. Escucha a Chantal.

James Winslow se dio cuenta de que las personas que se preocupaban por él habían hablado entre ellas. Sabía que ahora le tocaba a Chantal hablar en privado con él.

A diferencia del resto de las chicas Beaudette, Chantal empezó la universidad antes de tener un hijo. Por lo que sabían Arnaud y Jimmy, Chantal nunca había tenido novio. Como habían observado los Winslow, los habitantes de Pennacook no estaban tan acostumbrados a los francocanadienses como la gente del norte de New Hampshire. La mayoría de los francocanadienses de Pennacook no hablaban francés, eso solo les habría hecho destacar aún más. Chantal Beaudette quería destacar aún más de lo que ya lo hacía.

Chantal estudiaba francés en la Universidad de New Hampshire. Esperaba pasar su tercer año en París, donde podría aprender a hablar francés como los nativos. Pero tuvo que cambiar sus planes. No iba a ir a París, sino que se quedaría en casa para ayudar a su madre; Josephine Beaudette era demasiado mayor y estaba demasiado cansada para cuidar de todos sus nietos. Chantal iba todos los días a la Universidad de New Hampshire. Decía que solo tardaba veinte minutos —«a la velocidad máxima permitida, quizás media hora»— en conducir de Pennacook a Durham, pero James Winslow sabía perfectamente que Durham no era París. Arnaud le había dicho a Jimmy que su tía no solo se estaba especializando en francés, estaba cursando un máster para poder enseñar francés en una universidad o una escuela superior.

Sin embargo, durante la graduación de Arnaud en la academia, Chantal estaba centrada en el futuro de Jimmy.

—Hay dos novelistas en el Departamento de Inglés en la UNH —le dijo Chantal a Jimmy—. Puedes enseñarles lo que escribes a otros escritores. Eso es lo que más te importa, ¿verdad? —le preguntó—. No importa que la UNH no tenga equipo de lucha libre, Jimmy. Ya no

tendrás que pesarte —le dijo Chantal—. Si quieres seguir luchando, puedes buscar un compañero de entrenamiento en la sala de lucha libre de la academia, donde también puedes ayudar a Ted con los entrenamientos —dijo Chantal—. Podemos ir juntos a Durham en coche, alguna vez —añadió.

James Winslow tenía un recuerdo asociado a ir en coche a Durham con Chantal, un recuerdo entrañable de su adolescencia y de la de Arnaud. Durante su adolescencia en Pennacook, antes de que Chantal tuviera edad suficiente para tener carné de conducir, las únicas películas que veían eran las estadounidenses de estreno; en el cine local no proyectaban películas extranjeras. Pero Durham era una ciudad universitaria. El Franklin Theatre era lo que podría denominarse un cine de arte y ensayo. El Franklin no solo proyectaba aclamadas películas extranjeras, sino que también recuperaba algunos grandes clásicos.

Cuando eran más jóvenes, Arnaud y Jimmy vieron un par de wésterns clásicos en el cine local de Pennacook. Vieron *Solo ante el peligro* dos veces en 1952, cuando Jimmy tenía once años; vieron *Raíces profundas* tres veces al año siguiente. Como recordaría Chantal, Arnaud y Jimmy solo tenían once y doce años respectivamente cuando las chicas Winslow los colaron a ellos y a Chantal en el cine de Pennacook para ver *De aquí a la eternidad,* demasiado jóvenes, en opinión de Chantal, aunque ella solo tenía catorce años. Todavía recordaba todas las explicaciones que tuvo que dar, porque Arnaud y Jimmy eran demasiado pequeños para entender la parte del adulterio, por no hablar de la parte de la prostitución.

La consternación que había sentido Chantal por el hecho de que los chicos vieran *De aquí a la eternidad* seguía presente en su mente tres años después, en 1956, cuando llevó a los dos adolescentes a

Durham, donde el Franklin Theatre proyectaba una reposición de *El tercer hombre* de Carol Reed. Los chicos tenían catorce y quince años cuando Chantal los llevó a ver las húmedas alcantarillas de la Viena de posguerra, donde Harry Lime (Orson Welles) paga por sus terribles crímenes. Harry Lime está provocando la muerte o la mutilación de niños inocentes con penicilina diluida.

Si Arnaud y Jimmy se habían recuperado de su revelación del adulterio y la prostitución, con toda probabilidad no se asustarían ante el cine negro cuando fueran mayores, o al menos eso creía Chantal. Pero se dio cuenta de que la música melancólica (Anton Karas con una cítara) ponía nerviosos a ambos muchachos desde el inicio de la película. Chantal vio que una historia de amor condenada al fracaso podría afectar negativamente a James o a Arnaud, que aún no habían tenido ninguna cita con una chica. Y debería haber sabido que esos dos adolescentes se enamorarían del personaje de Anna (Alida Valli), la amante de Harry Lime. Al final de la película, cuando Anna abandona el cementerio donde ha sido enterrado Harry Lime, le da la espalda a Holly (Joseph Cotten). A él se le rompe el corazón, ya que está perdidamente enamorado de Anna. Holly es un escritor de novelas baratas; escribe wésterns.

Anna es una europea sofisticada y Holly es un estadounidense ingenuo, pensaba James Winslow. Intentaba imaginarse a sí mismo conociendo a una mujer mayor como Valli en Viena.

Chantal vio que ambos chicos tenían el corazón roto; esperaban que Anna y Holly acabaran juntos.

—¿No lo entendéis? —les preguntó a los chicos al salir del Franklin —. ¡Ella estaba enamorada de Harry! Holly está fuera de lugar, ¡y Anna lo ha visto todo! —les dijo Chantal. Era muy posible que, en comparación con el adulterio y la prostitución, pensaba Chantal, el

pesimismo, el fatalismo y la amenaza resultasen más difíciles de asimilar para los chicos.

Como Thomas Winslow le señalaría al joven James, el guion de *El tercer hombre* había sido escrito por Graham Greene, un novelista. Jimmy se limitó a asentir. Hasta ahora, había considerado a la tía de Arnaud, Chantal, como su principal fijación con relación a las mujeres mayores, no había imaginado siquiera que existiesen mujeres mayores como Valli en Viena. En cuanto al consejo del entrenador Ted de que Jimmy debía «dedicarse a escribir», Thomas Winslow ya estaba lo bastante preocupado por la obstinación de su nieto. El chico siempre estaba escribiendo ficción, el joven James inventaba historias en lugar de hacer los deberes. Como narrador en ciernes, James Winslow parecía vivir en un universo paralelo. Jimmy era un soñador, estaba más en contacto con el mundo de la fantasía que con la realidad. En opinión de Thomas, su nieto no necesitaba estímulo alguno para sumergirse en la escritura.

James Winslow cumpliría los veinte años antes de graduarse en la escuela preparatoria; su afán por la escritura fue en parte responsable de ello. (Y pensar que su abuela creía que Jimmy iba a ser un niño mayor para el jardín de infancia.)

Mientras tanto, Honor Winslow estaba volviendo loco al entrenador Ted, no paraba de pedirle que le contara cuáles eran las peores lesiones en la lucha libre. Como es lógico, el entrenador supuso que se trataba de otra madre angustiada, Ted solo intentó tranquilizarla.

—En la lucha libre, las lesiones, si te lesionas, suelen ser del tipo que se curan —le dijo el entrenador.

—Pero ¿cuáles son las *peores,* las que *no* se curan, al menos no del todo? —insistió Honor.

A Thomas Winslow no le preocupaban las lesiones de lucha libre de su nieto, le preocupaba más la escritura. Thomas pensaba que, en el mundo de la escritura, si no triunfas como novelista, es posible que nunca te recuperes. ¿Por qué Thomas se pensaría dos veces la obsesión de Honor por las peores lesiones de lucha libre que podría sufrir su querido hijo? Al expresar sus temores, Honor tan solo se estaba comportando como una buena madre, o eso pensaba Thomas.

Es más, Jimmy había llenado de orgullo a su madre biológica, pues ya había demostrado su disposición a defender a los judíos. Honor no dudó en contarle a Esther la historia al completo. El luchador titular de cincuenta y dos kilos del equipo de lucha libre de la academia era uno de los judíos no practicantes de Pennacook procedentes de Nueva York. Jonah Feldstein estaba un curso por debajo de sus compañeros de equipo Jimmy y Arnaud, pero, sin duda, Jonah era más sofisticado que ambos. Era un chico menudo, pero tenía el aire de alguien de una gran ciudad.

El pequeño Jonah irradiaba seguridad en sí mismo, lo cual acostumbraba a meterlo en problemas, junto con el uso de la kipá. Ni Arnaud ni Jimmy lo habían visto nunca con la kipá puesta, no era un judío ortodoxo y no se habían cruzado con él camino de la sinagoga. Era domingo y Jonah fue a la única tienda de conveniencia del centro de Pennacook que abría los domingos. «Cúbrete la cabeza», dice el Talmud, «para que el temor de Dios esté sobre ti.» Jonah no era devoto, no era propenso a la oración. Pero Jonah rezaba para que su hermana mayor, Sarah, no se quedase embarazada. Jonah llevaba la kipá por respeto a Sarah, para dedicarle a ella sus bendiciones.

A los estudiantes de la academia se les advertía de que se mantuvieran alejados de Morrison’s, pues esa tienda de conveniencia

era un lugar habitual de reunión para los maleantes locales. Morrison's estaba en la parte de la calle Mill que pasaba por Pennacook, al otro lado del río viniendo de la fábrica textil del pueblo. Si los estudiantes de la academia tenían pensado aventurarse por allí, se les aconsejaba no ir solos. Jonah estaba solo, con la kipá puesta, cuando se encontró con los hermanos Duval, dos gamberros que nadie era capaz de distinguir. Marcel y Marceau no eran gemelos, pero eran inseparables. No solo se parecían físicamente, también hacían gala del mismo comportamiento intimidatorio. Jonah salía de la tienda Morrison's cuando los hermanos lo abordaron en la acera de la calle Mill.

—Oye, judío, tú no puedes estar aquí —dijo uno de los hermanos.

—No se admiten judíos —dijo Marcel o Marceau.

—No puedes llevar tu gorro de judío aquí —le dijo uno de los Duval a Jonah, mientras le agarraba la kipá. Así empezó todo. A Jonah no le habrían propinado una paliza de no haber tirado al suelo al hermano Duval que le agarró por la kipá.

En términos de lucha libre, podría decirse que el luchador de cincuenta y dos kilos consiguió el primer derribo, pero perdió el combate contra los dos hermanos Duval, más corpulentos, en la acera de la calle Mill. A la policía de Pennacook le pareció suficiente castigo advertir a los hermanos Duval. La policía se equivocó al calificar la paliza que le habían dado a Jonah Feldstein como la primera infracción de esos hermanos, porque Marcel y Marceau habían agredido a otros estudiantes de la academia con anterioridad.

—Es posible que sea el primer judío al que los Duval han golpeado. A lo mejor es eso lo que la policía quiere decir con la primera vez —les dijo Jonah a sus compañeros de equipo.

Esa fue tan solo una muestra del carácter cosmopolita de Jonah entre sus compañeros de equipo de lucha libre. El chico judío de Nueva York no solo era muy consciente del antisemitismo, sino que estaba acostumbrado a él.

Marcel y Marceau no eran los únicos chicos de la familia Duval. Los Duval tenían hijos varones, al igual que los Beaudette tenían hijas. Desde muy pequeñas, a las niñas Beaudette les dijeron que se mantuvieran alejadas de los niños Duval. El hecho de que ambas familias vivieran en la zona de la calle Mill no ayudaba a que eso fuera así. Fue idea de Jimmy que Arnaud les diera una paliza a Marcel y Marceau, igual que los hermanos Duval habían golpeado a Jonah Feldstein. Arnaud se llevó a algunos compañeros de equipo, la mayoría de ellos luchadores de categorías de peso superiores, pero Jimmy Winslow también fue con ellos. El plan era sencillo. Los luchadores sujetarían a Marcel o Marceau mientras Arnaud le daba una paliza al otro hermano; justo después le llegaría el turno a Marcel o a Marceau de recibir una paliza de manos de Arnaud.

La policía de Pennacook se limitó a advertir a Arnaud Beaudette y a Jimmy Winslow. En esta ocasión, sin embargo, la policía acertó al considerar la paliza a los hermanos Duval como una primera infracción por parte de Arnaud y de Jimmy. No supieron por qué, pero la policía no mencionó al resto de los luchadores; eran alumnos internos, pero ese no era motivo suficiente para absolverlos.

El Comité Disciplinario de la Academia Pennacook advirtió a todos los luchadores involucrados, y un miembro del profesorado llegó incluso a referirse a ellos como «justicieros». Las advertencias fueron lo único que se les impuso, pero los Feldstein, en Nueva York, agradecieron la actuación de Jimmy y Arnaud.

Después de las vacaciones de Acción de Gracias, Sarah Feldstein llevó a Jonah de vuelta a la Academia Pennacook. Ella estudiaba en

una universidad ubicada en la zona de Boston. Jonah recorrió con Sarah todo el campus de la academia hasta que encontraron a Arnaud y Jimmy.

—Mi hermana quiere daros un abrazo y un beso —dijo Jonah con naturalidad cuando dieron con ellos. Jonah apartó la mirada cuando Sarah los abrazó y besó. Arnaud y Jimmy nunca habían sido abrazados y besados como lo hizo la morena y ardiente Sarah. Más material para el tema de las mujeres mayores: así es como James Winslow, el escritor, llegaría a entenderlo algún día.

En su quinto año en la Academia Pennacook, los jóvenes James y Jonah Feldstein se convirtieron en mejores amigos. Estando ya Arnaud en la universidad, Jonah era el único con el que Jimmy salía. Jonah le confió a Jimmy que también estaba enamorado de Chantal, la tía de Arnaud.

En cuanto a Chantal, cumplió su palabra: asistió a todos los combates de lucha libre de Jimmy en la academia. Siguió llevándolo en coche al Franklin Theatre de Durham, incluso después de que él se sacase el carné de conducir. Sin lugar a dudas, la película más destacada de todas las que vio con ella y Arnaud fue *El séptimo sello,* de Ingmar Bergman. Chantal tuvo que dar muchas explicaciones sobre esa película. Empezó con la historia del caballero medieval que regresaba a Suecia de las cruzadas, que fue la parte que más les costó entender a los chicos. En una noche de invierno de 1958 en New Hampshire, la peste negra —una epidemia de peste bubónica que tuvo lugar mediados del siglo XIV— les resultó muy difícil de entender. Jimmy y Arnaud comprendieron a la perfección el hecho de que el caballero se encontrase con la personificación de la Muerte y lo que estaba en juego en la partida de ajedrez que disputaban, así como el encuentro del caballero con la caravana de actores y cómo el caballero es capaz de distraer a la Muerte el

tiempo suficiente para que la joven pareja escape con su hijo. Ambos niños entendieron que aquella «única acción significativa» suponía un acto de redención para el caballero.

Las cosas se complicaron para Chantal cuando intentó abordar la importancia que tenía para el caballero «el silencio de Dios». Chantal se dio cuenta de que el silencio de Dios era lo normal para Arnaud y Jimmy, ya que esos niños no eran en absoluto religiosos.

Chantal, por otra parte, se atascó con la cita bíblica (Apocalipsis 8, 1) que da comienzo a la película y se repite cerca del final. Se saltó la parte del «séptimo sello» y se apresuró a decir que «hubo silencio en el cielo durante aproximadamente media hora», lo que hizo reír a ambos chicos.

—*¿Solo* hubo silencio durante media hora? —preguntó Arnaud, rompiendo a reír sin control.

—Pensaba que *siempre* había silencio en el cielo —le dijo James Winslow a Chantal con un tono más serio, y esta decidió no mencionar la escena final de la película: el caballero y sus compañeros en una Danza de la Muerte.

Chantal, que solo tenía diecinueve años, evitó recordarles a los chicos de dieciséis y diecisiete años la universalidad de la muerte. Nada de *Danse Macabre,* nada de *Totentanz,* para Arnaud y Jimmy. Ni siquiera los habitantes de Pennacook estaban tan preocupados por la inevitabilidad de la muerte como la gente de finales de la Edad Media, pensaba Chantal.

Resultó que Jonah Feldstein no solo había visto *El séptimo sello,* sino también otras películas de Bergman. Cómo no. Jonah vivía en Nueva York, donde había más de un cine como el Franklin. Pero Jonah y Jimmy coincidían en que *El séptimo sello* había sido una de las experiencias que los había «formado». La muerte tendría para

siempre un rostro humano: el rostro lunar de Bengt Ekerot, un actor sueco.

Pero los dos chicos discrepaban sobre Dickens. Jonah aceptaba que *Grandes esperanzas* hubiese sido formativa para Jimmy. Por su parte, el joven James admitía que la representación de Fagin en *Oliver Twist* era antisemita.

Donde los dos chicos coincidían, sin lugar a dudas, era en *El diario de Ana Frank*. Los chicos aún no se conocían cuando leyeron ese libro. Para Jonah, *El diario de Ana Frank* había sido el *Grandes esperanzas* de su vida. Fue el libro que le hizo querer ser escritor, no simplemente un diarista, sino un novelista, un narrador. Para el joven James Winslow, *El diario de Ana Frank* fue el primer libro que le hizo llorar sin ser una novela; le afectó emocionalmente, como las novelas del siglo XIX que le encantaban.

El diario de Ana Frank se publicó por primera vez en inglés en 1952, cuando Jimmy tenía once años y Jonah solo nueve. Tanto los Winslow como los Feldstein pensaban que los chicos eran demasiado jóvenes para leerlo entonces. Los Winslow permitieron a Jimmy leer *El diario de Ana Frank* el verano previo a que empezara a estudiar en la Academia Pennacook, cuando tenía quince años, la misma edad que Ana Frank cuando escribió su última entrada en el diario. Murió en Bergen-Belsen tres meses antes de cumplir los dieciséis. Jonah leyó el libro más o menos al mismo tiempo, cuando todavía estaba en la escuela secundaria; solo tenía trece años, la misma edad que Ana Frank cuando le regalaron su diario.

En su día a día, tanto antes como después de la lucha libre, a Jonah y a Jimmy les venía a la mente algún pasaje de *El diario de Ana Frank* y lo recitaban con una espontaneidad inquietante, dependiendo del pasaje. En cuanto jóvenes escritores, a ambos chicos les gustaba recordar una de las primeras entradas del diario:

«Me parece que más adelante ni yo ni nadie estará interesado en las reflexiones de una colegiala de trece años». Mucho tiempo después de que los dos amigos coincidieran en la escuela, cada vez que Jonah y Jimmy se tomaban una cerveza juntos brindaban de manera solemne, recordando dos líneas que Ana añadió como comentario en su diario en 1942. «Me aterra que descubran nuestro escondite y nos fusilen. Por supuesto, es una perspectiva bastante sombría.» La versión breve de dicho comentario de Ana la repetían los dos amigos con reverencia a modo de estribillo: simplemente «una perspectiva bastante sombría».

Pero antes de que se conocieran, el verano en que Jimmy tenía solo quince años, cuando leyó por primera vez *El diario de Ana Frank,* el muchacho ya recitaba a su madre los pasajes que había memorizado. Había una entrada del diario, de octubre de 1942, que el joven James le repitió de forma casual a Honor una noche mientras recogía los platos de la mesa. «Se están llevando en masa a nuestros numerosos amigos y conocidos judíos.» Honor se quedó desconcertada. En un primer momento pensó que Jimmy solo estaba participando de la conversación.

Cuando Honor le escribió a Esther para contarle lo mucho que Jimmy admiraba a Ana Frank, citó algunas de las frases favoritas de su hijo. Esther le respondió pidiéndole que compartiera su propia lista de frases favoritas con Jimmy, empezando por «no hay mayores enemigos en la tierra que los alemanes y los judíos».

A Honor no le sorprendió que a Esther le gustara la última línea de una entrada del diario de enero de 1944: «¡Ojalá tuviera una novia!».

El joven James sintió una marcada cercanía con su madre biológica cuando Esther citó un largo pasaje de la entrada de abril de 1944 de *El diario de Ana Frank*. «A los ojos del mundo, estamos

condenados, pero si, después de todo este sufrimiento, aún quedan judíos, el pueblo judío será tomado como ejemplo. Quién sabe, tal vez nuestra religión enseñe al mundo y a todas las personas que lo habitan sobre la bondad, y esa sea la razón, la única razón, por la que tenemos que sufrir. Nunca podremos ser solo holandeses, o solo ingleses, o lo que sea, siempre seremos judíos. Y tendremos que seguir siendo judíos, pero entonces querremos serlo.»

Al igual que Esther, Jimmy también se sintió conmovido por la última entrada del diario de Ana Frank de agosto de 1944: su deseo de «seguir intentando encontrar una manera de convertirme en lo que me gustaría ser y en lo que podría ser si... si no hubiera otras personas en el mundo».

Thomas y Constance Winslow se guardaron para sí mismos sus pensamientos sobre el final del diario de Ana: «ojalá no hubiera otras personas en el mundo». Para ellos dos, que conocían tan bien a Esther, esas palabras sonaban más a Esther que a Ana. ¿Y por qué Esther había dejado de enviar fotos?, se preguntaban los Winslow mayores. ¿Estaba tratando de desaparecer?

A pesar de ser un estudiante de quinto año de la Academia Pennacook, había pocas fotografías de James Winslow en los anuarios escolares: ni una sola foto de sus dificultades con el alemán, no había constancia de su retraso en otras asignaturas. No aparecía ni una sola foto de Jimmy escribiendo, que era lo que la familia Winslow recordaba mejor del chico: con la cabeza inclinada sobre un escritorio o sobre una mesa, simplemente escribiendo.

Por supuesto, había fotos de James Winslow practicando lucha libre en esos cinco anuarios, incluidas fotos de Jimmy compitiendo como luchador y fotos posando con el equipo de lucha libre de la academia, en las que Jimmy aparecía sentado o de pie junto a los pesos ligeros. Los maillots que llevaban los escolares no eran del

tipo escotado que lucía Moshe Kleinberg y otros luchadores internacionales.

Thomas Winslow se preguntaba por qué los luchadores de Nueva Inglaterra llevaban mallas debajo de los maillots; siempre tenían las piernas cubiertas. ¿Era una cuestión de decoro estadounidense que los luchadores no estuvieran tan expuestos, o simplemente preferían llevar más ropa?, se preguntó Constance. Esta no era una pregunta adecuada para el entrenador Ted, pues en realidad no era una pregunta sobre lucha libre, decidió Thomas.

Moshe Kleinberg tenía cincuenta y cinco años en 1961, cuando ejerció de árbitro en los sextos Juegos Macabeos en Israel. Esther envió una foto de su acreditación como árbitro. Lo hizo como respuesta a las fotos de lucha libre de Jimmy que Honor había estado enviándole a Esther. «Excepto por lo bajito que es, Jimmy se parece más a mí», fue todo lo que Esther escribió sobre la foto de la acreditación como árbitro de Moshe. Honor se alegró de ver las orejas de coliflor de Moisés Pequeña Montaña y le encantó mostrárselas a Jimmy. Como la enfermera diligente que era, Honor drenaba y atendía las orejas de coliflor de su hijo cada vez que aparecía alguna muestra de ellas.

—Las orejas de Pequeña Montaña parecen excrementos de animal —dijo Faith, mirando con disgusto su acreditación como árbitro.

«He visto cosas en los pañales de los niños que se parecen a las orejas de este tipo», dijo Hope a todos.

—Deberíamos llamar a Pequeña Montaña «Orejas de mierda de perro» —fue lo que Prudence dijo al respecto.

James Winslow creía firmemente que sus dos madres lo habían convertido en quien era, no vio nada de sí mismo en la acreditación de árbitro de su padre. Era como una foto de pasaporte, no se podía apreciar lo bajito que era Moisés Pequeña Montaña.

Jimmy creía que había algo extraño en su interior, y no solo por la decisión de Esther de mudarse a su patria judía. La idea de tener dos madres formaba parte de la extrañeza intrínseca de Jimmy, o al menos eso creía el muchacho.

¿Por qué James Winslow no iba a creer que dar a luz a un niño y ser madre eran dos cosas distintas? A pesar de eso, Jimmy entendía lo que tenían en común sus dos madres: nunca se comprometerían con una pareja para toda la vida. Como no podía ser de otro modo, el joven James entendía que esa falta de compromiso con una pareja era algo natural. ¿Por qué Jimmy no iba a creer que eso también formaba parte de su intrínseca rareza?

A James Winslow le encantaban las películas extranjeras, como si las películas con subtítulos fueran algo natural. No le hacía ningún mal ver esas películas con Chantal, la tía de Arnaud. Durante su último semestre en el instituto, Jimmy fue a solas con Chantal al Franklin a ver *Al final de la escapada,* de Godard, un drama criminal marcado por una historia de amor condenada al fracaso.

En febrero de 1961, Chantal contaba veintiún años y Jimmy diecinueve; ellos también tenían todos los ingredientes para que su propia historia de amor estuviera condenada al fracaso. No es que Chantal animara al joven James a imaginar que el hecho de ver juntos películas extranjeras se pareciera ni remotamente a una historia de amor. Jean-Luc Godard y el guionista de la película, François Truffaut, eran franceses, y Chantal se tomaba muy en serio su francés.

Ese mismo año escolar, Thomas Winslow le había regalado a su nieto un libro: *Cuatro guiones de Ingmar Bergman*. Basta con decir que Jimmy Winslow estaba lo bastante informado sobre el amor y la fatalidad antes de cumplir los veinte años.

James Winslow acababa de cumplir veintiuno, en abril de 1962, y estaba cursando su primer año en la Universidad de New Hampshire; el que debería haber sido el tercer año de Chantal en el extranjero. Jimmy llamó a Chantal y la invitó al Franklin, donde se proyectaba *Jules et Jim,* de Truffaut.

—Probablemente sea otra historia de amor condenada al fracaso —dijo.

—Ya sé lo que es, Jimmy —le respondió Chantal.

Era una historia de amor más condenada al fracaso de lo que el joven James había imaginado hasta entonces. Al final de la película, cuando Catherine le pide a Jim que se suba a su coche, diciendo que tiene algo que contarle, también le dice a Jules que los observe. Jules ve cómo Catherine conduce el coche por un puente en ruinas y cae al río, acabando con su propia vida y con la de Jim. Solo queda Jules, que se encarga de su cremación.

Chantal lloró durante toda la película y agarró la mano de Jimmy durante la escena del coche. El joven James se dio cuenta de que ella ya había visto la película, tal vez sola o con alguien, pero eso no importaba. Jimmy no sabía qué decir, así que decidió decir cualquier cosa.

—Esto ha sido casi como una cita —empezó diciendo Jimmy—. Has llorado, me has cogido de la mano... No sé muy bien lo que estoy diciendo —admitió.

—No, esto no se ha parecido en *nada* a una cita, Jimmy —le dijo Chantal un tanto enojada—. No me tocabas los pechos al tiempo que yo te apartaba, no me metías la lengua en la garganta mientras yo intentaba arrancártela de un mordisco —dijo Chantal, con una certeza similar a la de Jeanne Moreau cuando conduce su coche por el puente.

—Oh —fue todo lo que Jimmy pudo decir.

Ese mismo año, 1962, Moshe Kleinberg murió de cáncer de próstata a la edad de cincuenta y seis años. Esther le escribió a Prudence, ya que ella era la doctora de la familia. Prudence le dijo a Jimmy que no se preocupara, que ella le vigilaría la próstata. Jimmy no sabía cómo llorar la muerte de alguien a quien nunca había conocido. Había llorado la muerte de personajes de novelas, pero a esos personajes los conocía.

Cuando murió su padre, James Winslow estaba leyendo *Hamlet,* de Shakespeare, por segunda vez, en su primer año de inglés en la UNH. Ya había leído algo de Shakespeare en la Academia Pennacook. «Ser o no ser, esa es la cuestión», reflexiona Hamlet para sí mismo.

Jimmy no bromeaba cuando le dijo a Chantal:

—Arriesgarse o no arriesgarse en el amor, esa es la cuestión.

—Eso es un poco absurdo, Jimmy —le dijo Chantal. Pero Jimmy se preguntaba si alguna vez se arriesgaría en el amor.

Al igual que la única madre que Jimmy conocía y amaba, al igual que su madre biológica, por lo que había oído sobre Esther, el joven James Winslow tenía motivos para dudar de su capacidad para enamorarse. Creía que Moisés Pequeña Montaña, su difunto padre biológico, no le habría culpado por tener dudas.

14

Igual que tú

Otra de las reflexiones que Thomas Winslow se guardaba para sí mismo tenía que ver con Jonás, en quien se inspiraba el nombre de Jonah Feldstein, profeta hebreo del Tanaj, la Biblia hebrea, y del Libro de Jonás del Antiguo Testamento cristiano. Se trata del mismo Jonás al que engulle un pez gigante. Jonás pasa tres días y tres noches en el vientre del pez, rezando. Entonces Dios le ordena al pez que vomite a Jonás. Cuando Jonah Feldstein estaba perdiendo un combate de lucha libre, al chico también parecía habérselo tragado un pez y luego haberlo vomitado. O eso pensaba Thomas; sabía que era mejor no comentarlo, excepto con su esposa.

—No se lo digas a los Feldstein, Tommy, pensarán que eres antisemita —le dijo Constance.

Thomas dudaba de que alguien pensara que era antisemita por imaginar a Jonah Feldstein como el Jonás de las Biblia hebrea y de la cristiana, pero Thomas no le dijo nada al entrenador Ted al respecto. Ser tragado y vomitado por un pez no eran técnicas de lucha libre, se dijo Thomas.

Ser tragado y vomitado por un pez no era el tipo de lesiones de lucha libre que obsesionaban a Honor Winslow: solo le interesaban las peores. Lo que nadie sabía era que Honor creía que las peores lesiones de lucha libre eran las mejores. En ese sentido, Honor Winslow se adelantó a su tiempo: estaba buscando un modo de

evitarle a su querido James que pudiesen obligarle a cumplir el servicio militar. Honor quería que a Jimmy lo clasificaran como 4-F: «registrado no apto para el servicio militar debido a un defecto físico, mental o moral». El defecto físico era el que Honor tenía en mente. Ser tragado y vomitado por un pez podría provocar un defecto mental, pero probablemente no uno moral. Honor Winslow incluso había imaginado la operación de rodilla más adecuada para Jimmy.

En la década de 1970, cuando la meniscectomía parcial artroscópica, o reparación del menisco, comenzó a desplazar a la cirugía de menisco abierta, un menisco desgarrado no era gran cosa. Hoy en día, la cirugía artroscópica para un menisco desgarrado es una de las cirugías de rodilla más fáciles que puedan llevarse a cabo. Pero en la década de 1960 no era así, pues se utilizaba el cuchillo Smillie de forma abierta para extirpar todo el menisco, como bien sabía Honor Winslow.

En la década de 1960, se practicaba una meniscectomía sin restricciones. Honor Winslow guardaba en su escritorio una foto del bisturí de Smillie para cartílagos. El mango del instrumento tenía forma de T y el extremo funcional tenía forma de espátula, para realizar cortes en el menisco de la rodilla. Jimmy Winslow no tenía la menor idea de para qué servía ese instrumento. Lo único que Jimmy sabía era que su madre era enfermera obstetra y ginecóloga; no iba a preguntarle para qué servía ese instrumento.

Fuera lo que fuese lo que Esther tramaba en estricto secreto, ella había recibido formación como enfermera. Honor le escribió a Esther sobre la «utilidad» de cierto tipo de lesión de lucha libre para su querido James. Una lesión que requiriese cirugía abierta de menisco sería lo más «deseable», escribió Honor. Los practicantes de lucha

grecorromana no eran tan propensos a tener que pasar por cirugías de rodilla, respondió Esther.

Esther conocía a algunos chicos que practicaban la lucha grecorromana en el club de lucha libre de Haifa que se habían visto sometidos a la «cirugía Smillie», como ella la llamaba. «Mantendremos a nuestro chico fuera de la guerra», le aseguró Esther a Honor. «Cuando se acerque el momento, espero que podamos encontrar una opción mejor que Smillie.» Para Honor, no había mejor opción que Smillie. Esa cirugía causaba un daño real; en la mente de una madre amorosa, esa cirugía tenía escrito 4-F por todas partes.

James Winslow sabía que su madre y Chantal Beaudette se veían a menudo, solo ellas dos, pero ¿por qué iba el chico a reparar en ello? Arnaud le dijo a Jimmy que su tía Chantal admiraba a su madre. Tal vez Honor Winslow era un faro de independencia para una joven como Chantal, que se había mantenido al margen de cualquier cosa parecida a una relación de pareja. Que Chantal y su madre tuvieran una relación cercana provocó que Jimmy fuera incluso más consciente de la naturaleza condenada al fracaso de su enamoramiento por la seductora tía de Arnaud.

¿Y por qué iba el entrenador Ted a mostrarse suspicaz con Honor Winslow cuando esta le preguntó si las peores lesiones en la lucha libre se producían en los combates y no en los entrenamientos? Ted le dijo que no había diferencia alguna. Si practicabas lucha libre, podías lesionarte, tanto en un combate como en un entrenamiento. En un combate, un árbitro podía detener una situación que pareciera «potencialmente peligrosa», explicó el entrenador Ted. En los entrenamientos, no había árbitros vigilando. Ted pensó que Honor parecía algo más aliviada al conocer ese detalle; el entrenador daba por hecho que resultaba imposible saber lo que pasaba por la mente

de las madres de los luchadores. Al entrenador Ted no se le ocurrió que Honor Winslow *quisiera* que Jimmy sufriera una de las peores lesiones de la lucha libre, es decir, una de las mejores.

Ahora que Jimmy era alumno de la UNH, ya no competía como luchador. Honor había imaginado que era menos probable que se lesionara, porque Jimmy solo entrenaba con los luchadores de la Academia Pennacook. Honor se sintió realmente aliviada al saber que no era menos probable que se lesionara en los entrenamientos.

James se preguntaba por qué su madre y Chantal Beaudette seguían asistiendo a los combates de lucha libre de la academia. Jimmy solo ayudaba con los entrenamientos. Sabía perfectamente que esas dos mujeres no estaban allí para verlo luchar.

Su madre le explicó a Jimmy que Jonah Feldstein seguía compitiendo como luchador.

—Jonah es tu nuevo mejor amigo, Jimmy, ¡y me encanta ese chico! —declaró Honor. James Winslow era muy consciente de lo mucho que a su madre le gustaba abrazar a Jonah—. Jonah es tan menudito que me recuerda a cuando te abrazaba a ti siendo niño —le dijo su madre a Jimmy. ¿Por qué algo así no tendría que parecerle plausible a Jimmy?

El día en que Jonah se lesionó, Honor y Chantal estaban viendo el combate, pero también estaban hablando. El entrenador Ted y Jimmy estaban sentados uno al lado del otro; antes de que Jonah gritara, ambos vieron venir la lesión.

—Ahí está —dijo Ted—. Una fuerza de torsión en una pierna cargada, eso es lo que la ha provocado, Jimmy —le dijo el entrenador.

Era una lesión de torsión en la rodilla. La pierna de Jonah se giró cuando el peso del chico quedó atrapado en la colchoneta sobre ese

mismo pie, una lesión desagradable de ver, pero la madre de Jimmy y Chantal siguieron hablando hasta que Jonah gritó.

—Deja que el entrenador inmovilice la rodilla de Jonah antes de moverlo —le dijo Ted a Jimmy. Una vez que la rodilla de Jonah estuvo inmovilizada, pero antes de moverlo, la madre de Jimmy se acercó a la colchoneta y abrazó a Jonah como si fuera su madre.

—Tu madre estaba imaginando que eras tú el que se lesionaba, Jimmy —le dijo Chantal más tarde.

Ese encubrimiento era una verdad a medias, como se daría cuenta el joven James Winslow mucho después de la lesión de rodilla de Jonah Feldstein. La verdad completa era que Honor Winslow deseaba que hubiese sido su hijo quien sufriera esa lesión de rodilla.

En su estado mental postoperatorio, Jonah Feldstein no recordaría cómo describió su cirujano ortopédico el «mecanismo de la lesión» que llevó a la meniscectomía de Jonah, su cirugía de Smillie. Jonah solo dijo que la descripción de la lesión que hizo el entrenador Ted era más fácil de entender.

James Winslow no prestó atención cuando su madre describió la estrategia de la cirugía de Jonah.

—Comenzando por el cuerno anterior, el cirujano corta el cuerpo del menisco de la cápsula y lo desplaza hacia el centro de la rodilla —le recitó Honor Winslow a su hijo—. Por último, se corta el cuerno posterior y se extirpa todo el menisco. —No le dijo a Jimmy que Jonah había tenido suerte. A Jonah no se le había roto el menisco, lo que habría llevado a una cirugía más invasiva—. A Jonah le pondrán una escayola, lo que permitirá que el tejido cicatricial llene el vacío que ha dejado la meniscectomía —le explicó su madre a Jimmy. Honor sabía cuándo su hijo no estaba prestando atención. Como el escritor en ciernes que era, la palabra «vacío» no llamó la atención de Jimmy.

James Winslow recordaría tiempo después el alboroto que armó su madre cuando a Jonah le quitaron la escayola y le retiraron los puntos. La incisión del bisturí había dejado una cicatriz bastante grande en su rodilla. Honor Winslow estaba impaciente, quería que la cicatriz se curara lo suficiente para poder empezar a masajearla. Jimmy no podía ver cómo su madre masajeaba la cicatriz de Jonah. Honor presionaba con su dedo índice; los músculos de su antebrazo se tensaban mientras seguía la cicatriz hecha por el bisturí.

—Deberías hacerlo tú mismo, Jonah, no tienes por qué exagerar —le dijo la buena enfermera al chico—. Cuanto más la masajees, menos se notará.

—No me importa que la cicatriz se note, está en mi pierna. No es como si todo el mundo la fuera a ver —dijo Jonah. Hacía muecas de dolor que llevaban a pensar a Jimmy que se podía exagerar con el masaje de una cicatriz. Jimmy no tenía ninguna duda de que su madre estaba exagerando.

Jonah Feldstein no estaba preocupado por los efectos secundarios de su cirugía Smillie. Le habían advertido de que tal vez no podría correr, le dijo Jonah a Jimmy.

—Vamos a ser *escritores,* Jonah, las únicas lesiones que debemos evitar son las lesiones por *escribir*—le dijo Jimmy a su nuevo mejor amigo. Honor podía oír a los dos chicos riéndose.

«No te clasificarán como 4-F por lesiones debidas a la *escritura»,* pensaba Honor Winslow. Ya le había escrito a Esther sobre un problema más urgente. Su querido James había estudiado alemán durante cinco años, pero a Jimmy le costaba mucho. Se mostraba muy inseguro hablándolo, con voz titubeante; cuando le hablaban, se esforzaba por entender. James Winslow cursaría dos años más de alemán en la Universidad de New Hampshire, lo suficiente para cumplir con los requisitos de la universidad en cuanto a idiomas

extranjeros. El año en el extranjero en Viena era lo que preocupaba a Jimmy y a su madre.

En aquella época, el programa de estudios en el extranjero se llamaba Instituto de Estudios Europeos. El IEE aceptó a James Winslow en su programa en Viena. Le aseguraron que tenía más conocimientos de alemán que muchos de sus estudiantes; Jimmy estaría en una clase de alemán avanzado. Jimmy se sintió algo más tranquilo, pero su madre no. Honor ya le había escrito a Esther para preguntarle si conocía a algún profesor de alemán.

«¡No te preocupes! Una joven judía cuidará de nuestro chico, ¡es como un perro guardián!», respondió Esther. Esto preocupó aún más a Honor.

James Winslow tendría veintidós años cuando fuera a Viena. Su madre no creía que necesitase que una joven judía lo protegiera. «Jimmy solo necesita un profesor de alemán», escribió Honor a Esther.

«Esa mujer conoce Viena, es israelí, pero sabe alemán», escribió Esther. Ahora los Rosenthal también estaban preocupados.

—Una israelí no está en Viena para ser profesora de alemán —le dijo Daniel Rosenthal a Honor. Sí, por supuesto que había una embajada israelí en Viena, pero también había algunos cazadores de nazis muy activos. Como señaló Naomi Rosenthal, Simon Wiesenthal abrió el Centro de Documentación Judía en Viena en 1961. Wiesenthal había sobrevivido a los campos de exterminio nazis y su documentación de los crímenes del Holocausto ayudó a los agentes del Mossad a capturar a criminales de guerra nazis.

Uno de los casos más recientes de Wiesenthal era el de Karl Silberbauer, el oficial de la Gestapo que había arrestado a Ana Frank. Silberbauer trabajaba como inspector de policía en Austria en 1963 cuando Wiesenthal lo identificó ante la policía de Viena. Silberbauer

fue suspendido, pero el Gobierno austriaco lo dejó libre. Eso ocurrió en noviembre de 1963, cuando James Winslow era estudiante en Viena, pero su tutor nunca lo mencionó y Esther no escribió ni una palabra al respecto. El Gobierno austriaco declaró que la detención de Ana Frank no justificaba la detención de Silberbauer ni su enjuiciamiento como criminal de guerra. Y Otto Frank, el padre de Ana, testificó que Silberbauer se había «comportado correctamente» y «solo había hecho su trabajo». La junta de revisión policial exoneró a Silberbauer de toda culpa. La policía de Viena le asignó un trabajo de oficina.

Honor Winslow recordó, sin venir a cuento, la ocasión en que le escribió a Esther para contarle lo mucho que a ella y a Jimmy les gustaba *Solo ante el peligro,* el wéstern con Gary Cooper y Grace Kelly. Era 1952, Jimmy tenía once años. Cuando Esther le respondió, le dijo a Honor que llevara a Jimmy a ver la película otra vez. Fred Zinnemann era el director, sus padres eran judíos austriacos que habían sido asesinados en el Holocausto. Al igual que Billy Wilder, Zinnemann era un judío europeo que tuvo una influencia maravillosa en el cine estadounidense. «Fred Zinnemann hizo un wéstern judío», escribió Esther.

Todos los Winslow volvieron a ver *Solo ante el peligro*. La primera vez que la vieron, no fueron conscientes de estar viendo un wéstern judío. Tampoco entendieron su esencia judía la segunda vez.

—Tal vez haya que ser judío para entender su esencia judía —dijo Constance Winslow. Pero los Rosenthal también vieron *Solo ante el peligro* por segunda vez; conocían la historia de Fred Zinnemann y lo que Esther pensaba de la película.

—El personaje de Grace Kelly es cuáquera y pacifista, desde luego no es judía —dijo Daniel Rosenthal.

—Tal vez haya que ser *Esther* para entender la esencia judía de *Solo ante el peligro*—dijo Naomi.

A Thomas Winslow, la gente del pequeño pueblo que está en el territorio de Nuevo México, los que no apoyan al *sheriff,* le recordaban a los habitantes de Pennacook.

—A lo mejor Esther piensa que los habitantes de *Solo ante el peligro* son como antisemitas, Connie —dijo Thomas.

—Creo que esa idea, Tommy, es tuya, no la de Esther ni la de Fred Zinnemann —le dijo Constance.

Al año siguiente, Fred Zinnemann dirigió *De aquí a la eternidad*. Curiosamente, Esther no escribió para decirles a todos que la vieran. Thomas y Constance se enteraron de que sus hijas habían llevado a Jimmy al cine a escondidas, junto con Arnaud y Chantal, para ver la película. Al igual que Chantal, los Winslow mayores dudaban de que esos chicos tuvieran edad suficiente para verla. No tenían por qué preocuparse. El joven James se aburrió, les dijo Honor. No era como *Solo ante el peligro;* no había nada tan bueno como el tiroteo o Tex Ritter cantando *Do Not Forsake Me, Oh My Darlin'.*

Thomas Winslow hablaba en serio cuando le preguntó a los Rosenthal si habían percibido algo judío en *De aquí a la eternidad*.

—Los judíos no tienen relaciones sexuales al aire libre, y mucho menos en la playa, Tommy —le dijo Daniel. Constance y Naomi se rieron, pero Thomas se quedó sin palabras, avergonzado—. Estaba bromeando, Tommy —dijo Daniel Rosenthal.

Esther no bromeaba cuando le escribió a los Rosenthal y a los Winslow aconsejándoles que ignoraran lo que Freud había dicho del novelista y dramaturgo austriaco Arthur Schnitzler. Esther explicó que Freud y Schnitzler eran vecinos del distrito de Leopoldstadt de Viena. Freud denominaba «colega» a Schnitzler en el terreno del estudio de «lo erótico subestimado y muy difamado».

«Creedme, lo erótico no tiene nada que ver con el motivo por el que quiero que el chico lea *Camino a campo abierto,* de Schnitzler, antes de llegar a Viena. A todos los demás os desagradará, especialmente a ti, Tommy», escribió Esther. No mencionó el modernismo, un movimiento literario que Thomas Winslow detestaba, pero Esther sabía que una novela opresiva sobre un aristócrata cristiano cuyas principales amistades son intelectuales judíos en la sociedad vienesa anterior a la Primera Guerra Mundial, en una época en la que el antisemitismo estaba en auge, no sería del agrado de Thomas.

Der Weg ins Freie, el título en alemán, se publicó por primera vez en 1908, y la traducción al inglés en 1913. Esther elogió a Schnitzler por su capacidad para intuir el antisemitismo que se avecinaba. En lo que escribió a los Rosenthal y a los Winslow, destacó que *Judenhaß,* la palabra alemana para antisemitismo, significa «odio a los judíos».

Los libros de Schnitzler fueron prohibidos por los nazis en Austria y en Alemania. Hitler calificó los textos de Schnitzler de «basura judía». En 1933, cuando Goebbels organizaba la prohibición de libros en Berlín, los libros de Schnitzler fueron quemados junto con las obras de otros judíos: Einstein, Marx, Kafka, Freud y Stefan Zweig.

Pero no era eso lo que Esther quería que Jimmy apreciara sobre *Camino a campo abierto.* «El chico tiene que leerlo hasta el final, entonces entenderá que no solo se trata de una novela costumbrista, sabrá de qué trata realmente esta novela», escribió Esther.

Así, desafiado por su madre biológica a «leerlo hasta el final», Jimmy Winslow leyó la novela con mucha atención. También leyó todo lo que pudo encontrar sobre la vida de Arthur Schnitzler. Schnitzler había estudiado Medicina en la Universidad de Viena, trabajó en el Hospital General de Viena antes de dejar la medicina

para dedicarse a escribir. Schnitzler se separó de su esposa. Tenían una hija que se suicidó cuando tenía diecinueve años. Él mismo murió en 1931.

James Winslow tenía veintidós años en marzo de 1963, cuando el presidente Kennedy reintrodujo el aplazamiento del reclutamiento para los hombres que tuvieran hijos. La Orden Ejecutiva n.º 11098 de JFK establecía que cualquier hombre, casado o soltero, podía ser clasificado como 3-A si mantenía «una auténtica relación familiar» con uno o varios hijos: «reclutamiento aplazado por motivos de extrema dificultad para los dependientes». Honor Winslow estaba muy atenta, seguía de cerca la creciente implicación de Kennedy en Vietnam. En 1961, JFK envió a cuatrocientos Boinas Verdes para entrenar a los soldados de Vietnam del Sur.

Pero Jimmy Winslow estaba absorto en la Viena de Schnitzler, no habría sabido decir qué era una clasificación 3-A con relación al reclutamiento militar. Jimmy no era consciente de las pruebas realizadas por Estados Unidos en 1961 dentro del programa de guerra herbicida en Vietnam del Sur. En 1962 comenzaron la Operación Ranch Hand y la Operación Trail Dust. Los aviones estadounidenses estuvieron rociando herbicidas y defoliantes sobre Vietnam del Sur hasta 1971.

Thomas Winslow sabía que su nieto no era un hombre renacentista. El joven James era un soñador. Un escritor en ciernes es como una novela en curso, pensaba Thomas. Jimmy estaba centrado en el barón Georg von Wergenthin, el distante aristócrata cristiano de Viena. Para ser el personaje principal, Georg no es muy simpático, o al menos de eso se quejaba Jimmy a su abuelo. El barón confiesa sentirse aliviado por su falta de cercanía con otros seres humanos. Se burla de Willy Eissler, un amigo judío, por su aparente hipersensibilidad en relación con el antisemitismo. Georg

von Wergenthin cree que no tiene rencor hacia los judíos, sin embargo, se queja de que solo conoce a judíos que se avergüenzan de serlo, o que están orgullosos de serlo pero temen que los confundas con judíos que se avergüenzan de ello.

—Ser judío ayuda a entender lo que es el antisemitismo —le dijo Thomas a su nieto. En *Camino a campo abierto,* ambos estaban confundidos por el aparente antisemitismo entre los personajes judíos. Y había tantos diálogos contradictorios sobre el sionismo que resultaba difícil hacerse una idea de qué era lo que Schnitzler pensaba al respecto, pero Jimmy y su abuelo coincidieron en que Schnitzler, con toda probabilidad, estaba de acuerdo con Herr Ehrenberg, quien admite que le gustaría ver Jerusalén antes de morir.

—A mí también, abuelo, me gustaría ver Jerusalén —dijo Jimmy.

—Querido niño, eso preocuparía aún *más* a tu madre —le dijo Thomas—. El problema de *Camino a campo abierto* es que hay demasiado diálogo, algo previsible cuando un dramaturgo escribe una novela —dijo Thomas Winslow, cambiando de tema. Thomas no solo estaba ejerciendo de nuevo como profesor de inglés, sino que sabía que la idea de las dos madres no incluía la posibilidad de que James Winslow fuera a Jerusalén.

Sus objeciones a la escritura de Schnitzler dejaron a James y Thomas Winslow desprevenidos ante la muerte del hijo del barón Von Wergenthin y Anna Rosner, un bebé que muere estrangulado al nacer por su cordón umbilical. El médico deja a Georg solo con su hijo muerto, que al barón le parece una criatura de una perfección inimaginable, destinada a pasar de una oscuridad a otra.

Anna Rosner y Georg von Wergenthin no están casados. La muerte de su hijo absuelve al barón de cualquier sentido del deber que le hubiera obligado a casarse con Anna. Los amigos de Georg no

sienten lástima por el niño que no llegó a vivir y creen que Georg y Anna tienen suerte de haber evitado un matrimonio cuestionable. Sin embargo, Georg y Anna están devastados por la muerte de su hijo. Su relación termina porque Anna no quiere volver a pasar por semejante agonía. El barón se pregunta si un hijo no nacido puede morir por falta de amor, se pregunta si su hijo ha muerto porque nadie deseaba realmente que naciera. Al mismo tiempo, el barón Von Wergenthin se da cuenta, con total claridad, de lo mucho que desea ser libre.

Esther estaba convencida de que Jimmy sabría entender que un hijo *deseado* realmente importa. Tanto Jimmy como su abuelo estaban desconsolados. El niño que no llegó a vivir hizo que James Winslow fuera consciente de cómo habían deseado sus dos madres que naciera.

—Esther siempre fue una buena lectora, Tommy —le recordó Constance a su marido.

—Estás en lo cierto, Connie, no vi venir lo del niño muerto —admitió Thomas.

Lo que *sí* vieron venir los Winslow mayores fue que Chantal Beaudette y Honor estaban tramando algo juntas. Al fin y al cabo, Thomas y Constance sabían muy bien lo que su cuarta hija había tramado con Esther.

—Creo que, de nuevo, se trata de la idea de dos madres, Tommy —dijo Constance.

Thomas argumentó que Honor tenía el único hijo que había deseado y, en su opinión, lo que diferenciaba a Chantal del resto de las chicas Beaudette era que Chantal no quería tener nada que ver con los hombres ni con los bebés. «Especialmente, con los *bebés»,* pensó Constance para sí misma.

—Eso parece, Tommy, pero cuando veo a dos mujeres hablando de un modo tan excluyente e intenso, creo que deben de estar hablando de sexo o de partos, o de ambas cosas —le dijo Constance. Sabía que Thomas Winslow habría sido más feliz defendiendo el modernismo como movimiento literario que hablando de manera voluntaria de sexo o de partos, y mucho menos de ambas cosas.

En mayo de 1963, los budistas se manifestaban en Vietnam del Sur, pero a Jimmy Winslow eso no parecía importarle. Como le dijo a Chantal, le preocupaba más que Arnaud no respondiera nunca a sus cartas o solo le diera respuestas muy superficiales.

—Arnaud no es escritor, Jimmy —le dijo Chantal—. Cuando Arnaud está contigo, está totalmente presente. Cuando no está, está totalmente ausente.

—Te vi hablando con Chantal. ¿Te parece atractiva? —le preguntó su madre a Jimmy.

—¿Que si me parece *qué?*—exclamó Jimmy.

—Jimmy, solo te he preguntado si crees que Chantal es sexualmente atractiva. Solo es una pregunta, cariño —dijo su madre.

—Creo que Chantal es muy atractiva, pero es la tía de Arnaud —señaló Jimmy.

—¡Tú y Chantal... sois iguales! —declaró Honor—. ¿Qué tiene que ver Arnaud con esto?

En junio de 1963, un monje budista protestante se inmoló en Saigón; los periódicos estadounidenses publicaron fotos de la autoinmolación del monje. Como le dijo el joven James Winslow a Chantal, le interesaba más saber qué pensaba su madre al respecto.

—Imagina que me dejas embarazada, Jimmy —empezó a decir Chantal—. Nos casamos, o no, o nos casamos y nos divorciamos, pero la custodia de nuestro hijo es totalmente tuya —le dijo Chantal.

—Es como si pretendieses hacer lo mismo que Esther —dijo Jimmy. Estaba empezando a entenderlo.

—Si eres el padre soltero de nuestro hijo, no te reclutarán, Jimmy —explicó Chantal—. No tenemos que vivir juntos ni tener una verdadera relación —le dijo Chantal, como si una verdadera relación fuera lo peor que pudiera imaginar.

—Arnaud se volvería loco —fue lo único que se le ocurrió decir a Jimmy.

—Si supiera que haciéndolo podría evitar que Arnaud fuera a la guerra, tendría incluso un hijo suyo. ¡Arnaud se volverá loco de cualquier manera! —le dijo Chantal.

—*¡Yo* me volvería loco de cualquier manera! —exclamó Jimmy.

—Te vas a Viena, Jimmy. Tal vez será mejor que dejes embarazada a una chica europea —sugirió Chantal.

Si Isaac y Bluma Drucker hubieran estado vivos, habrían sido demasiado mayores para saber lo que Esther estaba organizando en Viena. Solo los Rosenthal se habían fijado en el nombre de la profesora de alemán: *die Hauslehrerin,* «la tutora privada», era una tal Fräulein Annelies Eissler.

—Annelies Marie Frank era el nombre completo de Ana Frank —les dijo Naomi Rosenthal a los Winslow mayores.

—Y te acordarás de Willy Eissler, de Schnitzler, Tommy, el judío hipersensible que cree que «cada sonrisa ambigua» es antisemita —dijo Daniel.

—¿Estás diciendo que Fräulein Eissler tiene un nombre inventado, que no es una coincidencia? —preguntó Thomas.

—Suena a algo ficticio. Es el nombre que tendría una agente —respondió Daniel.

—¡Una agente operativa! ¡Haces que Fräulein Eissler parezca una agente secreta! —exclamó Constance.

—Sabemos que Esther tiene conexiones con el Mossad, Connie —le recordó Naomi.

—Sabemos que el Mossad opera más allá de las fronteras de Israel, eso no es ningún secreto —dijo Daniel.

—Pero solo estamos haciendo conjeturas, Daniel. Nadie sabe exactamente cuál es la conexión entre Esther y Fräulein Eissler —dijo Naomi.

—Sí, solo estamos haciendo conjeturas —les dijo Daniel a los Winslow—. Nadie sabe cuáles son las conexiones de Esther, tan solo creemos que Esther y Fräulein Eissler están trabajando juntas.

Los Winslow mayores les contaron a los Rosenthal que Honor había escrito recientemente a Esther para preguntarle si Fräulein Eissler conocía a algún luchador en Viena. ¿Había algún club de lucha libre, algún gimnasio donde Jimmy pudiera seguir entrenando con otros luchadores?

¿Qué estarían tramando *ahora* esas dos madres?, se preguntaban tanto los Rosenthal como los Winslow mayores. Si Honor Winslow quería que su querido James siguiera luchando, eso significaba que no había renunciado a la cirugía de Smillie. Y que Chantal Beaudette se mostrase reacia a hacer lo mismo que Esther significaba que tal vez Annelies Eissler conocía a alguna chica europea a la que Jimmy podría dejar embarazada.

Su abuelo tenía razón: James Winslow era un soñador, como lo son los jóvenes escritores en ciernes. Sin embargo, Jimmy había leído con mucha atención *El diario de Ana Frank* y *Camino a campo abierto;* Jimmy sabía de dónde venía Annelies Eissler. Al principio, había imaginado que su madre biológica podría ser su profesora de alemán; de hecho, esperaba que Esther hubiese inventado a Annelies Eissler para disfrazarse. Pero a Jimmy le dijeron que su

tutora era una mujer «joven»; él conocía la historia de su madre biológica.

En 1963, Esther tenía cincuenta y ocho años. No obstante, al joven James Winslow le animaba creer que su madre biológica debía de haber intervenido en la elección de su profesora judía de alemán, y no solo en su nombre. Jimmy quería escribir a Esther y darle las gracias por no haber llamado a su profesora Anna Rosner, la amante soltera del barón Von Wergenthin, la mujer cuyo bebé muere al dar a luz, pero Jimmy supuso que escribirle a su madre biológica no sería bien recibido ni permisible.

Jimmy se conformaba con susurrarle a Esther mientras estaba a punto de dormirse.

—Igual que tú, primero iré a Viena y luego a Jerusalén —le susurraba—. Igual que tú.

Y durante el día, inconscientemente, a veces lo decía en voz alta.

—Igual que tú.

15

Por teléfono

Thomas Winslow no podría haber sabido que su querido nieto ya pensaba en él como el personaje principal de la que sería su primera novela. Ese verano de 1963, antes de que James se marchara a Europa, Thomas le regaló la novela de Henry Fielding *Tom Jones,* una comedia picaresca escrita en el siglo XVIII. Era una novela de formación con un final romántico.

—¡Oh, Tommy, un niño expósito para el hijo de un niña expósita! —le dijo Constance, rompiendo a llorar. Thomas también lloraba. Eran buenos abuelos, tan solo buscaban proteger a su nieto; sin embargo, Jimmy creía a pies juntillas en la extrañeza intrínseca de su existencia. Estaba decidido a verse a sí mismo como un huérfano. Lo único que Thomas y Constance podían hacer por el niño era ofrecerle una historia de huérfanos con un final feliz.

Mientras el joven James se sumergía en sus lecturas de verano, Honor Winslow se preocupaba por el baúl sin preparar de su hijo. Nadie en la familia Winslow había hecho nunca las maletas para pasar un año en el extranjero. La madre de Jimmy estaba exasperada con él porque no mostraba ningún interés en elegir su ropa de invierno y tampoco parecía tener la capacidad para hacerlo. Honor le había escrito a Esther para preguntarle sobre los inviernos en Austria. «La ropa que utiliza en invierno en New Hampshire

servirá», fue todo lo que Esther le respondió. Esther tenía más cosas que decir sobre el gimnasio de lucha libre en Viena.

Los luchadores grecorromanos que Esther conocía del club de Haifa recomendaban un gimnasio, el Turnhalle Leopold, en la Währinger Straße. Esther le preguntó a Fräulein Eissler sobre el gimnasio. Resultó que Leopold Spiegel, propietario de este y entrenador del equipo de lucha grecorromana, era amigo de Fräulein Eissler. «Leo es un antiguo luchador grecorromano, un tipo bajito», escribió Fräulein Eissler a Esther.

Fräulein Eissler conocía las diferencias entre la lucha grecorromana y la lucha libre, y sabía que Jimmy Winslow se dedicaba a la lucha libre, no a la grecorromana. En la lucha grecorromana no se permitían llaves por debajo de la cintura. Los luchadores de estilo libre son tipos que luchan como pueden; a los de estilo grecorromano les gustan los bloqueos corporales, los arrastres de brazos y los empujes con la parte superior del cuerpo. Los luchadores de estilo libre eran bienvenidos en el Turnhalle Leopold, pero no había un equipo para ellos. Solo había cuatro luchadores de estilo libre que entrenaban de manera regular, dos israelíes y dos soviéticos. Solo un israelí y un soviético estaban en la categoría de peso de James Winslow. «Leo me ha dicho que esos dos compañeros de entrenamiento serán suficientes», escribió Fräulein Eissler a Esther.

Los luchadores que se dedicaban a la lucha grecorromana que Esther conocía del club de Haifa hablaban de Leopold Spiegel con auténtica reverencia. Spiegel significa «espejo» en alemán. A Leo lo llamaban Kleiner Spiegel («Pequeño Espejo») porque imitaba los movimientos de sus oponentes. Luego, Leo hacía lo mismo pero mejor. El pequeño era un maestro del súplex. No podías enfrentarte a él pecho contra pecho, te lanzaba de cabeza.

Fräulein Eissler conocía a los dos luchadores israelíes. «Un par de veteranos de la Haganá», los llamaba Esther. Fräulein Eissler dijo que los luchadores israelíes tenían ahora más de treinta años.

Jimmy Winslow le preguntó al entrenador Ted si creía que los veteranos eran demasiado mayores para luchar.

—Si los israelíes se han entrenado en Europa, todavía pueden ser bastante duros —dijo Ted.

Según Fräulein Eissler, los luchadores soviéticos estudiaban Medicina en Viena. «Dos antiguos luchadores del Ejército Rojo, con toda probabilidad agentes del KGB», fue todo lo que Esther dijo sobre los soviéticos. Fräulein Eissler añadió que los rusos eran mayores que los habituales estudiantes de Medicina, pero confirmó que estudiaban en la facultad. Como le diría el entrenador Ted a Jimmy, si los soviéticos habían luchado en el equipo del Ejército Rojo —que era como se conocía en Occidente al CSKA de Moscú, un club deportivo ruso—, con toda probabilidad eran bastante duros. Para el joven James Winslow, sus compañeros de entrenamiento de lucha libre en Viena simplemente parecían viejos.

Ese verano de 1963, Arnaud Beaudette regresó a su casa en Pennacook. Él y Jimmy pasaron tiempo juntos, intentando volver a convertirse en mejores amigos. Como siempre, Arnaud era más decidido y firme en sus planes que Jimmy. Tras graduarse en la universidad, Arnaud no iba a tardar en encaminarse a Fort Benning, Georgia, a la Escuela de Oficiales del Ejército de Estados Unidos.

—La OEO es el camino que hay que seguir, Jimmy, es mejor ser oficial —dijo Arnaud.

—Vas a ir a Viena, Jimmy, tal vez lo más adecuado sea que dejes embarazada a una chica europea —le había dicho la tía de Arnaud, Chantal, al joven James. Ahora se sentía avergonzado y humillado, no podía decirle la verdad a Arnaud, pero la perspectiva de dejar

embarazada a una chica europea le resultaba mucho más atractiva que la idea de la escuela de oficiales.

Jimmy intentó hablar con Arnaud sobre otros temas. Le contó a su amigo que iba a tener una tutora judía alemana, solo para ver qué diría Arnaud. Arnaud lo decepcionó.

—¡Es justo lo que se merecen los nazis, después de lo que hicieron! —dijo Arnaud. Arnaud se reía; debía de pensar que era divertido tener una profesora judía alemana.

James Winslow cambió de tema y habló de la tía de Arnaud, Chantal.

—¿Qué crees que quiere realmente Chantal? ¿Cuáles crees que son sus esperanzas y expectativas? —le preguntó a Arnaud.

Para sorpresa de Jimmy, Arnaud siguió riéndose.

—Chantal se imagina casada con un francés y viviendo en París, ¡solo ellos dos, sin hijos! —dijo—. ¡Imagina a un francés en París feliz *solo* con Chantal!

El joven James sabía cuántos culitos de bebés había limpiado Chantal en la casa de los Beaudette. Que Chantal no tuviera hijos tenía sentido para Jimmy, que podía imaginarse siendo feliz *solo* con Chantal, incluso en Pennacook. Esta no era una conversación que Jimmy pudiera tener con Arnaud. (Ni con Chantal.) A partir de ese momento decisivo, al darse cuenta de que había perdido a su mejor amigo de la infancia y la adolescencia, el joven James buscó consuelo preparando el baúl con su ropa.

Tuviera o no Chantal Beaudette unos pechos grandes, o solo fuera *monopecho,* no era tonta.

—Tú y Arnaud sois dos jóvenes muy diferentes, Jimmy, ya no sois los chicos que erais —dijo Chantal—. ¿Qué sentido tendría decirle a Arnaud que quieres ser novelista como Charles Dickens? ¡Arnaud ya no lee novelas!

Un inesperado vínculo entre Chantal Beaudette y Jimmy fue el interés que ambos compartían por la circuncisión masculina, algo que Constance Winslow comprobaría por sí misma en la Biblioteca Pública de Pennacook. Ella esperaba que su nieto sintiera curiosidad por el tema algún día; en las duchas, entre hombres desnudos, o cuando los luchadores se pesan, Constance sabía que Jimmy vería penes no circuncidados. Luego llegó el día en que Chantal y Jimmy pidieron el mismo número de la misma revista médica. Tal como Constance había previsto, era solo cuestión de tiempo que descubrieran su mutuo interés por la historia de la circuncisión.

En 1941, el setenta y cinco por ciento de los niños nacidos en hospitales urbanos de Estados Unidos eran circuncidados. En 1942-1943, tras la batalla de Guadalcanal, se llevó a cabo una circuncisión masiva de soldados estadounidenses en el Pacífico, debido a «un brote de fimosis y parafimosis». El prepucio de los soldados era tan estrecho que les cortaba la circulación en la punta del pene. Después de la guerra, los antiguos circuncidadores militares promovieron la circuncisión masiva, tanto en revistas médicas como en revistas populares. Y después de que las tropas estadounidenses desembarcaran en Corea del Sur, en 1950, durante la posterior ocupación estadounidense, la circuncisión infantil se convirtió en una práctica casi universal en Corea del Sur. En 1955, la tasa de circuncisión rutinaria en Australia alcanzó un máximo del noventa por ciento. Dado el interés de Jimmy y Chantal por la circuncisión, Constance volvió a sucumbir al tema.

Tanto Chantal Beaudette como Constance Winslow se darían cuenta de que, después de la Segunda Guerra Mundial, apenas se mencionaba a los soldados italianos y alemanes que no habían sido circuncidados. Jimmy no había mostrado ningún interés por los

penes sin circuncidar hasta aquel día en la Biblioteca Pública de Pennacook, cuando Chantal dijo:

—Los franceses, Jimmy, los que tienen tu edad y la mía en Francia, no están circuncidados.

Constance no lo sabía, le habría dado vergüenza preguntarle a Chantal en qué número de qué revista había leído eso sobre los franceses sin circuncidar. Jimmy recordaba haber pensado que cabía la posibilidad de que, algún día, hubiese en Francia un tipo afortunado.

En cuanto al baúl, James Winslow no recordaría más tarde si lo enviaron por adelantado a Viena o si viajó con él en el barco que zarpó del puerto de Nueva York hacia Europa. Como escritor en ciernes, Jimmy estaba más atento a su imaginación que a los detalles de su propia vida. Iba a recordar más bien poco de su llegada a Viena, pero ya se había imaginado *allí* siendo un extranjero en una ciudad extranjera.

Los estudiantes del Instituto de Estudios Europeos navegaron en el *Queen Elizabeth,* un auténtico hotel. A bordo se impartían clases de alemán. En general, James Winslow se sintió aliviado al descubrir que, aunque su alemán no era muy bueno, casi nadie sabía nada de alemán. También proyectaban películas en el barco. Lo único que Jimmy recordaría de su viaje transatlántico era la película de Tony Richardson *Tom Jones,* que a Jimmy le pareció maravillosa. El chico no recordaría dónde atracó por primera vez el *Queen Elizabeth* en Europa, tal vez en Cherburgo. En cualquier caso, los estudiantes del IEE cruzaron el canal de la Mancha. Jimmy no recordaba nada de Londres, ni si los estudiantes del IEE fueron llevados a Oxford o a Cambridge; había sido una cosa o la otra. ¿Y fueron a Escocia, a Edimburgo, tal vez? James Winslow no tenía ni idea. Hubo muchas conferencias en los sitios por donde fueron los estudiantes del IEE.

Las conferencias hacían que Jimmy se sintiera como un turista; dejaba de prestarles atención.

James Winslow recordaría Brujas, en el noroeste de Bélgica. ¿Era posible que el barco procedente de Escocia hubiese atracado en Ostende? Brujas era una ciudad medieval, tenía muchos canales. Al joven James le emocionaba verse rodeado de gente que no hablaba inglés. Intentó conversar con una joven que hablaba flamenco y descubrieron que ambos hablaban mal alemán. Ella era guapa, pero le faltaba un colmillo. Para un chico de New Hampshire, eso le daba el aspecto de una guapa jugadora de hockey. Se besaron en un puente sobre uno de los canales. Eso fue todo, solo un beso. Jimmy Winslow recordaría Brujas y a la camarera flamenca que lo besó: su primera experiencia extranjera en un país extranjero.

Los estudiantes del IEE viajaron a lo largo del Rin. El histórico río trajo consigo ciertas consecuencias: muchas catedrales, muchas conferencias, más desconexión. ¿Viajaron en barco, en tren, en autobús, en los tres tipos de transporte? James Winslow no lo recordaba. De camino a Viena, Jimmy hizo dos amigos entre los estudiantes del IEE. Uno era un chico judío de Chicago, guapo y divertido. El otro era un estudiante de Cornell que había crecido en Ithaca, al igual que Jimmy, quería ser escritor. El alemán de esos dos chicos era mejor que el de Jimmy, que acabaría aprendiendo de ellos. Jimmy decidió que dos amigos estadounidenses eran suficientes.

El Instituto de Estudios Europeos alojó a sus estudiantes con diferentes familias en Viena. James Winslow quería distanciarse de sus compañeros estadounidenses. Quería conocer a su familia y ver en qué parte de la ciudad iba a vivir. Estaba deseando, sobre todo, conocer a su tutora judía alemana. En cuanto a cómo ponerse en contacto con Fräulein Eissler, Esther había sido inusualmente

explícita con la madre de Jimmy. «Dile al chico que llame a Annelies en cuanto se haya instalado con su familia en Viena», le escribió Esther.

Como escritor en ciernes, James Winslow había apuntado el número de teléfono de Fräulein Eissler en todas partes. Incluso lo había grabado con un cuchillo en la funda de su máquina de escribir portátil. Los estudiantes del IEE se burlaban de Jimmy por llevar consigo su vieja Underwood, pero nadie habría guardado la máquina de escribir en un baúl, ¿no es cierto? Y si el joven James hubiese decidido comprar una nueva máquina de escribir portátil en Viena, ¿acaso no tendría un teclado alemán? Ese fue el razonamiento del aspirante a escritor que le llevó a cargar con la maltrecha máquina de escribir por toda Europa.

Cuando recorrían el Rin, Jimmy envolvió un trozo sobrante de salchicha en papel encerado. Guardó la salchicha en la Underwood, en la zona hueca donde se encontraban las teclas de la máquina de escribir, muy juntas entre sí. Es posible que las *bratwurst* de Alemania le causaran una impresión más duradera que las clases de alemán. El olor a salchicha impregnaría por siempre jamás las teclas de la pequeña máquina de escribir de James Winslow. Creía que, una vez que se hubiera instalado con su familia en Viena y hubiera ordenado sus cosas en su habitación, encontraría la manera de desodorizar la Underwood. No previó cuánto tiempo le iba a llevar acostumbrarse a la familia de Frau Holzinger en el apartamento que la viuda tenía en la Schwindgasse. El olor a salchicha de la máquina de escribir de Jimmy tendría que esperar. El joven James no había sabido de antemano que compartiría el apartamento de los Holzinger con otros dos estudiantes, que no eran estadounidenses ni del Instituto de Estudios Europeos. Eran estudiantes de intercambio

extranjeros matriculados en la Universidad de Viena: una joven de los Países Bajos y un joven francés.

Jolanda Lammers era de Ámsterdam. Era una chica alta y delgada, con un rostro anguloso y atractivo, de aspecto juvenil y desafiante. El hecho de haber roto la relación con su novia precipitó la llegada de Jolanda a Viena. Jolanda le resultaba a Jimmy extremadamente atractiva, con su aire de mujer inaccesible. Claude Guilbert era de París, donde se había cansado de los emparejamientos de su familia aristocrática. Los padres de Claude, en connivencia con sus tíos y tías, siempre le presentaban a las hijas casaderas de otros aristócratas parisinos. Jimmy intentó abstenerse de sugerirle a Claude que debería conocer a Chantal Beaudette. Como cabía esperar, Claude y Jolanda hablaban alemán con fluidez; sus clases en la universidad eran en alemán. Y los dos hablaban también un inglés excelente. Para el joven James, Jolanda y Claude eran modelos de sofisticación europea. Compartían un par de habitaciones adyacentes a la cocina de los Holzinger. No había puerta entre sus dos habitaciones, solo un estrecho pasillo con una cortina. Jolanda disponía de la habitación con ventana, que daba a la acera de Schwindgasse. Estaba intentando dejar de fumar, según explicó Jolanda.

—Cuando necesito un cigarrillo, exhalo por la ventana —le dijo a Jimmy.

—Puedo oler el humo a través de la cortina —dijo Claude.

—Puedo oírte cuando te masturbas, Claude —le dijo Jolanda.

—A veces *te* oigo, Jolanda —dijo Claude.

—Yo oigo a Claude *siempre*—le dijo Jolanda a Jimmy.

Cuando James Winslow llegó, Claude y Jolanda llevaban solo una semana viviendo con los Holzinger, pero ya parecían una pareja casada desde hacía mucho tiempo y sumidos en una constante

discusión. Claude y Jolanda, sin embargo, estaban de acuerdo en una cuestión: coincidían en que la familia Holzinger era disfuncional y habían aprendido las reglas que regían la casa. Jimmy pensaba que, hasta el momento, Claude y Jolanda eran lo mejor de su año en el extranjero.

—A los estudiantes extranjeros se nos permite hacer llamadas locales desde el teléfono de la casa que está en la sala de estar —le dijo Claude a Jimmy.

—Frau Holzinger suele quedarse cerca y escuchar la conversación —añadió Jolanda. Claude asintió.

Frau Holzinger no hablaba ni entendía una palabra de inglés, como descubrió el joven James cuando le preguntó si podía usar el teléfono de la sala de estar para llamar a Fräulein Eissler. Jimmy confundió la palabra «profesora particular» *(Hauslehrerin)* con la palabra «casera» *(Hausbesitzerin).* Le había preguntado a su casera si podía usar su teléfono para llamar a su casera. Una vez aclarada la confusión, Frau Holzinger se quedó en la sala de estar durante la primera conversación de Jimmy con Fräulein Eissler, que hablaba inglés con gran precisión y un fuerte acento austriaco.

—Pasaremos seis horas de tutoría a la semana juntos, tres veces por semana, dos horas cada vez —comenzó Annelies Eissler—. Lo mejor para ti es que lo hagamos tres días seguidos —dijo.

—Tres días seguidos —repitió el joven James. Ya estaba enamorado de la voz de Fräulein Eissler.

—De esa manera es más intenso —dijo ella.

—¿Más *intensivo?*—le preguntó Jimmy, pensando que eso era lo que ella había querido decir.

—Más intensivo *und* más intenso —insistió Annelies Eissler. A Jimmy, su voz le estaba provocando una erección en el salón de su casera, donde Frau Holzinger lo observaba con el ceño fruncido,

como si dudara de que se tratara de una llamada local. Era una viuda de aspecto abatido, pensó James Winslow, tal y como la describiría por escrito, pensó. Evidentemente, a Frau Holzinger no le gustaba que sus estudiantes extranjeros hicieran llamadas complicadas, ni siquiera locales.

—¿Y dónde serán las tutorías? ¿Dónde nos reuniremos? —preguntó Jimmy a su tutora judía alemana.

—Donde duermes —respondió Annelies. Su voz tenía un matiz un tanto burlón, como si hubiera dicho: «En tus sueños», pensó, o escribió, James Winslow. ¿Se estaba burlando de él Fräulein Eissler o simplemente la había entendido mal?—. Tienes una habitación, ¿no? Supongo que duermes en algún sitio —le dijo ella.

Jimmy observaba a la viuda Holzinger. La Frau estaba ocupada con los antiguos y sucios antimacasares de los brazos y reposacabezas de los sofás y sillas. A nadie le gustaba aquella sala de estar. Jimmy, Claude y Jolanda podían usarla, pero, hasta ese momento, los estudiantes extranjeros solo iban allí cuando necesitaban hacer una llamada. A la señora Holzinger tampoco parecía gustarle la sala de estar, aunque estaba allí, mostrando su desesperación por los muebles raídos, o por Irmgard, su hija soltera.

La hija era madre soltera y parecía enfadada y deprimida. A menudo dormía en uno de los sofás, tumbada boca arriba tan desmañada que Jimmy imaginó más de una vez que la habían violado y asesinado en aquel preciso lugar. Su hijo de cinco años, Siegfried, mataba sádicamente a sus ejércitos de soldaditos de yeso en la alfombra del salón. El joven James y sus compañeros de clase siempre temían nuevas bajas durante sus incómodas llamadas telefónicas, incomodidad provocada por la impaciencia de Frau Holzinger por que las llamadas estuvieran *fertig* («terminadas»).

Al otro lado del pasillo, frente al dormitorio de Jimmy, había un cuarto de baño que compartía con Jolanda, Claude y Siegfried. La madre de Siegfried, deprimida y enfadada, lo bañaba en la bañera. Como había explicado la viuda Holzinger, el cuarto de baño de los estudiantes extranjeros era el único que tenía bañera. El francés le tenía un miedo morboso a Siegfried. Además de la carnicería incesante que causaba el niño en la sala de estar, los estudiantes extranjeros se encontraban a sus soldados decapitados, o amputados de alguna otra forma, en la bañera. El niño, todo un emprendedor, usaba un prensador de ajos para mutilar a sus soldados. Por alguna razón, el prensador de ajos hizo que Jimmy le tuviera más miedo a la madre soltera de Siegfried, Irmgard.

Había otro lavabo, con solo un retrete, más adelante en el pasillo. A James, Jolanda y Claude se les permitía preparar café o té en la cocina de la familia Holzinger, donde también guardaban cerveza en la nevera. El lugar donde dormían los Holzinger estaba prohibido para los estudiantes extranjeros, que estaban al corriente de que había otro cuarto de baño en la zona de los Holzinger. Pero los estudiantes nunca lo vieron; solo sabían que no tenía bañera.

En cuanto estudiante extranjero, a Jimmy se le permitía recibir visitas en su habitación.

—Hasta cierto punto —les había dicho la Frau a Claude y Jolanda.

Pero al joven James le incomodaba la idea de recibir clases particulares de alemán en su dormitorio. Jimmy le preguntó a Annelies Eissler si en el instituto no dispondrían de un aula libre, una sala en el IEE. Pero ella se negó a poner un pie en el Instituto de Estudios Europeos, que en aquel momento se encontraba en la Dr. Karl-Lueger-Platz.

Jimmy acababa de llegar a Viena y no sabía quién era Karl Lueger. *Der schöne* («el guapo») Karl, que había sido alcalde de Viena, era

un antiguo líder y fundador del Partido Socialcristiano. La política populista y antisemita de Karl Lueger fue elogiada en el *Mein Kampf,* de Adolf Hitler. En opinión de Fräulein Eissler, el Partido Socialcristiano de Lueger había influido en el nacionalsocialismo alemán.

—El guapo Karl fue un modelo para los nazis —afirmó sin ambigüedades la tutora judía alemana de Jimmy.

—*Der schöne* Karl tiene una plaza que lleva su nombre: ¡que le den por culo a la Lueger-Platz! —gritó Fräulein Eissler. Aunque Frau Holzinger no entendía ni una palabra de inglés, la viuda que escuchaba a escondidas podía oír a la tutora de Jimmy gritando por teléfono. Había una estatua del guapo Karl en la Lueger-Platz, y una sección de la Ringstraße recibió el nombre del *Judenhasser,* el «odiador de judíos», como lo llamaba Annelies. No fue ambigua en sus comentarios.

El historiador William L. Shirer escribiría sobre Karl Lueger: «Sus oponentes, incluidos los judíos, admitían sin reparos que en el fondo era un hombre decente... y tolerante». Annelies Eissler no *admitía* tal cosa.

Citó a dos escritores judíos que parecían ambiguos con respecto a Lueger. Amos Elon señaló: «El antisemitismo de Lueger era de un tipo casero y flexible, casi podría decirse que era *gemütlich».*

Fräulein Eissler tradujo *gemütlich* como «afable».

Stefan Zweig, que creció en Viena cuando Lueger era alcalde, dijo lo siguiente: «Su administración municipal era perfectamente justa e incluso típicamente democrática».

Fräulein Eissler detestaba a Lueger, sin lugar a dudas.

—Votó a favor de un proyecto de ley para restringir la inmigración de judíos rusos y rumanos. ¿Cómo puede ser eso «perfectamente justo» y «típicamente democrático»? —preguntó Annelies—. *Und*

Lueger creó un juego de palabras en referencia a todos los judíos de Budapest: llamó a la capital húngara *Judapest*. ¿Qué tiene eso de «flexible» y «bondadoso»?

Todo eso le dijo antes de que Jimmy conociera a Fräulein Eissler en su dormitorio de la Schwindgasse. James Winslow era un joven escritor estadounidense que aún no había escrito nada. Era solo un niño. Y en cuanto niño se estaba enamorando por teléfono de su tutora judía alemana.

16

Cuadros malos sobre agujeros de bala

En 1963, Jolanda y Claude eran más conscientes que James Winslow del aumento de la presencia militar estadounidense en Vietnam del Sur que había aprobado el presidente Kennedy. Vietnam no estaba en el horizonte de Jimmy.

—Jimmy, tu JFK está obsesionado con detener la expansión comunista, una de las cosas de la Guerra Fría que Kennedy ha heredado de Eisenhower —dijo Jolanda. El inglés idiomático de la chica holandesa era más fluido y natural que el de Jimmy.

—El imperialismo estadounidense no funcionará en Vietnam del Sur. El colonialismo francés fracasó, ya lo sabes —le dijo Claude a Jimmy, que no lo sabía. Esta conversación tuvo lugar antes de noviembre, cuando el presidente de Vietnam del Sur, Diêm, fue asesinado a tiros en un golpe de Estado respaldado por la CIA.

Jimmy reflexionaba sobre por qué nunca había tenido novia. Era vergonzoso ser virgen a los veintidós años, especialmente en Europa. El cine extranjero que había visto le había transmitido a James Winslow la impresión de que las mujeres europeas tenían más experiencia sexual a una edad más temprana. El sexo y la depresión se daban de la mano en aquellas mujeres de esas películas que Jimmy recordaba más vívidamente. A ojos de Jimmy, la tristeza que Jolanda sentía por la ruptura con su novia la hacía más atractiva.

¿Estaban predestinados los escritores a sentirse atraídos por mujeres deprimidas?, pensaba el joven James. En cuanto escritor, Jimmy creía en el destino. ¿Eran las chicas tristes su destino? ¿Estaban condenadas al fracaso las grandes historias de amor?, se preguntaba.

Además, Jimmy estaba en Europa. Las estudiantes estadounidenses del Instituto de Estudios Europeos no le parecían propensas al sexo ni a la depresión. Esas jóvenes parecían decididas a pasarlo bien, a *socializar,* como suelen hacer muchos estudiantes estadounidenses, tanto si estudian en su país como en el extranjero. Por otra parte, cuando fantaseaba sobre la novela de su propia vida, James Winslow imaginaba que tenía que conocer a una mujer europea atormentada. No había ido a Viena para entablar una relación condenada al fracaso con una estadounidense melancólica; a pesar de que Jimmy no se había cruzado con ninguna.

Buscaba experiencia y cinismo. Se suponía que las mujeres europeas eran experimentadas y cínicas. ¿O era eso solo lo que pensaba un joven e ingenuo estadounidense? En el apartamento de Frau Holzinger en la Schwindgasse, Jimmy no tuvo que buscar mucho para encontrar a una joven enfadada y deprimida. Irmgard, la madre soltera del pequeño Siegfried, de cinco años, era sin duda experimentada y cínica.

Había dado a luz al sádico Siegfried. Nadie había dicho nada del padre de Siegfried y, por supuesto, no había indicios de un parto virginal. Y por la forma en que Irmgard dormía, o más bien se lanzaba, sobre el sofá más grande del salón, tumbada boca arriba con las rodillas abiertas, el joven James no podía evitar imaginarla inclinada a entregarse a momentos de abandono desenfrenado.

Irmgard no era una persona madrugadora. Dormía hasta tarde. Jimmy estaba convencido de que no tenía trabajo. Rara vez la veía

vestida para salir. Irmgard vivía prácticamente en el sofá del salón, siempre ataviada con una de sus varias batas raídas.

Frau Holzinger preparaba el *Frühstück,* el «desayuno», de Siegfried a primera hora de la mañana. Luego, la Frau llevaba al niño de cinco años al jardín de infancia. Algunas tardes, James Winslow veía a Irmgard vestida con ropa normal, una madre joven, no mucho mayor que él, paseando a Siegfried por la acera de la Schwindgasse. ¿Se sentía Jimmy atraído por Irmgard? Sí, por su anárquica manera de ser. Además, Irmgard era una chica corpulenta, su tamaño le atraía, aunque no era corpulenta de una manera saludable, sino de una manera rebelde. Era la tristeza de Irmgard lo que más afectaba a Jimmy, al mismo tiempo que su ira soterrada le llevaba desconfiar de ella.

Jimmy nunca vio a Irmgard pegar a Siegfried, ni agredirlo físicamente de algún modo, pero cuando pisaba descalza uno de los soldaditos de yeso del niño, pronunciaba el nombre de Siegfried con una vehemencia y una rabia aterradoras. Y ocurría a menudo. Irmgard siempre iba descalza, y los soldaditos destripados por el prensador de ajos estaban por todas partes, no solo en la sala de estar, sino también en la abarrotada cocina o en el estrecho pasillo que conducía al baño de los estudiantes extranjeros. Irmgard no solo bañaba a Siegfried en esta bañera, sino que a menudo se bañaba con él.

—¡Siegfried! —gritaba o siseaba Irmgard cada vez que pisaba un soldado de yeso decapitado o amputado. A veces se encontraba con una de las víctimas militares mientras se recostaba o intentaba dormir en el sofá del salón—. ¡Siegfried! —gemía Irmgard, como si reviviera el dolor del parto, o la angustia de lo que fuera que había llevado al nacimiento de Siegfried.

La única televisión estaba en el salón. Por la tarde y por la noche, estaba sintonizada en el canal de películas, como si no existieran los noticiarios, los deportes o el parte meteorológico; como si en Austria solo hubiera películas antiguas, siempre en alemán o dobladas al alemán. ¿Por qué en Austria todas las películas que no estaban rodadas en alemán estaban dobladas al alemán? ¿Por qué nadie se lo había dicho a James Winslow? Jimmy era un chico al que le encantaban los subtítulos, había crecido con ellos. Había imaginado que mejoraría su alemán viendo películas estadounidenses y leyendo los subtítulos en alemán. Pero no iba a ser así en Viena.

Sin embargo, fueron las viejas películas estadounidenses de la televisión austriaca las que unieron a Irmgard y Jimmy de una manera engañosa e insatisfactoria. Quizás su tortuosa relación nació de un malentendido; algo que podría haber provocado en ellos la vergüenza o el odio hacia sí mismos. Pero, al principio, no parecía que su confusión fuera más allá de un problema idiomático. James pensaba que el inglés de Irmgard, en particular su vocabulario, era bastante bueno. El inglés de ella, en cualquier caso, era mejor que su alemán, aunque había algo deliberadamente incorrecto a la hora de ordenar las palabras. Jimmy sospechaba que Irmgard hablaba inglés adaptando las palabras al orden sintáctico del alemán, que no siempre era el orden correcto. ¿Estaba siendo obstinada o intentaba ser graciosa? ¿Le estaba provocando para corregirla? Él no mordió el anzuelo. Al principio solo le resultaba incómodo, pero Jimmy cometió el error de imaginar que había algo romántico en esa incomodidad.

Lo inquietante era que la puerta del dormitorio de Jimmy tenía un vidrio esmerilado elíptico en la parte superior. La parte inferior de dicho vidrio quedaba a la altura de la cintura de un adulto de estatura media. Cuando el pequeño Siegfried pasaba delante del dormitorio de Jimmy en el pasillo iluminado, Jimmy no podía ver la

parte superior de la cabeza del niño a través del vidrio en forma de huevo, pero Siegfried alzaba la mano por encima de la cabeza y rascaba con uno de sus soldaditos de yeso, o con el prensador de ajos, el vidrio. Incluso cuando Jimmy no miraba hacia la puerta, sabía cuándo había pasado el pequeño verdugo. Si Jimmy no veía la pequeña mano que agarraba al soldado condenado o la guillotina improvisada, oía el yeso o el metal rascando contra el cristal.

Frau Holzinger era una presencia achaparrada y borrosa cuando pasaba arrastrando los pies enfundados en sus zapatillas por delante del vidrio esmerilado de Jimmy. Sus compañeros extranjeros pasaban con la misma rapidez y eran igual de fáciles de reconocer; se dedicaban a sus asuntos con celeridad, quedándose el menor tiempo posible en el apartamento de la Frau en la Schwindgasse. Claude pasaba furtivamente, como si el aristócrata francés hubiera robado algo y temiera ser descubierto. La altísima Jolanda, demasiado alta para que su cabeza apareciera en el óvalo de vidrio esmerilado, parecía más deprimida y más desafiantemente lesbiana cuando no tenía cabeza, y a Jimmy le parecía aún más delgada y en mejor forma física sin ella. Jolanda era ciclista. Decía que le habían robado la bomba de aire de la bicicleta demasiadas veces, por lo que ya no la dejaba acoplada a la bicicleta. Un mecánico de Ámsterdam le había fabricado una empuñadura para la bomba, una empuñadura de pistola. Jolanda llevaba la bomba de aire en una funda para pistola, colgada del cinturón de sus vaqueros. A través del vidrio esmerilado de la puerta del dormitorio de Jimmy, él podía ver si Jolanda llevaba la bomba de aire en la funda o no.

En cuanto a Irmgard, no había forma de confundirla con nadie más. Irmgard no era tan alta como Jolanda; solo la parte superior de su cabeza sobresalía por encima del panel de cristal. E Irmgard siempre se detenía ante la puerta de Jimmy: enderezaba sus anchos

hombros frente al óvalo de vidrio y apoyaba la cara en la puerta. Cuando abría la boca, su aliento empañaba el cristal. La primera vez que eso ocurrió, James esperaba que ella dijera algo o llamara a su puerta, pero no lo hizo. Antes de seguir adelante, Irmgard giró su cuerpo de perfil hacia el óvalo de cristal, donde se detuvo de nuevo. A pesar de que Irmgard no llevaba la bata ajustada, los contornos de sus grandes pechos se definían claramente a través del cristal esmerilado.

¿Qué debía de pensar James Winslow de eso? Por supuesto, le excitó, pero al mismo tiempo Jimmy podía imaginar a Irmgard como una especie de valquiria bruja, las aterradoras doncellas de Odín que seleccionan a los soldados que morirán en la batalla y luego los acompaña al Valhalla.

Y desde el principio, Irmgard utilizó la palabra *du* con los estudiantes extranjeros. *Sie* era el término formal o más respetuoso para decir «tú», en tanto que *du* era más familiar, la palabra que se utilizaría para dirigirse a un niño. Como había oído decir *du* a Claude y Jolanda, Jimmy no pensó que Irmgard estuviera siendo irrespetuosa o coqueta cuando le dijo *du* a él.

Era más bien tarde, una noche, cuando Jimmy vio su gran cuerpo presionado contra el vidrio ovalado de la puerta de su dormitorio; observó cómo su rostro desenfocado aparecía ante sus ojos, con su aliento empañando el cristal esmerilado.

—*Schläfst du?*—preguntó Irmgard, sorprendiéndolo. («¿Estás durmiendo?»)

—*Nein, ich schreibe*—respondió Jimmy. («No, estoy escribiendo.»)

—*Möchtest du mit mir ins Kino gehen?*—preguntó Irmgard. Antes de que él pudiera responder, ella misma tradujo al inglés, siguiendo un orden de palabras extraño—. ¿Te gustaría conmigo ir al cine?

—*Ja, gern*—respondió Jimmy rápidamente. («Sí, con gusto.»)

—*Jetzt*—dijo ella, enderezándose y mostrándole sus pechos de perfil antes de alejarse. («Ahora», había dicho.) Al principio, Jimmy había pensado que Irmgard se refería a ir al cine, no a ver una película en la televisión.

—*Ich komme gleich!*—le gritó Jimmy, vistiéndose a toda prisa, sin saber qué era lo adecuado para ir al cine tratándose de uno de los sofás de la sala de estar de la casera. («¡Voy enseguida!», le había dicho.) Se puso unos pantalones de chándal limpios, una camiseta limpia y unos calcetines deportivos blancos. Esperaba que los calcetines le protegieran los pies de los soldados perdidos de Siegfried, pero se los quitó. Sabía que Irmgard estaría descalza. James Winslow también sería valiente y estaría descalzo. Se conformaría con la camiseta y los pantalones de chándal. Incluso a través del vidrio esmerilado, se dio cuenta de que Irmgard llevaba una de sus habituales batas; su idea de ir al cine no implicaba salir ni arreglarse. Antes de que Jimmy llegara a la sala de estar, pudo oír a Tex Ritter cantando durante los créditos iniciales de *Solo ante el peligro;12 Uhr mittags,* en alemán. Los malos se reunían en blanco y negro, antes de cabalgar hacia la ciudad. Por fortuna, no habían doblado a Tex Ritter; James Winslow se sintió aliviado de que un sustituto de Tex no se pusiera a cantar en alemán.

¿Podría ser más perfecto? El gran Fred Zinnemann, austriaco, había dirigido *Solo ante el peligro*. Jimmy se imaginaba diciéndole a Irmgard que Fred Zinnemann era uno de los maravillosos judíos europeos que habían transformado Hollywood. Zinnemann era licenciado en Derecho por la Universidad de Viena *y* sus padres habían muerto en el Holocausto. Jimmy estaba contento de tener algo que aportar a la conversación que imaginaba con Irmgard.

Jimmy caminó descalzo por el pasillo hasta la sala de estar, con cuidado de no tropezar con los soldados de yeso destrozados o sus

afiladas partes corporales, mientras Tex Ritter repetía: «No me abandones». Y allí estaba Irmgard, tumbada en el sofá, con un brazo lánguido caído al suelo y los dedos de la mano arrastrándose por la alfombra. En el contexto de los asesinos preparándose para entrar en la ciudad, Irmgard le recordó a Jimmy a una víctima de un tiroteo.

Sin levantar la cabeza del cojín del sofá, Irmgard señaló el sofá vacío paralelo al suyo. Tumbado en él, Jimmy se sintió desanimado por la mesa de centro que había entre ellos. Irmgard estaba demasiado lejos para tocarla. Los créditos iniciales aparecieron en pantalla, mientras los asesinos entraban en el pueblo.

—*«Wait along...»*—cantó Irmgard a coro con Tex. Jimmy interpretó esto como que Irmgard, al igual que él, ya había visto *Solo ante el peligro*. Era 1963, la película se había rodado más de una década antes.

—Fred Zinnemann —dijo Jimmy con cautela, solo unos minutos después del comienzo de la película—. *Er ist Österreicher.*—No era una opinión. «Es austriaco» era un hecho.

—*Gary Cooper ist Amerikaner*—dijo Irmgard—. Él estadounidense es —añadió, traduciéndose a sí misma.

Jimmy no sabía cómo se decía «director» en alemán. Solo podía intentar explicarse en inglés.

—Fred Zinnemann es el director —le dijo Jimmy a Irmgard—. Dirigió *Solo ante el peligro*. Es austriaco. Sus padres murieron en el Holocausto, es judío —dijo Jimmy, para que quedara claro—. Fred Zinnemann es licenciado en Derecho por la Universidad de Viena —balbuceó el joven James.

Irmgard pareció pensar en ello, pero siguió mirando la película. Cuando apareció Grace Kelly, Irmgard la señaló.

—*Grace Kelly ist Amerikanerin,* ella estadounidense es —le dijo Irmgard—. *Keine Jüdin,* no es judía —añadió Irmgard, para que quedara claro.

—*Ich weiß,* lo sé —dijo James Winslow.

Ahora Gary Cooper aparecía en la pequeña pantalla, pero el alemán que hablaba no estaba sincronizado con sus labios.

—Sus padres no murieron en el Holocausto —señaló Irmgard—. No es abogado de Viena —añadió, con bastante firmeza.

—*Ich weiß*—solo pudo repetir Jimmy. No era exactamente la conversación que él esperaba. No estaban explorando la faceta artística del cine. James Winslow se preguntaría más tarde si Irmgard le había estado tomando el pelo desde el principio.

Al final de la película, cuando Grace Kelly oye los disparos y se baja del tren, corre hacia la oficina del *sheriff,* un gran plano, ya que entra en el encuadre con el revólver enfundado colgando de una percha. Jimmy miró de reojo a Irmgard, cuyos pechos subían y bajaban en el sofá.

—Me encanta esta parte —le dijo a Jimmy, sin mirarlo. Cuando Grace Kelly dispara a uno de los malos a través de la ventana, le da en la espalda—. Ya no es cuáquera —señaló Irmgard.

—Lo sé —dijo James.

—*«Wait along...»*—cantó Irmgard junto con Tex, mientras el alguacil y su novia abandonaban el pueblo.

—Me gusta ver películas contigo —le dijo Jimmy a Irmgard, con esperanza.

—En invierno, el salón es más frío, mejor ver una película en un sofá —le dijo Irmgard.

Jimmy no sabía si la mirada que ella le había dirigido era sugerente, si era una promesa. Las miradas que Irmgard le dirigía a James Winslow eran obstinadamente neutras, no revelaban nada.

Como cabría esperar, James creía saber algo sobre madres solteras. Al pensar en la madre que conocía y amaba, por no hablar de Esther, Jimmy recordó cómo esas dos mujeres podían ocultar cosas.

En la primera carta que le escribió a su querido James en Viena, Honor Winslow no ocultó nada. «Perdóname por escribirte esto, cariño, pero quizás sea más fácil para los dos», empezó diciendo la madre de Jimmy. James Winslow estaba agradecido a Chantal por su conversación anterior, le había preparado para los detalles esenciales de la idea de su madre. Le comentó en primer lugar que tenía que dejar embarazada a alguna chica. Tenía que ser lo que su madre llamaba «un padre auténtico» para un niño. Ser padre era la mejor manera de no ser reclutado para lo que ella denominaba «otra guerra equivocada». Acto seguido, aclaraba la negativa de Chantal a ser la madre biológica. «¡Como tú dijiste, Arnaud no lo entendería!», escribió Honor irritada.

Incluso Jolanda, que era muy alta y lesbiana, era una opción mejor que Irmgard, pensó Jimmy. Le pareció más seguro mostrarle la carta de su madre a Claude y Jolanda al mismo tiempo. De esa manera, no daría la impresión de que Jimmy estuviera proponiendo algo, o eso pensaba él. Sin embargo, ese detalle implicaba que tendría que contarles la historia de las dos madres, para que Claude y Jolanda pudieran entender el origen del plan de su madre. Quedarse embarazada con el fin de entregarle el bebé a otra persona no era una idea nueva en la familia Winslow.

—¡Espera, espera! —exclamó Claude—. ¿Chantal es *tu* tía? —le preguntó a Jimmy.

—Tranquilo, Claude. Chantal no es la tía de Jimmy —dijo Jolanda.

Pero eso implicaba que Jimmy tendría que contar más cosas sobre Chantal de las que quería: su singularidad entre las mujeres

Beaudette en edad fértil, su cuerpo menudo enfundado en la ropa heredada de sus hermanas mayores.

—No tendrías que haber mencionado esa cruel especulación, lo de que Chantal podría tener un pecho grande en lugar de dos —le dijo Jolanda a Jimmy más tarde—. Claude no olvidará jamás el horror de que pueda ser *monopecho*.

—¡Espera, espera! ¡Pobre Chantal! —había gritado Claude—. ¡Lo de ser *monopecho* es muy triste!

—No es triste, no es más que un comentario cruel. Nadie es *monopecho,* Claude, ¡no seas idiota! —le había dicho Jolanda.

Tanto Claude como James Winslow recordaron en ese momento la razón por la que Jolanda había roto la relación con su novia. Le había dicho a Jolanda que quería practicar sexo con un chico. «Solo quiero *probarlo* una vez, ¡sé que me va a gustar más contigo!», había dicho la novia. Eso no le sentó nada bien a Jolanda. Jimmy esperaba que Claude fuera lo bastante intrépido como para preguntarle a Jolanda si su novia estaría interesada en *probarlo* con Jimmy. Lo más seguro, sin duda, era dejar la parte sobre quedarse embarazada para una segunda pregunta, pensó James Winslow, pero justo en ese momento Claude, con su estilo intrépido pero torpe, lanzó una avalancha de preguntas.

—El nombre de tu novia es difícil de pronunciar, Jolanda, si no eres holandés —empezó diciendo Claude—. MII-ke, MII-ke, MII-ke —canturreó.

—Muy bien, Claude, así es como se pronuncia Mieke —le dijo Jolanda.

—Si Mieke quiere probarlo con un chico, podría hacerlo con Jimmy, contigo presente. Podrías sujetarle la cabeza o hablar con ella todo el tiempo —prosiguió Claude. Claude seguía mirando a Jimmy, no a

Jolanda, que se había quedado sin palabras—. No sería como si Mieke tuviese una aventura, solo lo estaría probando.

—¡Basta, Claude! —gritó Jolanda—. Yo nunca querría probarlo con un chico, ¡pero preferiría probarlo con Jimmy antes que sujetarle la cabeza a Mieke mientras ella lo prueba!

—Pero ¿tú o Mieke queréis probar la parte de quedarse embarazada? —le preguntó Claude a Jolanda—. Esa es la parte más complicada —dijo.

—¡Claude, eres idiota, ya *lo sabemos!*—gritó Jolanda.

El joven James se disculpó con sus nuevos amigos, no era su intención causar ningún conflicto entre ellos. Su problema, o el plan de su madre, en realidad no era problema suyo. No esperaba que Jolanda o su novia estuvieran interesadas en mantener relaciones sexuales con él, ni en tener un hijo suyo.

—Lo entiendo, no pasa nada —le dijo Jimmy a Jolanda.

—No, no está bien —repuso Jolanda—. Ahora nunca seremos amigos, no debido al deseo constante que sientes por mí. —Jimmy esperaba que estuviera bromeando.

—Jimmy nunca ha dicho que te *desea,* Jolanda —señaló Claude.

—Puedo decir que Jimmy me desea, Claude, igual que puedo decir que tú no —dijo Jolanda. Jimmy seguía sin saber si Jolanda estaba bromeando.

—Es cierto, no te deseo. Me atraen las chicas *más pequeñas,* porque yo soy pequeño. Pero me *gustas,* Jolanda —le dijo Claude, con aspecto de estar a punto de echarse a llorar. Entonces se abrazaron; todo volvió a estar bien entre ellos.

—Me gustáis los dos —les dijo Jimmy; ellos también lo abrazaron. Claude y Jolanda le dejaron muy claro a Jimmy que no debía *intentarlo* con Irmgard, que parecía perfectamente capaz de ver una película mientras se quedaba embarazada.

—No es culpa de Siegfried ser Siegfried —declaró Claude de forma extraña.

Jolanda y Jimmy sabían lo que Claude quería decir. Las frustraciones reprimidas del chico resultaban comprensibles. Siegfried era rubio y de ojos azules, un pálido espectro de niño. Su madre y su abuela eran corpulentas, con cabello y ojos castaños. Siegfried sin duda tenía que preguntarse de dónde venía o adónde pertenecía.

—Es una pena que no puedas adoptar a Siegfried, Jimmy, sería una buena opción para los dos —dijo Jolanda. En aquel momento, a James Winslow la idea de que alguien adoptara a Siegfried le parecía improbable, aunque no tan descabellada como que Jimmy dejase embarazada a Mieke mientras Jolanda le sujetaba la cabeza y le hablaba.

Por la noche, Jolanda dejaba su bicicleta en un aparcamiento cubierto en el patio interior del edificio de apartamentos de la Schwindgasse. Jimmy y Claude se dieron cuenta de que a Jolanda le gustaba llevar su bomba con la empuñadura de pistola como si fuera un revólver en una funda.

—La bomba se extiende, ¿sabéis? Es como un garrote que se alarga —explicó Jolanda—. Funciona bien como arma. Primero le apuntas a los ojos y, cuando levanta las manos para protegerse la cara, le das en la rodilla, o le apuntas a los testículos —dijo Jolanda. Hablaba con rudeza, pero Jolanda era una chica inescrutable. Jimmy no sabía si hablaba a nivel teórico o se basaba en su experiencia. Cuando estaban solos, Jimmy y Claude lo comentaban.

—Apuesto por «basada en su experiencia», como tú dices —dijo Claude.

A veces, cuando estaba medio dormido, Jimmy creía oler el humo del cigarrillo de Jolanda desde la ventana de su balcón, a pesar de

que Jimmy estuviese convencido de que la ventana de su balcón estaba cerrada. El apartamento de los Holzinger se encontraba en la segunda planta. En caso de incendio, la acera de la Schwindgasse no quedaba lejos. A Jolanda le preocupaba que alguien pudiera trepar por la ventana de su balcón desde la acera.

—Un tipo podría alcanzar el balcón si se subiera a hombros de otro, o podría subirse al asiento de una motocicleta aparcada en la acera —les dijo Jolanda a Jimmy y a Claude.

—Creo que si te violaran lo oiría, Jolanda —le aseguró Claude—. Iría a buscar a Jimmy, que es luchador. Jimmy lucharía con el tipo hasta someterlo. Entonces tú podrías golpearlo hasta matarlo o destrozarle los testículos con tu bomba de la bicicleta —explicó Claude.

—No pretendas que me haga ilusiones, Claude —dijo Jolanda.

Casi todas las mañanas, James Winslow acompañaba a Claude a la parada del tranvía en Opernring, pero Claude y Jimmy tomaban el *Straßenbahn* en direcciones opuestas en la Ringstraße. Una tarde, mientras caminaba solo hacia casa, Claude se encontró con unos alborotadores al cruzar la Karlsplatz, cerca de la Technische Universität. Claude no tenía claro si eran estudiantes.

Eran jóvenes que mostraban la muy austriaca propensión a la xenofobia, y Claude era pequeño y furtivo. Es posible que Claude diese la impresión de ser un aristócrata parisino, pero lo que estaba claro era que no parecía vienés. El alemán de Claude era bueno, pero al hablarlo se le notaba el acento francés. Había oído a uno de los jóvenes agresivos decir la palabra *ausländer*. Cuando alguien en Viena utilizaba la palabra «extranjero» no lo hacía con buenas intenciones. Uno de los jóvenes le preguntó a Claude si era *jüdisch,* otro le preguntó si era *homosexuell*.

—Las preguntas habituales, los típicos xenófobos —dijo Claude.

Jimmy y Jolanda querían mucho a Claude, pero él siempre se mostraba ansioso, y con razón. A medida que pasaba el tiempo y el clima se hacía más frío, Frau Holzinger empezó a bajar la calefacción por la noche, cuando ella y Siegfried se iban a dormir. Claude, Jimmy y Jolanda salían juntos, por lo general a un *Kaffeehaus* en la esquina de la Schwindgasse y Argentinierstraße. Los estudiantes extranjeros necesitaban un lugar cálido para hacer los deberes, o para que James Winslow escribiera. Jolanda llevaba su bomba de bicicleta con la empuñadura de pistola en su funda para revólver. Decía que Claude no debía salir solo por la noche.

—Espero que no estés escribiendo sobre cómo te rechazo y lo mucho que me deseas todo el tiempo —decía Jolanda cada vez que veía a Jimmy escribiendo.

—Ese es el final, todavía no he llegado ahí —respondía el joven escritor. Ahora que Fräulein Eissler era ya la profesora de alemán de Jimmy, era a ella a quien él deseaba todo el tiempo, ya no deseaba a Jolanda como antes. Jimmy incluso consideraba todavía a Irmgard como una posibilidad más realista.

La primera clase particular de James Winslow con Fräulein Eissler, en su dormitorio del apartamento de la Schwindgasse, había causado un gran revuelo. Fräulein Eissler había insistido en sesiones de dos horas a última hora de la tarde y a primera hora de la noche los martes, miércoles y jueves. Eso significaba que las clases particulares de Jimmy coincidían, generando una caótica situación, con la preparación de la cena de Siegfried, que servirían después y la madre y la abuela comerían hasta saciarse junto con el asesino de cinco años. Siegfried rara vez soltaba el prensador de ajos, ni siquiera cuando estaba comiendo. A las cuatro de la tarde, cuando llegaba Fräulein Eissler, el estrecho pasillo fuera del dormitorio de

James Winslow apestaba ya a salchichas fritas; el chucrut se recalentaba todas las noches en una olla doble sobre la estufa.

—Es un poco pronto para *abendessen,* ¿no? —le preguntó Fräulein Eissler a Jimmy en su primera visita.

—Hay un niño de cinco años —explicó el joven James.

—Sí, acabo de conocer a Siegfried y su prensador de ajos —respondió Fräulein Eissler.

Estaba observando el dormitorio de Jimmy, aún no se había quitado el abrigo.

—¿La madre y la abuela siempre comen con el niño? —preguntó. James asintió—. ¿La madre se viste alguna vez? —preguntó Fräulein Eissler.

—Por lo general, no —respondió Jimmy. Estaba mirando los pequeños y bonitos pies de su tutora, estaba descalza y tenía las uñas de los pies pintadas de color magenta. Frau Holzinger obligaba a todo el mundo a dejar los zapatos o las botas en el enorme felpudo que había en la entrada del apartamento.

—Voy a pedirte que me dejes ponerme un par de tus calcetines, preferiblemente blancos, mientras esté aquí —le dijo Fräulein Eissler a Jimmy.

Se dejó puesto el abrigo y siguió mirando a su alrededor. Había una cama de matrimonio con un cabecero ornamentado, como los que tenían los abuelos de Jimmy. El armario era enorme, con espejos que llegaban hasta el suelo en las puertas dobles, pensado tal vez para una mujer preocupada por la moda y que se cambiase de ropa cuatro veces al día. Había un escritorio cubierto con los deberes de Jimmy y sus cuadernos de escritura. Cuando escribía por la noche, temía que el golpeteo de las teclas de su máquina de escribir despertara a Claude o a Jolanda. Junto al escritorio, al lado de la ventana del balcón, había una silla de madera rígida y recta.

Fräulein Eissler evaluó lo que ella llamaba el «canapé» o el «diván», un sofá de respaldo recto para dos personas, con incómodos brazos de madera. Junto al poco acogedor sofá había una mesa con tablero de cristal, demasiado resbaladiza para los cuadernos de Jimmy y mal iluminada.

Fräulein Eissler suspiró y finalmente se quitó el abrigo, que dejó sobre la cama.

—Intentaremos hacerlo en el sofá de dos plazas, pero tengo mis dudas —dijo señalando el sofá y la mesa con tablero de cristal.

Nada más sentarse en el sofá de dos plazas, Fräulein Eissler se fijó en el gran cuadro que colgaba de la pared, a un costado del cabezal de la cama. Era un cuadro barato, de los que se pueden comprar en una tienda para turistas, una representación estilizada de los caballos lipizzanos blancos de la Escuela de Equitación de Invierno del Hofburg, la escuela española de equitación clásica de Viena. Los sementales lipizzanos y sus jinetes eran una atracción turística que los estudiantes del IEE irían a ver, pero a James Winslow no le interesaban.

—Tiene que haber algo detrás de ese horrible cuadro, algo que Frau Holzinger está tratando de ocultar —dijo Fräulein Eissler. Se puso en pie y miró detrás del cuadro—. Agujeros de bala —dijo, mostrándole los agujeros—. La Schwindgasse se encontraba en el sector ocupado por los rusos después de la guerra. ¿El difunto marido de Frau Holzinger era soldado? Probablemente eran nazis. Tengo amigos a los que puedo preguntar —le dijo Fräulein Eissler al joven James—. *Sehr wienerisch,* muy vienés: ¡cuadros malos sobre agujeros de bala! —exclamó.

¿Era eso algo habitual en la zona ocupada por los rusos? James Winslow se lo preguntó a su tutora de alemán. En la respuesta de Fräulein Eissler hubo algo meramente docente, incluso superficial.

En 1945, los aliados determinaron las cuatro zonas de ocupación en Viena. Los estadounidenses y los británicos eligieron las mejores zonas residenciales de la ciudad. Los franceses ocuparon las zonas comerciales. Los soviéticos se quedaron con los barrios industriales, donde estaban los trabajadores, pero también se instalaron alrededor del centro de la ciudad, cerca de las embajadas y los edificios gubernamentales, incluida la Schwindgasse. Fräulein Eissler quiso darle a entender a Jimmy que esa clase de cosas ya no importaban, pues la ocupación había terminado.

Los agujeros de bala ocultos por los sementales lipizzanos fueron la razón por la que James Winslow y Annelies Eissler estaban de pie junto a su cama cuando oyeron que llamaban a la puerta de la habitación. Jolanda y Claude no solían llamar a la puerta. Uno de ellos abría silenciosamente la puerta de Jimmy, que no tenía cerrojo, y movía los dedos de una mano. Si Jimmy estaba dormido o escribiendo en su escritorio junto a la ventana, no veía la mano inquisitiva. Jolanda o Claude cerraban con sigilo la puerta y se marchaban. Si Jimmy estaba desnudo, decía: «¡Un momento!». Si estaba disponible y presentable, los invitaba a entrar. Ahora reconocía sus siluetas detrás del cristal esmerilado: Jolanda, sin cabeza, y Claude, como un espectro. El joven James comprendió la inusual formalidad de que llamaran a su puerta. Sin duda querían echarle un vistazo a su tutora judía alemana.

—¡Entrad! —les dijo Jimmy.

Cuando se abrió la puerta, Jolanda se hizo más alta al colocarse en el umbral. Claude se quedó atrás, a buen recaudo detrás de la cadera de Jolanda; la cadera con la bomba de bicicleta enfundada. Como de costumbre, Jolanda apoyó la mano derecha en la empuñadura de la bomba, como si cualquier situación pudiera

requerir un rápido desenfunde y la bomba de bicicleta fuera un Colt .45.

—Tus compañeros de piso, supongo —le dijo Fräulein Eissler a Jimmy. Se quitó el cárdigan de cachemira y lo dejó sobre su cama, debajo llevaba un jersey de manga corta a juego. El jersey, metido por dentro, era de color gris claro, lo que acentuaba su cabello oscuro y sus oscuros ojos. Sus pequeños pechos quedaban resaltados por el jersey, al igual que sus mínimas pero bien formadas caderas en sus pantalones ajustados.

—Annelies —dijo, acercándose y estrechando la mano de Jolanda, mientras Jolanda murmuraba su propio nombre.

—¡Claude! —exclamó Claude, chocando contra la protuberante cadera de Jolanda. Extendió su mano hacia la pequeña y bonita mano con el anillo de plata en el pulgar. Cuando Fräulein Eissler le dijo algo en francés, la respuesta de Claude hizo que pareciera que el francés era su segunda lengua, a la que no prestaba especial atención. Jolanda, agarrándose con fuerza a la empuñadura de su bomba de bicicleta, se golpeó el codo contra el marco de la puerta.

—Ay —dijo Annelies. Sonrió a Jolanda y a Claude, que se retiraban ya sumergiéndose en el olor a salchichas fritas que inundaba el estrecho pasillo.

Annelies y Jimmy se sentaron juntos en el sofá de dos plazas. Ella se había vuelto a poner el cárdigan, pero lo dejó desabrochado. Fue entonces cuando le preguntó al joven James si Jolanda era una «novia en potencia». ¿Era algo propio de un joven escritor contarlo todo? Habría bastado con decirle a Annelies que Jolanda era lesbiana, pero Jimmy abrió la caja de Pandora. La «novia potencial» podría ser Mieke, que quería *probar* con un chico. A Fräulein Eissler le repugnó la idea de Jolanda sujetando la cabeza de Mieke.

—Hay formas más naturales de dejar embarazada a una novia, Jimmy —le dijo Annelies—. Encontrar una novia que te *entregue* un hijo es lo antinatural —añadió Fräulein Eissler.

—Supongo que sabes lo que quieren mi madre y Esther —le dijo Jimmy.

—¡No me mires a mí! No soy una novia potencial, Jimmy Winslow —le dijo Fräulein Eissler. Luego pasó a otra cosa; el tema de la novia quedó rápidamente zanjado—. Cada semana, habrá cuatro días seguidos en los que no me verás —anunció Annelies. Le dijo a James que escribiera, en inglés, todas las frases que le gustaría poder decir «en perfecto alemán». Jimmy ya estaba apuntando esas instrucciones—. Con el tiempo, no tendrás que apuntarlo *todo*—dijo ella, con un suspiro.

—*Werden wir nur sprechen?*—(«¿Solo hablaremos?», le había preguntado él.) Jimmy dudaba que alguna vez pudiera decir algo en perfecto alemán.

—*Das Bett*—dijo ella, señalando la cama—. Cuando no estés escribiendo cosas, cuando solo estemos hablando, la cama será más cómoda que este mal llamado sofá de dos plazas —dijo Annelies—. Déjame oírte decir «más cómodo», *bequemer*—dijo Fräulein Eissler.

—*Bequemer*—pronunció James, tratando de no mirar ni pensar en la cama. Miró fijamente bajo la mesa con tablero de cristal los pies de Fräulein Eissler con sus calcetines deportivos blancos—. *Bequemer*—repitió Jimmy, porque Annelies negaba con la cabeza.

—Otra vez. *Noch einmal*—dijo ella.

—*Bequemer*—repitió Jimmy.

—*Noch einmal und noch einmal*—entonó Annelies. Él siguió repitiendo la palabra hasta que la pronunció correctamente—. La repetición es la clave del lenguaje. ¿Eres un *ringer?* Eres luchador, ¿verdad? —le preguntó ella—. ¿No hay repetición en la lucha libre?

¿No es *repetitivo* todo aquello que lleva a ser bueno en algo? Como el sexo, supongo —dijo Annelies, con indiferencia, como si James Winslow supiera algo sobre sexo, a pesar de no haberlo practicado ni una sola vez.

—*Bequemer*—repitió Jimmy, como si estuviera teniendo sexo con ella y nunca fuera a terminar.

—*Das reicht*—dijo ella, en voz baja. («Ya es suficiente.») Estaba distraída—. La madre de Siegfried... La he visto antes. No consigo recordar dónde —dijo Fräulein Eissler, suspirando de nuevo.

—¿Te refieres a Irmgard? —preguntó Jimmy.

—La que no lleva ropa, se llame como se llame —dijo Annelies. Le impacientaban las distracciones, pero siguió adelante con su aire autoritario—. No sé qué pensar de este perfume, es nuevo y entra en conflicto con los olores de la cocina. ¿Te gusta? —preguntó, señalando un costado de su cuello al tiempo que giraba la cara y la apartaba de él, rogándole que le oliera el cuello y mostrándole con precisión dónde hacerlo. Inhalarla resultaba embriagador. Le costó un mayor esfuerzo de autocontrol del que el joven James se creía capaz, pero de alguna manera logró contenerse. No besó su cuello. Sin duda, la expresión de Jimmy, después de haberla olido, lo delató.

—No te enamores de mí, Jimmy, no hay futuro en ello —dijo Annelies. James Winslow sabía que su advertencia había llegado demasiado tarde. Fräulein Eissler también debía de saberlo, porque simplemente apartó la mirada.

Jimmy recordó las incomprensibles palabras de Irmgard, su extraño orden sintáctico y todo lo demás. Nunca olvidaría lo que dijo la madre soltera de Siegfried, ni cómo lo dijo: «En invierno, el salón es más frío, mejor ver una película en un sofá». Aún no era invierno, pero hacía más frío en la sala, y no lo habían invitado a ver otra película con Irmgard, ni en sofás separados ni en el mismo sofá. En

cuanto a lo que quería decir Irmgard, no le había prometido a Jimmy nada más que compartir un sofá. Las expresiones de Irmgard revelaban su enfado y su depresión. En relación con el resto de las expresiones que Jimmy podía apreciar en el rostro cansado de la madre soltera de Siegfried, no era capaz de discernir la diferencia entre malicia e indiferencia.

Eran poco más de las seis de la tarde, de su primera visita tutorial, cuando Fräulein Eissler se marchó. Le había señalado a Jimmy que Jolanda y Claude los habían interrumpido. De lo contrario, dijo, se habría ido «a tiempo». James Winslow estaba tan poco acostumbrado a la atracción que sentía por Fräulein Eissler como a su precisión. En las dos horas que pasaron juntos, había tenido muy en cuenta los momentos en los que Annelies miraba su reloj de pulsera. Cuando ella comprobaba la hora, Jimmy le miraba los pechos cubiertos por el jersey metido por dentro del pantalón.

Mientras tanto, Irmgard y Frau Holzinger habían examinado minuciosamente las botas de Fräulein Eissler en el felpudo de la entrada. La casera de Jimmy dijo que era *ungewöhnlich* («inusual») que su tutora no llevara calcetines con aquellas botas de invierno hasta la rodilla.

A Irmgard no le pareció extraño, porque las botas de la tutora alemana tenían forro, como le dijo Irmgard a su madre y a Jimmy.

—*Trotzdem ungewöhnlich*—dijo Frau Holzinger. («Aun así, es inusual.»)

—El forro era como franela o fieltro de lana —le explicó Irmgard a Jimmy, en su inglés imperfecto. ¿Había tocado el interior de las botas de Fräulein Eissler? Jimmy estaba pensando en eso cuando Irmgard añadió—: La judía se pinta los dedos de los pies.

—Annelies se pinta las uñas de los pies —la corrigió Jimmy.

—*Wer ist Annelies?*—preguntó Frau Holzinger. («¿Quién es Annelies?», había preguntado la Frau.) No había oído antes el nombre de pila de Fräulein Eissler.

—*Die Jüdin,* la judía —respondió Irmgard a su madre—. Tu tutora es judía, ya lo sabes —le dijo Irmgard a Jimmy.

—*Ich weiß*—dijo él, como siempre le decía a la madre de Siegfried.

La noche siguiente, Jimmy fue con Jolanda y Claude al *Kaffeehaus* de su barrio. Tenían su propio nombre para ese café, lo llamaban Kaffeehaus Nachtmusik, aunque tenía otro nombre, ya olvidado. Sí, en el café ponían *Eine kleine Nachtmusik* de Mozart, una y otra vez, pero también ponían otra música con el mismo grado de fijación. Había una lista fanáticamente limitada pero ecléctica.

En el café, Jimmy intentó explicarles por qué le molestaba que Siegfried se bañara antes de acostarse: el problema radicaba en que Irmgard se bañaba con Siegfried.

—¿Hasta cuándo resulta apropiado que la madre de un niño de cinco años se bañe con él? —preguntó a Claude y Jolanda.

—*Ahora* ya no es apropiado —contestó Claude, temblando al pensar en Irmgard desnuda en la bañera.

—A la mierda lo que es «apropiado», es una situación de ballena con arenque —dijo Jolanda—. ¡El niño podría ahogarse en la bañera con ella, la vaca!

—¡Y la vaca después se envuelve en *todas* las toallas, mientras el pobre Siegfried sale *empapado* al pasillo! —dijo Claude, castañeteando los dientes.

Estaban escuchando un vals de Johann Strauss II. *Vienna Blood Waltz* no era el favorito de todos. La televisión del bar estaba sintonizada en un canal de noticias con el sonido apagado, como

siempre. Para los clientes del Kaffeehaus Nachtmusik, de lo que hablaban en las noticias era motivo de conjeturas.

En cuanto a *Eine kleine Nachtmusik* de Mozart, los estudiantes extranjeros pensaban que las traducciones habituales al inglés eran un poco engañosas. «Una musiquita nocturna» o «Una pequeña serenata», habían oído decir a la gente en inglés, pero a Jimmy y a Claude les gustaba cómo la denominaba Jolanda. «Una pequeña frivolidad», así había etiquetado Jolanda la única pieza de Mozart que ponían en la cafetería. Los tres estudiantes extranjeros ciertamente no se sentían *serenados* por la música que ponían, una y otra vez, en el Kaffeehaus Nachtmusik.

—Tu tutora judía alemana —dijo Jolanda, pronunciando cada sílaba con lentitud y concisión, como si fuera una sentencia de muerte—. Fräulein Eissler es unos diez años mayor que nosotros, pero viste como una mujer de mediana edad. Debe de comprar su ropa en una tienda de segunda mano, una tienda de segunda mano cara, en uno de esos barrios a los que se mudan las divorciadas adineradas para morir —les dijo Jolanda a Jimmy y Claude.

—¡Annelies es preciosa! —exclamó Claude, que seguía temblando.

—Tu Annelies, Jimmy, es el tipo de mujer que siempre tiene el periodo... No sé si me entiendes —dijo Jolanda.

—¿Qué quieres decir? —espetó Claude, con los dientes castañeando sin parar. El joven James tampoco estaba seguro de lo que Jolanda quería decir.

—Por el amor de Dios, Claude, hemos venido aquí para entrar en calor, ¡deja de castañear los dientes y de temblar! —le gritó Jolanda. Un camarero que pasaba por allí, anciano y con aire de desaprobación, portaba con dificultad una bandeja con vasos de agua; los vasos estaban demasiado llenos y no paraban de derramarse. Cada vez que Jolanda alzaba la voz, lo cual hacía a

menudo, todos los camareros ancianos se estremecían y fruncían el ceño. Los extranjeros culpaban a los camareros ancianos por la selección de música clásica que reproducían allí todo el rato.

En la cocina trabajaban jóvenes, solo a ellos se les podía culpar de la selección de música contemporánea, que era aleatoria y sorprendente, y no menos repetitiva. Alguna de las piezas elegidas era buena, pero la mayoría no lo eran. Tal vez las había elegido un *sous-chef* invisible, o la lavaplatos tatuada que los estudiantes extranjeros habían visto fumando en un callejón junto a la Schwindgasse, donde recogían la basura y había una perra pastor alemán de ojos tristes atada con una cadena. Todo el mundo fumaba en el Kaffeehaus Nachtmusik, incluso en la cocina. Tal vez la mujer tatuada que lavaba los platos quería hacerle compañía a la perra, o tal vez la pastor alemán de ojos tristes era su perra.

Jimmy decidió no contarles a Jolanda y a Claude sus expectativas de compartir sofá con Irmgard; otras sesiones de cine en la semioscuridad de la sala de estar, cada vez más fría. Además, Jolanda se había animado a explicar lo que quería decir con que Annelies era «el tipo de mujer que siempre tiene el periodo», cosa que había hecho que a Claude le castañearan aún más los dientes.

—Olvidé por un momento que estoy hablando con un par de principiantes sexuales —empezó diciendo Jolanda, poniendo a Jimmy y Claude en sus respectivos lugares. Ya había realizado comprometedores comentarios sobre sus respectivos penes.

—No es mi intención ser un novato sexual, simplemente ha salido así —protestó Claude. Jolanda suspiró y se centró en Jimmy.

—Fräulein Eissler es el tipo de mujer que te dice que tiene el periodo cuando no quiere acostarse contigo. Cuando Annelies no quiere hacerlo contigo, culpa a su menstruación —le dijo Jolanda a Jimmy.

—Oh —dijeron Claude y Jimmy al unísono. James Winslow se dio cuenta de que un compañero del equipo de lucha libre se lo había explicado antes, incluso en Pennacook.

—¡Qué santurrones sois los dos! —declaró Jolanda.

Hubo un momento incómodo en el pasillo fuera del baño, con Claude y Jimmy envueltos solo en toallas. Claude acababa de bañarse y Jimmy estaba esperando su turno. Cuando Jolanda pasó junto a ellos en el pasillo, los rozó y se les cayeron las toallas. Antes de que pudieran cubrirse, Jolanda se fijó en lo que los diferenciaba. Jimmy estaba circuncidado, Claude no.

—¡Esperad, esperad, *esperad!*—gritó Jolanda—. ¡Tenéis penes *diferentes!*

Típico de Jolanda, eso la llevó a una inspección más de cerca en el dormitorio de Jimmy.

—¡Esta podría ser mi única oportunidad de ver un pene, por no hablar de dos penes! —explicó Jolanda. Claude y Jimmy ya habían tenido una breve conversación sobre la circuncisión. Jolanda pensaba que ambos penes eran poco atractivos, pero de diferentes maneras—. El de Jimmy es más pequeño, casi bonito, pero parece un clítoris mal concebido —declaró Jolanda—. ¡El de Claude es como el pene de un caballo o el de un perro grande! —exclamó.

En la cafetería, los tres estudiantes extranjeros escuchaban el segundo de los dos valses de Johann Strauss II, el más conocido, *El Danubio azul*. Esos eran los dos únicos valses de Strauss II en el insondable repertorio del Kaffeehaus Nachtmusik.

—Me pregunto por qué el joven Strauss escribía valses, ya que tenía fama de ser un bailarín terrible —dijo Claude por enésima vez.

Jolanda respondió, como acostumbraba a hacerlo:

—Si alguien le hubiera destrozado las rodillas, quizás habría dejado de escribir valses.

Jimmy pensó que tenía que volver a su habitación de la casa de Frau Holzinger. Aunque la Frau había bajado la calefacción, tal vez podría meterse en la cama e intentar escribir bajo las mantas. El café no estaba muy animado por la noche, de ahí que a los tres estudiantes extranjeros les dejaran sentarse a una mesa para seis, con lo que disponían de espacio para esparcir sus deberes y los cuadernos de escritura de Jimmy. El Kaffeehaus Nachtmusik estaba más concurrido durante el día, pero los extranjeros no sabían quiénes eran los pocos clientes diurnos de aspecto intelectual, tal vez procedentes de la Sala de Lectura Polaca, ubicada también en la Schwindgasse.

Jimmy estaba a punto de marcharse, pero la perspectiva del frío nocturno en el apartamento de Holzinger le hizo quedarse en la cafetería con sus nuevos amigos y la música repetitiva. Pero entonces, la música cambió, a su estilo a menudo discordante y siempre ilógico, y Jimmy decidió enfrentarse al frío de su dormitorio. Era octubre, las noches empezaban a ser más frías. «Será mejor acostumbrarse al frío», pensaba James, mientras el único tema de Elvis Presley que ponían en el Kaffeehaus Nachtmusik los asaltaba, haciendo temblar a los camareros ancianos y provocando que Claude cerrase los ojos. Claude odiaba ver cómo *It's Now or Never* siempre hacía que Jolanda doblara su cucharilla en forma de U, como si fuera una pulsera, y se la pusiera en la muñeca como si se tratara de unas esposas.

—Me gustaría ver a Elvis intentar mover las caderas después de que le rompiera las rodillas —murmuró Jolanda, como si estuviera rezando. Odiaba a Elvis. Jolanda creía que el hecho de que sonara Elvis era culpa de la lavaplatos tatuada. Mientras Elvis cantaba, Jolanda dijo que quería romperle las rodillas a la adicta a la tinta. Cuando la lavaplatos tatuada estaba fumando en el callejón de la

basura, tenía una mirada al estilo Elvis, de «ahora o nunca». Sin embargo, Claude y Jimmy vieron cómo Jolanda había mirado a la adicta a la tinta. No era una mirada que hablase de su *deseo de romperle las rodillas*. La mirada que Jolanda le dirigió a la mujer era más bien una mirada de *novia.* Claude y Jimmy pensaron que la lavaplatos tatuada era el tipo de chica que le gustaba a Jolanda.

Jimmy se despidió de sus amigos. Regresó al apartamento de la Schwindgasse, donde intentó escribir bajo las sábanas. Llevaba puesta una camiseta y unos pantalones de chándal y los mismos calcetines deportivos blancos que había llevado Annelies. Jimmy oyó a Jolanda y Claude llegar a casa de la cafetería, se turnaron en el baño que estaba al otro lado del pasillo, frente al dormitorio de Jimmy. Él seguía intentando escribir bajo las sábanas cuando una figura grande y borrosa se apretó contra su puerta: primero su aliento empañó el cristal esmerilado y luego le mostró sus pechos de perfil.

—*Verdammt in alle Ewigkeit,* condenado por toda la eternidad —dijo Irmgard. ¿Se refería a que eso era lo que les pasaba a los estudiantes con profesoras de alemán judías?

A lo que Irmgard se estaba refiriendo era que *De aquí a la eternidad* estaba mal traducida al alemán.

—Burt Lancaster, Deborah Kerr, Frank Sinatra, Montgomery Clift, Donna Reed —Irmgard enumeró el reparto mientras se alejaba por el pasillo hacia la sala de estar, donde estaba empezando la película —. *Jetzt!*—gritó. («¡Ahora!») Cuando Jimmy corrió tras ella, se dejó puestos los calcetines. Como no podía ser de otro modo, Jimmy no podía desprenderse de esos calcetines ahora que Fräulein Eissler los había llevado puestos.

James Winslow sabía que se trataba de otra película en blanco y negro de Fred Zinnemann, pero también sabía que era mejor no

recordarle a Irmgard que el director era un judío nacido en Austria. A Jimmy no le importaba *De aquí a la eternidad*. De camino al salón, Jimmy ensayaba cómo decirle a Irmgard que el clima había cambiado. No tenía por qué haberse molestado. Jimmy la vio tumbada en el sofá, haciéndole señas con ambos brazos.

—Ya hace más frío, es mejor ver una película en un sofá —dijo la madre soltera de Siegfried.

Estar tumbado sobre Irmgard, entre sus piernas, con las que ella lo envolvía, con la cabeza apoyada entre sus grandes pechos, representaba el culmen de la experiencia erótica de James Winslow hasta ese momento. Y ella estaba muy limpia, aunque olía ligeramente a talco para bebés. Era probable que se hubiese espolvoreado talco a sí misma y a Siegfried después de su baño nocturno. Sin embargo, por el modo en que Irmgard se había acomodado debajo de Jimmy, por la forma en que lo colocó deliberadamente entre sus piernas y sus pechos para adaptarlo a ella, a Jimmy le dio la impresión de que lo estaba utilizando como manta. No parecía tener el más mínimo interés sexual en él. Y, aunque a Jimmy le resultaba inconcebible, Irmgard se mostró tan fascinada con *Verdammt in alle Ewigkeit* como lo había estado con *12 Uhr mittags*.

—Burt Lancaster —le dijo Irmgard, señalando la pequeña pantalla, que Jimmy sabía que pronto le provocaría dolor en el cuello, a menos que apartara la cara del voluptuoso pecho de Irmgard, cosa que ni se le habría ocurrido hacer—. Burt no es judío, Montgomery Clift y Deborah Kerr tampoco lo son —afirmó Irmgard con un suspiro.

—*Ich weiß*—dijo Jimmy, también con un suspiro.

—Frank Sinatra es italiano. *Er ist wahrscheinlich katholisch* («Casi seguro que es católico.») —Había añadido Irmgard.

—*Ich weiß,* Frank probablemente sea católico —coincidió Jimmy.

—*Ja, wahrscheinlich*... Sí, probablemente —respondió Irmgard. Se había movido debajo de él, empujando la cabeza de Jimmy hacia el hueco entre su pecho izquierdo y su axila, donde él no podía ver la pantalla en absoluto. Estaba más interesado en el desodorante de Irmgard que en *De aquí a la eternidad*. Jimmy había visto el desodorante en aerosol en el baño, junto a la bañera. Debería rociar el desodorante de Irmgard en su máquina de escribir, pensó Jimmy. Su desodorante podría eliminar el olor a salchicha.

—Ernest Borgnine probablemente también sea católico e italiano —le dijo Jimmy a Irmgard. Ella no había mencionado a Ernest Borgnine junto con el resto del reparto.

—¿El gordo? —preguntó Irmgard. Jimmy asintió con la cabeza, tratando de no molestarla en el pecho ni en la zona de sus axilas—. *Wahrscheinlich auch katholisch und italienisch*—coincidió Irmgard.

Se había quedado dormido cuando la oyó decir algo curioso sobre Donna Reed.

—Donna no es una prostituta de verdad —pensó Jimmy que había dicho Irmgard. ¿Quería decir que, en la vida real, Donna Reed no era prostituta, o se estaba adentrando Irmgard en el campo de la crítica cinematográfica? ¿Estaba diciendo Irmgard que Donna no resultaba convincente como prostituta en *De aquí a la eternidad?* Esa pregunta superaba las capacidades de Jimmy para expresarse en alemán. Necesitaba más clases con Fräulein Eissler antes de poder entender lo que Irmgard quería decir con que Donna Reed no era «una prostituta de verdad».

Además, estaba demasiado cómodo tumbado en el abrazo poco erótico pero cálido de Irmgard. Nunca había dormido con la cara hundida en el pecho de una mujer, y los pies de Jimmy estaban muy

cómodos con los calcetines que había llevado su tutora judía alemana.

James Winslow no se dio cuenta de que Irmgard lo había dejado solo en el sofá. Supuso que estaba cansada y se había ido a la cama. Pensó que solo en sus sueños había olido un perfume más femenino que el talco para bebés. Y Jimmy debía de estar soñando cuando imaginó a Irmgard vestida como nunca antes la había visto. En sus sueños, Irmgard era una mujer sensual vestida con ropa bonita, como si fuera a salir por la noche.

Jimmy se despertó al final de la película, cuando la esposa infiel (Deborah Kerr) y la prostituta (Donna Reed) están a bordo del barco, justo antes de que aparezcan los créditos finales. Jimmy debió de soñar que Irmgard decía algo durante la escena de amor en la playa, cuando Burt Lancaster y Deborah Kerr están mojados y tumbados en la arena. ¡Oh, las cosas que se imaginan cuando uno se duerme, por primera vez en su vida, sobre los pechos de una mujer! Sin embargo, en los sueños de Jimmy, *si* es que había estado soñando, oyó algo que Irmgard podría haber dicho.

—Te meterás arena en la vagina si follas en la playa —dijo Irmgard.

Pero ¿qué sabía Jimmy? Habría jurado que estaba dormido.

17

Una perra pastor alemán llamada *Hard Rain*

El 22 de noviembre de 1963 era viernes, el primero de los cuatro días consecutivos en los que James Winslow no tenía previsto ver a Fräulein Eissler.

Eran las doce y media del mediodía en Dallas cuando dispararon a JFK. En Viena, hasta las ocho de la noche no anunciaron por la televisión austriaca la muerte del presidente Kennedy. En su mesa para seis en el Kaffeehaus Nachtmusik, Jolanda, Claude y Jimmy estaban haciendo lo de siempre. Poco antes de las ocho, los estudiantes extranjeros se dieron cuenta de que la televisión en blanco y negro que había sobre la barra estaba congregando a una multitud. A pesar del inusual interés por las noticias, el sonido, como de costumbre, permanecía apagado. Jimmy siempre estaba imaginando cosas. ¿Era cosa de su imaginación o varios clientes se habían girado sobre sus taburetes para mirar rápidamente hacia el televisor? Apartaban la mirada al instante. ¿Los camareros ancianos temblaban con más intensidad cuando pasaban tambaleándose cerca de la mesa de los estudiantes extranjeros? Los vasos de agua derramados desbordaban las bandejas de los camareros temblorosos.

Ahora que había empezado el frío de verdad, Jimmy y sus «compañeros de piso», como Annelies llamaba a Claude y Jolanda, eran allí una presencia casi nocturna. Por lo general, esos tres eran

los únicos que hablaban inglés en la cafetería. Los ancianos camareros, al igual que Dagmar, la atractiva pero reservada gerente, sabían que Jimmy era el único estadounidense del local. Dagmar era viuda, tenía la edad de la madre de Jimmy, según sus cálculos. Dagmar se había preocupado de preguntar por las respectivas nacionalidades de los estudiantes extranjeros; siempre les daba la bienvenida, aunque con actitud distante.

—Dagmar no elige la música, parece que ni siquiera la oye —les había dicho Jolanda a Jimmy y Claude. Jolanda seguía empeñada en encontrar al culpable de la selección musical.

—Dagmar parece estar de luto o al borde de un ataque de nervios —les comentó Claude a Jimmy y Jolanda.

—No dejas de repetir «pobre Chantal» mientras duermes, Claude. Eres tú el que está al borde de un ataque de nervios —le dijo Jolanda.

—Tal vez por eso reconozco los síntomas de Dagmar —repuso Claude.

—Dagmar es guapa, pero parece triste. —Jimmy se arrepintió de haber dicho esas palabras en cuanto salieron de su boca. Jolanda dobló una cucharilla hasta convertirla en una de sus esposas en forma de U, y eso hizo que Claude cerrara los ojos.

—Supera tu atracción por las mujeres tristes, Jimmy, especialmente por las mujeres mayores que están tristes —le dijo Jolanda.

—Annelies no está triste y me atrae —declaró Jimmy.

—Annelies está fuera de tu alcance, también deberías superarlo —dijo Jolanda.

Dagmar tenía la vista clavada en el televisor sobre la barra, tan solo desvió los ojos una vez para mirar a Jimmy.

—Dagmar ni siquiera se da cuenta de la música —se quejó Jolanda a Claude y a Jimmy. La música que sonaba en ese momento era de Bob Dylan. James Winslow pensaba que no se cansaba de Bob Dylan, no estando en Viena. Claude silbaba en silencio la letra de *Blowin´ in the Wind,* que Claude, como todo el mundo de cierta edad, se sabía de memoria. Jimmy vio a Dagmar susurrarle algo a uno de los camareros ancianos, parecía que lo estaba enviando a la cocina, pero antes de que este se fuera tambaleándose por las puertas batientes, le lanzó a Jimmy una mirada de desesperación.

—Es posible que Dagmar ni siquiera se *fije* en la música —observó Claude—, pero sí se ha fijado en las noticias de esta noche. Por lo que parece, Estados Unidos y los soviéticos han lanzado sus misiles y solo nos quedan unos minutos, tal vez solo segundos, de vida.

—¡Por el amor de Dios, Claude! —empezó a decir Jolanda, pero se detuvo. Los tres amigos vieron al camarero tembloroso, había atravesado casi de inmediato las puertas batientes acompañado de la lavaplatos tatuada. Dagmar condujo a la musculosa lavaplatos hasta la mesa de los estudiantes—. Que a la adicta a la tinta le guste Bob Dylan la redime en cierta medida —dijo Jolanda.

Todos los que se agolpaban alrededor del televisor del bar se volvieron para mirar a los estudiantes extranjeros. La señal que Dagmar hizo con la mano al camarero fue clara: se pasó el dedo índice por la garganta y el camarero apagó la música. Era la primera vez que Jimmy no escuchaba *Blowin´ in the Wind* hasta el final.

—Washington y Moscú han desaparecido —anunció Claude—. París, Londres, Nueva York... todas destruidas. Solo estamos vivos porque Viena no es un objetivo estratégico. ¡Vamos a morir lentamente, por la lluvia radiactiva! —gritó Claude, mirando con angustia las ventanas a oscuras—. Las partículas radiactivas ya están en la atmósfera.

—¡Jesús, María y José, Claude, maldito pesimista! —exclamó Jolanda.

Cuando la viuda habló, lo hizo mirando a Jimmy.

—Tendrías que saber algo —dijo Dagmar. Jimmy solo podía pensar en cómo lo habría dicho Irmgard. («Tendrías algo que saber», en el orden de las palabras de Irmgard.)

—*Es ist etwas passiert* («Ha pasado algo») —le dijo la lavaplatos tatuada a James Winslow.

—*Wo?*—gritó Claude, poniéndose de pie de un salto. («¿Dónde?»)

—No en Francia —le aseguró Dagmar.

—En Dallas, a tu presidente —le dijo la adicta a los tatuajes a Jimmy.

La forma en que la viuda susurraba hacía difícil entenderla.

—*Er wurde erschossen*—dijo Dagmar.

—¿Han disparado a Kennedy? —preguntó Jimmy; no podía pensar.

—*Er ist tot*—susurró Dagmar.

—¿JFK ha muerto? —preguntó Jimmy; apenas podía hablar.

—*Ja, tot. Es tut mir leid*—confirmó Dagmar, con su estilo de jefa. («Sí, ha muerto. Lo siento», dijo)—. Hildegund habla mejor inglés que yo —le dijo Dagmar a Jimmy, empujando a la lavaplatos tatuada hacia la mesa de los estudiantes extranjeros.

—¿Cómo es posible que a una persona, a la misma persona, le gusten Bob Dylan y Elvis Presley? —le preguntó Jolanda a Hildegund. Jolanda se había levantado para asegurarse de que Hildegund supiera lo alta que era, pero Claude y Jimmy se dieron cuenta de que Hildegund era casi tan alta como Jolanda. Los tatuajes de Hildegund eran de gárgolas y otros demonios.

—A mí también me gustan los Beatles —le dijo Hildegund a Jolanda.

—Nos hemos dado cuenta —replicó Jolanda—. ¿Cómo puede gustarle Elvis a alguien? —le preguntó Jolanda.

—Solo me gusta *It's Now or Never,* solo una canción —dijo la lavaplatos.

—Definitivamente, es un tema recurrente para ti —le dijo Jolanda.

Claude y Jimmy sabían adónde iba a parar todo esto: nada de romperle las rodillas.

—La perra del callejón, la pastor alemán con la que fumas —dijo Jolanda—. Es tu perra, ¿verdad? —le preguntó a Hildegund.

Jolanda nunca había querido destrozarle las rodillas a la adicta a la tinta, solo acostarse con ella.

—Es mi perra, al menos por ahora —le dijo la lavaplatos tatuada a Jolanda, mientras Claude y Jimmy se dirigían a la barra.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Jolanda a Hildegund.

—*Hard Rain,* es por la canción de Bob Dylan —respondió Hildegund.

—Sé de dónde viene —le dijo Jolanda, pero Claude y Jimmy estaban absortos en las noticias de Dallas. En el televisor en blanco y negro que había sobre la barra no paraba de salir la noticia del asesinato de JFK.

James Winslow sabía que debía llamar a su madre, pero era con su abuelo con quien Jimmy deseaba hablar. Cuando los compañeros de piso regresaron al apartamento de Frau Holzinger, Jimmy no llamó a casa; no quería hablar de JFK. La sala estaba a oscuras, el televisor apagado.

—Irmgard debe de haberse ido a la cama —fue todo lo que Jimmy pudo decir.

—O ha salido —dijo Jolanda—. Todavía se puede oler su perfume.

—¿Irmgard usa perfume? —preguntó Claude.

—Cuando sale, Claude. La he visto muy arreglada cuando iba a algún sitio —dijo Jolanda—. He olido su perfume antes.

Fue entonces cuando James Winslow supo que había visto a Irmgard «muy arreglada, cuando iba a algún sitio»; él también había olido su perfume antes. No lo había soñado cuando se quedó dormido viendo *De aquí a la eternidad*.

—Una vez, cuando tuve que levantarme para ir al baño por la noche, había ropa de mujer tirada en el pasillo, el olor a perfume era muy fuerte y alguien se estaba bañando en la bañera, y no era Siegfried, porque eran las dos o tres de la madrugada. ¡Tenía que ser Irmgard! —declaró Claude.

—No me gusta pensar en ti levantándote para ir al baño por la noche, Claude —le dijo Jolanda. Pero fue entonces cuando Jimmy se dio cuenta de que había oído a alguien bañándose en mitad de la noche; no había sido solo su imaginación la que le había hecho oír cómo se llenaba o se vaciaba la bañera de madrugada.

—Hay agujeros de bala en la pared de mi dormitorio —les dijo Jimmy a Jolanda y Claude—. Fräulein Eissler me los enseñó. Los agujeros de bala están detrás del cuadro feo. Es posible que los soviéticos fusilaran a alguien contra la pared cuando ocuparon este barrio.

—¡Por el amor de Dios, *enséñanos* la pared! —gritó Jolanda.

—Tal vez deberíamos estar los tres en una sola habitación, a estas horas de la noche —dijo Claude, sin motivo aparente.

—Somos compañeros de piso Jimmy, Claude, no somos visitantes, ¡vivimos aquí! —gritó Jolanda—. ¡Los tres podríamos follar en la misma cama si quisiéramos!

—No estaba pensando en *eso,* ¡solo estaba *especulando!*—gritó Claude.

Los amigos miraron detenidamente los agujeros de bala. Solo había tres agujeros, muy juntos, formando una línea diagonal. Los agujeros tenían una circunferencia ligeramente mayor que la de un lápiz, o quizás entre un lápiz y el dedo índice de un adulto. Los agujeros estaban a la altura del pecho de Jimmy, pero él pensaba que las balas habrían alcanzado a Jolanda en la parte inferior del abdomen. Era imposible imaginar lo que Claude estaba *especulando*. La idea de que los tres se hubieran acostado en la misma cama debía de ser más perturbadora para Claude que los agujeros de bala, que parecía estar examinando detenidamente.

—Parecen agujeros de bala, pero si alguien recibió un disparo contra esta pared, ¿dónde está la sangre? —preguntó Claude—. Si una persona hubiera recibido un disparo aquí —especuló, de pie frente a los agujeros—, ¿no habrían atravesado las balas el cuerpo? ¿No estaría la pared salpicada de sangre?

—A lo mejor taparon las manchas de sangre con papel pintado, Claude —dijo Jolanda.

—De ser así, ¿no se habrían molestado en tapar los agujeros de bala con yeso? ¿No habrían tapado también los agujeros de bala con papel pintado? —siguió especulando Claude, con su irritante manera de ser.

—¿Estás diciendo que alguien disparó contra la pared, Claude? —le preguntó Jolanda—. ¿Por qué alguien, aunque fuera un soviético con el gatillo fácil, dispararía contra una pared?

—Solo digo que eso es lo que parece —protestó Claude. A partir de este punto muerto, la conversación de los estudiantes extranjeros degeneró.

Jolanda se quejó de que le resultaba imposible tener relaciones sexuales con Hildegund. Simplemente no había ningún lugar donde pudieran hacerlo. Hildegund le había dicho a Jolanda que en el

cuarto del lavavajillas no podían acostarse juntas. Hildegund vivía con «una panda de bárbaros», o al menos eso le había dicho a Jolanda.

—¿Crees que deberías acostarte con alguien que vive con bárbaros? —le preguntó Claude a Jolanda, quien lo ignoró.

—Por otro lado, si Hildegund viene aquí, ¿qué hacemos con su perra? —preguntó Jolanda—. ¿Dónde metemos a *Hard Rain?*

—¿Quieres decir que la perra estará contigo y con Hildegund? ¿Quieres decir que *Hard Rain* estará en la misma habitación donde tenéis relaciones sexuales? —preguntó Claude a Jolanda.

—Jesús, María y José, Claude, ¿acaso la Frau *permite* perros? Y si le pregunto a la Frau y me dice que no, ¿qué hacemos *entonces?*— exclamó Jolanda.

—Bueno, en primer lugar, ¡la perra *no* debería estar en tu habitación cuando Hildegund y tú hacéis el amor! *Hard Rain no* debería verlo, ¡la pobre perra no debería *verlo!*—declaró Claude.

—¡Por el amor de Dios, Claude! A los perros no les importa que la gente haga el amor, ¡a los perros no les interesa que la gente folle! —dijo Jolanda.

—¡La pobre perra! —exclamó Claude—. Todavía me estoy acostumbrando a que una perra pastor alemán se llame *Hard Rain* —dijo, sin motivo aparente.

—Podemos atar a la perra en el aparcamiento de bicicletas del patio. Está cerrado y *Hard Rain* estará a salvo —razonó Jolanda.

—¡Pobre perra! —exclamó Claude—. En el patio hace frío... *¡Hard Rain* estará abandonada con un montón de bicicletas!

—*¡Hard Rain* está abandonada en un callejón con un montón de *basura!*—gritó Jolanda—. A lo mejor la perra podría quedarse en una de vuestras habitaciones cuando Hildegund venga a visitarme —dijo Jolanda.

—Nunca he dormido con una pastor alemán —les dijo Claude.

—Nunca dejas de sorprenderme, Claude —dijo Jolanda.

—Lo que quiero decir es que *Hard Rain* es un perra *grande*— señaló Claude.

—¿Y si *Hard Rain* tiene que hacer pipí o algo así? —preguntó Jimmy.

El único problema eran las tormentas eléctricas, o al menos eso le habían dicho a Jolanda.

Cuando había truenos y relámpagos, había dicho Hildegund, *Hard Rain* se acurrucaba en la bañera, donde se cagaba encima.

—Durante una tormenta eléctrica —Jolanda les explicó a Jimmy y Claude— es mejor dejar la puerta del baño abierta, para asegurarse de que *Hard Rain* tenga acceso a la única bañera de los Holzinger.

—¡Espera, espera, *espera!*—le dijo Claude a Jolanda—. ¿Tu nueva novia vive con una panda de bárbaros y su perra tiene diarrea en la bañera durante las tormentas?

A Jolanda no le hizo gracia la designación de «nueva novia». Jimmy y Claude tenían claro que Jolanda seguía echando de menos a Mieke.

—El invierno acaba de empezar. El invierno dura cuatro meses, o más —les recordó James Winslow a sus compañeros de piso—. Los truenos y los relámpagos no son habituales en invierno —dijo. No sabía nada sobre los inviernos en Viena. James Winslow no habría sabido explicar por qué le atraía la idea de esconder a una perra pastor alemán en el apartamento de los Holzinger.

—Por norma general, rompo con mis nuevas novias antes de dos o tres meses —les dijo Jolanda a Jimmy y Claude—. Nunca pensé que rompería con Mieke, ¡pero no tenía ni idea de que ella quería *probar* con un chico! —se lamentó Jolanda. Los tres amigos coincidieron en que no serviría de nada encadenar a *Hard Rain* en el aparcamiento

de bicicletas del patio. *Hard Rain* era una perra amistosa, pero seguía siendo una pastor alemán. La gente les tiene miedo a los pastores alemanes.

Por lo tanto, Jimmy y Claude dijeron que se turnarían para esconder a la perra mientras Jolanda mantenía relaciones sexuales con Hildegund. Esa es la clase de cosas que los compañeros de piso hacen por los demás cuando tienen veintitantos años, cuando los truenos y los relámpagos pueden estar a meses de distancia, una posibilidad remota.

Después de que Claude y Jolanda se hubieran ido a sus habitaciones, mucho después incluso de que se hubieran dormido, Jimmy seguía escribiendo bajo las sábanas. En la novela que había empezado, lo fácil era imaginar a su abuelo como el personaje principal. La benevolencia de Thomas Winslow como profesor se extendía más allá del aula: era buen profesor como padre y como abuelo, siempre estaba enseñando. En la primera novela de James Winslow, el personaje del querido profesor de inglés es un soltero empedernido. Como da clase en una escuela solo para chicos, algunas esposas de profesores y también algunos alumnos piensan que los hombres solteros deben de ser homosexuales no practicantes. En la novela que Jimmy estaba escribiendo no habría pruebas que respaldaran esa homofobia instintiva. El profesor de inglés soltero es tan asexual como Honor Winslow. En la novela se le llama Tom o profesor Tom. Busca a los estudiantes que están perdidos o deprimidos. Los salva con Dickens. El profesor Tom sabe qué novela de Dickens les levantará el ánimo.

Esa noche, bajo las sábanas de su cama en Viena, el joven James decidió el título de su primera novela: *El hombre de Dickens*. Más tarde, Jimmy fue al baño al final del pasillo. Después se lavó la cara y se cepilló los dientes en el baño que estaba frente a su dormitorio.

Se metió en la cama con las luces apagadas, pero estaba completamente despierto cuando Irmgard llegó a casa. Ella encendió la luz del pasillo, Jimmy reconoció su gran cuerpo a través del óvalo de vidrio esmerilado de la puerta de su habitación. Pudo ver cómo ella se desvestía en el pasillo. No se estaba desnudando para él, eso lo tenía claro. Solo se estaba quitando la ropa antes de entrar en el baño, donde Jimmy pudo oírla preparar la bañera. Se levantó de la cama y abrió la puerta en silencio, solo un poco, lo suficiente para ver la pila de ropa en el suelo. La ropa desprendía el perfume embriagador de Irmgard; no había ni rastro de talco para bebés en aquella fuerte fragancia.

Jimmy esperó en su habitación, en la oscuridad, hasta que oyó que la bañera se vaciaba. Entonces encendió la lámpara de su escritorio, junto a la ventana. Cuando Irmgard salió del baño, envuelta en toallas, Jimmy abrió la puerta de su dormitorio y la vio. Estaba recogiendo su ropa.

—¿Puedo preguntarte algo? Quiero enseñarte una cosa —le dijo.

—¿Preguntarme qué? ¿Enseñarme qué? —dijo ella, entrando en su habitación.

Jimmy solo llevaba una camiseta y unos pantalones de chándal cuando se esforzó por apartar el horrible cuadro de la pared junto al cabecero de su cama. Irmgard tuvo que echarle una mano.

—Oh, los agujeros de bala. ¿Eso es todo? —preguntó Irmgard. Había tirado su ropa sobre la cama. Le había contado la mayor parte de la historia antes de que Jimmy se diera cuenta de que no había nada de malo en el orden de sus palabras en inglés—. Nunca alquiles una habitación a un ruso, a menos que tengas ratas y quieras deshacerte de ellas. —Así dio comienzo Irmgard a la historia. El ruso no podía dormir porque había ratas correteando entre las paredes. Había ratas por todo el barrio, habían invadido el edificio de

apartamentos cuando Irmgard era pequeña—. No era mucho mayor que Siegfried cuando el ruso vivía aquí —le contó Irmgard con un orden sintáctico perfecto.

—¿El ruso disparó a las ratas a través de la pared? —le preguntó Jimmy.

—¡Por supuesto que no! El ruso hizo tres agujeros de bala perfectamente colocados —respondió ella.

—¿Y por qué no utilizó un taladro? —le preguntó el joven James.

—Esta es una familia sin padre, Jimmy, son los padres los que tienen herramientas. El ruso tenía una pistola, así es como hizo los agujeros de bala —explicó Irmgard. El ruso insertó unas pinzas en dos de los agujeros. El tercer agujero lo utilizó para introducir lo que parecía un terrón de azúcar, que sujetaba con las pinzas. El terrón de azúcar era en realidad veneno para ratas—. Sabías cuándo las ratas habían tomado el veneno, porque las pinzas caían dentro del dormitorio —explicó Irmgard.

—¿Las ratas murieron entre las paredes? —le preguntó Jimmy.

—¡Por supuesto que no! Las ratas habrían olido fatal. El veneno les daba sed. Cuando las ratas salían a beber agua, explotaban en un charco, morían al aire libre —le contó Irmgard, mientras recogía su ropa.

—El orden de tus palabras es perfecto. Antes no lo era —señaló él.

—Estoy cansada de jugar, Jimmy, mi inglés no es malo —admitió Irmgard—. Tu madre llamó antes para hablar contigo. Dijo que mi inglés era bastante bueno. Tu madre me preguntó si ibas al gimnasio. Quería saber si practicabas lucha libre. Le dije que no lo creía, aunque realmente no lo sabía. Tu madre quiere que sigas practicando lucha libre, ¿sabes? —añadió.

—*Ich weiß*. Lo sé —dijo Jimmy—. Pensé que tal vez había llamado porque han asesinado a Kennedy. Esa habría sido una mejor razón

para llamarme.

—Tu madre me preguntó si alguna vez habías pensado en Vietnam. Dijo que *deberías* hacerlo, ahora que Kennedy ya no está —le dijo Irmgard a Jimmy—. Le dije que no lo creía, aunque en realidad no lo sabía —añadió. Jimmy no sabía qué decir, mientras él e Irmgard se esforzaban por volver a colgar el cuadro en la pared, sobre los agujeros de bala—. Tu madre me preguntó si tenías novia, Jimmy —le dijo Irmgard.

—Y tú le dijiste que no creías, aunque en realidad no lo sabías —se atrevió a decir Jimmy.

—Tu madre me preguntó quién era yo y le conté mi situación: Siegfried, etcétera... —dijo Irmgard, haciendo una pausa. Estaba recogiendo su ropa de nuevo, esta vez de la cama de Jimmy.

—Espero que mi madre no te haya preguntado si serías mi novia y si considerarías quedarte embarazada de nuevo y darme tu bebé —le preguntó el joven James a Irmgard.

—Solo le dije que no lo creía, Jimmy —le respondió Irmgard.

—Lo siento mucho, Irmgard. Mi madre está decidida a impedir que me convierta en soldado, está completamente obsesionada con eso —dijo Jimmy.

—La entiendo, Jimmy, pero no puedo ser yo —le dijo Irmgard. Se detuvo en el pasillo y lo miró, pero no era una mirada cálida ni acogedora.

—Gracias, supongo que ahora ya lo sé todo —le dijo Jimmy.

—No, no lo sabes todo, Jimmy, pero sabes lo suficiente —dijo Irmgard.

Una vez más, no había nada extraño en el orden de sus palabras. Había dejado de jugar con él; no habría más sesiones de cine en el salón, eso Jimmy lo tuvo claro.

De vuelta a su dormitorio, Jimmy vio su sujetador negro: se le había caído de entre la ropa que llevaba en los brazos, a los pies de la cama de Jimmy. Tenía poca experiencia con los sujetadores. Había un claro escote entre las copas y estas tenían un efecto *push-up*. Podía sentir que había algún tipo de varilla involucrada en la elevación. Basta con decir que el sujetador de Irmgard no era una simple prenda interior. Era un sujetador destinado a llamar la atención, un sujetador que se suponía que tenías que ver cómo se quitaba alguien, o eso imaginaba Jimmy.

James Winslow se sintió tentado de llevarse el sujetador a la cama; su fragancia, su tacto, le inspiraban fantasías. Pero si Irmgard había dejado de jugar con él, como ella había dicho, Jimmy se propuso acabar con ella y su *Judenhass*. El odio de Irmgard hacia los judíos, su antisemitismo, o como quiera llamarse, hacía que Jimmy la odiara. Se sentía profundamente avergonzado de su continuo deseo por ella, que parecía contradecir a su odio.

Irmgard había apagado la luz del pasillo, pero había suficiente luz en la habitación de Jimmy para que él viera dónde había acabado su sujetador negro: donde él lo había tirado, en el pasillo, a medio camino entre el baño y el otro lavabo.

18

Compartir cama

A Jimmy no se le había ocurrido que Claude pudiera pisar, descalzo, el sujetador en la oscuridad, de camino al baño, ni que, cuando Claude encendiera la luz del pasillo y viera lo que había pisado, la visión de un sujetador tan provocativo le hiciese mearse en el pijama. Jimmy y Jolanda durmieron profundamente durante el traumático encuentro de Claude.

El sábado por la mañana, o Frau Holzinger o Siegfried fueron los primeros en encontrar el sujetador caído. Sin duda, la Frau sabría de quién era el sujetador y se lo habría devuelto a su legítima propietaria. Incluso Claude se dio cuenta de que era un sujetador demasiado grande para ser de Jolanda.

El alboroto que Jimmy oyó en el pasillo, la conversación que le despertó, no tenía nada que ver con el sujetador.

—*Nicht Dienstag, nicht Mittwoch, nicht Donnerstag*—protestó Frau Holzinger. («Ni martes, ni miércoles, ni jueves»)—. *Samstag ist ungewöhnlich*—dijo irritada. («El sábado es algo fuera de lo normal.»)

—*Kennedys Tod ist auch ungewöhnlich*—oyó Jimmy que le decía Annelies a su casera. («La muerte de Kennedy también está fuera de lo normal.») Jimmy pudo ver a Annelies a través del vidrio esmerilado de la puerta de su dormitorio.

—*Trotzdem ungewöhnlich*—oyó decir a la Frau, pero no podía verla; es probable que estuviera preparando el desayuno de Siegfried en la cocina. («Igualmente, está fuera de lo normal», había dicho la viuda Holzinger sobre la visita improvisada de Fräulein Eissler a la Schwindgasse un sábado por la mañana.)

Annelies se señaló a sí misma en el óvalo del cristal esmerilado.

—*Ich bin ungewöhnlich*—dijo, refiriéndose a sí misma. («Yo no estoy dentro de lo normal», dijo, abriendo la puerta de Jimmy.) Metió un pie descalzo en su dormitorio, moviendo las uñas pintadas —. ¿Estás presentable? —preguntó Annelies. Era una frase anticuada, algo que tal vez habría dicho la abuela de Jimmy, aunque Constance no habría movido los dedos de los pies.

—¡Sí! ¡Entra! —gritó Jimmy. Se levantó de la cama con la camiseta y los pantalones de chándal con los que había dormido. Le preocupaba tener mal aliento, ya que no se había lavado los dientes. Y Jimmy pudo verse en los dos espejos de la doble puerta de su armario; tenía un aspecto horrible.

—Has tenido una visita, su perfume es *furchtbar*—dijo Fräulein Eissler, cerrando la puerta de su dormitorio en las narices de la Frau, que observaba con curiosidad. Annelies abrió la ventana del balcón —. Que significa «horrible» —le dijo.

Jimmy esperaba que el horrible olor se debiera únicamente al perfume de Irmgard y no al resultado de haber rociado su desodorante para las axilas sobre las teclas de su máquina de escribir, mezclándolo de manera imprudente con el olor a *bratwurst* que aún perduraba. Jimmy le habló sin entrar en detalles de la visita de Irmgard —su perfume abrumador, su relato de la llamada telefónica de la madre de Jimmy—, pero se atascó al adentrarse en lo que Irmgard le había contado sobre los agujeros de bala. Al citar la moraleja de la historia, Jimmy repitió lo que Irmgard le había

dicho—: Nunca alquiles una habitación a un ruso, a menos que tengas ratas y quieras deshacerte de ellas.

—Esa no es la moraleja de la historia, Jimmy —dijo Annelies—. La moraleja de la historia es que todos los hogares deberían tener un taladro. —Se había sentado en su cama y señaló las uñas pintadas de sus pies—. Calcetines, por favor —le dijo, como si hubiera decidido quedarse un rato—. Pareces estar bien —le dijo, mientras buscaba los calcetines—. No todos los días asesinan a tu presidente —prosiguió—. Ahora mismo, eres el único estadounidense que conozco en Viena, así que pensé en venir a ver cómo estabas.

—Estoy bien —le respondió Jimmy, pero fue entonces cuando ambos se dieron cuenta de que él estaba arrodillado en el suelo junto a la cama, poniéndole un par de calcetines deportivos blancos en sus bonitos pies.

—Esto es extraño, Jimmy. Arrodillarse va más allá de mostrarse un poco servil en la habitual relación entre alumno y tutora —dijo Fräulein Eissler.

—Si a ti te parece bien, a mí también —le respondió Jimmy.

Annelies, de más está decirlo, sabía que Honor Winslow tenía la esperanza de que su querido James se librara del servicio militar, salvándolo así de ir a la guerra de Vietnam. Esther debía de haberle informado del plan del embarazo. La tutora de alemán de Jimmy sabía que el plan consistía en que dejase embarazada a una chica.

—No cierres la puerta de tu dormitorio, Jimmy —le dijo Annelies cuando él fue al baño a lavarse los dientes y la cara. Cuando regresó, ella se había metido bajo las sábanas y estaba tumbada con la cabeza sobre la almohada, como si se hubiera quitado toda la ropa. Después de que Jimmy cerrara la puerta de su habitación, Annelies se levantó de la cama y pudo ver que llevaba la ropa

puesta. Annelies le dijo a Jimmy que solo quería asegurarse de que la Frau la hubiera visto metida en su cama.

—Deja que la vieja *Judenhasser* imagine lo que quiera —dijo Annelies. Él ya le había contado a Annelies que Irmgard era antisemita.

—Odio a Irmgard por odiarte —le había dicho a Annelies, pero ella lo sorprendió.

—No deberías odiarla. La madre de Siegfried tiene una historia triste —le dijo Annelies—. El *Judenhass* proviene de la generación de Frau Holzinger. Odia a la Frau, no a Irmgard —dijo su tutora judía alemana.

Annelies pensaba con antelación, pero no estaba claro adónde quería llegar. Por ejemplo, de repente dijo:

—Cuando el Instituto de Estudios Europeos te pregunte si te acuestas conmigo, por favor, diles la verdad, diles que no. Pero omite cómo engañé a Frau Holzinger para que pensara que nos acostábamos juntos.

Annelies se quitó los calcetines. Estaba claro que se marchaba, que había cumplido su misión.

—De acuerdo —dijo Jimmy.

El interrogatorio que ella había predicho tendría lugar antes de Navidad. A Jimmy le caía bien la decana de los estudiantes del IEE, pero nunca recordaba su nombre. Un día lo llamó para discutir sobre ese asunto. Jimmy siguió las instrucciones de Fräulein Eissler. Le comentó a la decana que Frau Holzinger y su hija («una madre soltera enfadada») odiaban a los judíos, tal y como Annelies le había dicho que dijera. Al fin y al cabo, había estudiantes judíos en el Instituto de Estudios Europeos. ¿Y si uno de los estudiantes judíos del IEE se hubiera alojado en el apartamento de los Holzinger?

Como cabía esperar, la decano le dijo que Frau Holzinger había visto a Fräulein Eissler en la cama de Jimmy, bajo las mantas, pero Annelies lo había preparado para ese interrogatorio. Jimmy le contó a la decana que la Frau bajaba la calefacción por la noche y que a menudo la dejaba también baja los fines de semana. Jimmy escribía bajo las mantas por la noche, metido en la cama, le dijo a la decana. El sábado por la mañana, después del asesinato de JFK, hacía frío en la habitación de Jimmy, y Annelies se metió bajo las mantas porque tenía frío.

—Y cuando Fräulein Eissler me visita, para nuestras clases particulares, siempre se pone un par de mis calcetines —le dijo a la decana. Jimmy omitió lo de arrodillarse y lo de haberle puesto los calcetines a su tutora judía alemana.

A partir de ese día, por las tardes hacía algo más de calor en el apartamento de la Schwindgasse. La Frau seguía bajando la calefacción, pero solo un poco, y no la bajaba durante el fin de semana. La amistad de Jimmy con Jolanda y Claude era inquebrantable, seguían saliendo juntos por las tardes al Kaffeehaus Nachtmusik, pero Jimmy ya no tenía que escribir bajo las mantas. Fräulein Eissler había dejado claro su punto de vista. El *Judenhass* seguía siendo palpable en el apartamento de la Schwindgasse, sobre todo los martes, miércoles y jueves —antes, durante e inmediatamente después de sus clases particulares con Annelies—, pero la palabra «judío» apenas se mencionaba. Ni Frau Holzinger ni Irmgard pronunciaban *dieJüdin* como sustitutivo del nombre de Fräulein Eissler; su odio hacia los judíos estaba contenido.

—Hay algo más que tengo que enseñarte —le dijo Annelies a Jimmy—. Una noche saldremos juntos. Será tarde.

—¿Hasta qué hora? —le preguntó Jimmy, pero Fräulein Eissler estaba dispuesta a cambiar de tema.

—Hasta la misma hora a la que vuelve Irmgard por la noche, cuando sale. Hasta esa hora o un poco más tarde —respondió Annelies.

—De acuerdo —dijo Jimmy. Su tutora no esperó a cambiar de tema.

Le dijo a Jimmy que los luchadores del Turnhalle Leopold se preguntaban dónde estaba. Leo («Pequeño Espejo») le había preguntado por él. Los luchadores de estilo libre, los dos soviéticos y los dos israelíes, estaban deseando conocer al estadounidense. Solomon era el israelí del mismo peso que Jimmy. Anteriormente, su categoría era la de los sesenta y dos kilos, le dijo Annelies a Jimmy, pero le aclaró que el antiguo luchador de la Haganá ahora pesaba más.

—Yo también —le respondió Jimmy.

Jimmy le explicó a Annelies que estaba esperando a que llegasen las vacaciones de Navidad antes de presentarse por el gimnasio de la Währinger Straße. Claude y Jolanda se irían a sus respectivas casas en Navidad, y los compañeros de Jimmy en el IEE pasarían las vacaciones en Kaprun, una estación de esquí en los Alpes austriacos. El joven James estaría solo en Viena durante la mitad de diciembre, un buen momento para trabajar en su novela y conocer a sus compañeros luchadores, le dijo a Annelies.

La señorita Eissler no creía que los luchadores de estilo libre fueran a ir a ningún sitio por Navidad. El otro israelí era Simon, el más corpulento de los dos veteranos de la Haganá. Debía de pesar al menos setenta y cinco kilos, le dijo a Jimmy. El único compañero de entrenamiento de Simon era Serguéi, el más corpulento de los dos soviéticos. El antiguo luchador del Ejército Rojo que compartía categoría con Jimmy era Zander, dijo Fräulein Eissler.

El hecho de hablar sobre la Navidad provocó una diatriba anticristiana por parte de Annelies. Austria era un país católico y socialista, la Navidad era una excusa perfecta, tanto religiosa como socialista, para no trabajar, declaró. Además, Annelies sabía que la madre de Jimmy le escribía cartas. Pero ¿qué sentido tenía pagar más por el correo aéreo si los trabajadores postales austriacos estaban de vacaciones por Navidad? Fräulein Eissler le dijo a Jimmy que sus clases particulares no se detendrían durante las vacaciones, excepto el día de Navidad, a menos que Jimmy estuviera demasiado ocupado escribiendo y luchando.

—¿Te ha dicho Esther que mi madre me escribe? —le preguntó el joven James a Annelies, pero ella no respondió a lo que atañía a Esther.

—Tu madre quiere hacerte una *Vorschlag,* Jimmy —le dijo Annelies, una «propuesta». No quiso decirle de qué se trataba. Había detectado una nueva fragancia en su dormitorio y había abierto la ventana del balcón para que entrase el frío—. No estás viendo a Irmgard, ¿verdad? —le preguntó Annelies—. ¿Ha cambiado de perfume? No es mucho mejor*. Immer noch furchtbar.* («Sigue siendo horrible.»)

—No me estoy viendo con Irmgard —le dijo a Annelies. Ella había percibido el olor de *Hard Rain.* Jimmy no sabía qué pensaría su tutora judía alemana respecto al hecho de que compartiese la cama con una perra pastor alemán. El horario en el que le tocaba cuidar de la perra todavía era nuevo. Claude y Jimmy se turnaban, pero Claude tenía pesadillas que le hacían gemir mientras dormía. Esto provocaba que *Hard Rain* también gimiera y lloriquease, lo cual les provocaba pesadillas a ambos.

—No debería ser tan complicado dormir con una perra, Claude —le había dicho Jolanda, pero tanto Jimmy como Claude intuían que a

Jolanda le resultaba complicado dormir con Hildegund, su lavaplatos tatuada. Jolanda no había dado detalles, se limitaba a culpar a la «panda de bárbaros» con los que Hildegund vivía.

En cuanto a *Hard Rain,* Jimmy y Claude la adoraban. Nunca habían tenido un perro ni habían dormido con uno; no sabían si los hábitos de *Hard Rain* eran particulares de esa perra o comunes a los de otros pastores alemanes; posiblemente a los de todos los perros. No era culpa de *Hard Rain* que oliera ligeramente a basura, la pobre perra pasaba el día encadenada en el callejón donde recogían la basura de la cafetería. Que *Hard Rain* oliera a humo era culpa de Hildegund, que fumaba.

A Jimmy y Claude no les pasó por alto que el hábito de Hildegund hubiese reavivado las ganas de fumar en Jolanda.

—Sea quien sea, Jimmy, su perfume es repugnante y fuma. Pero si te permite dejarla embarazada, cumplirá un propósito —le dijo Annelies.

—Es una pastor alemán. La escondo aquí conmigo tres o cuatro noches a la semana —admitió Jimmy.

Fräulein Eissler no se sorprendió.

—Confío en que me lo explicarás con detalle —dijo con calma. Y así lo hizo. Sin duda, el cariño de Jimmy por *Hard Rain* era evidente.

—No suelta mucho pelo —le dijo el joven James a su tutora, retirando las sábanas de la cama para mostrárselas a Annelies.

—No, no mucho —admitió Annelies, encogiéndose de hombros. A Jimmy le encantaba cómo se encogía de hombros: sus pequeños hombros se movían hacia delante y sus pechos se desplazaban ligeramente cuando suspiraba—. Una raza simbólica: no es culpa del perro quiénes eran o son sus amos —dijo de forma misteriosa Fräulein Eissler.

A James Winslow le desconcertó ese comentario sobre los pastores alemanes. Sembró la duda de si explicarle o no a Annelies lo que les había dicho su dueña sobre *Hard Rain:* su supuesta reacción exagerada ante las tormentas eléctricas. Jimmy no veía ningún indicio, en la *Hard Rain* que estaba conociendo y empezando a querer, de que fuera una perra que se cagara encima en la bañera al oír los truenos y ver los relámpagos. Jimmy y Claude no se fiaban de nada de lo que les había contado la lavaplatos tatuada; odiaban a Hildegund.

¿Y si *Hard Rain* solo había tenido un episodio puntual de diarrea en la bañera? ¿Y si había comido comida para perros en mal estado y los truenos y relámpagos solo habían sido una coincidencia? ¿Quiénes eran los supuestos bárbaros con los que Hildegund afirmaba vivir? ¿En qué sentido eran bárbaros?

Jimmy era consciente de que a Claude le gustaba mucho *Hard Rain,* a pesar de que se provocaban pesadillas mutuamente.

—Es una buena chica —le había dicho Claude—. No creo que se cague en la bañera cada vez que hay una tormenta. Si *Hard Rain* se cagara en la bañera, se sentiría avergonzada —insistió Claude—. Incluso se avergüenza cuando se tira un pedo, ¿verdad? —le preguntó a Jimmy, quien creía que así era, o al menos parecía más triste de lo habitual después de tirarse un pedo. Cuando *Hard Rain* se tiraba un pedo, movía la cola, un poco insegura, como si buscara aprobación. En cuanto a que se cagara en la bañera, las pruebas contra *Hard Rain* no eran más que «puras habladurías», concluyó Claude.

También era poco realista que los estudiantes extranjeros creyeran que podrían dejar la puerta del baño abierta por si *Hard Rain* tenía que saltar a la bañera al primer destello de un relámpago o al oír el primer trueno en la lejanía. No cabía esperar que Jimmy y Claude se

aseguraran de que *Hard Rain* pudiera acceder a la bañera, y menos aún teniendo en cuenta que Irmgard se bañaba en las primeras horas de la mañana. Con relación a su reputación como perra que se cagaba en la bañera, lo único que Jolanda decía de *Hard Rain* era: «Se tira muchos pedos». Seguramente Jolanda sabía que volvería a ver a Mieke en Ámsterdam durante las vacaciones de Navidad. Jolanda se sentía culpable por haber mantenido relaciones sexuales con Hildegund.

Jimmy le contó a Annelies la noche en que Irmgard debió de oírle hablar con *Hard Rain,* pues le mordisqueaba los dedos de los pies bajo las sábanas; no le mordía con fuerza, solo jugaba.

—No muerdas, sé una buena chica —le dijo Jimmy. La perra golpeaba con la cola bajo las sábanas—. Qué buena chica eres —le dijo Jimmy, y ella movió la cola con más fuerza; luego resopló o estornudó, sacudiendo la cabeza en todas direcciones. A veces sonaba más como un cerdo que como un perro, especialmente cuando estaba bajo las sábanas.

Fue entonces cuando vio el cuerpo grande y borroso de Irmgard presionado contra el vidrio esmerilado. Estaba envuelta en toallas, recién salida del baño, y empañó el óvalo de vidrio de la puerta de su dormitorio.

—Te oigo hablar con alguien, Jimmy —dijo Irmgard—. ¿Está tu profesora de alemán contigo?

—No es la profesora —dijo Jimmy, pero Irmgard abrió la puerta de su dormitorio, llenando el umbral con su cuerpo.

En la oscuridad de la madrugada, cuando Hildegund salió de la cama de Jolanda, la lavaplatos tatuada entró en la habitación de Claude o en la de Jimmy, para llevarse a *Hard Rain* a casa con ella, de vuelta con los bárbaros. A *Hard Rain* no le gustaba irse con Hildegund, pues tenía que enfrentarse a la aventura de salir al frío y

a la oscuridad a una hora inhóspita de la madrugada. Siempre se acurrucaba bajo las sábanas.

—¿Qué le pasa, es tímida? —preguntó Irmgard.

Hard Rain dio un solo golpe con la cola, como un espasmo de un brazo o una pierna. A eso le siguió un resoplido que sacudió la cama, un estornudo violento y ahogado. Luego, *Hard Rain* se dio la vuelta sobre su espalda, levantando las mantas con sus patas delanteras.

—Solo es tímida y está resfriada —le explicó Jimmy a Irmgard—. Y está desnuda, no quiere que la veas —añadió.

—Espero que no sea menor de edad, Jimmy. No lo es, ¿verdad? No queremos que venga la *Polizei*—le dijo Irmgard.

—No vendrá la policía, te lo prometo. No es menor de edad —le dijo Jimmy a la enfadada y deprimida madre de Siegfried. *Hard Rain* arqueaba la espalda y se rascaba bajo las sábanas; también mordisqueaba la muñeca de Jimmy, con su delicadeza habitual—. Solo actúa como si fuera menor de edad —le dijo Jimmy a Irmgard para tranquilizarla, pero ella se marchó, cerrando bruscamente la puerta tras de sí.

Antes de que Irmgard apagara la luz del pasillo, Jimmy la oyó decir:

—Sabré cuántos años tiene cuando la vea.

—Pensara lo que pensase Irmgard, no se le pudo ocurrir que tú estuvieses bajo las sábanas —le dijo Jimmy a Fräulein Eissler. Esperaba que a ella le divirtiese la historia, pero no le hizo ninguna gracia. Parecía preocupada o distraída, o ambas cosas.

—Te dije que no debías odiar a Irmgard, y no debes hacerlo —dijo Annelies—, pero tampoco debes acercarte demasiado a ella, Jimmy. Es más seguro dormir con la pastor alemán. —Jimmy también lo

creía, pero Fräulein Eissler ya estaba pensando en otro tema: en esta ocasión, los Juegos Olímpicos de Invierno de 1964.

Todo el mundo hablaba de cómo les iría a los austriacos en el esquí alpino. A finales de enero y principios de febrero se celebrarían los Juegos Olímpicos de Invierno de 1964 en Innsbruck. La televisión austriaca retransmitiría todas las pruebas de esquí, pero Irmgard probablemente preferiría ver el canal de cine. Jimmy, Claude y Jolanda contaban con Dagmar, del Kaffeehaus Nachtmusik, que les había dicho a los estudiantes extranjeros que en el televisor del café podrían ver los Juegos Olímpicos. Dagmar incluso les dijo que, cuando los austriacos esquiaran, subiría el sonido. Fräulein Eissler, que no esquiaba, se limitó a decir que los Juegos Olímpicos «la aterrorizaban».

—Fomentan el nacionalismo, que no tiene una buena historia en este país —dijo.

Pero Jimmy, Claude y Jolanda estaban deseando ver las pruebas de esquí en su cafetería local, donde hacían los deberes —y Jimmy intentaba escribir, o imaginarse a sí mismo como futuro escritor—, donde al menos estaban calientes y no tenían que andar demasiado cuando se sentían cansados y querían irse a la cama.

Claude dijo que los franceses eran buenos en descenso. Incluso Jolanda mostraba cierto interés por los Juegos Olímpicos de Invierno.

—Los holandeses patinan, yo no, pero otros holandeses sí —dijo con un suspiro.

Jimmy y Claude estaban preocupados por Jolanda. Veían que las cosas no le iban bien con Hildegund. Jimmy y Claude se habían encariñado con *Hard Rain,* pero Jolanda había perdido interés en su lavaplatos tatuada. ¿Qué pasaría con *Hard Rain* cuando Jolanda

dejara a la lavaplatos? Ese detalle también preocupaba a Jimmy y a Claude.

Claude empezó a tener pesadillas con *Hard Rain.* Jimmy estaba solo en su cama cuando se despertó sintiendo un frío sobrenatural; notó una corriente de aire procedente de la ventana del balcón junto a su escritorio. Había una farola cercana en la Schwindgasse. Jimmy vio un fantasma sentado a su escritorio: estaba fumando y echaba el humo por la ventana, que estaba entreabierta. Tal vez habían disparado otras balas en la habitación de Jimmy. Tal vez esa joven, la fumadora, había sido una víctima. Jimmy la observó durante un rato. Era un fantasma joven, perdido en sus pensamientos. Jimmy sintió lástima por ella. Era difícil saber cuánto medía estando sentada, pero Jimmy finalmente la reconoció. Como no quería asustarla pronunciando su nombre, se dio la vuelta en la cama para llamar su atención.

—Siento haberte despertado —dijo Jolanda. Tiró el cigarrillo a la calle y cerró la ventana.

—Creía que estabas intentando dejar de fumar —le dijo Jimmy. Jolanda estaba fría y temblaba cuando se metió en la cama con él. Jimmy sabía que no pretendía nada sexual. Jolanda solo quería entrar en calor y no quería volver a su habitación, junto a su lavaplatos tatuada.

—Había dejado de fumar antes de que tú y Claude me conocierais, pero el olor a humo de Hildegund y *Hard Rain* me hacen echar de menos fumar —le dijo Jolanda a Jimmy—. Ahora fumo otra vez y *odio* a Hildegund. Es cruel y hace el amor como si estuviera lavando platos, como si solo lo hiciera para cumplir con su deber. Dicho esto, por lo general puedo echar mano de mejores razones cuando dejo a alguien —añadió Jolanda.

—Esas son buenas razones —le dijo Jimmy.

—¡Siempre necesito *mejores* razones! —exclamó Jolanda—. Y si dejo a la lavaplatos, perderemos a la perra. ¡Me encanta esa perra! Es a Hildegund a quien quiero dejar, no a *Hard Rain*.

—Yo también quiero a *Hard Rain* —le confesó Jimmy a Jolanda. Estaban tumbados en la cama, abrazados, cuando entró Claude; traía consigo a *Hard Rain.*

La perra saltó a la cama y se metió bajo las mantas, colocándose entre Jimmy y Jolanda. Claude les dijo que, en un primer vistazo, había creído que Jolanda era Fräulein Eissler.

—Por el amor de Dios, Claude, ¡Annelies es pequeña y yo soy grande! Además, ella es guapa y yo no —dijo Jolanda.

Jimmy supuso que no era un buen momento para que Jolanda se enterara de que al principio había pensado que era un fantasma.

—Hace mucho frío aquí —les dijo Claude, temblando—, y *Hard Rain* y yo nos hemos estado asustando mutuamente, nos hemos puesto como locos.

—Por el amor de Dios, Claude, si tienes frío, ¡métete en la cama con nosotros! —le dijo Jolanda.

Los tres estaban metidos bajo las mantas con *Hard Rain* cuando Hildegund irrumpió en el dormitorio, buscando a su perra o buscando a su perra y a su novia, y encontrándolos a todos.

—Ya no me gustas —le dijo Jolanda a la lavaplatos.

Como de costumbre, *Hard Rain* no quería salir de la cama para aventurarse en el frío y la oscuridad. ¿Por qué iba a querer hacerlo? La perra no respondió a la presencia de Hildegund. *Hard Rain* puso sus patas delanteras sobre el pecho de Claude, con su largo hocico asomando junto a la oreja de Claude sobre la almohada.

—No la quieres lo suficiente —le dijo Claude a Hildegund. Dadas las circunstancias, Claude podría haberse referido a Jolanda, pero tanto Jolanda como Jimmy sabían a quién se refería Claude:

Hildegund no quería lo suficiente a *Hard Rain.* La lavaplatos tatuada no se merecía tener una perra como *Hard Rain.*

—*Ausländer*—dijo Hildegund, mostrándoles el dedo corazón a Claude y a Jimmy. (Los había llamado «extranjeros»)—. *Ausländerin* —dijo la lavaplatos tatuada, señalando solo con el dedo índice a Jolanda, «extranjera». Hildegund le mostró la correa corta y el arnés a *Hard Rain,* que salió de la cama a regañadientes y dejó que Hildegund la atara; era el mismo tipo de correa corta y de arnés que se utilizaban para los perros guía. A *Hard Rain* no pareció hacerle ninguna gracia verse atada.

—*Typisch ausländisch*—les dijo Hildegund al marcharse, dejando abierta la puerta del dormitorio de Jimmy. («Típicamente extranjero.»)

—¡Eres una xenófoba de mierda! —le gritó Jolanda. Ser *extranjero* era algo malo para los vieneses, como estaban aprendiendo los estudiantes extranjeros.

—*Das geht bei uns nicht*—les decía Frau Holzinger a Jimmy, Claude o Jolanda si alguno de ellos dejaba una botella de cerveza abierta en la nevera o una taza de café sin lavar en el fregadero de la cocina. («Esto no se puede hacer aquí», les decía la Frau a los estudiantes extranjeros.)

Fräulein Eissler le dijo a Jimmy que el antisemitismo en Austria formaba parte de «una xenofobia más amplia». También se burlaba, de forma simpática, de los estudiantes extranjeros por su costumbre de pasar el rato en el Kaffeehaus Nachtmusik.

—Nadie va a ese café tan lúgubre. Ni siquiera los que frecuentan la Sala de Lectura Polaca —decía Annelies. Lo decía en broma. Nunca habían visto a nadie entrar o salir de la Sala de Lectura Polaca que estaba en la Schwindgasse; nadie sabía quién iba allí.

Jimmy, Claude y Jolanda vivían a escasa distancia de la Kärntner Straße, les recordó Annelies. Deberían pasar el rato en el Café Hawelka; tendrían que ir a divertirse al Augustinerkeller.

—¡Tendríais que ir a donde van los jóvenes! —les instó Annelies.

Como cabía esperar, a Claude le daba miedo que le pegaran; en los lugares a los que iban los jóvenes no habían sido amables con él. En cuanto a Jimmy y Jolanda, tenían poca confianza en su capacidad para conocer a otros jóvenes, o poco deseo de hacerlo. Además, debían hacer deberes. No podían hacer los deberes, ni intentar escribir, en el Café Hawelka; había demasiada gente hablando y divirtiéndose allí. Jimmy y Claude y Jolanda necesitaban un lugar lúgubre, donde la única conversación posible remitiese a aquella selección musical increíblemente limitada pero aleatoriamente heterogénea.

La señorita Eissler también había incitado a los estudiantes extranjeros a que se «esforzaran por salvar a Siegfried». Podrían ejercer «una influencia internacional» sobre aquel niño aislado, les dijo. El *Judenhass* xenófobo de la madre y la abuela de Siegfried terminaría con él o se prolongaría a través de él, les había dicho Annelies.

—Podríais inspirar a ese chico a pensar de manera global —les aseguró.

Pero ¿qué podían hacer en ese sentido?, se preguntaban los estudiantes extranjeros. Jimmy quería a Annelies y sus compañeros de habitación se sentían cada vez más impresionados por ella. Sin embargo, salvar a Siegfried parecía estar fuera de su alcance; las atrocidades que había cometido con el prensador de ajos podrían haber marcado al niño hasta convertirlo en un futuro criminal de guerra. Siegfried era un niño de cinco años hosco y poco comunicativo. ¿Y si Irmgard le había transmitido al niño su ira y su

depresión? ¿Cómo podían tres estudiantes extranjeros salvar a Siegfried?

La madrugada en que Jimmy y sus compañeros de habitación se quedaron solos en su cama, con la puerta del dormitorio de Jimmy abierta de par en par, la fría y oscura madrugada en que la lavaplatos tatuada les soltó lo de «típicamente extranjero» y les había quitado a *Hard Rain,* devolviéndoselo a los bárbaros, Jimmy, Claude y Jolanda cayeron en un sueño profundo y desalentador. Habían desperdiciado los primeros tres meses de su año de estudios en el extranjero, no habían logrado relacionarse con nadie más que entre ellos.

A James Winslow le avergonzaba sobre todo lo que le hacía único a ojos de Fräulein Eissler y de sus dos compañeros de cuarto: la obsesión de su madre por mantenerlo alejado de Vietnam, y que implicaba que él dejase embarazada a alguien. Y lo más vergonzoso del asunto era que la mejor opción para que eso sucediera, en opinión de Jimmy, era que llevasen a cabo la idea de Claude, es decir, que Jimmy dejara embarazada a Mieke, la novia con la que Jolanda había roto, mientras Jolanda le sujetaba la cabeza y le hablaba. ¡No es de extrañar que Jimmy se sintiera avergonzado! Sumidos en toda esa confusión y desánimo, Jimmy, Claude y Jolanda yacían dormidos, abrazados, con la puerta de su dormitorio abierta de par en par, cuando Frau Holzinger se dirigió como todas las mañanas a la cocina para preparar el desayuno de Siegfried. La Frau no los despertó. Con toda probabilidad, les habría echado una mirada de desaprobación al pasar. No oyeron lo que ella murmuró entre dientes, su habitual admonición: *Das geht bei uns nicht*. Lo primero que oyeron los estudiantes fue el áspero sonido que hacía Frau Holzinger al moler los granos de café. En las habitaciones de los estudiantes extranjeros, aunque sus puertas estuvieran cerradas,

el molinillo de café funcionaba a modo de despertador. La Frau no le hizo el desayuno a Siegfried hasta que el café estuvo preparado.

Claude estaba gimiendo cuando Jolanda le dio una patada bajo las sábanas.

—Por lo que parece, Siegfried está moliendo a sus soldados junto con los granos de café —dijo Claude, gimoteando.

Pero cuando los tres abrieron los ojos, vieron a Siegfried de pie junto a la cama, mirándolos fijamente. Sin duda, el niño no estaba acostumbrado a ver a tres adultos juntos en una cama. Se mantenía tan firme como un soldado, con el prensador de ajos bien sujeto en una de sus manitas. En la otra, el silencioso soldado sostenía lo que parecía una carta con franqueo aéreo.

—*Guten Morgen, lieber Briefträger*—le dijo Jolanda al niño. («Buenos días, querido cartero.»)

—*Ist Post für mich da?*—le preguntó Claude. («¿Hay correo para mí?»)

—*Nein, nur für Yimmy*—dijo Siegfried, entregándole la carta a Jimmy. («No, solo para Yimmy.»)

19

Der Vorschlag

Había sellos adicionales en la carta de franqueo aéreo; al parecer, adjuntaba una fotografía. Conociendo a su madre, Jimmy pensó que tal vez había incluido una foto de Chantal.

—Es de tu madre, ¿verdad? —preguntó Jolanda.

—*Der Vorschlag!*—gritó Claude, sobresaltando a Siegfried, que dejó caer el prensador de ajos sobre la rodilla de Jolanda. («¡La propuesta!», había gritado Claude.)

—No asustes a Siegfried, Claude, no seas idiota —dijo Jolanda. Le dio el prensador de ajos a Siegfried y le dijo algo tranquilizador para calmar al niño, que estaba muy nervioso—. *Nur von Yimmys Mutter* —le dijo Jolanda al niño, señalando la carta. («Solo es de la madre de Jimmy.»)

—Cuando nos leas la carta de tu madre, Jimmy, intenta imitar su voz lo mejor que puedas —pidió Claude—. Al fin y al cabo, es tu madre, pero Jolanda y yo no la conocemos en absoluto —dijo Claude.

—¡Por Dios, Claude! No es que tengas mucha experiencia con las novias, pero por lo visto tampoco tienes mucha experiencia con las madres —le dijo Jolanda—. ¡Jimmy no tiene que *imitar* a su madre para nosotros!

—Mi madre siempre está intentando casarme, Jolanda —dijo Claude.

James Winslow no se dio cuenta hasta unos años más tarde, cuando estaba terminando su primera novela, de que se trataba de una lección de escritura. A pesar de su inconsciencia, había agravado el problema; sus compañeros de piso, en ese momento sus compañeros de cama, estaban listos para escucharle leer en voz alta la propuesta que su madre quería hacerle para evitar que fuera a la guerra de Vietnam. Y lo que Honor Winslow le proponía había preocupado a la tutora judía alemana de Jimmy. Cuando Jimmy logró abrir el sobre, vio que Siegfried también estaba listo para escuchar la propuesta. El pequeño soldado seguía de pie junto a la cama; no entendía inglés, pero igualmente permaneció inmóvil.

—Pobre Chantal —murmuró Claude, casi como una plegaria, cuando vio la foto. Obviamente, la foto fue lo primero que salió del sobre, lo primero que todos vieron. Para variar, Chantal llevaba puesto un jersey que le quedaba bien. Jimmy reconoció dicho jersey: era un antiguo cárdigan de cachemira que solía ponerse su madre. A Chantal le quedaba perfecto, aunque el jersey la hacía parecer un poco mayor de lo que era. Incluso Siegfried observó la foto con atención. Los estudiantes extranjeros deberían haberse percatado de que Siegfried pensaba que la foto correspondía a la madre de Yimmy.

Alguien debería haber dicho algo antes de que Claude se pusiese a improvisar.

Cuando Claude empezó a hablar con Siegfried, en un alemán demasiado cuidadoso, como si Siegfried aún no hubiera aprendido a hablar ningún idioma, Jolanda y Jimmy pensaron que lo único que Claude pretendía era que el niño se marchara. Pero conociendo a Claude y su desconcertante falta de tacto, tendrían que haber estado preparados para que Claude desconcertara al niño con lo que fuera que acechaba en su subconsciente.

—¿Qué opinas de los perros, Siegfried? —le preguntó Claude al niño. Hablaba con una lentitud exagerada; hizo que la pregunta pareciese abordar un asunto de gran importancia.

Cuando Siegfried respondió a Claude, el niño habló, como cabía esperar, tan despacio como le habían hablado. Es probable que Siegfried creyese que Claude tenía las capacidades mentales de un niño de dos o tres años.

—No conozco ningún perro —dijo Siegfried en alemán, de forma que incluso Jimmy pudiera entenderlo.

—Pero ¿te gustaría tener un perro, Siegfried, una perra? —enfatizó Claude, de forma un tanto forzada.

La palabra para perra en alemán *(Hündin)* es diferente de la palabra para perro *(Hund)*. Claude entendió que era imprescindible especificar el sexo del animal. Curiosamente, Claude no le dijo a Siegfried que *Hard Rain* había sido esterilizada. La cuestión del género a la hora de tener, o no tener, un perro causó cierta consternación en Siegfried. Como diría Jolanda —por fortuna no en ese momento, sino más tarde—, las mujeres de la familia de Siegfried podrían haber predispuesto al chico a querer una perra. La pregunta de Claude (¿le gustaría a Siegfried tener una *Hündin?)* hizo que Siegfried agitara el prensador de ajos, como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible e inaudible.

—Por el amor de Dios, Claude —dijo Jolanda, dándole una patada bajo las sábanas—. ¡Siegfried! —le dijo Jolanda de repente al niño, sobresaltándolo—. ¿No prefieres desayunar? —Al niño le habló con rapidez, es decir, le habló con naturalidad, en su alemán sin rodeos. Jolanda se dirigió a Siegfried en alemán del mismo modo que le habría hablado a Claude o a Jimmy en inglés.

—*Ich möchte lieber*... —empezó a decir Siegfried. («Prefiero...»). Cuando Siegfried volvió a hablar, no cabía duda de que decía lo que

pensaba—. Prefiero tener un perro —les dijo Siegfried; una *Hündin,* una perra, había dicho claramente el niño.

—¿Qué vas a hacer ahora, Claude? —le preguntó Jolanda a su improvisado compañero de habitación. Claude merecía un reconocimiento, había iniciado algo con Siegfried, pero en ese momento nadie entendía lo que se había puesto en marcha.

—Siegfried! *Frühstück!*—gritó Frau Holzinger, y Siegfried salió corriendo; el hecho de que el niño prefiriera tener una perra no le impidió correr a desayunar. Naturalmente, Siegfried se llevó la foto de *Yimmys Mutter* para enseñársela a su abuela. La Frau llevó de vuelta la foto al dormitorio de Jimmy. Estaba claro que no le gustaba que los tres estuvieran metidos en la cama; no se entretuvo y Jimmy no entendió lo que dijo sobre la foto que le devolvió.

Cuando la Frau volvió a la cocina, Jolanda se levantó de la cama para cerrar la puerta del dormitorio. Llevaba una camiseta extragrande que le llegaba hasta las rodillas y, cuando volvió a meterse en la cama, le propinó otra patada a Claude; sus largas piernas podían alcanzarlo en cualquier lugar. Claude se limitó a observar la foto de Chantal, que le había quitado a Jimmy. Con el jersey que le quedaba tan bien, estaba claro, incluso para Claude, que Chantal no era *monopecho*.

—Todo el mundo tiene dos, Claude, no seas idiota —le dijo Jolanda.

La Frau había dicho que *Yimmys Mutter* era muy guapa; se preguntaba, eso sí, cuánto tiempo hacía que se habría tomado la foto. La madre de Jimmy parecía muy joven, había añadido la Frau.

—¡Chantal es muy guapa *y* parece tan joven! —dijo Claude.

—Chantal tan solo es dos años mayor que nosotros, Claude. Chantal es joven, no seas idiota —le dijo Jolanda.

—Empieza a leer, Jimmy. Ya nos pondremos al día —dijo Claude. Jimmy sabía que a su madre se le daban bien los comienzos; cuando Honor Winslow había decidido lo que quería, sabía cómo ponerlo en marcha.

«Cariño, sabes que no diría (ni pensaría) nada de esto si no fuera por tu propio bien, ¿verdad?», empezaba diciendo la carta de la madre de Jimmy.

—Espera, espera, *espera*... ¡Lo de «cariño» ya es complicado! —exclamó Claude—. ¿Tu madre llama «cariño» a todo el mundo o solo a ti? —le preguntó Claude a Jimmy.

—Que tu madre llame «cariño» a todo el mundo es otra historia. Esta no es *esa* historia, Claude —dijo Jolanda.

«Tienes un problema con tu clasificación, cariño», prosiguió la madre de Jimmy. «En este momento, tu aplazamiento del servicio militar es 2-S, esa es tu clasificación. El aplazamiento por estudios te permite terminar la universidad, pero ¿qué ocurrirá después? ¡No pasé por todo lo que pasé para ser tu madre únicamente para perderte en una guerra sin pies ni cabeza!»

—Me gusta tu madre —dijo Jolanda. Dejó escapar algo parecido a un jadeo, lo había aprendido de *Hard Rain.*

«Es una pena que no practiques lucha libre, cariño, una adecuada lesión de rodilla podría ser muy útil», había escrito la madre de Jimmy. «Un aplazamiento 4-F sería lo ideal. Te aseguro que "no apto para el servicio" le suena la mar de bien a una madre como yo. Pero no es posible contar con que sufrirás la lesión adecuada practicando lucha libre, ¿verdad?»

Claude sacudió la cabeza de la misma forma descabellada en que *Hard Rain* sacudía la suya, con tanta fuerza que se le movían las orejas. Jolanda le dio una patada a Claude bajo las mantas.

«Por eso me gusta el 3-A, "casado con hijos", el aplazamiento por dependencia», así lo denominó Honor Winslow. «Pero no has conocido a nadie a quien puedas dejar embarazada, ¿verdad, cariño?»

Claude y Jolanda le dedicaron a James Winslow una mirada de desprecio. Claude volvió a negar con la cabeza como si fuera *Hard Rain.* Jimmy pensó en las chicas que había conocido en el Instituto de Estudios Europeos, pero no se le ocurría ninguna que quisiera salir con él.

—Por lo general, primero tienes que conocer a una chica y salir con ella unas cuantas veces antes de que se plantee quedarse embarazada —le dijo Jolanda, como si le hubiera leído la mente a Jimmy bajo las sábanas.

—Pobre Chantal. ¡Ya veo venir a Chantal! —exclamó Claude con desesperación.

«Lo ideal, cariño, sería que empezaras a dejar embarazada a alguna chica esta primavera, en marzo o abril», afirmó la madre de Jimmy.

—¿Por qué cree tu madre que tendrías que «*empezar* a dejar embarazada a una chica esta primavera»? No hay que hacerlo más de una vez para dejar embarazada a una chica, ¿verdad? —preguntó Claude.

—Por lo general, Claude, a ti y a la persona a la que vas a dejar embarazada os gustará hacerlo más de una vez —le aclaró Jolanda. Pero los tres vieron venir a Chantal. Sabían que Chantal estaba en sintonía con la madre de Jimmy.

«Tienes que agradecerle a JFK el 3-A, cariño, pero ahora que él ya no está, no puedes contar con que el 3-A siempre esté ahí», le escribió su madre a Jimmy.

—¿Y Dagmar? ¿Sigue siendo lo bastante joven como para quedarse embarazada? —preguntó Claude de repente. Jimmy les había dicho a Claude y Jolanda que le parecía atractiva la viuda que regentaba la cafetería nocturna a la que acudían los tres.

—¡Por el amor de Dios, Claude! Dagmar debe de tener cuarenta y tantos. ¿Por qué iba Dagmar a querer que Jimmy la dejara embarazada? —le preguntó Jolanda a Claude.

—Solo me preguntaba si Dagmar aún era lo bastante joven como para quedarse embarazada —dijo Claude con pesadumbre.

«Es muy posible que Dagmar todavía sea lo bastante joven como para tener hijos», pensó Jimmy. Supuso que la viuda tendría más o menos la edad de su madre, alrededor de cuarenta y cuatro años.

«Chantal podría ir a Viena en marzo o abril. Chantal haría esto por mí, lo haría por *nosotros,* cariño», escribió la madre de Jimmy. «Creo que Chantal está empezando a entender que nunca encontrará a un francés que no quiera tener hijos, alguien que solo la quiera *a ella.»* Si Jimmy hubiera previsto lo que le iba a decir, probablemente habría dejado de leerles la carta en voz alta a sus compañeros de piso. Jimmy pensó que podría haber preparado mejor a Claude para *algo así*.

—¡Espera, espera, *espera!* ¿Qué, qué, *qué?*—exclamó Claude.

—Podría haberte dicho que Claude no quiere tener hijos, Jimmy —le diría Jolanda más tarde—. Ambos podríamos haber preparado mejor a Claude —añadió Jolanda.

Cuando se sentó en la cama, Claude golpeó sin querer a Jolanda en la boca con el codo.

—¿Chantal no quiere tener hijos? —balbuceó Claude a modo de oración—. ¿Chantal quiere conocer a un francés, alguien que solo la quiera *a ella?*—preguntó, agarrando la foto de Chantal. Fijó la mirada en su imagen.

—No rompas la foto, Claude. De momento, es lo más cerca que vas a estar de Chantal —le dijo Jolanda. Se había mordido la lengua cuando Claude le golpeó en la boca. Jolanda estaba explorando su boca para ver si se le habían aflojado los dientes.

De haber estado solo, Jimmy habría dejado de leer la propuesta de su madre, pero incluso un escritor novel sabe que la historia cobra impulso cuando hay público. «Sé que te gusta Chantal, cariño, y no pasa nada, eso haría que todo fuera más fácil, ¿no?», había escrito la madre de Jimmy.

—¡Espera, espera, *espera!* ¿Te gusta Chantal? —le preguntó Claude a Jimmy con un hilo de voz. Se había metido debajo de las mantas para escapar de la mirada furiosa de Jolanda, que tenía la lengua ensangrentada.

—¿Es eso lo que tu madre quiere decir cuando dice que te *gusta* Chantal? —le preguntó Jolanda a Jimmy, que se limitó a clavar la mirada en la carta de su madre; no podía mirar a Jolanda—. Virgen santa, te gusta —concluyó Jolanda.

—No, no, no —gimió Claude, sacudiendo la cabeza bajo las mantas, tal y como habría hecho *Hard Rain.* Jolanda le propinó una patada.

—Sabes, Claude, no estoy relajada contigo en la cama. No paras de retorcerte bajo las sábanas como un perro —dijo Jolanda.

«Somos una familia poco convencional, ¿verdad, cariño? Podríamos hacerlo, ¿no te parece?», Jimmy siguió leyendo. «Enfócalo de este modo, cariño», prosiguió Honor. «Cuando quieras casarte con alguien, serás un padre soltero que no tiene una primera esposa ni una exesposa. *¡No* tendrás esposa, solo un hijo maravilloso! Según mi opinión, ¡es un primer matrimonio ideal, cariño!» Jimmy dejó de leerles a Claude y Jolanda. Dejó caer la carta sobre la cama; ellos supieron que eso indicaba el final.

Claude salió de debajo de las mantas.

—Tu madre no está bromeando, ¿verdad? —le preguntó a Jimmy —. Pero lo dice con buena intención, ¿no?

Por una vez, Jolanda no le dio una patada a Claude ni le pegó, se limitó a abrazarlo.

—Madre mía —dijo Jolanda en voz baja.

—No, no está bromeando... Sí, lo dice con buena intención —fue todo lo que Jimmy pudo añadir.

Claude no hizo ninguna pregunta. Ni siquiera Jolanda tenía nada más que decir. Los estudiantes extranjeros yacían en la cama como si fueran inválidos, tratando de imaginar cómo habrían supuesto la madre de Jimmy y Chantal que serían los años de formación del posible niño. Aunque solo lo hubiesen hablado ellas, Honor Winslow y Chantal Beaudette tenían que haber dado por hecho que Jimmy ejercería de padre. James Winslow no podría ser un padre ausente, tendría que mantener una relación familiar auténtica con su hijo. Pero ¿por cuánto tiempo más sería Jimmy estudiante? Y si en algún momento Jimmy quisiera casarse con alguien, ¿cómo le explicarían su madre y Chantal todo ese embrollo sexual medio hippie al hijo de Jimmy, incluso si este fuera ya adolescente o transitase la primera juventud? ¿Y qué pensaría el hijo de James Winslow de su condición de salvoconducto para evitar ir a la guerra de Vietnam?

Jimmy y sus compañeros de habitación yacían en silencio e inmóviles, sumidos en el estupor, como si hubieran sido envenenados o asesinados en la cama, cuando vieron la manita de Siegfried apoyada en el vidrio esmerilado de la puerta del dormitorio. Oyeron el chirrido del prensador de ajos contra el vidrio. El niño sostenía algo en alto con la otra mano, algo que parecía una fotografía, y la presionó contra el óvalo que había sobre su cabeza.

—*Was zu sehen*—articuló el niño de cinco años, lo bastante despacio como para que Jimmy lo entendiera. («Algo que ver.»)

—*Herein!*—le dijo Jolanda al niño, y este entró. («¡Entra!», le había dicho Jolanda.) Siegfried estaba ansioso por mostrarles la foto. Era una descolorida instantánea en blanco y negro, los bordes estaban arrugados y rotos. Tal vez Siegfried había utilizado una fuerza excesiva, o incluso el prensador de ajos, para sacar la foto de un viejo marco. Jimmy volvió a confundir a Jolanda con un fantasma, pero no estaba mirando a los antepasados de Siegfried, muertos hacía mucho tiempo. La joven madre, que se parecía a una Irmgard más delgada, era Frau Holzinger. Como aparecía sonriendo, Jimmy, Jolanda y Claude tardaron unos segundos en reconocerla. También tardaron un tiempo en reconocer a su bonita hija preadolescente. Nunca habían imaginado que Irmgard pudiera haber sido guapa, pero por lo visto fue una niña muy bonita. Lo que delataba a Irmgard era su evidente gesto de ira y depresión, incluso cuando tenía diez u once años y era muy guapa.

El perro, por descontado, era la razón por la que Siegfried había querido mostrarles esa fotografía familiar. El pastor alemán estaba sentado en posición de firmes entre la Frau e Irmgard. Las orejas del perro estaban erguidas, como si el fotógrafo acabara de darle la orden de sentarse. La orden dedicada al pastor alemán parecía haber congelado también a Frau Holzinger e Irmgard. Si la Frau y su hija hubiesen tenido unas orejas como las de un pastor alemán, también las habrían erguido.

—*Eine Hündin?*—preguntó Siegfried a los estudiantes. («¿Una perra?»)

—*Eine Möglichkeit*—respondió Jolanda. («Es una posibilidad.»)

Dada la edad de Irmgard, la foto debió de tomarse poco después de la guerra, cuando la Schwindgasse se encontraba en la zona

ocupada por los soviéticos. Si la foto la tomó un soldado, con toda probabilidad fue un soldado soviético. El pastor alemán podría haber sido el perro del soldado. El fotógrafo podría haber sido el ruso de la pistola, el ruso que había disparado a la pared del dormitorio de Jimmy. No el padre de Siegfried, pensó James Winslow.

Claude le preguntó varias veces al niño de cinco años quién había tomado la foto, pero Siegfried se limitó a encogerse de hombros; no lo sabía. Ese pastor alemán era el único perro que el niño conocía, y era muy posible que ese perro hubiese muerto antes de que Siegfried naciera.

—*Siegfried!*—volvió a llamar Frau Holzinger.

—Deberías volver a poner esto en su marco —le susurró Jolanda en alemán al niño, entregándole la foto. Con un gesto de asentimiento, Siegfried aceptó su consejo. Se guardó la foto dentro de la camisa y salió corriendo del dormitorio. Cuando lo miras en retrospectiva, tu destino parece delineado; al echar la vista atrás, puedes ver dónde empezó todo. Pero el destino no te dice cuándo va a dar comienzo. El destino de Siegfried acababa de ponerse en marcha.

Esa noche, mientras Jimmy, Jolanda y Claude intentaban recuperarse de la secuencia musical del Kaffeehaus Nachtmusik, Jimmy les mostró a sus compañeros de cuarto las postales que le había escrito a su madre y a Chantal. La fotografía de las dos postales, que había comprado en una tabaquería, no tenía ningún significado especial. Las postales eran idénticas, una foto de la Karlskirche, la iglesia barroca de la Karlsplatz, donde Claude había sido acosado por los xenófobos. San Carlos Borromeo fue un contrarreformista del siglo XVI, que no debe confundirse con otro Karl, el alcalde antisemita de Viena, Karl Lueger, a quien Annelies Eissler detestaba.

Los mensajes de las postales de Jimmy no mencionaban el hecho de que Hedwig Eva Maria Kiesler, a los dieciocho años, antes de convertirse en la actriz de cine estadounidense Hedy Lamarr, se casó en 1933 en la Karlskirche con un austriaco fascista de treinta y tres años fabricante de municiones. Los mensajes de las postales de Jimmy no decían nada de Hedy Lamarr.

Querida mamá: Chantal tendría que conocer a un francés al que he conocido en Viena. Claude es de París y no quiere tener hijos. ¡Chantal debería venir a Viena y salir con Claude, no conmigo! Con cariño, Jimmy.

Querida Chantal: tengo un amigo francés, de París, que no quiere tener hijos. Tendrías que venir a Viena para conocer a Claude, ¡no para quedarte embarazada! Con cariño, Jimmy.

Por la forma en que Claude observaba la foto de la Karlskirche, Jimmy pensó que el francés estaba recordando a los xenófobos con los que se había cruzado en la Karlsplatz, pero, tras señalar la iglesia, todo lo que Claude dijo fue:

—Hedy Lamarr se casó allí con un austriaco fascista traficante de armas.

Que sonasen seguidas el *Ave María* de Schubert, *Girl from the North Country* de Bob Dylan y «Liebestod» de Wagner, de *Tristán e Isolda,* habían dejado a Jolanda muy alterada. La muerte del amor que Jolanda había sentido por su lavaplatos era más culpable de ello que Wagner, pero la música de amor y muerte no ayudaba.

En una mesa cercana había una pareja con un beagle muy bien educado. Los perros eran bienvenidos en muchos cafés y restaurantes de Viena. Cada vez que Claude veía un perro, se

preguntaba por qué *Hard Rain* no podía quedarse en el café en lugar de verse desterrada al callejón de la basura. Para Jimmy y Jolanda se trataba de un asunto turbio. ¿Cabía la posibilidad de que *Hard Rain* se negara a quedarse en la cafetería cuando su dueña estaba en la cocina lavando los platos? Nadie sabía si existían restricciones con respecto a los perros en las cocinas de los restaurantes.

Jolanda se lamentaba de no haber roto de manera oficial con Hildegund y no le parecía bien que Hildegund tampoco hubiera roto oficialmente con ella. Jimmy y Claude le dijeron a Jolanda que, para ellos, la ruptura parecía oficial. Ella había llamado idiota a Hildegund. Hildegund los había llamado extranjeros, con ese tono de superioridad con el que los vieneses pronuncian la palabra. Para Claude y Jimmy, era una ruptura bastante oficial. Jolanda buscaba una razón más importante, o más razones. La canción *Love Me Do* de los Beatles no ayudó gran cosa a Jolanda, que estaba angustiada debido a la muerte del amor.

Cuando la pareja con el beagle se marchó, los estudiantes se sorprendieron al ver a Dagmar con *Hard Rain.* La viuda iba de mesa en mesa, presentando a la perra pastor alemán a los clientes del café, como si *Hard Rain* fuera su perro. Cuando Dagmar llegó a la mesa de los estudiantes, la viuda se sorprendió de lo feliz que se mostró *Hard Rain* de verlos. Dagmar estuvo menos distante de lo que había estado nunca, incluso se sentó a la mesa con ellos y les contó lo feliz que se sentía por haber despedido por fin a su «malvada lavaplatos». La viuda llevaba mucho tiempo queriendo despedir a Hildegund; solo había mantenido a la malvada en la cocina porque le preocupaba lo que pudiera pasarle a *Hard Rain.* Ese detalle conmovió a Jimmy y a sus compañeros de piso, sobre todo a Jolanda, que empezó a sollozar.

Dagmar les contó entonces que el marido de la malvada lavaplatos y su banda de matones eran «una panda de bárbaros». Dagmar explicó además que esa era la razón por la que Hildegund había llevado a *Hard Rain* a la cafetería: porque su marido y sus amigos maltrataban al perro. Era Hildegund quien no permitía que *Hard Rain* pasara el rato en la cafetería; le había dicho a Dagmar que el ambiente de la cafetería estropearía al perro.

—¿Hildegund tiene *marido?*—sollozó Jolanda.

Hard Rain apoyó la cabeza en el regazo de Jolanda para consolarla. Jimmy y Claude hicieron todo lo posible por explicarle la situación a Dagmar, que ese mismo día había visto a Hildegund con *Hard Rain* en el callejón cuando Dagmar sacaba la basura. Hildegund estaba golpeando a *Hard Rain* con la correa corta, después de que la malvada hubiera encadenado a la pobre perra.

—¡Seguro que Hildegund pensó que estábamos malcriando a *Hard Rain* por dejarla dormir en una cama! —exclamó Claude. Jolanda seguía sollozando.

Es posible que *Liebesträume,* de Liszt, tuviera algo que ver. Jolanda no estaba de humor para sueños de amor, no después de *Love Me Do,* de los Beatles.

Dagmar no solo había despedido a su lavaplatos, sino que también se había quedado con *Hard Rain*. Dagmar envió a Hildegund a casa con la cadena, diciéndole a aquella mala mujer que encadenara a sus bárbaros. Dagmar le dijo a Hildegund que la denunciaría a la policía por maltrato animal si no dejaba a *Hard Rain* en el Kaffeehaus Nachtmusik.

—Tuve que esperar a que el beagle se fuera antes de traer a *Hard Rain* —les dijo Dagmar a los estudiantes extranjeros—. A *Hard Rain* no le gustan los perros machos. Odia a los perros con pelotas.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Jolanda, volviendo a ser ella misma; Jimmy y Claude entendieron que su ruptura con Hildegund era ya oficial. Estaban convencidos de que Jolanda pensaba que el hecho de que tuviera marido era razón suficiente.

La ira que *Hard Rain* sentía hacia los perros con pelotas complicaba su presencia en la cafetería, admitió Dagmar. Sería incómodo advertir a los dueños de perros con testículos, si bien el verdadero problema era que *Hard Rain* siempre sabía cuáles de ellos tenían. Dagmar les dijo que *Hard Rain* debía de haber vivido una experiencia traumática, «tal vez un perro con testículos intentó montarla». Con solo mirar a Jolanda, Jimmy y Claude supieron que ella podía identificarse con una vivencia como esa, pero Jolanda no dijo nada. Jimmy, Claude y Jolanda sabían que podría haber otro factor que convertía a *Hard Rain* en una perra no apta para pasar el rato en una cafetería. Si realmente las tormentas eléctricas eran un problema para *Hard Rain,* eso podría suponer un problema mayor que los perros con pelotas. No había bañera en el Kaffeehaus Nachtmusik, donde los estudiantes extranjeros escuchaban ahora la canción donde Bob Dylan hablaba de *Hard Rain: A Hard Rain's A-Gonna Fall.* Los tres amigos tenían la esperanza de que la canción de Dylan no fuera profética.

Dagmar fue sincera con los estudiantes sobre su situación: vivía con su madre (viuda igual que Dagmar) y el viejo schnauzer de su madre. El perro era un macho viejo con pelotas.

—No hay forma de cortarle las pelotas, salvo matándolo —explicó Dagmar.

—*Hard Rain* puede dormir con nosotros —dijo Claude de inmediato.

—Pero hay algo que debes saber sobre la querida chica —comenzó Jolanda, tomando la mano de Dagmar de forma inusual.

—Es posible que solo sea un rumor —intervino Claude, mientras acariciaba a *Hard Rain* detrás de las orejas.

Fue entonces cuando los estudiantes extranjeros se ganaron la confianza de la viuda gerente, porque ella había confiado en ellos. Sin duda, Claude era un optimista empedernido, porque al instante y de manera estúpida se volvió demasiado optimista. No hay otra explicación para que agarrara la otra mano de Dagmar, la que Jolanda no estaba sosteniendo.

—Estoy seguro de que no piensas en volver a casarte. ¡No puedo imaginar por qué alguien querría hacerlo! —le dijo Claude de repente a la viuda gerente—. Pero ¿alguna vez has pensado en acostarte con un hombre más joven, tal vez incluso tener un hijo suyo? —le preguntó Claude. Pobre Dagmar. Retiró sus manos de Claude y Jolanda.

—Solo me gustan los perros, Claude, no me gustan los niños —dijo Dagmar—. Intentemos hacerlo bien con *Hard Rain.*

La viuda no solo tenía la misma edad que su madre, sino que Jimmy veía en ella algunas características del distanciamiento propio de su madre. Dagmar mostraba una opacidad y una obstinación similares, no muy diferentes a las de Honor Winslow, que se resistía con insistencia al cambio.

Dagmar siguió pasando de mesa en mesa, pero había dejado a *Hard Rain* en la de los estudiantes extranjeros. *Hard Rain* tenía la cabeza apoyada en el regazo de Jolanda. Jolanda estaba inclinada sobre ella, besándola, mientras la gran cola de la pastor alemán golpeaba contra el suelo.

—Ninguna lavaplatos volverá a tocarte, te lo prometo —le dijo Jolanda a la querida chica—. Si oyes truenos o ves relámpagos, ven a buscarme. Olvídate de la bañera —le dijo Jolanda a *Hard Rain*—. ¿Y qué con las pelotas? —le preguntó Jolanda a *Hard Rain,* que

movió la cola incluso con más fuerza—. No prestes atención a los perros con pelotas, simplemente ignóralos a ellos y sus pelotas —le aconsejó Jolanda a la pastor alemán. Jimmy y Claude no creían que ignorar a los perros con pelotas fuera un consejo que *Hard Rain* estuviera dispuesta a seguir—. Si esos perros te molestan, muérdeles sus pelotas —prosiguió diciendo Jolanda a la obediente perra—. Pero primero intenta ignorarlos.

A Jimmy y a Claude les habría gustado saber qué haría *Hard Rain* con respecto a los truenos, los relámpagos y los perros con pelotas. Era una pastor alemán de cierta edad, con una historia complicada. El asunto que tenían entre manos determinaría lo que acabaría haciendo *Hard Rain.* Jimmy observó a Dagmar, que seguía pasando de mesa en mesa. Vio que Claude había vuelto a echarle un vistazo a las postales de la Karlskirche, donde la joven Hedy Lamarr se casó con un austriaco fascista. Y Jolanda, tal como Jimmy y Claude pudieron apreciar, estaba ocupada construyendo su propio futuro y el de *Hard Rain,* una vez dejada atrás a la malvada lavaplatos. Jolanda sostenía la gran cabeza de *Hard Rain* entre sus manos.

En cuanto escritor en ciernes, James Winslow entendió a la perfección ese momento de la historia. Lo que *Hard Rain* hiciera o dejase de hacer quedaba fuera del control de Jolanda. Al igual que la viuda gerente, haciendo la ronda de mesa en mesa, al igual que la madre de Jimmy, empeñada en salvar a su único hijo, *Hard Rain* haría lo que el instinto le llevaba a hacer. No había modo de reconstruirla. *Hard Rain* contaría su propia historia.

—*Der Vorschlag,* la propuesta, llamadlo como queráis, no está en manos de mi madre —le dijo Jimmy a Fräulein Eissler cuando se reunió con ella. Le había mostrado la carta de su madre. Le había descrito las postales duplicadas de la Karlskirche, los mensajes a su

madre y a Chantal. Ya había enviado las postales por correo aéreo a New Hampshire.

Fräulein Eissler leyó la carta de Honor Winslow dos veces. Asintió, como si estuviera de acuerdo, cuando Jimmy le contó lo que había escrito en las postales, si bien se preguntó por qué había elegido enviarles fotos de la Karlskirche.

—Hedy Lamarr se casó allí —dijo Jimmy, como si Annelies no lo supiera.

—Todo el mundo lo sabe —le respondió ella.

Jimmy deseaba que su tutora dijera algo, ahora que le había mostrado todo lo que sabía, pero ella se sentó a su lado en el sofá —su sofá de dos plazas junto a la mesa con tablero de cristal— como si estuviera esperando a que él le mostrara más cosas. Jimmy le estaba mirando fijamente los pies, enfundados en calcetines deportivos blancos.

—Todo se reduce a la obstinación de mi madre cuando hay algo que desea o en lo que cree, y a cómo Esther siempre la apoya, sea lo que sea.

Annelies no respondió; esperó, como si supiera que Jimmy tenía algo más que decirle. James Winslow era consciente de lo que no había dicho. Había aprendido algo al leer la carta de su madre: no había sabido por qué su madre quería que siguiera luchando, por qué «la lesión de rodilla adecuada podría ser útil». Jimmy pensaba que Esther tenía que saberlo. Y si Esther lo sabía, ¿no lo sabría también Fräulein Eissler?

—Lo que importa, Jimmy, es hasta qué punto quieres controlar tu propio destino —dijo Annelies—. Deberíamos volver a tener en cuenta la posibilidad de elegir a Mieke, la antigua novia de Jolanda, la lesbiana que quiere *probar* con un chico.

Como es lógico, Jimmy recordaba la repugnancia que había mostrado Annelies al pensar en Jolanda sujetándole la cabeza a Mieke. «Hay formas más naturales de dejar embarazada a una novia, Jimmy», le había dicho Annelies. Ahora, dada la escasez de posibles novias, Fräulein Eissler, al parecer, se estaba planteando la opción antinatural para resolver la difícil situación de Jimmy. Pero no se detuvo en Jolanda y Mieke; a su manera, Fräulein Eissler simplemente siguió adelante.

Había que superar el «calvario» de la Navidad en un país católico, le recordó Annelies a Jimmy. Y antes de Navidad, le dijo, tenía que «sufrir» ocho días de comida frita. Se refería a Janucá, explicó Fräulein Eissler. Antes de Navidad, había ocho días de Janucá, la conmemoración de la revuelta macabea y la reconsagración del Templo en el año 164 a.C., tras su profanación por parte de los griegos.

—Así es como los judíos se divierten, Jimmy —le dijo Annelies—. Celebramos nuestra supervivencia después de que alguien haya profanado nuestra esencia.

20

No como Donna Reed

Las relaciones, ya sean reales o hipotéticas, te persiguen; no solo lo que ocurrió entre dos personas, sino también lo que podría haber ocurrido. James Winslow se enamoró de Fräulein Eissler. Al mismo tiempo, Jimmy y sus compañeros de piso mantenían una complicada relación con Dagmar, la viuda que regentaba el Kaffeehaus Nachtmusik. Compartir una perra pastor alemán no era lo único complicado. No ayudó que Claude le preguntara a Dagmar si alguna vez había pensado en *acostarse* «con un hombre más joven, tal vez incluso tener un hijo suyo». Al principio, Dagmar no se dio cuenta de que Claude se lo estaba preguntando en nombre de *Jimmy*. Claude era un chico francés pequeño y torpe, hasta ese momento no había dado la impresión de haberse sentido atraído por ella. A Dagmar no le parecía lógico que Claude quisiera dejarla embarazada. Cuando le pidió que aclarase a qué se refería, él llevó la conversación por un camino diferente, aunque no por ello menos confuso.

—Lo preguntaba por Jimmy, es él el que tiene una necesidad urgente de dejar embarazada a una mujer —le dijo Claude con su estilo despreocupado y sin ingenio alguno. Su explicación le pareció a Dagmar más lógica, pues era consciente de cómo la miraba Jimmy. Pero todo eso se le escapaba a Jimmy.

—Dagmar está coqueteando contigo, Jimmy. Lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó Jolanda una noche en la cafetería. Él había

notado que Dagmar se comportaba de forma extraña, pero no se había dado cuenta de que estaba coqueteando. Solo entonces, Claude confesó lo que le había dicho a Dagmar.

—¿Le dijiste a Dagmar que quería dejarla embarazada? —le preguntó Jimmy a Claude.

—Lo expresé como una *necesidad,* no como un deseo —insistió Claude.

A Jimmy le pareció extraño cuando Dagmar le dijo, de repente:

—Hago de todo *menos* tener hijos, Jimmy. Puedes divertirte sin tener hijos, lo sabes, ¿verdad? —le había dicho la viuda gerente, de forma un tanto ambigua, según el punto de vista de Jimmy. Dagmar no se mostraba tan distante como de costumbre, eso sí lo había notado.

James Winslow se preguntaba si la extrañeza que sentía *en su interior,* una extrañeza que formaba parte de él, de su identidad, le impedía captar los coqueteos de Dagmar. ¿O era porque Dagmar tenía la edad de su madre y Jimmy tenía miedo de descubrir cómo sería acostarse con una mujer mayor? ¿Tan convencional era, tan propio de New Hampshire, que Jimmy imaginaba que primero debía acostarse con alguien de su misma edad? Se sentía atraído por la viuda gerente, que le recordaba a su madre; solo ese matiz ya era lo bastante complicado. ¿Y no vivía Dagmar en casa con su madre y el viejo schnauzer de esta? Se imaginó a las dos viudas en un pequeño apartamento, en algún lugar cerca de una parada del *Straßenbahn*. Por la noche, se oían los tranvías corriendo sobre los raíles. El viejo schnauzer macho era sensible al chirrido del *Straßenbahn* al detenerse. El chirrido, durante toda la noche, hacía ladrar al viejo perro, con los testículos retraídos en cada ladrido.

Jimmy encontraba atractiva a Dagmar, pero intentaba reprimir su atracción por ella imaginando los posibles horrores que entrañaría

pasar la noche en su casa. Estaba decidido a no conocer a la madre de Dagmar, ni al perro de su madre. Además, Jimmy y sus compañeros de piso se habían comprometido a acostarse con *Hard Rain.*

—Si te acuestas con Dagmar, no vuelvas a casa oliendo a perro con pelotas —le dijo Jolanda. Claude sacudió la cabeza como un loco, igual que *Hard Rain.*

A Jimmy no se le ocurrió pensar en ningún momento que resistirse a Dagmar era un buen entrenamiento para resistirse a Chantal, llegado el caso.

—¿Sería propio de tu madre, o no, que Chantal apareciese sin avisar en Viena? —le había preguntado Annelies a Jimmy.

—No lo sé —admitió él.

El querido abuelo de Jimmy le envió una postal en blanco y negro, intimidante, de una antigua producción de *El rey Lear*. La acotación escénica decía: «Entra Lear, con Cordelia en brazos. Acto 5, escena 3». En un mundo lleno de malos momentos entre padres e hijos, un padre aullando mientras sostiene a su hija muerta es uno de los peores, pero Jimmy sabía que Thomas Winslow no estaba al tanto de las manipulaciones de su cuarta hija. El histriónico profesor de inglés, al igual que su héroe, Charles Dickens, se estaba poniendo sentimental al aproximarse la Navidad. Todo lo que Thomas había escrito en la postal era: «¡La Navidad no será lo mismo sin ti, mi querido niño!». Thomas no se refería al complot que Honor Winslow estaba tramando, que Jimmy dejara embarazada a Chantal Beaudette era una idea que Thomas Winslow no habría sido capaz de concebir. Jimmy sabía que *El rey Lear* no era una referencia para dejar embarazada a nadie.

Honor Winslow estaba acosando a la junta de reclutamiento local de Pennacook. Escribió su mensaje en una postal sencilla, sin

imágenes.

Si no dejas embarazada a alguna mujer en Europa, te dispararemos en la rótula en cuanto vuelvas a casa. O podemos cortarte el dedo índice de tu mano dominante, también conocido como el dedo del gatillo. Sería más fácil y divertido simplemente tontear un poco con Chantal, cariño.

No había espacio para «Con amor, mamá».

Claude encontró una foto en uno de los periódicos del Kaffeehaus Nachtmusik: un ataque estadounidense con helicópteros contra guerrilleros del Viet Cong en el delta del Mekong. En la fotografía aérea, un militar estadounidense observa los movimientos terrestres de las tropas enemigas. En 1963, casi dieciséis mil militares estadounidenses estaban desplegados en Vietnam del Sur.

Jolanda encontró otra foto en otro periódico: bombas incendiarias cayendo sobre un pueblo en las afueras de Hue. En primer plano, unas casas flotantes se deslizan por el río Perfume; las bombas incendiarias provocan nubes de humo que oscurecen el gris claro del cielo. Había otras fotos relativas al napalm en las noticias. «¡Tu bebé tendría un montón de mamás a su alrededor, cariño!», escribió la madre de Jimmy en una postal con una foto de un bombardeo con napalm.

—Que Chantal apareciera en Viena sería como una bomba de napalm —le dijo Jolanda a Jimmy y Claude.

—No, no, *no*... ¡Pobre Chantal! —se lamentó Claude.

—Deberíais olvidaros de la *Vorschlag* de Chantal. No voy a dejar embarazada a Chantal —les dijo Jimmy.

Los tres compañeros de piso intentaron superar la situación del bombardeo, pero no podían escapar de la constante evidencia de las mutilaciones de la guerra en el apartamento de la Schwindgasse: los

ejércitos masacrados de Siegfried, los restos dispersos de sus soldaditos de juguete.

—Emigremos a Francia, ¡nadie quiere tener hijos en París! —exclamó Claude.

—Las chicas holandesas heterosexuales llevan condones consigo, Jimmy —dijo Jolanda.

Sin embargo, se vería envuelto en esa clase de carnicerías si Jimmy no dejaba embarazada a Chantal, o si no permitía que su madre y sus tías lo mutilaran. Los tres compañeros de piso habían contrapuesto ventajas y desventajas de una bala en la rótula frente a la amputación del dedo índice. El dedo índice de Jimmy era también el dedo con el que escribía, de ahí que prefiriera que le dispararan en la rodilla, según les dijo a Claude y Jolanda. Ellos no eran escritores, estaban convencidos de que podían prescindir del dedo índice de su mano dominante.

El napalm aparecía en las noticias y en el correo. A Jimmy le puso nervioso algo que le oyó decir a Irmgard una noche. Estaba escribiendo en su dormitorio, no había acompañado a Claude y Jolanda a su complicado café.

—Muerte —dijo Irmgard. Desde su escritorio, junto a la ventana del balcón, Jimmy podía ver su inimitable silueta presionando contra el vidrio esmerilado. No había oído hablar de una película llamada *Tod,* pero *Muerte* tampoco sonaba como una película estadounidense—. Ya casi ha terminado, si te interesa —le dijo Irmgard, alejándose de la puerta del dormitorio de Jimmy.

Jimmy encontró a Irmgard en su sofá habitual en la sala de estar, viendo *El séptimo sello* de Bergman, que había sido doblada al alemán como todas las demás. El título alemán era *Das siebente Siegel,* no *Tod*. La muerte era el personaje principal, en opinión de Irmgard y Jimmy, y *Tod* era como Irmgard llamaba a la película,

aunque Bergman y los alemanes no lo hicieran. Jimmy se acurrucó con ella en el sofá para la partida final de ajedrez. Había leído el guion tantas veces en inglés que no necesitaba entender el sueco ni el incesante doblaje al alemán.

«Te toca mover, Antonius Block», le dice la Muerte al caballero y podemos apreciar el miedo en los ojos de este. Block quiere que el malabarista, con su joven esposa y su hijo, escapen de la Muerte.

«Nada se te escapa, ¿verdad?», le pregunta el caballero a la Muerte.

«Nada se me escapa. Nadie se me escapa», responde la Muerte. La respuesta de la Muerte sonaba mucho más larga en alemán.

Entonces el caballero finge ser torpe y derriba las piezas de ajedrez con el dobladillo de su abrigo. Por supuesto, Block le dice a la Muerte que ha olvidado dónde van las piezas, pero la Muerte no lo ha olvidado.

«No puedes escapar tan fácilmente», le dice la Muerte al caballero, riendo.

Con ese movimiento, el caballero distrae a la Muerte: el malabarista, con su joven esposa y su hijo, escaparán. Antonius Block, con su esposa y el resto de sus compañeros, morirá.

«Dios, tú que estás en algún lugar, que debes estar en algún lugar, ten piedad de nosotros», reza el caballero, son sus últimas palabras.

Mientras aparecían los créditos finales, Irmgard siguió abrazando a Jimmy, con la cabeza del joven entre sus pechos.

—Hablando de la muerte, ¿cómo va el plan de tu madre? ¿Vas a ir o no a Vietnam? —le preguntó Irmgard—. No ir parece más inteligente para cualquier madre, Jimmy —dijo Irmgard.

Fue entonces cuando James Winslow supo que se había equivocado al juzgar a su madre por obcecarse, junto con Chantal,

en salvarlo de verse obligado a ir a una guerra equivocada. La guerra era mucho más errónea que la propuesta poco convencional de Honor Winslow. En ese momento, Jolanda y Claude regresaron del Kaffeehaus Nachtmusik y encontraron a Jimmy paralizado en los brazos de Irmgard, con las piernas de ella alrededor de su cintura y los talones clavados en la parte posterior de sus muslos.

—No es lo que pensáis —intentó decirles a sus compañeros de piso, pero su voz sonó apagada, ya que hablaba entre los pechos de Irmgard.

—Solo intento decirle que no vaya a Vietnam, que debería hacer caso a su madre —les dijo Irmgard a Jolanda y Claude. James Winslow se preguntó si le habría resultado más fácil explicarle la situación al completo a *Hard Rain.*

Fräulein Eissler suspiró cuando Jimmy se lo contó todo; también le mostró las postales que había recibido. Las postales que Jimmy envió eran incomprensibles. La del monumento a los caídos soviéticos en la Schwarzenbergplatz parecía especialmente inadecuada para el tema que se estaba tratando, pero se encontraba en el barrio de Jimmy, en un extremo de la Schwindgasse. El *Heldendenkmal der Roten Armee,* el «Monumento a los Héroes del Ejército Rojo», se construyó para conmemorar a los diecisiete mil soldados soviéticos muertos en combate durante la Ofensiva de Viena en la Segunda Guerra Mundial. Lo construyeron prisioneros de guerra alemanes y obreros de la construcción austriacos. Con el paso de los años, el monumento acabaría sufriendo constantes actos de vandalismo por motivos políticos, pero James Winslow le envió la misma postal a su madre y a Chantal.

«Creo que entiendo a qué te refieres al decir que las madres abundan», le escribió Jimmy a Honor. «Y agradezco tu oferta de mutilarme..., es posible que la acepte», le escribió a ella.

«Por favor, no vengas aquí para intentar quedarte embarazada, ven para conocer a Claude», le escribió Jimmy a Chantal.

Dado el contexto —una postal tan solemne del Monumento a los Caídos Soviéticos—, James Winslow no debería haber sonado tan displicente. Y le preocupaba que el monumento a los soldados soviéticos caídos diese a entender, de alguna manera falsamente, que Jimmy tenía ahora la intención de convertirse en soldado.

Con Claude y Jolanda volviendo a casa por Navidad, no era de extrañar que Jimmy volviera a practicar la lucha. Había demasiadas preguntas sin respuesta: acostarse o no acostarse con Dagmar; dejar embarazada o no a Chantal; someterse o no a las mutilaciones que le proponía su madre. Al menos la lucha libre le resultaría familiar, o eso creía Jimmy. No dejaba de preguntarse cómo era posible que Leo Spiegel, del Turnhalle Leopold, se hubiese hecho amigo de Fräulein Eissler, o qué le había llevado a que conociese a los dos luchadores israelíes de estilo libre.

—Somos israelíes, Jimmy. Conocí a Sol y a Simon en una vida anterior —fue todo lo que dijo Annelies.

Fräulein Eissler no le aclaró por qué sabía lo de las rodillas de los rusos. Cabía la posibilidad de que se lo hubiese contado Pequeña Montaña; Leo lo sabría. Los luchadores soviéticos estaban familiarizados con el cuchillo Smillie, y no solo porque fueran estudiantes de Medicina: ambos se habían sometido a la cirugía.

Como explicó Annelies, el gimnasio estaba a unos pocos pasos de distancia de la Universidad de Medicina de Viena y también de la biblioteca médica, donde había un montón de clínicas y farmacias. Debido a la presencia de los estudiantes, en esa parte de la Währinger Straße había unas cuantas cafeterías, también había un restaurante italiano y otro húngaro. Desde la calle, el gimnasio no parecía un verdadero gimnasio. En realidad, estaba en el sótano de

una peluquería. Helene, la peluquera, estaba harta de que le preguntaran dónde estaba el gimnasio.

—*Unten*—le dijo Helene a Jimmy cuando él le preguntó por primera vez. («Abajo», le dijo, señalando las escaleras del sótano.) Helene y su equipo de peluqueras miraban con malos ojos a los luchadores. A las peluqueras y a los luchadores les molestaba compartir las lavadoras y las secadoras que estaban en el sótano junto a las colchonetas de lucha libre.

En la planta baja, las paredes de cemento estaban acolchadas. Las duchas, las taquillas del vestuario, los urinarios e incluso los retretes no estaban cerrados. El Turnhalle Leopold era una sala gigante. Las lavadoras y secadoras estaban separadas de las colchonetas, en el extremo más alejado del sótano, lejos de las escaleras. Había que cruzar la zona de colchonetas de lucha libre para acceder a ellas. A las peluqueras les molestaba tener que quitarse los zapatos para poder pisar las colchonetas. A los luchadores no les gustaba tenerlas en su sala de lucha, especialmente si las peluqueras los veían ducharse, orinar en los urinarios o sentarse en los retretes. Los luchadores desnudos que se pesaban también quedaban expuestos a la vista de las peluqueras.

Kleiner Spiegel, epónimo de Leopold, pesaba solo cincuenta y ocho kilos. Leo ya no competía, pero se mantenía en forma. La lucha grecorromana era más conocida en Austria que la lucha libre, pero ningún tipo de lucha gozaba de popularidad en Austria, y no solo entre Helene y su pandilla de peluqueras. Por consideración a Jimmy, pues su alemán era deficiente, él y los otros cuatro luchadores de lucha libre del Turnhalle Leopold hablaban inglés entre ellos. En cuanto grupo minoritario, esos cinco buscaban afirmarse por haber elegido, en su opinión, un estilo superior de lucha. Para los luchadores de estilo libre, no poder agarrar por debajo de la cintura,

no poder hacer zancadillas, no poder lanzarse con las piernas, no poder usar las piernas en absoluto, era una forma absurdamente limitada o restringida de luchar. Cuando estaban juntos, cuando no había luchadores grecorromanos cerca, los dos israelíes, los dos soviéticos y Jimmy llamaban a los grecorromanos «luchadores sin piernas». Fräulein Eissler no estaba de acuerdo.

—Hacéis que los luchadores grecorromanos parezcan amputados, Jimmy —le dijo Annelies.

Cuando él se refirió a ella como su tutora de alemán, los luchadores israelíes, Sol y Simon, se miraron entre sí con incredulidad. Incluso los antiguos luchadores del Ejército Rojo, Serguéi y Zander, parecían saber más que Jimmy sobre la verdadera ocupación de Annelies Eissler.

—Estamos convencidos de que Eissler trabaja para Wiesenthal o para el Mossad —dijo Serguéi; él y Zander miraron a Simon y Sol en busca de confirmación, no a Jimmy. Serguéi y Zander no dijeron que hubiesen visto en alguna ocasión a Fräulein Eissler entrar o salir del Centro de Documentación Judía de Viena.

—La mayoría de los israelíes apoyamos a Simon Wiesenthal. En el fondo, todos somos cazadores de nazis —dijo Sol. No mencionó al Mossad.

—Suponemos que tú y Zander trabajáis para el KGB, cuando no estáis demasiado ocupados con vuestros estudios de Medicina —le dijo Simon a Serguéi, que era su compañero de entrenamiento. Serguéi y Zander se limitaron a reír, ya habían oído antes que suponían que trabajaban para el KGB. Incluso Helene y sus peluqueras los habían acusado en alguna ocasión.

Como Jimmy había supuesto, los antiguos luchadores del Ejército Rojo competían en otra liga, eran técnicamente superiores a él. Fräulein Eissler tenía razón al decir que eran mayores que el

estudiante de Medicina promedio. En cuanto veteranos de la Haganá, Serguéi y Zander rondaban los cuarenta años de edad. ¿Quién podría saber a lo que les habrían obligado sus compromisos anteriores con el Ejército Rojo? Y Annelies también tenía razón al decir que aún estaban en forma. Desde el principio, esos dos luchadores se lo tomaron con calma con Jimmy. Solo practicaba movimientos con Serguéi, el más grande, sin lucha realmente. Serguéi era un oso amable. Y cuando Jimmy luchaba con Zander, notaba que se refrenaba. Los rusos advirtieron a Jimmy de que tuviera cuidado con Leo, el pequeño entrenador de lucha grecorromana y propietario del gimnasio. Al Pequeño Espejo le gustaba invitar a los nuevos de la sala de lucha a practicar golpes y peleas de manos con él.

—Pero la cosa no acaba ahí. Después de los golpes y las peleas de manos, Leo te bloquea, pecho contra pecho o pecho contra espalda, y te lanza de cabeza —le advirtió Zander a Jimmy.

—Los chicos de Greco lo llaman *Wurfmeister*. Leo es un «maestro del lanzamiento» y además es un bromista, Jim, le encanta hacer tonterías —dijo Serguéi.

—*Er wirft*. «Él lanza», Jim —le dijo Zander—. Leo es un lanzador compulsivo, no puede evitarlo. Para Leo, lanzar es hacer tonterías.

Por lo tanto, Jimmy rechazó educadamente las invitaciones de Leo para practicar algunos golpes y lucha de manos con él. Una o dos veces, Pequeño Espejo sorprendió a Jimmy. Leo se le acercó por la espalda y lo agarró por la cintura, a la altura de las caderas, levantándolo del suelo antes de devolverlo a la lona y soltarlo.

—¿Lo ves? *No suplay. Kein Werfen*. «No lanzar», Jim —dijo Pequeño Espejo, sonriendo.

—*Du wirfst*. «Tú lanzas», Leo, sé que lo haces —le dijo Jimmy a Leo.

—*Ich werfe*. «Yo lanzo», es cierto, ¡pero tú no, Jim! —dijo Kleiner Spiegel.

—Puedes confiar en Leo, Jim —dijo Sol—. Cuando Kleiner Spiegel te vio en la ducha, se fijó en tu pene judío. —A Jimmy le gustaban las bromas sobre los penes judíos.

—Leo sabe que tu corazón está en el lugar correcto, Jim —dijo Simon. A Jimmy le gustaba que los luchadores lo llamaran Jim; lo hacía sentir como un adulto.

Cuando Jimmy se quejaba a Zander de sus limitaciones como luchador, Zander le decía:

—Solo somos exluchadores, Jim, todos somos iguales.

Pero en el Turnhalle Leopold, los luchadores no eran todos iguales. Estaba Leo, nacido para lanzar, y estaban los dos luchadores del Ejército Rojo; esos tres sabían lo que hacían. El resto eran «todos iguales».

Los luchadores israelíes no eran mejores, técnicamente, que Jimmy, pero eran fuertes y estaban en muy buena forma. Incluso a sus treinta y tantos años, Sol podía aguantar más que Jimmy.

Desde su primer entrenamiento, Jimmy se aseguró de saber cuál era la rodilla mala de Zander. Jimmy estaba muy familiarizado con la cicatriz de su meniscectomía. Serguéi tenía dos rodillas malas, ambas tenían cicatrices de resección de Smillie.

—Sé el doble que Zander sobre el bisturí de Smillie, Jim —le dijo Serguéi, sonriendo a Zander.

Los soviéticos sin duda sabían más que James Winslow, y no solo sobre lucha libre y cirugías de rodilla.

Leo Spiegel había llevado a los luchadores israelíes y rusos de estilo libre al Café Meisel en la Währinger Straße, adonde todos los luchadores acudían después de los entrenamientos. No era muy divertido socializar con los chicos de lucha grecorromana. Los

luchadores que competían tenían que pesarse, por lo que no bebían. Leo era más divertido; siempre iba al Meisel después de los entrenamientos. Incluso los luchadores que no competían ni se pesaban se limitaban a beber cerveza, y no mucha. Pero dos cervezas bastaban para que Pequeño Espejo se pusiera a contar historias divertidas. Los bebedores de cerveza se reían, los bebedores de agua estaban obcecados en aburrirse.

—Cuando competía, bebía café, demasiado café —dijo Leo—. ¡Me daban ganas de lanzar a todo el mundo, a cualquier parte, todo el tiempo!

Eso les parecía totalmente plausible a los luchadores soviéticos e israelíes y también a Jimmy. Se alegraban de que Leopold Spiegel se hubiera pasado a la cerveza, porque no les habría hecho gracia socializar con él cuando estaba colocado con café vienés. El ambiente del Café Meisel mejoró mucho gracias a los luchadores que bebían cerveza.

En algún momento antes de Año Nuevo, Zander y Serguéi dijeron que llevarían a Sol, Simon y Jimmy a un club nocturno que conocían en el distrito de Favoriten, cerca de la Südbahnhof, la estación sur de Viena. Favoriten era el décimo distrito de Viena, anteriormente un sector ocupado por los soviéticos, un distrito obrero. El club nocturno se llamaba Die Ägypterin. «La egipcia» se refería a la bailarina de danza del vientre que actuaba en el club nocturno. Zander y Serguéi dudaban de que fuera egipcia. Según los soviéticos, era turca. Las bailarinas dedicadas a la danza del vientre habían utilizado el nombre artístico «Pequeño Egipto» desde la década de 1890, pero esta bailarina era demasiado grande para llamarse «pequeña».

—Llamar a la bailarina de la danza del vientre «la egipcia» le otorga a la chica cierto grado de anonimato —dijo Serguéi. El distrito

de Favoriten tenía una población musulmana superior a la media de Viena.

—A la que llaman «la egipcia» es turca —insistió Zander. El distrito de Favoriten tenía una población turca considerable. Los antiguos luchadores del Ejército Rojo habían visto las orejas maltrechas propias de algunos luchadores entre los hombres turcos que iban allí a ver a la bailarina de la danza del vientre. Los rusos le dijeron a Jimmy que los turcos eran buenos luchadores.

Sol y Simon preguntaron por el ambiente en Die Ägypterin.

—Es posible que un club de danza del vientre en el distrito de Favoriten no sea el lugar más seguro para una pareja de judíos —les dijo Sol, sin añadir broma alguna sobre penes judíos.

—Solo somos exluchadores, Sol, todos somos iguales —le dijo Zander a su compañero de entrenamiento. Era exactamente lo que el soviético le había dicho a Jimmy.

—¿Qué tamaño tiene la bailarina del vientre? —preguntó Simon sobre la egipcia.

—Está en nuestra categoría de peso —le dijo Serguéi a su compañero de entrenamiento. Una chica grande, setenta y cinco kilos. Los israelíes dijeron que irían para comprobar el ambiente.

Por su parte, *Hard Rain* había mejorado el ambiente en el Kaffeehaus Nachtmusik. Dagmar comentó que a su clientela le encantaba que el simpático perro se acercase a sus mesas. El carácter de Dagmar también mejoró gracias a su nuevo lavaplatos. Walter, de unos treinta y tantos años y al que le faltaba una oreja, era un manitas muy ingenioso. Evaluó la situación con *Hard Rain* y construyó una caseta para perros en el callejón. El refugio para la pastor alemán estaba cerrado y formaba una especie de corral, a cierta distancia de los cubos de basura y lo bastante espacioso como para contener una bañera. Walter era un manitas con mentalidad

previsora. Dijo que no quería que *Hard Rain* se sintiera avergonzada en caso de tormenta con rayos; Walter quería que ella tuviera un lugar en el que refugiarse.

A *Hard Rain* le gustaba su caseta y prefería su corral a estar encadenada. La pastor alemán olía mejor, porque ya no husmeaba alrededor de los cubos de basura. Dagmar la llevó a una peluquería canina en la Argentinierstraße, donde a *Hard Rain* le lavaron con champú para perros, le limpiaron las orejas y le cortaron las uñas; incluso le cepillaron los dientes. Sin embargo, *Hard Rain* miraba con incertidumbre la extraña bañera junto a su jaula, eso cuando se decidía a mirar la bañera. A veces, la pastor alemán parecía pasar por alto o ignorar deliberadamente la bañera.

Jolanda, Claude y Jimmy se dieron cuenta de que a *Hard Rain* le inquietaba la bañera del apartamento de la Schwindgasse. Cuando los compañeros de piso llevaban a escondidas al perro por el pasillo, al entrar o salir del apartamento, la puerta del baño solía estar abierta. La mirada que *Hard Rain* le dirigía a la bañera era ambigua y desconcertante.

—Ojalá la pobre chica pudiera contarnos lo que piensa —dijo Walter.

Walter había sido «un niño soldado», les contó Dagmar a los estudiantes extranjeros. Había sido capturado por los estadounidenses y había pasado el final de la guerra en un campo de prisioneros de guerra estadounidense.

—Walter tuvo suerte —había dicho Dagmar.

Al igual que *Hard Rain,* Walter no podía, o no quería, contarle a nadie sus pensamientos más íntimos; el nuevo lavaplatos tampoco hablaba de su oreja perdida.

Claude estaba obsesionado con cómo reaccionaría *Hard Rain* ante una tormenta eléctrica.

—Por el amor de Dios, Claude, ¡ya lo sabremos cuando suceda! Hay lugares peores para cagar que una bañera, ¿sabes? —dijo Jolanda.

—Es posible que esté siendo el febrero más templado de los últimos sesenta años —les advirtió Claude—. Es posible que los truenos y los relámpagos no esperen a la primavera, ¡es posible que haya tormentas este invierno! Estaba pensando: ¿y si fuera *Hildegund* la que se cagaba en la bañera? ¿Y si *Hildegund* quisiera que mantuviéramos la puerta del baño abierta para *ella,* y no para *Hard Rain?*

—No hay palabras para describir lo optimista que eres, Claude —le dijo Jolanda.

Dicho esto, Claude había puesto en marcha algo de forma espontánea en Siegfried: había despertado en el niño de cinco años un deseo ardiente de tener un perro. Esa circunstancia no les pasó desapercibida a Irmgard ni a Frau Holzinger. El niño había estado hablando en sueños sobre una *Hündin,* concretamente, una pastora alemana hembra, e Irmgard había descubierto que Siegfried dormía con la foto familiar de ese otro pastor alemán. A la Frau le preocupaba que Siegfried hubiera sentido de algún modo el inquieto fantasma de ese perro muerto hacía mucho tiempo en el apartamento de la Schwindgasse.

—Tú y tus fantasmas —le dijo Irmgard a su madre.

—Ese pastor alemán era hembra —le recordó la Frau a su hija. Jimmy solo captó eso del alemán que hablaban.

A Jimmy le costaba entender a Frau Holzinger e Irmgard cuando discutían, pero Claude y Jolanda tradujeron lo que Irmgard le dijo a la Frau: «¡Siegfried no quiere esa pastor alemán, no quiere tu vieja perra muerta! ¡Siegfried quiere una *Hündin* nueva y viva!».

Era la hora de cenar en casa de los Holzinger. Jolanda, Claude y Jimmy entraban y salían de la cocina con cautela. Siegfried no participaba en la conversación, el niño de cinco años comía en silencio. Fue entonces cuando Irmgard se interpuso delante de Claude, impidiéndole salir de la cocina.

—Siegfried dice que *tú* le diste la idea de tener su propio perro —le dijo a Claude. Siegfried, con la boca llena, se limitó a señalar a Claude con el prensador de ajos y siguió comiendo.

Con una lentitud agonizante, Claude empezó a hablar utilizando su alemán para niños pequeños.

—Cuando era niño, quería un perro, pero no cualquier perro, sino una hembra de pastor alemán —comenzó Claude, con una voz tan desesperada que Siegfried dejó de comer—. Si me hubiesen dejado tener un perro, ¡mi vida habría sido diferente! —exclamó Claude, al tiempo que Jolanda parecía contener un sollozo. Jolanda estaba ahogándose, o reprimiendo las náuseas, o tal vez estaba actuando.

Es posible que ese momento fuera más emotivo de lo que las Holzinger estaban acostumbradas a vivir en su cocina. Se produjo un respetuoso silencio... o de total incredulidad. Jolanda aún se estaba recuperando de los tensos sonidos que había emitido; Siegfried volvía a comer. La viuda Holzinger estaba viendo a su vieja perra muerta, la pastor alemán de la foto con la que dormía Siegfried. Jimmy se percató de que Irmgard ni siquiera se molestó en imaginar cómo habría sido la vida de Claude si hubiera tenido un perro. Irmgard Holzinger permaneció inmóvil. Claude le había dado la idea de que las cosas podrían ser diferentes para Siegfried si el niño de cinco años tuviese una perra pastor alemán.

—*Hausaufgaben*—dijo Jimmy, excusándose mientras salía de la cocina. «Deberes», había dicho, tomando de la mano a Jolanda, que estaba emocionada. Claude, agarrando el cuello de su botella de

cerveza como si la estuviera estrangulando, los siguió. Habían ido a la cocina para coger unas cervezas de la nevera; los estudiantes extranjeros sabían que no debían invadir el espacio de los Holzinger durante la hora de la cena.

Esa noche, los compañeros de piso siguieron el consejo de Fräulein Eissler: fueron al Augustinerkeller e intentaron divertirse en lugar de hacer los deberes. Allí, tres chicos miraron a Jolanda de una forma incómoda; ella creyó reconocerlos. Jolanda dijo que era posible que los hubiese visto con Hildegund.

—Esos chicos son amigos del maltratador de perros, del estúpido marido de la adicta a la tinta —dijo Jolanda.

Los compañeros de piso se marcharon del Augustinerkeller y se fueron al Café Hawelka. Les pareció adecuado: dejar un lugar más grande y ruidoso por otro más pequeño y tranquilo. También les gustaba la calle más pequeña y tranquila donde se encontraba el Hawelka, la Dorotheergasse, aunque, cuando iban de vuelta a casa, Claude afirmó que había visto a los tres chicos del Augustinerkeller. Cabía la posibilidad de que esos chicos hubiesen seguido a los estudiantes extranjeros, o eso temía Claude, pero Jolanda y Jimmy no los habían visto.

Los compañeros de piso se sentían bien por haberse aventurado fuera de su barrio, a una zona marginal, die *Innere Stadt*. Les hacía sentir que eran estudiantes de verdad. Había tantas cosas pendientes. Jimmy tenía la sensación de que el escenario estaba listo, pero ¿listo para qué? Eran demasiadas las cosas que podían suceder... o no. Reparar en ello hizo que Jimmy pensara en cómo debió de sentirse su madre cuando supo que deseaba ser madre, pero que quería que Esther tuviera el bebé por ella. Se trataba de un momento de incertidumbre.

James Winslow debería haber recordado que había algo que Fräulein Eissler quería enseñarle. ¿No le había dicho que saldrían juntos una noche hasta altas horas?

Era bastante tarde, ya habían avisado del cierre en el Kaffeehaus Nachtmusik. *Hard Rain* dormía debajo de la mesa de los estudiantes, con su pesada mandíbula descansando sobre el pie de Claude. Claude se sorprendió al ver a Annelies de pie junto a su mesa, se puso en pie de un salto y tropezó con la gran cabeza de *Hard Rain.* Dagmar intentó decirle a Annelies que ya estaban cerrando, pero la tutora señaló a Jimmy.

—Hay algo que él tiene que ver y voy a llevarlo para que lo vea —dijo Annelies, extendiendo la mano hacia el hocico inquisitivo de *Hard Rain.*

Annelies llevó a Jimmy más allá de la Staatsoper, a lo largo de la Kärntner Straße. En aquellos días, las prostitutas del primer distrito se reunían en las calles laterales de la Kärntner Straße, en la Johannesgasse y la Annagasse, como Jimmy recordaría algún día, y había un hotel en la Krugerstraße, donde las mujeres llevaban a los hombres que recogían. Había visto a las prostitutas alrededor de la Westbahnhof y la Südbahnhof. En las inmediaciones de esas estaciones de tren, las prostitutas no eran tan jóvenes ni tan guapas como las mujeres que trabajaban en el primer distrito. Jimmy estaba de pie con Fräulein Eissler en la Krugerstraße, en diagonal al «hotel de las putas», como lo llamaban los estudiantes del IEE, al otro lado de la calle.

—Si esperamos aquí el tiempo suficiente, sabes a quién veremos, ¿verdad? —le preguntó Annelies a Jimmy.

Fue entonces cuando Jimmy lo supo, pero no antes.

—Sí, si te refieres a Irmgard —logró decir James Winslow.

—Por eso deberías sentir compasión por ella, Jimmy —le dijo Fräulein Eissler—. Y si esperamos hasta verla, ella nos verá a nosotros, ya lo sabes, será mejor que pienses en eso también.

Jimmy no quería que Irmgard supiera que él sabía que era prostituta, pero Annelies y Jimmy ya llevaban demasiado tiempo en la Krugerstraße.

Incluso alguien que pasara allí por primera vez podía entender cómo funcionaba el hotel de las prostitutas. Una prostituta llegaba con su cliente, pero el cliente se marchaba solo. La prostituta se quedaba un rato más, para arreglarse. Para cuando la prostituta se marchaba, ya había encontrado a otra prostituta en el hotel; las dos mujeres salían juntas de allí. Cuando Irmgard salió del hotel, iba con otra prostituta, más guapa, aunque no necesariamente más joven. Como no podía ser de otro modo, Irmgard vio a Jimmy allí de pie con Fräulein Eissler.

—Pasábamos por aquí —le dijo Jimmy tontamente a Irmgard, en inglés.

—Este es el estudiante del que te hablé —le dijo Irmgard a la prostituta más guapa, también en inglés—. Su familia paga sus gastos relacionados con la educación, me lo dijo su madre —añadió Irmgard. La forma en que sonrió la prostituta más guapa dejó claro que entendía inglés—. Supongo que nosotras no contaríamos como gastos relacionados con la educación —prosiguió Irmgard, en inglés.

—Si es virgen, deberíamos contar. Si es virgen, te lo aseguro, estamos relacionadas con la educación —dijo la prostituta más guapa; su inglés era tan bueno como el de Irmgard. Cuando hablaba, Jimmy podía ver que había algo raro en su labio superior, una pequeña cicatriz parecía torcérselo, pero solo se apreciaba la ligera deformidad cuando movía los labios.

—Yo creo que Jimmy es virgen, sin duda —dijo Irmgard, sonriendo.

—Encantada de conocerte, Jimmy, soy Berta —dijo la prostituta más guapa.

—Y esta es Fräulein Eissler, *die Hauslehrerin* de la que te hablé —le dijo Irmgard a Berta, intercalando el término alemán para tutora privada.

—¿Y por qué vosotros dos estáis «de paso» por la Krugerstraße? —le preguntó Irmgard de repente a Annelies.

—Una lección de vocabulario, Irmgard —respondió Fräulein Eissler —. Caminamos por todas partes y yo señalo cosas. Jimmy tiene que decirme qué son las cosas que señalo, en alemán.

Irmgard se señaló a sí misma y a Berta, pero solamente miró a Jimmy.

—*Prostituierte*—dijo Irmgard. Fue entonces cuando Jimmy comprendió lo que Irmgard quería decir cuando estaban viendo *De aquí a la eternidad:* le dijo que Donna Reed no era una prostituta de verdad—. No somos como Donna Reed, Jimmy, somos prostitutas de verdad —dijo Irmgard. Para que quedara perfectamente claro, señaló con más énfasis a Berta y a sí misma.

—*Ich weiß*—dijo Jimmy, como siempre le decía a Irmgard.

Las dos prostitutas se cogieron del brazo, como suelen hacer las mujeres europeas cuando caminan. Irmgard y Berta estaban listas para seguir adelante.

—Ya sabes dónde encontrarme —le dijo Berta a Jimmy.

—*Ich weiß*—repitió James Winslow.

Pero Berta tenía más cosas que contarle. Se tocó la cicatriz del labio superior.

—Era una niña, en un pícnic familiar... Corría con una de esas cosas de mayonesa en la mano —le contó Berta a Jimmy—. «¿Cómo

se dice una de esas estúpidas *cosas* de mayonesa en inglés? —le preguntó Berta a Fräulein Eissler.

—Un tarro, un *tarro* de mayonesa —le respondió Annelies.

—*Ja,* un *tarro* de mayonesa. Me caí y me corté el labio. Ahora beso un poco raro —dijo Berta, sonriendo.

James Winslow acompañó a Annelies a la parada del *Straßenbahn* en Opernring.

—Habría sido mejor que te lo hubiera dicho, pero pensé que debías ver a Irmgard por ti mismo —dijo Annelies. Jimmy no recordaba cómo había surgido el tema, pero ambos quedaron impresionados por lo bien que Irmgard y Berta hablaban inglés—. Estoy segura de que recogen a muchos turistas de habla inglesa en el primer distrito —le dijo Fräulein Eissler a Jimmy.

Había algo que Jimmy quería preguntarle a Annelies, pero no se atrevía. ¿No había engañado a Frau Holzinger haciéndole creer que se acostaba con su tutora judía alemana? ¿No encontró Irmgard a Jimmy en la cama cuando había alguien debajo de las sábanas de Jimmy? Entonces, ¿por qué Irmgard parecía tan convencida cuando le dijo a Berta que Jimmy *tenía que ser* virgen? ¿Acaso era tan obvia la patética inexperiencia de Jimmy, y no solo para una prostituta? Pero Jimmy tenía miedo de lo que Fräulein Eissler pudiera decirle. Además, su tranvía estaba llegando y ella tenía otras cosas que decirle.

—Sabes lo que Berta pretendía cuando te habló de su labio, ¿verdad, Jimmy? —preguntó Annelies, mientras su *Straßenbahn* se detenía con un chirrido en la parada del tranvía—. Sabes que estaba intentando que te sintieras más atraído por ella, ¿verdad?

Había funcionado, quiso decirle James Winslow. Jimmy se moría de ganas por saber qué tenía de divertido besar a Berta. Pero lo único que le dijo a Annelies fue lo de siempre:

—*Ich weiß!*—dijo Jimmy. Tuvo que levantar la voz para que se le oyera por encima del ruido del tranvía frenando en las vías.

—Y hay algo más que debes saber —dijo Fräulein Eissler mientras subía al *Straßenbahn*—. ¡Las prostitutas suelen negarse a besar a sus clientes! —le gritó en inglés. Seguramente los demás pasajeros del tren la oyeron, pero era muy tarde. A esa hora, era poco probable que hubiera turistas de habla inglesa o prostitutas del primer distrito tomando el *Straßenbahn*. En las ventanas del tranvía en el que se marchaba Fräulein Eissler, Jimmy no vio ningún rostro tan hermoso como el de Donna Reed. Annelies debía de haberse sentado en el otro extremo del vagón.

21

No es egipcia

A Honor Winslow le habría gustado el modo en que los estudiantes de Medicina soviéticos trabajaron juntos para drenar la oreja de coliflor de su hijo. Zander extrajo el líquido con la aguja, Serguéi aplicó la gasa con yeso húmedo para adaptarla a la forma de la oreja de Jimmy. Jimmy les había contado que su madre era enfermera y que siempre le había drenado ella las orejas de coliflor. Todos sus compañeros luchadores tenían orejas de coliflor muy marcadas. Jimmy no les contó a sus nuevos compañeros de equipo cómo sus tías habían comparado las orejas de coliflor con excrementos de animales, con caca de perro.

—Deberías intentar hacer lo que quiere tu madre, Jim —dijo Serguéi.

«¿Lo que quieren mis dos madres?», pensó Jimmy, pero no lo dijo.

A James Winslow le impresionó que los luchadores soviéticos guardaran gasas, yeso y agujas hipodérmicas en su taquilla del Turnhalle Leopold.

—Son rusos, Jim —le dijo Leo en privado—. Incluso los rusos que no son estudiantes de Medicina pueden conseguir agujas hipodérmicas en el mercado negro.

Antes de que sus compañeros de cuarto se fueran de vacaciones, Jimmy les había dicho que Zander y Serguéi iban a llevarlo a un club

nocturno en Favoriten. Mencionó incluso a la bailarina de la danza del vientre, la egipcia, que seguramente no era egipcia.

—¡Pobre bailarina de la danza del vientre! —exclamó Claude, compadeciéndose de los desfavorecidos.

—Tal vez la bailarina podría quedarse embarazada de tu bebé, Jimmy —dijo Jolanda—. Tu familia solo tendría que pagarle algo más de lo que gana como bailarina, que probablemente no sea mucho. — Jolanda y Claude sabían que la familia Winslow podía permitirse pagar a alguien para que tuviera el bebé de Jimmy, pero a Honor le preocupaban los posibles efectos legales desconocidos.

—No, no, *no,* la pobre bailarina de la danza del vientre no — manifestó Claude.

Claude seguía creyendo que la exnovia de Jolanda, Mieke, era la mejor candidata para mantener a Jimmy alejado de Vietnam. Claude estaba convencido de que Jolanda debía sostenerle la cabeza a Mieke y hablar con ella durante todo el proceso de fecundación.

Pero Claude y Jolanda estaban ahora en París y Ámsterdam respectivamente por Navidad, y habían dejado a Jimmy y a *Hard Rain* en Viena. La responsabilidad de mantener a la perra escondida durante las horas de sueño recayó en Jimmy, que se la jugó llevándola consigo a los entrenamientos de lucha libre. A los luchadores les encantaba la perra, pero a *Hard Rain* no le gustaba el tacto de la lona bajo sus patas, y el ruido sordo de los cuerpos al golpear contra la lona la asustaba. La perra se escondía en la zona de los vestuarios, acurrucada en un cubículo del baño. Cuando *Hard Rain* se escabulló escaleras arriba hasta la peluquería, Helene y las peluqueras se alegraron mucho. Los distintos espráis y productos para el cabello hacían estornudar a la perra, pero *Hard Rain* estaba feliz entre las peluqueras y sus clientas.

Zander y Serguéi invitaron a Leo Spiegel a unirse a ellos cuando llevaron a Jimmy, Sol y Simon a Die Ägypterin, en Favoriten. Kleiner Spiegel expresó sus dudas sobre la visita de los israelíes a ese lugar. Una vez, en Favoriten, Pequeño Espejo se había encontrado con un par de luchadores turcos que había conocido en un torneo años atrás. *Kleiner Jude,* le había llamado uno de los luchadores. («Pequeño judío», había dicho el turco.) Entonces Pequeño Espejo se enfrentó al luchador turco y lo derribó.

—*Ich habe geworfen*—dijo Leo. («Lo derribé», les dijo Leo a los luchadores de estilo libre.)

Pequeño Espejo declinó educadamente la proposición para ir a Die Ägypterin.

La noche en que los soviéticos llevaron a Jimmy y a los israelíes a Favoriten, pasaron antes por el Kaffeehaus Nachtmusik, donde dejaron a *Hard Rain.* Si Jimmy seguía en Die Ägypterin después de la hora de cierre de Dagmar, *Hard Rain* se iría a casa con Walter, el buen lavaplatos, que era como para entonces consideraban todos al amable hombre de una sola oreja.

James Winslow estaba distraído, como lo está alguien que escribe una novela. Para ser un joven que nunca había visto a una bailarina de la danza del vientre, su mente estaba centrada en sus personajes de ficción y en su historia. Acababa de mantener una larga conversación telefónica con su abuelo, quien le había asegurado que no pasaba nada si una novela era vagamente autobiográfica. «Cuanto más vagamente, mejor», le había dicho Thomas Winslow. Jimmy estaba incluso más distraído debido a lo que su abuelo le había contado sobre el orfanato de St. Cloud's. A Jimmy le sorprendió que sus abuelos supieran que Honor Winslow quería que Chantal Beaudette tuviera el bebé de Jimmy. Era mejor adoptar un bebé del orfanato de St. Cloud's, había dicho Thomas. Tanto Thomas

como Constance Winslow se sintieron decepcionados cuando Honor rechazó la idea de Thomas. Después de todo, su cuarta hija había crecido en una familia con maravillosas huérfanas. Honor, por otro lado, quería saber más sobre la madre biológica del hijo de Jimmy de lo que se puede saber sobre los padres de los huérfanos. En la larga conversación con su abuelo, no salió a relucir el plan B de Honor, desconocido sin duda para los padres Winslow. Jimmy no habló de la bala en su rótula ni de cortarse el dedo índice de la mano con la que escribía; posibles repercusiones de no conseguir dejar embarazada a ninguna mujer.

Mientras James Winslow seguía sumido en sus cavilaciones de camino a Favoriten, los estudiantes de Medicina soviéticos discutían sobre cómo la menstruación podría afectar a una bailarina de la danza del vientre. Los luchadores israelíes, por su parte, estaban más preocupados por el antisemitismo. Serguéi pensaba que la mayoría de las bailarinas de la danza del vientre estaban en su mejor momento entre los treinta y los cuarenta años.

—Después de tener hijos, tienen más barriga —dijo Zander.

—En los tres primeros días de su periodo menstrual, los movimientos abdominales de una bailarina podrían causarle un sangrado excesivo —especuló Serguéi.

—No hagas movimientos de cadera ni sacudidas, o hazlos con suavidad —sugirió Zander.

—No hagas movimientos pélvicos ni ondulaciones inversas, te harán daño —dijo Serguéi.

Sol les preguntó a los soviéticos por la clientela del club nocturno. ¿Eran en su mayoría hombres turcos o los turcos solo representaban un pequeño porcentaje del total de los clientes? Simon quería saber si la bailarina se relacionaba con el público después de su baile. Los rusos solo habían visto a los turcos con orejas de coliflor y los

luchadores representaban un pequeño porcentaje de la clientela. La bailarina, dijeron, era muy discreta a la hora de relacionarse con el público. No tocaba a nadie. No se permitía el *anfassen,* es decir, tocar o acariciar. La bailarina se movía discretamente entre las mesas de los hombres, solo conversando. Algunos hombres apartaban sus sillas de las mesas, con la esperanza de que la bailarina se sentara en su regazo. Zander dijo que la bailarina solo se sentó en el regazo de un hombre. Serguéi dijo que no hubo *anfassen* cuando se sentó en el regazo, nada abiertamente sexual.

James Winslow era reservado e introspectivo, incluso cuando la conversación se refería a las caderas en movimiento de una bailarina de la danza del vientre, sus movimientos pélvicos y sus ondulaciones eróticas. Los rusos habían reservado una mesa cerca del escenario en Die Ägypterin. La bailarina sin duda pasaría por la mesa de los luchadores.

—¿Será la fantasía o la pesadilla de una lesbiana que yo viva con dos chicos de veinte años que nunca han tenido relaciones sexuales? —les había dicho Jolanda a Claude y Jimmy antes de irse a casa por Navidad con la esperanza de reconciliarse con Mieke.

Era un tanto extraño que Jimmy recordara eso mientras esperaba con sus compañeros de equipo a que apareciese la bailarina de la danza del vientre. Si Jimmy llegaba a tener relaciones sexuales con Mieke, e imaginando que Mieke diera a luz al hijo de Jimmy, ¿no querría su hijo tener algún tipo de relación con ella? Eso era lo que Jimmy pensaba en Die Ägypterin. También recordaba su conversación con Fräulein Eissler, cuando le pidió que le preguntara a Esther, su madre biológica, si podía escribirle. No conocerla ni hablar con ella, solo escribirle. Jimmy quiso contarle a Annelies el pacto entre Honor Winslow y Esther, pero Annelies lo detuvo.

—Sé quién te dio a luz, Jimmy —le dijo.

¿James Winslow quería escribir a Esther porque se estaba convirtiendo en escritor, o era natural e inevitable que buscara tener algún tipo de contacto con su madre biológica? Esos eran los pensamientos de Jimmy cuando las luces de la sala se atenuaron; las siluetas de los hombres en sus mesas eran inconfundibles, incluso en la penumbra. En el escenario iluminado, la bailarina de la danza del vientre, inmóvil, parecía mirar directamente a Jimmy, quien calculó que tendría unos treinta y cinco años, más o menos la edad que tenía Esther cuando dio a luz.

—Si no te excitas es que algo raro te pasa —le susurró al oído Zander, el compañero de entrenamiento de Jimmy, cuando empezó la música y la bailarina comenzó a mover las caderas. Sus ondulaciones, especialmente la forma en que movía la pelvis, le provocaron una erección a Jimmy. Sin embargo, no habría calificado el baile de pornográfico, sino de erótico, pero no fue consciente en ese momento del extenso proceso de formación de una bailarina de la danza del vientre. Era una forma de arte, pensó Jimmy, mientras las caderas de la bailarina se movían al ritmo de la música, hasta culminar en un *crescendo*. Los hombres se pusieron de pie y aplaudieron. El baile había terminado, la bailarina se inclinó ante su público y abandonó el escenario.

—Por cómo se movía, yo diría que esta noche no tiene el periodo —dijo Serguéi.

Los soviéticos explicaron que la bailarina pronto se relacionaría con los clientes, comenzando por las mesas más alejadas del escenario y avanzando hacia delante. De ese modo, podría volver a inclinarse ante su público desde el escenario, despidiéndose de ellos desde allí. Al igual que muchos de los hombres presentes, los luchadores apartaron sus sillas de la mesa, preparándose por si se sentaba en su regazo. Jimmy se sintió aliviado de que su erección

hubiera remitido. Si hubiera tenido una erección, habría mantenido las piernas bajo la mesa. En realidad, lo único en lo que pensaba James Winslow era en lo divertido que sería llevar a Jolanda y Claude a Die Ägypterin para que vieran a la bailarina de la danza del vientre.

Con las luces de la sala encendidas, Simon y Sol se esforzaban por escuchar la conversación de los hombres de las mesas cercanas, pero como todo el mundo estaba hablando, y la música aún sonaba, era difícil distinguir qué idioma, o idiomas, hablaban. James Winslow no habría sabido distinguir entre turco, kurdo y árabe, aunque tampoco había oído claramente lo que decían.

—Si la bailarina nos habla, deberíamos responderle en inglés —dijo Zander de repente.

—Sería mejor que hablar alemán, con nuestros respectivos acentos «extranjeros» —les dijo Serguéi a sus compañeros de equipo. En ese momento, incluso Jimmy pensaba que los soviéticos parecían cautelosos; más agentes del KGB que estudiantes de Medicina.

Simon había visto algunas mujeres entre el público, pero no muchas.

—Hay incluso algunas mujeres que parecen de tu edad, Jim —le dijo Simon.

—La mayoría de las mujeres no parecen turcas —susurró Sol cuando la bailarina finalmente reapareció. Con ese traje de baile, en ningún momento había parecido una *stripper*. Llevaba un sujetador con largos volantes que no dejaba ver nada, no mostraba el escote. Llevaba una falda larga con una abertura que solo en raras ocasiones permitía ver su muslo desnudo. Unas medias negras le cubrían las rodillas. Y ahora se había cambiado de ropa para mezclarse con los demás. Iba vestida como una mujer de negocios.

Más tarde, los israelíes y los soviéticos tendrían que explicarle a Jimmy que las mujeres turcas no estaban obligadas a llevar hiyab o pañuelo en la cabeza en público. La bailarina de la danza del vientre no llevaba hiyab ni pañuelo, solo una blusa holgada de manga larga con pantalones y una chaqueta, como las de los trajes de hombre. La forma severa en que vestía la mujer la hacía parecer algo masculina. Desplazándose entre las mesas, la bailarina se sentía tan cómoda hablando con las mujeres como con los hombres.

Cuando se acercó a la mesa de los luchadores, ignoró a Serguéi, pero sonrió a Zander.

—Hablaremos en inglés, si puedes, porque nuestro amigo es estadounidense —le dijo Zander.

—Hablo inglés —dijo la bailarina, sonriendo a Sol.

—Él es el estadounidense —dijo Sol, señalando a Jimmy.

La bailarina de la danza del vientre no dudó en sentarse en el regazo de Jimmy. Por la forma en que colocó las manos sobre los hombros de Jimmy, no estaba claro si pretendía abrazarlo o si quería evitar que él la abrazara. Se produjo un cortés aplauso, luego silencio.

—Si sabes lo que quieres ser, dímelo —dijo la bailarina.

—Estoy escribiendo mi primera novela, o al menos lo intento. Todavía no soy escritor, pero quiero serlo —le dijo Jimmy.

La bailarina de la danza del vientre lo acercó a ella y le susurró al oído:

—No se lo digas a nadie, pero no soy egipcia y nunca lo seré —le susurró.

Cuando ella lo apartó, Jimmy se dio cuenta de que el público esperaba que dijera algo.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie —le prometió Jimmy a la bailarina de la danza del vientre. Todos rieron. La mujer mayor lo

besó en la frente. Entonces, la bailarina volvió al escenario y de nuevo hizo una reverencia. Cuando desapareció entre bambalinas y todos se marchaban, los soviéticos les confiaron a Jimmy y a los luchadores israelíes que la velada siempre terminaba así. Cuando la bailarina se sentaba en el regazo de alguien, siempre le susurraba algo al oído.

—¡Y el chico siempre dice que no se lo dirá a nadie! —declaró Serguéi.

—¿Qué te susurró, Jim? —le preguntó Zander a su compañero de entrenamiento.

—Me pidió que no se lo contara a nadie —respondió Jimmy con seriedad.

—¡Vamos, Jim, cuéntanos lo que te susurró! —le dijo Simon.

—Los susurros son parte de su actuación, Jim, puedes contárnoslo —dijo Sol.

Pero James Winslow no les contó a sus compañeros de equipo lo que le susurró la bailarina de la danza del vientre. Jimmy había sido sincero acerca de estar escribiendo su primera novela, o al menos intentarlo; había sido sincero acerca de no ser aún escritor, pero querer serlo. La bailarina le había parecido sincera. James Winslow no traicionaría su confianza, aunque lo que le susurró fuera solo parte de su actuación.

—Un secreto siempre es un secreto —insistió Jimmy a sus compañeros de equipo.

No era tan tarde como para que el Kaffeehaus Nachtmusik hubiera cerrado. Los compañeros de equipo tomaron unas cuantas cervezas antes de la última ronda. Los luchadores se burlaron de Jimmy por su intención de mantener el secreto de la bailarina de la danza del vientre.

—Si un hombre puede guardar un secreto, una mujer se siente segura acostándose con él —les dijo Dagmar a los luchadores.

Durante las vacaciones de Navidad, Jimmy y Walter se turnaron para llevarse a *Hard Rain* a casa con ellos, y Jimmy siguió escribiendo y luchando.

Llegó una tarjeta de Navidad de Claude, que preguntaba si podía escribir a Chantal. Jimmy había llamado a Chantal y le había preguntado si quería saber de Claude. Irmgard le había explicado a Jimmy cómo podía revertir los cargos telefónicos: podía llamar a Chantal a cobro revertido.

—Se llama cobro revertido de persona a persona, Jimmy —le dijo Irmgard. Chantal quería que Jimmy le diera su dirección a Claude. Claude había visto la foto de Chantal, y Siegfried y la Frau seguían creyendo que ella era la madre de Jimmy. Chantal le dijo a Jimmy que le pidiera a Claude que le enviara una foto.

Jimmy también recibió una larga carta de Jolanda. Mieke seguía interesada en «probarlo» con un chico, pero tanto Mieke como Jolanda tenían algunas preguntas sobre el tema del embarazo. «Si Mieke tiene tu bebé, Jimmy, queremos ser la madre (o madres) del bebé durante parte del tiempo», había escrito Jolanda.

«Dile a Mieke que el bebé también querrá conoceros», le escribió Jimmy a Jolanda. «Lo sé porque yo quiero conocer a mis dos mamás», añadió.

En una tienda de juguetes, James Winslow compró un pequeño pastor alemán de sexo indeterminado para Siegfried. El perro pintado era más grande que los soldaditos de yeso de Siegfried y era de metal; de hecho, era del mismo tamaño y peso que el prensador de ajos. Con un poco de suerte, podría sustituir con ese perro al prensador de ajos, confiaba Jimmy. El pequeño árbol de Navidad del salón del apartamento de la Schwindgasse también era de metal.

Solo había unos pocos regalos debajo del árbol, que fue donde Jimmy dejó su regalo de Navidad para Siegfried.

El día de Navidad, Jimmy todavía estaba en la cama cuando Siegfried entró en su habitación llevando el pastor alemán de metal en la mano en lugar del prensador de ajos. El niño se subió a la cama y le dio un abrazo a Jimmy. Luego, Siegfried corrió al pasillo, dejando la puerta del dormitorio abierta. Irmgard entró y también le dio un abrazo a Jimmy; tenía el rostro bañado en lágrimas y no podía hablar.

Más tarde, ese mismo día, Jimmy llamó a casa. La abuela Connie contestó al teléfono y aceptó su llamada a cobro revertido. Jimmy habló con el abuelo Tommy y con su madre. Todos le dijeron lo mucho que lo echaban de menos. Honor Winslow no sacó a relucir el tema del embarazo. Durante la llamada, Jimmy observó cómo Siegfried mutilaba y destrozaba sus soldaditos de yeso con el pastor alemán de metal, un arma más resistente que el prensador de ajos.

En la semana entre Navidad y Año Nuevo, tanto el Kaffeehaus Nachtmusik como la peluquería de Helene permanecieron cerrados, pero Leo mantuvo abierto el Turnhalle Leopold para los luchadores. Sol y Simon se llevaron a *Hard Rain* con ellos durante varias noches, y Leo también. Zander y Serguéi dijeron que no permitían perros allí donde vivían; los estudiantes de Medicina dieron a entender que vivían en una residencia.

—Dudo que esos dos vivan juntos, o en una residencia —dijo Pequeño Espejo—. Los rusos simplemente hacen lo que hacen, Jim.

Hay que reconocer que fueron los luchadores soviéticos Zander y Serguéi quienes advirtieron a Jimmy de que lo estaban siguiendo.

—Son los mismos tres matones que seguían a la chica holandesa. Es ella quien les interesa —dijo Zander.

—Pero ahora va una mujer con ellos —le dijo Serguéi a Jimmy.

—¿La mujer tiene tatuajes? —les preguntó Jimmy.

—Es invierno, Jim, lleva ropa de abrigo, pero sin duda es la lavaplatos que lo intentó con la chica holandesa —le respondió Zander.

—¿Quién más podría ser? ¿Quién más le tiene manía a la chica holandesa? —le preguntó Serguéi a Jimmy.

—Si sales por la noche, llévate a tus compañeros de equipo, Jim —sugirió Sol.

—Llévate a *todos* tus compañeros de equipo por la noche —le dijo Simon.

—A mí también, Jim, ¡nunca he lanzado a una lavaplatos! —dijo Kleiner Spiegel.

—Escucha a Leo, Jimmy, los luchadores están de tu parte —le indicó Annelies. También informó a Jimmy de que era posible que recibiese noticias de Esther—. No quiero que te hagan daño, Jimmy, pero no veo a Esther como el tipo maternal, ni creo que vaya a ser una buena amiga por correspondencia —dijo Annelies—. Es más, siempre le escribirás o tendrás noticias de ella a través de otra persona. Esther no tiene residencia permanente, es una mujer sin domicilio fijo.

—*Ich weiß*—dijo Jimmy. Estaba al corriente de las quejas de su abuelo sobre la naturaleza itinerante de Esther. Jimmy se preguntó si él también tenía una naturaleza itinerante.

El día de Nochevieja, después del entrenamiento de lucha libre, los chicos de grecorromana se habían duchado y habían salido del Turnhalle Leopold, excepto Leo, que siempre era el último en irse. Pequeño Espejo se había duchado y vestido. Llevaba puestos los calcetines mientras caminaba de un lado a otro de la colchoneta con un paño húmedo, buscando manchas de sudor, saliva o sangre para limpiarlas. Jimmy se sentó en la colchoneta en calcetines. Estaba

listo para irse y solo esperaba a sus compañeros de equipo. Sol y Simon se estaban vistiendo en el vestuario. Zander y Serguéi todavía estaban en las duchas. Nadie gritaba ni decía obscenidades en las duchas, porque Helene y sus peluqueras estaban de vacaciones. Por una vez, no gastaron toda el agua caliente. Helene y Leo estaban negociando sobre la necesidad de instalar un calentador de agua, ya fuera uno nuevo o uno auxiliar, y a quién correspondería pagar qué parte. En ese momento, en la inusual ausencia de gritos y obscenidades, Annelies descendió las escaleras y entró en la sala de lucha libre. Se quitó las botas antes de pisar descalza la colchoneta, con las uñas de los pies pintadas y todo. Se sentó, con mucha destreza, de espaldas a las duchas.

—Debe de ser agradable no tener peluqueras y mucha agua caliente, Leo —dijo Annelies.

—Estoy en guerra con Helene por el agua caliente —le dijo Pequeño Espejo.

Sol y Simon habían oído su voz y podían ver a Annelies desde el vestuario, donde estaban medio desnudos; no hicieron ningún esfuerzo por ocultarse.

—Es solo la Eissler —le dijo Serguéi a Zander. Ambos siguieron duchándose.

—Y vosotros *solo* sois los soviéticos, los rusos, ¡vuestras pollas no son gran cosa para mí! —les gritó Annelies. Todos se echaron a reír, Serguéi y Zander más fuerte que nadie. Leo daba vueltas alrededor de Annelies, mirando fijamente las uñas de sus pies—. Ni se te ocurra pintarte las uñas de los pies, Leo —le dijo Annelies.

—Estoy pensando en levantarte, no en tirarte, solo en levantarte —dijo Kleiner Spiegel.

—Ya te diré cuándo quiero que me levantes, Leo —le dijo Annelies.

Cuando los compañeros de Jimmy terminaron de vestirse, se sentaron en la colchoneta, como si estuvieran esperando instrucciones de Fräulein Eissler. Pequeño Espejo siguió caminando de un lado a otro, sin levantar ni tirar a nadie.

—Vosotros, *luchadores*—empezó a hablar Annelies—. No tenéis vida social, bueno, nada digno de mención, ¿verdad? —les preguntó. Los compañeros de Jimmy bajaron la cabeza. Jimmy sabía que no tenía vida social—. Es Nochevieja y no tenéis planes, ¿verdad? —les preguntó Annelies. Podían oír a *Hard Rain* gimotear. La perra estaba sola en el vestuario, pero no se atrevía a subirse a la colchoneta de lucha libre.

—*Hard Rain* tampoco tiene vida social ni planes para Nochevieja —dijo Kleiner Spiegel, sin motivo aparente. Seguía dando vueltas.

—Sé de un sitio al que podemos ir en Nochevieja y podemos llevar a la perra —les dijo Annelies.

Era un local húngaro, servían pollo asado a la paprika y *goulash* con paprika. Los compañeros de equipo podían oírse unos a otros por encima del músico que tocaba la cítara. Después, Sol y Simon acompañaron a Annelies a casa, Leo se llevó a *Hard Rain* con él, y Serguéi y Zander acompañaron a Jimmy hasta la Schwindgasse.

—Nadie sigue a Eissler, puede llegar sola a casa sin peligro —se quejó Zander a Serguéi.

—Los israelíes adoran a Eissler, no pueden dejarla sola —dijo Serguéi.

—Yo también la adoro, ¡estoy enamorado de ella! —les dijo Jimmy a los rusos.

—Lo sabemos, Jim —le dijo Zander a su compañero de entrenamiento.

—Incluso Eissler sabe que estás enamorado de ella —dijo Serguéi.

Cuando Claude regresó a Viena a principios de enero, les dijo a Jimmy y Jolanda que estaba enamorado de Chantal Beaudette.

—Su francés escrito es tan bueno como el mío, ¡pero no la he oído hablar! —se lamentó Claude. Su madre le había preguntado si Chantal tenía acento francocanadiense. Fue entonces cuando Claude le pidió a su madre que le hiciera algunas fotos para enviárselas a Chantal—. ¡No me importa si Chantal grazna como un pato! —exclamó Claude. Al final, no le había enviado a Chantal las fotos de su madre, en las que aparecía como un niño enfadado y enfurruñado. Jolanda fotografió a Claude en varias poses en sus dormitorios contiguos.

—No voy a hacerte fotos del pene, Claude. Si quieres enviarle fotos del pene a Chantal, tendrás que pedírselas a Jimmy —dijo Jolanda.

—¡Pobre Chantal, no va a tener fotos del pene! —gritó Claude.

Jolanda había regresado a Viena con fotos de Mieke. Claude y Jimmy pensaban que Mieke era más femenina que Jolanda, que era más del modelo marimacho.

—Queréis decir que Mieke es más femenina y yo más masculina —dijo Jolanda—. Queréis decir que Mieke es más guapa que yo y también más sumisa —les dijo Jolanda—. Y que Mieke es más sensible que yo, lo que significa que sus sentimientos se hieren más fácilmente que los míos —continuó Jolanda. Claude y Jimmy pensaron que estaba más emotiva de lo habitual—. No quiero que Mieke venga a Viena si esos matones todavía me siguen, ahora no, porque Hildegund está saliendo con ellos —les dijo Jolanda a Jimmy y Claude.

James Winslow sabía que Annelies y Jolanda debían de estar en contacto.

—Deja que Eissler y Pequeño Espejo tracen un plan para los que te siguen, Jim —dijo Serguéi. Zander asintió.

—Mieke no tiene por qué venir a Viena. No tenemos por qué hacer esto, no si vosotras dos tenéis dudas al respecto —le dijo Jimmy a Jolanda.

—Queremos hacerlo, Jimmy, por ti y por nosotras —le dijo Jolanda —. Creemos que compartir un hijo será divertido para nosotras, siempre que tú seas el padre a tiempo completo y nosotras podamos ser madres solo a tiempo parcial —dijo Jolanda. Tomó fotos de Jimmy para Mieke, que quería ver cómo era.

—¡No le mandes fotos de penes a Mieke, es demasiado sensible para eso! —se quejó Claude. Jolanda estuvo de acuerdo en que Mieke era demasiado sensible para ver penes.

Simon y Sol también le hablaron a Jimmy sobre los tipos que seguían a Jolanda.

—¿Cuál es el plan? —preguntó James Winslow a los luchadores israelíes.

—Hildegund es una de esas mujeres heterosexuales que se sienten culpables por haberlo probado con una mujer. Algunas de las mujeres heterosexuales y algunos de los hombres heterosexuales que lo han probado con personas del mismo sexo son los peores homófobos, Jim —dijo Sol.

—Pero ¿qué tienen que ver Annelies y Leo con esto? —preguntó Jimmy.

—En última instancia, los rusos se encargarán de Hildegund y de sus matones; los rusos harán lo que suelen hacer. Annelies y Leo lo están preparando todo —le dijo Simon a Jimmy.

«¿Preparando *qué?»,* se preguntó James Winslow, pero era más fácil dejar que Jolanda le fotografiara en diversas localizaciones, mientras él accedía a todo lo que los luchadores querían. Al

principio, eso significó que Jimmy y Claude no llevasen a Jolanda más allá de la cafetería local de la esquina. Si los compañeros de piso se aventuraban a ir al Augustinerkeller o al Café Hawelka, los luchadores tenían que encontrarse allí con ellos; no querían correr ningún riesgo.

Durante la primera semana de febrero, el ambiente del Kaffeehaus Nachtmusik se vio realzado por el esquí alpino de los Juegos Olímpicos de Invierno de 1964. Debido al clima templado, hubo que transportar nieve en camiones hasta Innsbruck y compactarla con la ayuda del ejército austriaco.

—Si fueras austriaco, tu madre estaría más tranquila si fueras soldado —le dijo Claude a Jimmy.

—Por el amor de Dios, Claude —fue todo lo que Jolanda pudo decir.

El esquí en Innsbruck tuvo un mal comienzo. Durante un entrenamiento para el descenso masculino, un esquiador australiano perdió el control y chocó contra un árbol. Murió a causa del impacto en la cabeza. A los austriacos les fue mejor, con una medalla de oro en descenso, otra en eslalon y una de plata y otra de bronce en eslalon gigante. Dagmar animaba a las austriacas, que arrasaron en descenso.

Claude estaba feliz por Francia. Las hermanas Goitschel ganaron medallas en el eslalon femenino y el eslalon gigante, y dos franceses ganaron medallas en las pruebas alpinas masculinas. Jolanda estaba descontenta porque los patinadores holandeses no habían obtenido mejores resultados; una patinadora de velocidad soviética ganó cuatro medallas. Sin embargo, una patinadora artística holandesa ganó la prueba individual femenina y un patinador de velocidad de los Países Bajos se llevó la plata en los mil quinientos metros masculinos. A Jolanda no le impresionó gran cosa, o tal vez solo

estaba aburrida de su confinamiento nocturno en el Kaffeehaus Nachtmusik.

Jolanda también se quejaba de los compañeros de lucha libre de Jimmy, que ahora eran sus compañeros y guardaespaldas.

—Es demasiada testosterona para mí —les dijo Jolanda a Jimmy y Claude.

—¡Es mejor que ser violada o golpeada hasta la muerte! —exclamó Claude.

—Eres un gran consuelo para mí, Claude —dijo Jolanda.

Jimmy sabía que el exceso de supervisión irritaba a Jolanda.

—El Pequeño Espejo da miedo, siempre me está mirando. Es un trol y solo me llega a la *cintura*—se había quejado Jolanda.

—Kleiner Spiegel no es tan bajito, no es un trol —argumentó Claude.

Por el modo en que Leo miraba a Jolanda, Jimmy no habría sabido decir si Pequeño Espejo deseaba a Jolanda o quería lanzarla. En cualquier caso, Leo no pudo resistirse a levantar a Jolanda, con las manos firmemente agarradas bajo su trasero.

—¡No te voy a lanzar, solo te levanto! —le aseguró Kleiner Spiegel, con la cabeza como una bala de cañón debajo de sus pechos. Conociendo a Jolanda, Jimmy imaginó que ella preferiría que la lanzaran.

Por la forma en que los luchadores soviéticos e israelíes miraban a Jolanda, Jimmy supo que la deseaban, más que a otras mujeres, porque los luchadores entendían que era toda una mujer y que estaba fuera de su alcance. Cuando los compañeros de piso se reunieron con los compañeros de equipo de Jimmy en el Café Hawelka, los luchadores se sentaron alrededor de Jolanda en una mesa ovalada. Jolanda no hablaba, se limitó a fruncir el ceño y respirar con dificultad. Claude hablaba sin parar de lo enamorado

que estaba de una mujer a la que no había conocido. Chantal lo había salvado de las herederas parisinas con las que su madre quería que tuviera hijos. Jolanda fruncía con más fuerza el ceño y respiraba con más dificultad.

Para escapar de la conversación de Claude, los estudiantes de Medicina soviéticos le hablaron a Jolanda de los cadáveres masculinos y femeninos que compartían con otros estudiantes de Medicina.

—No quiero saber cómo *compartís* los cadáveres femeninos —replicó Jolanda.

—Por cómo respiras, parece que vayas a vomitar. ¡Deberías salir a tomar un poco de aire fresco! —le dijo Claude a Jolanda.

—Si salgo, podrían violarme o matarme a golpes —le recordó Jolanda a Claude. Leo se levantó de la silla y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa. Tocó ligeramente a Sol en un hombro.

—Nadie te hará daño mientras estemos cerca de ti —le dijo Sol a Jolanda. Pequeño Espejo estaba saltando sobre las puntas de los pies; le dio una palmadita en la cabeza a Simon.

—Atraeremos a la lavaplatos y a sus matones —le dijo Simon a Jolanda. Leo se había acercado a Zander y le tiró de la oreja al soviético.

—Jim llevará muletas, como si se hubiera lesionado, y tú estarás sola con Jim y Claude... Bueno, pillas la idea, ¿no? —le preguntó Zander a Jolanda. Kleiner Spiegel colocó ambas manos sobre los hombros de Serguéi.

—Pero sabremos dónde estás, llegaremos a tiempo —dijo Serguéi. Serguéi estaba sentado junto a Jolanda, que tenía las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa, como si pretendiese impedir que la mesa se alejara flotando.

—¿Qué le pasa a la mesa? ¿Está *levitando?*—gritó Claude.

—Hay tantas erecciones debajo de la mesa, Claude. Me preocupaba que la mesa se levantase —le dijo Jolanda. Claude miró debajo de la mesa.

—Llevaré muletas para *fingir* que estoy lesionado, ¿verdad? —preguntó Jimmy a sus compañeros de equipo, y todos asintieron con la cabeza. Las manos de Pequeño Espejo estaban sobre los hombros de Claude. Claude no tuvo constancia de erección alguna debajo de la mesa, que obviamente no iba a levantarse.

—Da la impresión de que puedes correr, Claude. ¿Eres buen corredor? —le preguntó Leo.

—Es lo único que se me da bien: ¡correr! —se lamentó Claude.

—¿Dónde estaremos cuando Hildegund y sus matones nos ataquen? —preguntó Jolanda. Miró a Leo, el organizador. Jolanda se estremeció cuando Kleiner Spiegel le sujetó las muñecas, como hacen los luchadores.

—Entre el Augustinerkeller y el Hawelka, pero más cerca del Hawelka, porque la Dorotheergasse es una calle más oscura —le dijo Leo.

—Eissler dice que una calle más oscura es menos llamativa —dijo Serguéi.

—Eissler quiere decir que la Augustinerstraße sería más llamativa que la Dorotheergasse —le explicó Zander a Jolanda.

—Annelies dice que Hildegund y sus matones han estado merodeando por el Turnhalle y el Café Meisel —dijo Sol.

—Eso significa que saben cuándo Jim está con nosotros, cuando tú y Claude estáis solos —le dijo Simon a Jolanda. Leo estaba demasiado nervioso para sentarse.

—¡No importará lo que sepan cuando acabemos con ellos! —exclamó Pequeño Espejo.

Seguía saltando sobre las puntas de los pies cuando Jolanda echó hacia atrás la silla y se levantó de la mesa. Mientras Kleiner Spiegel bailaba en círculos, Jolanda esperó hasta que le dio la espalda. Entonces dobló las rodillas y lo levantó; con sus largos brazos rodeándole la cintura se inclinó sobre él y le besó el cuello. El maestro del súplex era un chico de grecorromana, esperaba que lo tiraran al suelo, no que lo besaran. Cuando Jolanda lo bajó suavemente, Kleiner Spiegel se quedó sin palabras; se quedó tan quieto como una estatua.

—¡Gracias, Leo, te quiero! —dijo Jolanda. Jimmy y sus compañeros de equipo pudieron ver que eso significaba casi tanto para Pequeño Espejo como el beso.

—¡Yo también te quiero, Leo! —gritó Claude, rompiendo a llorar. A Jimmy no se le pasó por alto que Jolanda siguió abrazando a Claude hasta que este dejó de llorar—. ¡Quiero que esto *termine!*—repetía Claude, pero los compañeros de equipo de Jimmy sabían que los detalles del montaje requerían ensayo; al igual que la lucha libre, el montaje necesitaba más práctica.

—Estaremos listos después de Pascua —era todo lo que Annelies pudo decir.

Esa Pascua fue temprana, el último fin de semana de marzo. El Miércoles de Ceniza fue a mediados de febrero, en un país católico, notable por las manchas grises en la frente de los demás pasajeros del *Straßenbahn*. Los compañeros de piso vieron la mancha de ceniza en la frente de Siegfried después de que la Frau volviera con él a casa de misa; parecía que la pólvora hubiese chamuscado al pequeño soldado. Mientras la Frau estaba ocupada quemando salchichas en la cocina, el niño de cinco años llamó a Jimmy, con su pastor alemán de juguete, para que se sentara con él a la mesa de la cocina. Entre susurros, como si le estuviera haciendo una

confidencia a Claude, Siegfried dijo que había estado rezando por un perro, un pastor alemán hembra.

Jolanda y Claude habían hecho planes para el largo fin de semana de Pascua. Querían llevar a *Hard Rain* a las montañas para que jugara en la nieve. En Zell am See, habían encontrado un *Gasthof* que admitía perros. Estaba en los Alpes de Kitzbühel, accesible en tren desde Viena. Jimmy, por supuesto, tenía intención de quedarse en la ciudad.

—Será un buen momento para escribir —le había dicho a Fräulein Eissler.

—Tú y tu escritura, Jimmy. Eres un *Pferd mit Scheuklappen*—dijo Annelies. (Un «caballo con anteojeras».)

Según Dagmar, el perro con pelotas de su madre no daba señales de que fuese a morir pronto, ni tampoco su madre. Dagmar había dejado de coquetear con Jimmy, quien supuso que su interés había sido fingido o pasajero, pero Jolanda dijo que las esperanzas de la viuda gerente se desvanecieron la noche en que vio a Fräulein Eissler.

—Dagmar sabe que no puede competir con un bombón como Annelies —le dijo Jolanda a Jimmy.

Claude arrojó algo de luz sobre la observación de Jolanda. La noche en que Anneliese recogió a Jimmy en el Kaffeehaus para ir a ver a las prostitutas, Dagmar les había preguntado a Claude y Jolanda quién era esa mujer tan guapa.

—Oh, Annelies es la profesora de alemán de Jimmy, está loco por ella —le dijo Jolanda a la viuda gerente—. Si aún no han follado, pronto lo harán.

Cuando Claude delató a Jolanda, Jimmy le preguntó por qué le había dicho eso a Dagmar.

—No me gustó cómo coqueteaba contigo, Jimmy. No creo que fuera sincera —respondió Jolanda.

Durante el año que Jimmy estuvo en el extranjero, en ciertos momentos se sintió solo y confuso, pero conoció a dos personas que iban a ser sus amigos para toda la vida. Claude y Jolanda hicieron que la sensación de extranjería de Jimmy le resultase soportable. Le ayudaron a verse a sí mismo como un caballo con anteojeras, una buena analogía para un novelista en activo, tal como acabó entendiendo Jimmy. Al final, Claude y Jolanda no pudieron ir a Zell am See para el largo fin de semana de Pascua. Tenían ensayos que afrontar.

Marzo en Viena no parecía primavera.

—Hoy no hay tormenta —repitió Claude todos los días de la primera semana de marzo.

Durante un tiempo, Dagmar no hizo sonar *A Hard Rain's A-Gonna Fall* en la cafetería. Jolanda y Dagmar dijeron que necesitaban un descanso de la canción de Bob Dylan. A Jimmy y a Claude les habría gustado escucharla. ¿Quién sabía lo que *Hard Rain* pensaba al respecto?

Cuando los estudiantes de Medicina soviéticos llevaron las muletas de madera al Turnhalle Leopold, se aseguraron de que Helene y las peluqueras las vieran.

—¿Para quién son las muletas? —les preguntó Helene.

—Las lesiones ocurren, las muletas son por si acaso —dijo Serguéi.

—Las lesiones de rodilla son inevitables —le dijo Zander a Helene.

—¡Animales! —les gritó una peluquera, mientras lavaba el pelo a una señora, a los luchadores rusos, que eran conscientes de que el lavado de pelo consumía toda el agua caliente.

La coreografía con las muletas requería ensayo. A Jimmy le resultó fácil aprender a usarlas como lo haría alguien con una lesión de rodilla. Pasarle una muleta a Claude a toda velocidad le llevó más tiempo. Al igual que a *Hard Rain,* a Claude no le gustaba pisar la lona de lucha libre, ni con calcetines ni descalzo. En cuanto a lo de balancear una muleta como si fuera un bate de béisbol, cabe decir que Claude nunca había balanceado un bate de béisbol, así que tuvo que practicar el agarre. Annelies quería que Jolanda practicara sacar la bomba de aire de la funda cuando la tenía bajada hasta los tobillos.

—Si uno de los matones te baja los vaqueros, la funda no estará donde estás acostumbrada que esté —le dijo Fräulein Eissler. A diferencia de Claude y *Hard Rain,* a Jolanda le gustaba la sensación de la lona de lucha libre bajo sus pies. Delante de los luchadores, se atrevió a tumbarse boca arriba en la lona, con la funda de su revólver y los vaqueros bajados hasta los tobillos.

Jolanda aceptó que el hecho de que los luchadores la vieran revolcarse boca arriba en bragas formaba parte de los ensayos. Pero puso límites a que los luchadores la vieran cuando estaba sentada en el inodoro de uno de los cubículos sin puerta.

—¡No mirar *y* no escuchar! —gritó desde el vestuario abierto.

Cuando Jimmy y Fräulein Eissler fueron juntos al Turnhalle Leopold, Helene y sus peluqueras los miraron con malos ojos. Annelies no se parecía a las compañeras de entrenamiento habituales de Jimmy, aunque Claude y Jolanda tampoco parecían luchadoras. Cuando *finalmente* llegó el momento de simular la lesión de rodilla de Jimmy, Helene y sus peluqueras ya se habían acostumbrado a Annelies e incluso habían dejado de mirar mal a Claude y Jolanda.

Helene y sus peluqueras estaban acostumbradas a los gritos de los luchadores cuando se daban duchas frías. Nunca había agua caliente al final del día, no después de que las peluqueras hubieran estado lavando el pelo de sus clientas desde por la mañana. Pero la forma en que Leo le había enseñado a Jimmy a gritar era un tono más agudo de agonía que el que Helene y sus peluqueras habían oído antes. También estaba el ruido que hacía la máquina de hielo en el vestuario cuando los luchadores la usaban: el hielo se esparcía por las baldosas del baño, donde *Hard Rain* masticaba los cubitos caídos y Jimmy seguía gritando.

Mientras Serguéi y Zander colocaban el hielo alrededor de la rodilla de Jimmy, también le envolvieron la rodilla con una venda elástica. Jimmy solo gritaba más fuerte. Entre una respiración y otra, oyó a Helene en lo alto de las escaleras, gritando a los luchadores. Helene parecía histérica. Jimmy la oyó decir *Polizei* y *Krankenwagen,* las palabras para «policía» y «ambulancia». No entendió ninguna otra palabra de las que gritó Helene, pero Annelies se las tradujo.

—Dice: «¡Sois unos animales, debéis de estar matando a alguien!». Va a llamar a la policía y a una ambulancia si los gritos no paran —le dijo su tutora judía alemana a Jimmy—. Baja un poco el tono de los gritos, Jimmy —le susurró Annelies al oído. Y entonces otra peluquera sustituyó a Helene en lo alto de las escaleras; era su turno de gritarles a los luchadores. Pequeño Espejo le gritó a la peluquera desde las escaleras.

Fräulein Eissler tradujo su conversación.

—¡Podríais mataros unos a otros más rápido y silenciosamente si usaseis cuchillos! —gritó la peluquera a los luchadores.

—¡Un luchador ha resultado herido! —gritó Kleiner Spiegel—. Tu falta de empatía es evidente. ¡Vosotras, las peluqueras, merecéis que os estrangulen con vuestro propio pelo! —gritó Leo.

—Los luchadores y las peluqueras parecen estar casados —observó Annelies. Ya le había dicho a Jimmy que nunca se casaría. También le había hecho saber a Jimmy lo que pensaba sobre tener hijos—. Si alguna vez quiero tener un hijo, lo adoptaré. Hay muchos niños que necesitan ser adoptados, Jimmy.

Serguéi y Simon, los luchadores más corpulentos, llevaron a Jimmy arriba. Sol y Zander, los compañeros de peso ligero de Jimmy, llevaban sus muletas.

En lo alto de las escaleras, Helene y sus peluqueras esperaban, querían ver al luchador herido que había estado gritando.

—Por lo visto, sigue vivo —le dijo Helene a Leo. Parecía decepcionada.

Annelies había traducido para Jimmy sin hacer comentarios.

Cuando Fräulein Eissler habló en alemán con Helene y sus peluqueras, lo hizo tan despacio que incluso Jimmy pudo entenderla.

—Chicas, deberíais hacer algo con vuestro pelo, estáis realmente horribles —les dijo Annelies.

Leo añadió algo que sorprendió a Helene y a las peluqueras. Jimmy vio que estaban sorprendidas, pero no entendió lo que Pequeño Espejo les había dicho.

Lo importante era que Claude y Jolanda estaban esperando en el taxi con el conductor. En la acera, si estaban observando el Turnhalle Leopold, Hildegund y sus matones habrían visto lo torpe que era Jimmy con las muletas; parecía estar sufriendo cuando le ayudaron a sentarse en el asiento delantero del taxi. Jolanda y Claude se apretujaron en el asiento trasero con Annelies. Las muletas en su regazo les hacían sentir más incómodos. En el taxi, Fräulein Eissler le contó a Jimmy a regañadientes lo que Kleiner Spiegel les había dicho a Helene y a las peluqueras.

—Es una campeona de lucha libre —les había dicho el maestro del súplex a Helene y a las peluqueras, señalando a Annelies—. ¡Podría arrancaros las tetas y los coños y esconderlos donde nunca más los encontraseis!

Jimmy sabía que Fräulein Eissler no era luchadora; entendía por qué había dudado en traducir algo tan vulgar. En su corazón, Jimmy solo pensaba que Leo era un tipo realmente leal.

—Y has dicho que los luchadores y las peluqueras parecen estar casados —le recordó Jimmy a Annelies.

—Como si llevaran casados *toda la vida,* Jimmy —dijo Fräulein Eissler.

En Viena, las vías del *Straßenbahn* y los adoquines podían resultar peligrosos y resbaladizos para alguien con muletas, y hubo una complicación imprevista con las muletas. A *Hard Rain* le gustaba lamer, incluso roer, las puntas de goma de las muletas. La perra se sentía ofendida si le decías que dejara de hacerlo.

Cuando Jimmy empezó su supuesta rutina de rehabilitación en el Turnhalle Leopold, los luchadores se alegraron de verlo. Helene y sus peluqueras le mostraron a Jimmy su respeto a regañadientes. Los peluqueras se sintieron visiblemente aliviadas al ver que Fräulein Eissler no lo acompañaba. Pequeño Espejo juró que le habían creído, Helene y sus peluqueras creían que la tutora judía alemana de Jimmy era una campeona de lucha libre, dispuesta a arrancarles las tetas y los coños y, por algún extraño motivo, esconderlos...

Llegó y pasó el fin de semana de Pascua. Se había establecido una rutina. Claude y Jolanda, y Jimmy con las muletas, iban al Kaffeehaus Nachtmusik, o se reunían con los compañeros de lucha libre de Jimmy, ya fuera en el Augustinerkeller o en el Café Hawelka. Entonces, una noche, los compañeros de piso fingieron ceder al capricho de última hora de Jolanda; al fin y al cabo, era una chica

propensa a los caprichos. Parecían estar de camino para reunirse con el maestro del lanzamiento y los compañeros de equipo de Jimmy en el Café Hawelka cuando Jolanda propuso un cambio espontáneo de planes, acorde con su espíritu libre.

—Pasemos primero por el Augustinerkeller a tomar una cerveza —dijo Jolanda a sus compañeros de piso.

—El Augustinerkeller no está realmente de camino al Hawelka, no es exactamente una línea recta hasta la parte de la Dorotheergasse adonde vamos —señaló Claude.

—Por el amor de Dios, Claude, ¡solo una cerveza! —dijo Jolanda —. Necesito una cerveza antes de que el trol me mire de arriba abajo y antes de que los rusos me cuenten todo sobre sus estudios de procedimientos obstétricos y ginecológicos.

Jimmy y Claude no pudieron discutir eso, además el Augustinerkeller estaba más o menos de camino al Café Hawelka. Jolanda solo se había bebido la mitad de su cerveza cuando Claude, que se estaba atragantando, vio a los matones de la lavaplatos. Jolanda fue al baño de mujeres, donde se escondía la propia Hildegund.

—¿Cómo está la rodilla de Jimmy, zorra? —le había preguntado la adicta a la tinta a Jolanda—. Eso le pasa por practicar la lucha libre —añadió Hildegund.

Cuando Jolanda salió del baño de mujeres, Claude y Jimmy estaban listos para irse. Era hora de reunirse con los luchadores del Ejército Rojo y los israelíes en el Hawelka, pero estaban a cierta distancia de la Dorotheergasse. Jimmy, con sus muletas, tendría problemas para seguir el ritmo de Claude y de Jolanda. Los compañeros de piso sabían que la lavaplatos y sus matones los alcanzarían, pero no podían hacerlo hasta que llegaran a la relativa

oscuridad de la Dorotheergasse, donde un asalto llamaría menos la atención.

Los compañeros de piso no empezaron a correr hasta que oyeron a Hildegund y sus matones acercándose por detrás. Jimmy le lanzó una muleta a Claude mientras corrían. Jolanda y Jimmy dejaron que Claude se adelantara antes de dejar de correr. Jolanda y Jimmy se colocaron espalda con espalda mientras Hildegund y sus tres matones los rodeaban.

—Golpea primero a Hildegund. Los matones no se lo esperarán —le había indicado Annelies a Jimmy.

Él sujetó la muleta como si fuera un bate de béisbol, por el extremo de la punta; no era un Louisville Slugger, pero era de madera, y Jimmy golpeó a Hildegund con el extremo más pesado. Tal y como le había indicado Kleiner Spiegel, Jimmy le dio un golpe en la rodilla. Annelies había preparado a Jimmy para el matón que pensaba que sabía cuál de las rodillas de Jimmy estaba mal. El matón se abalanzó sobre él, intentando alcanzar la rodilla de Jimmy. Jimmy se estiró, como hacen los luchadores, se colocó detrás del tipo y le hizo una llave de brazo. Jimmy no necesitó la muleta para dislocarle el hombro a su agresor.

Los dos matones que atacaban a Jolanda la tenían inmovilizada en el pavimento; uno de ellos la sujetaba mientras el otro le abría la cremallera de los vaqueros y se los bajaba hasta los tobillos. Jimmy vio que la funda también estaba en los tobillos, pero Jolanda había practicado cómo alcanzarla. Con un rápido gesto agarró la bomba de bicicleta y golpeó la cara y las costillas del matón que intentaba montársele encima. Tenía las bragas cerca de las rodillas, pero el tipo que intentaba montarse encima de ella estaba recibiendo lo peor.

—¡Folláosla, idiotas! —gritaba Hildegund.

A Jimmy le sorprendió entenderla. A pesar de llevar una muleta, Claude corrió tan rápido hacia el Hawelka que ya había vuelto, adelantándose a todos los luchadores. Claude empezó a balancear la muleta de la forma loca que había ensayado. Golpeó al matón que sujetaba a Jolanda. Jolanda ya estaba golpeando con todas sus fuerzas al matón que había intentado montarse encima de ella.

Claude le rompió la nariz y dejó medio ciego al matón que había estado sujetando a Jolanda. El matón que había intentado montarse encima de Jolanda estaba ensangrentado y llorando. Hildegund, a quien le habían roto la rodilla, se esforzó por ponerse de pie. El matón con el hombro dislocado había logrado levantarse. El primero de los luchadores en llegar estaba demasiado cerca del suelo para que Jimmy pudiera verlo, pero reconoció el feroz agarre de manos entrelazadas del maestro del lanzamiento. Era un súplex de vientre a espalda, un lanzamiento que lo dejaría inconsciente al aterrizar de cabeza.

Hildegund ya se había puesto en pie. Ella y Jimmy sostenían su muleta entre los dos, sería un enfrentamiento de corta duración. Pequeño Espejo le agarró las caderas a Hildegund con las manos. Ella tenía que saber de quién eran esas manos.

—*Kleiner Jude!*—gritó. (Parecía apropiado que sus últimas palabras fueran «¡Pequeño judío!».) Jimmy soltó su extremo de la muleta.

—Adiós —le dijo a la lavaplatos tatuada. El *suplay-meister* tenía a Hildegund inmovilizada; Jimmy sabía que a ella la muleta no le serviría de nada. Fue el mejor lanzamiento que Jimmy había visto jamás. La lavaplatos no aterrizó sobre una colchoneta de lucha libre, la adicta a los tatuajes cayó de espaldas y con la cabeza sobre la Dorotheergasse.

Jimmy no sentía lástima por los dos agresores de Jolanda. Se merecían lo que Jolanda les estaba haciendo con su bomba de bicicleta, mientras Claude seguía golpeando al otro con la muleta. Lo que les hicieron los luchadores del Ejército Rojo parecía un poco innecesario. Serguéi abrazó con fuerza al matón que había intentado montarse encima de Jolanda y lo tumbó de espaldas en el pavimento. Cuando Jimmy vio cómo el matón se agarraba el pecho, como si tuviera miedo de respirar, le preguntó a Serguéi, que, al fin y al cabo, era estudiante de Medicina, si creía que el tipo tenía las costillas dañadas.

—Podrían ser las costillas, Jim, o podría ser una fractura de esternón —dijo Serguéi.

—*Ahora* aparecéis vosotros, los rusos... ¡Podríais haber venido *antes!*—les reprendió Jolanda. Por fin pudo subirse los vaqueros. En cuanto al pobre desgraciado al que Claude estaba golpeando, el matón que había estado sujetando a Jolanda, por algún curioso motivo seguía en pie cuando Zander se lanzó sobre él y le derribó con una llave de pierna, destrozándole la rodilla. Al menos los dos atacantes de Jolanda seguían conscientes, pensó Jimmy.

—Nosotros nos encargaremos de este desastre —dijo Serguéi, señalando las consecuencias de la paliza en la acera—. Podéis entrar, esperaremos a la policía. Tú también puedes entrar —le dijo Serguéi a Leo.

—Siento que hayamos tardado en llegar al lugar del crimen —le dijo Zander a Jolanda—. Estábamos ocupados llamando a la policía.

—Es importante saber a qué policía llamar —dijo Serguéi.

—¿Qué significa «a qué policía»? —preguntó Claude, mientras los compañeros de piso caminaban con Leo hacia el Café Hawelka.

—Deja que los soviéticos hagan lo que tienen que hacer, Claude —dijo Kleiner Spiegel.

Jimmy sabía que los dos grandes lanzamientos de Leo lo habían relajado. Pequeño Espejo parecía casi normal cuando los compañeros de piso llegaron al Hawelka. Claude quería saber cuál de los matones era el marido de Hildegund, pero Jolanda no tenía ni idea.

—¡Jesús, María y José, Claude, no nos presentaron formalmente! —le dijo ella.

Jimmy llevaba la muleta que había utilizado como arma, pero Claude había dejado la suya en el lugar del ataque.

—¡Jimmy no la necesita, y estaba manchada con la sangre de otra persona! —exclamó Claude.

—Mírame, Claude, *iyo* estoy manchada con la sangre de otra persona! ¡Me alegro de que no *me* hayas dejado atrás! —le dijo Jolanda.

En ese momento, el hombre del traje y la corbata entró en el Café Hawelka. Llevó la muleta ensangrentada de Claude a la mesa de los compañeros de piso.

—¿Eres tú el estadounidense? ¿Esta muleta es tuya? —preguntó educadamente en inglés, con acento ruso. El hombre del traje podría haber sido un policía de paisano, de no ser por su acento y el tipo de traje que vestía. Leo tenía razón, los rusos podían conseguir cualquier cosa en el mercado negro. Pero, como diría Jolanda, los trajes de hombre no eran lo que mejor se les daba a los soviéticos. Jimmy le dio las gracias al hombre por devolverle la muleta. Los compañeros de piso sabían que, de haberse tratado de un verdadero policía, el hombre del traje mal confeccionado les habría hecho algunas preguntas.

Claude sintió curiosidad y siguió afuera al improbable policía de paisano. Cuando regresó a la mesa de sus compañeros de piso en el Hawelka, estaba muy nervioso. No había cuerpos en la acera, la

lavaplatos y sus matones simplemente habían desaparecido. Claude caminó hasta el Graben. No había policías uniformados, solo hombres con corbata y trajes mal cortados; todos hablaban ruso.

—No han nacido de la Virgen María, Claude, *ison* rusos! —le dijo Jolanda—. ¿No lo entiendes? No hay policías, *solo* rusos.

Pequeño Espejo tarareaba para sí mismo. Jimmy nunca lo había visto tan feliz.

—Deja que los soviéticos hagan lo que hacen —canturreaba Leo como si se tratase de una canción.

—Pero ¿qué ha pasado con Hildegund y sus matones? —le preguntó Claude al pequeño maestro del lanzamiento.

—Por el amor de Dios, Claude, ¡déjalo correr! —le dijo Jolanda.

Cuando los antiguos luchadores del Ejército Rojo terminaron con sus asuntos, se unieron a los compañeros de habitación y a Kleiner Spiegel en su mesa. Después de haber limpiado el desastre, después del abrazo de oso de Serguéi, que le rompió el esternón, y después de la llave con una sola pierna de Zander, los soviéticos podrían haber celebrado un poco, pero lo único que pidieron fue su cerveza habitual.

—¿No os relajáis nunca, chicos? —les preguntó Jolanda.

—Son rusos, no pueden evitarlo. Simplemente hacen lo que hacen —le recordó el maestro de los lanzamientos a Jolanda. Jimmy se dio cuenta de que Serguéi y Zander querían cambiar de tema.

—Tú eres el verdadero héroe, Claude —declaró Serguéi—. No tienes ni idea de lo que estabas haciendo, pero cuando Jolanda estaba en apuros, simplemente empezaste a golpear.

—Así eres tú, Claude: un héroe que no tiene ni idea de lo que hace —dijo Zander.

—No hace falta mucho entrenamiento, solo pelotas, Claude —le dijo Serguéi.

—¡Eres todo pelotas, Claude, un verdadero héroe! —exclamó Zander.

—¡Todo pelotas! —gritó Pequeño Espejo, brindando por Claude con su cerveza.

—Eres mi héroe, Claude, siempre lo serás —le dijo Jolanda—. Haría cualquier cosa por ti, sabes que lo haría, ¿verdad?

Era difícil saber si Claude estaba abrumado por la alta estima que todos tenían de su heroísmo o si la oferta de Jolanda de hacer cualquier cosa por él le preocupaba.

—Por el amor de Dios, Claude, no me refiero a eso —dijo Jolanda para tranquilizarlo.

Hubo abrazos por todas partes cuando los compañeros de cuarto y los luchadores dijeron *auf wiederschauen,* aunque Claude y Jolanda estaban nerviosos por abrazar a Leo. Todo el mundo debería estar nervioso al abrazar a los chicos de lucha grecorromana, y Pequeño Espejo era muy dado a los abrazos. No podía abrazarte sin levantarte... un poco.

—Por favor, no cruces los brazos, ¿vale? —le pidió Jolanda a Kleiner Spiegel antes de que él la abrazara.

Por supuesto, las manos del maestro del lanzamiento estaban entrelazadas cuando la levantó... solo un poco. Los luchadores grecorromanos no pueden evitarlo: levantarte con las manos entrelazadas es lo que hacen.

De camino a casa, Claude le señaló a Jolanda que la cabeza de Leo les llegaba a las tetas, y no a la cintura, como Jolanda había dicho en una ocasión.

—Por favor, no me lo recuerdes, Claude. Puedo sentir exactamente dónde estaba la cabeza del trol —le dijo Jolanda.

—Tú eres el maestro de las muletas, Claude, ¡tú eres el verdadero héroe! —le dijo Jimmy al valiente francés.

—Tú eres mi héroe, Claude, para siempre —le dijo Jolanda, abrazándolo.

Jimmy no pudo evitar fijarse en que la cabeza de Claude no llegaba mucho más arriba que los pechos de Jolanda, y que Jolanda tenía las manos entrelazadas cuando lo levantó.

Jimmy caminaba sin problemas sin sus muletas, que había entregado a uno de los camareros del Café Hawelka. La punta de goma del extremo de la muleta de Claude se había perdido. Sin la punta de goma, la muleta era un peligro. Pero el hijo del camarero participaba en una obra de teatro en su colegio. El director les había pedido a los padres de los actores que donaran muletas como atrezo para la obra. Jimmy estuvo encantado de darle al camarero sus muletas ensangrentadas. Los compañeros de piso pasaron por delante de la Staatsoper antes de darse cuenta de lo temprano que estaban acabando la noche.

—Cuando participas en una pelea —dijo Claude mirando su reloj —, parece una eternidad, ¡pero toda esa violencia en realidad no duró nada!

—Algunas violencias pueden durar una eternidad, Claude; algunas violencias son jodidamente eternas —comentó Jolanda.

Habían pensado que tendrían que darse prisa para recoger a *Hard Rain* antes de la hora de cierre del Kaffeehaus Nachtmusik, pero la noche era joven. Disponían de mucho tiempo. Jolanda dijo que quería darse un baño. Como les contó a Jimmy y Claude, había estado tumbada en el sucio pavimento en bragas y su agresor había sangrado sobre ella. Era un buen momento para darse un baño, conjeturó Claude, con su aire de empollón.

—Irmgard estará fuera, es demasiado pronto para que se haya dado un baño después del trabajo. Frau Holzinger y Siegfried se habrán ido a la cama —comentó.

Cuando regresaron al apartamento de la Schwindgasse, Frau Holzinger estaba despierta y preocupada. Ya había pasado su hora de acostarse, pero estaba emocionada, lo que provocaba que fuese más difícil de lo habitual entenderla. Incluso en espacios reducidos, en el pasillo junto a las habitaciones de los compañeros de piso, la Frau resultaba casi incomprensible.

—¡Tu *madre* ha estado aquí! —exclamó la viuda Holzinger, agarrando las manos de Jimmy—. ¡Es tan guapa, tan hermosa!

—¿Mi *madre?*—preguntó Jimmy. La puerta del baño estaba abierta y no había nadie en la bañera.

—No se quedó, pero volverá —dijo Frau Holzinger—. Le pedí que se quedara, le dije que podía esperarte aquí, pero no nos entendimos. Le dije que quizás estuvieras en la cafetería de la esquina, pero no sé si me entendió.

—¿Estás segura de que era la *madre* de Jimmy? —le preguntó Jolanda a la señora—. Oíste la palabra *Mutter,* ¿verdad?

—*Ja, Yimmys Mutter!* —declaró la señora.

—¡Espera, espera, *espera!*—gritó Claude, dando saltitos—. Tu *madre* no quiere que la dejes embarazada, ¿verdad?

—¡Por Dios, Claude! —dijo Jolanda—. Voy a darme un baño. Vosotros dos podéis resolver este asunto —les dijo a Jimmy y Claude.

La señora Holzinger había estado balbuceando incoherencias todo el tiempo.

—Tan guapa, tan bonita —oyó Jimmy que repetía—, *und mütterlich*—añadió la señora («y maternal»)—. Por supuesto que tu madre puede quedarse aquí —le dijo la Frau a Jimmy—. ¡No hay nada como el *Mutterliebe!*—declaró la viuda Holzinger, justo en el momento en que Jolanda reapareció en albornoz, con una toalla en la mano y maldiciendo para sus adentros.

—¿No hay nada como *qué?*—les preguntó Jolanda a Claude y Jimmy.

—No hay nada como el *amor maternal*—tradujo Claude.

—No me hagas vomitar, Claude. Voy a darme un baño antes de vomitar —dijo Jolanda, pero todavía estaba en el pasillo, no en el baño, cuando Frau Holzinger volvió a hablar, esta vez más despacio y de forma más comprensible. ¿Cómo iban a saber hasta qué punto Frau Holzinger podía entusiasmarse con el sagrado tema de la maternidad?

—*Mütterlichkeit!* —exclamó Frau, extasiada—. ¡Tu madre es tan guapa y tan *joven!*—exclamó. Al oír la palabra «joven», los compañeras de piso se dieron cuenta del malentendido de Frau Holzinger. Había visto una foto de Chantal y todavía creía que Chantal era la madre de Jimmy. Si reconoció la palabra «madre», seguramente fue porque Chantal le habría dicho que era *amiga* de la madre de Jimmy.

—No eres solo tú, Claude, todos somos idiotas —dijo Jolanda—. Se trata de *Chantal,* ¿verdad? —le preguntó a Jimmy.

22

En el futuro

Fue Chantal, por supuesto, quien dijo que era amiga de la madre de Jimmy. *Yimmys Mutter* fue como lo dijo la Frau. La J en alemán se pronuncia como una Y.

En alemán, Claude no podía distinguir entre las dos palabras que significan «accidente»: *Unfall* y *Zufall*. Un *Zufall* puede ser bueno o feliz, simplemente ocurre por casualidad, de forma inesperada.

—Vaya, *vaya,* ¿esto es un *Unfall* o un *Zufall?*—preguntó Claude.

—No importa cómo lo llames, Claude. Es Chantal. Ahora *eres tú* el que debería darse un baño —le dijo Jolanda.

—¿Lo ves, Yimmy? —preguntó la Frau, señalando hacia su dormitorio. La gran mochila de Chantal estaba en el suelo, a los pies de su cama—. Tu madre dejó sus cosas, va a volver —dijo la Frau—. Te está buscando en la cafetería de la esquina, si es que me ha entendido.

—Más tarde nos turnaremos en la bañera, Claude. Ahora iremos al Nachtmusik —dijo Jolanda. Volvió a su dormitorio pisando fuerte y se quitó la bata antes de llegar. Claude entró en el dormitorio de Jimmy, donde hizo el esfuerzo de levantar la mochila de Chantal.

—¡Tal vez haya metido a tu madre *en* la mochila! —le dijo Claude a Jimmy, cuando Frau Holzinger los llamó desde el otro extremo del pasillo.

—*Gute Nacht!*—les dijo la señora a Jimmy y a Claude. Vieron que estaba apagando las luces del salón. La Frau dejó una luz encendida, pensando tal vez en la mujer que creía que era la madre de Jimmy. No estaba claro si Irmgard había salido o no; tal vez todavía se estaba vistiendo para salir.

Ese fue un momento de claridad para James Winslow. Cuando él y sus compañeros de piso caminaban juntos hacia el Kaffeehaus Nachtmusik, les aseguró a Claude y a Jolanda que su madre y Chantal no estaban locas. Es cierto que la madre de Jimmy había llegado a ciertos extremos en que lo parecía; cosas que no habrían hecho la mayoría de las mujeres que quisieran tener un hijo. Sin embargo, de repente Jimmy entendió por qué su madre había llegado a ese grado de obsesión para mantenerlo alejado de la guerra. Y Chantal quería y admiraba a la madre de Jimmy. Chantal haría lo que Honor Winslow quisiera, aunque solo hasta cierto punto.

—Chantal está aquí *por ti,* Claude. Lo entiendes, ¿verdad? —preguntó Jolanda.

—¡Solo espero *gustarle!*—exclamó Claude, cerrando los ojos y rezando mientras caminaba. Había unos antiguos postes de piedra para atar caballos a lo largo de la acera de la Schwindgasse, aunque ya nadie ataba caballos en la acera. Es posible que resultase muy caro quitar de allí esos pilares de piedra que llegaban a la altura del muslo. Jolanda le advirtió bruscamente a Claude de que abriera los ojos.

—¡Mira por dónde vas, Claude! ¡No es la noche más adecuada para castrarte con un maldito poste para atar caballos! —le advirtió Jolanda.

La experiencia que habían vivido esa noche le ofreció a Jimmy una nueva perspectiva sobre los extremos. Lo que Hildegund y sus matones intentaron hacerles fue extremo. La forma en que los

luchadores del Ejército Rojo tomaron represalias fue extrema. La madre de Jimmy y Chantal eran diferentes, pero no eran peligrosas. En cuanto a dejar embarazada a una mujer, Jimmy se había encaprichado de Mieke por su foto. Ahora que Hildegund y sus matones se habían ido, ahora que Jolanda estaba a salvo, Jimmy confiaba en que Mieke acudiese a Viena. Era la primera noche en la vida de James Winslow en la que se sentía como un adulto, al entrar en el Kaffeehaus Nachtmusik y ver a Chantal sentada con Dagmar y Fräulein Eissler. Alguien ajeno habría podido pensar que ese trío de atractivas mujeres eran amigas íntimas. La gran cabeza de *Hard Rain* parecía incluso más grande de lo habitual al colocarla sobre el menudo regazo de Chantal. La melodía de «La cabalgata de las valquirias» de *Die Walküre,* de Wagner, anunció la llegada de los compañeros de piso. (No pienses ni por un momento que Dagmar, Chantal o Annelies se parecían a las doncellas de Odín que guían al Valhalla.)

—¡Chantal es igual que en la foto! —susurró Claude.

—Mantén tu pene dentro de los pantalones, Claude —le dijo Jolanda.

—¿Por qué está Fräulein Eissler con ellas? —le preguntó Claude a Jimmy y a Jolanda. Jimmy entendió que Annelies había sabido en todo momento cuándo llegaría Chantal.

—Annelies no solo sabe lo que está pasando, Claude, creo que ella es la encargada de organizarlo casi todo —dijo Jolanda.

Jimmy estaba seguro de que Annelies sabía lo que había pasado en la Dorotheergasse, cerca del Café Hawelka. *Hard Rain* se alegró de ver a sus compañeros de piso. Chantal y Jimmy también se alegraron de verse. Pero Fräulein Eissler centró su atención en Jolanda. Annelies se sintió aliviada al ver que Jolanda parecía estar bien, aunque reparó en la sangre que tenía en el pelo.

—Querida, ¿esa sangre es de ellos o es tuya? —preguntó Annelies.

—No es mía —respondió Jolanda. Annelies la abrazó.

Claude, como no podía ser de otro modo, le preguntó a Annelies si tenía alguna idea de lo que finalmente había sucedido con Hildegund y sus matones.

—*Keine Ahnung*—dijo Fräulein Eissler sin pararse a pensar. («Ni la más remota idea»)—. Cada primavera se produce el deshielo en el Danubio, por lo que hay mucha agua en el río en esta época del año —añadió.

Nadie derramó lágrimas de cocodrilo por la lavaplatos tatuada y sus matones, que ya iban río abajo por el Danubio, el segundo río más largo de Europa. Se dirigían a Bratislava, a cincuenta kilómetros de distancia, siguiendo el curso del río.

Dagmar ya había pasado página. Había vuelto a hacer sonar *A Hard Rain's A-Gonna Fall* en la lista de reproducción de la cafetería. Todo el mundo sabía que Bob Dylan no tenía la culpa del mal comportamiento de la difunta lavaplatos.

—*Hard Rain* es un nombre estupendo para un perra, para esta perra en concreto —dijo Chantal, mientras sostenía la cabeza de *Hard Rain* en su regazo. Pero Chantal estaba mirando a Jimmy, que le sostenía la mirada—. Tu madre te echa de menos, Jimmy, pero supongo que tendrás que conformarte conmigo —dijo Chantal. Ahora miraba a Claude.

—¡Espera, espera, *espera!*—empezó a decir Claude, pero Jolanda lo detuvo.

—Por el amor de Dios, Claude, ¡habla *francés!*—dijo Jolanda.

Jimmy y Jolanda nunca habían oído a Claude hablar francés. Los compañeros de piso no entendieron lo que Claude decía, pero Claude parecía seguro y sereno. En francés, Claude era apasionado, aunque temperado; parecía otra persona. Los clientes del

Nachtmusik, entre ellos Dagmar, estaban atónitos. Habían apreciado el acento del chico francés al hablar en inglés y en alemán, pero nunca le habían oído hablar francés. *Hard Rain* aguzó el oído. Era un Claude diferente, incluso para una perra.

Como no podía ser de otro modo, Claude se excedió. No hizo pausa alguna para permitir que hablase Chantal. Claude podría haber seguido hablando hasta la hora de cierre si Jolanda no lo hubiera interrumpido con toda la intención; le dio una patada por debajo de la mesa.

—Nos turnamos para dormir con *Hard Rain.* También nos turnamos para dormir entre nosotros, pero no de la forma que podrías pensar —le dijo Jolanda a Chantal.

Chantal le sonrió a Jolanda y a sus compañeros de piso.

—Supongo que también tendrás que conformarte conmigo, pero no de la forma que piensas —dijo Chantal.

Le dijo algo en francés a Claude; fuera lo que fuese, le hizo gemir. Luego, Chantal centró su atención en Fräulein Eissler.

—Hemos estado hablando de la perra de Siegfried, de salvar a Siegfried —dijo Chantal—. Nos gusta tu idea de las madres a tiempo parcial, Jolanda —le dijo Chantal—. Ahora que hay un plan claro para salvar a Jimmy de la guerra de Vietnam, pasaremos a salvar a Siegfried.

Jimmy era consciente de que seguir adelante era lo que mejor se le daba a Annelies. Sin saberlo, Jimmy, que pretendía librarse de que lo llamaran a filas, confiaba en que Jolanda y Mieke lo salvarían de la guerra de Vietnam. Tuvo claro que Siegfried era el siguiente proyecto de salvación de Fräulein Eissler. Lo que Claude tenía en mente era salvar a *Hard Rain,* pero había puesto en marcha algo más: una historia. Claude había hecho que Siegfried deseara tener

una perra pastor alemán. Fue toda una lección de escritura que James Winslow no iba a olvidar.

—Tú eres el escritor, Jimmy, o quieres serlo —dijo Fräulein Eissler —. Cuéntanos cómo *Hard Rain* y Siegfried se van a salvar mutuamente. Tú eres el narrador. Cuéntanos cómo vamos a unirlos.

En aquel momento, como escritor novato que era, Jimmy solo sabía que le pedían que terminara una historia que Claude había empezado, o que Annelies había empezado, al instar a los compañeros de piso a que salvaran a Siegfried. En cualquier caso, Jimmy sabía que su historia empezaría al terminar la de ellos. Para Jimmy, la lección de escritura implicaba comenzar una historia con un final, es decir, tenía que averiguar cómo *Hard Rain* podía convertirse en el perro de Siegfried.

Walter, el lavaplatos con una sola oreja, lo salvó. Al presentarse de repente en su mesa, el antiguo niño soldado y prisionero de guerra le dio a Jimmy un poco más de tiempo para contar la historia. Todos vieron que Walter estaba preocupado por algo. El nuevo lavaplatos de Dagmar no se andaba con rodeos. Se avecinaba una tormenta. Walter había visto o escuchado el pronóstico meteorológico. Se esperaba una tormenta eléctrica durante las primeras horas de la mañana. Walter reiteró sus preocupaciones, no quería que *Hard Rain* quedara «en evidencia». En caso de truenos y relámpagos, Walter quería que ella tuviera «un lugar adonde acudir».

—Dejaré la puerta del baño abierta para ella, aunque me esté bañando —le dijo Claude al bondadoso lavaplatos.

—Dejaré que *Hard Rain* haga sus necesidades en la bañera cuando yo esté en ella —dijo Jolanda.

—¡Dejaré que *Hard Rain* entre en el baño, aunque Irmgard esté en la bañera! —exclamó Claude. Su nuevo heroísmo no tenía límites.

Fräulein Eissler había estado traduciéndole las palabras del lavaplatos tuerto a Chantal, incluidas las repetidas muestras de empatía de Walter hacia *Hard Rain.* («Ojalá la pobre chica pudiera decirnos lo que piensa.»). Desde el refugio seguro que suponía el regazo de Chantal, *Hard Rain* miraba con cariño a sus protectores.

—Esta perra no puede cagarse en la bañera, *esta* perra no —dijo Chantal—. Solo he oído hablar de un perro que se cagaba en la bañera durante las tormentas —prosiguió—. Supuse que era algo propio de New Hampshire —dijo.

—¡Por supuesto que lo era! —exclamó Claude, pero Jolanda parecía tan desconcertada como Jimmy.

Nunca habían oído hablar de un perro que hiciera sus necesidades en la bañera. Si había otro perro que lo hacía, *Hard Rain* también podía hacerlo. Se avecinaban truenos y relámpagos. Eso podía complicar el plan de reunir a *Hard Rain* con Siegfried, pero Jimmy le estaba agradecido a Walter por advertirles y por darle más tiempo para contar la historia.

Para cualquiera que escuche música, es desconcertante pasar de Wagner a los Beatles. En el Nachtmusik, la lista de reproducción pasó de «La cabalgata de las valquirias» a *I Saw Her Standing There,* lo cual era bastante inarmónico. La disonancia prosiguió con *El Danubio azul*. Pasar de los Beatles a Johann Strauss II era demasiado, y esa noche no estaba pensada para que los compañeros de piso y sus amigos se dejasen llevar por el Danubio, habida cuenta de que la lavaplatos tatuada y sus matones iban río abajo; ya no bailaban el vals. Ninguna doncella de Odín los guiaba al Valhalla. Hildegund y sus matones se dirigían hacia el Mar Negro, no estaban teniendo una noche al estilo *El Danubio azul.* Esa noche, en el Kaffeehaus Nachtmusik, la tormenta que se avecinaba ayudó a

Jimmy a concentrarse. Fue la noche en que contar historias se convirtió en el asunto de James Winslow.

La señora Holzinger había entendido mal a Chantal. No sería difícil explicarle que Chantal era amiga de la madre de Jimmy. Pero Jimmy decidió hacerle creer que a su madre se le había ocurrido regalarle una perra a Siegfried, justo la perra que él quería. Según esa historia, Jimmy le había contado a su madre que vivía con un niño de cinco años. La madre de Jimmy le había preguntado si había algo que Siegfried quisiera. Naturalmente, Chantal no se había traído consigo una perra pastor alemán de Estados Unidos. En ese punto era donde Fräulein Eissler entraba en la historia. Ella había conseguido la pastor alemán hembra: esterilizada, bañada regularmente y con todas sus vacunas al día. Además, la familia Holzinger podía compartir a *Hard Rain* con la cafetería de la esquina de Argentinierstraße. La viuda que la regentaba era una amante de los perros y el lavaplatos de una sola oreja le había construido a *Hard Rain* su propia caseta. Por lo demás, la perra era bienvenida si le apetecía dormir con los estudiantes, hasta que la Frau, Irmgard y Siegfried preparasen las cosas para que la perra pudiese dormir sola. ¿Cómo podían los Holzinger rechazar semejante regalo de la madre de Jimmy? Con toda probabilidad, la señora e Irmgard aceptarían un regalo para Siegfried. Y si Fräulein Eissler, por lo demás, había tenido algo que ver, ¿no sería demasiado obvio que los Holzinger rechazaran a la perra? Al fin y al cabo, Jimmy había aprendido algunas cosas en Viena. A algunos antisemitas no les gustaba que su antisemitismo resultase demasiado obvio.

A Jolanda le gustó la historia de Jimmy. Claude tomó notas. Dagmar se sintió desconsolada: lamentaba que el perro con pelotas de su madre siguiera vivo, pero prometió que compartiría a *Hard Rain* todo el tiempo que los Holzinger quisieran.

—¿Cuál es el título de esa novela, Jimmy? —le preguntó Annelies.

—*¡El primer perro de un niño!*—exclamó Claude, rompiendo a llorar.

Jolanda le dio una patada debajo de la mesa.

—*Eine Hündin für Siegfried*—sugirió Jolanda. Pero Fräulein Eissler pensó que *Una perra para Siegfried* sonaba un tanto extraño en inglés.

—Todavía no tengo claro el título —les dijo Jimmy.

Pero por ahora tenía un plan e iba a ceñirse a él. *Hard Rain* no tuvo ninguna reacción perceptible al escuchar la historia de Jimmy, pero ¿y si no quería convertirse en la perra de Siegfried? Jimmy estaba preocupado. Esperaba que *Hard Rain* fuera una perra a la que le gustaran los niños. No a todos los perros les gustan. A Jimmy se le ocurrió que no podía escribir el futuro, pero tenía una trama con un final definido. Era un comienzo.

Sonaron dos canciones seguidas de Bob en la lista de reproducción justo cuando los compañeros de piso salían de la cafetería con Chantal y Annelies, despidiéndose con besos. Sonaba *Don't Think Twice, It's All Right.*

—Pórtate bien —le dijo Dagmar a *Hard Rain.*

Jimmy consideró un buen presagio que la siguiente canción de Dylan en la lista de reproducción fuera *A Hard Rain's A-Gonna Fall,* pero Claude experimentó un par de convulsiones cuando la escuchó. Claude nunca había conocido un presagio que no fuera maligno. Los presentimientos de fatalidad le provocaban contracciones musculares violentas e involuntarias, que a Jimmy y Jolanda les resultaba difícil ignorar.

Bob Dylan cantaba algo sobre un bebé recién nacido rodeado de lobos, lo que como es lógico no podía tranquilizar a Claude.

—Contrólate, Claude —dijo Jolanda.

Bob Dylan seguía cantando. Era algo sobre niños pequeños manejando armas. Las convulsiones de Claude habían remitido, pero seguía gimoteando en silencio. Fuera de la cafetería, el cielo nocturno estaba nublado, el aire era húmedo y no soplaba viento. Los compañeros de piso sabían lo opresivo e inmóvil que era siempre el aire antes de una tormenta.

Claude escudriñaba el cielo encapotado en busca de relámpagos cuando chocó contra uno de los postes de piedra para atar caballos. Todos se detuvieron para esperarlo mientras se ponía de pie y recuperaba el ritmo normal de su respiración.

—*Eres tú* el que va a cagarse en la bañera, Claude —le dijo Jolanda. Chantal, que había tomado a Claude de la mano, le dio un apretón tranquilizador.

—Te diré un título: llámala *Un regalo de Yimmy*—dijo Annelies—. Siegfried te recordará, Jimmy. Siegfried no ha conocido a tu madre. —Besó a todos para darles las buenas noches antes de irse por su lado.

Hard Rain, bendita fuera, hizo sus necesidades; todos tuvieron que esperar a que terminara. Entonces Jimmy y Chantal esperaron en la acera con la perra, mientras Claude y Jolanda se aseguraban de que no hubiera moros en la costa en el apartamento de los Holzinger. Era la hora de la noche en que Irmgard trabajaba en el hotel de la Krugerstraße y la Frau y Siegfried dormían. Cabía esperar que esos dos durmieran toda la noche.

—¿Qué le dijiste a Claude en francés? —le preguntó Jimmy a Chantal.

—Le dije que me oiría hablar francés cuando estuviéramos solos. «Siempre hablaré francés cuando estemos solos», le dije —respondió Chantal.

Claude fue el primero en bañarse e insistió en que *Hard Rain* estuviera allí, en el cuarto de baño, mientras él estaba en la bañera.

—Ha sido trágico —dijo Claude después del baño. No creía que *Hard Rain* supiera nada sobre bañeras. Durante todo el tiempo que Claude estuvo bañándose, *Hard Rain* se mantuvo alejada de la bañera—. Yo diría que la pobre chica desconfía de los baños, ¡o de la gente metida en la bañera! —exclamó Claude.

Jolanda se bañó a continuación.

—A *Hard Rain* parecen aburrirle las bañeras —dijo. La perra se quedó dormida en la alfombrilla del baño mientras Jolanda se bañaba y siguió durmiendo mientras Jolanda se secaba y se envolvía en una toalla—. No estoy acostumbrada a que me ignoren cuando estoy desnuda —dijo Jolanda.

Claude había enviado su enciclopedia en un baúl desde Francia. No al completo, claro, pues no habría cabido en el baúl. Claude se aventuró a suponer qué letras del alfabeto dejar fuera. Siempre se quejaba de que había dejado los volúmenes de la enciclopedia equivocados en casa, pero en esta ocasión no. La enciclopedia de todo lo que empezaba por la letra D estaba en el baúl. Después de que Claude y Jolanda se bañaran, le tocó el turno a Chantal en el baño con *Hard Rain.* Claude tradujo su enciclopedia francesa para Jolanda y Jimmy. Claude transmitió su obsesión por el curso del Danubio a sus cansados compañeros de habitación. Budapest estaba a unos trescientos kilómetros río abajo desde Viena, explicó Claude. Belgrado estaba a unos quinientos kilómetros río abajo desde Budapest, continuó.

—Deberías haberle leído esto a *Hard Rain* en el baño —le dijo Jolanda a Claude—. Le habrías hecho pasar un rato tan aburrido en el baño que a la pobre chica se le habrían quitado las ganas de cagar en la bañera para siempre. ¡Se habría cagado en cualquier

sitio menos en la bañera! —exclamó Jolanda. Cuando Jimmy se bañó, *Hard Rain* se negó a entrar en el baño.

Chantal y Jolanda se habían estado secando el pelo con una toalla en la habitación de Jimmy, pero ya estaban listas para irse a la cama. Jolanda se había puesto el pijama y había abierto la ventana junto al escritorio de Jimmy, donde dijo que estaba escuchando los truenos, pero Jimmy sabía que la ventana abierta era para que saliera el humo de su cigarrillo.

—No me imagino oír a Claude acostarse con alguien sin fumarme un último cigarrillo —le susurró a Jimmy.

—Si Siegfried fuera mi hijo de cinco años y alguien le regalara una perra pastor alemán sin decírmelo primero, creo que me enfadaría bastante —les dijo Chantal a sus compañeros de piso.

Jimmy le dijo a Chantal que, con toda probabilidad, vería primero a Irmgard.

—Irmgard se da un baño nada más llegar a casa del trabajo —le explicó Jimmy.

Le había dicho que su dormitorio estaba al otro lado del pasillo, frente al cuarto de baño.

—Espero que Irmgard no esté en la bañera cuando empiece la tormenta —dijo Jolanda.

Todos habían pensado en lo mismo. Acordaron que *Hard Rain* empezaría a dormir con Claude y Chantal, y Jolanda dormiría con Jimmy en su dormitorio. De esta manera, Jimmy y Jolanda podrían contarle a Irmgard lo del regalo de la madre de Jimmy. Más tarde, Irmgard podría conocer a *Hard Rain* y también a Chantal, no necesariamente en ese orden.

¿Sería una noche en la que reírse o en la que tomar conciencia? Jimmy apagó la luz del pasillo. Irmgard la encendería cuando llegara a casa. Las luces del dormitorio de Jimmy estaban apagadas, pero

había más luz de lo habitual en su habitación. Jolanda había dejado la ventana abierta y no había cerrado las cortinas. Quería asegurarse de que pudieran oír los truenos y ver los relámpagos. Si Jolanda se dormía, como daba muchas vueltas en la cama Jimmy se mantendría despierto. Jimmy creyó oír a Jolanda golpeando con las uñas el marco de madera de la cama, como si estuviera esperando con impaciencia la tormenta.

—Oyes la lluvia, ¿verdad? —le preguntó Jolanda a Jimmy. Escucharon el traqueteo de la lluvia en la ventana del balcón; sonaba un poco como uñas golpeando madera, pensó James Winslow. Empezaron a hablar de todo y de nada, sin ningún orden en particular.

—A veces me gustaría tener una relación sentimental con Fräulein Eissler —admitió Jimmy.

—Te entiendo, pero ahora le soy fiel a Mieke —dijo Jolanda.

La lluvia caía con fuerza; no había duda de que esas eran las uñas que Jimmy había creído oír. Como Jimmy y Jolanda estaban hablando, no oyeron llegar a Irmgard. Los relámpagos se aproximaban cada vez más. Cuando Irmgard encendió la luz del pasillo, Jimmy vio su inconfundible silueta en el óvalo de vidrio esmerilado de la puerta de su dormitorio. Jolanda y él vieron a Irmgard desvestirse y envolverse en una toalla.

—Os puedo oír a los dos, Jimmy —dijo Irmgard—. ¿Tiene ella la edad suficiente? —preguntó Irmgard.

—¡Tiene la edad suficiente! ¡Estoy con Jolanda! —gritó Jimmy.

—Quiero verla —dijo Irmgard, al tiempo que abría la puerta de su dormitorio.

Como la mayoría de las personas altas, Jolanda tenía un modo de parecer incluso más alta cuando lo deseaba. Con su toalla de baño del tamaño de una tienda de campaña, Irmgard llenaba la puerta del

dormitorio de Jimmy—. Sí, Jolanda es mayor de edad, pero Claude debe de estar durmiendo con alguien, también he oído sus voces —dijo Irmgard.

—Claude está durmiendo con una amiga de mi madre. Se llama Chantal y es mayor que Claude. Chantal tiene un *Geschenk* para Siegfried, un regalo de mi madre —le dijo Jimmy a Irmgard. No sabía cuánta más información podría haber soltado en tres profundas respiraciones, y Chantal ya estaba en el pasillo.

—Soy Chantal —dijo, tendiéndole la mano a Irmgard. Por cómo fue todo, Jimmy habría pensado que Irmgard no tenía mucha experiencia en dar la mano—. Es un regalo muy *activo* para transportarlo desde Estados Unidos. Necesité la ayuda de Fräulein Eissler para organizarlo todo aquí —le dijo Chantal a Irmgard.

—Annelies es buena organizando cosas —se atrevió a decir Jolanda.

—Fräulein Eissler es una *organizadora,* sí —fue todo lo que dijo Irmgard.

Claude debía de estar conteniendo a *Hard Rain.* Se oyó un trueno, pero ya no había más estruendos lejanos, pensó Jimmy. Se levantó de la cama, no quería estar en ella cuando Claude soltara a *Hard Rain.* Jolanda también se había levantado. Ella y Jimmy pensaban que *Hard Rain* no saltaría sobre una cama vacía, pero ¿quién podía saber lo que haría *Hard Rain?*

—No me entusiasma bañarme durante una tormenta —dijo Irmgard, saliendo al pasillo—. Si os parece bien, intentaré meterme y salir de la bañera antes de que llegue la tormenta —les dijo a Jimmy y Jolanda.

Claude aprovechó el siguiente trueno como si se tratase de una señal.

—¡Espera, *espera!*—gritó Claude desde su habitación—. Nadie ha muerto por un rayo en la bañera, no si hay un perro vigilando —dijo Claude.

—No si la perra de *Siegfried* está mirando; *esta* perra te cuidará —le dijo Chantal a Irmgard.

—Lo siento, pero le dije a mi madre que Siegfried quería un pastor alemán hembra. Debería haber sabido la reacción que algo así podría provocar en mi madre —le dijo Jimmy a Irmgard.

—¿Tu madre le ha comprado un *perro* a Siegfried? —preguntó Irmgard. Se había detenido en la puerta del baño.

—Si no quieres que Siegfried tenga una perra, siempre puedes devolvérsela —dijo Jolanda, encogiéndose de hombros.

—¡Se llama *Hard Rain!*—gritó Claude. Esto causó cierto alboroto en la habitación de Claude, porque *Hard Rain* había oído su nombre.

—Por el amor de Dios, Claude, ¡déjala salir! —gritó Jolanda—. Su nombre, *Hard Rain,* se debe a la canción de Bob Dylan —le explicó Jolanda a Irmgard.

—*Hard Rain* —dijo Irmgard, interrumpiendo a Jolanda. Irmgard empezó a cantarla, la parte de *«where-have-you-been»* y lo de *«blue-eyed-son».*

Irmgard estaba acuclillada en la puerta abierta del baño. No es fácil acuclillarse envuelta en una toalla de baño, pero Irmgard se las arregló para hacerlo. Debía de saber que los perros prefieren conocerte cuando estás a su nivel.

Había una persona nueva en el pasillo y *Hard Rain* estaba impaciente por olfatearla. La ropa de la persona nueva estaba amontonada en el suelo. Cuando *Hard Rain* olisqueó la ropa, estornudó y se golpeó su gran nariz contra el suelo. La cara de la persona nueva estaba lo bastante cerca como para lamerla, así que *Hard Rain* la lamió.

—Oh, ¿dónde has estado, mi querida pequeña? —canturreó Irmgard. Cuando Irmgard llevó a *Hard Rain* al cuarto de baño, incluso después de cerrar la puerta, Chantal y sus compañeros de piso aún podían oírla cantar.

La *Gewitter* era fuerte, pero ahora nadie estaba preocupado. *A Hard Rain's A-Gonna Fall* tiene cinco estrofas y el estribillo se repite cinco veces. Es una canción larga para cantar cuando estás en la bañera, pero Irmgard siguió cantándola. Chantal, Claude, Jolanda y Jimmy se acurrucaron juntos en la cama de Jimmy, escuchándola cantar. Los compañeros de piso sabían que Irmgard se habría puesto a cantar otra canción si *Hard Rain* estuviera cagándose en la bañera. Si puedes cantarle a un perro, conseguirás un amigo.

Era la primavera de 1964, el año de Jimmy en el extranjero durante su tercer curso universitario. A los compañeros de piso no les quedaban muchas noches más juntos en Viena. Más tarde, cuando pasaron por el salón de los Holzinger, vieron quién estaba viendo películas con Irmgard, en el mismo sofá. En la semioscuridad, bajo la luz parpadeante de la pantalla del televisor, en el constante *staccato* del alemán doblado, los compañeros de piso supieron que no era Irmgard quien golpeaba con la cola el sofá.

Esa primera noche, después del baño, Irmgard no se quedó con ellos. Les dio las gracias a Chantal y a los compañeros de piso casi con timidez. Por la mañana, cuando Jolanda y Jimmy se despertaron, Siegfried los miraba fijamente. Le habían dicho que había un *Geschenk* para él, ¡de parte de *Yimmys Mutter!* Era una mañana de fin de semana, Siegfried todavía estaba en pijama. Jimmy hizo que el niño se metiera en la cama con Jolanda. Luego Jimmy fue a despertar a Claude y Chantal, y a llevarle el regalo a Siegfried. Jimmy sabía que *Hard Rain* estaría encantado de meterse en la cama con una persona pequeña y otra alta.

—Ha ido bien —le dijo Jolanda a Jimmy más tarde—, pero Siegfried se ha meado en el pijama.

Hard Rain estaba tan emocionado con Siegfried como él con ella. *Hard Rain* también se había meado en la cama de Jimmy, pero solo un poco.

Cuando no estaban follando, Claude y Chantal hablaban en francés toda la noche. Jolanda fumaba sin parar en la ventana del balcón de Jimmy.

Cuando Jolanda no fumaba, dormía con Jimmy y *Hard Rain* en la habitación de Jimmy. Cuando Jolanda fumaba, pensaba en cuándo llegaría Mieke a Viena. Pensar en Mieke le dificultaba a Jimmy estudiar para su examen de filosofía en el Instituto de Estudios Europeos. El examen era principalmente sobre Ludwig Josef Johann Wittgenstein. Esa primavera, los estudiantes del IEE se estaban volviendo locos repitiendo la proposición 7 del *Tractatus* de Wittgenstein. *«Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen»,* repetía Jimmy para sí mismo. («De lo que no se puede hablar, hay que guardar silencio.») Oírle recitarla hacía que Jolanda fumara más. El mero hecho de pensar en cuándo llegaría Mieke a Viena volvía locos a Jimmy y a Jolanda.

Cuando Chantal se fue a su casa en New Hampshire, Claude se volvió loco durante unos días. Claude y Chantal protagonizaban una historia de amor. Chantal se mudaría pronto a París y Claude se sentía increíblemente feliz. Claude echaba muchísimo de menos a Chantal. Eso también hizo que Jolanda fumara más. Un Claude increíblemente feliz *o* un Claude loco provocaban esa clase de reacciones en Jolanda.

—Jesús, María y José, Claude, *Hard Rain* debería dormir contigo —le dijo Jolanda—. *Hard Rain* no dejará que folles con tu almohada.

A pesar de que Jolanda fumaba, parecía lógico que Jolanda y Jimmy durmieran juntos, solo ellos dos, pues Mieke estaba al caer.

Ahora que *Hard Rain* era el perro de Siegfried, el repentino afecto del niño de cinco años por los compañeros de piso cambió la forma en que Jimmy y Jolanda veían al niño. Había dejado de mutilar a sus soldaditos de juguete. *Hard Rain* podría atragantarse con las partes del cuerpo de los soldados, le había dicho Irmgard. Cuando Siegfried los abrazaba, Jimmy y Jolanda podían imaginar cómo los abrazaría el hijo que pensaban tener. Claude estaba tan enamorado de Chantal que no se daba cuenta de los abrazos de Siegfried. Cuando Jimmy y Jolanda miraban a Siegfried, el niño rubio y de ojos azules no parecía haber salido de las entrañas de Irmgard, de cabello oscuro y ojos oscuros. ¿A quién se parecería el hijo de Jimmy y Mieke?, se preguntaba Jolanda. Jolanda no estaba menos obsesionada con lo que ella llamaba la «ventana de fertilidad» de Mieke y todo lo relacionado con su ovulación. Según Jolanda, Mieke tenía un ciclo «bastante regular» o «bastante fiable». Las palabras «ovulación» y «ciclo» le provocaban a Claude espasmos musculares.

—Joder, Claude, te vas a casar, deberías saber que las mujeres tienen cierta percepción de cuándo están ovulando —le dijo Jolanda —. Tienes síntomas como el síndrome premenstrual, como calambres, hinchazón o sensibilidad en los senos, pero sabes que es demasiado pronto para tener la regla —prosiguió Jolanda, mientras Claude seguía convulsionando. Lo que escribió Wittgenstein podría aplicarse a la ovulación y a la menstruación de las mujeres, pensó Jimmy para sí mismo.

Hubiera sido gracioso que Jimmy hubiese dicho: «De lo que no se puede hablar, hay que guardar silencio», pero Jimmy sabía que era más adecuado no decirlo. La ovulación y la menstruación asustaban a Claude, y Jolanda se tomaba muy en serio todo lo relacionado con

la «ventana de fertilidad» de Mieke, como ella solía denominarla. Mieke había contado los días desde el inicio de su última menstruación. Catorce días después, un par de semanas antes de tener la menstruación, Mieke estaría en Viena.

—Tú y Mieke lo haréis durante tres días, Jimmy. Serán los días doce, trece y catorce del ciclo de Mieke.

Incluso las matemáticas le provocaban contracciones musculares a Claude.

La profesora de alemán de Jimmy le distraía cuando estudiaba para su examen de filosofía; era más un obstáculo que una ayuda. Fräulein Eissler le dijo que no le parecía bien la adinerada familia Wittgenstein: afirmaban ser católicos romanos, pero eran de ascendencia judía asimilada.

—Wittgenstein solo me gusta a medias, Jimmy —le dijo Annelies. Estaba sentada en su cama, desabrochándose el cárdigan de manga corta—. No te hagas una idea equivocada, solo quiero enseñarte mi tatuaje —le dijo. Por debajo de las clavículas y encima de ambos pechos podía leerse la primera línea de la proposición 1 del *Tractatus* de Wittgenstein: *«Die Welt ist alles»,* sin coma después de la palabra *alles*. El resto de la proposición 1 no estaba tatuado—. Solo «El mundo es todo» o «El mundo lo es todo». El resto son tonterías de Wittgenstein jugando con las rimas, Jimmy —dijo Annelies mientras se abrochaba el cárdigan.

A Fräulein Eissler no le gustaba la última línea de la proposición 1, en alemán *«was der Fall ist»,* que significa «ese es el caso». James Winslow decidió que Wittgenstein tampoco le gustaba del todo, pero nunca olvidó el breve vistazo que le echó al tatuaje de Annelies y a la parte superior de sus pechos, sobre las copas de su sujetador.

Jolanda le dijo a Jimmy que odiaba los cortes de pelo que le habían estado haciendo.

—Tu *Friseur* o tu *Barbier* es *furchtbar,* Jimmy —dijo Jolanda. (Su «peluquero» o «barbero» era «horrible».) Había estado acudiendo a una barbería en algún lugar de la Argentinierstraße, pero Jolanda lo llevó a ver a Helene y a sus peluqueras, encima del Turnhalle Leopold. Fueron por la mañana. La sala de lucha libre que había debajo estaba extrañamente silenciosa: no se oían golpes en la lona ni gritos de los luchadores en las duchas con agua helada. Mientras las mujeres se ocupaban de él, Helene no dejaba de darle palmaditas en la rodilla a Jimmy, la que creía que se había lesionado.

—Tiene una cita importante —les dijo Jolanda a las peluqueras—. Jimmy es *virgen,* ¿sabéis? —les dijo también.

—¡Me alegro de que tu *cosa* esté mejor! —dijo Helene, dándole otra palmadita en la rodilla.

Jolanda y las peluqueras se echaron a reír a carcajadas y no pararon de hablar de la importante cita de Jimmy, por no hablar de su virginidad.

Claude estaba casi tan emocionado como Jimmy por conocer a Mieke.

—Mantén tu pene dentro de los pantalones, Claude. Ahora le toca a Jimmy perder la virginidad, tú ya tuviste tu momento —le dijo Jolanda.

Con la pérdida de su virginidad pendiente, quizás no era el mejor momento para que Jimmy le escribiera a Esther, pero había tenido noticias de ella, tal y como Annelies le había dicho que ocurriría. «Querido hijo de Honor», comenzaba la carta de Esther a Jimmy, dejando las cosas claras desde el principio. «Puedes escribirme, pero yo no soy tu madre, ella es la que te crio y se encargó de todo. Yo solo me quedé embarazada y te di a luz.» Era una carta mecanografiada. No la había firmado, solo había escrito su nombre completo, Esther Nacht. Su dirección de remitente era de Tel Aviv.

Tal como Fräulein Eissler le había advertido a Jimmy, la dirección pertenecía a otra persona.

«Querida Esther Nacht», empezó a escribir Jimmy en la primera carta a su madre biológica. «Hay algo extraño dentro de mí, y no solo por el hecho de estar en Viena. En mi interior hay más fantasía que realidad, y me pregunto de dónde habrá salido. Me estoy convirtiendo en escritor de ficción (más fantasía) y me pregunto si tú alguna vez quisiste ser escritora, si esa sensación de extrañeza que hay dentro de mí también está dentro de ti.» Escribió la carta a máquina, pero quería firmarla a mano. Estuvo a punto de escribir «Con cariño, Jimmy», pero en su lugar escribió: «James Winslow».

En el entrenamiento de lucha libre, Sol y Simon se burlaron de Jimmy por su corte de pelo; su «peinado», como lo llamaba Leo. Helene y sus peluqueras habían estado hablando. Incluso los chicos de lucha grecorromana estaban al corriente de la importante cita de Jimmy. Jimmy les estaba agradecido a las peluqueras, que no les había dicho a los luchadores que era virgen. De haberlo sabido, los luchadores habrían sido despiadados con él por ese motivo.

—¿Dónde están Zander y Serguéi? —les preguntó Jimmy a Leo y a los israelíes. Incluso los chicos de lucha grecorromana parecían incómodos, ¿y qué les importaría a ellos que dos luchadores de estilo libre se saltaran el entrenamiento? Sol y Simon se limitaron a mirar a Leo.

—Son soviéticos, Jim. Los soviéticos siempre siguen adelante —dijo Sol.

—Pero son estudiantes de Medicina. ¿Cómo siguen adelante los estudiantes de Medicina? —preguntó Jimmy; estaba mirando a Pequeño Espejo, que bailaba por todas partes—. ¿Ahora son *internos* o algo así? ¿Acaban de convertirse en *médicos?*—preguntó Jimmy.

—Los rusos hacen lo que hacen, Jim, simplemente van a donde tienen que ir —dijo Kleiner Spiegel.

Los antiguos luchadores del Ejército Rojo habían avanzado. Ahora Sol era el único compañero de entrenamiento de Jimmy, y Simon no tenía ninguno. Simon no practicaba la lucha libre, solo ensayaba movimientos con uno de los chicos de grecorromana. Jimmy comprendió que, algún día, Sol y Simon seguirían adelante. Los israelíes tenían otras cosas que hacer. Jimmy sabía que, al igual que los rusos, los israelíes también hacían lo que tenían que hacer; simplemente iban a donde tenían que ir.

James Winslow recordó cómo Esther le había obligado a leer *Camino a campo abierto,* de Arthur Schnitzler. Mientras Jimmy esperaba a que Mieke llegara a Viena, volvió a leer los pasajes que había marcado en la novela de Schnitzler. Entre los amigos de Georg von Wergenthin, la muerte del hijo nonato de Georg y Anna Rosner no despierta ninguna compasión por el niño que nunca vivió, y Else Ehrenberg no siente ninguna compasión por Georg. «Ella no tenía ni idea de cómo le había impactado la muerte del niño», leyó Jimmy.

«¿Cómo podría haberlo imaginado? ¿Qué sabía ella de la hora en que el jardín había perdido su color para él y los cielos su luz, porque su hermoso hijo yacía muerto dentro de casa?» Ese fue el momento en que James Winslow se dio cuenta de que Esther siempre había sabido que él estaba destinado a ser padre. Esther sabía que Honor Winslow querría que su hijo tuviera su propio hijo.

Sin embargo, cuando Jimmy le preguntó a Fräulein Eissler qué pensaba de las intenciones de Esther con respecto a por qué le había hecho leer *Camino a campo abierto,* la tutora de alemán de Jimmy le recordó que él podía escribirle a Esther.

—Eso es algo que tendrías que preguntarle a Esther, Jimmy —dijo Annelies—. Estamos estudiando para tu examen de alemán. Hoy

estamos repasando los verbos fuertes e irregulares. Ese es mi trabajo, ¿recuerdas?

Había más de doscientos verbos fuertes e irregulares en alemán, y Jimmy sabía que en el examen le pedirían que recitara el presente, el pasado y el participio pasado de los verbos. Sabiendo que Jimmy quería ser escritor, Fräulein Eissler comenzó con un verbo fácil para él.

—Yo escribo, yo escribí, yo he escrito —dijo Annelies en voz baja.

—*Ich schreibe, ich schrieb, ich habe geschrieben*—dijo Jimmy en voz alta.

—Yo pienso, yo pensé, yo he pensado —dijo Annelies en voz más baja.

—*Ich denke, ich dachte, ich habe gedacht*—recitó Jimmy con voz fuerte.

Irmgard, que pasaba por el pasillo, no oyó a Fräulein Eissler, solo a Jimmy.

—Duermo, dormí, he dormido —susurró Annelies somnolienta.

—*Ich schlafe, ich schlief, ich habe geschlafen!*—dijo Jimmy a voz en grito.

—Por lo que parece, Jimmy, necesitas echar un polvo —dijo Irmgard desde el pasillo. Entonces Irmgard oyó reír a Fräulein Eissler.

—¡Hablo, hablé, he hablado! —gritó Annelies.

—*Ich spreche, ich sprach, ich habe gesprochen!*—le gritó Jimmy a Irmgard, que les respondió gritando desde la cocina.

—*Ich trinke, ich trank, ich habe getrunken!*—gritó Irmgard.

—Bebo, bebí, he bebido —le tradujo Annelies en voz baja.

—*Ich weiß, ich wusste, ich habe gewusst*—le dijo Jimmy en voz baja a su profesora de alemán. («Sé, sabía, he sabido.») Era su última clase juntos, una clase anticlimática, solo verbos.

—Vendré a despedirme antes de irme, Jimmy —le dijo Annelies.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jimmy. La había acompañado hasta la acera de la Schwindgasse.

—Tengo otros asuntos, Jimmy. Ando en asuntos de judíos, voy a donde me llevan mis asuntos —dijo Fräulein Eissler.

—Tú me convertiste en *tu* asunto. Has sido más que mi profesora de alemán, ¡has cuidado de mí! —le dijo Jimmy.

—Esther te convirtió en su asunto, es ella la que te cuida, Jimmy. Mi asunto es cuidar de Esther —le dijo Annelies. Había hecho planes con Irmgard, y Fräulein Eissler quería que él lo supiera. Annelies le aseguró que ella e Irmgard iban a hacer las cosas de otra manera con Siegfried.

Estaban de pie en la esquina de la Argentinierstraße.

—¡Te quiero! —le dijo Jimmy. Creyó que se le rompía el corazón.

—Oh, no seas tonto, Jimmy, diviértete con Mieke y Jolanda —dijo Fräulein Eissler—. Vendré a despedirme antes de irme —repitió.

Luego se alejó de él, en dirección a la Karlskirche, donde Hedwig Kiesler, de dieciocho años, que más tarde se convertiría en Hedy Lamarr, se casó con un traficante de armas austriaco de treinta y tres años. Desde donde estaba, llorando, Jimmy podía oír la canción de la Nachtmusik.

La canción *Girl from the North Country* de Bob Dylan estaba terminando cuando Jimmy encontró a Claude y Jolanda en su mesa habitual del Kaffeehaus. Los compañeros de piso sabían que Fräulein Eissler se había quedado más tarde de lo habitual. Jolanda y Claude vieron que Jimmy estaba llorando.

—No llores esta noche, chico enamorado. ¿Adivinas quién llega mañana a la ciudad? —le preguntó Jolanda. Claude se puso en pie y lo abrazó, pero Jimmy seguía llorando—. Deberías intentar pensar en algo positivo, Jimmy. Las tetas de Mieke son más grandes que las

mías —le dijo Jolanda. Ella sabía cómo levantar el ánimo de un hombre virgen de veintitrés años.

Más tarde, de vuelta en el apartamento de los Holzinger, Claude habló con Jimmy cuando Jolanda estaba en el baño.

—Tú eres bajito y Jolanda es alta —empezó Claude, como si eso no fuera obvio—. Mieke es tan alta como Jolanda, pero no te preocupes, Jimmy, cuando estás tumbado, eso no importa. —Ahora que Claude había tenido relaciones sexuales, hablaba como un experto.

Era primera hora de la tarde del día siguiente cuando Jimmy llegó al apartamento de los Holzinger después del entrenamiento de lucha libre. Siegfried estaba jugando en el pasillo con *Hard Rain.*

—*Mädchen im Schlafzimmer*—fue todo lo que dijo Siegfried. («Chica en el dormitorio.») Se refería a Mieke.

Esa noche, en el Nachtmusik, mientras los tres compañeros de piso y Mieke estaban sentados alrededor de la mesa, Jolanda sugirió que Mieke se sentiría más relajada si conociera mejor a Jimmy antes de hacerlo.

—Como es tu primera noche en Viena, tú y Jimmy deberíais dormir juntos, pero solo para hablar, o algo así —le dijo Jolanda a Mieke.

—*Okey dokey*—dijo Mieke. Su inglés era más americano que el de Jolanda. Jimmy se dio cuenta de que el alemán de Mieke también era *okey dokey*.

—¿Mieke y yo tendríamos que dormir en mi habitación y tú dormir con Claude y *Hard Rain?*—le preguntó Jimmy a Jolanda.

—Tú, yo y Mieke dormiremos en tu dormitorio, Jimmy —dijo Jolanda.

—Vale —dijo Mieke, pero mirando a Jimmy.

—Vale —repitió Jimmy, mirando a Mieke.

—¡Nunca he tenido una cita tan incómoda como esta! —exclamó Claude.

—Por Dios, Claude, ¡esta cita no es cosa tuya! —le dijo Jolanda.

La situación no fue menos incómoda cuando Jolanda, Mieke y Jimmy se acostaron juntos, con Mieke en medio. Jolanda había abierto las cortinas de la ventana del balcón para que Jimmy y Mieke pudieran verse a la luz de la farola. Jolanda se dio la vuelta, de espaldas a ellos, mirando hacia la puerta del dormitorio.

—Tocaos, hablad entre vosotros, ya sabéis, descubríos el uno al otro, como si yo no estuviera aquí —les dijo Jolanda.

—Pero estás aquí —le recordó Mieke.

Jolanda había ordenado a Mieke y Jimmy que solo llevaran puesta ropa interior abajo, por lo que los pechos de Mieke estaban al descubierto.

—No quiero ver el pene de Jimmy, Mieke, pero tú deberías verlo —dijo Jolanda.

—No quiero ver tu pene, Jimmy, pero ¿puedo tocarlo? —le preguntó Mieke.

—De acuerdo —dijo Jimmy. Cuando Mieke le agarró el pene, él se excitó.

—¡Oh! —dijo Mieke; había notado que se le había puesto más grande.

—Bueno, ¿qué *creías* que le pasaría al pene al tocarlo? —le preguntó Jolanda a su amiga. Jimmy tocó tímidamente los pechos de Mieke.

—¿Te parece *bien?*—le preguntó a Mieke.

—Sí, me parece *bien*—le respondió Mieke.

—*¿Qué* es lo que te parece bien? ¿Qué te parece *bien?*—les preguntó Jolanda. Mieke dijo algo en holandés; parecía enfadada—. Bueno, entonces... ¡deberías *hacerlo,* Mieke! —le dijo Jolanda—.

Mira por la ventana, Jimmy, no nos mires —dijo Jolanda. Jimmy les dio la espalda y observó la luz de una de las farolas de la Schwindgasse. Podía oír a Jolanda y Mieke; tal vez se estaban besando. Oyó el momento en que la respiración de Mieke cambió.

—Quítate los calzoncillos, Jimmy, ahora —le dijo Jolanda.

No era lo que Claude había imaginado, claro está. Jolanda no sujetaba la cabeza de Mieke y le hablaba. Jolanda les dio la espalda, se tumbó acurrucada en el otro extremo de la cama. Es posible que tuviese los ojos cerrados o mirara fijamente el óvalo de vidrio esmerilado de la puerta del dormitorio de Jimmy. Mieke tenía los ojos abiertos cuando Jimmy la besó, y ella le devolvió el beso. Cuando lo guio dentro de ella, estaba más húmeda de lo que Jimmy esperaba. Fue maravilloso, mucho más de lo que Jimmy habría podido imaginar. No quería que terminara nunca, pero entonces, de repente, se acabó. Permaneció inmóvil encima de ella, se miraron a los ojos.

—¡Joder, qué rápido! ¿Está todo bien? —les preguntó Jolanda.

—Ha sido rapidísimo, pero mejor que bien —le dijo Mieke, sonriendo a Jimmy.

Poco después, Jolanda se quitó la camiseta, pero se dejó las bragas puestas. Ella y Mieke se acurrucaron juntas. Mieke le daba la espalda a Jimmy. Él se quedó mirando la farola. Se durmió, se despertó. Oyó entonces a Jolanda y a Mieke susurrando en holandés.

—Me está contando lo que pasa cuando la prostituta vuelve a casa del trabajo, que se da un baño y todo eso —le explicó Mieke a Jimmy, que volvió a quedarse dormido.

Cuando Irmgard llegó a casa y se desnudó en el vestíbulo, y después se cubrió con una toalla de baño, oyó a las dos chicas susurrando en holandés.

—¿Cuántas chicas hay contigo esta noche, Jimmy? —preguntó tras abrir la puerta de su habitación.

Cabe suponer que a Mieke le habría gustado alejarse lo más posible de la gigante envuelta en una toalla de baño. No quería estar en medio, entre Jimmy y Jolanda. Mieke pasó por encima de Jimmy y se colocó junto a la ventana, con Jimmy en medio.

—Parece lo bastante mayor —dijo Irmgard, refiriéndose a Mieke.

—*Ein Dreiecksverhältnis*—le dijo Jolanda a Irmgard.

—Un triángulo amoroso —le susurró Mieke a Jimmy al oído, traduciéndole.

—*Das ist mir Wurst*—le dijo Irmgard a Jolanda, cerrando la puerta del dormitorio.

—Ha dicho: «Me importa una *salchicha», ¿*qué demonios significa eso? —le preguntó Mieke a Jolanda.

—Significa «no me importa nada», es una expresión vienesa —respondió Jolanda.

—Lo único que le importa a Irmgard es que tengas edad suficiente —le explicó Jimmy a Mieke. Podían oír el agua corriendo en la bañera, pero Irmgard no estaba cantando para sí misma. *Hard Rain* se había ido a dormir con Claude—. Por favor, dime otra vez la palabra para triángulo amoroso, suena ridícula —le dijo Jimmy a Jolanda.

—Ni se te ocurra pensar en un triángulo amoroso, Jimmy —le dijo Jolanda.

—*Dreiecksverhältnis*—le susurró Mieke al oído de Jimmy, despertando de nuevo su pene. Él estaba tumbado desnudo entre dos chicas con los pechos al descubierto, y Jolanda era la única que llevaba bragas.

—Te he oído, Mieke, no susurres más —dijo Jolanda—. No juguéis con el pene de Jimmy, vosotros dos —les dijo Jolanda.

—Me gusta estar en medio —dijo Jimmy.

—A mí me gusta más estar en medio —le dijo Mieke.

—Vosotros dos dejad descansar vuestras partes reproductivas —les dijo Jolanda.

Por la mañana, Siegfried pareció decepcionado al encontrar a Jimmy y a Jolanda en la cama con la chica nueva, y no con *Hard Rain.* Jolanda simplemente hizo que Siegfried repitiera el nombre de Mieke. A Siegfried le gustó enseguida decirlo. Mieke era un nombre fácil de pronunciar para un niño que hablaba alemán, y el niño de cinco años se quedó con ellos un rato. Entonces Jolanda le dijo a Siegfried que despertara a Claude. *Hard Rain* se alegraría de ver a Siegfried y Jolanda tenía que ir al baño, al igual que Mieke y Jimmy. Mieke también se dio un baño.

—No quería que Siegfried viera a dos chicas con los pechos al aire, por no hablar de tu pene, Jimmy —dijo Jolanda. Jimmy sabía que solo le quedaban dos noches para dejar embarazada a Mieke.

—¿Cómo ha ido todo? —Claude estaba impaciente por preguntarles a los tres, después de que se calmara el caos del reencuentro de *Hard Rain* con Siegfried.

Jolanda le explicó una vez más a Claude que Mieke volvería a Ámsterdam antes incluso de saber si había dejado de tener la menstruación. Jolanda dijo que pasarían varias semanas antes de que Mieke pudiera hacerse una prueba de embarazo. En la década de 1960, la única forma de hacer una prueba de embarazo era concertar una cita con el médico, dar una muestra de orina y esperar dos semanas para obtener los resultados.

—Lo sé, lo sé, ¡solo quería saber cómo *había ido!*—exclamó Claude.

—Ha ido bien, me ha gustado mucho —le dijo Jimmy a Claude.

—Ha sido rapidísimo, pero ha ido más que bien —respondió Mieke.

—Por Dios, Claude —fue todo lo que Jolanda pudo decir.

—No me gusta lo que me sigue saliendo —les dijo Mieke con naturalidad—. Incluso me he dado un baño, pero sigue saliendo —le dijo a Jimmy, que no sabía qué decir—. ¿No se supone que eso debe quedarse *dentro de mí?*—le preguntó Mieke a Jolanda. Claude, por supuesto, parecía horrorizado.

—¿A que te alegra haber preguntado, Claude? —fue todo lo que Jolanda pudo decir.

Claude había leído que la orina de la mujer se inyectaba en un conejo. Si el conejo ovulaba, es que se había producido el embarazo. A veces, el conejo moría. Incluso Claude tuvo el buen sentido de no preguntarles a Jolanda y Mieke sobre esa cuestión; le preguntó a Jimmy, que no sabía nada sobre el tema de los conejos.

—Es posible que eso fuera hace mucho tiempo, Claude. No creo que los conejos ovulen o mueran si Mieke está embarazada —respondió Jimmy.

Las dos noches siguientes, con Mieke en medio, Jimmy intentó que el acto durara más tiempo. Mieke afirmó que durar más era mejor que hacerlo muy rápido.

—Por mucho tiempo que lo hagas, no influye en el recuento de espermatozoides de Jimmy —informó Jolanda a los amantes. Después de que Jimmy eyaculase, Jolanda no quería que se hiciese el remolón a la hora de retirar el pene—. ¿Por qué te quedas ahí tumbado encima de ella, Jimmy? —le preguntó Jolanda. En cuanto acabaron, Jolanda quiso que su novia se tumbase boca arriba y se abrazase las rodillas contra el pecho—. Es posible que, de esta manera, lo de Jimmy se quede dentro de ti más tiempo —dijo Jolanda.

—Vale —fue todo lo que dijo Mieke. La tercera y última noche que lo hicieron, al terminar, los tres se quedaron tumbados boca arriba. Mieke seguía en medio cuando les habló.

—Los dos tenéis que saber que no quiero volver a hacer esto nunca más, pero lo volveré a hacer si *no estoy* embarazada —declaró Mieke—. Gracias a los dos por dejarme probarlo —añadió. Como de costumbre, Jimmy no sabía qué decir. En su interior, esperaba que Mieke no estuviera embarazada, porque, naturalmente, quería seguir haciéndolo, pero se sentía fatal al pensar que Mieke tendría que volver a hacerlo a pesar de no querer —. No es que haya sido insoportable, Jimmy, es solo que prefiero no volver a hacerlo si no es necesario —le dijo Mieke. Por la rapidez con la que retiró la mano, Jimmy supo que no había tenido intención de tocarle el pene.

—Espero que no tengas que volver a hacerlo, Mieke —la consoló Jimmy.

—Si no estás embarazada, Mieke, lo haré con Jimmy —dijo Jolanda.

—¡No! ¡Podría acabar *gustándote!*—le dijo Mieke a Jolanda.

Eso hizo reír a Mieke y Jolanda. Jimmy también rio. Incluso Jimmy sabía que Jolanda no corría el peligro de que llegara a *gustarle,* por no hablar del fuerte olor. En su tercera mañana juntos, Siegfried olfateó y frunció la nariz. El niño de cinco años pensó que era un olor parecido al de *Hard Rain,* pero era olor a semen, o eso dijo Jolanda, después de enviar a Siegfried a despertar a Claude y *Hard Rain.*

—Creo que es por el semen y yo, ¡los dos juntos! —comentó Mieke—. Por eso estoy deseando darme un baño. ¡Es lo que me sale de dentro!

—*El semen y yo,* es un buen título —les dijo Jolanda a Jimmy y Mieke.

—Podría ser una novela en primera persona escrita por una mujer —dijo Mieke.

Así fue como Jimmy y Mieke descubrieron que ambos intentaban ser escritores de ficción. Al igual que Jimmy, Mieke estaba escribiendo su primera novela. Jolanda no quería que lo supieran.

—Vosotros dos no os enamoréis. Me mataría perderos a los dos —les dijo Jolanda.

—¡Perder a cualquiera de vosotras me mataría, o perder a Claude! —exclamó Jimmy.

Hard Rain, que corría por el pasillo, entró en la habitación de Jimmy. Siegfried estaba llorando, *Hard Rain* lo había derribado cuando corrían. Claude había oído la exclamación *perder a Claude* desde la cocina.

—¿Qué es eso de perderme a mí? ¿Por qué ibas a *perderme?*—se lamentó Claude.

—*Hard Rain* no *quería* tirarte al suelo —oyeron decir a Claude los tres amantes; pretendían consolar a Siegfried.

—Me voy a dar un baño, el olor a semen y a mí misma me está afectando —les susurró Mieke a Jimmy y Jolanda.

El olor también estaba afectando a *Hard Rain,* la pobre perra no paraba de estornudar.

—¡Mantened todos la calma! —gritó Jolanda, por el mero gusto de hacerlo.

Jimmy pensó que era el día más feliz de su vida; solo esperaba que no hubiese acabado. El resto, los embrollos legales, a Jimmy le recordaron a Dickens; pensó que a su abuelo le habría encantado. Mientras Claude y Jolanda se quedaban en Viena, Jimmy y Mieke tomaron el tren desde la Westbahnhof de Viena hacia Ámsterdam.

Salieron a las siete de la mañana, no llegarían a Ámsterdam antes de las ocho o nueve de la noche. Debieron de cambiar de tren tres o cuatro veces; Jimmy no lo recordaba. Durante todo el trayecto, Mieke y Jimmy hablaron de las novelas que habían leído, las que les habían inspirado a convertirse en escritores.

Por la mañana, la pareja fue al registro civil del ayuntamiento —*het Stadhuis* lo llamaba Mieke— para obtener su licencia de matrimonio. Mieke le explicó que el anuncio de su intención de casarse se haría público durante seis semanas, para asegurarse de que no hubiera objeciones formales.

—Yo no soy bígama, Jimmy. ¿Y tú? —le preguntó Mieke.

Pasadas seis semanas, Jimmy volvería con Mieke a Ámsterdam, a la misma oficina del registro civil, en presencia de cuatro testigos, dos por cada uno de ellos. Sería una ceremonia civil sencilla. Los testigos podían ser familiares o amigos. En caso de ser necesario, los testigos podrían ser funcionarios del Ayuntamiento o personas al azar encontradas en la calle.

Claude y Chantal prometieron que vendrían desde París para hacer de testigos de Jimmy. La madre de Mieke y Jolanda serían las testigos de Mieke. La madre de Mieke estaba «al corriente», le había dicho Mieke a Jimmy. Los padres de Jolanda «aún no habían sido informados», según dijo Mieke. Si Jimmy hubiera tenido intención de vivir en Ámsterdam, habría necesitado un permiso de residencia para poder casarse. Pero como Jimmy pensaba vivir en Estados Unidos, dicho requisito no se aplicaba en su caso. Las minucias legales de la vida cotidiana no ocuparon la mente de Jimmy durante el largo viaje en tren de vuelta a Viena. Estaba más preocupado por Mieke, sola en Ámsterdam, donde esperaría a ver si le bajaba la regla, y solo si no le bajaba podría hacerse una prueba de embarazo unas semanas más tarde. Jimmy sabía que serían seis semanas de angustia para

Mieke. Mientras tanto, en Viena, no quedaban ya muchos fines de semana antes de que Jimmy y sus compañeros de piso se separaran.

A instancias de Fräulein Eissler, los tres compañeros de piso planearon hacer algo con Siegfried y *Hard Rain* en uno de sus últimos fines de semana. Primero llevaron a Siegfried a su cafetería de la esquina de Argentinierstraße, para que el niño conociera a Dagmar y a la «otra familia» de *Hard Rain.* Luego, los compañeros de piso fueron con *Hard Rain* y Siegfried al Stadtpark. No conocían las normas para perros, pero llevaban a *Hard Rain* atado con una correa corta en su arnés y caminaron cerca del perímetro del parque. Unos cineastas estaban rodando una escena de una película. Los compañeros de piso y Siegfried se detuvieron a mirar. Siegfried, como es lógico, estaba confundido. ¿Por qué rodaban la misma escena una y otra vez?, no dejaba de preguntar Siegfried.

Un joven ha colocado un telescopio sobre un trípode. Quiere que su novia mire por el telescopio, pero ella se enfada por lo que ve. Le da una bofetada y lo deja solo con el telescopio. El joven está más interesado en lo que ve por el telescopio que en su novia. Esa es la escena.

Habría sido mejor que Claude no hubiera intentado explicarle a Siegfried para qué servía un telescopio, pero Jolanda y Jimmy no prestaron mucha atención a lo que Claude le dijo al niño de cinco años. Los cineastas habían terminado de rodar. Llevaban un voluminoso equipo con ellos, que *Hard Rain* estuvo olisqueando. Es posible que Siegfried fuera el único niño que había por allí, pero Jimmy no lo recordaba. Uno de los cineastas le preguntó a Siegfried si le gustaría mirar por el telescopio. Para sorpresa de todos, Siegfried no quiso saber nada de aquel aparato. Jolanda y Jimmy se preguntaron qué le habría dicho Claude para que un instrumento

óptico de aumento le pareciera aterrador. Jolanda y Jimmy miraron a través de él. Podía verse un banco en una esquina lejana del Stadtpark, al otro lado del Stubenring desde la Wollzeile. El rostro de una joven sentada en el banco del parque estaba tan cerca como el reflejo de uno mismo en el espejo del baño.

—*Nicht die Zukunft!*—dijo Siegfried. («¡El futuro, no!», suplicó el niño, que tenía miedo de ver el futuro.)

—¡Jesús, María y el cornudo, Claude! —gritó Jolanda—. ¿Qué le has dicho?

Al hablar en alemán, Claude cometió un pequeño error, pero para Siegfried supuso una gran diferencia. Claude había utilizado la palabra *Zukunft,* cuando en realidad había querido decir *Entfernung*. Un telescopio te permite ver «en la distancia»: un telescopio «acorta la distancia», quería decir Claude, pero había dicho el futuro, no la distancia. Un telescopio te permite ver «el futuro»: un telescopio «acorta el futuro», le había dicho Claude a Siegfried, asustándolo.

—*Nicht die Zukunft!*—había gritado el niño de cinco años. («¡El futuro, no!»)

Siegfried no quería ver morir a su perro, le dijo el niño a Jimmy más tarde.

En el Stadtpark, Jolanda había intentado calmar a Siegfried.

—*Die Entfernung, nicht die Zukunft*—le repetía Jolanda al niño de cinco años, pero Siegfried no se acercó al telescopio, donde el futuro podía acechar.

Claude se sentía fatal por haber cometido ese error; él también iba a tener siempre miedo del futuro. La noche después de aquella desventura en el Stadtpark, Jimmy convenció a Irmgard y a Frau Holzinger para que dejaran a Siegfried dormir en su cama con *Hard Rain.* Jimmy durmió en la cama de Jolanda con Jolanda, y Claude

dejó la puerta de su dormitorio abierta. Siegfried durmió plácidamente toda la noche; no tuvo pesadillas con el telescopio.

—Todo el mundo quiere dormir con esta perra —dijo Irmgard.

Para Jimmy significó mucho que Irmgard le diera las gracias a Fräulein Eissler por su participación en el regalo de *Hard Rain.*

Esas últimas semanas, Jimmy y sus compañeros de piso durmieron con las puertas de sus dormitorios abiertas, lo que permitía a *Hard Rain* entrar y salir. Cuando Irmgard llegaba a casa del trabajo y se daba un baño, siempre le cantaba a la perra en el cuarto de baño. La viuda Holzinger seguía convencida de que *Hard Rain* era el fantasma de la pastor alemán que había conocido en el pasado; sin embargo, eso no impedía que la Frau fuera amable con la perra. Jimmy era consciente de que la distinción entre su madre y la *amiga* de su madre seguía resultándole confusa a Frau Holzinger, que insistía en hablar de Chantal con la reverencia que se reserva a las madres.

El año académico terminó de manera diferente en la Universidad de Viena y en el Instituto de Estudios Europeos. Claude y Jolanda acabaron una semana antes que Jimmy. Se habían ido a casa, a París y Ámsterdam respectivamente, dejando a Jimmy solo en el apartamento de la Schwindgasse. Jimmy se alegró de que Jolanda y Mieke estuvieran juntas, esperando los resultados de la prueba de embarazo de Mieke. Era una buena noticia para todos los interesados que Mieke no hubiera tenido la menstruación hasta ese momento.

Jimmy acudió una tarde al Turnhalle Leopold, pero Sol y Simon no aparecieron en el entrenamiento de lucha libre. Jimmy solo practicó movimientos con Leo, quien le dijo que los israelíes estaban preparando las maletas para un largo viaje.

—¿Un viaje adónde? —preguntó Jimmy a Pequeño Espejo, que parecía triste.

—Son israelíes, Jim, van a donde tienen que cumplir con asuntos israelíes —dijo Kleiner Spiegel, dándole un abrazo a Jimmy y levantándolo, pero sin lanzarlo.

—¿Adónde van, Leo? —preguntó Jimmy de nuevo. El pequeño maestro de los lanzamientos se encogió de hombros, como si no importara adónde fuera nadie en esos días.

—He oído decir que a Argentina, Jim. Es posible que vayan a Argentina —fue todo lo que dijo Leo al respecto, dándole a Jimmy otro abrazo y levantándolo de nuevo.

Jimmy estaba durmiendo en su cama con *Hard Rain,* con la puerta de su habitación abierta, cuando Irmgard llegó a casa del trabajo. Le cantó *Girl from the North Country* a *Hard Rain* en el baño; no cabía duda de que Irmgard sabía cuál era la música que más le gustaba a la perra. Después del baño, Irmgard entró en la habitación de Jimmy para hablar con él. *Hard Rain* se metió en la cama con Jimmy, pero Irmgard se sentó casi con recato a los pies de la cama.

—Te debo una —empezó diciendo; Irmgard hablaba con total seriedad. Le había pagado a Berta para que se acostara con Jimmy. Todo estaba arreglado. Jimmy solo tenía que encontrar a Berta y ella se encargaría del resto—. No te preocupes, te he conseguido un descuento para estudiantes —le dijo Irmgard. Tenía una forma precisa pero cruel de imitar lo que la cicatriz del tarro de mayonesa le había hecho a Berta en el labio—. Annelies no es la única que puede arreglar las cosas —dijo Irmgard con una sonrisa. Jimmy sabía que estaba siendo amable con él, tan amable como Irmgard podía serlo.

Era la última semana de Jimmy en Viena. Tenía que escribir un trabajo sobre la novela victoriana. Le resultaba difícil pensar en las

hermanas Brontë, Dickens, Hardy, Eliot y Kipling cuando tenía la mente puesta en el futuro. Claude había asustado muchísimo a Siegfried con un telescopio que veía el futuro, y, lo que era aún peor, las clases particulares de Jimmy con Fräulein Eissler habían llegado a su fin. ¿Adónde iría Annelies?, se preguntaba Jimmy. Era esa hora de la noche en la que la Frau y Siegfried dormían en sus habitaciones. Irmgard había salido o se estaba vistiendo para salir. *Hard Rain* y Jimmy se quedaron solos un rato. Jimmy estaba tratando de decidir si debía estudiar en su habitación o ir al café de la esquina. De repente, las primeras piedrecitas impactaron contra la ventana de su habitación, *Hard Rain* se puso nerviosa. Jimmy se acercó a la ventana del balcón y vio a Annelies en la acera. La ventana estaba abierta y pudo oírla claramente.

—Esta noche no soy tu tutora, Jimmy, solo he venido para despedirme —dijo Fräulein Eissler. Pero ¿acaso no sería ella su tutora por siempre? Es lo que Jimmy se imaginaba.

No, ella no entraría esa noche, y no quería que Jimmy bajara con ella a la acera, le dijo Annelies. Tenía que hacer las maletas para un largo viaje. Se iba a Argentina.

—Simon y Sol no hablan español, Jimmy, y yo soy buena con los idiomas —añadió. Como dijo Serguéi en una ocasión, la Eissler trabajaba para Wiesenthal o para el Mossad—. Espero que llegues a ser lo que quieres ser, Jimmy: escritor, si eso es lo que eliges —dijo Annelies—. No puedes elegirlo todo, pero ser escritor es tu elección —le dijo.

—¿Qué es lo que no puedo elegir? —le preguntó Jimmy. Debería haber sabido adónde quería llegar con lo de elegir.

—No puedes elegir ser judío, Jimmy, simplemente lo *eres*—le dijo Fräulein Eissler—. No importa lo que digan tus dos madres, tu padre y tu madre biológica son judíos. Eres *judío,* Jimmy —dijo Annelies—.

En tu caso, no tienes que hacer nada diferente, puedes ser el tipo de judío que quieras ser, pero *eres* judío. —Acto seguido, se dio la vuelta y se alejó de él en dirección a la Argentinierstraße. Fräulein Eissler sabía cómo seguir adelante.

—¡Todavía estoy aprendiendo de ti! ¡No pude elegir *perderte!*— gritó Jimmy por la ventana, pero Fräulein Eissler se dirigía ya a Argentina.

Había unos treinta minutos a pie desde la Schwindgasse hasta esas calles laterales de la Kärntner Straße. Jimmy no recordaría si encontró a Berta en la Johannesgasse o en la Annagasse, pero ella lo llevó al hotel de prostitutas de la Krugerstraße. Fiel a lo que le había dicho Annelies, Berta le explicó que las prostitutas no besaban a sus clientes. Sin embargo, en el caso de Jimmy, Irmgard había dispuesto que Berta lo besara. Irmgard debía de saber que la ligera deformidad del labio superior de Berta le afectó. Esa fue la última noche de Jimmy en Viena, su agridulce despedida de la ciudad del Danubio.

Jimmy estaba en su dormitorio, haciendo las maletas para Ámsterdam, con *Hard Rain* husmeando entre sus cosas, cuando Irmgard llegó a casa para darse su baño nocturno. Si Irmgard estaba al corriente de que él había visto a Berta, no lo mencionó. Se tumbó en la cama de Jimmy, todavía con su ropa de trabajo, pero no intentó seducirlo. Irmgard quería que *Hard Rain* saltara a la cama con ella, y así lo hizo. La perra era un milagro, y no solo para Siegfried. Jimmy le dijo a Irmgard que todavía estaba molesto por lo que le había pasado a Siegfried en el Stadtpark: el miedo del niño de cinco años a un telescopio con el que ver el futuro, como le había dicho Claude al niño.

—Espero que Siegfried haya superado el susto —dijo Jimmy.

—No creo que *tú* lo hayas superado —dijo Irmgard.

Jimmy le dijo a Irmgard que se alegraba de que hubiera hecho planes con Annelies, para que los dos hicieran cosas diferentes con Siegfried. Jimmy llegó a decir que Annelies era una buena persona y que estaba bien que Siegfried la hubiese conocido.

—Si Siegfried tiene suerte, Annelies lo adoptará —dijo Irmgard. Se estaba quitando la ropa en el pasillo, como si Jimmy no estuviera allí, como si él no la estuviera mirando o como si no le importara. En Viena, Jimmy no podía distinguir entre lo que era realmente sincero y lo que era simplemente cínico.

Hard Rain movía la cola mientras seguía a Irmgard al cuarto de baño, donde Irmgard se detuvo y encaró a Jimmy desde la puerta abierta. Como Irmgard estaba desnuda, Jimmy bajó la mirada y luego se dio la vuelta.

—*Hay* un telescopio que ve el futuro, Jimmy: se llama el paso del tiempo. Solo tienes que esperar y ver —dijo ella, y cerró la puerta.

Jimmy se despidió de la Frau, de Siegfried y de *Hard Rain* por la mañana. Jimmy sabía que Irmgard estaría durmiendo. Cuando la gente le preguntaba al niño de cinco años por su pastor alemán, Siegfried les respondía: *«Hard Rain ist ein Weibchen»,* que significa *«Hard Rain* es hembra». El niño le había preguntado a Jolanda cómo se decía eso en inglés.

A Jolanda le gustaba bromear.

—*Hard Rain* es una mujer —le había enseñado Jolanda a decir a Siegfried. Siegfried entendió que eso sonaba gracioso en inglés. Al niño le gustaba decirlo; siempre le hacía reír.

Así fue como Jimmy y Siegfried se despidieron, diciéndose el uno al otro *«Hard Rain* es una mujer». Frau Holzinger no dejaba de decirle a Jimmy que le transmitiera sus respetos a su santa madre.

Jimmy tenía tantas maletas que llevar a la estación de tren que necesitó un taxi. Desde la acera de la Schwindgasse, mientras

esperaba el taxi, Jimmy podía ver a Siegfried y a *Hard Rain* en la ventana de su antigua habitación. *Hard Rain* aguzó el oído cuando Jimmy la llamó por su nombre. Siegfried articuló las palabras en silencio. Jimmy pudo leerle los labios al niño. El niño de cinco años se limitó a repetir «*Hard Rain* es una mujer» hasta que llegó el taxi de Jimmy.

23

La última reunión del claustro

A los veintitrés años, James Winslow era un chico soñador. Todos los escritores de ficción son soñadores. Lo que Jimmy sabía sobre el paso del tiempo provenía de las novelas del siglo XIX que tanto le gustaban. Como le había dicho Irmgard, el paso del tiempo era la única forma de ver el futuro. Como había aprendido de la novela que estaba escribiendo, el trabajo de un novelista era imaginar el futuro. Jimmy sabía que escribiría una escena en la que el personaje basado en su abuelo moriría.

James Winslow no recordaba, ni le importaba, cuántas veces había cambiado de tren desde la Westbahnhof de Viena hasta la estación Amsterdam Centraal. Catorce horas en un tren para un joven escritor equivalían a poder escribir y leer sin interrupción. Por primera vez, estaba leyendo *Anna Karénina,* de Tolstói, la novela que había hecho que Mieke quisiera ser novelista, según le había contado. Hacía mucho tiempo, su abuelo le había recomendado ese libro. Las novelas traducidas eran ignoradas por los profesores de inglés, le había dicho en una ocasión Thomas Winslow. Jimmy le había escrito a su abuelo, pero Thomas no le respondía, no como solía hacerlo. «Todas las familias con hijos son complicadas a su manera.» Así había iniciado Jimmy su carta a Thomas. «¿Adivinas qué estoy leyendo, abuelo?», le preguntó, pero no hubo respuesta.

¿No entendió la broma el abuelo de Jimmy? En la familia Winslow se habían hecho bromas sobre la primera frase de *Anna Karénina* mucho antes de que Jimmy empezara a leer la novela. ¡Cuánto se habían burlado las hermanas Winslow de esa primera frase! «Todas las familias felices se parecen, pero cada familia infeliz lo es a su manera», comienza Tolstói la novela, pero las hijas Winslow discrepaban.

—¡Somos una familia feliz, pero no somos como cualquier otra familia! —dijo Faith.

—¡Las chicas Winslow ni siquiera nos parecemos entre nosotras! —insistió Hope.

—¡Sí, cada una de nosotras es feliz a su manera! —exclamó Honor.

—¡Lo que te hace feliz a ti, Honor, no le haría feliz a nadie más! —dijo Prudence, provocando la risa de todos, incluidos Thomas y Constance.

Jimmy lo recordaba bien. Recientemente le había escrito a su madre y le había hablado de ese asunto. Le había contado que el abuelo Tommy ya no le escribía cartas como antes, pero Honor Winslow no le había respondido. Enviar cartas por correo internacional era lento; incluso el correo aéreo tardaba una eternidad. Jimmy le pasó a Irmgard su dirección de reenvío y le dio dinero para el franqueo. Se aseguró de que Irmgard supiera los nombres de su abuelo, su madre y ahora también de Esther. En el tren a Ámsterdam, guardó una carta sin abrir de Esther en un lugar seguro: convirtió esa ansiada carta en el marca páginas de *Anna Karénina*.

«Querido James Winslow», comenzaba la respuesta de Esther a la primera carta de Jimmy. «Cúlpame por la fantasía que hay en tu interior. Nunca quise ser escritora, pero no pude crecer como una

judía. Estaba demasiado ocupada inventándome la vida como para ser escritora. Tu abuelo fue el único padre que conocí. Mi madre no vivió lo suficiente para ejercer de madre. No quería ser alguien que mi madre no pudo ser. Solo intento ser la mejor judía que puedo ser. ¡Te aseguro que hay algo extraño dentro de mí! Me han dicho que has conseguido aprender un poco de alemán», continuó. *«Ich wünsche Dir alles Gute»,* finalizó su carta. («Te deseo todo lo mejor.») En esta ocasión, firmó con su nombre de pila, solo Esther. La dirección del remitente era nueva, ahora de Jerusalén, y, al igual que en la ocasión anterior, a nombre de otra persona. Por ahora, pensó Jimmy, la carta de Esther era un marcador adecuado para *Anna Karénina*, que casi con toda seguridad era una novela sobre la traición, la fe, la familia, el matrimonio y el deseo, o al menos eso imaginaba Jimmy. Solo había leído la primera parte, cuando Vronsky ve a Anna por primera vez y Anna ve cómo muere un trabajador ferroviario al caer accidentalmente delante de un tren. El accidente no auguraba nada bueno para el futuro de Anna, pensaba James Winslow; «Anna debería tener cuidado con los trenes», pensó. Jimmy deseaba que Irmgard tuviera cuidado con los perros con pelotas cuando ella y Siegfried paseasen con *Hard Rain,* pero Irmgard le había restado importancia al asunto de los perros con pelotas.

—A nadie le gustan los perros con pelotas, Jimmy, pero los machos castrados odian a los perros con pelotas más que *Hard Rain* —le había dicho Irmgard—. *Hard Rain* sabe qué hacer cuando los machos cachondos intentan montarla. A nadie le gusta que le monte un beagle con pelotas, lo sé por experiencia. —Estaba deseando contarle a Claude y Jolanda lo que Irmgard pensaba de los machos en general.

«Querida Esther», escribió Jimmy en el tren. «Confirmo que en mi interior también hay sobre todo fantasía y extrañeza. Sé que te escribes con el abuelo Tommy. Estoy preocupado por él. Yo también me escribo con él, pero ya no me responde como antes. Me pregunto si has notado un cambio en la forma en que te escribe.» Cuando firmó, escribió: «Con cariño, Jimmy».

En uno de los cuadernos en los que escribía su novela, James Winslow hizo cálculos sobre el abuelo Tommy y la abuela Connie. Tenían la misma edad, habían nacido en 1880, un número fácil de recordar para Jimmy, ya que él había nacido en 1941, cuando sus abuelos tenían sesenta y un años. Y no había nadie en la familia Winslow que no hubiera oído la historia de que Prudence tenía diez años cuando Constance Winslow «empezó a notar algo». En ese momento, Hope tenía doce años y Faith catorce.

En 1919, cuando nació Honor Winslow, Thomas y Constance tenían treinta y nueve años. Jimmy sabía que, en aquella época, se trataba de una edad avanzada para tener un hijo. En el otoño de 1963, cuando Jimmy se fue a Viena, sus abuelos tenían ochenta y tres años. Los dos eran grandes caminantes; seguían estando delgados y en forma e iban a pie a todas partes. Estaban tan lúcidos como siempre; no daban señales de necesitar irse a El Prado, la tan denostada residencia de ancianos del pueblo, también conocida como *La última reunión del claustro* por los profesores y el personal jubilado de la academia que residían allí. Ese nombre consolaba en cierta medida a los que aún enseñaban en la Academia Pennacook, pero no tanto a sus esposas. En 1964, cuando James Winslow regresase a casa tras su año en el extranjero, los abuelos de Jimmy tendrían ochenta y cuatro años.

«Querida tía Faith», le escribió Jimmy a la mayor de sus tías. Sabía que las chicas Winslow no eran reticentes a hablar, y Faith

solía ser la primera en hacerlo; no se andaba con rodeos. Le explicó el motivo por el cual estaba preocupado por el abuelo Tommy. Les había escrito a su madre y a Esther, le dijo a Faith. «Cuando me fui a Viena, no vi ningún indicio de El Prado en el horizonte», le escribió. Jimmy tenía que enviar dos cartas desde Ámsterdam y no tenía ni idea de cuánto tiempo estaría allí. No mencionó sus esfuerzos por dejar embarazada a Mieke en sus cartas a Esther o a Faith. No quería gafar el embarazo de Mieke. Jimmy solo esperaba, por el bien de Mieke, no tener que volver a intentar dejar embarazada a ninguna otra mujer.

Cuando llegó a Amsterdam Centraal, la estación central de Ámsterdam, vio a Jolanda desde lejos. Ella agitaba los brazos, era más alta que cualquiera de los que estaban a su alrededor.

—¡Eh, hombre esperma, bien hecho, has dejado embarazada a mi novia! —gritó Jolanda.

Por la forma en que la gente lo miró, Jimmy supo que muchos holandeses entendían inglés. En el taxi que lo llevaba a su hotel en Oudezijds Voorburgwal, uno de los canales con altos muros que cruzaban el barrio rojo, Jolanda le explicó que los muros eran barreras para controlar las inundaciones. El barrio rojo se llamaba De Wallen, por aquellas murallas. No había murallas para controlar a sus padres, explicó.

—Mi padre es un abogado dominado por su mujer, mi madre es la que domina —le dijo Jolanda.

Después de registrarse y dejar las maletas en el hotel, Jolanda lo llevó a dar un paseo por De Wallen. Las prostitutas que no estaban con clientes se mostraban en ventanas y en puertas. Jolanda había observado que no les gustaba que las mujeres las miraran, pero ella sabía cómo mirar a las prostitutas discretamente. Jolanda le susurró a Jimmy cuáles eran sus favoritas, pero algunas de ellas estaban con

clientes. Jimmy no se atrevió a decir cuáles eran sus dos favoritas, pero a menudo le gustaban las mismas que a Jolanda.

—No pasa nada por *mirar,* Jimmy, pero no vuelvas a *visitar* a ninguna de ellas. ¡Estás aquí para *casarte,* recuérdalo! —le dijo Jolanda—. Mieke se comporta ya como una novia que está esperando un hijo: ni siquiera quiere acostarse conmigo hasta después de la ceremonia, cuando tengamos el certificado de matrimonio. Dos vaginas desatendidas hasta entonces. ¡Ya *tienes* un título, Jimmy! *¡Dos vaginas desatendidas!*—exclamó Jolanda. Por la forma en que las prostitutas que estaban en las puertas la miraban, Jimmy supuso que entendían inglés. Jolanda se arrepintió de haber llamado la atención de las mujeres; no había sido su intención faltarles al respeto. Jimmy intentó imaginar *Dos vaginas desatendidas* como una novela sobre el matrimonio. Pero más tarde, cuando ella lo acompañó de vuelta al hotel, se dio cuenta de lo que le preocupaba a Jolanda. Sus padres desayunarían con Jimmy mientras Jolanda volvía a Amsterdam Centraal para recoger a Claude y a Chantal, que llegaban en tren desde París.

Conociendo a Jolanda, a Jimmy le costaba imaginar al señor y la señora Lammers como el epítome de la rigidez, tal como Jolanda los había descrito, pero Jeroen y Els Lammers todavía estaban intentando asimilar que su hija tenía una relación lésbica estable. Y ahora, sin previo aviso, Jolanda y Mieke iban a tener un bebé, un hijo que de alguna manera compartirían con un hombre que no estaba realmente interesado en casarse. Sí, la ceremonia civil de Jimmy y Mieke constituiría un matrimonio legítimo, en el sentido de que el niño nacería de padres legalmente casados, pero el señor Lammers preveía, con su mentalidad de abogado, un mar de posibles disputas legales en el tiempo por venir. Y la señora

Lammers, acostumbrada a dominar a su marido, no podía tolerar la idea de una pareja casada que no tenía intención de convivir.

—Durante el desayuno, Jimmy, tienes mi permiso para vomitar, pero no vayas a consolarte con una de esas pobres mujeres que se muestran en una ventana o en una puerta —le dijo Jolanda. Jimmy no le contó cómo se había relacionado con Berta en Viena, consolándose, sin duda, por lo mucho que echaba de menos acostarse con Mieke y Jolanda.

Tanto Jeroen como Els Lammers eran tan altos como Jolanda. Antes de sentarse a desayunar, Jimmy sintió cierta aprensión al verse tan bajito.

—Si va a tener tu estatura, probablemente una niña sería más feliz que un niño —le dijo Jeroen Lammers a Jimmy.

—Las niñas también son más felices cuando son altas, Jeroen —le dijo la mujer a su marido, sin mirar a Jimmy, quien no tenía ninguna duda de que habría sido más feliz siendo niña, ya fuera alta o baja.

Dada la crítica implícita en las palabras de los Lammers, la desconocida confianza que Jimmy sintió le resultó sorprendente. Era la confianza propia de un narrador; provenía de la escritura. Jimmy les contó la historia de sus dos madres. Era una historia larga y la contó entera; apenas probó el desayuno. Sus dos madres eran las heroínas de la historia de Jimmy.

—Sin embargo, me gustaría conocer a mi madre biológica. Me gustaría poder pasar tiempo con ella —les dijo a los Lammers—. Mi hijo debería pasar tiempo con Mieke y Jolanda, debería conocerlas bien —dijo Jimmy.

—Tu madre, la que te quiso, la que te crio, trabaja como enfermera obstétrica —repitió varias veces la señora Lammers—. Supongo que querrá estar presente cuando nazca el niño.

Jimmy le aseguró que su madre querría estar presente en el parto; tener un hijo había sido idea de su madre, le recordó Jimmy a la señora Lammers.

—Ya me gustan tus madres, las dos —le dijo el calzonazos.

Nadie vomitó durante el desayuno, ni siquiera el señor Lammers. Jolanda les echó dos vistazos furtivos en la cafetería, pero no quiso interrumpirlos, no mientras Jimmy estuviera hablando.

Jolanda ya había llevado a Claude y Chantal a visitar De Wallen.

Por fortuna para Jimmy, Jeroen Lammers reservó su escrutinio legal de los posibles problemas a la legislación holandesa. La criatura tendría doble nacionalidad, holandesa y estadounidense; la ciudadanía holandesa no la perdería, más allá del tiempo que el niño viviera en el extranjero.

—Solo habrá que renovar el pasaporte de la criatura —dijo el señor Lammers. Se mostró más crítico con el plan de divorcio. Era idea de Jolanda que Jimmy y Mieke se divorciaran cuando el niño tuviera tres o cuatro años. El divorcio solo se permitía en caso de una condena de cuatro o más años de cárcel, o en caso de abuso, negligencia o adulterio.

—Lo más sencillo es que el marido admita el adulterio —le dijo Jeroen Lammers a Jimmy—. Esperemos que algún día esa mentira obligatoria no sea necesaria —dijo el abogado. A Jimmy le parecía probable que no tuviera que mentir sobre el adulterio, no si él y Mieke llevaban casados tres o cuatro años.

En cuanto a la relación de Jolanda con Mieke, las parejas de lesbianas podían firmar un «contrato de convivencia», pero esa clase de acuerdos no estaban «reconocidos legalmente», le dijo el señor Lammers a Jimmy. En su conversación no mencionó nada sobre uniones civiles o matrimonios entre personas del mismo sexo. Si Jimmy se volvía a casar y tenía uno o varios hijos de ese nuevo

matrimonio, podría afectar a la futura custodia del hijo de Jimmy y Mieke, o al menos eso especuló Jeroen Lammers, con sus maneras de abogado.

—Las amistades duran más que muchos matrimonios. Los amigos siguen siendo amigos, son los amantes los que se separan —le dijo Jimmy al padre de Jolanda, que seguía mostrándose escéptico ante las inusuales relaciones de su hija.

Cuando Jimmy se reunió con Claude y Chantal, Claude se había recuperado de la impresión que le había causado el barrio rojo, donde, según Jolanda, se había echado a llorar. Claude pensaba que las prostitutas que se exhibían allí necesitaban ser rescatadas de su esclavitud sexual. Jolanda no discutía que algunas de las mujeres que se mostraban en aquellas ventanas y puertas probablemente necesitaban ser rescatadas, y la respuesta emocional de Claude hacia ellas solo hacía que Chantal lo amara con más intensidad. Jolanda dijo que necesitaba un descanso de los incesantes arrumacos en francés entre Claude y Chantal, así como de sus planes de boda, que estaban abiertos a discusión. Claude prefería una boda en New Hampshire, para evitar las extravagantes aspiraciones de su madre. Chantal temía exponer a Claude y a su madre a las Beaudette, que no hablaban francés y solo cambiaban pañales. Chantal esperaba que no muchas Beaudette se aventuraran a ir a París para su boda. Claude esperaba escapar de las manipulaciones de su madre en New Hampshire. Jimmy únicamente quería que Jolanda lo ayudase a enviar sus cartas a Israel y a New Hampshire.

—Volverás a New Hampshire antes de que llegue esta carta —le dijo Jolanda.

Esa noche, la madre de Mieke los llevó a todos a cenar a un restaurante cerca de Rokin, próximo a la plaza Dam. O quizás era un

restaurante cerca de la plaza Dam, tal vez en el Rokin; Jimmy no lo recordaba. Tanto Mieke como Jolanda le habían advertido sobre la madre de Mieke, Bente.

—Coquetea con los jóvenes, seguro que coqueteará contigo, Jimmy —le dijo Mieke.

—Si Bente se pasa de la raya, solo tienes que decir la palabra «pene», Jimmy; es la misma palabra en neerlandés, alemán e inglés —le recordó Jolanda.

Jolanda ya le había contado la historia del padre de Mieke, que había abandonado a Bente antes de que Mieke naciera. Mieke había crecido sin padre, solo ella y Bente.

A Jimmy no le importaba que coqueteara. Bente se limitó a mirarlo con intensidad, y a colocar la mano sobre su muslo, por debajo de la mesa.

—Gracias, Jimmy —le susurró, como si haber dejado embarazada a Mieke hubiese sido una difícil prueba.

—*Moeder!* Las dos manos encima de la mesa —dijo Mieke. (La palabra para «madre» sonó casi como un ladrido.)

A Jimmy le gustaba Bente. Ella dijo que el bebé debía nacer en Ámsterdam, donde Mieke dispondría de todos los médicos y enfermeras que necesitaba.

—Soy yo quien necesitará una enfermera, Jimmy. Espero que tu madre venga y sea mi enfermera —le dijo Bente.

Jimmy pensó que a su madre le gustaría venir a Ámsterdam. Honor Winslow sabía cómo cuidar tanto a los bebés como a las madres.

A la mañana siguiente, Chantal fue sola a la Casa de Ana Frank. Cuando regresó al hotel, se acostó y se pasó el resto del día en la cama. Por eso Claude le pidió a Jimmy que le avisase para ir con él; sabía que no era buena idea ir solo a la vieja casa del canal en

Prinsengracht. Jimmy lloró allí tanto como Claude. Lloraron por Ana, en cuanto niña, y por Ana, en cuanto judía, pero Jimmy también lloró por ella en cuanto *escritora*.

Después de ver a las mujeres esclavizadas en las ventanas y las puertas del barrio rojo, y dada su experiencia en la Casa de Ana Frank, Claude estaba emocionalmente al límite cuando tuvo lugar la ceremonia civil de Jimmy y Mieke. Tras sus votos, Claude vio que la pareja casada recibía algo, pero no vio exactamente de qué se trataba. Le preguntó a Jolanda, pero ella estaba llorando.

—¡Es un *trouwboekje!*—exclamó sin dejar de sollozar.

—¡No es un *trouwboekje!* ¡Pobres Jimmy y Mieke! —exclamó Claude.

—Solo es un *cuadernillo,* Claude. Su certificado de matrimonio está dentro —le dijo Jolanda.

Fue ese tipo de boda. Tanto Jimmy como Jolanda besaron a la novia, y Bente besó a Jimmy con demasiada intensidad. Jimmy pensó que se había mordido la lengua, pero Mieke estaba segura de que era su madre la que le había mordido.

—No te olvides de la palabra «pene» por si la necesitas, Jimmy —le recordó Jolanda.

Dadas las circunstancias, no fue el tipo de noche de bodas que un novio elegiría recordar, pero James Winslow estaba más feliz que nunca. Jamás olvidaría esa noche, ni todas las veces que imaginó que regresaría a Ámsterdam en el futuro. Lo más importante era la criatura y los tres estaban de acuerdo en cuanto al bebé. Si era niño, el nombre lo elegiría Jimmy; si era niña, Mieke y Jolanda. Jimmy eligió Leo. No se lo había dicho a Pequeño Espejo, porque sabía que Kleiner Spiegel se sentiría decepcionado si Jimmy tenía una niña. Mieke y Jolanda dijeron que si era niña tendría que llamarse Vienna.

—¡Porque *Vienna* es un nombre bonito para una niña y porque es donde la *concebimos!*—gritó Jolanda.

El padre de Jolanda no estaba de acuerdo, y lo expresó con su estilo de abogado.

—Técnicamente, Jolanda, solo Jimmy y Mieke la *concibieron*—dijo el señor Lammers, pero Mieke y Jimmy negaron con la cabeza; sabían que Jolanda había participado.

—Los tres lo *hicimos,* papá, esta criatura nos ha costado a los tres —le dijo Jolanda a su padre, al tiempo que Mieke y Jimmy asentían.

No había duda: esa criatura tendría un padre y dos madres, pensó Jimmy. Claude y Chantal habían dejado de discutir sobre dónde casarse; seguían murmurando en francés y besándose.

—No importa dónde os *caséis,* Claude, armaré un buen escándalo —le dijo Jolanda.

Tal vez porque estaba esperando un hijo, algo había cambiado en James Winslow. En el avión de regreso a Estados Unidos, llevó a cabo una importante revisión de la novela basada en su querido abuelo. El santo profesor de inglés no era un soltero empedernido, no era asexual como Honor Winslow, la madre de Jimmy. El profesor Tom, epónimo del Hombre de Dickens, es un hombre de familia. Quiere que sus alumnos, que se sienten solos y deprimidos, sean tan felices como sus propios hijos. Las esposas del profesorado y alumnos homófobos no creen que este profesor de inglés sea homosexual no practicante. James Winslow entendió de dónde venía esa revisión: sabía que ya estaba pensando de forma protectora, como un padre. Y al albergar ese pensamiento, Jimmy sintió más empatía por su madre; su sobreprotección hacia él le resultaba más comprensible. El Hombre de Dickens sigue buscando y salvando a esos chicos perdidos, el profesor Tom sabe encontrar la novela de Dickens que les levantará el ánimo. Jimmy se dio cuenta de que

estaba haciendo más normal al personaje principal de *El Hombre de Dickens,* para que estuviera más seguro, y ese pensamiento llevó a Jimmy a un lugar más oscuro. Recordó una historia que le contó el abuelo Tommy, una historia que el doctor Larch les había confiado a los Winslow. Cuando Larch le dijo al rabino de Portland que Esther no creía en Dios, el rabino se negó a juzgar las creencias de Esther. El rabino dijo que Esther merecía saber cuánto temía su madre por ella. «El miedo es amor», había dicho el rabino.

Como James Winslow entendía ahora, incluso los padres que no son normales quieren que sus hijos lo sean. ¿Acaso no se sienten más seguros los niños normales?, pensó. Esto llevó a Jimmy a temer por su propio hijo. Dada la pérdida histórica de la virginidad de Jimmy y lo despistado que estaba en ese momento, dudaba de que su propio hijo fuera normal; por no hablar de la contribución de Mieke y Jolanda. Y con este pensamiento, Jimmy también se dio cuenta de que cuanto más temes por un hijo, más lo amas. Jimmy nunca dudó de que Mieke y Jolanda sentirían lo mismo. Si su hijo fuera gay, tendrían más miedo por él, lo amarían más. Lo mismo ocurriría con una hija lesbiana: cuanto más miedo sintieran por ella, más la amarían.

En todo eso iba pensando Jimmy en el avión de vuelta a Estados Unidos, donde ser padre lo salvaría de una guerra malograda. Cuando aterrizó en Nueva York, y antes de embarcar en su vuelo de conexión a Boston, Jimmy supo que algo le pasaba a su abuelo. Algo parecido a «el miedo es amor» se había puesto en marcha; las hijas Winslow lo estaban protegiendo de lo que le había pasado al abuelo Tommy, o eso creía Jimmy. Solo sabía que alguien lo recogería en el aeropuerto de Boston. A Faith y Hope les gustaba conducir, y Hope tenía una camioneta. Su madre y Prudence estarían trabajando. Las enfermeras y los médicos siempre estaban trabajando, pensó Jimmy.

En la cinta de recogida de equipajes del aeropuerto de Boston, Faith lo vio antes de que él la viera a ella. Como de costumbre, ella habló primero.

—Hope ha traído la camioneta, sabíamos que tendrías muchas cosas —le dijo—. Hay mucho espacio para ti y Prudence en el asiento trasero, Jimmy —dijo Faith. No esperaba que fueran tres de las hermanas.

—¿Prudence no está trabajando? —le preguntó Jimmy a su tía.

—Tienes que escuchárselo decir a la que sabe de esto, Jimmy. Hope y yo podemos interpretártelo cuando Prudence se pase con la jerga médica —dijo Faith.

En un momento dado, Thomas Winslow empezó a sufrir «ataques»; intentó mantener estos episodios en secreto, para no preocupar a Constance. En un principio, los ataques remitían en una o dos horas. De repente, tenía serias dificultades para respirar, sentía debilidad y mareos, el corazón le latía rápido y de forma irregular. Prudence le contó a Jimmy que había momentos en los que el abuelo Tommy parecía alarmado. En un par de ocasiones, alguien de la familia notó que parecía inestable cuando se disponía a sentarse. Pero daba la impresión de estar bien cuando se sentaba. Estos episodios terminaban de manera tan abrupta como habían comenzado, y Thomas se recuperaba por completo.

—¿Estás bien, Tommy? —le habían oído preguntar a Connie las hijas de los Winslow cuando él se marchaba a toda prisa, a menudo al cuarto de baño.

—Vosotros dos no volváis a cerrar con llave la puerta del cuarto de baño —les dijo Prudence.

—A su edad, la gente muere en el baño mientras el resto de la familia intenta derribar la puerta, Jimmy —le informó Faith.

Jimmy sabía que el abuelo Tommy siempre pensaba en Dickens. En 1870, Charles Dickens había muerto de un derrame cerebral que lo dejó paralizado. Al morir, tenía los ojos cerrados, pero se observó una lágrima en su mejilla derecha. Dickens tenía cincuenta y ocho años.

Hope dijo algo mientras conducía. Connie sabía lo suficiente como para preocuparse por Tommy, porque él no dejaba de decir lo injusto que era que él viviera tanto tiempo, mientras que alguien tan importante y productivo como Dickens hubiese muerto siendo tan joven.

—Papá debía de saber que tenía palpitaciones, como Dickens —le dijo Hope a Jimmy.

—Papá desarrolló fibrilación auricular paroxística, Jimmy. Los ataques se hicieron más frecuentes y duraderos —prosiguió Prudence. Por el espejo retrovisor, Jimmy vio a Faith cerrar los ojos y hacer una mueca debido a la jerga médica, pero Prudence estaba decidida a que Jimmy entendiese a la perfección la situación que le habían estado ocultando. Cuando se habla de fibrilación auricular, las cavidades pequeñas del corazón ya no bombean sangre a las cavidades grandes, las cavidades pequeñas simplemente «fibrilan»; tiemblan, como lo expresó Prudence. La sangre sigue llegando a las cavidades grandes, pero las «señales eléctricas» se interrumpen. Como el corazón bombea tan rápido, no hay tiempo para que una cantidad significativa de sangre llene las cavidades y casi no se bombea sangre. Eso era lo que causaba el mareo, la fatiga y la dificultad para respirar de Thomas Winslow: sus latidos cardiacos eran rápidos y descoordinados.

—Ve al grano, Prudence —interrumpió Faith—. Jimmy tiene *jet lag* y ha estado intentando dejar embarazada a una chica holandesa. No

necesita saber cómo se *supone* que funciona el corazón —le dijo Faith a su hermana menor.

Prudence insistió. Si las cavidades pequeñas ya no «bombean con determinación», dijo, la sangre de las cavidades se estanca. La sangre estancada forma coágulos.

—Cuando termina un episodio y las pequeñas cavidades comienzan a bombear de nuevo, los coágulos salen disparados, enviando una gran cantidad de embolias al cerebro y provocando un derrame cerebral. El tejido muere, Jimmy, eso es lo que significa tener un derrame cerebral —dijo Prudence. No había forma de interrumpirla: a los médicos les encantaban los detalles médicos.

Thomas Winslow entró en el baño, probablemente se sentía mal, en mitad de un episodio. Cuando el episodio pasó, se sintió mejor, pero se vio golpeado por lo que Prudence denominó «una lluvia de embolias». Su arteria cerebral media izquierda quedó obstruida, matando el área de Broca, «la región encargada del habla en el cerebro», como lo describió Prudence. Thomas cayó al suelo. Constance seguramente lo oyó caer y corrió al baño.

—Mamá tropezó con él. El lado izquierdo de la cara de papá estaba paralizado, el lado izquierdo de la boca estaba torcido y se le caía la baba —continuó Prudence—. Papá no puede hablar, Jimmy, y tiene paralizado el lado derecho del cuerpo. Pero puede oír, lo entiende todo. Cuando mamá se cayó, se golpeó la cabeza con la bañera, quedó inconsciente y también se fracturó la cadera —dijo Prudence.

Faith y Hope habían dejado de interrumpir. La fibrilación auricular de Thomas podría haberse controlado, pero el daño causado por el derrame cerebral era permanente. Estaba consciente, pero no podía hablar, no podía usar el lado derecho de su cuerpo. Se alimentaba a través de un tubo porque no podía tragar. Thomas Winslow estaba

postrado en cama y tenía incontinencia; resultaba inimaginable, pero no podía comunicarse, excepto con su mano izquierda. Connie estaba en peor estado. En condiciones normales, su cadera habría necesitado cirugía, pero dada su edad y la lesión en la cabeza, la cirugía suponía un riesgo, así que las hijas de los Winslow decidieron dejarla ir. También había sufrido lo que Prudence llamó una «hemorragia cerebral», que no la mataría de inmediato, pero que la había dejado en coma. Constance también estaba siendo alimentada a través de un tubo.

—Mamá podría aguantar un mes —le dijo Prudence a Jimmy. Thomas era dolorosamente consciente de su propia situación y de la de su querida esposa: ahora estaban en la unidad de cuidados intensivos de El Prado.

—Estuvieron hospitalizados durante dos semanas, Jimmy, antes de ser trasladados a El Prado —dijo Faith. Ahora se sentía libre para interrumpir la explicación. Jimmy supuso que no había más detalles médicos.

—Papá podría morir en cualquier momento, en los próximos años o de forma inminente, pero mamá, con toda probabilidad, fallecerá antes que él, Jimmy —dijo Hope.

—Acabo de recibir tu carta, Jimmy, aunque no he tenido tiempo de responderla —le dijo Faith—. Nos hemos turnado para responder a tus cartas dirigidas a papá, aunque no hemos conseguido engañarte.

—Principalmente, fue tu madre la que respondió a las cartas que le enviaste a papá, Jimmy —le dijo Hope.

—Fuimos *todas,* corrigiéndonos unas a otras, ¡por eso la cagamos! ¡Era imposible que *juntas* pudiéramos sonar como papá! —exclamó Prudence.

—Tranquila, mañana llevaremos a Jimmy a El Prado. Ahora solo quiero saber cómo va el tema del embarazo de la chica holandesa —dijo Faith.

—Es lo primero que te preguntará tu madre, Jimmy. ¿Está embarazada la chica holandesa o no? —le preguntó Hope.

—Si no lo está, deberías seguir intentándolo, Jimmy —dijo Prudence.

—Mieke está embarazada. Ella y su novia, mi compañera de piso Jolanda, se comportan como si ambas estuvieran embarazadas —les contó Jimmy.

—¡Esas chicas parecen *maravillosas!*—exclamó Hope.

—¡Claro que sí, esas chicas se parecen a *nosotras!*—añadió Prudence.

—Eso es lo que quiere decir Hope, Prudence. Esas chicas encajarán a la perfección, Jimmy —le dijo Faith. Parecía lógico que él fuera un pasajero en el asiento trasero, que solo estuviera allí para acompañarlas, pensó Jimmy.

James Winslow sería padre soltero, pero a su hijo no le faltarían madres.

—De hecho, tengo muchas ganas de ser padre —dijo desde el asiento trasero. Con toda la ayuda de la que dispondría, Jimmy sabía que no tenía excusa para no ser un buen padre.

—Tu madre sabe que has estado escribiéndole a Esther, Jimmy —dijo Hope.

—Esther y Honor siempre se escriben —le dijo Prudence.

—Hay una carta reciente de Esther para ti, tan reciente como tu carta para mí desde Ámsterdam —dijo Faith.

No había modo de ocultarles nada a las chicas Winslow, ni a Esther, pensó Jimmy. Sabía que no podría ocultarles nada a Mieke ni a Jolanda. Era una buena idea para alguien que quería ser escritor y

padre. Cuando Jimmy llegó a casa de los Winslow, su madre lo recibió con abrazos y besos. Honor estaba tan feliz de saber que Mieke se había quedado embarazada que tardó en entregarle la carta de Esther.

—Es muy corta —fue todo lo que dijo Honor cuando se la dio.

«A pesar de lo que te dijo Annelies, es demasiado tarde para que seas judío, no creciste con miedo, Jimmy», le había escrito Esther.

—¿No son cortas todas las cartas de Esther? —le preguntó Faith a Honor.

—Según mi experiencia, si le hago preguntas a Esther, sus respuestas son breves —dijo Honor, mirando a Jimmy.

—¡Sobre el tema del *judaísmo* o lo que está pasando en Israel, Esther es *muy* breve! —exclamó Hope.

—Esther nos protege de sus asuntos judíos, así es ella —dijo Honor.

—Esther no es solo tu niñera, Honor, ¡es la niñera de *todos* nosotros! —intervino Prudence.

—En este caso, yo no le hice ninguna pregunta a Esther, fue algo que dijo mi profesora de alemán —les explicó Jimmy, entregándole la carta de Esther a su madre. Obviamente, todas las chicas Winslow leyeron la carta de Esther; no les llevó mucho tiempo.

—Annelies era la profesora *judía* de alemán de Jimmy —explicó Honor.

—Annelies se llama así por Ana Frank —añadió Prudence.

—¿Te gustaba, Jimmy? —le preguntó Hope.

—Estaba enamorado de ella, pero Annelies no me dio la más mínima esperanza —dijo él.

—Muy profesional, ¡bien por Annelies! —exclamó Prudence. Honor cambió de tema y pasó a lo que más le importaba en ese momento: seguir adelante.

—¿Puedes enseñarnos fotos de Mieke, Jimmy? —preguntó su madre.

Según recordaba, Jolanda era la que había tomado la mayoría de las fotos, pero también había conseguido aparecer en muchas de ellas. Le pareció desleal respecto a Jolanda decir que Mieke era la guapa, así que Jimmy no lo dijo, se limitó a enseñarle las fotos a su madre y a sus tías.

—¿Mieke es la guapa? —Faith fue la primera en preguntarle.

—Sí, esa es Mieke —dijo Jimmy, señalándola en una de las fotos.

—La alta era tu compañera de piso, ¿verdad? —le preguntó Hope.

—Sí, esa es Jolanda —respondió Jimmy, señalando a la alta Jolanda.

—Jolanda es guapa a su manera —dijo Prudence.

—Sí, lo es —fue todo lo que Jimmy pudo decir.

—Mieke va a tener un hijo guapo —dijo su madre.

La forma en que las chicas Winslow se cernían sobre las fotos de Mieke, asegurándose de la belleza del hijo de Jimmy, fue un mal presagio para el escritor en el que acabaría convirtiéndose James Winslow; esperaba que ese interés por la imaginaria belleza del bebé de Mieke no fuera una señal de lo que estaba por venir. La belleza no garantizaba el bienestar de un niño. El repentino temor de Jimmy por la seguridad de su hijo fue un presagio del padre en el que se convertiría: su temor no era solo fruto de su imaginación literaria.

—Os van a gustar Mieke y Jolanda, son muy divertidas —dijo Jimmy.

Eso no pareció gustarles a su madre y a sus tías. Tal vez la urgencia con la que habían deseado que dejara embarazada a una chica no tuvo en cuenta que el embarazo podía ser divertido. Una vez más, Honor cambió de tema.

—Será mejor que te prepares para ver a tus abuelos, Jimmy —dijo su madre—. Mamá no responde en absoluto, pero papá está muy triste. Él sabe lo que está pasando, lo entiende todo, pero no puede hablar, y ya sabes lo mucho que le gustaba *hablar* a ese hombre.

Sí, el abuelo Tommy sin duda sabía hablar, especialmente sobre Dickens, recordaba Jimmy. «¡Y Dickens abusa de los signos de puntuación!», había exclamado Thomas Winslow. Jimmy incluso recordaba a su abuelo diciendo que la puntuación de Dickens era «una forma de dirección escénica». Aquel hombre sabía hablar.

«¡Que le den morcilla a la puntuación de Dickens, papá!», le había gritado Honor a su padre. Jimmy también recordaba eso.

—Le leeré al abuelo la novela que estoy escribiendo: *El hombre de Dickens*—les dijo. Eso les gustó tanto como cuando les dijo lo divertidas que eran Mieke y Jolanda.

—¿Es una novela sobre tu abuelo, Jimmy? —preguntó Faith en primer lugar.

—El personaje principal es un profesor basado libremente en el abuelo: da clase sobre Dickens, pero utiliza a Dickens para salvar vidas —dijo Jimmy.

No había ningún Winslow que no supiera que Thomas nunca tuvo la intención de «cargar» a su nieto con el anticuado deseo de ser novelista como Charles Dickens. «Una ambición obsoleta», así la denominaba Thomas Winslow. Thomas lamentaba haber inspirado a su querido nieto a convertirse en un novelista del siglo XIX. Lo único que había pretendido era iluminar al chico, que tenía dificultades como lector.

—*¿Qué significa* eso de «basado libremente», Jimmy? —preguntó Faith.

—*¿Cómo puede* salvar vidas Dickens? —quiso saber Prudence, la doctora.

—¡No recuerdo que papá fuera un especie de imán para estudiantes suicidas! —exclamó Hope.

—Papá tenía algunos estudiantes deprimidos. Tal vez Dickens les ayudó —dijo la madre de Jimmy a sus hermanas.

—Creo que «basado libremente» significa que no es exactamente así —declaró Jimmy. Como escritor de ficción novel, iba a aprender que sería criticado por escribir sobre personas reales, lo hiciera con exactitud o sin ella—. El abuelo me dirá si he retratado bien a Dickens. A él no le importará si se parece o no al hombre de Dickens —les dijo Jimmy.

O eso *esperaba* Jimmy, supusieron su madre y sus tías. En su opinión, estaba siendo presuntuoso: se estaba tomando ciertas libertades con la sagrada propiedad de la familia por el mero hecho de titular una novela *El hombre de Dickens*.

—Mañana te llevaremos a El Prado, Jimmy —le dijo Faith.

—Yo conduciré, podría conducir hasta allí con los ojos vendados —dijo Hope.

—No puedo tomarme dos días libres seguidos —les informó la doctora Prudence.

—Estaré trabajando —fue todo lo que dijo la madre de Jimmy, sin mirarlo.

—Os lo contaremos todo —les aseguró Hope a Honor y a Prudence. Jimmy había imaginado que el abuelo Tommy sería su único público. Como aprenden todos los escritores de ficción, los miembros de su familia lo leen buscando verse reflejados. Se enfadan si se encuentran y se decepcionan si no lo hacen. «¿Qué tías son esas?» Las tías de Jimmy se lo preguntarían cuando leyeran la novela de Jimmy. «¿Quién es esa madre?», se preguntó Honor Winslow cuando la leyó. Ni los compañeros de clase de James Winslow ni sus compañeros del equipo de lucha libre se vieron

reflejados entre los estudiantes solitarios, deprimidos y suicidas que el profesor Tom salvaba en *El hombre de Dickens*. Los estudiantes que necesitaban ser rescatados eran producto de la imaginación de Jimmy. Jimmy sabía que esos chicos perdidos eran potenciales versiones de su yo más inseguro. Si Arnaud o Chantal Beaudette no hubieran estado presentes en su vida, ¿qué habría sido de Jimmy?

Y respecto a la supervivencia de Jimmy en la academia, ¿qué habría pasado si el entrenador Ted, Jonah Feldstein o el abuelo Tommy no hubieran estado allí? ¿Cuán solo y deprimido habría llegado a estar Jimmy si nunca hubiera leído a Charles Dickens? En *David Copperfield*—recordando su vida como lector en su habitación del desván, en el Chatham de su infancia—, Dickens escribió: «He sido Tom Jones (un Tom Jones infantil, una criatura inofensiva)». James Winslow no dudaba de que el abuelo Tommy lo entendería. Jimmy imaginó que su desesperación habría crecido sin límites de no haber leído *Grandes esperanzas*.

El Chatham de la infancia de Dickens renace en *Grandes esperanzas:* en las tumbas del cementerio que podían verse desde su habitación en el desván, en el barco prisión negro, «como una malvada arca de Noé». Dickens lo vio en alta mar durante los viajes en barco que realizó por el Medway hasta el Támesis, cuando vio a sus primeros convictos. Thomas Winslow reconocería el modelo que Jimmy había utilizado para ilustrar el paisaje de Pennacook: sus dos ríos, sus dos comunidades, las marcadas diferencias entre la academia y el pueblo. La academia era la clase dominante de Pennacook. James Winslow, el escritor, despreciaría a los habitantes de Pennacook, al igual que ellos habían despreciado a la familia Winslow. El paisaje de *Grandes esperanzas* le debe mucho al paisaje de Chatham: las marismas brumosas, la niebla del río, incluso la casa cercana donde vive la señorita Havisham. En sus paseos de

Gravesend a Rochester, Dickens y su padre se detuvieron en Kent y contemplaron la mansión situada en lo alto de la colina de tres kilómetros llamada Gad's Hill. Su padre le dijo a Charles que, si trabajaba duro, algún día podría vivir allí. Dadas las circunstancias de su familia y los problemas económicos de su padre, al joven Charles debió de resultarle difícil creerlo. Sin embargo, Dickens llegó a vivir allí, durante los últimos doce años de su vida. Allí escribió *Grandes esperanzas* y allí murió. La exageración veraz era algo real para Dickens.

Como le había dicho su abuelo a Jimmy: «Los lectores que consideren descabellada la imaginación de Dickens deberían fijarse en su vida». La pobreza obligó a la familia a alejarse de Chatham, donde Dickens había pasado su infancia.

«Pensé que la vida sería más caótica de lo que resultó ser», escribió Dickens.

La autocompasión no tenía cabida en sus novelas. «Sus armas eran la caricatura y la burla», escribe su biógrafo Edgar Johnson, «el melodrama y el sentimiento desenfrenado.»

Al leerle las primeras páginas de *El hombre de Dickens* a su abuelo Tommy, Jimmy destacó que el aula del profesor Tom era como un campo de batalla emocional, en el que se mezclaban la comedia burda y el patetismo. El compañero de habitación de un estudiante se había suicidado, se había ahorcado en la ducha del dormitorio después de dejar una nota sobre su almohada. «Estoy en la ducha», le escribió a su compañero de habitación.

Los padres de uno de los alumnos del profesor Tom se estaban divorciando. Padre e hijo se acostaban con la misma mujer, que había sido la profesora favorita del alumno cuando cursaba primaria. Durante unas vacaciones escolares, él había aceptado el trabajo de cuidar de su casa mientras ella se divertía con una amiga en el

Caribe. Se había masturbado con la cabeza metida entre su ropa interior. El hombre de Dickens leyó en voz alta al chico atribulado, imitando el ceceo del señor Sleary en su alegato a favor de los artistas del circo en *Tiempos difíciles*. «No seas cruel con nosotros, pobres vagabundos. La gente debe ser amable. No pueden estar siempre aprendiendo, ni tampoco pueden estar siempre trabajando, no están hechos para eso. Hay que tener compasión, señor. Haga lo correcto y lo bondadoso, y saque lo mejor de nosotros, ¡no lo peor!»

En la habitación de El Prado que compartían Thomas y Constance Winslow, había unas cortinas verticales con ruedas. Connie, en coma, yacía frente a su marido, donde él podía verla, excepto cuando la auxiliar de enfermería, Alma, cerraba las cortinas. Lo hacía para preservar la intimidad de Connie cuando tenía que asearla. Aunque Connie estaba en coma, la auxiliar de enfermería también cerraba las cortinas cuando atendía a Tommy para asearlo.

—Después de orinar y defecar, necesitan privacidad —le dijo Alma a Jimmy.

Alma era una incansable defensora de la privacidad y la higiene personal. Con las interrupciones para orinar y defecar, se interrumpía el impulso narrativo de la sincera lectura que Jimmy estaba llevando a cabo de *El hombre de Dickens,* por no hablar de los suspiros, jadeos y rigurosas retenciones de la respiración detrás de las cortinas por parte de la tía Faith y la tía Hope, cuyas críticas se expresaban a través, precisamente, de la respiración. Una o dos veces, Hope se había reído; sus risitas infantiles provocaron un pulgar hacia arriba por parte del abuelo Tommy. Jimmy entendió que a los lectores de Dickens se los animaba a amar u odiar a sus personajes, tal y como hacía Dickens.

«Mirad a Orlick, se *supone* que debéis odiarlo», les dice el profesor Tom a sus alumnos. En *Grandes esperanzas,* Orlick es tan

peligroso como un perro maltratado. Dickens siente poca simpatía por las circunstancias sociales que subyacen a la villanía de Orlick. Orlick es malo, simple y llanamente: quiere matar. «Mirad a Joe, *tenéis* que quererlo», les dice Tom a los chicos. Joe es orgulloso, honesto, trabajador, no se queja y manifiesta una buena voluntad infinita a pesar de la clamorosa falta de reconocimiento que le rodea. Joe es bueno, simple y llanamente: no quiere hacer daño a nadie. «Dickens creía en el bien y el mal. Creía que había personas verdaderamente buenas y verdaderamente malas, como vosotros. Vosotros, chicos, sois incapaces de ser indiferentes», les dice el profesor Tom a sus alumnos. «Amáis u odiáis, como Dickens. Sé que es así.»

Sin embargo, en *Grandes esperanzas,* Dickens muestra más miedo hacia Jaggers que repugnancia, como si Jaggers fuera demasiado peligroso como para despreciarlo. «Cuando era adolescente, pensaba que Jaggers siempre se lavaba las manos y se rascaba debajo de las uñas con su navaja porque sus clientes eran moralmente reprensibles (moralmente *sucios)»,* les cuenta el profesor Tom a sus alumnos. «Era el caso de un abogado que intentaba librar a su cuerpo de la contaminación contraída por su cercanía con *los criminales*. Ahora creo que esta es solo una de las razones por las que Jaggers nunca puede estar limpio. Estoy seguro de que la suciedad que Jaggers acumula en su trabajo es la suciedad de *la propia ley:* ¡es la *mugre* de su propia profesión la que se le pega!», les dice Tom a los chicos.

Jimmy siguió leyendo sin parar. Le resultaba difícil no dirigir su lectura a la mano izquierda de su abuelo, en lugar de al rostro desfigurado del moribundo. Jimmy continuó con la «contaminación permanente de Jaggers», cómo la casa del abogado es tan profesional como su oficina, cómo la presencia de su ama de llaves,

Molly, «proyecta el aura de una prisión sobre la mesa del comedor de Jaggers». Molly es una asesina, que se libró de la horca *no* porque fuera inocente, sino porque Jaggers la sacó del apuro. A Jimmy le habría roto el corazón recibir otro pulgar hacia arriba de la mano izquierda de su devoto abuelo.

En *Grandes esperanzas,* Magwitch era el héroe de Jimmy, el convicto que arriesga su vida para ver en qué se ha convertido su creación. Es típico de Dickens que Magwitch se libre de la respuesta. La creación del convicto no salió muy bien. «Es Magwitch quien da vida al dramático comienzo de la novela: un convicto fugado que asusta a un niño pequeño para que le dé comida y una lima para sus grilletes», explica el profesor Tom a sus alumnos. Mientras Jimmy leía a su abuelo postrado en cama, Magwitch regresaba a Londres como un hombre perseguido, también dio vida al dramático final de la novela. Magwitch destruye las expectativas de Pip con la misma eficacia con la que las creó. «Creéis que *tenéis* problemas», dice Tom a los chicos más problemáticos, casi suicidas. «Alegraos de no ser Pip, que descubre que su benefactor ha sido todo este tiempo Abel Magwitch, el convicto fugado. Y no sintáis *demasiada* lástima por Pip, ¡deberíais sentir *más lástima* por Magwitch!» El profesor Tom les dice a sus alumnos. «No me digáis que *echáis de menos* vuestra casa», les dice el hombre de Dickens a los chicos nostálgicos. «Mirad a Magwitch. Él nos proporciona el eslabón perdido en la historia del desengaño de la señorita Havisham. Magwitch nos sirve para saber quién es Estella y de dónde viene, ¡pero no me digáis que Magwitch es solo un *recurso argumental!»* Mientras Jimmy le leía al moribundo, Pip nunca iba a poder librarse —ni Estella, por asociación— de la «mancha» que suponía la prisión de Magwitch.

Eso fue lo más lejos que llegó Jimmy en su primera lectura de *El hombre de Dickens* a su abuelo. El abuelo Tommy había emitido un sonido gaseoso y líquido. Del pañal del moribundo emanó un hedor insoportable. Alma abrió las cortinas con ruedas, como si el sonido y el olor hubieran llamado su atención. Había lágrimas en las mejillas de la auxiliar de enfermería, y Jimmy pudo ver que sus tías estaban llorando; todas habían estado escuchando la lectura de *El hombre de Dickens*. No muchos escritores reciben una respuesta tan gratificante por parte del público a sus primeras novelas. En cuanto a su devoto abuelo Tommy, este volvió a alzar el pulgar de la mano izquierda, otro momento desgarrador. Las lágrimas corrían por las mejillas de Thomas Winslow. A pesar de su rostro medio paralizado, el abuelo de Jimmy lloraba desconsoladamente por ambos ojos.

—No te preocupes, Jimmy —le dijo Alma—. Los pacientes que han sufrido un derrame cerebral son emocionalmente lábiles, suelen llorar por cualquier motivo. Sus emociones afloran con rapidez, sin filtro alguno.

Eso no explicaba del todo por qué la auxiliar de enfermería y sus tías estaban sollozando. Jimmy esperaba que *El hombre de Dickens* fuera algo más que ese «cualquier motivo» para el abuelo Tommy. Y el vocabulario de Alma confundió a Jimmy, que no conocía la palabra «lábil», que significa emocionalmente inestable o propenso al cambio. Jimmy pensaba que «lábil» estaba relacionado con *labia,* o sea, con los labios vaginales.

Pobre Alma. Pensó que Jimmy parecía repentinamente afligido, pero no se dio cuenta de que estaba tratando de imaginar a su desafortunado abuelo como emocionalmente vaginal, como si los pacientes que habían sufrido un derrame cerebral tendiesen, por algún extraño motivo, a parecerse a los pliegues internos o externos de la vulva.

—¿Qué tienen que ver los pacientes que han sufrido un derrame cerebral con la vagina o con los labios vaginales? —le preguntó Jimmy a la auxiliar de enfermería.

La pregunta provocó que las tías de Jimmy dejaran de sollozar. Faith y Hope estaban horrorizadas; ahora eran ellas las que parecían consternadas. El abuelo de Jimmy fue el único que se dio cuenta de que se trataba de un problema lingüístico, que no tenía nada que ver con derrames cerebrales ni vaginas. El rápido gesto de pulgar hacia abajo de la mano izquierda del abuelo Tommy llamó la atención de todos. Como Faith y Hope le dirían más tarde a Jimmy en el coche, cuando se alejaban de El Prado, si su querido papá hubiera podido echarse a reír, sin duda lo habría hecho.

—¿No sabes lo que significa «lábil», Jimmy? —fue Faith la primera en preguntar, todavía en la habitación de Thomas y Constance.

Alma parecía estar experimentando con la mirada afligida y Hope había soltado una carcajada. Las hermanas Winslow y Jimmy hicieron todo lo posible por asegurarle a Alma que la confusión entre «lábil» y «labios vaginales» era tan solo un malentendido lingüístico o de vocabulario.

—¡Échale la culpa al latín! —exclamó Hope. Dijo que «lábil», «labios», «vulva» y «vagina» procedían del latín. De nuevo un pulgar hacia arriba de ya-sabéis-quién.

De vuelta en casa de los Winslow, Prudence y Honor estaban ansiosas por saber cómo había sido recibida la lectura de Jimmy de *El hombre de Dickens*.

—Todo iba bien hasta que Jimmy le contó a Alma un chiste sobre la vagina —dijo Faith.

—¡Pobre Alma! —exclamó Prudence, mientras Hope se partía de risa.

—No le cuentes chistes sobre vaginas a las auxiliares de enfermería, Jimmy —le dijo su madre con tono severo. Después de que explicaran hasta la saciedad el asunto de los labios vaginales, Faith y Hope les contaron a Honor y a Prudence cómo las primeras páginas de *El hombre de Dickens* les habían hecho llorar, incluso a Alma—. ¡Alma no suele llorar nunca! —declaró Honor—. Quiero que me leas *El hombre de Dickens,* Jimmy.

—Yo leeré la novela, odio que me lean —afirmó Prudence.

El final de su novela era muy importante para el escritor en el que acabaría convirtiéndose James Winslow. Cuando le cuentas una historia a un moribundo, más vale que sepas adónde vas, más vale que sepas cómo termina tu historia. El moribundo *conoce* su final. Jimmy había imaginado el final de *El hombre de Dickens,* pero no lo había escrito. Imaginó el final con más precisión cuando le leía a su abuelo. Podía ver a los estudiantes que el profesor Tom había salvado: acudían a un lugar como El Prado para presentar sus respetos al moribundo hombre de Dickens.

—Tengo una pregunta médica para Prudence, no sobre el abuelo, sino sobre mi personaje de ficción, que también se está muriendo, al final de la novela —dijo Jimmy.

A continuación se produjo un alboroto entre las hermanas Winslow sobre la muerte en la vida real en contraposición a las representaciones de la muerte en las novelas. La pregunta médica de Jimmy para la doctora de la casa quedó postergada por la emoción del momento.

—Tu personaje de ficción no debería morir de la misma manera que papá —le dijo Faith a Jimmy con naturalidad.

—Y no le leas a papá la escena de la muerte de tu personaje, no importa cómo muera tu hombre de Dickens —le dijo su madre.

—Papá está pendiente de cada una de tus palabras, Jimmy. Ralentiza la historia, pospón la muerte, no llegues nunca al final —le aconsejó Hope.

—Estoy muy lejos de escribir el final. He escrito menos de la mitad de la historia —les confesó Jimmy.

—Deberías escribir por adelantado, excepto cuando le leas a papá —dijo Faith.

—Primero léeme a mí todo lo que has escrito, de una sola vez, y luego te pones a escribir como un loco, Jimmy —le ordenó su madre.

—Papá no es tonto, Jimmy. Cuando ralentizas la historia, él sabe que estás ganando tiempo porque no has escrito el resto —dijo Hope.

—¿Cuál es tu pregunta *médica,* Jimmy? —intervino Prudence.

—¿Alguien en la situación del abuelo Tommy podría escribir? —preguntó Jimmy.

Jimmy sabía que su abuelo podía mover los dedos de la mano izquierda y que a pesar de haber sufrido un ictus lo entendía todo. El hecho de que no pudiera hablar no le impedía escribir con la mano izquierda, ¿o sí? Si se colocaba un papel en un portapapeles de manera que el abuelo Tommy pudiera alcanzarlo, ¿podría escribir sus pensamientos? Un personaje *como* su abuelo, siempre que el derrame cerebral no le hubiera robado la capacidad de formar frases en su mente, podría ser capaz de sostener un bolígrafo y escribir, ¿verdad?

Faith, y no Prudence, fue la primera en responder a la pregunta médica de Jimmy.

—Papá es diestro, Jimmy, y estaba orgulloso de su letra. Papá no querría que viéramos cómo escribe con la mano izquierda —dijo Faith.

—El personaje de ficción podría ser zurdo, Faith —señaló Hope.

—Papá no quiere expresar sus pensamientos por escrito, Jimmy. En su estado, lo único que le apetece decir es si algo le gusta o no —dijo su madre.

—En términos *médicos*—interrumpió Prudence—, tu personaje de ficción podría usar su mano izquierda para escribir. Su cognición podría estar intacta y podría expresar sus pensamientos por escrito. Si su cognición superase con creces su capacidad de comunicación, podría sentirse frustrado por su incapacidad para dar a conocer sus pensamientos. Podría gruñir y agitar la mano, podría hacer mímica con un bolígrafo... Podría estar mucho más enfadado que papá, Jimmy —dijo Prudence.

Eso era todo lo que Jimmy necesitaba saber; escribiría su final. Jimmy sabía que en sus futuras novelas morirían más seres queridos. Prudence, su tía dedicada a la medicina, sería su primera lectora. Los detalles sobre la muerte importarían al final. El hombre de Dickens se desanimaba al comprobar que no todos sus alumnos se habían salvado. Los hombres adultos que necesitaban ser rescatados eran demasiado mayores para ser salvados por Dickens; sus años de formación habían quedado atrás. El profesor Tom comprendía que los mejores personajes de Dickens eran redimibles. Le dolía darse cuenta de que los alumnos eran más redimibles que los adultos. Escribió con la mano izquierda lo que el derrame cerebral no le permitía decir. El profesor Tom esperaba *asustar* a sus antiguos alumnos que todavía necesitaban ser salvados; era demasiado tarde para inspirarlos. Jimmy creía que el abuelo Tommy aprobaría el pasaje en el que el hombre de Dickens les lee a sus patéticos antiguos alumnos el fragmento de *Grandes esperanzas* en el que Pip imagina una noche tan fría que podría matar a un hombre tendido en las marismas: «Miré las estrellas y pensé en lo horrible

que sería para un hombre levantar la cara hacia ellas mientras se congelaba hasta morir, y no ver ayuda ni piedad en toda esa multitud resplandeciente». Jimmy recordaba cuánto admiraba su abuelo ese pasaje.

Jimmy y su abuelo sabían que la vida real no tenía una trama como la de las novelas. Cuando Constance Winslow murió, a pesar de permanecer inmóvil, su querido Tommy fue el primero en darse cuenta. Interrumpió la lectura de Jimmy señalando con el dedo índice de su mano izquierda el espacio entre las cortinas. Alma acudió en cuanto Jimmy la llamó; las lágrimas en las mejillas de su abuelo Tommy le indicaron a Jimmy que la abuela Connie había fallecido. Si Thomas Winslow hubiera podido hablar, Jimmy sabía lo que habría dicho el hombre que lloraba. Jimmy lo dijo por él.

—¡Estás en lo cierto, Connie! —exclamó Jimmy.

Fue la exuberancia del pulgar hacia arriba de su abuelo lo que le hizo saber a Jimmy que el hombre que lo amaba a él y a Dickens estaba listo para dejar este mundo.

La lectura que le hizo a su madre de todo lo que había escrito, «de una sola vez», como ella le había indicado, contó con la presencia de Faith y Hope. Las lágrimas de las tres hermanas se intercalaron con sus risas, una respuesta gratificante para una primera novela. Lo que quedaba de su lectura en El Prado sería efímero. Tras el fallecimiento de Constance Winslow, retiraron su cama, pero Alma seguía escuchando detrás de las cortinas.

Jimmy no quería que *El hombre de Dickens* supusiera una carga para su abuelo, que solo deseaba morir. Al terminar una breve lectura, Jimmy esperó a que Alma se alejara para secarse las lágrimas sin que nadie la viera. Cuando se inclinó sobre el abuelo Tommy, sus frentes casi se tocaron.

—Voy dejar de leer, abuelo —susurró Jimmy, esperando que Alma no pudiera oírlo—. Solo quería que supieras que puedo hacerlo, que puedo ser escritor —le dijo Jimmy.

La fuerza de la mano izquierda de su abuelo lo sorprendió. El moribundo agarró el cuello de su nieto con la firmeza de un luchador, manteniéndolo mejilla con mejilla. Así los encontraría Alma, como si se hubieran congelado en el tiempo, o como si quisieran hacerlo.

Después de eso, como Alma diría que había visto en casos anteriores, Thomas Winslow rechazó la alimentación y se resistió a todos los cuidados. Con su fuerte mano izquierda, se arrancaba los tubos. El abuelo de Jimmy, el buen profesor que había inspirado *El hombre de Dickens,* murió a los pocos días de su querida Connie.

24

El paso del tiempo

Los habitantes de Pennacook sabían que Alma, la auxiliar de enfermería, había estado presente en muchos últimos momentos en El Prado. Alma no quiso darle especial importancia al hecho de que los Winslow muriesen uno después del otro. Era una mujer que decía haberlo visto todo, pero la gran estima que sentía por la historia de amor de Thomas y Constance Winslow supuso una cura de humildad para los habitantes del pueblo. Las mujeres guardaban un silencio notable. ¿Se preguntaban esas mujeres si sus maridos habrían retirado sus tubos para morir pocos días después que sus esposas? ¿Era debido al respeto que sentían por Alma, que tenía una larga experiencia con los moribundos, por lo que los habitantes de Pennacook mostraban más respeto por Thomas y Constance Winslow en la muerte del que habían mostrado por ellos cuando estaban vivos? Enviaron muchos ramos de flores a la casa de la calle Front.

Alma se convirtió en el catalizador de una extraña ruptura entre las hijas de los Winslow; es posible que «ruptura» sea una palabra demasiado fuerte, pero sí, como mínimo, de una diferencia de opinión. Alma era todo lo contrario a una alborotadora. Las hermanas Winslow la querían y la respetaban profundamente. Constance conoció a Alma en la biblioteca. Alma Vásquez, una

mexicana-estadounidense soltera de la edad de Faith o Hope, era una lectora empedernida desde joven.

—Me encantaba leer novelas, pero mis estudios de enfermería eran lo primero. También tenía que aprender inglés y emigrar de México —le contó Alma a Constance cuando se conocieron—. Ahora quiero volver a leer novelas, en inglés.

Constance supuso que Alma tenía entre veintitantos y treinta y pocos años. La biblioteca tenía un club de lectura, formado exclusivamente por mujeres mayores que Alma. El club de lectura no iba a ser el adecuado para Alma. Ella era demasiado elocuente y mejor lectora que las mujeres del pueblo; por otra parte, la presencia de mexicanos en New Hampshire era muy escasa. La piel morena y el pelo negro azabache de Alma la diferenciaban del resto. Era escultural, con rasgos cincelados, pecho prominente, y, además, estaba soltera. Alma prefería hablar con Constance sobre las novelas que leía. Pero nadie le había leído nunca una novela en voz alta a Alma, hasta que oyó a Jimmy Winslow leer *El hombre de Dickens*.

Dada la devoción que Alma sentía por los queridos padres fallecidos de las hermanas Winslow, estas le abrieron las puertas de par en par cuando Alma se presentó por primera vez en la casa de la calle Front para preguntarle a Jimmy cómo iba avanzando *El hombre de Dickens*. Lo que Alma realmente quería era que Jimmy le leyera en voz alta, pero le podía la timidez cuando la madre de Jimmy o una de sus tías estaban presentes. Cuando sonó el timbre de la casa de la calle Front, las hermanas Winslow corrieron hacia la puerta. La tercera vez que Alma pasó por allí, se armó de valor y dijo lo que realmente quería.

Fue un alivio que Honor Winslow estuviera sola cuando abrió la puerta. Alma y Honor tenían en común su profesión de enfermeras.

—Es probable que Jimmy esté escribiendo en su habitación, pero iré a buscarlo —dijo Honor.

—Me gustaría que me leyera, si no le parece raro —soltó Alma. Le explicó a la madre de Jimmy que le encantaba escucharle leer *El hombre de Dickens*—. Ahora asocio la novela a su voz. Quiero escucharla, no leerla —dijo Alma.

—No es nada extraño. A mí también me gusta escuchar a Jimmy leer —le dijo Honor. La madre de Jimmy lo encontró escribiendo en su habitación. Jimmy dijo que leerle a Alma era extraño—. No es extraño. Solo sería extraño si le leyeras en pijama, Jimmy —le dijo su madre. A menudo escribía en pijama, pero se ponía unos vaqueros y una camiseta para leerle a Alma.

Jimmy le leía en lo que denominaban la sala de lectura de la casa de la calle Front. Thomas y Constance solían sentarse allí a leer sus respectivos libros, por lo general sin hablar entre ellos. El televisor estaba en lo que conocían como la sala de estar, o la sala familiar, después de que Faith y Hope tuvieran hijos. Ese día, cuando Faith y Hope pasaron por allí, pudieron oír a Jimmy leyendo en voz alta.

—¿A quién le está leyendo Jimmy? —le preguntó Faith a Honor.

—¿O es que Jimmy está escribiendo en voz alta en la sala de lectura? —preguntó Hope. Cuando Honor les explicó lo de Alma, Faith y Hope se quedaron impactadas.

—Alma debe de tener mi edad, ¡casi *sesenta* años! —exclamó Faith.

—¡Aunque Alma tenga solo *mi* edad, sigue siendo demasiado mayor para Jimmy! —dijo Hope. Ella tenía cincuenta y siete años.

—Jimmy solo le *lee* a Alma. No tienen relaciones sexuales —aclaró Honor. Rio con ganas, lo que indignó aún más a sus hermanas mayores—. Que tuvieran relaciones sexuales, si es que algún día las tienen, no sería el fin del mundo —susurró Honor. Faith y Hope se

quedaron mirándola fijamente—. Lo que quiero decir es que Jimmy no está realmente casado y algún día tendrá relaciones sexuales con *alguien*. Si lo hace con una mujer de la edad de Alma, seguro que no la dejará embarazada, ¿verdad? ¡Lo mejor para esta familia sería que Jimmy no dejara embarazada a otra persona! —declaró Honor.

En ese momento, llegó Prudence a casa, ella y Honor seguían viviendo en la casa de la calle Front. Faith y Hope le contaron a Prudence que Jimmy y Alma estaban «empezando algo» en la sala de lectura, donde «había algo más que lectura».

—Alma es demasiado mayor para quedarse embarazada, ¿no? —le preguntó Honor a Prudence, que era la doctora de Alma y sabía exactamente cuántos años tenía. Prudence también sabía ser discreta.

—Alma es mayor que yo —le dijo Prudence a Honor—. Alma es más joven que vosotras dos —les dijo a Faith y Hope. Ahora sabían que Alma tenía cincuenta y seis años—. Es muy improbable que Alma pudiera quedarse embarazada, y si le pasara, ella y yo sabríamos qué hacer —les dijo Prudence a sus hermanas, mientras Jimmy seguía leyendo.

Ese día, mientras Jimmy le leía a Alma *El hombre de Dickens,* en ningún momento se le pasó por la cabeza a ninguno de los dos tener relaciones sexuales. Se enteraron de que la madre de Jimmy deseaba que *mantuvieran* relaciones sexuales cuando Honor llevó a Alma a un lado y le pidió que evitara que el autor en ciernes dejara embarazada a una mujer más joven. Faith y Hope acorralaron a Jimmy cuando estaba escribiendo en su habitación. Le dijeron que tener relaciones sexuales con Alma era «una perversión inevitable», algo a lo que sin duda «conduciría» el hecho de que él le leyera. Pero sus tías querían transmitirle un mensaje, uno que no tenía que ver con Alma.

—Te habrás dado cuenta, Jimmy, de que tu madre es *opaca* en lo que respecta a los asuntos sexuales —dijo Faith en primer lugar.

—No pasa nada porque sea asexual, está perfectamente bien, pero tu madre es sexualmente opaca en otros aspectos, Jimmy. Da la sensación de que hay un *vacío* en ella, como si *faltara* algo, sexualmente hablando —dijo Hope.

—No nos importa que Honor no sea *normal,* Jimmy. Prudence tampoco tiene una vida sexual del todo normal... —empezó a decir Faith, pero Hope la interrumpió.

—Prudence tenía un novio que quería casarse con ella, Faith —intervino Hope—, pero Prudence prefirió estudiar Medicina. De acuerdo, Prudence prefiere las relaciones a distancia, pero al menos tiene relaciones, Jimmy —dijo Hope.

—Estoy harta de oír cómo tu madre y Esther eran «almas gemelas», Jimmy. ¡Menuda cosa! Esther lo hacía *todo* por tu madre. Es como si tu madre no hubiera tenido la oportunidad de vivir la adolescencia o la primera juventud —le dijo Faith.

—Está bien que tu madre quisiera que dejaras embarazada a una chica cualquiera... De acuerdo, es una madre algo sobreprotectora —dijo Hope—. Pero ahora eres adulto y vas a ser padre, no puedes dejar que alguien que nunca ha mantenido relaciones sexuales controle tu vida sexual, Jimmy —le dijo Hope.

Jimmy se quedó sin palabras, como solía ocurrirle. En lo relativo a su vida sexual, le preocupaba que nadie le resultase tan emocionante como Jolanda y Mieke, en particular por la forma en que ellas dos habían *gestionado* la primera experiencia sexual de Jimmy. Y aunque a Jimmy no le gustaba el modo en que Faith y Hope hablaban de su madre, sentía que Honor compartía con Esther cierto gusto por la inconcreción.

Su madre y Esther vivían en segundo plano, como personajes secundarios de una novela.

Alma Vásquez dijo que sería «mejor» que Jimmy le leyera en su habitación. Estaban en su dormitorio cuando Alma le explicó a qué se refería con «mejor».

—Tu madre cree que deberíamos tener relaciones sexuales, Jimmy, pero yo tengo más cosas en común con tu madre de lo que ella cree —dijo Alma. Había dejado México, donde no había querido hacerse monja ni tener relaciones sexuales, por no hablar (lo peor de todo) de casarse y tener hijos—. ¿Te suena familiar? —le preguntó a Jimmy. Alma pensaba que sería más fácil, en el sentido de «más aceptable», vivir sola como mujer mexicoamericana en un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra.

—Faith y Hope piensan que es una «perversión inevitable» que tengamos relaciones sexuales, y mi madre quiere que las tengamos —le repitió Jimmy a Alma, como si se tratase de un poema que hubiese aprendido de memoria en su infancia.

—Si me lees en tu habitación, Jimmy, podemos fingir que estamos teniendo relaciones sexuales —le dijo Alma—. Haremos feliz a tu madre y tus tías tendrán la satisfacción de tener razón —dijo Alma.

En una charla entre las hermanas Winslow, en la que Jimmy estaba presente pero no dijo ni una sola palabra, Faith y Hope expresaron su temor de que los habitantes de Pennacook se enteraran de aquella vergonzosa relación. Les preocupaba que la reputación de Alma se viera comprometida, pero Prudence no estaba de acuerdo.

—Es posible que si en el pueblo supieran que Alma tiene un novio más joven, algunos hombres mayores, en su mayoría casados, dejasen de hacerle insinuaciones inapropiadas.

Faith y Hope se sorprendieron al oír hablar de un comportamiento tan repugnante, pero Honor no. En cuanto madre soltera, estaba familiarizada con las descaradas insinuaciones de algunos hombres mayores casados de Pennacook.

Jimmy estaba ansioso por contárselo a Alma, quien decidió que él debía leerle de vez en cuando en su pensión, situada junto a la fábrica textil del pueblo. Los trabajadores de la fábrica se darían cuenta de las visitas de Jimmy y se lo contarían a sus esposas. También era posible que la casera de la pensión le fuese con el cuento a las mujeres del pueblo.

—Eso *mejorará* mi reputación, Jimmy, en lugar de perjudicarla: los hombres mayores que me acosan se sentirán avergonzados al saber que salgo con un hombre *más joven*. Les dará vergüenza competir contigo y me dejarán en paz —dijo Alma.

Para escribir *El hombre de Dickens,* James Winslow contó con una oyente real. Al igual que su héroe, Charles Dickens, Alma Vásquez le enseñó a Jimmy que los lectores eran importantes. Y, en otro sentido, Alma era una novia ficticia también importante.

—Cuando tengas relaciones sexuales con una mujer joven, y las tendrás Jimmy, no tienes por qué ocultármelo. No te mataré por engañarme. Estaré encantada de aconsejarte sobre las precauciones que deberás tomar para no dejarla embarazada. *Hay* algunas precauciones útiles, ya sabes, Jimmy —le dijo Alma.

—Lo sé —respondió Jimmy, como solía decir en Viena.

Ese verano de 1964 fue muy productivo para James Winslow.

—¡No pares! —gritaba Alma en su dormitorio cuando él dejaba de leer.

—Más alto —solía susurrar Jimmy, y Alma subía el volumen de su *¡No pares!*

Jimmy se lo pasaba bien escribiendo a Jolanda y Mieke para hablarles de su novia mayor. Las dos conocerían a Alma en agosto, cuando Claude y Chantal se casaran en Pennacook y la familia francesa de Claude se alojara en la casa de la calle Front, aunque es posible que hubieran disfrutado de más espacio en casa de los Beaudette. Muchas de las hijas de los Beaudette ya eran adultas y tenían sus propios hijos (y casas).

Cuando llegó la familia de Claude a la casa de la calle Front, Prudence y Honor compartieron habitación, y Jimmy dormía en la misma cama con Mieke y Jolanda. Se sentía muy feliz.

—Vosotros dos no hagáis tonterías —les dijo Jolanda.

Era típico de Jolanda dormir en medio, para mantener separados a Jimmy y a Mieke. Había muchas miradas, y caricias, a la barriga de Mieke. Mieke deseaba que fuera más grande. Cuando Jimmy tenía una erección, se alegraba de no dormir en medio; permanecía despierto, preocupado por si Jolanda se daba cuenta. Una mañana, cuando estaban despiertos pero tumbados juntos en la cama, Jimmy se sinceró con Mieke y Jolanda, les dijo que haber tenido relaciones sexuales con ellas sin duda iba a ser el culmen de su experiencia sexual.

Jolanda resopló como un caballo y Mieke lloró, lo que llevó a Jolanda a decir que las mujeres embarazadas tenían las hormonas alteradas. La madre de Claude supuso una gran decepción para Jolanda, no era tan mala como Claude la había descrito. Las hermanas Winslow se prepararon para convivir con una francesa estirada dándose ellas mismas aires de grandeza, lo que a Jimmy le resultaba molesto. Chantal había instado a las Beaudette a comportarse lo mejor posible. ¿Qué significaba eso exactamente? ¿Acaso las Beaudette no debían mostrar públicamente sus tendencias a reproducirse en exceso? El hecho de que las Beaudette

ocultaran sus tendencias debió de decepcionar a la familia francesa de Claude.

Jolanda cumplió con lo de montar una buena que le había prometido a Claude durante la recepción. En su brindis, Jolanda dijo que el sexo ininterrumpido con Chantal era lo único que evitaba que Claude tuviera ataques de pánico. Como antigua compañera de piso de Claude, Jolanda quería que todo el mundo supiera que vivir con Claude y Chantal, que no dejaban de hacer el amor, era mejor que vivir con un Claude solitario y presa del pánico.

—¿A eso le llamas *montar una buena?* Solo has dicho la verdad —le susurró Claude a Jolanda más tarde, besándole la oreja. Jolanda y Jimmy estaban muy felices por Claude; nunca lo habían visto tan relajado. Chantal, por otro lado, estaba destrozada. La gran cantidad de Beaudette presentes en la ceremonia de la boda y en la fiesta posterior la abrumaba. Chantal, al parecer, era la única que se había dado cuenta de que las Beaudette superaban en número a todos los demás invitados.

Las hermanas Winslow eran unánimes en su opinión: las Beaudette siempre se comportaban bien. Como dijo Constance en una ocasión: «Los hábitos reproductivos de las Beaudette son asunto suyo, y desde luego no competen a los habitantes de Pennacook». En cuanto a las dos chicas holandesas altas con los brazos alrededor de los hombros de Jimmy Winslow, o la muy alta y la guapa, ambas más altas que Jimmy, las mujeres del pueblo no se equivocaban al imaginar que las chicas holandesas eran un nuevo tipo de doble maternidad, una pareja de madres en ciernes.

Y, por supuesto, Arnaud Beaudette volvió a casa para ver casarse a Chantal. Estaba agradecido a Jimmy por haberle presentado a Claude a su tía, que parecía imposible de casar. Arnaud había compadecido a Chantal, viéndola como una mujer destinada a

quedarse soltera. Arnaud desaprobaba de forma notable, aunque silenciosa, el aplazamiento del servicio militar de Jimmy, por no hablar de su matrimonio con Mieke. A Jimmy le decepcionaba que su antiguo mejor amigo fuera tan estricto. Aunque cabía la posibilidad de que, sin que Jimmy lo supiera, Arnaud siempre hubiese tenido un sentido de la moral muy estricto. El oficial en formación claramente menospreciaba la relación de Jimmy con Jolanda y Mieke, lo que él consideraba un matrimonio meramente nominal.

Jolanda captó el juicio moral de Arnaud sobre la vida sexual de su compañera de piso y sobre la futura vida familiar de Jimmy. El fin de semana de agosto en que se celebró la boda, cada vez que Arnaud estaba presente, se dirigía a Jimmy como «el hombre esperma». Jimmy se sintió reconfortado por su solidaridad. Arnaud no era menos estricto con la novia de Jimmy, Alma Vásquez, mucho mayor que él. A Jimmy le reconfortó también que Chantal, que era solo un poco mayor que Claude, se mostrara solidaria con Alma. Cuando Chantal veía a Jimmy y Alma juntos, se esforzaba por elogiar a las novias de mayor edad y a los novios más jóvenes. Resultó que Alma y Chantal ya se conocían y se caían bien. Como auxiliar de enfermería, Alma había ayudado en el nacimiento de más Beaudette de las que podía contar, probablemente no en el de Chantal, aunque ninguna de las dos podía recordarlo.

Jolanda intentaba no sentirse excluida cuando Mieke y Jimmy hablaban de lo que estaban escribiendo, incluso cuando estaban en la cama, con Jolanda tumbada entre ellos. Tanto Mieke como Jimmy eran conscientes de que estaban escribiendo novelas del siglo XIX; la de Mieke se parecía más a Tolstói que a Dickens.

—El paso del tiempo es como un personaje principal —se atrevió a decir Jimmy.

—¡El paso del tiempo *es* un personaje principal! —exclamó Mieke.

—En la vida real, vosotros dos sois totalmente ajenos al paso del tiempo —les dijo Jolanda. Era cierto. A medida que pasaban los años, los comienzos, los nudos y los desenlaces de las novelas de Jimmy y Mieke marcaban el lugar que ocupaban ellos como escritores en el tiempo. Los años en que se publicaron sus novelas serían dos hitos en las vidas de Jimmy y Mieke. Cuando nació su hijo, observó Jolanda, la edad del bendito niño era la única indicación del *tiempo real* que los dos escritores tendrían presente.

Vienna Winslow nació en Ámsterdam en marzo de 1965. Jolanda siempre dijo que sería una niña. Jimmy y su madre estaban allí, alojados en el hotel de Oudezijds Voorburgwal, el canal que atraviesa el barrio rojo. Antes del nacimiento, Jolanda llevó a Honor a dar un paseo por De Wallen y le enseñó las prostitutas que se muestran en sus puertas y ventanas. En el hospital, Honor se sentó junto a Bente, la madre de Mieke, y las dos se tomaron de la mano. Jolanda se sentó junto a Jimmy y le agarró de la mano. Cuando la enfermera salió de la sala de partos, Honor y Jimmy no entendieron la palabra holandesa para niña *(meisje),* pero Jolanda gritó:

—¡Es una *Vienna!*

Los padres de Jolanda —el abogado dominado por su mujer, Jeroen, y su esposa, Els, la dominante— llevaron a Jimmy y Honor a cenar a su restaurante favorito en la plaza Dam. La explicación de Honor sobre la lactancia materna fue mejor recibida por Bente que por los Lammers, cuyas cenas se veían interrumpidas por cualquier mención al «sangrado» o la «hinchazón» de Mieke, así como a sus «pezones».

Jolanda llevó a Honor a la Casa de Ana Frank, donde ambas lloraron, y Honor le contó a Jolanda algo que nunca le había dicho a Jimmy. No la parte sobre «la fuerza motriz detrás de la creación de Israel». Él ya había oído antes cómo «el antisemitismo podía obligar

a los países a perseguir a su población judía, en cualquier lugar y en cualquier momento». Lo que Honor le dijo fue:

—Algunos palestinos son educados en el odio a los judíos, creen en el martirio, en la muerte como camino hacia el paraíso glorioso.

A Jimmy le pareció duro; le sonaba más a Esther que a su madre, le dijo a Jolanda.

Jolanda se limitó a encogerse de hombros. Dijo que había refugiados palestinos en los Países Bajos. Les había oído decir que Israel no debería existir, que solo debería haber palestinos en Palestina. Con Mieke aún recuperándose en el hospital, a Jolanda lo que le interesaba era mantener las manos de Bente lejos de los muslos de Jimmy, o al menos asegurarse de que Bente no llegase a tocar el pene de Jimmy. Mieke no estuvo con ellos en la cena, no estaba allí para utilizar la palabra *moeder* cuando Bente empezase a sobar a Jimmy por debajo de la mesa. Pero, en esa ocasión, Bente no le mordió la lengua a Jimmy al besarlo, y Jimmy no tuvo que decir la palabra «pene» para convocar a Jolanda y que esta contuviera a Bente. Cuando Mieke y Vienna salieron del hospital y se fueron a casa y Mieke empezó a dedicarse a amamantar al bebé, Jimmy y su madre regresaron a Boston.

En el avión, como si pretendiese poner a prueba la tendencia de su hijo al silencio, Honor dijo:

—Sé que Bente es atractiva y que es más joven que Alma, pero sigue siendo demasiado mayor para quedarse embarazada. —Jimmy se limitó a esperar—. Bente es el *tipode* mujer con la que deberías acostarte, pero no deberías hacerlo, no con la madre de la mujer que ha dado a luz a tu hijo biológico, Jimmy —le dijo Honor.

¡Joder!, como habría dicho Jolanda, y Jimmy pensaba lo mismo, pero no lo verbalizó.

En el semestre primaveral de 1965, antes de graduarse en la Universidad de New Hampshire, Jimmy se estuvo acostando con una chica de su clase de escritura creativa. Antes de empezar a acostarse juntos, le había dicho a Maud que estaba casado con una chica holandesa, una lesbiana que tenía novia en Ámsterdam. Maud dijo que algo así parecía propio de una ficción. Había leído un extracto de *El hombre de Dickens* en su clase de escritura, de ahí que pensase que Mieke y Jolanda, y ahora el bebé recién nacido, eran meros personajes de la novela de Jimmy. Tuvo que enseñarle fotos de Mieke, Jolanda y Vienna a Maud para convencerla de lo que Jimmy y su abuelo sabían:

—La vida real no tiene una trama como la de las novelas —le dijo a Maud.

Entonces, nadie supo bien cómo, Maud se enteró de lo de Alma. Maud no creyó a Jimmy cuando le dijo que en realidad no se acostaba con Alma. El regalo que Maud le hizo a Jimmy para su graduación fue una dosis de gonorrea, acompañada de los síntomas habituales. La gonorrea le hacía gritar cuando orinaba. Naturalmente, Alma lo oyó.

—Da la impresión de ser un problema pensado para la doctora Prudence. Por lo que parece, Maud ha estado acostándose con otros, Jimmy —le dijo Alma cuando le oyó gritar mientras orinaba. Alma siempre había sido partidaria de la privacidad y la higiene. Jimmy sabía que era cierto: la vida real no seguía una trama como en las novelas.

—La mente por encima de la materia, Jimmy. ¿Qué es lo que no entiendes de los condones? —le preguntó Prudence.

En aquellos días, solo Stanford e Iowa ofrecían un máster en Escritura Creativa, pero James Winslow no se iba a mudar de Pennacook, donde ahora vivía Vienna y donde las cuatro mujeres

Winslow hacían las veces de madres sustitutas. Jimmy cursó un máster en Literatura Victoriana en la Universidad de New Hampshire, donde el profesorado del Departamento de Inglés ya sabía que era un devoto de *Grandes esperanzas* y *David Copperfield* como modelos de novela de formación. Uno de los escritores de ficción del Departamento de Inglés de la UNH le presentó a Jimmy a su agente literario. Un editor muy importante de Random House compró *El hombre de Dickens* cuando la novela estaba a medio terminar y Jimmy todavía estaba cursando su máster. Para entonces, incluso Honor Winslow sabía que Jimmy no se acostaba realmente con Alma, que estaba tan familiarizada con la voz de Jimmy al leer que ya no necesitaba que él le leyera en voz alta. Alma prefería leer por sí misma.

Jonah Feldstein acababa de publicar su primera colección de relatos cortos con una editorial universitaria. Solo hubo unas pocas reseñas y las ventas fueron insignificantes, pero las reseñas fueron buenas. Eso provocó que Jonah consiguiera un trabajo a tiempo completo en una universidad del sur, donde enseñaba inglés y escritura creativa. Jonah también tenía una novia a tiempo completo. La hermana de Jonah, Sarah, le escribió a Jimmy para contarle de su novia: «No se ha mencionado nada sobre matrimonio o hijos, nada que ver con tu situación, Jimmy». Así se inició su correspondencia; no podía acostarse con Sarah Feldstein, pero no había razón alguna para no escribirle.

A esas alturas, Mieke Koster había publicado ya su primera novela en los Países Bajos; su apellido de soltera sonaba mejor en holandés que el de casada, Winslow. El título estaba tomado de la primera frase de *Middlemarch,* de George Eliot, que servía de epígrafe en la novela de Mieke: «La señorita Brooke poseía ese tipo de belleza que los vestidos más sencillos parecen poner de relieve». *Poner de*

relieve sería el título traducido; al igual que *Middlemarch,* la novela de Mieke trataba sobre la naturaleza del matrimonio y la condición de la mujer. Al igual que *Middlemarch,* la novela de Mieke se publicó con una acogida dispar, pero mereció muchas reseñas. El editor de Jimmy en Random House publicó *Poner de relieve* en inglés, y Mieke Koster tenía un editor en el Reino Unido, además de sus traducciones europeas.

Vienna Winslow cumpliría cuatro años en 1969, cuando se publicó la primera novela de su padre, *El hombre de Dickens,* que, al igual que *Middlemarch* y *Poner de relieve,* recibió críticas desiguales. No fue una coincidencia que la editorial holandesa de Mieke fuera una de las primeras en publicar una de las numerosas traducciones europeas de James Winslow. Para ser una novela literaria sobre un profesor que salva a sus problemáticos alumnos con Dickens, *El hombre de Dickens* logró un éxito de ventas inusual en muchos idiomas. Jimmy entabló una estrecha amistad con sus editores extranjeros, no solo con el de los Países Bajos, sino también con otros países de Europa Occidental y Escandinavia. El epígrafe de *El hombre de Dickens* era una frase del capítulo XIV de *Grandes esperanzas* que le encantaba a James Winslow: «No hay nada más miserable que avergonzarse de tu hogar». Los alumnos más problemáticos, los que necesitaban ser rescatados, eran los que se avergonzaban de su origen. Tal vez esto resonó en los lectores que también necesitaban ser salvados.

Claude, a su modo torpe y obsesivo, se fijó en una reseña francesa de *Poner de relieve,* de Mieke, y otra de *El hombre de Dickens,* de Jimmy, dos reseñas diferentes, de críticos diferentes, que elogiaban ambas novelas por la misma cualidad. La palabra francesa que utilizaron ambos críticos fue *intertextualité*. Según Claude, «intertextualidad» era una palabra nueva en inglés que

significaba «la interrelación entre un texto y otros textos para crear un nuevo texto».

—Claude logra que algo que estaba perfectamente claro parezca algo completamente incomprensible —dijo Jolanda.

Cuando se publicó *El hombre de Dickens,* Jimmy daba clases de inglés y era entrenador de lucha libre en la Academia Pennacook. También era padre a tiempo completo con una casa llena de madres sustitutas. Gracias al éxito internacional de su primera novela, se convertiría en un escritor independiente, ya que podría dedicarse a escribir a tiempo completo. Mieke Koster también era una escritora de éxito internacional e independiente. Como es lógico, escribieron sobre el hecho de que los dos estuvieran casados, de una manera un tanto inusual. Habían contraído matrimonio, pero Mieke era lesbiana —su relación con Jolanda era su única relación real— y Jimmy era libre de tener otras relaciones; tantas novias como quisiera. Vienna Winslow era una hija compartida, tenía dos madres y un padre.

—Vienna tiene un montón de madres, si contamos a mi madre y a mis tres tías —solía decir Jimmy.

Aunque era lectora de ficción, Chantal Beaudette, ahora Madame Guilbert, tardó en leer *El hombre de Dickens*. No era solo que hubiese esperado a poder leer la traducción al francés. El subteniente Arnaud Beaudette —Compañía A, 502.º Regimiento de Infantería, 101.ª División Aerotransportada— había muerto en combate.

El sobrino de Chantal había muerto en mitad de un ataque con cohetes y fuego de armas ligeras, mientras buscaba el cuerpo de un soldado desaparecido en Vietnam, en febrero de 1968. James Winslow entendió por qué Chantal se había tomado su tiempo para

leer la novela. Al compararlo con Arnaud, para Chantal Jimmy era un desertor.

La carta de Esther a Honor sobre Matzpen («Brújula» en hebreo), una organización socialista revolucionaria fundada por antiguos miembros del Partido Comunista Israelí, estaba en consonancia con el pensamiento de Esther, pero las divisiones ideológicas dentro del grupo la enfurecían. Había una división trotskista y una maoísta, por no mencionar un Matzpen Tel Aviv y un Matzpen Jerusalén; este último grupo había adoptado el nombre de Matzpen Marxista. «¡Intelectuales de mierda!», dijo Esther, con un tono muy característico de su persona, según las hermanas Winslow.

Matzpen había emitido una declaración, una generalización radical que molestó a Esther. Matzpen afirmó: «Es tanto un derecho como un deber de todo pueblo conquistado y subyugado resistir y luchar por su libertad».

«No si ese mismo pueblo pretende eliminar a los judíos», dijo Esther.

En 1973, James Winslow iba a publicar una novela histórica. *Las reglas del doctor* estaba ambientada en un orfanato ficticio basado en St. Cloud's, con un médico ficticio basado en el doctor Larch, que les ofrecía a las mujeres lo que querían: podían abortar o dejar tras de sí un huérfano. La tercera novela de Jimmy también sería histórica. Ambientada en Viena en 1963-1964, el año que Jimmy pasó en el extranjero, pero los personajes basados en Jolanda y Claude eran ambos mujeres. *Compañeros de piso en Viena* (1977) era una novela en clave: un estudiante estadounidense comparte dos habitaciones y un baño con una pareja de lesbianas holandesas. Las chicas holandesas quieren tener un hijo, su compañero de piso se encarga de concebirlo. «Una saga familiar alternativa», así describió la novela un crítico. Frau Holzinger tiene otro nombre, al

igual que Irmgard, que no es prostituta. El chico estadounidense basado en Jimmy tiene un problema con las prostitutas: no puede dejar de frecuentarlas. Las novias holandesas no le dejan tener un hijo hasta que renuncie a las prostitutas. En *Compañeros de piso en Viena,* la tutora judía alemana no se llama Fräulein Eissler y no trabaja para los israelíes. Su único objetivo es librar a la casera antisemita y a su familia de su antisemitismo, salvando así al personaje basado en Siegfried, que es una niña de cinco años. La tercera novela de Jimmy estaba dedicada a su hija, Vienna.

Fräulein Eissler había dicho que James Winslow era un *Pferd mit Scheuklappen,* un «caballo con anteojeras». Siempre estaba imaginando, siempre estaba escribiendo. Parecía más interesado en los personajes que creaba que en lo que sucedía o se decía a su alrededor. Una de las escasas excepciones era la atención que Jimmy le prestaba a Vienna, y también la amistad que Jimmy mantenía con Jolanda y Mieke, que no era menos constante. Sus viajes entre New Hampshire y los Países Bajos se convirtieron en una rutina. Jimmy y Mieke no querían divorciarse, les gustaba estar casados. En 1971, cuando Jimmy y Mieke ya podrían haber solicitado el divorcio en Ámsterdam sin que Jimmy tuviera que admitir el adulterio, Vienna Winslow tenía seis años; edad suficiente para tener amigos cuyos padres se estaban divorciando o ya estaban divorciados. Vienna era una niña feliz, no habría querido que sus padres se divorciaran. Los padres de Jolanda y la madre de Mieke no querían que su feliz nieta pasara por un divorcio. Como dijo el padre de Jolanda, Jeroen Lammers, abogado:

—La única razón para que Mieke y Jimmy se divorcien es que Jimmy quiera volver a casarse.

A James Winslow le gustaba decir que estaba felizmente casado con una chica holandesa. Tras una pausa, le gustaba (incluso más)

añadir que tenían una hija en común.

—Mi esposa holandesa tiene una pareja lesbiana, son una pareja feliz —añadía tras una pausa más larga.

Eso mantenía a raya a las novias que pretendían algo más serio. ¿Por qué iba a tener Jimmy prisa por divorciarse? No quería volver a casarse. Las novias iban y venían; eran transitorias. Estar casado con Mieke y ser padre a tiempo completo mantenía a las novias a distancia. Ser escritor era lo que convertía a James Winslow en un *Pferd mit Scheuklappen*. Y un caballo con anteojeras era solo la forma alemana de describir a un adicto al trabajo, como se suele llamar a los escritores como Jimmy en Norteamérica.

El pasaporte holandés de Vienna Winslow podía renovarse en el consulado general de los Países Bajos en Nueva York, pero Jimmy, Mieke y Jolanda siempre lo hacían en Ámsterdam. Eso los llevaba de vuelta a la oficina del ayuntamiento donde Jimmy y Mieke se habían casado. Allí es donde estaban en 1971, cuando la Academia Americana de Pediatría determinó que «no hay indicios médicos concluyentes que avalen la circuncisión rutinaria de los bebés».

¿Respondía el hecho de que Esther no permitiera que Jimmy fuera judío a algún tipo de simetría al respecto? En cuanto padre, Jimmy podía apreciar cómo Esther lo había protegido. Jimmy no habría querido que Vienna fuese judía.

El cuarto libro de James Winslow, su segunda novela sobre Viena, se publicaría en inglés en el otoño de 1981. *No es egipcia* era otra novela en clave. En la primera novela de Jimmy sobre Viena, *Compañeros de piso en Viena,* no aparecía la lucha libre, ni tampoco luchadores. Ni rastro del Turnhalle para luchadores en la Währinger Straße. La atención se centra en los tres compañeros de piso y su Kaffeehaus, que no se llama Nachtmusik, donde el personaje de

Dagmar se llama Maria, y *Hard Rain* es la única perra, no hay perros con pelotas.

James Winslow había reservado a los luchadores para *No es egipcia,* basada en la primera vez que Jimmy volvió a Viena después de su etapa como estudiante, en 1978, cuando promocionaba la traducción al alemán de *Compañeros de piso en Viena*. Quiso visitar el gimnasio de Leopold Spiegel en la Währinger Straße, pero el gimnasio ya no existía.

—*Keine Turnhalle mehr, Gott sei Dank!*—le dijo Helene a Jimmy cuando fue a su peluquería. («¡Ya no hay gimnasio, gracias a Dios!») —. *Kleiner Spiegel ist weg*—dijo. («Pequeño Espejo se ha ido.») Hacía catorce, casi quince años, como le dijo Helene, que Leo había seguido a «su gente» a Israel, a un club de lucha libre en Haifa. Dada la «horrible lesión» de Jimmy, Helene dijo que se alegraba de ver que no cojeaba.

Con la ayuda de un agente de prensa de su editorial alemana, Jimmy intentó localizar el club de danza del vientre en el distrito de Favoriten. Resultó que el club no se llamaba Die Ägypterin, ese era el nombre de la bailarina de la danza del vientre. Nadie recordaba el nombre del club. Jimmy preguntó por la bailarina de la danza del vientre, pero nadie sabía qué había sido de ella. En una cafetería turca de Favoriten, el agente de prensa alemán de Jimmy habló con algunos hombres turcos mayores, pero solo uno de ellos recordaba haber visto a Die Ägypterin. Sus orejas no parecían las de un luchador, pero el anciano coincidió con Jimmy:

—La bailarina de danza del vientre no era egipcia —confirmó.

En *No es egipcia,* el compañero de piso de Jimmy en Viena es un compañero del IEE, un luchador judío de Nueva York. El Instituto de Estudios Europeos ha acertado al juntarlos. La novela es un *flashback* de los días en que los dos estudiantes del IEE veían más a

sus compañeros de lucha libre en un gimnasio de la Währinger Straße que a sus compatriotas estadounidenses. El compañero de habitación ficticio de Jimmy es una mezcla de Jonah Feldstein y Claude, pero su futuro se basa en lo que le sucede a Arnaud Beaudette. El compañero de habitación es un Feldstein, Noah, no Jonah. El gimnasio es Turnhalle Daniel, pero Daniel sigue siendo Spiegel. El maestro de suministros es Danny, no Leo, pero sigue llamándose Pequeño Espejo. James Winslow no cambió los nombres de los luchadores soviéticos o israelíes, decidió que sus nombres seguramente no eran auténticos.

En *No es egipcia,* el personaje de Noah tiene las cualidades de Claude, alarmista pero entrañable. Noah, que es virgen, es seducido por una peligrosa lavaplatos en una Bierhalle a la que acuden los compañeros de equipo de lucha libre después del entrenamiento. Jimmy decidió no cambiar el nombre anticuado e inadecuado de Hildegund. Se lo tenía merecido.

No es egipcia era la primera novela de James Winslow en la que el personaje basado en Jimmy se convertía en escritor. Ha vuelto a Viena, durante una gira promocional de la traducción alemana de su libro, cuando descubre que el Turnhalle Daniel ya no existe y que Danny se ha marchado para estar con su gente en Israel. A diferencia de Jimmy, la bailarina de la danza del vientre contacta con su personaje después de que él pregunte por ella en el distrito de Favoriten. Ella recuerda que él quería ser escritor, de cuando se susurraron al oído; se alegra de que haya conseguido ser lo que quería ser. En cuanto a ella, ya es demasiado mayor para ser bailarina de la danza del vientre, pero le dice que, tal como le dijo entonces, no es egipcia.

La historia subyacente es lo que le sucede a Noah, el personaje basado en Jonah Feldstein y Claude, y también un poco en Arnaud

Beaudette. Noah muere en combate en Vietnam en 1968. En *No es egipcia,* la bailarina de la danza del vientre también recuerda lo que Noah quería ser: se susurraron al oído y Noah le dijo que iba a ser soldado. «No tenía ninguna duda al respecto», dice la bailarina de la danza del vientre.

Sí, la bailarina se da cuenta de que el antiguo luchador, ahora escritor, cojea. Hay un *flashback* sobre su voluntaria lesión de rodilla en el Turnhalle Daniel; todos sus compañeros de equipo están al corriente. Le dice a Noah que su madre cree que una lesión le permitirá aplazar el servicio militar. Noah se lo cuenta a los soviéticos y a los israelíes. Danny, el pequeño maestro de súplex, también está al tanto de la lesión intencionada.

James Winslow publicaría cuatro novelas en un lapso de doce años, entre 1969 y 1981. A las hermanas Winslow no les sorprendió que la primera novela de Jimmy, *El hombre de Dickens,* obtuviera las mejores reseñas; su homenaje a Dickens fue muy bien recibido por la crítica. Las novelas posteriores, cada una a su manera, tenían un enfoque político.

—Tu conciencia social no es la conciencia social de todo el mundo, lo sabes, ¿verdad? —le dijo a Jimmy su madre sobre *Las reglas del doctor,* su «novela sobre el aborto», como ella la llamaba.

—Lo que tú entiendes como una de las injusticias de la sociedad, Jimmy, no lo comparten los imbéciles homófobos —fue lo primero que dijo Faith sobre *Compañeros de piso en Viena,* su novela sobre la pareja de lesbianas inspirada en Mieke y Jolanda.

Sin lugar a dudas, Hope admiraba de esa novela a la tutora judía alemana que cura a la familia de su antisemitismo.

—Annelies, ahora está claro, trabajaba para Esther, Jimmy —le dijo.

Con relación al compañero de habitación condenado en *No es egipcia,* el chico judío que se convierte en soldado y muere en Vietnam, Prudence preparó a Jimmy para las posibles críticas desfavorables.

—Te aseguro, Jimmy, que entre los veteranos de Vietnam entusiastas y los antisemitas te ganarás unos cuantos enemigos.

A las hermanas Winslow tampoco les sorprendió que los dos editores europeos favoritos de Jimmy fueran judíos. Sus editores sueco y francesa sabían que Jimmy era un aliado: de los derechos de las mujeres (incluido el derecho al aborto), de los derechos de las lesbianas (incluidos los derechos de otras minorías sexuales) y de los judíos. Gracias a esos judíos europeos, James Winslow tuvo un editor israelí desde el principio. Jimmy había confiado a sus editores sueco y francesa la historia de su madre biológica y cómo ella lo había protegido, impidiéndole incluso que fuera judío. Es posible que Jimmy esperase que alguno de esos judíos europeos le dijera que tendría que ser judío.

—Sé un aliado de los judíos y déjalo así, Jimmy —le dijo Matthias, su editor sueco, un judío nacido en Alemania.

—Tú sigue siendo un buen escritor, Jimmy, ya es bastante carga —le dijo Gabrielle. Ella era la editora francesa de Jimmy; mediante algún tipo de treta había evadido a los títeres nazis de Vichy en un colegio católico para niñas.

—Céntrate en ser un buen padre, Jimmy, esa es tu principal tarea —le dijo Matthias.

En 1971, Esther había expresado su solidaridad con los editores sueco y francesa de Jimmy. Al igual que ella, eran judíos de izquierdas no practicantes. Ese verano, hubo disturbios en Jerusalén porque el servicio de autobuses Egged funcionaba los sábados. «Los ultrarreligiosos protestan por la profanación del *sabbat»,* le escribió

Esther a Honor. Había más de doscientos manifestantes ortodoxos, liderados por un rabino. La policía utilizó cañones de agua para dispersar a los fanáticos religiosos. A Esther le encantaban los cañones de agua. Incluso a principios de la década de 1970, los dos judíos europeos que publicaban a Jimmy decían que la sociedad en Israel sería cada vez más religiosa, debido al auge de la derecha. Esa cuestión les preocupaba, como Jimmy suponía que le preocupaba a Esther.

Más tarde, cuando sus editores sueco y francesa hablaron de llevarlo a Jerusalén, Jimmy pensó más en Annelies que en Esther. ¿Por qué no iba a hacerlo? Cuando volvió a Viena en el viaje de promoción para la traducción al alemán, Jimmy fue a la Schwindgasse, pero, al igual que Pequeño Espejo, la familia de Frau Holzinger se había ido. Jimmy imaginó que Fräulein Eissler había adoptado a Siegfried, tal como le habría gustado a Irmgard. ¿Por qué no iba Jimmy a imaginar que Annelies podría haber llevado a Siegfried a Israel para salvarlo?

¿Y acaso no tenía razón Irmgard sobre el paso del tiempo? Realmente es un telescopio con el que ver el futuro. Vienna Winslow estaba creciendo. Ya no era una niña pequeña. En el verano de 1978, Vienna tenía trece años. Las hermanas Winslow decían que era hora de que Vienna pensara en ponerse sujetador. Jimmy no quería saber nada de los sujetadores de su hija. Vienna tenía sus propias ideas.

—Puedo conseguir mejores sujetadores en Ámsterdam que en Pennacook, papá —le susurró a su padre. En lo que respecta a los sujetadores, incluso Jimmy sabía que Mieke y Jolanda llevaban sujetadores más modernos que las hermanas Winslow.

Esther ya le estaba escribiendo a Honor Winslow sobre el primer asentamiento establecido por HaMa’arakh («La Alineación» en

hebreo), una alianza israelí de partidos socialdemócratas, cuando James Winslow era todavía un estudiante que cuidaba de una criatura de dos años. El asentamiento era la reencarnación de Kfar Etzion, aunque Jimmy no lo sabía ni lo recordaba. Estaba ocupado con la paternidad y la escritura.

En la década comprendida entre 1967 y 1977, cuando, según Esther, «la derecha tomó el poder», se establecieron casi treinta asentamientos. Estaban situados en zonas con escasa población palestina, «sin justificación por razones de seguridad», escribió Esther; en su opinión, «un gran error». Afirmó que los asentamientos eran «contrarios al derecho internacional», citando el Cuarto Convenio de Ginebra, relativo a la protección de «personas civiles en tiempo de guerra». Esther escribió que tenía «un novio ocasional que era activista por la paz» y que se negaba a alistarse en el ejército. Las hermanas Winslow comentaron que Esther era una activista por la paz atípica e improbable.

En las elecciones de 1977, Herut llegó al poder; ahora como parte del Likud, la derecha que Esther tenía en mente. Menájem Beguin se convirtió en primer ministro de Israel. Según Esther, el Gobierno de Beguin comenzó a establecer asentamientos cerca de la población palestina. Ella dijo que los asentamientos obstaculizaban una resolución pacífica del conflicto israelo-palestino. Pero Jimmy no prestaba atención a lo que estaba sucediendo en Israel.

En el otoño de 1979, Vienna Winslow tenía casi la misma edad que Esther cuando llegó de St. Cloud's. Vienna era estudiante de primer año en la academia; sus elegantes sujetadores, comprados en Ámsterdam, eran la envidia de sus compañeras. La Academia Pennacook se había convertido en una escuela mixta en 1973. El profesorado de la academia sabía que Vienna era la bisnieta de *El*

hombre de Dickens, la hija del autor de la novela, y mejor estudiante de lo que lo había sido su padre.

En el otoño de 1980, cuando tenía quince años y medio, Vienna quiso aprender a conducir, primero con su padre y luego con una de sus tías. También se inscribió en un programa de educación vial. Vienna haría el examen de conducir en el verano de 1981, con dieciséis años, una chica alta y guapa; más alta que su padre, el autor.

A instancias de sus editores judíos europeos, Jimmy viajaría a Israel en abril de 1981, invitado por la que en aquel entonces se llamaba Feria Internacional del Libro de Jerusalén. Matthias y Gabrielle mantenían vínculos desde hacía muchos años con Israel y conocían bien Jerusalén. Invitaron a Jimmy a alojarse con ellos en el American Colony Hotel. Le dijeron que a los periodistas y a los diplomáticos internacionales, así como a los funcionarios de la ONU, les gustaba alojarse allí.

Jimmy esperaba encontrarse con Esther en Jerusalén. Honor le escribió una carta a Esther indicándole todos los detalles del itinerario de Jimmy. Pero Esther, como siempre, se mostró evasiva e inconcreta. No se comprometió a ver a Jimmy.

—Cuando llegues allí, Jimmy, Esther tendrá setenta y seis años y lo más probable es que se haya jubilado —le dijo su madre.

—¿Jubilarse *de qué?* ¡Siempre tan poco clara! —dijo Faith en primer lugar.

—Hubo un tiempo en que Esther, seguramente, *trabajó* para el Mossad —le recordó Hope a Jimmy, que a menudo parecía haberlo olvidado todo.

—Además, Jimmy, Esther, con toda probabilidad, *ocupó* un alto rango en las Fuerzas de Defensa de Israel *antes* de trabajar para el Mossad —añadió Prudence.

Lo que Esther le dijo por teléfono a Honor Winslow, que le había preguntado qué estaba *haciendo,* fue que ya no *hacía* nada.

—Me dedico a asesorar y, de vez en cuando, recopilo información —fue la inconcreta respuesta de Esther.

Había algo que las hermanas Winslow no le estaban contando, pensó Jimmy.

—¿Ha dejado Esther de enviar fotos suyas o has dejado tú de enseñarme sus fotos? —le preguntó a su madre.

Sabía que las hermanas esperaban a que una de ellas diera el primer paso. Faith fue quien le dijo que no había fotos de Esther desde que perdió el brazo. Hope dijo que Jimmy tenía que saber lo del brazo antes de encontrarse con Esther en Jerusalén, siempre y cuando Esther decidiera verlo. Prudence reprendió a Honor por no haberle contado a Jimmy lo del brazo perdido de Esther. Había sucedido tres años antes.

—Tú eres la doctora, Prudence, sabes más que yo sobre brazos perdidos. ¡Cuéntale a Jimmy cómo perdió Esther el brazo! —exclamó Honor.

—No nos dio detalles médicos ni quirúrgicos —le dijo Prudence a Jimmy.

—No nos dio detalles de ningún tipo, Jimmy —le dijo su madre.

Faith había contestado el teléfono cuando llamó el joven soldado de las Fuerzas de Defensa de Israel, un chico que preguntó por Honor. «Se trata de Esther, va a ponerse bien», dijo el soldado. Faith le dijo a Honor que había un soldado al teléfono.

«¿Le ha pasado algo a Esther?», le preguntó Hope a Faith, quien dijo que el soldado parecía demasiado joven para afeitarse; no le dijo su nombre a Honor.

«Sin información confidencial, sin detalles innecesarios», dijo el joven soldado. No dejaba de repetir que Esther se iba a poner bien.

Esa llamada se produjo después de la masacre de la carretera costera en 1978. Militantes palestinos habían cruzado a Israel desde el Líbano y secuestrado un autobús en la autopista cerca de Tel Aviv; como resultado del ataque murieron treinta y ocho civiles israelíes, un tercio de ellos niños. El autobús había explotado y se incendió. La OLP reivindicó la autoría del atentado, que había sido planeado por Fatah. El objetivo del atentado era desestabilizar las negociaciones de paz entre Israel y Egipto. Tres días después, Israel invadió el sur del Líbano y atacó las bases de la OLP más cercanas a la frontera. «No estábamos en una misión militar cuando nuestro vehículo de mando se vio sometido a fuego intenso y Esther resultó herida, solo estábamos recopilando información», le dijo el joven soldado a Honor, que había visto las fotos que Esther le había enviado del M325, un camión ligero equipado con ametralladoras, un vehículo de patrulla que también servía para transportar armas.

«¿Qué tipo de *fuego intenso?* ¿Ametralladoras, granadas?», preguntó Honor.

«Subfusiles, sin duda, y quizás dos granadas», respondió el soldado.

Esther no estaba tan gravemente herida como para no poder dar órdenes. Sus órdenes a los soldados que la escoltaban en el M325 fueron muy claras.

«Dejadme a mí o dejad mi brazo», les ordenó Esther. El joven soldado le contó a Honor que esas palabras se habían convertido en un mantra entre los reclutas de las FDI. La historia de cómo Esther perdió el brazo en el Líbano se difundió.

«Pero ¿cómo perdió el brazo en el Líbano?», preguntó Honor Winslow. «Sin información confidencial, sin detalles innecesarios», respondió el soldado. Esther había expresado anteriormente su lealtad izquierdista a los primeros ministros israelíes del Partido

Laborista, oponiéndose a Menájem Beguin, y se sintió consternada cuando este se convirtió en líder de la coalición Likud en 1973. Las hermanas Winslow recordaban lo enfadada que estaba Esther cuando Menájem Beguin se convirtió en primer ministro de Israel en 1977, poniendo fin a los años de liderazgo izquierdista. Esther había criticado la intransigente postura de Beguin respecto a la retención por parte de Israel de Cisjordania y de la Franja de Gaza, que fueron ocupadas por Israel durante la guerra árabe-israelí de 1967. Esther incluso se había quejado de la forma de vestir de Beguin. Había sido soldado, pero vestía trajes y corbatas de aspecto formal.

Sin embargo, cuando Honor llamó a Esther para decirle que Jimmy sabía lo del brazo, las hermanas Winslow se sorprendieron por la foto que Esther envió de sí misma, una fotografía de prensa recortada de un periódico israelí. Esther, con un solo brazo, le estaba diciendo algo a Beguin y el primer ministro la escuchaba. En contraste con la vestimenta formal de Beguin, Esther llevaba pantalones oscuros, como los de hombre, y botas hasta los tobillos, sin cordones. Llevaba el polo blanco por fuera del pantalón y desabrochado. El muñón de su brazo derecho sobresalía solo unos centímetros por debajo de la manga corta de su polo.

Cuando Vienna Winslow, la hija de dieciséis años de Jimmy, vio esa foto, reaccionó de un modo más parecido a Jolanda que a Mieke.

—A lo mejor, Esther le estaba diciendo al primer ministro Beguin: «Déjame a mí o deja mi brazo» —dijo Vienna.

25

El hijo de Honor

A los dieciséis años, Vienna Winslow tenía edad suficiente para preguntarse si el lema en latín de la Academia Pennacook podía aplicarse a ella y a toda la familia Winslow. *Finis Origine Pendet,* «El final depende del principio», señalaba con precisión lo que Vienna sabía sobre las circunstancias del nacimiento de Esther. La infancia y la temprana adolescencia de Esther presagiaban que Esther acabaría en Israel, o al menos eso le había dicho Vienna Winslow a su padre; una chica inteligente.

Jimmy sabía que no había que cuestionar a Esther Nacht, pero no contradijo a su querida hija.

—De dónde vino Esther sin duda la llevó a donde ha acabado —fue como lo expresó Jimmy. Eso le recordó el origen del nombre de su hija.

Cuando Vienna creció, Jolanda dejó de llamar a Jimmy «hombre esperma», o, mejor dicho, tan solo se lo susurraba al oído de vez en cuando. En cuanto al tentador título de Jolanda, *Dos vaginas desatendidas,* no estaba destinado a que Vienna lo oyera.

—Ni la maldita industria editorial mayoritaria de los ochenta —dijo Mieke.

Jimmy y su abuelo sabían que la vida real no seguía una trama como las novelas. Sin embargo, con o sin ceceo, lo que dice el señor Sleary en *Tiempos difíciles,* de Dickens, se convirtió en un principio

rector tanto en la escritura de James Winslow como en la de Mieke Koster.

—«Hacer lo correcto y *cer* amable, y *zacar* lo mejor de *nosotroz,* ¡no vale la pena!» —Fue Mieke quien decidió acentuar el ceceo de Sleary.

Tener una hija propia y amarla le proporcionó a James Winslow algunas ideas esclarecedoras sobre su infancia y primera adolescencia. Había crecido convencido de que su abuela había elegido los nombres de sus tías; sabía que Faith, Hope y Prudence eran nombres de virtudes. («Fe, Esperanza y Prudencia.») Sabía desde el principio que su madre tenía un nombre que denotaba *expectativa* y que era su abuelo quien le había puesto ese nombre. «Honor es un nombre como Chastity: responde a una expectativa, no necesariamente es una virtud», así lo expresaba Constance. Sin embargo, a los habitantes de Pennacook, especialmente a las mujeres del pueblo, Honor les parecía un nombre difícil de cumplir. En retrospectiva, pensó Jimmy, su madre no se había esforzado por cumplir con la *expectativa* que indicaba su nombre. Eran las expectativas que depositaba en los *demás* las que podían resultar una carga, en particular lo que esperaba de Esther y de Jimmy.

Constance Winslow había oído decir a su marido, más veces de las que podía contar, que la religión suponía la ruina de la civilización. Las hermanas Winslow crecieron diciéndose esto unas a otras y, más tarde, a Jimmy. Las chicas Winslow y Jimmy eran demócratas liberales. En la década de 1980, el presidente Ronald Reagan y la derecha cristiana, también conocida como la Mayoría Moral, estaban a favor de la oración en las escuelas y en contra del aborto, lo que demostraba que la religión, efectivamente, suponía la ruina de la civilización. En 1981 se inició lo que se acabaría convirtiendo en la epidemia del sida cuando los médicos detectaron el sarcoma de

Kaposi y la neumonía por *Pneumocystis carinii* en hombres homosexuales. Tuvo lugar al principio de la presidencia de Reagan. En su fervor antiabortista, Reagan dedicó su tiempo a lamentar la difícil situación de los no nacidos, que al parecer le importaba mucho más que la muerte de los hombres homosexuales o de las mujeres que perdían la vida en aquellos días en que el aborto era ilegal e inseguro.

No era casualidad que los editores judíos europeos de Jimmy fueran judíos no practicantes, tenían sus propias razones para creer que la religión suponía la ruina de la civilización. Les molestaba que los hombres jaredíes estuvieran exentos del servicio militar obligatorio. Esa norma empezó a aplicarse con el nacimiento del Estado de Israel y la Guerra de Independencia de 1948.

—Se llegó a un acuerdo con los jaredíes, siempre y cuando su ocupación a tiempo completo fuera el estudio de la Torá —dijo Matthias.

—A los jaredíes se les permitía estudiar su religión en la *yeshivá* en lugar de servir en el ejército: *torato umanuto,* «su Torá es su ocupación», como ellos dicen —le explicó Gabrielle a Jimmy.

Matthias se quejó de las altas tasas de natalidad en la comunidad jaredí, a los que él llamaba «judíos ultraortodoxos».

—No creen en los matrimonios interreligiosos y tienen una docena de hijos, por lo que su población crece exponencialmente —dijo Matthias.

Lo que él llamaba «el mundo de la Torá» había desaparecido casi por completo con el Holocausto. Matthias dijo que el judaísmo ortodoxo estaba creciendo ahora, sin peligro de desaparecer. En 1977, bajo el Gobierno del Likud de Beguin, la Knéset había eliminado el límite del número de exenciones bajo *torato umanuto*.

Entre los jaredíes, los judíos ortodoxos, a Jimmy le costaba distinguir a los no sionistas de los antisionistas.

—Los no sionistas no se oponen al Estado de Israel, simplemente no se lo toman muy en serio ni le prestan mucha atención —le explicó Gabrielle a Jimmy.

—En tanto que los antisionistas se oponen a la existencia de cualquier Estado judío, es decir, antes de la llegada del Mesías —dijo Matthias, poniendo los ojos en blanco.

—Vosotros dos ya tenéis un título: *Antes de la llegada del puto Mesías*—exhortó Jolanda a Mieke y Jimmy.

Jimmy tenía la sensación de que Jolanda le diría más cosas antes de partir hacia Israel. Mientras él estuviera fuera, Jolanda y Mieke permanecerían en New Hampshire. Se alojarían en la habitación de Jimmy; Mieke podría escribir allí durante el día. Las dos mujeres holandesas podrían pasar más tiempo con Vienna. Jimmy también sabía que las hermanas Winslow estaban deseando tener a Mieke y Jolanda para ellas solas mientras él estaba en Jerusalén.

—¡La casa estará llena de chicas! —había exclamado Vienna Winslow alegremente.

—Hoy en día, soy el único chico aquí —les recordó Jimmy. Tenía cuarenta años. Vienna aún no había traído a ningún chico de la escuela a casa.

Mientras Jimmy hacía las maletas para irse a Jerusalén, su madre se mostró más habladora de lo habitual con relación a Esther. Las tías de Jimmy se vieron envueltas en la conversación, que versaba más sobre el ocultamiento de Esther que sobre cualquier otra novedad. Como es lógico, Vienna también estaba interesada en saber más cosas sobre Esther.

La madre de Jimmy empezó contando una historia sobre un rabino: había hablado con un rabino sobre la Esther bíblica, la reina

que ocultaba su identidad judía.

—Dios no aparece en la historia de Esther del Antiguo Testamento cristiano ni en la Esther de la Biblia hebrea. Incluso Dios está oculto, Jimmy —dijo Honor.

—La reina que da nombre a nuestra Esther, sé a quién te refieres —le aseguró Jimmy a su madre. Como si algún Winslow no lo supiera.

—En la festividad de Purim, cuando los judíos leen el Rollo de Esther, llevan máscaras para ocultar sus rostros. Más ocultamiento, Jimmy —le dijo Faith. No dijo si había hablado de ese tema con el mismo rabino o con otro diferente.

—La Pascua es la siguiente gran festividad judía después de Purim. Al comienzo de la cena del Séder se esconde un trozo simbólico de *matzá;* no se puede terminar el Séder hasta que se descubre la *matzá*. La Pascua es como un puente entre lo oculto y la revelación, Jimmy —añadió Hope. ¡Jimmy lo sabía, Dios lo sabe!

—Faltan cuarenta y nueve días para Shavuot, la festividad judía que celebra la revelación de la Torá en el monte Sinaí, Jimmy —dijo Prudence.

—*Nuestra* Esther, claro está, no es rabina, ¡la Torá no es *su* ocupación! —exclamó Vienna, sonando más a Prudence que la propia Prudence.

—Nuestra Esther *es* la reina Esther, es *esa* Esther, Vienna —dijo Honor—. Pero recuerda, Jimmy, una Nacht siempre será una Nacht.

James Winslow sabía que la advertencia sobre las *Nacht* no la había oído su madre de boca de un rabino. Debería haber sabido que las hermanas Winslow no habían terminado de advertirle.

—Recuerda el asunto de Charlotte Brontë y nuestra Esther, Jimmy —fue Faith la primera en hablar.

—Nuestra Esther te enseñará su tatuaje de *Jane Eyre*—le dijo Hope.

—No te olvides del asunto de nuestra Esther sin sujetador, Jimmy —dijo Prudence.

—Qué asco... ¡Una mujer de setenta y seis años sin sujetador no le enseñará todo ese tatuaje a su hijo biológico! —declaró Vienna Winslow.

—No conoces a Esther, Vienna —dijo Honor, desabrochándose los dos primeros botones de la camisa, utilizando solo la mano izquierda, tal y como tendría que hacerlo Esther, que solo tenía un brazo. Cuando Honor se desabrochó el tercer botón, se le podían ver las clavículas y la parte superior del sujetador.

—El «Sé cuidar de mí misma» y «Cuanto más sola» están por encima de los pechos de Esther. Esperemos que eso sea todo lo que te enseñe, Jimmy —dijo su madre. Él conocía la cita de Charlotte Brontë, por el amor de Dios. Jimmy solo esperaba ver a Esther, con tatuaje o sin él; no sabía si ella querría verle.

—Si ves a Esther, Jimmy, seguro que llevará la camisa por fuera —dijo Faith. Jimmy sabía que la última línea del tatuaje de *Jane Eyre* estaba debajo del ombligo de Esther: «Más me respetaré». Faith, Hope y Prudence estaban convencidas de que Esther le mostraría el vientre, no la parte superior de los pechos.

—Esther te mostrará *algo,* Jimmy..., si llegas a verla —dijo Honor.

Lo que se le quedaría grabado a Jimmy, durante todo el camino hasta Jerusalén, era lo de que «una Nacht siempre será una Nacht».

Pero ¿por qué un viaje a un lugar en el que nunca había estado le provocaba semejante *nostalgia?,* se preguntaría James Winslow. ¿Formaba parte de su condición de escritor de ficción? Como cabía esperar, ya antes había imaginado que iba a Jerusalén; muchas veces. Incluso los preparativos del viaje le provocaban nostalgia.

Había pensado en un vuelo a Tel Aviv con escala en Viena. Podría ser divertido pasar una o dos noches en Viena, o eso pensaba Jimmy, antes de mencionarles esa idea a Mieke y Jolanda.

—Madre del amor hermoso, ¿es que no te acuerdas, Jimmy? —le preguntó Jolanda por teléfono—. *In Wien kann man keinen Spaß haben*—le dijo. («En Viena no hay modo de divertirse.») Jimmy recordaba vagamente la expresión vienesa; era algo que Irmgard habría podido decir con un deje de sarcasmo. Conociendo a Jolanda, es posible que quisiera decir que no podría divertirse en Viena sin ella y Mieke.

Al final, la conexión de su vuelo a Tel Aviv fue Fráncfort. Una escala en Alemania no entrañaba nostalgia alguna. En abril de 1981, cuando Jimmy fue a Jerusalén, tan solo era vagamente consciente de los problemas en el Líbano. Sabía que la guerra civil libanesa estaba en curso. Había oído que había bases de la OLP y fuerzas sirias en el Líbano.

—Se avecina una guerra con el Líbano —dijo Matthias.

—Los Altos del Golán siempre serán un problema —añadió Gabrielle.

A principios de abril, Jimmy viajó en coche con Matthias desde Tel Aviv a Jerusalén. A Jimmy le avergonzaba no saber dónde estaba el Golán en relación con el Líbano y Siria. Esto llevó a Matthias a comentar lo que el primer ministro Beguin podría hacer con respecto a las fuerzas sirias en el Líbano. Jimmy no pudo contribuir a la conversación de ninguna manera significativa. Solo comentó torpemente que la feria del libro comenzaba el 7 de abril.

Lo que James Winslow quería decir era que no sabía quién era. Podía decir que era hijo de Honor, pero no se sentía un Winslow. Si no era judío, ¿qué era? Ni siquiera podía imaginar cómo se sentía un judío. Cuando llegó al American Colony Hotel, Jimmy no les dijo

nada a Matthias y Gabrielle sobre el hecho de no saber quién era. Esos dos judíos conocían bien a James Winslow, pero lo que mejor conocían era su obra.

El American Colony era como un hotel europeo. Tenía una sauna sueca, a la que Jimmy acudió a última hora de la tarde. Había dos piscinas. Las buganvillas trepaban por las paredes de todo el edificio. En New Hampshire no hay primavera, pero en Jerusalén llega temprano. Jimmy se presentó tarde a la cena con sus editores europeos. No sabía si estaban en el comedor principal del hotel o en el patio con la fuente. Jimmy sabía que debían de haber empezado con un poco de vino, porque fue la risa de Gabrielle lo que le condujo hasta ellos. Cuando se tomaba una copa o dos de vino, su risa era muy alegre.

No era la primera vez que sus editores judíos europeos se reían del editor israelí de Jimmy. No había conocido a Yehuda; Jimmy se enteraba ahora de que no lo conocería. Yehuda era famoso por su distanciamiento, se mantenía alejado de aquellos autores de su catálogo que no eran israelíes. Era conocido por delegar en un asistente editorial el trato con sus autores extranjeros. Matthias le había asegurado a Jimmy que era una buena editorial con un buen catálogo de autores. Aun así, en la Feria del Libro de Fráncfort, Matthias había oído decir que la editorial se enfrentaba a una compra por parte de una editorial mejor y más grande. Gabrielle le dijo a Jimmy que Yehuda mantenía una relación distante con la Feria del Libro de Jerusalén.

—Yehuda cree que la feria del libro debe asumir la responsabilidad de acoger a sus escritores internacionales. Es posible que Yehuda piense que Dios prohíbe a los editores israelíes acoger a sus autores *extranjeros*—dijo Gabrielle, con su serenidad habitual.

Ninguno de ellos conocía a Anat, la asistente editorial.

—Estoy seguro de que es buena. Yehuda delega *todo* el trabajo en sus asistentes editoriales, y elige a los mejores —dijo Matthias.

Matthias, un judío nacido en Alemania, estaba más interesado en el traductor al hebreo de James Winslow, que era muy bueno. Yaakov Himmelman había traducido *Compañeros de piso en Viena* y ahora estaba traduciendo *No es egipcia*. Había mucho alemán en esas dos novelas sobre Viena, y Yaakov sabía alemán.

Matthias pensó que Jimmy debía saber que Yaakov era un judío nacido en Austria que había sido prisionero en el campo de concentración de Mauthausen, en la Alta Austria. Al principio, los prisioneros eran todos hombres —alemanes y austriacos—, y luego, durante la segunda mitad de la guerra, Mauthausen también acogió prisioneras. Mauthausen era un campo de trabajos forzados, la cámara de gas no se construyó hasta 1941. Matthias le contó a Jimmy que a los prisioneros de Mauthausen se los obligaba a trabajar en las canteras de granito, y el traductor al hebreo había transportado piedras en lo que se conocía como «las escaleras de la muerte». A menudo, los hombres se derrumbaban bajo el peso de esas voluminosas piedras, y aplastaban a los prisioneros que los seguían provenientes de la cantera. El ejército estadounidense liberó Mauthausen en 1945, cuando Yaakov Himmelman tenía treinta y dos años. Que lo liberasen los estadounidenses fue la razón por la que quiso aprender inglés.

Gabrielle había hecho cálculos. Yaakov Himmelman debía de tener en ese momento sesenta y ocho años.

—Pero volvamos a Anat, James: ella es la que supervisa la traducción de Himmelman de *No es egipcia*—dijo Gabrielle.

Había hablado con Anat por teléfono, el inglés de la asistente era mejor que el de Yehuda. Gabrielle admiraba mucho la «franqueza» de Anat, tanto al opinar sobre el ejército como sobre la sociedad

israelí. Anat había terminado recientemente su servicio militar y tenía «recuerdos horribles» de esa época, les contó Gabrielle.

—No es extraño tener «recuerdos horribles» de esa época de la vida —dijo Matthias, con su habitual severidad.

Gabrielle era más comedida que Matthias, pero también podía ser más precisa. Gabrielle les contó que Anat había servido como periodista estando en el ejército; había participado en el entrenamiento básico, en misiones de vigilancia y en labores de cocina. Anat le dijo a Gabrielle que había tenido «un puesto excelente con mucha libertad». Sin embargo, Anat había descrito el ambiente que imperaba en el ejército y en la sociedad israelí como «sexista, militarista y brutal». Gabrielle dejó para el final lo que Anat había dicho sobre «la sociedad secular actual», pues, según su opinión, se estaba «desvaneciendo». Todo eso hizo que Jimmy se alegrara de conocer a Anat; a ojos de un cuarentón, Anat parecía joven y rebelde.

Mientras Jimmy paseaba con Anat desde el American Colony Hotel hasta la Ciudad Vieja, lo que más le gustó fueron los caóticos locales de comida que había en la calle de los Profetas, la más cercana a la Puerta de Damasco, por donde atravesaron la muralla de la Ciudad Vieja hacia el barrio musulmán. El resto del paseo, de unos veinte minutos, fue sencillo pero poco memorable. El American Colony era más memorable, de hecho. Lo había fundado una familia cristiana estadounidense a finales del siglo XIX. A ellos se unieron suecos procedentes de Estados Unidos y de Suecia. El hotel tenía fama de ser neutral desde el punto de vista político, judíos y árabes podían reunirse allí cómodamente. Jimmy recordaría los patios: el que tenía la glorieta y el mejor, con la fuente. Las mesas con tableros de cerámica eran armenias. Aunque James Winslow solo bebía cerveza,

recordaría la bodega con las puertas de hierro transparentes, junto al comedor principal con sus manteles blancos.

Una de esas mesas redondas para cuatro era perfecta para Jimmy y sus dos editores europeos favoritos. Cada mañana, esos judíos europeos y Jimmy esperaban que Anat se uniera a ellos para desayunar. Ella nunca lo hacía, o bien se saltaba el desayuno o ya había comido cuando aparecía para llevar a Jimmy hasta su traductor de hebreo en el barrio judío de la Ciudad Vieja.

En opinión de Anat, el American Colony era «más genial», incluso «más supergenial» que el hotel King David. Sin duda era «más internacional», le había dicho Anat. A menudo se reunía con Jimmy y sus editores judíos europeos por las tardes en el bar que había en el sótano del American Colony, que estaba muy concurrido por la noche. Se encontraba debajo del comedor principal y del patio con la fuente. El arco curvo del bajo techo del bar te recordaba que estabas en un sótano. Había rincones acogedores y bien conectados con muebles cómodos.

A Jimmy le encantaban sus paseos matutinos con Anat por la Puerta de Damasco hasta el barrio musulmán. Anat le explicó que podrían haber ido directamente pasando por la iglesia del Santo Sepulcro, en el barrio cristiano, de camino al barrio judío de la Ciudad Vieja. Podrían haberse quedado en Khan ez-Zeit, en lugar de seguir por El Wad, la calle que lleva desde la Puerta de Damasco hasta la Vía Dolorosa. Pero Anat quería que Jimmy viera a los peregrinos cristianos siguiendo Vía Dolorosa, por donde Cristo cargó con la cruz para ser crucificado. Además, Khan ez-Zeit era la principal calle comercial de la Ciudad Vieja. Jimmy notó que Anat estaba impaciente por pasar junto a los vendedores más agresivos de sus bazares, que parecían vendedores ambulantes.

Anat también tenía claro que Jimmy era un compañero no creyente; a ambos les divertía ver el fervor de los turistas cristianos, arrodillados (e incluso llorando) en la quinta estación del Vía Crucis de la Vía Dolorosa. Había más gatos a la vista en la calle principal del mercado, Khan ez-Zeit, como si los gatos se sintieran molestos por los peregrinos cristianos que rezaban, a veces llorando. No tardaban nada en pasar del barrio musulmán al cristiano, por cualquiera de las dos rutas. Siempre acababan donde acudían los cristianos devotos: donde acabó Cristo, en la iglesia del Santo Sepulcro. Incluso por la mañana, había una fila de cristianos esperando su turno para arrodillarse (o rezar, o lamentarse) ante la tumba de Cristo. Jimmy le confesó a Anat que sentía curiosidad por ver la tumba.

—Tal vez una tarde, cuando volvamos —le dijo Anat.

Sin embargo, tras los tres primeros días de recorrer el laberinto de la Ciudad Vieja —el barrio musulmán, el barrio cristiano, el barrio judío y de vuelta—, incluso Jimmy sabía que por las tardes habría más turistas cristianos haciendo cola.

Caminando con Anat desde la iglesia del Santo Sepulcro, a veces tomaban la calle Muristan, entraban en el barrio judío por la calle David, donde giraban a la izquierda y luego a la derecha ya en la calle del Barrio Judío. Con menos frecuencia, Anat lo llevaba hasta más allá de la iglesia del Santo Sepulcro, a la calle del Barrio Cristiano, donde una vez más giraban a la izquierda en la calle David hacia la calle del Barrio Judío, un paseo más largo que pasaba por los bazares de la calle David. Es posible que se tratara de las mañanas en las que Anat tenía más que decir, o estaba más comunicativa de lo habitual. Jimmy solo intentaba aprender cómo eran las cosas.

En la calle del Barrio Judío, Anat se tomaba su tiempo. Allí se sentía más cómoda, establecía contacto visual con la gente que pasaba a su lado. Había un giro a la izquierda en Lokhamei Ha-Rova Be Tashakh, «Calle de los que lucharon por el Barrio en 1948», Anat se lo tradujo. Eso los llevó a lo que Anat llamaba «la plaza de las ruinas». Se trataba de las ruinas de la sinagoga Hurva.

—Fue destruida por los jordanos en 1948 —le dijo Anat. (A veces decía «arrasada» o «bombardeada» en lugar de «destruida».) Por razones que Anat no le explicó a Jimmy, la sinagoga había quedado en ruinas, incluso después de la reunificación de Jerusalén tras la Guerra de los Seis Días.

Había un edificio de apartamentos estrecho, casi oculto, donde Yaakov Himmelman vivía en un segundo piso sin ascensor, en el cruce de dos pequeñas calles que salían de la plaza de las ruinas. HaUgav: «El arpa», le dijo Anat a Jimmy. Bonei HaHoma, «Los constructores del muro», aclaró Anat. Desde el apartamento de Yaakov, explicó Anat, estaban más cerca de la Puerta de Sion en la muralla de la Ciudad Vieja, pero Jimmy entendió que volverían al American Colony por donde habían ido: a través del barrio judío, el barrio cristiano y el barrio musulmán, hasta la Puerta de Damasco, Jimmy vio una Jerusalén que parecía un lugar muy tranquilo.

Jimmy admiraba la diligente atención al detalle de su traductor al hebreo; también le encantaba escuchar su acento vienés, tanto al hablar alemán como inglés. Yaakov nunca se reía, pero mostraba afecto por las partes divertidas de *No es egipcia*. Jimmy también se encariñó con la ama de llaves palestina de Yaakov, Nour, y con su hijo de cinco años, Omar. Nour siempre llevaba hiyab. Se mantenía ocupada limpiando el apartamento de Yaakov o preparando la comida. Jimmy supuso que su traductor al hebreo le había enseñado algo de inglés a su ama de llaves y a su hijo. Al fin y al cabo,

traducir del inglés era el trabajo de Yaakov. Sin embargo, aunque Nour se acostumbró a que Jimmy trabajara con Yaakov en la mesa de la cocina, Nour y Jimmy no llegaron a conversar. Solo intercambiaba unas pocas palabras en inglés con Omar. Al niño de cinco años le gustaba llevarle a Jimmy algún objeto: una cuchara, un bolígrafo, el estuche de las gafas de Yaakov. Jimmy decía el nombre del objeto en inglés. Omar se emocionaba mucho al repetir la palabra.

La mesa de la cocina, donde Jimmy y Yaakov trabajaban en la traducción de *No es egipcia,* era muy larga. No había comedor en el apartamento, esa era la única mesa de Yaakov. Cuando Nour y Omar estaban en la cocina, Jimmy tenía la impresión de que atendían a su conversación con Yaakov; Nour sin duda lo hacía. Cuando Jimmy y Yaakov trabajaban, Nour y Omar siempre estaban allí.

La dedicación de Yaakov Himmelman a la traducción de *No es egipcia* le granjeó el cariño de Jimmy, pero Yaakov no se dejaba llevar por conversaciones ajenas al tema, especialmente si eran de carácter político. James Winslow se preguntaba si el silencio de Yaakov era algo característico de los supervivientes de los campos de concentración, aunque Jimmy creía que no sería correcto preguntárselo a sus editores judíos europeos o a Anat. Sin embargo, como Jimmy confiaba en la sensibilidad de Yaakov, no dejaba de preguntarle su opinión sobre las cosas que le habían contado. Matthias y Gabrielle siempre le contaban a Jimmy cosas de carácter político, y Anat era muy franca en ese sentido. Los entrevistadores de Jimmy también le preguntaban o le decían ciertas cosas. Jimmy buscaba constantemente la opinión de Yaakov, sin éxito alguno. Y eso que se trataba del Yaakov que conocía y entendía tan bien los *textos* de Jimmy. Resultaba frustrante que ese mismo Yaakov no respondiera a sus preguntas de carácter más contemporáneo.

Nour sin duda escuchó todas esas preguntas de carácter político. Sin embargo, cuando Yaakov y Nour hablaban entre ellos, lo hacían en árabe. Yaakov le había explicado a Jimmy que no era posible ser un buen traductor del inglés de Jimmy al hebreo sin saber también árabe. El diálogo entre los personajes de Jimmy era a menudo profano, vulgar o sexualmente explícito. No había palabras en hebreo para lo que Yaakov llamaba «esas cosas innombrables». En una traducción al hebreo, las palabras para ese tipo de cuestiones eran árabes, le dijo Yaakov a Jimmy. Jimmy podía imaginar perfectamente que Yaakov hubiera enseñado a Nour y a Omar algunas palabras en inglés, pero no tenía motivos para pensar que Nour pudiera entender el inglés, y mucho menos que lo hablara.

Durante los viajes para promocionar sus traducciones, James Winslow había aprendido a anotar lo que la gente decía en un pequeño cuaderno. En Israel, anotó las cosas que Matthias y Gabrielle le decían, y también lo que Anat le había contado. Cuando se las repitió a Yaakov Himmelman, las leyó textualmente de su pequeña libreta. Parecía algo demasiado puntilloso, pero Jimmy era *escritor,* después de todo, y quería ser *literal* al citarle a su estimado traductor al hebreo.

—Cuando la gente habla de que los israelíes están *desplazando* a los palestinos, quieren dar la impresión de que esta tierra *siempre* ha sido propiedad *exclusiva* del pueblo palestino —le había dicho Gabrielle—. Como si la Tierra de Israel nunca hubiera existido antes, como si los judíos no hubieran sido asesinados aquí y exiliados de aquí, durante siglos antes de que existiera el Mandato Británico de Palestina —añadió Gabrielle.

—Cuando la gente dice esa clase de cosas, da por válida una visión muy limitada de la *larga* historia de los judíos en la Tierra de Israel, muy anterior al siglo xx—señaló Matthias.

Él era el que había escapado con su familia de Alemania a Suecia. De los dos editores judíos europeos de Jimmy, Matthias era el que más insistía en la importancia de la paz y la reconciliación con el pueblo palestino; lo que él denominaba «las ominosas consecuencias de los asentamientos», le preocupaban mucho. Sin embargo, Jimmy también había oído decir a Matthias:

—Si los palestinos insisten en matarnos, en *eliminarnos,* tendremos que matar a más de ellos de los que ellos maten, o acabarán con todos nosotros.

—Los judíos simplemente volvimos al lugar *de donde veníamos*— repitió Gabrielle.

—La diáspora judía dio comienzo entre los siglos VIII y VI a.C. y, si has leído el Éxodo, es posible que recuerdes que Moisés hizo que los israelitas dejaran de ser esclavos en Egipto mucho antes de eso —dijo Matthias, como si estuviera recitando en la escuela. Era estudiante cuando huyó de Alemania a Suecia.

—Una de las premisas básicas del antisionismo es falsa —le dijo Anat a Jimmy; no se anduvo con rodeos—. Los judíos sefardíes y askenazíes, los judíos de Oriente Medio y de Europa, volvían *a casa*. Hubo un tiempo en que la Tierra de Israel era su patria. Ahora es la nuestra —le dijo Anat.

Matthias les recordó el dolor insuperable que causaba en ambas partes el eterno conflicto.

—La reconciliación con el pueblo palestino es el único camino hacia la paz —dijo Matthias. Matthias siempre daba espacio a largas pausas. Luego dijo—: Compartimos esta pequeña tierra con los palestinos, pero si no mantenemos cierto control sobre ellos, nos matarán a todos.

Esa era la muletilla que Jimmy no dejaba de oír. «Si no lo hacemos..., ellos lo harán...»

¿Era ese el eco constante de Israel?, se preguntaba James Winslow. Sabía que sus editores judíos europeos eran de izquierdas. Era consciente de que habían criticado al Gobierno de derechas del Likud de Beguin por acelerar la creación de asentamientos en Cisjordania. El Gobierno del Likud había declarado «el derecho del pueblo judío a Eretz Yisrael». ¿Significaba eso que toda la tierra histórica de Israel era patrimonio inalienable del pueblo judío?

Como le explicaron a Jimmy sus editores de izquierdas, era posible que la presencia judía en Cisjordania y la Franja de Gaza fuese tan masiva que la autodeterminación palestina resultase imposible de alcanzar.

—La solución de los dos Estados al conflicto israelo-palestino podría esfumarse —dijo Gabrielle con su habitual mesura.

Jimmy estaba confundido. Había crecido sintiendo una gran empatía por los sionistas que habían llevado a los judíos perseguidos de Europa (y de otros lugares) de vuelta a la Tierra de Israel. Pero ahora los judíos llamados sionistas estaban vinculados a los asentamientos, a los territorios ocupados por Israel. A Jimmy eso le sonaba a segregación racial, lo que le recordaba a la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos. Sus editores judíos europeos y Anat rechazaron esa analogía. Sin embargo, Anat no se contuvo en cuanto a «la capacidad que tienen los colonos en Hebrón de tomarse la justicia por su mano» y lo que ella denominaba «actividades ilegales» perpetradas por los colonos contra los palestinos de Cisjordania, por no mencionar la «represión excesivamente dura» de cualquier resistencia palestina. A Jimmy eso seguía sonándole a segregación, pero ¿qué sabía un chico de New Hampshire sobre la política en Israel?

Y luego tuvo lugar la entrevista que Jimmy concedió a un periodista israelí en el hotel King David.

—¿Por qué ha venido James Winslow a Israel? —le desafió el reportero. Ni siquiera eres judío, parecía darle a entender el tipo, o al menos eso imaginaba Jimmy; estaba empezando a replantearse por qué había ido.

—Bueno, la feria del libro me *invitó*—empezó diciendo Jimmy. Añadió que estaba trabajando con su traductor al hebreo en *No es egipcia,* que pronto se publicaría allí. Jimmy se atrevió a decir que siempre había sido partidario de Israel y del pueblo judío. Esa última afirmación pareció provocar o irritar aún más al periodista israelí.

Al «imbécil», como Anat llamaba a aquel reportero, le resultó fácil encontrar un tema que pusiera de manifiesto la ignorancia de James Winslow respecto a Israel.

El tipo le preguntó a Jimmy qué opinaba sobre los controvertidos orígenes y los diversos usos de la frase «desde el agua hasta el agua» o «desde el río hasta el mar». Jimmy no tenía ni idea de lo que el tipo buscaba con esa pregunta. Sonaba a trampa, incluso para Jimmy, que no era más que un chico de New Hampshire.

—Por favor, pregúntame sobre mis *libros,* si es que has leído alguna de mis novelas —dijo James Winslow—. Me han invitado a la feria del libro por lo que *escribo*.

Anat llamó al editor del periódico israelí para quejarse.

—En primer lugar —le dijo Anat a Jimmy—, yo había dicho que no te entrevistase nadie que no hubiera leído tus novelas, al menos una de ellas. Ese imbécil nunca lee novelas. Lo que ese imbécil te preguntó tenía como objetivo hacerte quedar mal. Es imposible hablar sobre «del agua al agua» o «del río al mar» sin ofender a *alguien*—le dijo Anat a Jimmy.

—Es un tema tóxico, da igual quién lo diga o cómo lo diga —dijo Gabrielle—. Puedes parecer antisemita o antipalestino —le dijo a Jimmy.

—Del río Jordán al mar Mediterráneo significa la totalidad de lo que se denominaba la Palestina bajo el mandato británico, si eres palestino, o toda la Tierra de Israel, si eres israelí —dijo Matthias, haciendo una pausa.

Matías les contó que, en 1977, el programa electoral del partido de derechas Likud había declarado: «Entre el mar y el Jordán únicamente habrá soberanía israelí». El periodista israelí era, sin duda, un provocador.

—Lo entiendo —fue todo lo que James Winslow pudo decir.

—Puedes *oírlo,* pero no lo *digas*. «Desde el río hasta el mar» puede significar que nos empujarán al mar, es decir, que nos *aniquilarán*—dijo Anat.

Al contrario que el American Colony, el hotel King David, según Anat, estaba asociado con «el *establishment».* Se refería a que el King David era un símbolo de la *israelidad,* ya que se construyó «bajo el mandato británico». Su única experiencia con el King David fue la sala de lectura, junto al vestíbulo. Jimmy no llegó a entender por qué algunas de sus entrevistas tenían lugar allí. Bajo la enorme mesa central, a menudo adornada con flores, había una imponente alfombra oriental. El techo estaba adornado con la estrella de David. En las paredes de color beige había cuatro *menorás*. Las velas de los siete brazos de las *menorás* del templo apenas iluminaban la sala, que permanecía siniestramente a oscuras. Sillas bajas y tapizadas rodeaban pequeñas mesas con tableros de mármol. La sala de lectura no tenía ventanas. Podría haber sido de noche o de día en el exterior; no era posible saberlo. La tenue iluminación dificultaba la *lectura* en la sala de lectura, o al menos eso creía Jimmy. Los colores sombríos de la sala y la tenue luz hacían que las entrevistas de Jimmy en el King David pareciesen interrogatorios.

Al pensar en interrogatorios, Jimmy se preguntó por los soldados. Jóvenes y niños, mujeres jóvenes y niñas: sus uniformes y sus armas llamaban la atención. Jimmy tenía preguntas sobre los soldados, pero era sensible a los «recuerdos horribles» de Anat sobre su época en las FDI. En algunas ocasiones, cuando Anat estaba ocupada con sus otras responsabilidades editoriales, un par de jóvenes soldados acompañaron a Jimmy a través de la Ciudad Vieja hasta la casa de su traductor al hebreo, o bien los soldados lo acompañaban de vuelta a la Puerta de Damasco, desde donde él sabía cómo llegar al American Colony. Jimmy había preguntado a dos mujeres soldado sobre sus funciones en las FDI. Parecían un tanto decepcionadas cuando le dijeron que las mujeres se limitaban principalmente a tareas administrativas.

Anat estaba enfadada porque la habían sustituido por soldados, algo que no había sido idea suya. Su jefe, Yehudah, a quien nadie apreciaba, le había dicho a Anat que «la manca» había solicitado a los soldados. Por lo que Anat había entendido, a pesar de la oposición de Esther a la expansión de los asentamientos judíos en los territorios ocupados por Beguin, ella tenía influencia sobre el primer ministro.

—¡Pero no hay ninguna necesidad de que un escritor vaya escoltado por soldados en la Ciudad Vieja! —exclamó Anat a Jimmy.

Él se había fijado en los soldados que parecían estar de guardia en el Centro Internacional de Convenciones, donde se celebraba la feria del libro. Algunos de los soldados que asistían a los eventos no llevaban sus rifles. Jimmy no tenía claro si los soldados desarmados estaban o no de servicio, pero no quiso provocar a Anat preguntándole por los soldados. Anat sabía que Esther Nacht era la madre biológica de Jimmy, antigua niñera y amiga íntima de Honor Winslow. Eso solo suponía un escándalo para los terribles habitantes

de Pennacook. Para todos los demás, especialmente para los editores de James Winslow, era una buena historia.

El Centro Internacional de Convenciones estaba conectado por un largo pasillo exterior con el alto hotel Hilton. Desde media tarde, en realidad, desde última hora de la tarde hasta las primeras horas de la noche, soplaba el viento entre las palmeras de la entrada principal del centro de convenciones. En la sala principal, la sala Ussishkin, donde a Jimmy lo entrevistarían sobre el escenario, observó el balcón en forma de herradura que rodeaba el escenario y la robustez utilitaria de los asientos.

—La típica arquitectura moderna de los años cincuenta: sencilla, humilde, pero sobre todo *fea*—le dijo Anat.

Anat hablaba de los años cincuenta como si hubieran ocurrido siglos atrás y, por lo tanto, supusieran un enorme desfase. Una planta por debajo del vestíbulo se encontraba el centro de agentes y las zonas de exposición, donde las distintas editoriales tenían sus puestos de libros. Tras el evento principal de Jimmy en la feria del libro —su entrevista en el escenario—, la firma de libros de Jimmy tuvo lugar en el espacio de exposición de su editorial israelí. Celebrar una sesión de autógrafos en medio de los puestos de libros de su editorial contribuyó a crear una suerte de caos, que a Jimmy le recordó al tráfico que rodeaba la estación central de autobuses de Jerusalén, frente al centro de convenciones. La *fea* arquitectura moderna de los años cincuenta no era, desde luego, lo único que Anat criticaba del centro de convenciones, pues declaró que la moqueta carmesí era «simplemente espantosa».

Anat no acompañó a Jimmy a todos sus eventos en la feria del libro. Se saltó una mesa redonda que tuvo con otros autores, la entrevista en el escenario de la sala Ussishkin y la firma de libros posterior. Siempre había alguien que regresaba al American Colony

desde el centro de convenciones, o bien había dos de los soldados de Esther. La entrevista en el escenario de James Winslow atrajo a una gran cantidad de público, y también había una extensa hilera de lectores en su firma de libros. Muchas personas trajeron sus propios ejemplares para que se los firmara, algunos en inglés o en idiomas europeos.

La librera parecía encantada, pero estaba obsesionada por mantener el orden de la fila. Era una mujer mandona y dominante, interrumpía cualquier conversación que se extendiera para mantener el ritmo de firmas. A Jimmy le costaba deletrear los nombres hebreos, y algunas de las dedicatorias más complicadas que le pedían los lectores requerían una aclaración. Un joven vendedor de la editorial israelí ofrecía lápices y papel a los lectores que hacían cola para la firma de libros.

—¡*Deletreen* sus nombres y *escriban* cualquier dedicatoria! —gritaba la mandona librera en inglés y hebreo.

Jimmy no se fijó en el soldado rubio de ojos azules hasta que le tocó el turno en la fila para conseguir un autógrafo. El libro que el joven soldado le tendió a Jimmy para que se lo firmara era una edición en inglés de *Compañeros de piso en Viena*.

—Eissler, Siegfried Eissler, ya sabes cómo se escribe —le dijo el joven soldado a Jimmy—. Y ya sabes cuál tiene que ser la dedicatoria —añadió Siegfried. Tenía una voz profunda y resonante.

Siegfried tenía más o menos la misma edad que Jimmy cuando se conocieron, con el prensador de ajos y los soldaditos. Cuando Jimmy se levantó de la mesa de firmas para abrazarlo, el escritor se dio cuenta de que quedaba a la altura de los bolsillos del pecho del uniforme del alto soldado.

—¡*Hard Rain* es una mujer! —se gritaron el uno al otro, que es lo que Jimmy escribió en el ejemplar de *Compañeros de piso en Viena*

de Siegfried. Jimmy era «James» para todos en el mundillo de la literatura, pero escribió «Jimmy» cuando firmó el libro de Siegfried. James Winslow sabía que para Siegfried seguía siendo *Yimmy*.

Fräulein Eissler había adoptado a Siegfried antes de que muriera su madre, cuando Irmgard tenía cuarenta y tantos años. Siegfried no quiso decirle de *qué* murió Irmgard. Gracias a Annelies, Siegfried era ahora judío y vivía a tiempo completo en Israel. Siegfried dijo que no volvería a Austria. Israel era su hogar. *Hard Rain* ya no estaba, y Siegfried no mencionó a su abuela. Jimmy supuso que Frau Holzinger había fallecido.

—¿Y cómo está Annelies? —le preguntó Jimmy a Siegfried.

Sus compañeros soldados estaban de pie a su lado, como suelen hacer los amigos jóvenes. A Jimmy le sorprendió que Siegfried se inclinara hacia él y le susurrara al oído, como si quisiera decirle algo de lo que no quería que se enterasen sus compañeros.

—Annelies me lo contó, *Yimmy*. Supe que Esther Nacht te había dado a luz antes de que nadie lo supiera. ¡La manca está *dentro de ti,* Yimmy! —susurró Siegfried.

¿Por qué Esther era un secreto tan bien guardado?, se preguntó James Winslow. También Jimmy le susurró a Siegfried.

—No sé si la veré mientras estoy aquí. No sé si ella querrá verme —susurró Jimmy—. ¡Ni siquiera sé cómo perdió el brazo en el Líbano! —le dijo a Siegfried, alzando la voz.

—Nadie sabe cómo perdió el brazo, nadie pregunta —dijo Siegfried, ya sin susurrar. Había algo propio de la rigidez del entrenamiento militar en su voz—. La historia que me cuento a mí mismo, *Yimmy,* es que los ángeles le pidieron a Esther que les diera su brazo, y Esther se lo dio.

—Querido Siegfried, ¿en serio es eso lo que crees? —le preguntó Jimmy al buen soldado.

—No creo en Dios, solo en los ángeles. Tu Esther es nuestro ángel, querido *Yimmy*—dijo Siegfried.

Una de las soldados que estaba más cerca de Siegfried era una mujer joven y guapa, tan alta como él.

—Su Esther es el ángel de *Israel,* señor Winslow —dijo.

James Winslow sabía que debía de haber sido Annelies, la buena tutora, quien había convertido a Siegfried en un lector. Jimmy contó que, desde su punto de vista, había algo más mítico que real en Esther. Al igual que un personaje literario, ¿no parecía la mujer manca más simbólica que real?, le preguntó Jimmy a Siegfried.

—Si la *ves, Yimmy,* su brazo perdido será real, no simbólico —dijo Siegfried.

—También espero ver a Annelies, si está en Jerusalén —dijo Jimmy. Sabía que Siegfried había intentado dejar de lado el tema de Annelies.

Fräulein Eissler había mantenido sus conexiones con las Fuerzas de Defensa de Israel. En 1967, había servido como intérprete en la Guerra de los Seis Días, y Siegfried dijo que se encontraba en el Sinaí en 1973, durante la Guerra de Yom Kippur, cuando Siegfried tenía ocho y catorce años respectivamente.

—Era buena con los idiomas, como ya sabes —dijo Siegfried, con repentina incomodidad. Fue entonces cuando Jimmy supo que había muerto—. Estaba muy contenta de que fueras lo que deseabas ser —le dijo el soldado alto a Jimmy, sin rastro del cinismo de su madre biológica.

La fila para los autógrafos se había acortado, pero la mandona librera se enfadó con Jimmy y Siegfried, pues su conversación estaba retrasando las cosas. Los compañeros de armas de Siegfried estaban entre los que hacían cola.

—¿Qué le pasó a Annelies? —le preguntó Jimmy a su hijo adoptivo. La misma soldado alta, la más guapa, apretó la mano de Siegfried.

Había sucedido en Hebrón, en Cisjordania, donde Annelies trabajaba como mediadora, algo que hacen las personas a las que se les dan bien los idiomas.

—Fue una bomba en la carretera, un coche bomba —dijo Siegfried.

Algunos niños palestinos sentían curiosidad por el coche abandonado. Fräulein Eissler debió de pensar que los niños estaban demasiado cerca del coche, así que les hizo alejarse. Sin embargo, había algo en el coche que llamó la atención de Annelies y la llevó a acercarse para verlo mejor.

James Winslow le dijo a Siegfried dónde se alojaba y le dio un número de teléfono en el que podía localizarlo. Hablaron de cenar juntos, o tal vez desayunar, si la cena no era posible. Jimmy no dudaba de que Siegfried Eissler era un joven con muchas opciones. «No le temas al telescopio, ¡solo el paso del tiempo ve el futuro!», estuvo a punto de decirle Jimmy. Pero el soldado se parecía a Annelies, la singular mujer que lo había salvado. Al igual que ella, el soldado alto y apuesto sabía cómo seguir adelante.

De forma tan repentina como había aparecido Siegfried, el chico de ojos azules y sus compañeros de armas desaparecieron. James Winslow había calculado que el joven soldado debía de tener veintidós o veintitrés años. «No me llamará, no cenaremos juntos, ni siquiera desayunaremos», supo Jimmy, con tanta certeza como sabía que Fräulein Eissler había muerto.

Como es lógico, Jimmy le contó a su traductor de hebreo, Yaakov Himmelman, todo lo relativo al su encuentro con Siegfried, el joven

austriaco que había servido de inspiración para *Compañeros de piso en Viena*.

—*Die Vergangenheit ist nicht Siegfrieds Freundin*—le dijo Yaakov a Jimmy. («El pasado no es amigo de Siegfried», había dicho Yaakov.)

Jimmy estaba al corriente de que Yaakov había sido prisionero en el campo de concentración de Mauthausen y que se había visto obligado a transportar piedras por las «escaleras de la muerte». Jimmy entendía que el pasado tampoco era amigo de Yaakov.

En una ocasión, mientras Jimmy y Yaakov trabajaban en la traducción de *No es egipcia,* Yaakov se levantó para ir al baño, como solía hacer cuando Jimmy le pedía su opinión sobre la situación actual en Israel. Yaakov todavía estaba en el baño cuando Omar le trajo la piedra a Jimmy.

El niño de cinco años necesitó ambas manos para acarrear una piedra tan pesada.

—*Piedra*—dijo Jimmy, y Omar repitió con atención la palabra «piedra». James Winslow esperaba que no se tratase de un recuerdo de Mauthausen—. Tal vez Omar debería devolverla al lugar donde la ha encontrado —le dijo Jimmy a Nour, entregándole la piedra. Ella pareció entenderlo, o tal vez Nour simplemente sabía, como saben las mujeres de la limpieza, dónde tenía que estar cada cosa.

Después de su encuentro con Siegfried, ahora un hombre adulto, a Jimmy le costaba acostumbrarse a ser «James» de nuevo, pero siempre lo había sido para todos los que lo conocían como escritor, incluidos Nour y Omar. Solo para asegurarse, a Omar le gustaba señalar a Jimmy, como si Jimmy fuera un objeto sin nombre que Omar hubiera encontrado.

—James —le dijo Jimmy a Omar, quien se rio cuando repitió el nombre que le sonaba gracioso.

—*Yames*—solía decir Omar primero, antes de pronunciar el nombre correctamente.

Entonces llegó el día en que Jimmy le repitió a Yaakov algo que Anat le había dicho. A Jimmy le resultaba frustrante la diferenciación entre *ellos* y *nosotros* que sus editores judíos europeos llevaban a cabo entre palestinos e israelíes. Anat estaba frustrada con los europeos por otra razón. La política israelí no los llamaba palestinos, le dijo Anat, pues de ese modo negaban que tuvieran esa identidad nacional.

Jimmy admitió a Anat que le incomodaba la forma en que los israelíes *reprimían* a los palestinos. Le había preguntado a Anat si esa represión venía a ser lo mismo que la voluntad de los palestinos de *suprimir* o *castigar*.

—Puedes llamarlo «supresión» o «castigo» si quieres, James —le había dicho Anat—. Pero si no los reprimimos, nos echarán al mar, nos *aniquilarán*—dijo Anat.

Eso fue lo que Jimmy le repitió a Yaakov Himmelman. Yaakov se tomó otro descanso para ir al baño, su modo de responder al «Si no los..., ellos...» de Anat. Jimmy se sentó a la larga mesa de la cocina, donde Nour y Omar lo observaban. Dio la impresión de que Nour quería decir algo, o al menos eso pensó Jimmy, pero no hubo un intercambio de palabras entre ellos. Omar no tenía nada en las manos, ningún objeto que Jimmy pudiera nombrar, ningún nombre que Omar pudiera repetir.

Era uno de esos días en los que se suponía que un par de soldados iban a sustituir a Anat, pues estaba ocupada, pero no apareció ningún soldado. Yaakov se lo explicó a Nour en árabe.

—Para Nour y Omar no será difícil llevarte por la Ciudad Vieja hasta la Puerta de Damasco, desde donde sabes cómo volver al American Colony —le dijo Yaakov a Jimmy.

A Jimmy le encantó esa caminata con Nour y Omar. Eran los únicos palestinos que conocía y eran maravillosos. Omar tomó de la mano a Jimmy, no a su madre.

Fue Omar, y no Jimmy, quien se dio cuenta de que no había cristianos haciendo cola fuera de la iglesia del Santo Sepulcro, esperando su turno para arrodillarse (o rezar, o llorar) ante la tumba de Cristo. Omar soltó la mano de Jimmy se puso a tirar de la mano de su madre, suplicándole que hiciera algo.

—Omar quiere ver dónde murió Jesús. Jesús está muerto ahí dentro —le dijo Nour a Jimmy.

—Lo sé, yo también quiero ver la tumba de Cristo —le dijo Jimmy.

Se adentraron juntos en la fresca oscuridad de la iglesia. La penumbra provocó que Omar agarrase de nuevo la mano de Jimmy. La imponente altura de la cúpula de la iglesia les obligó a mirar hacia la claraboya que tenían encima. El cristiano que lloraba los sorprendió; ya estaba llorando antes de entrar en la iglesia y no dudó en aproximarse a la tumba de Cristo, que parecía una cueva. Omar tenía preguntas para su madre sobre el cristiano que lloraba. La luz de las velas junto a la tumba oscura no permitía ver al cristiano que lloraba. Todos lo oyeron gritar, más fuerte, justo antes de salir de la tumba, con el rostro bañado en lágrimas y una sonrisa radiante.

—¡Jesús me ha *tocado,* sentí que me *tocaba!*—gritó el cristiano lunático.

Nour tuvo que tranquilizar a Omar, porque el niño de cinco años ya no quería entrar en la tumba. El cristiano sollozante abandonó la iglesia del Santo Sepulcro, repitiendo sin cesar que Jesús lo había tocado.

Cuando Jimmy entró con cautela en la tumba, Nour y Omar no lo siguieron. Es posible que tan solo fuera fruto de la imaginación de

Jimmy que la luz de las velas parpadease en el mismo instante en que un gato le rozó la pierna. El maullido lastimero del felino hizo reír a Omar y a su madre. El gato y Jimmy salieron juntos de la tumba de Cristo. Era una tarde cálida en la Ciudad Vieja y uno de los cientos de gatos que corrían por allí había encontrado un lugar fresco y oscuro.

—No ha sido Jesús —le dijo Jimmy a Omar, quien lo repitió perfectamente. Omar no dijo *Yesus* la primera vez; el niño había pasado directamente a *Jesús*.

—No ha sido Jesús —repitió también Nour, y los tres se echaron a reír.

Cuando llegaron a la Puerta de Damasco, desde donde Jimmy sabía orientarse, tuvo que contenerse para no abrazar a Nour. Anat le había advertido que no se mostrara demasiado familiar.

—Su hiyab significa que debes respetarla, ni siquiera debes mirarla fijamente. Su hiyab significa que se muestra recatada en presencia de un hombre que no es su marido ni un pariente consanguíneo —le dijo Anat. La forma en que el hiyab rodeaba la cabeza de Nour le otorgaba un aire santo o sagrado, o al menos eso pensó Jimmy. Se despidieron con torpeza en la Puerta de Damasco.

—Y lo *haremos*—dijo Nour en voz baja.

—¿Y *qué* haréis? —le preguntó Jimmy.

—Los empujaremos al mar, lo haremos —le dijo Nour.

—Lo haremos —repitió Omar, sonriendo a Jimmy.

—Los aniquilaremos —dijo Nour, pronunciando todas las sílabas.

James Winslow se dio cuenta de que *eso* era de lo que Esther lo había estado protegiendo: el conflicto eterno, el odio infinito. Cuando Nour se alejó de Jimmy, no sonreía. Omar seguía sonriendo cuando lo llamó, acertando con el nombre de James a la primera. El niño de cinco años señaló a Jimmy, del mismo modo que Omar

había señalado la piedra que Yaakov podría haber traído consigo desde aquellas escaleras de la muerte en Mauthausen.

Después de lo que dijo en la Puerta de Damasco, Nour no le dirigió la palabra a Jimmy. Permanecía alejada de la cocina mientras Yaakov y Jimmy trabajaban en la traducción. En general, Omar permanecía cerca de su madre. Omar se aventuraba solo a la cocina cuando Yaakov iba al baño y tenía un objeto para que Jimmy le pusiera nombre. James Winslow recordaría siempre uno de esos objetos, una foto enmarcada en blanco y negro de Yaakov cuando tenía veintipocos años, antes de Mauthausen. La pareja mayor que aparecía en ella debía de ser los padres de Yaakov, las dos niñas eran sus hermanas menores. Jimmy conocía sus historias, murieron en otros campos de concentración, no en Mauthausen. Las niñas en Dachau, los padres en Auschwitz, o al revés. A Anat le dolió que Jimmy no pudiera recordar quién había muerto dónde.

—*Familia*—dijo Jimmy, y Omar repitió la palabra «familia». Nour debió de oír la palabra, porque rápidamente se acercó para tomar la foto familiar y volver a colocarla en su sitio, tal vez en la mesita de noche junto a la cama de Yaakov, donde debía estar una foto de semejante magnitud trágica. O eso creyó James Winslow; solo estaba suponiendo dónde podía tener Yaakov esa foto familiar.

Hubo una última firma de libros, en una sucursal de una cadena de librerías de la calle Jaffa, una Steimatzky, o al menos eso creía Jimmy que le había dicho Anat. Anat no estaba con él. La manca había dispuesto que un par de soldados lo acompañaran para que regresara sano y salvo al American Colony. La librería vendía también sus títulos anteriores, en hebreo y en inglés, incluso tenían *El hombre de Dickens,* aunque James Winslow firmó principalmente ejemplares de *Compañeros de piso en Viena*. Los pasillos entre las estanterías eran tan laberínticos como la serpenteante cola que se

había formado para la firma de libros. Jimmy sabía que era su última oportunidad de ver a Esther, si es que ella decidía finalmente aparecer.

¿Acaso el ocultamiento de Esther no era de proporciones bíblicas? ¿Seguiría adelante Esther hasta el final de la fila de autógrafos? ¿No le convenía a la manca pasar desapercibida, ser la última de la fila? Jimmy se había resignado a no verla, sin bien conservaba un resquicio de esperanza, aunque solo fuera para agradecerle que hubiese cuidado de él y de su madre. Le habría gustado darle un *abrazo,* pensó James Winslow, siempre y cuando alguien tan esquivo como Esther se dejara abrazar.

Esther tenía setenta y seis años, pero Jimmy esperaba que fuera invencible, como parecía indicar su historia. Como siempre, Jimmy se fijó en los soldados. ¿Los soldados tendían a colocarse al final de la fila?, se preguntó Jimmy. Le llamó la atención que no quedase nadie en la fila *que no fuera* un joven soldado. ¿Quién habría dicho que los soldados eran grandes lectores?, pensó James Winslow. Jimmy imaginaba que Esther seguiría siendo alta y delgada, pero sabía que tenía el pelo blanco, pues recordaba cómo destacaba su cabello en la foto en la que aparecía junto al primer ministro Beguin.

Jimmy vio soldados altos y delgados, incluidas algunas muchachas jóvenes. De cerca, el cabello blanco de Esther destacaba mucho, pero Jimmy no la vio hasta que fue la siguiente en la fila. La que tenía un solo brazo iba acompañada de dos muchachas de uniforme *muy altas.*

—Estas dos te llevarán al American Colony —le dijo su madre biológica a Jimmy.

Una de las jóvenes agarraba con fuerza el brazo izquierdo, el que le quedaba a Esther. La otra soldado alta se mantenía alejada del brazo derecho, el que le faltaba. Cuando vio el muñón, Jimmy sintió

al instante una aguda punzada de dolor en el brazo derecho. Estaba inclinado sobre la mesa de firmas, escribiendo la dedicatoria de un libro para uno de los jóvenes soldados, cuando Esther se convirtió de repente en la siguiente en la fila. Ella permaneció inmóvil cuando el dolor hizo que Jimmy soltara el bolígrafo.

La soldado alta que se había aferrado a Esther fue la primera en hablar.

—A mí me pasó lo mismo cuando lo vi, pero el dolor desaparece —le dijo.

La otra joven, que se mantenía alejada del muñón de Esther, habló a continuación.

—Siento el dolor cada vez que lo veo, pero luego desaparece —dijo.

—No pienses que el dolor que sientes es *genético,* Jimmy —le dijo Esther, riéndose de sí misma, lo que invitó a las jóvenes soldados a reírse con ella. Incluso Jimmy se rio un poco, aunque el dolor en su brazo derecho no era ninguna broma.

Esther llevaba unos vaqueros azules descoloridos y un polo rojo por fuera. Jimmy se fijó en cómo los largos dedos de su mano izquierda alzaban el dobladillo inferior del polo. Incluso a su edad, la mujer manca tenía el vientre plano. La última línea de la cita de *Jane Eyre* podía leerse por encima de la cinturilla de sus vaqueros azules, debajo del ombligo: «más me respetaré a mí misma».

—Seguro a que has leído a Charlotte Brontë, ¿verdad? —le preguntó Esther.

Jimmy conocía la historia de Esther mejor de lo que recordaba la de Jane. Cuando se levantó de la mesa de firmas para darle un abrazo a Esther, ella lo abrazó con tanta fuerza, a pesar de hacerlo con un solo brazo, que pensó que se le había roto la nariz al

apretarse contra su esternón. Jimmy sabía de primera mano que Esther nunca llevaba sujetador.

—Es como dijo Annelies: tú eres *judío*. Eres *judío,* Jimmy —le susurró Esther al oído—. Sientes el dolor porque eres judío.

Más tarde, cuando estaba firmando libros para un grupo de chicas soldado, la que solo tenía un brazo se colocó detrás de él, con la mano izquierda sobre su hombro derecho. Jimmy se sintió aliviado de que ella no le hubiera mostrado el resto de la cita de *Jane Eyre*.

Cuando Esther se inclinó sobre él para susurrarle al oído, pudo sentir su fuerte mano izquierda, con sus largos dedos clavándose en su brazo derecho, que aún le dolía.

—Tú sabes cuánto tiempo tuve que esperar para ponerme al día con lo de ser judía —le susurró—. Por favor, espera a ser judío cuando tus dos madres hayan muerto, Jimmy. Pero ¿qué pasará con tu hija? —le preguntó Esther—. Si alguien te quiere, si hay alguien a quien tú quieres, sé un Winslow, Jimmy —le dijo Esther—. Recuerda lo mucho que los habitantes de Pennacook odian a tu familia, Jimmy, ¡solo por ser Winslow! ¿No te basta su odio? ¿No disfrutas de su odio? —le preguntó la mujer manca. A Jimmy le dolía la mano con la que firmaba.

Cuando le firmó el ejemplar al último de los soldados, vio que había varios soldados jóvenes más allá, de pie. Jimmy se dio cuenta de que los jóvenes no habían acudido solo por las chicas. Al igual que las jóvenes, los soldados jóvenes estaban fascinados por Esther. Jimmy solo podía pensar en la niña de tres años que había sido abandonada en el orfanato, cuya madre había sido asesinada por antisemitas. «Aquí está la reina Esther con sus devotos», pensó Jimmy, justo cuando Esther le susurró una vez más al oído:

—Sé un Winslow, Jimmy —repitió.

Fue entonces cuando el fotoperiodista, un joven que había estado tomando instantáneas todo el tiempo, le pidió a Jimmy que le dijera el nombre de Esther. El joven hablaba inglés con acento alemán. Era un corresponsal israelí, un fotoperiodista alemán, estaba cubriendo la Feria del Libro de Jerusalén para un periódico de su país, según les explicó a Jimmy y a Esther.

—No necesitas saber mi nombre, muchacho —le dijo Esther. Luego, la mujer manca repitió lo mismo en alemán.

—Pero el parecido entre usted y su hijo es tan sorprendente. Si mi periódico quiere usar una de mis fotos de ustedes dos, necesitaré saber su nombre, no bastará con decir que es la madre del autor —dijo el joven fotoperiodista, dirigiéndose tanto a Esther como a Jimmy.

Por la forma dubitativa en que James Winslow y Esther Nacht se miraron, como si acabaran de darse cuenta del parecido entre ellos, el fotoperiodista imaginó que había cometido un embarazoso error.

—*Es tut mir leid*—le dijo el joven alemán a Esther. («Lo siento», dijo.)—. No debería haber dado por sentado que era usted la madre de James Winslow —dijo el joven fotógrafo.

James Winslow, como solía ocurrirle, se quedó sin palabras. ¿Acaso había contado la historia tantas veces que se había cansado de hacerlo, o era que Jimmy simplemente disfrutaba con el odio de los habitantes de Pennacook?

—Jovencito —dijo Esther, agarrando con mano firme la muñeca derecha del fotoperiodista—, la madre de James Winslow es una querida amiga mía. —Luego soltó al joven alemán—. Este precioso niño es hijo de Honor —dijo Esther, agarrando con la misma fuerza la muñeca de la mano con la que Jimmy escribía, como si nunca fuera a soltarlo. Vieron cómo el fotógrafo recogía su equipo; no volvió a tomar más fotos de Jimmy con su madre biológica. Jimmy

no sentía los dedos, creía que la sangre había dejado de circular por su mano derecha.

Por fin, James Winslow sabía quién era. Le habían prohibido ser soldado, no había nacido para morir en una guerra sin pies ni cabeza. Jimmy sabía que era hijo de Honor, que era un muchacho soñador y melancólico con una valiente chica judía en su interior. Esther le agarró con tanta fuerza que le dejó moratones en la muñeca derecha antes de soltarlo. Fue entonces cuando el chico de New Hampshire supo que tenía el corazón de la última huérfana de los Winslow. El corazón judío era el mejor. James Winslow sería para siempre un aliado de la reina Esther.

AGRADECIMIENTOS

Robbert Ammerlaan
Hannah Brown
Rabbi Michael Cohen
Ornit Cohen-Barak
Dean Cooke
Amy Edelman
Julia Fermentto-Tzaisler
Ari Folman
Anne Freyer
Per Gedin
Khalida Hassan
Kati Hertzsch
Eva Irving
Janet Irving
Gili Izikovich
Jonathan Karp
Diana Kogan
Ada Paldor
Marty Schwartz
Jackie Seow
Alix Shaw

Notas

11. Una chica del Antiguo Testamento

1. El autor se refiere aquí a un posible juego de palabras, pues *cock,* en inglés, es un término vulgar para referirse al «pene» y *shut* significa «cerrar». *(N. del T.)*

La reina Esther
John Irving

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Queen Esther*

Ilustración de la cubierta: © Diego Mallo

© 2025 by Garp Enterprises, Ltd.

Traducción: © Juan Trejo Álvarez, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-1107-743-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
1. Los habitantes de Pennacook
2. La cuarta hija
3. De dónde venían los huérfanos
4. Una carta del doctor Larch
5. La historia del aborto en Estados Unidos
6. La judía
7. El miedo es amor
8. Un sujetador para Esther
9. Una idea preconcebida
10. La idea de las dos madres
11. Una chica del Antiguo Testamento
12. Los niños te escuchan
13. Arriesgarse en el amor... o no
14. Igual que tú
15. Por teléfono
16. Cuadros malos sobre agujeros de bala
17. Una perra pastor alemán llamada Hard Rain
18. Compartir cama
19. Der Vorschlag
20. No como Donna Reed
21. No es egipcia
22. En el futuro
23. La última reunión del claustro
24. El paso del tiempo
25. El hijo de Honor
agradecimientos
Notas
Créditos